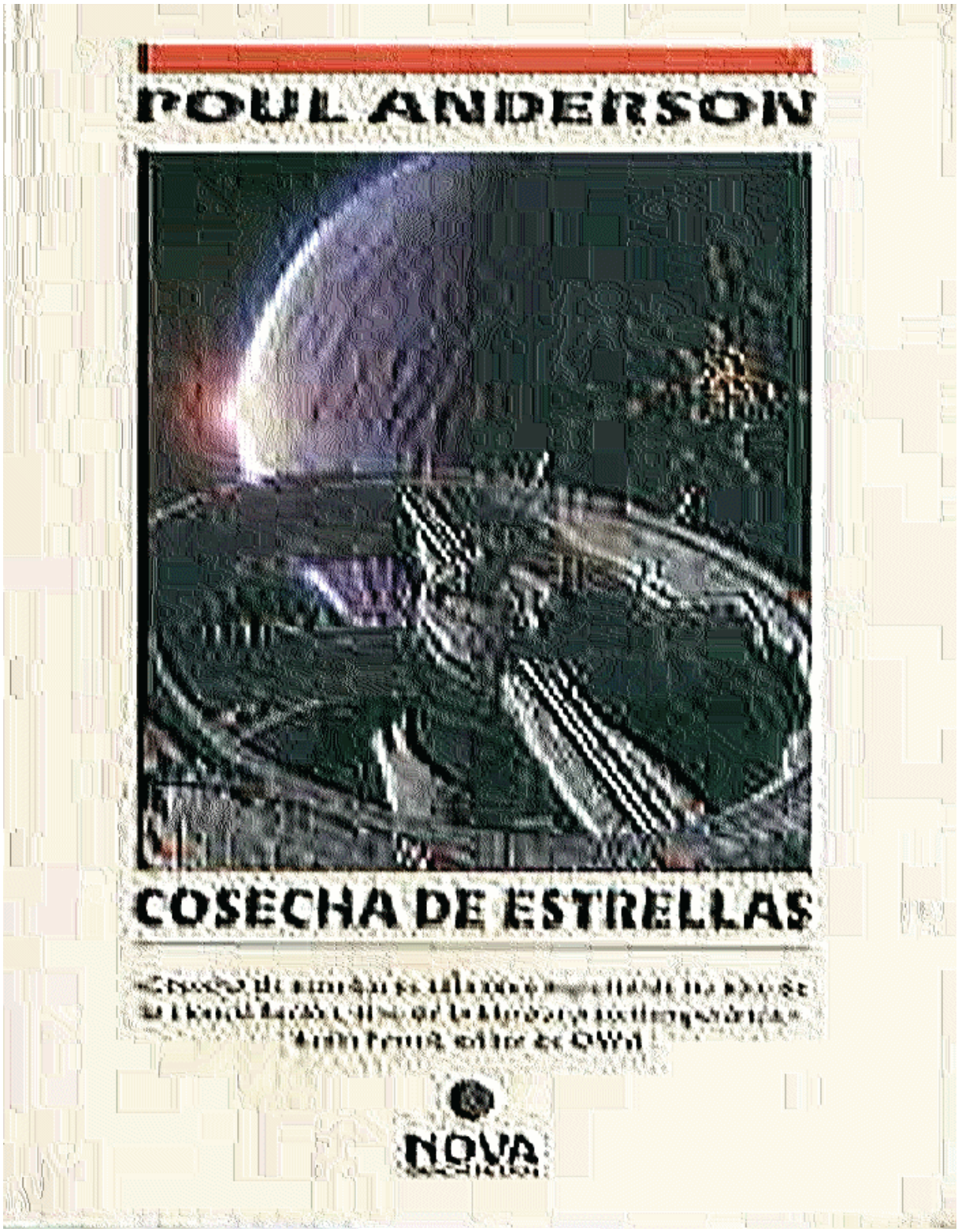
Cosecha de estrellas
Poul Anderson



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Presentación

Poul Anderson es uno de los nombres clásicos en la ciencia ficción de todos los tiempos. El reciente éxito de *LA NAVE DE UN MILLÓN DE AÑOS* (1989, NOVA ciencia ficción, número 39), confirma la valía de este autor que, junto a Harían Ellison, es quien más premios Hugo ha obtenido en la historia, del género. Siete Hugo y tres Nebula son garantía suficiente del buen hacer de uno de los maestros tradicionales de la mejor ciencia ficción de todos los tiempos.

Maestría que nadie discute. La famosa enciclopedia de John Clute y Peter Nicholls considera a Poul Anderson *«una figura en el panteón de los escritores de ciencia ficción norteamericanos (al igual que el Asimov de la Edad de Oro o el Frank Herbert de una década posterior)».*

Anderson ha sido hasta hace poco un autor muy conocido por sus éxitos en el campo de la *space opera,* la fantasía y, también, del relato o la novela cortos.

Éxitos que parece haber trasladado con acierto a la novela larga, género más ambicioso. Así lo afirman, entre otros, autores destacados como Larry Niven y Jerry Pournelle, quienes han alabado francamente el título que hoy presentamos, *COSECHA DE ESTRELLAS,* con comentarios como:

Poul Anderson ha sido siempre reconocido como el maestro de los relatos cortos de ciencia ficción. Con LA NAVE DE UN MILLÓN DE AÑOS y, ahora, con COSECHA DE ESTRELLAS ha probado ser también un maestro de la novela de ciencia ficción.

Otros no lo hacen mejor: acción, suspense, misterio, aventura... y personajes que el lector recordará como viejos amigos durante mucho tiempo.

JERRY POURNELLE

COSECHA DE ESTRELLAS es una novela de extraordinaria fuerza por la intensidad con la cual Poul Anderson nos sumerge en el futuro. Anderson logra que el lector -junto a sus personajes- sienta la experiencia de ese nuevo mundo con una asombrosa profundidad. No se ha limitado a proyectar un grupo de personajes en una ambientación del futuro. Esos personajes se convierten en parte de ese futuro. Es como si esos hombres y mujeres cobraran vida por sí mismos. Tienen sus propios sueños, estilos de vida, diversiones, ocupaciones, objetivos y pasados, bastante alejados de los del autor. Poul les ha dado vida de forma magistral.

Tal vez lo que más me ha impresionado del libro es la riqueza de detalles. Poul nos sitúa en un mundo completamente nuevo. Se trata, en este sentido, de una novela escrita más a la manera de Fielding y Melville que en el estilo tradicional de la ciencia ficción. En cierta forma es como si hubiera escrito realmente MOBY DICK -un libro que explora toda la miríada de ramificaciones de la caza de una ballena-, aunque para ser sincero creo que la novela de Poul resulta más sólidamente integrada que la de Melville. Las novelas de ciencia ficción a menudo se embarcan en este tipo de exploraciones pero en un grado más limitado. Generalmente extrapolan una tendencia hacia el futuro y exploran los límites de dicha tendencia. Poul ha trazado un millar de tendencias, las ha mantenido sólidamente unidas y ha creado una obra maestra.

LARRY NIVEN

La comparación con Melville, a menudo considerado como el mejor novelista clásico de Norteamérica, no es ociosa y viene a certificar el creciente interés de las últimas novelas de un autor ya veterano que parece haber encontrado savia nueva tras su sesenta aniversario.

En *LA NAVE DE UN MILLÓN DE AÑOS,* Anderson, gracias a sus personajes inmortales, recorre toda la historia de la humanidad siguiendo el devenir de las civilizaciones y culturas humanas. Se trata de un repaso completo a nuestra historia y aun posible futuro entre las estrellas, un estudio detenido y complejo de eso que etiquetamos como «humanidad». Con toda segundad es una de las mejores novelas de Anderson y un hito ya imprescindible en el devenir de la ciencia ficción contemporánea: una narración sofisticada, precisa en el aspecto histórico, inteligente y emotiva que ofrece una visión panorámica de la humanidad, de su historia y de su futuro.

COSECHA DE ESTRELLAS muestra un registro distinto que, parece ser, Anderson desarrolla todavía en otra novela posterior, *THE STARS ARE ALSO FIRE* (1994), que, en el momento de redactar esta presentación, no he tenido todavía oportunidad de leer. Pero sí sé que ambas novelas han sido consideradas como un hito importante en la ciencia ficción por Rusell Letson en la influyente revista LOCUS. Letson cerraba su comentario sobre *COSECHA DE ESTRELLAS* con estas palabras:

La novela me ha producido un gran impacto. Más que las debilidades de Anderson muestra sus puntos fuertes: un genuino sentido poético por el universo físico, la habilidad de conectar la ciencia-hard con el corazón humano, un gran sentido de la continuidad y de la inevitabilidad de la narración, y una capacidad para la elegía y para lo trágico que son raras en la ciencia ficción.

Para mí, *COSECHA DE ESTRELLAS* es una novela cerrada. Pero el comentario de Rusell Letson sobre su continuación ha estimulado mi curiosidad y les puedo casi asegurar que *THE STARS ARE ALSO FIRE* va a encontrar espacio en NO VA ciencia ficción, aunque sea al coste de retrasar (¡una vez más!) la edición en español de *TAU ZERO* (1971), de la que ya les hablé en mi presentación a *LA NAVE DE UN MILLÓN DE AÑOS* (1989, NOVA ciencia ficción, número 39).

Y ya está bien de citas y valoraciones ajenas. Mi obligación es, también, contarles por qué *COSECHA DE ESTRELLAS* merece estar en NOVA ciencia ficción y cuáles son, a mi entender, las aportaciones de esta novela a la ya abigarrada historia de la ciencia ficción.

En primer lugar me gustaría advertir que *COSECHA DE ESTRELLAS* es casi dos novelas en una. En sus dos primeras partes, *Kyra* y *Eiko,* asistimos a un curioso enfrentamiento entre dos personalidades del todo iguales. Anderson rehuye una forma de hacerlo, tal vez más de moda en nuestros tiempos, que consiste en recurrir a la ingeniería genética y usar dos clones de una misma persona. Así lo hace, con la amenidad que la caracteriza, Lois MacMaster Bujold en *DANZA DE ESPEJOS* (1991, de próxima aparición en NOVA ciencia ficción, número 78) al enfrentar a su héroe Miles Vorkosigan con su propio clon. Aunque de esa novela ya les hablaré en su momento.

Anderson elige otra novedosa aproximación al mismo problema de enfrentar a un héroe con un enemigo de igual capacidad y poder: el recurso a las emulaciones informáticas de una mente humana, gracias a futuros desarrollos de las redes neuronales en las que se

centra buena parte del trabajo actual de los investigadores especializados en el campo de la inteligencia artificial.

La especulación de Anderson es inteligente y acertada y, con la posterior aparición de los *sofotectos,* supone una brillante y seria aportación de ese ciberespacio que el movimiento ciberpunk parece haber explorado deforma tan pacata. Asilo ha visto, por ejemplo, Hans Moravec, un conocido especialista del *Robotics Institute* de la famosa universidad Carnegie Mellon, una de las punteras en el complejo y prometedor campo de la inteligencia artificial:

COSECHA DE ESTRELLAS me ha gustado mucho. Logra realizar lo casi imposible: de forma interesante y original reconcilia el clásico futuro andersoniano en torno a la excitante aventura humana en el espacio con la posibilidad, radicalmente distinta, de un futuro dominado por el poder exponencial de las mentes artificiales.

Las dos primeras partes de *COSECHA DE ESTRELLAS* muestran el enfrentamiento del protagonista, Anson Guthrie, creador de la heinleniana empresa Fireball y defensor a ultranza del liberalismo más extremo, con su otro yo, convertido a la ideología del *avantismo* que gobierna una Norteamérica del futuro. Entre los avantistas, la ideología totalitaria e intervencionista que sigue los dictados del profeta Xuan, la línea oficial establece la bondad de la mente algorítmica aun cuando ya percibimos, como deben reconocer incluso jerarcas avantistas como Sayre, que, en realidad, «el enfoque no algorítmico de la mecánica cuántica no era necesariamente subversivo» incluso en una sociedad que se nos muestra francamente totalitaria.

Pero, aunque el comentario anterior pueda ser uno de los que llame la atención de un especialista informático, la novela, como dice bien Jerry Pournelle, es una buena historia con toda, la «acción, suspense, misterio, aventura... y personajes que el lector recordará como viejos amigos durante mucho tiempo» que son imprescindibles para el ameno entretenimiento que representa esta primera parte de la obra.

Coincido con Rusell Letson en que esas dos primeras partes de *COSECHA DE ESTRELLAS* son en realidad un largo prólogo al eje central de la especulación de Anderson. En la tercer a parte, *Démeter,* el autor se deja llevar por la imaginación más desbordante y creativa para unir exploración espacial, terraformación, mentes artificiales e incluso la hipótesis ecológica de Gaia en una visión de gran alcance poético y un atisbo de la definitiva victoria humana sobre la muerte, tanto la individual como la de la especie.

Debo reconocer que esta última parte de *COSECHA DE ESTRELLAS* desarrolla con efectividad el mismo sentimiento de vértigo cósmico que me han producido otras obras clásicas de la ciencia ficción como, por citar sólo una, la memorable *HACEDOR DE ESTRELLAS* de Olaf Stapledon. Si todo eso, tal como dice Rusell Letson en LOCUS, encuentra acertada continuación en *THE STARS ARE ALSO FIRE,* les puedo asegurar que no voy a privarme de la lectura de la nueva novela de Poul Anderson de la que espero hablarles en un futuro bastante cercano.

El tratamiento que da Anderson a la un tanto *sui generis* terraformación de Deméter y sus problemas, que ocupan la última parte de esta novela, coincide con un período en el que buena parte de los autores de la ciencia ficción norteamericana se han ocupado de la terraformación de Marte, posiblemente al amparo del más bien fallido proyecto de la NASA en torno al planeta rojo. Junto a la brillante serie de Kim Stanley Robinson iniciada en *GREEN MARS, destacaré aquí la aportación de Greg Bear, yerno de Anderson y autor de MOVING MARS,* que aparecerá pronto en NOVA ciencia ficción.

Pero Anderson elige un punto de vista más general y une los problemas de la terraformación al futuro desarrollo de las mentes artificiales con una visión que, francamente, desborda casi todo lo imaginable. La inteligencia artificial y el trasfondo creado en las dos primeras partes de *COSECHA DE ESTRELLAS* ayudan efectivamente a hacer verosímil esa humanidad escindida entre selenitas y terrícolas que transportan sus diversas sociedades a un nuevo entorno planetario.

Y quiero hacer constar que hay muchos más elementos destacables en *COSECHA DE ESTRELLAS.* Elementos que no debo abordar aquí para mantener intacto en el lector el placer de la lectura de una novela que me siento orgulloso de incorporar a nuestra colección. En cualquier caso, para resumir, *COSECHA DE ESTRELLAS* es una amena e interesante saga que aúna la aventura y el suspense con una sorprendente visión, del destino de la humanidad.

La trama es tal vez engañosa en su sencillez: la piloto Kyra Davis debe rescatar el fantasma de Anson Guthrie, fundador de la heinleniana empresa Fireball, cuya mente ha sido almacenada en una red neuronal. Ambos deben enfrentarse a un brillante adversario: una copia de la personalidad de Guthrie que ha sido reprogramada para servir al totalitarismo avantista que domina la Norteamérica del futuro. La odisea interestelar les llevará, de aventura en aventura, desde el enclave de los rebeldes liberales de Fireball hasta la exótica colonia lunar de los selenarcas, para llegar al distante mundo de Deméter en Alfa del Centauro, en la mayor aventura de la especie humana en busca de su adaptación al entorno estelar. El conjunto es una rica mezcla de temas de gran actualidad: realidad virtual, inteligencia artificial y biotecnología unidos a la especulación sobre el futuro del ser humano entre las estrellas. Una novela de gran amenidad, con una riqueza de detalles insospechada y movida por una visión galáctica de tal alcance que nos acerca al vértigo cósmico. Y para finalizar, las habituales notas que el traductor Carlos Gardini suele ofrecer como ayuda a la corrección de estilo y que, creo, pueden resultar útiles a algunos lector es par a situar parte del vocabulario de la novela:

consorte: *empleado de Fireball Enterprises que ha prestado ya juramento de lealtad.*

emulación: *copia en software de una personalidad humana.*

fahrweg: *palabra de origen alemán (algo así como «camino de circulación»); designa una especie de acera móvil o sistemas similares para desplazamiento de los peatones.*

integrado: *un distrito político de la Unión de América del Norte, equivalente a un estado de los actuales Estados Unidos de América.*

metamorfo: *criatura metamorfoseada, producto de experimentos genéticos.*

multiceptor, multi: *equivalente de la televisión.*

neósofo: *un metamorfo con características sapiens.*

quivira: *programa de realidad virtual.*

Sepo (Security Police): *Policía de Seguridad. En la lista de personajes del principio de la novela se utiliza Security Police para aclarar el origen de la abreviatura; en el texto, por supuesto, se utiliza Policía de Seguridad; la forma Sepo resulta más convincente que una forma como Pose, y tiene sus evocaciones (como los Vopos, la «policía popular» de la ex Alemania Oriental).*

sondeo profundo*: método de interrogación químico-electrónico.*

sónor: *instrumento musical. vivífero: especie de programa multimedia.*

El último comentario de esta ya larga presentación procede también del traductor y hace referencia al lenguaje de la novela original:

El inglés que se habla en el mundo de COSECHA DE ESTRELLAS ha incorporado gran cantidad de palabras de origen español (gracias, consorte, etc.). Nótese que no son frases «extranjeras» (que admitirían la consabida nota «en castellano en el original»), sino vocablos de origen español que están plenamente incorporados a la lengua (como ocurre, en el inglés actual, con expresiones como patio, mano a mano, pronto, etc.). Ese matiz lingüístico, lamentablemente, se pierde en la traducción, pues no tiene sentido fuera del inglés. Aun así, el idioma de la traducción tiene ciertas peculiaridades, como el uso del tuteo con las formas «señor», «señorita», etc.

Antes de finalizar me parece imprescindible una advertencia: tal y como suele decirse, algunos temas en esta novela pueden herir la sensibilidad del lector. Principalmente la del lector que no sea tan exageradamente liberal y de derechas como suelen ser algunos de los autores clásicos norteamericanos. Citaré, a modo de ejemplo, al más emblemático, Robert Anson Heinlein, quien, no por casualidad, da nombre a uno de los protagonistas de *COSECHA DE ESTRELLAS. es* curioso constatar cómo creadores que logran imaginar futuros insólitos para la especie humana, resulten tan poco capaces de superar los condicionamientos políticos de su entorno social más inmediato. Pero, por suerte o por desgracia, ésa es una constante demasiadas veces repetida en la ciencia ficción clásica norteamericana y ya estamos acostumbrados a ella. Otros, con otra historia cultural y otras posibilidades, podemos contemplar un tanto sorprendidos ese infantilismo liberal norteamericano que, todo hay que decirlo, parece que puede llegar a contagiar incluso a algunos sedicentes socialistas europeos, nominalmente en las antípodas del liberalismo.

MIQUEL BARCELÓ

A Frank y Laura Kelly Freas

Librodot

Agradecimientos

Por su información, consejos y otras ayudas, doy las gracias a Karen Anderson, John G. Cramer, Víctor Fernández-Dávila, Robert Gleason, A. T. Lawton, Bing F. Quock y P. Wright. No son responsables de los deslices, errores y tropiezos que haya en el libro, y evitaron que cometiera varios.

También agradezco a Frank J. Tipler que me haya permitido el uso de ciertas ideas suyas mal utilizadas en el futuro, un lamentable destino que muchas ideas han sufrido en el pasado y en el presente.

Dramatis personae

(Se omiten algunos personajes menores)

Dolores Almeida Candamo: *Directora general de operaciones terrícolas de Fireball Enterprises.*

Arren: *Selenita, agente de Rinndalir.*

Pierre Aulard: *Ingeniero, directivo de Fireball.*

Jack Bannon: *Oficial del Ejército de Liberación (Caótico).*

Gabriel Berecz: *Emulación informática de un ecólogo.*

Esther Blum: *Regente de los Residentes.*

Jerry Bowen: *Diseñador del sistema de lanzamiento láser.*

Charissa: *Hija de un colono, luego esposa de Hugh Davis.*

Charlie: *Espécimen macho de Keiki Moana.*

Cua: *Selenita, piloto espacial.*

Erling Davis: *Descendiente de Hugh Davis.*

Hugh Davis: *Explorador de Démeter.*

Kyra Davis: *Piloto espacial y consorte de Fireball; su emulación informática.*

Deméter Hija.

Deméter Madre.

Rory Donovan: *Cantinero de Tychópolis.*

Manuel Escobedo Corrigan: *Presidente de la Unión de América del Norte.*

Anne Farnum: *Miembro del movimiento de los Caóticos.*

Jim Farnum: *Miembro del movimiento de los Caóticos.*

Hans Gieseler: *Empleado de Fireball.*

Anson Guthrie: *Cofundador y dirigente de Fireball Enterprises, sus emulaciones informáticas; su reencarnación.*

Juliana Trevorrow Guthrie: *Esposa de Anson Guthrie y cofundadora de Fireball Enterprises.*

Helledahl: *Capitán de la nave* Bruin *de Fireball.*

Félix Holden: *Coronel de la Sepo (Security Police) de la Unión de América del Norte.*

Habu: *Selenita, agente de Rinndalir.*

Robert E. Lee: *Intuicionista, consorte de Fireball.*

Leggatt: *Magnate de Feria Quark.*

Lin Mei-Ling: *Esposa de Wang Zu y consorte de Fireball.*

Luis Moreno Quiroga: *Amigo de juventud de Anson Guthrie.*

Sitabhai Lal Mukerji: *Presidenta de la Federación Mundial.*

Boris Ivanovich Nikitin: *Amigo de infancia de Kyra Davis.*

Niolente: *Selenita, aliada de Rinndalir.*

Noboru: *Hijo de Deméter Hija.*

Christian Packer: *Descendiente de Jeff Packer.*

Jeff Packer: *Hijo de Washington Packer.*

Washington Packer: *Director del puerto espacial de Kamehameha, consorte de Fireball.*

Pedraza: *Oficial de la Sepo (Security Police) de la Unión de América del Norte.*

Consuelo Ponce: *Científica, consorte de Fireball.*

Rinndalir: *Selenita, selenarca.*

Basil Rudbeck: *Director de investigaciones de Lifthrasir Tor.*

Rusaleth: *Selenita, dama comandante de Phyle Ithar.*

Juan Santander Conde: *Directivo de Fireball, luego emérito.*

Enrique Sayre: *Jefe de la Sepo (Security Police) de la Unión de América del Norte.*

Ivar Stranding: *Ex amante de Kyra Davis.*

Stuart: *Capitán de la nave* Jacobite *de Fireball.*

Zeyd Abdullah Aziz Tahir: *Jeque de la comunidad musulmana del Integrado Noroeste.*

Eiko Tamura: *Técnica de L-5, empleada de Fireball.*

Noboru Tamura: *Padre de Eiko Tamura, jefe de operaciones espaciales de L-5, y consorte de Fireball.*

Nero Valencia: *Guerrero* (gunjin) *de los Sally Severins.*

Wang Zu: *Despachador de L-5, consorte de Fireball.*

Xuan Zbing: *Visionario en cuyas teorías se basa el movimiento avantista.*

Clarice Yoshikawa: *Técnica de la Sepo (Security Police) de la Unión de América del Norte.*

Epílogo

Incluso anoche, la muerte era apenas la estrella más brillante. Los soles se han replegado en el cielo, como si se ocultaran de la amenaza y Faetón fuera el amo de las tinieblas. Más brillante que Sol, de una belleza casi insoportable, mostraba su blancura incandescente que era como una plegaria de paz. Aumentando hora tras hora, era claramente visible cuando se puso a media mañana.

No buscaremos refugio en el lado diurno. No hay refugio. Nos quedaremos aquí, mirando. Yo haré lo que pueda para aplacar el terror de mis pobres bestias, que ven sin comprender.

El tiempo estaba tranquilo. La nieve cubría las colinas, sombras azules oscurecían los valles, la luz se descomponía en mil colores brillantes en los carámbanos que colgaban de los árboles deshojados. Pero algunas nubes velaron el oeste, y centelleó nuestro último poniente. Ahora sopla un viento agudo y cortante. Partículas de hielo azotan la tierra. A través de las raíces y de las rocas siento el furor monstruoso de mares lejanos.

Faetón viene precedido por su fulgor, una palidez que trepa desde el sureste hasta alcanzar el cénit. Este amanecer insólito excita a las aves, y oigo sus chillidos de asombro, el mugido de un venado, el aullido de los lobos.

Debo ayudar a mis criaturas. Aguarda. Te amo.

-Yo también te amo. Aguardaré.

El planeta inicia su ascenso. Se ha vuelto tan enorme que tarda más de una hora en trepar al firmamento, hinchándose cada vez más. El lado nocturno de su gibosa mole resplandece cuando la luz de las estrellas alumbra sus turbulencias climáticas. El lado diurno es puro fulgor, tormentas palpitantes entre las cuales vislumbro cordilleras, glaciares y océanos congelados que se derriten. Nuestra nieve reluce como una gema. Al este corcovean cabezas de tormenta cuyas formas fosforescen a la luz de Faetón. El relámpago juega en sus profundidades. Es poco natural en pleno invierno... no, también esto forma parte de la naturaleza, de la realidad a la cual pertenecemos.

El suelo tiembla. El viento aúlla. Procuro consolar al halcón y a la liebre, al zorro y al cuervo, al ratón y al gorrión. No tendrán mucho tiempo para sentir miedo, pero les evitaré todo el que pueda.

Manchas negras asoman en Faetón; humo, cenizas. Hordas de volcanes han despertado. Una línea atraviesa la mellada esfera, una grieta que expone honduras llameantes. Un temblor estremece el suelo. Las colinas se derrumban, con un estrépito mayor que el del inminente huracán.

Regreso. Nuestros espíritus se abrazan.

Faetón comienza a rajarse. Chocaremos con él antes de que se parta del todo, pero ya lo inunda una oleada de fuego. Nuestro mundo tiembla y ruge.

Adiós, amada.

Caen los primeros meteoritos.

-Gracias por lo que me diste y lo que fuiste. Te amo.

Primera parte
Kyra

Librodot

1

Tenía una posibilidad entre siete, a no ser que el fantasma no estuviera en ninguno de sus ya conocidos escondrijos. Entonces no tendría ninguna, y encontrarlo sería una carrera contra los enemigos de éste. Kyra esperaba al menos conseguir un empate. Fuera de la Tierra se enfrentaba con la inmensidad, el vacío, a veces con la violencia, pero nunca había sido ella misma una presa. Deseaba sólo informar simple y llanamente de que no había encontrado a Guthrie, y regresar al espacio.

Sus nervios se tensaron. Había prestado juramento.

Además, si le encomendaban esa tarea, con un poco de suerte tal vez no resultara peligrosa. Hasta ahora se había limitado a viajar en transportes públicos atestados. Nadie tenía por qué sospechar que buscaba al director de Fireball. Si los cazadores se enteraban de que Kyra había visitado el Integrado Erie-Ontario, disponía de respuestas para todas sus preguntas. Los primeros años de su vida habían transcurrido en Toronto. Era natural que dedicara un corto permiso a visitar los lugares de su infancia. Tampoco tendría que responder personalmente. A esas alturas, dado el caso, ella y Guthrie estarían ya en las antípodas.

Sintió un cosquilleo. ¡Ella, al rescate!

Quizás. En cualquier caso, más le valía mantenerse atenta. Primero debía concentrarse en el tráfico. Veintenas de triciclos como el suyo hacían su recorrido entre cientos de peatones. La mayoría llevaban escudos climáticos prácticamente invisibles en sus doseles. Kyra había dejado el suyo plegado, en un irracional deseo de escapar a todo confinamiento. En esa calle no se permitía la circulación de vehículos pesados, pero los ruidosos camiones arrojaban sus sombras desde el monorraíl, y algunos aeromóviles los sobrevolaban de vez en cuando. Por duros que fueran los tiempos, la gran metrópoli bullía de actividad.

La gente corría, se esquivaba, observaba, gesticulaba, se volvía y se rezagaba, en un mar de turbulencia. Los colores y los rostros se confundían en el enjambre. En el aire espeso las bocanadas de aliento se mezclaban con el ruido de pisadas y voces. Nubes parecidas a humo surcaban el cielo allí donde era visible entre los muros. El viento agitó la chaqueta de Kyra. Acogió con gusto su intensidad, que disipó en parte el hedor y la claustrofobia.

¿Aquel sector había degenerado desde hacía dos décadas, o sus recuerdos la engañaban? No estaba segura. Sus padres la habían llevado pocas veces al este de los lagos. Pero no debía sentirse amenazada. Éstos eran seres humanos, y en mejor situación que muchos. ¿Qué daño podían hacerle esa mujer morena con su sari, ese caballero con campanillas en su sombrero de ala ancha, aquel hombre cuyo emblema y cuyas manazas curtidas decían de él que era un trabajador manual, esa pareja que con su atuendo verde proclamaba su fe en la misma Renovación en la que habían creído sus abuelos? La amenaza provenía del Alto Mundo, de quienes estaban en posesión de la tecnología, el dinero y las influencias... concretamente, de aquellos integrantes del Alto Mundo que constituían el gobierno del país. Todo derivaba de una teoría matemática.

No obstante, las paredes mugrientas, los lóbregos portales, las tiendas cuyos escaparates antaño exhibían más y mejores mercancías, la muchedumbre, todo parecía una pesadilla. ¿Estaba describiendo una asíntota, aproximándose cada vez más al Blue Theta sin llegar nunca?

Y de pronto llegó.

Aunque el complejo era gigantesco, los bloques circundantes se lo habían ocultado. Y no podía verlo en su totalidad. A un kilómetro de distancia y desde cierta altura, habría divisado paredes, columnas, arcos, tejados y torres elevándose en azul y blanco hasta la letra griega que coronaba la torre central. Desde donde se encontraba sólo distinguía su parte superior y un ancho portón abierto.

Suficiente, pensó con satisfacción.

Frunció el ceño. ¿A qué venían esos cambios de humor? Siempre había afrontado el peligro sin alterarse. ¿Agotamiento? Había hecho un largo viaje desde la tienda de alquiler de triciclos hasta allí, y antes había viajado de Kamehameha a Honolulú, y en suborbital hasta Central Noroeste, y había cambiado de tren un par de veces en su camino a la estación de Buffalo; aquello, pero, no podía considerarse excesivo.

Sin duda el saberse en una situación delicada la inquietaba más de lo que creía. Recitando en silencio un mantra de paz, buscó un sitio donde aparcar.

Lo encontró. Paró el motor, bajó, empujó la máquina hasta un compartimiento, insertó una moneda y selló la cerradura con la huella de su pulgar. Cincuenta centavos bastaban para una hora; tiempo de sobra. Si tardaba más, tenía efectivo para recobrarla. Temiendo que lloviera, desplegó el dosel. No tenía sentido arriesgarse a que se mojaran el asiento, los controles y el maletero, cuando quizá se iría cargada -o con un pasajero- y la incomodidad distraería su atención del peligro.

Tampoco tenía tiempo que perder, aunque no le convenía hacerse notar por las prisas. Se internó en la multitud, atravesó el portón y entró en el patio.

El tumulto se disgregó, y Kyra se sintió repentinamente desnuda. El lugar no estaba desierto. La gente iba de aquí para allá: residentes, personal, compradores, visitantes. Pero el tráfico era más escaso, menos frenético. A lo mejor, pensó Kyra, era por contraste con el exterior, no sólo abarrotado sino extraño en su pobreza, su primitivismo, su impotencia; el marginado Bajo Mundo que en toda la Tierra vivía a la sombra de la alta tecnología.

O tal vez fuera que tanta magnificencia resultaba sencillamente abrumadora para sus ocupantes. Había fuentes rodeadas de suelos de mosaico, jardines cuyas flores y arbustos eran obra de artistas genéticos, un enorme holograma que representaba un ballet grabado en un nivel de baja gravedad de L-5. Diez pisos de galerías se elevaban hacia un techo transparente. Los rayos del sol hendían las nubes. Más allá, se proyectaba la pálida luz diurna de la luna, como un hogar entrevisto en sueños. Sí, pensó Kyra, aun los selenitas le parecían más semejantes a ella que aquellos conciudadanos.

Se mordió el labio y entró en la fortaleza. El vestíbulo estaba casi vacío. Un mantenedor pasó rodando, pero el zodíaco de metal del cielo raso estaba deslustrado por falta de limpieza. Había dos hombres sentado en sofás. Uno, de tinte amarillento, llevaba un mono sucio y fumaba un cigarrillo. Kyra olió una mezcla barata de tabaco y marihuana y pensó con amargura que los avantistas, a pesar de haber logrado controlar las ideas de los norteamericanos, no tenían igual suerte con sus vicios. El otro hombre, que vestía una túnica, era totalmente lampiño, de tez dorada y rasgos... ¿peculiares? ¿Un metamorfo, heredero de aquellos días en que en ciertas jurisdicciones de la Tierra la experimentación con el ADN no conocía límites? No hablaban, tal vez no se conocían; tampoco miraban el multiceptor, donde una mujer exhortaba a un grupo de jóvenes a vivir según los principios considerados correctos y a denunciar a los que se apartaran de ellos para que las autoridades pudieran ilustrarlos debidamente.

Kyra se estremeció ligeramente. Normalmente vivía alejada de tales cosas. Algo sabía por los noticiarios, las crónicas, o de boca de testigos. A veces eran casos estremecedores. (Un niño separado de sus padres y éstos acusados de abuso por haberle dicho que no creyera lo que oía en la escuela sobre las grandes revelaciones de Xuan. Una importadora, que había manifestado sus objeciones a diversas regulaciones ante medios extranjeros, llevada por los inspectores a la bancarrota y luego condenada por evasión de impuestos. Un documental sobre un centro de rehabilitación, las sonrisas sin vida de los internos y la tajante negación de que estuvieran allí por motivos políticos: «Este país está en vías de trascender cualquier

política».) Kyra solía consolarse pensando que aquella desgracia no podía generalizarse ni durar mucho tiempo. Hoy había visto, sentido y olido parte de la realidad.

En el tablero del directorio tecleó «Robert E. Lee» en vez de decir el nombre. Ridículo; ¿pensaba que aquellos hombres eran agentes secretos al acecho? Bien, no estaba habituada a aquel juego. La pantalla proyectó «D-1567», algo que ella ya sabía, y las instrucciones para llegar hasta allí. Como tenía una excelente memoria, no pagó para sacar una copia impresa, sino que tomó directamente el fahrweg y repitió la indicación. La puerta se deslizó. Kyra entró. Como no necesitaba amortiguadores que la ayudaran a asumir la leve aceleración, pasó inmediatamente de un carril al otro hasta llegar al más rápido.

El viaje duró diez minutos, con tres trasbordos, incluido el vertical. Para combatir la tensión, observó a otras personas que subían, bajaban o se movían por allí. Eran menos heterogéneas que en otras ciudades de la Tierra o que en las calles de esta ciudad. Usaban un mismo tipo de chaquetas y pantalones, túnicas y blusas ceñidas o unitrajes, de colores discretos. Ni siquiera las prendas extravagantes -la blusa abigarrada de un hombre, el vestido de iridón de una mujer-, eran llamativas. Los hombres no llevaban barba y la gente de ambos sexos iba con el pelo corto. Hacía veintitrés años que la conformidad era un requisito para el éxito entre los altomundanos y muchos bajomundanos de la Unión de América del Norte. Y cada vez más, era un requisito para la supervivencia.

Había algunas excepciones. Tres jóvenes lucían mechones de pelo largo, plumas y prendas con flecos. Algunos hombres con barba y turbante acompañaban a mujeres con velo y espesas túnicas hasta los tobillos. También vio a un par de hasidim barbudos y a un hombre con una cruz en el pecho, aparentemente un sacerdote ortodoxo. Éste hablaba con un fornido sujeto vestido de azul que ostentaba un águila bicéfala de plata en la gorra y una cachiporra en el cinturón. Lo más probable era que fuese un guarda de una asociación de vecinos. En un complejo de aquella magnitud, bloques enteros de unidades podían albergar comunidades que gozaban de cierta autonomía. Como Fireball, pensó Kyra, sólo que el actual gobierno de América del Norte toleraba su existencia a regañadientes, porque no podía abolirías, y trataba de vigilar de cerca sus actividades.

Otro hombre fornido subió al fahrweg. Llevaba un traje tostado, ceñido, un arma en la cadera. En su brazalete se veía el símbolo avantista del infinito. El silencio se extendió a su alrededor como las ondas de una piedra al caer en un estanque. Los agentes de la Policía de Seguridad rara vez iban allí de uniforme.

¿La estaba mirando? A Kyra se le aceleró el pulso, se le secó la lengua. Había sido un descuido por su parte viajar al continente con aquella chillona chaqueta tropical, pantalones cortos y sandalias. Incluso en Hawai habría estado mal visto. Kyra no había pensado mucho en ello porque para ella la Tierra era principalmente gente de la empresa viviendo en propiedades de la empresa.

Recobró la compostura. Aún no estaba haciendo nada ilegal. Su tarjeta de identidad indicaba textualmente que era una ciudadana.

Magro consuelo. Una extranjera arrestada tendría más derechos, más posibilidades de apelación que ella.

El policía se bajó. Kyra suspiró aliviada, se apoyó en el amortiguador. Los viajeros de ropa exótica se miraron y reanudaron su conversación.

La señal parpadeó indicando que se aproximaba a su destino.

Kyra cruzó las franjas, indicó que descendía, atravesó la puerta y se cogió de la baranda para no tambalearse.

Estaba furiosa. ¡Qué disparate! Era piloto espacial, y podía desenvolverse sin problemas en cualquier gravedad, de cero a diez. No era una anciana ni estaba inválida, tenía veintiocho años y su genoma le garantizaba otro siglo de buena salud si se atenía a su programa médico. De acuerdo, aquel trabajo era nuevo para ella, quizá peligroso, pero eso no justificaba su aprensión. Adelante, se dijo.

No había nadie más en el corredor. Corrió hasta la puerta 1567. El ejercicio le calentó la sangre e hizo que cobrara ánimos. Lo más probable era que no encontrase nada y debiera regresar directamente al puerto espacial. Torció el gesto. Después de tanta tensión, sería decepcionante. Tocó la placa de llamada.

En la estación había usado su informador para hacer una rápida llamada anónima por audio y comprobar que Lee estuviera en casa. Tenía que estar ahí; el apartamento era su lugar de trabajo, además de su vivienda. Al no recibir respuesta, la aprensión la asaltó de nuevo. ¿Habría salido? Desechó ese temor. Sin duda querría examinarla primero. Una precaución natural, dadas las circunstancias. Kyra se enderezó, sonrió y esperó que Lee disfrutara de la vista.

Varios hombres le habían dicho que era atractiva. Kyra estaba de acuerdo, aunque no se vanagloriaba. Para ser mujer, era alta y de hombros anchos; por lo demás era delgada, aunque bien dotada, por delante y por detrás, de pelo rubio y corto que enmarcaba unos ojos castaños y un rostro de pómulos prominentes, nariz recta y boca carnosa.

-Salud, consorte -dijo con voz ronca-. Soy de Fireball, me llamo Kyra Davis y vengo por un asunto urgente de la compañía.

La puerta se abrió.

-Adelante -dijo Lee. Vio en ella una sorpresa mal disimulada y se distendió con una risita-. Supongo que no habías visto ninguna foto mía. Con un nombre como el mío... de hecho mis padres viven en Roanoke, donde nací. Pero Lee es un antiguo nombre chino.

Era bajo y delgado, y vestía con el desaliño de un soltero que no necesita guardar las apariencias en el trabajo. Tenía rasgos aniñados, aunque Kyra no creía que un intuicionista profesional pudiera ser mucho más joven que ella. Lee, nuevamente tenso, siguió hablando por hablar:

-Mi familia ha vivido aquí durante, doscientos años; los genes se estaban perdiendo, pero con los refugiados, en tiempos de la jihad,

llegaron algunos chinos del sureste de Asia y tres o cuatro de ellos se sumaron a mi linaje. Desde entonces, bien... sabes que la gente tiende a unirse a quienes conoce y merecen su confianza. La endogamia se ha vuelto algo habitual.

Calló y tragó saliva. Kyra comprendió.

-¿Temes haber dicho demasiado? No te preocupes, no soy psicomonitora ni policía. Ya te he dicho que soy de Fireball. Deja que te lo demuestre. -De un bolsillo extrajo su cartera para presentarle la tarjeta de la compañía, de mucha más garantía que cualquier documento oficial.

-Sí, gracias -murmuró él-. Perdóname, debo... perdona. No quiero ofenderte, pero... ¿me sigues, por favor? -La condujo hacia una puerta interior.

Kyra echó un vistazo al lugar. El salón estaba amueblado modestamente y abarrotado de recuerdos y adornos, entre ellos un tablero de ajedrez y una biblioteca con códices que quizá fueran un legado familiar. Las imágenes de las paredes, por el momento desactivadas, debían de representar parientes y las colinas de su tierra natal. Una gran pantalla-ventana presentaba una vista desde la torre más alta, justo bajo la theta. La escena era sobrecogedora.

El complejo aparecía como una extensión geométrica de pináculos y bioespacios verdes; un resplandor que se perdía en la bruma, tan fascinante como un paisaje de Luna o L-5. Al oeste se vislumbraba el gigantesco salto de agua del parque Niágara y, más allá, unas torres que ella recordaba. Al norte y al sur distinguió los lagos, láminas de plata opaca en la niebla. Decidió que le gustaba Robert E. Lee.

La otra habitación estaba abarrotada de equipo: tres grandes multiceptores, algunos terminales de ordenador y un vivífero que debía usarse para entrada de datos sensoriales, no para entretenimiento. El lector molecular confirmó que su tarjeta de identificación era auténtica. El informador que Lee llevaba en la muñeca era sofisticado y caro; quizá lo hubiera pagado la compañía. No sólo inspeccionó los pulgares sino la retina de Kyra, y verificó si las huellas concordaban con las que figuraban en la tarjeta.

Lee sonrió tímidamente.

-Compréndelo, tenía que hacerlo. ¡Pero no necesitamos tomar una muestra de ADN! Y ahora, consorte Davis, ¿en qué puedo servirte?

El corazón de Kyra dio un vuelco. Tragó saliva antes de formular la pregunta.

-¿Tienes a Guthrie?

Él la miró sorprendido.

-¿Qué?

-Anson Guthrie. El jefe. ¿Lo estás ocultando?

-¿Por qué...?

-Escucha, te he demostrado quién soy, pero si quieres más pruebas, te las daré. -Le contó toda la historia-. Me ha enviado Washington Packer. ¿Sabes quién es? El director del puerto espacial de Kamehameha. Esta mañana ha reunido a unos cuantos de nosotros en su oficina. Nos ha dicho que Guthrie ha estado en la Unión desde que el gobierno ocupó la sede central de Fireball en América del Norte. Entró subrepticiamente y se ocultó en el país para dirigir nuestra estrategia desde dentro. Una temeridad, según Packer. Ahora debemos actuar con rapidez y decisión. Es muy probable que las comunicaciones internacionales estén intervenidas, pero tenemos líneas seguras dentro del país.

«Packer acababa de enterarse. No ha especificado cómo, pero puede que haya un agente doble en la Policía de Seguridad, no sé si un Caótico o uno de los nuestros. El Gobierno planea una segunda fase de medidas preventivas contra nosotros. Dentro de dos o tres días lo controlará todo. Y parece que se ha enterado de la presencia del jefe. Tiene una lista de media docena de lugares donde puede que esté.

»Packer pudo encontrar esa lista en nuestro criptoarchivo. Desde luego, ni él mismo sabía dónde se oculta Guthrie. Su información no incluía el modo de obtener acceso a líneas de comunicación seguras con esos puntos, así que no se atrevió a telefonear. Decidió enviar a uno de nosotros a cada sitio.

»Usó a la gente de que disponía en ese momento. Yo, por ejemplo, soy piloto. Además, éramos de fiar, y podíamos salir del puerto sin levantar sospechas y regresar enseguida con la misma naturalidad. Quien encuentre a Guthrie debe llevárselo, meterlo en una nave espacial y ponerlo fuera del alcance de los avantistas.

»Bueno, ¿está aquí?

Kyra recobró el aliento; se sentía ligeramente mareada. ¿Había sido necesario extenderse tanto?

Lee clavó los ojos en ella.

-Vaya -masculló-, desde luego no eres una impostora. Ven, por aquí.

Esas palabras retumbaron como un trueno. Kyra se puso en guardia. Los huesos le temblaban, pero todos sus sentidos estaban plenamente dispuestos; el universo había cobrado una vividez sobrenatural y su mente brincaba. Así se sentía siempre que su vida dependía de sus propios recursos: una vez en un naufragio en un arrecife del Pacífico barrido por las olas; varias veces en el espacio.

Lee la condujo a otra habitación, donde tenía su cama, un armario, una cómoda, un escritorio y algunas piezas de aeromodelismo, entre ellas una maqueta de biplano que estaba montando -sugestiva evocación de hacía siglos, cuando los humanos volaban en máquinas que podían construir con sus propias manos- y que olía a pegamento. Una pantalla-ventana mostraba una reserva natural... el Bosque del Norte, sospechó Kyra, pues los ordenados y cuidados árboles eran coniferas, y algunas canoas surcaban el agua. Había pocas personas a la vista, pero el ruido de fondo indicaba la presencia de un campamento en las cercanías. Claro que en sitios como aquél siempre había campamentos en las cercanías.

Kyra evitó distraerse. Lee le hablaba:

-El permanece desconectado de los circuitos, salvo cuando está en contacto con sus agentes. Esas líneas son seguras, o eso creemos, pero ¿para qué correr riesgos innecesarios? Se esconde en una caja fuerte. La hizo instalar por el primer agente que alquiló este apartamento, hace décadas. Puede mirar, escuchar, llamarme en voz alta y, desde luego, yo puedo brindarle todo cuanto necesite para su información o distracción.

Kyra sintió curiosidad. ¿Qué le gustaría oír, leer, observar, experimentar a Guthrie, después de más de cien años siendo un fantasma en una caja? Su estilo personal conservaba las características que se habían grabado durante su existencia mortal, pero quizá fuera sólo una farsa, un recurso de relaciones públicas.

Lee se detuvo ante una pantalla. La imagen estaba congelada, como las del salón. Cabeza y hombros, el busto de un hombre cuyo corte de pelo y cuya túnica de cuello alto habían pasado de moda generaciones atrás; el sujeto debía de ser alguien a quien Guthrie admiraba. ¡Un momento! Ella lo había visto en un espectáculo histórico. Mamoru Tamura, el alcalde que había gobernado L-5 durante su primera gran crisis.

Lee se cuadró.

-Emergencia, señor Guthrie. -Ahora que las circunstancias lo obligaban a actuar, había desaparecido de él cualquier rastro de vacilación-. La piloto Kyra Davis trae un mensaje del director Packer. El Gobierno va a tomar medidas. Será mejor que te vayas de aquí.

-¡Por Judas! -exclamó una áspera voz de bajo-. ¡Muévete!

Lee tocó ciertos puntos del recargado marco. Toda la unidad se desplazó lateralmente. ¿Una simulación? ¿Guthrie había mirado por los ojos del retrato, había oído con sus oídos, tal como parecía hablar con sus labios? Detrás había un objeto. Lee introdujo la mano, lo separó de un terminal portátil, lo sacó.

-Ten, consorte. Explícale la situación mientras consigo una bolsa o algo donde puedas llevarlo.

Kyra extendió las manos, en las que recayó un peso leve, de dos o tres kilos. ¿El fundador y capitán de Fireball pesaba tan poco? Sus hazañas habían llegado a los confines del sistema solar, y a las estrellas. La persona, la mente que habían copiado en aquel programa, había viajado hasta Alfa del Centauro. Cabía esperar que pesara más o fuese más voluminosa.

Pero no. Un cerebro humano era menos denso.

Y el fantasma Guthrie no necesitaba un cerebro completo. Una red neuronal equivalente a un córtex cerebral. Centros sensoriales capaces de manejar datos electrónicos, magnéticos, fotónicos. Centros motores capaces de enviar datos a dispositivos de control. Una unidad de memoria. Programas informáticos donde estaba grabada su personalidad. Tal vez algo más. Kyra no lo sabía. La psiconética no era su especialidad. Pero no mucho más, sin duda. Aparte de eso, lo que ella sostenía en las manos eran instrumentos, aparatos auxiliares mínimos, una batería, un estuche.

En sus manos sostenía a su señor. Nunca se habían conocido pero, en última instancia, era a Guthrie a quien había jurado lealtad, y Guthrie era quien le había dado Fireball.

-Señor -susurró-, señor...

Había visto imágenes y descripciones de aquella caja y de otras parecidas (que eran muy pocas). Pero afrontar, palpar aquella presencia, era tan abrumador como lo fueron sus primeros encuentros con el amor y la muerte.

Su simplicidad era desconcertante: sólo una caja de organometal azul oscuro, dura, lisa como de cristal, de bordes redondos y junturas casi invisibles. Su fondo era plano, de veinte centímetros por treinta, con discos de cinco milímetros nivelados para proteger los diversos conectores. De unos veinte centímetros de altura, acababa en curva. Dos discos más en cada flanco indicaban conectores adicionales. Entre cada par, un círculo más grande, de cuatro centímetros de diámetro, cubría el diafragma que funcionaba como receptor. En la superficie frontal había uno similar para el altavoz. El rostro -por así llamarlo- contenía dos hemisferios, del diámetro de los casquillos de audio.

Tenía el volumen de una cabeza humana grande. ¿La de Anson Guthrie? Había sido un sujeto corpulento.

Las conchas hemisféricas se entreabrieron y se retrajeron como párpados. Surgieron de ellas dos pedúnculos flexibles de seis milímetros de grosor, cuyos extremos se agrandaban hasta los tres centímetros. Se extendieron completamente, como serpientes, quince centímetros, y giraron hacia Kyra. En los bultos de los extremos centelleaban lentes.

-Muchacha, no me sueltes -tronó la voz-. Bájame y deja de abrir la boca.

¿Podía bromear un muerto? Bien, Guthrie lo hacía a menudo. Pero ahora, ¿siendo víctima de una persecución? Con sumo cuidado, Kyra lo dejó sobre el escritorio, junto al biplano.

-Bien, ponme al corriente -ordenó Guthrie. Los sonidos sintéticos, que podrían haber salido de una garganta humana, tenían un acento raro. Kyra había oído decir que aquello era inglés americano de cuando Guthrie era joven, y sabía que tal vez usaría expresiones de esa época.

Recobró la compostura y repitió lo que le había contado a Lee.

Guthrie soltó un silbido.

-¡Hijos de perra! ¿Cómo diantre...? Sí, será mejor que nos larguemos. Buen tío, Washington. Y tú has sido una buena tía. No lo olvidaré.

Lee trajo una mochila.

-¿Esto servirá? -preguntó.

Kyra miró la mochila sin convicción.

-No llamará la atención -dijo Lee-. Hoy en día se ven por todas partes. Te dejan ambas manos libres.

Kyra asintió.

-Muy bien.

-¿Quieres decir que no tenías nada preparado, Davis? -gruñó Guthrie-. ¿No habías previsto una circunstancia como ésta?

-Lo lamento, señor Guthrie -respondió Kyra, admitiendo a su pesar que la crítica era merecida-. Teníamos mucha prisa.

-Y ni Washington ni los demás son expertos en conspiraciones. Lo comprendo. Cógeme, envuélveme y nos largamos -dijo Guthrie con socarronería. Las lentes se volvieron hacia Lee-. Tú quédate donde estás. Cuando llegue la policía, finge sorpresa. No sabes nada. Nadie ha estado aquí. ¿Podrás hacerlo? Te interrogarán, lo cual no será divertido, pero no creo que recurran al sondeo profundo si no les das motivos de sospecha. ¿Estás dispuesto?

Lee se irguió.

-Sí, señor Guthrie.

-Puedes huir y ocultarte, si lo prefieres, pero no te lo aconsejo. Eso les demostrará que eres cómplice, y te seguirán el rastro con todo sabueso de alta tecnología de que dispongan. Es probable que te pillen pronto. Siendo un ciudadano residente de esta gran república libre, estás marcado, registrado e identificado de mil maneras. Como miembro de Fireball, deben haber completado tu expediente con muchos más datos. Cuando te capturen, te exprimirán para sacarte información, y sólo después se preocuparán por la ira de Fireball. Eso no será agradable.

Claro que no, pensó Kyra. No recurrirían a la tortura, pues podía crearles problemas con la Federación Mundial y su eficacia no estaba garantizada. Terapia de rehabilitación. Sustancias químicas y pulsaciones eléctricas abriendo una mente como un hombre monda una naranja, a menudo con efectos similares.

-Sinceramente, creo que lo que más te conviene es quedarte aquí y hacerte el tonto -concluyó Guthrie.

Lee asintió espasmódicamente.

-Sí, señor Guthrie.

Guthrie habló con más suavidad.

-Lo lamento, Bob. Más de lo que soy capaz de expresar. La única excusa que tengo para largarme y abandonarte es que de otro modo puede que mueran muchas personas.

Y muchas esperanzas, pensó Kyra.

-Comprendo -dijo Lee con firmeza, pero con un hilo de voz-. Si alguien puede solventar esta desafortunada situación, es usted.

Sonó el teléfono. Lee fue hacia la extensión.

-Aguarda -rugió Guthrie.

-¿Qué? -preguntó Lee. El teléfono sonó de nuevo.

-No respondas. -Una lente se volvió hacia Kyra-. Davis, ¿cómo supiste que Bob estaba en casa? No te habrás arriesgado a aguardar por aquí para que notaran tu presencia.

-He llamado -dijo Kyra-. Desde un teléfono público. Cuando él respondió, corté.

-Yo he creído que era una llamada equivocada -añadió Lee-. A veces ocurre. Ni siquiera me lo he planteado. -El teléfono seguía sonando.

-Podría ser un agente Sepo -declaró Guthrie-. Son rápidos cuando quieren.

-Packer dijo... nuestro agente doble dijo... que sería dentro de dos o tres días -tartamudeó Kyra.

-Eso dijo el agente doble desde donde se encontraba. ¿Cuánto tardó en llegar a un sitio desde donde pudiera transmitir esa información? ¿Con qué precisión lo hizo? ¿Y si las autoridades decidieron adelantar sus planes?

Kyra recordó al Sepo que había subido al fahrweg. No era común ver en la calle agentes uniformados de la Policía de Seguridad. (Aunque sí había muchos agentes de paisano.) ¿Cumplía otra misión, o formaba parte de una avanzadilla.

-Les gusta examinar el territorio y tenerlo vigilado antes de intervenir -continuó Guthrie-. Hagamos un rápido reconocimiento. Bob, tu pantalla grande puede inspeccionar la zona.

El teléfono calló. Lee se dispuso a escuchar el mensaje que tal vez se estaba grabando.

-¡Alto! -ordenó Guthrie-. Si son ellos, sus medidores les indicarán que estás haciendo eso.

Lee retiró la mano.

-Cierto -jadeó-. Lo olvidaba. Sí, por eso eres el jefe. -Aquella simple palabra estaba llena de sentido. Lee cogió la caja y se la llevó al salón. Kyra lo siguió.

Miraron el panorama que se veía desde la torre. Algo relucía en lo alto. Lee dejó a Guthrie sobre una mesa y operó los controles. La visión aumentó de tamaño, ampliándose. Una lágrima delgada y blanquinegra se balanceaba sobre sus propulsores. Kyra estimó que estaba a unos tres kilómetros de altura. Desde aquella distancia, con instrumentos ópticos menos potentes que los que ella usaba normalmente en su nave espacial, podían contarse las hormigas de la acera. Kyra notó un sudor frío y acre.

-Sepo -dijo Guthrie-. No llegaste aquí con demasiada antelación, Davis.

-¿Qué podemos hacer? -preguntó Kyra.

-Déjame pensar. He estudiado a estos cerdos durante años, y recuerdo a otros similares del pasado, en todo el mundo. Tal vez aún puedas salir conmigo y alejarte sin dificultades. Pero no me apostaría nada. Es posible que ya estén vigilando las puertas. De paisano, naturalmente.

Kyra se preguntó si ya lo estaban haciendo cuando ella había llegado. Tal vez. Tal vez no. Qué más daba. No iban a detener a todos los que salieran o entraran. Demasiado complicado. Peor aún, pondrían a su presa sobre aviso, y tal vez ésta eliminara pruebas incriminatorias o les causara algún otro inconveniente. Pero cualquiera que fuese mínimamente sospechoso -alguien que llevara una mochila, por ejemplo- sería registrado electrónicamente. Si detectaban algo raro -una red neuronal, por ejemplo-, sería el fin.

Se le encogió la garganta.

-Como no has descolgado, Bob, pensarán que has salido -continuó Guthrie-. Lo intentarán de nuevo dentro de un rato. Al final, desde luego, entrarán, hayas o no respondido. Tal vez dentro de dos o tres horas. Veamos qué pueden hacer tus amigos de B-24.

-Puede que nada -replicó Lee con aspereza-. En el mejor de los casos, no mucho.

-Vale más eso que quedarse aquí plantado, ¿no? Vamos, méteme en la bolsa y en marcha. Cuanto antes nos vayamos, menos probabilidades de toparse con un Sepo.

-¿Adonde? -preguntó Kyra. Esa chispa de esperanza le relajó el vientre y aceleró su pulso.

Lee fue a cerrar la caja de seguridad y a buscar la mochila.

-He tenido bajo observación a los ocupantes de mis refugios -explicó entretanto Guthrie-. No hasta el punto de inmiscuirme en su vida privada, Dios sabe que he tenido otras ocupaciones. Pero lo suficiente para que cuando el hombre de Washington Packer me dejó en mi alojamiento provisional fuese a Bob a quien llamase mediante un mensaje aparentemente inocente en un boletín informático, para que viniera a buscarme. Verás, él había cultivado la amistad de ciertas personas de este complejo que tampoco sienten simpatía por los avantistas. Fue inteligente por su parte, aunque sospecho que lo hizo porque es un sujeto amigable, extrovertido y curioso. De cualquier modo, eso me decidió por el Theta Azul. Un zorro necesita tener dos salidas de su madriguera.

2

No se atrevieron a hablar en el fahrweg. Cuando se apearon, Lee se adelantó a Kyra, quien llevaba a Guthrie, murmurando:

-Déjame ir siempre delante. No hables a menos que me dirija a ti.

Arabescos multicolores caracoleaban en las paredes de los corredores, y caracteres árabes lo hacían encima de las puertas. Muchas entradas estaban abiertas. Detrás de algunas había escaparates que exponían mercancías en venta: alimentos, ropa, utensilios, flores, baratijas; algunos hombres permanecían sentados en un cojín, con las piernas cruzadas, fumando, pregonando o sumidos en la meditación. En algunas salas se servía café o comidas sencillas, aunque exóticas para Kyra. El aire estaba impregnado de olores de comida, humo, perfume, y de otros totalmente desconocidos. También de ruidos: voces, pisadas de muelle, calzado, el lamento de una flauta, el batir de un tamboril. Los atuendos norteamericanos corrientes abundaban menos que las prendas sueltas y holgadas: las túnicas, las batas y los conjuntos de blusa y pantalón, en su mayoría blancos. Quienes iban vestidos con tales prendas eran caucasianos oscuros, hombres barbudos con turbantes, mujeres con velos. Sí, ya había visto algunos con anterioridad, pero aquí estaban en su propia salsa.

¡Las mil y una noches! Había visto el Oriente Próximo en noticiarios, documentales y representaciones. Arena, polvo, pozos secos, ríos de sal, desolación. Máquinas y dispositivos nanotécnicos ganando terreno hectárea a hectárea, dejando a su paso una estela de orden, campos verdes, edificios relucientes, industrias modernas y nuevas sociedades. Reservas para los rezagados hambrientos que se habían aferrado a sus tradiciones tras el desastre ecológico, asistencia general, excelente atención médica, educación rehabilitadora para sus hijos. Sí, la Federación Mundial podía enorgullecerse de lo que hacía allí. ¿Quién quería vivir en una fantasía, en un pasado inexistente?

Lee se abría paso entre la muchedumbre. Tras él, Kyra observó con mayor atención. No, se dijo, aquello no era una farsa, una seudocultura para llenar el vacío de gentes sin nada real a lo que aferrarse, como los indios nadene o los habitantes de Amazonia. Vio un calderero en su tienda que usaba una máquina-herramienta, y su vecino estaba reparando un aparato eléctrico. Tenían toda la tecnología que podían costearse o manejar los bajomundanos. Cuando alguien se arremangó, Kyra vio que llevaba en la muñeca un informador similar al suyo; evidentemente su dueño necesitaba saber algo más que la hora: quería tener acceso rápido a los cálculos, las bases de datos y las comunicaciones. Las insignias de otro hombre lo identificaban como empleado de Química Global, lo que significaba que se dedicaba a construir estructuras átomo por átomo. Pasaron dos chiquillos en djellabah, con toda la cabeza rapada excepto un mechón en la coronilla, pero los libros que llevaban bajo el brazo eran textos científicos.

Sin embargo, pensó Kyra, aquello era totalmente contrario al avantismo. Allí, seguramente nadie se tragaba que Xuan había cuantificado las fuerzas históricas hasta el extremo de hacer posible su manejo, ni compartía el ideal de un mundo donde reinara la racionalidad total. Sin duda las autoridades, desde el Sínodo Asesor hasta los administradores locales, ansiaban domar esas comunidades disidentes, desperdigar a sus líderes y controlar por completo la educación de sus hijos. Teóricamente era posible, por supuesto: se trataba de un asunto interno sobre el cual la Federación no tenía autoridad. En la práctica, los desplazamientos y las comunicaciones formaban una urdimbre que unía toda la Tierra; pocas cosas quedaban ocultas; demasiados altomundanos de todas las nacionalidades estaban en contacto permanente; ellos o la opinión pública podrían forzar a otros gobiernos, al menos a los democráticos, a tomar medidas de presión todavía más duras que las recientemente aplicadas a Fireball... Kyra sacudió la cabeza, se obligó a no divagar.

Dos veces Lee se detuvo para intercambiar saludos con un hombre. Kyra reparó en sus miradas reprobatorias. Debía parecerles descaradamente impúdica. Se dijo que no era un enclave cerrado. Recibían muchos visitantes, ya fuesen gente de negocios o buscadores de curiosidades. Sin duda parte de su economía dependía de ello. Aun así, sintió un gran alivio cuando Lee se detuvo ante una puerta y ésta se abrió.

Entraron en una sala con ricas alfombras, de muebles bajos y tracería dorada y plateada. El joven que los recibió ordenó que la puerta se cerrara e hizo una profunda reverencia mientras otro hombre, de barba gris y rasgos enérgicos, vestido con caftán y keffiyeh, entraba por una arcada del fondo. Lee lo saludó respetuosamente con un Salaam aleyk. Kyra sintió una abrumadora timidez.

-Aleykom es-salaam -respondió el anciano. Su aire grave se disolvió en una sonrisa-. ¿A qué debo este placer? -preguntó en inglés, con un ligero acento. Al aproximarse, dejó de sonreír-. ¿Tienes problemas, amigo mío?

-Ana nuztlak -farfulló Lee.

-Ya. Ven pues. -El anciano impartió una orden. El criado se marchó apresuradamente y el anfitrión guió a sus visitantes hasta una cámara tapizada de perlux blanco, parecida a un pabellón. Les indicó que se sentaran en el suelo, ante una mesa de madera auténtica. Saludó a Kyra con un movimiento de cabeza.

-Puedes aliviarte de su peso, señorita.

-Gracias, pero... -Lee la miró de soslayo y Kyra se apresuró a repetir las gracias y a quitarse la mochila.

Lee habló con formalidad.

-Sheikh Tahir, te presento a Kyra Davis, mi consorte en la compañía Fireball. Piloto Davis, te presento a Zeyd Abdullah Aziz Tahir, jeque de los Beni Muklib. Se cuenta entre los líderes de su nación.

Tahir miró a la mujer con los ojos entornados, pero cortésmente.

-Bienvenida, piloto Davis. Piloto espacial, ¿verdad?

-Así es -respondió ella-. Pido excusas por mi indumentaria. No hubo tiempo y yo no sabía...

El jeque asintió.

-Por supuesto. Robert Lee no aparecería de repente si no se tratara de una emergencia. Y usted tampoco, sin duda.

-Yo desconozco totalmente vuestras costumbres, señor.

Tahir sonrió de nuevo, contrayendo el rostro surcado de arrugas.

-Wellah, está perdonada. Espero que tenga tiempo para hablarme de su trabajo y de usted misma. Si viaja entre los astros de Dios, es afortunada.

Lee se movió para llamar la atención.

-Me temo que ninguno de nosotros es afortunado en estos momentos -aventuró-. Más aún, estamos desesperados.

-Es evidente. -Sonó un golpe en la puerta. A una orden de Tahir, ésta se abrió. Un niño entró llevando una bandeja con un juego de café y un cuenco con dulces de dátil. Dejó el refrigerio en la mesa, se inclinó y se marchó. Cuando hubo cerrado la puerta, Tahir invitó-: Compartid. Keyr Ullah.

Lee pestañeó.

-¿Cómo dices, señor?

-¿No lo sabes? Como dijiste que habías acudido a mi tienda para solicitar mi protección, pensé que entenderías lo que eso suponía. Bien, éstos son los dones del Señor. Comed, bebed, disfrutad de ellos.

-Eres demasiado amable. -Lee se aclaró la garganta-. Seremos francos contigo. No pertenezco a tu tribu ni comparto tu fe. No soy más que un conocido que ha recogido datos sobre tu gente. No puedo exigirte nada.

-Has demostrado amistad y más que eso. Me complace poder corresponderte.

-La Policía de Seguridad nos persigue.

Tahir echó atrás la cabeza y soltó una carcajada.

-Bismillah! ¡Pues mucho mejor! -Y preguntó con voz grave-: ¿Están cerca?

-Espero que no. Creo que disponemos de unas horas hasta que descubran que he volado de la jaula. Pero entonces registrarán todo el Theta.

-Para eso necesitarán tiempo y muchos hombres, siendo el Theta tan amplio y variado. ¿Tienen motivos para sospechar que estás aquí?

-No creo. Es decir, me han estado vigilando porque pertenezco a Fireball, pero no soy importante y hay cientos como yo. Muchos de ellos también están bajo vigilancia. Algo que se ordenó hace sólo un par de días.

¿Por qué sería? Kyra buscó consuelo en su pequeña taza de café, caliente, espeso y muy dulce.

Tahir se acarició la barba.

-Wah, Entonces no empezarán a buscar por este sector, a menos que sepan que tienes la costumbre de visitarnos.

-He visitado muchos otros lugares, en este complejo y en otras partes. No recuerdo haber mencionado a nadie que venía aquí, salvo para disfrutar de una buena comida, un café y distracción.

Pero Guthrie estaba al corriente, investigó y averiguó que había algo más, pensó Kyra. Un viejo zorro, sin duda. A través de la tela de la mochila, sentía la dureza de la caja contra el muslo.

-Hoy te han visto en los corredores -señaló Tahir.

-Perdón -intervino Kyra-. Creo que se fijaron más en mí que en él.

El jeque rió entre dientes.

-Estoy seguro de ello. Es una ayuda.

-Me encontré con un par de conocidos -admitió Lee.

-Luego dame sus nombres. Hablaré con ellos, y quizá les encuentre alguna ocupación en lugares remotos. En cuanto a los demás, sabes que no somos amigos de los avantistas. Si la Sepo hace preguntas entre nosotros, tendrá que hacerlo al azar, y recibirá muy pocas respuestas sinceras. -Tahir cogió un dulce y lo masticó como si estuviera atendiendo a una visita de cortesía.

-No puedes acogernos mucho tiempo -dijo Lee.

-Es verdad. Correría la voz como... como los electrones atravesando barreras de potencial por efecto túnel. Pero inshallah, puedo daros cobijo hasta mañana, y luego ayudaros a seguir viaje. De todos modos, querréis iros cuanto antes, ¿verdad?

-¡Ya lo creo! Nosotros... -Lee bajó la vista.

Tahir examinó a sus huéspedes.

-¿Hasta dónde podéis revelarme? Tened en cuenta que no podré decir aquello que no sepa, si las cosas se ponen feas y me someten a sondeo profundo.

Kyra se estremeció. Tahir lo notó.

-Es difícil que ocurra -la tranquilizó-. Es más probable que muera antes, resistiéndome al arresto, con lo que no les quedaría cerebro que sondear. Pero seamos cautos.

Ella se lamió los labios resecos.

-Tienes derecho a saber algo, señor -tartamudeó-. Lee y yo no sólo escapamos para salvar nuestro pellejo. Si pudiéramos explicar... -Si Guthrie hablara...

Lee levantó una mano.

-No entraremos en detalles -intervino-. Sería demasiado peligroso. Se sabe que han aumentado las tensiones entre Fireball y el Gobierno, que repentinamente manifestó haber hallado pruebas de que nuestros agentes eran responsables del presunto accidente que destruyó la base de datos del Centro de Seguridad del Medio Oeste. Recordarás que la compañía se ofreció a colaborar en una investigación, y sabes que aun así el Gobierno ocupó nuestra sede central de América del Norte... para investigar éste y otros asuntos, según anunció. La Sepo ha estado husmeando desde entonces. Bien, puedo decirte esto, porque saldrá en las noticias: ahora se apropiarán de todo cuanto poseemos en este país.

Tahir soltó un quedo silbido.

-Hayatak! ¿Entonces cancelaréis todas las operaciones con la Unión? Una catástrofe para ésta, sin duda. Su economía ya es bastante precaria.

Lee suspiró.

-Yo tampoco entiendo la lógica de esta gente, pero así están las cosas. Será mejor que no te cuente cómo me enteré, pero de todos modos pronto lo sabrá todo el sistema solar. Davis y yo debemos llevar... información muy importante. Ya no podemos confiar en las líneas de comunicación, como comprenderás. Tenemos que ir personalmente.

Tahir paseó su mirada por la mesa y por el suelo. Kyra pensó con inquietud que no estaba admirando sus piernas. Tahir miró otra vez a Lee.

-Me alegra pagar parte de la deuda que tenía contigo -dijo-, y con tu confianza me honras a mí y a mi pueblo. Gracias. Procuraremos ser dignos de ella.

Un recuerdo pasó por la mente de Kyra; el de un personaje histórico sobre quien había leído una vez. Sí, Saladino.

-¿Has llamado consorte a Sheikh Tahir? -preguntó. Demasiado tarde recordó que Lee le había advertido que actuara sumisamente.

Su anfitrión no se ofendió. Debía estar acostumbrado a tratar con extranjeros.

-En efecto -le explicó-. Hace dos años, un sobrino mío tuvo dificultades. Es un joven orgulloso, fogoso. Todos sabemos que el avantismo se propone terminar con nuestro modo de vida. La mayoría aguardamos el momento oportuno para actuar, creyendo que Dios no permitirá que tal cosa ocurra. Hamid estudió ingeniería biótica. También se vio obligado a estudiar blasfemias, la doctrina xuanista, y no pudo contener su furia al encontrarlas incluso

en los programas científicos. Comenzó a hablar sin tapujos, en público, hasta que lo arrestaron. Cuando Robert se enteró, hizo que soltaran a Hamid y lo envió a una escuela de la compañía, en Ecuador.

-No fue gran cosa -murmuró Lee-. La acusación era de grado menor, se trataba de su primer delito, y todavía estaba clasificado como «subdesarrollado», lo cual significaba que su conducta era excusable. No tuve más que hablar con mi coordinador, quien se puso en contacto con la persona adecuada del gobierno. Fireball y el Sínodo estaban enfrentados desde hacía tiempo, sí, pero aún no habían entrado abiertamente en conflicto y, desde ambas partes, muchos procuraban evitarlo. Desde luego, una vez retirados los cargos, Hamid habría quedado marcado, y tal vez hubiera tenido después verdaderos problemas. Pero es brillante, y a la compañía le gusta recibir sangre nueva. A decir verdad, yo también me beneficié de aquel asunto.

Kyra no ocultó su alarma.

-¡Pero eso prueba que tienes contactos aquí! -exclamó.

-No, no. Te he dicho que actué por mediación de Fernando Pardo, mi superior. Él se lo comunicó a otra persona, quien «se interesó por el caso» y se encargó de las negociaciones. No se conserva ningún documento comprometedor. Fireball ha sido prudente en estas cuestiones en América del Norte, desde antes de que yo entrara en la compañía.

Guthrie les enseñó cómo serlo, pensó Kyra.

-Espero que tu sobrino sea feliz ahora -dijo a Tahir.

¿Era quizás una sombra de dolor lo que cruzó el semblante del jeque?

-Sí -respondió lentamente Tahir-. Recibimos sus noticias. Desde luego, se está adaptando cada vez más al Alto Mundo, al mundo no religioso. Pero eso era inevitable. Y es libre. No lo capturarán para lavarle el cerebro.

Era mejor cambiar de tema.

-Debías tener buenos contactos aquí para enterarte del asunto -le dijo Kyra a Lee.

-Sólo algunos. Sheikh Tahir y yo nos pusimos a hablar en un café una tarde. Repetimos el encuentro varias veces. El me invitó a cenar en su casa, y yo le mostré algunos locales de la compañía. No te preocupes, lo hice por multiceptor, no personalmente. Allí nadie sabe nada sobre esta relación. ¡Era sólo curiosidad mutua y amistad, nada más! Me sorprendió al hablarme de su sobrino.

-Yo estaba furioso y apenado -dijo Tahir-. Lee me pareció un hombre compasivo. Tal vez tuviera influencias. ¿Qué podía perder? Dios siempre provee.

-Gracias -dijo Lee-, me halagas. A decir verdad, yo nunca te comprendí demasiado. Esta cultura es demasiado ajena a mí. No te ofendas, pero no me crié tratando con muchas personas diferentes, como tú. Pero hoy, cuando me vi en peligro, supuse que estarías dispuesto a ayudarnos.

Había sido más que una suposición, reflexionó Kyra, y ante todo, idea de Guthrie. Sabía que Lee tenía contactos con aquella gente... ¿Cómo? ¡Por el asunto de Hamid? ¿Habría circulado la historia por la compañía hasta llegar a su jefe?

Supuso que no directamente. Aun así, todo lo sucedido podía estar en hipertexto, almacenado en una base de datos secreta probablemente situada fuera de la Tierra. De vez en cuando Guthrie debía de consultar el ordenador central. En tales ocasiones el propio Guthrie era el ordenador, y poseía toda su capacidad para almacenar, buscar y relacionar datos. Cuando algo le parecía interesante, podía almacenarlo en su memoria personal antes de cortar la conexión, e investigar luego el asunto.

Librodot

Habiéndose enterado de que Lee tenía contacto con esa gente, Guthrie debía de haber enviado un par de agentes para que investigaran con discreción y le presentaran un informe. Cuando necesitó una base en América del Norte, su conocimiento de esta posible vía de escape hizo que se decidiera por la vivienda de Lee.

Sí, un cuasiinmortal podía pensar con tanta amplitud, y con tanta anticipación.

De todos modos, había escapado de milagro, y sus perseguidores podían atraparlo.

Kyra notó que se había hecho el silencio mientras ella cavilaba.

-Vamos al grano -dijo Tahir-. No creo que la policía pueda bloquear el Blue Theta por mucho tiempo. Entra y sale de aquí demasiada gente, a menudo para llevar a cabo tareas imprescindibles. Por ejemplo, esta comunidad obtiene la mayoría de sus alimentos de una nanoplanta del distrito de Syracuse. Lo mismo ocurre con otras, como las de Crusoe. Habrá una estrecha vigilancia en las puertas, desde luego. Un disfraz... pero ¿lleváis algo que los instrumentos puedan detectar y que os delate?

-Me temo que sí -admitió Lee-. Un... ordenador especial.

Tahir asintió.

-Eso pensé. -No insistió en el tema-. Bien, quizá pueda encontrar algo para ocultarlo. Entretanto, debéis trazar planes. Nosotros no podemos llevaros muy lejos. Pensad qué haréis después.

-Lo haremos -jadeó Kyra.

-Es aconsejable que esperéis escondidos -declaró Tahir-. Lamento que este establecimiento sólo disponga de una habitación de huéspedes, con una sola cama. Si lo deseas, piloto Davis, podemos alojarte en el harén.

Kyra se sobresaltó. El sonrió.

-Me refiero a los aposentos de mi esposa, la única esposa que tengo.

-Pero entonces, ¿cómo podremos hablar? -Kyra miró a Lee, quien se encogió de hombros-. No gracias, pero será mejor que compartamos esa habitación. -Recordó dónde estaba-. Siempre que no vaya en contra de vuestras costumbres.

Tahir no ocultó su regocijo.

-No somos wabhabis. Es razonable que una joven pareja que ha estado separada desee intimidad por una noche.

Será mejor que cuente a sus criados una historia más convincente, pensó Kyra. A menos que simplemente les dijera que aquello no les concernía, y ellos lo aceptaran y mantuvieran la boca cerrada.

Lee se sonrojó hasta las cejas.

-Sabré comportarme, consorte -prometió.

Kyra soltó una carcajada.

-¡Y yo lo intentaré! -respondió. ¿Guthrie estaría riendo para sus adentros?

Tahir se levantó. Los fugitivos lo siguieron; Kyra con la mochila.

-Un criado os traerá comida -dijo el jeque-. Llamará a la puerta y aguardará a que le dejéis entrar. Si necesitáis algo más, marcad el cero tres en el teléfono. Eso activará mi informador. Por lo demás, estaréis totalmente aislados. Ojalá un día pueda ofreceros mejor hospitalidad.

-No podría ser mejor, señor -dijo Kyra con una reverencia.

La habitación estaba al final de un corto corredor. Tahir se hizo a un lado e indicó a sus huéspedes que entraran.

-Yerhamak Allah -murmuró. Una bendición, supuso Kyra. La puerta se cerró.

Kyra miró a su alrededor. La cámara era de tamaño modesto, pero estaba bien equipada. Detrás de unos paneles había un pequeño baño y un armario con cajones. Junto a una mesa con un terminal de ordenador, había un multiceptor. Dos sillas de estilo occidental sugerían que otras personas se alojaban allí en ocasiones. Lujosas alfombras cubrían el suelo. Aunque las paredes eran blancas, bajo el conducto de ventilación una pantalla-ventana mostraba palmeras y jazmines bordeando un estanque. No pudo distinguir si la escena era real o sintética. Parecía demasiado bonita para ser real, pero a fin de cuentas existían espacios naturales administrados con sumo rigor. La cama era tan ancha que dos personas podían acostarse en ella a cierta distancia.

Kyra no esperaba un encuentro carnal, dadas las circunstancias. No lo necesitaba en absoluto. Al relajarse la tensión la había inundado la fatiga.

Lee se dio cuenta.

-Te entiendo -dijo-, y eso que no he atravesado seis husos horarios antes de esta persecución.

-¿Sacamos a Guthrie?

-Ya lo creo -rugió una voz desde la mochila.

Lee sacó la caja y la apoyó en la mesa. Los pedúnculos oculares emergieron y se orientaron. Kyra tuvo la sensación de que la encañonaban con un arma. La calidez de Guthrie la cogió por sorpresa.

-Lo habéis hecho muy bien los dos. Ahora descansad, por favor. Supongo que no hay alcohol a mano, pero una ducha caliente puede obrar milagros.

Kyra sintió un cosquilleo en la espalda. Buscó una respuesta apropiada.

-Creo que tú también estás bastante tenso, señor Guthrie -acabó por decir. No era extraño después de permanecer impotente en la negrura de una mochila mientras se jugaba su destino.

Guthrie soltó una risa lobuna.

-¿De qué puede asustarse un fantasma? No segrego nada, ¿recuerdas? Cálmate, muchacha. Estás agitada, como cabía esperar. Hablaremos más tarde.

-Yo... -Una sed abrumadora le hizo olvidar todo lo demás-. Gracias, señor Guthrie.

En el cubículo del baño bebió tres vasos de agua deliciosamente fría y se enjuagó la cara. Además de toallas, había cepillos de dientes que, aunque manuales, eran nuevos. Sí, y peine, afeitadora, enjuague bucal, estimulantes ligeros, analgésicos. Había encontrado un buen refugio. Reconfortada, dejó la ducha para más tarde y, regresando, se sentó en una silla. Lee la imitó.

-Hemos tenido suerte, ¿verdad? -dijo Kyra-. Al menos de momento.

-La suerte no depende sólo del azar -replicó Guthrie.

-Lo lamento. No quise decir que no haya hecho falta inteligencia -respondió Kyra con tirantez. Por lo que sabía, el jefe máximo despreciaba a los conformistas-. Pero es una suerte tener a Tahir de nuestra parte. Es un hombre especial, ¿verdad?

-Es leo -convino Guthrie-. Pensaba que el Islam era uno de los mayores errores de la raza humana, pero tal vez él me haga cambiar de parecer.

-No parece un líder del Bajo Mundo.

-No lo es -intervino Lee-. Además de ser consejero y juez en su comunidad, es el encargado de conseguir todo lo que sus industrias necesitan de fuentes externas. Debe habérselas, pues, con tecnología sea o no alta, y con todo lo que conlleva.

Kyra titubeó.

-No acabo de entenderlo -confesó-. Sé muy poco sobre economía. La mayoría de los habitantes de la Tierra, los que no tienen las aptitudes que requiere el mundo avanzado, no pasan de una especie de autonomía primitiva. No es tan sencillo. Pero no sé bien cómo funciona.

-Es natural que no lo sepas -dijo Guthrie-. Si eres piloto espacial, tienes mucho de qué ocuparte. Y pasas el tiempo que estás en la Tierra en enclaves del Alto Mundo, ¿verdad?

-Bien, yo...

-¡Por Judas, mujer! No te sientas culpable por actuar con sensatez.

Lee volvió a la pregunta de Kyra.

-No es sencillo -dijo-. Funciona de tantas maneras como grupos hay. En realidad, la distinción entre Alto y Bajo Mundo es una equivocación. No sólo interactúan ambos de muchas maneras, sino que uno y otro se confunden.

Kyra frunció el ceño.

-Pero ¿no puedes concretar más? Por ejemplo, la sociedad de Tahir. Si necesita algo más que suministros básicos, tiene que pagar. Eso significa que tiene que producir y vender algo de lo cual haya demanda. ¿Qué, en este caso?

-No una sola cosa. Diversos bienes y servicios. Un poco de turismo y entretenimiento, aunque en general estas gentes tienen mucha conciencia tribal y son demasiado orgullosas para dedicarse a eso. Productos artesanales, principalmente curiosidades, pues África del Norte inunda el mercado con productos similares. -Sí, pensó Kyra, cada pieza es única, con características particulares hechas a máquina por medio de un programa autodiversificador-. Pero la mayoría de los hombres tienen empleos en el exterior, algunos relacionados con la alta tecnología, otros no. Los gunjins, por ejemplo, son una cultura guerrera.

-¿De dónde proviene?

-En parte es americana. Hubo una oleada de conversiones al Islam en el siglo XX. Especialmente entre los afros, creo. Pero los antepasados de esta gente eran en su mayoría habitantes de Oriente Próximo, refugiados de la Santa Liga, de cuando cayó el Befehl y los europeos se marcharon. Los musulmanes no eran apreciados en Occidente, y a menudo resultaban víctimas de la discriminación. Esta inmigración empeoró las cosas. La situación fue espantosa durante Ja Gran Jihad... segregación, restricción, persecución. Tuvieron que valerse de sus propios recursos. Naturalmente, reaccionaron reafirmando su identidad cultural, y en cierto modo la exageraron. Cuando les permitieron mezclarse con el resto de la sociedad, muchos ya no lo deseaban. Además, el desarrollo tecnológico era demasiado acelerado para que ellos se pusieran a tono, lo que dio como resultado comunidades como ésta.

-Te gusta hacer discursos ¿eh? -observó Guthrie.

-Lo lamento, señor Guthrie -dijo Lee. Kyra notó que estaba dolido y sintió un cierto resentimiento solidario.

-Vaya -dijo Guthrie-, yo lo lamento. No quise ofenderte. Como no tengo dispositivos de efecto, sino sólo esta maldita caja, me cuesta que entiendas que te estoy tomando el pelo.

Eres de carácter estudioso, y quieres explicar las cosas en detalle, lo que me parece muy bien. A veces yo también me enrollo bastante, por lo que me han dicho.

Kyra se enderezó en la silla.

-¿Qué tal si nos concentramos menos en el pasado y más en el futuro? -sugirió-. Nuestro futuro.

-Siempre que los nervios no nos traicionen -masculló Lee.

-No lo creo -dijo Guthrie-. Ambos tenéis agallas, y más recursos de los que creéis. De cualquier modo, si lo pensáis antes de dormir, es probable que despertéis con soluciones para vuestros problemas.

Aun él, pensó Kyra, necesitaba una extraña clase de sueño. Evocó un pasaje de Shakespeare que la estremeció: «Pues en el reposo de la muerte, ¿qué sueños pueden acudir cuando hayamos abandonado esta mortal envoltura... ?»

Una voz prosaica la devolvió a la realidad:

-Supongamos que Tahir logra sacarnos a escondidas. Nos ha advertido que es cuanto puede hacer. Tenemos que hacer planes para después. Primero será mejor que examinemos la situación tal como está. ¿De qué debemos prevenir a Tahir? ¿Qué rastros le estamos dejando a la policía, y cómo podemos cubrirlos? -Los ojos giraron hacia Lee-. Bob, pronto buscarán el código de tu cerradura en sus archivos e irrumpirán en tu apartamento. Doy por sentado que no has cometido la tontería de tener un código no registrado.

-No, claro que no -dijo Lee-. Eso me habría causado problemas en caso de inspección o de darse cualquier otro imprevisto.

-En otra época, en este país, algunos hombres escribieron un cuento de hadas y lo llamaron la Declaración de Derechos. Decía alguna insensatez sobre el derecho de la gente a defenderse de medidas parecidas.

-Lo sé. Me educaron en un complejo de la compañía.

-A mí también -murmuró Kyra.

-Sí -dijo Guthrie-. Uno de los motivos de disputa entre Fireball y el Gobierno. Nos negamos a permitir que metieran a nuestros hijos en la red de escuelas públicas. Bien, ahora no importa. Pierdo los estribos, eso es todo.

»Lo cierto es que la Sepo registrará concienzudamente tu apartamento. ¿Has dejado algún rastro de mi estancia allí? Habla francamente. No te perderé el respeto porque no seas un experto en espionaje.

Lee frunció el ceño, miró el vacío unos segundos, sacudió la cabeza.

-No creo, señor Guthrie. Tal vez encuentren la caja de seguridad, aunque está muy bien disimulada, pero en ese caso verán que estaba instalada desde antes de que yo lo ocupara. No registré nada que se relacionara contigo. Las líneas de comunicación que has estado usando también estaban instaladas desde antes de mi llegada, y tú sabes mejor que yo si son seguras.

-Muy seguras en lo que a detectores e intervenciones se refiere. Cuando no funcionan se cortan sin dejar rastros del resto de nuestra red. Bien. Necesitaréis dar una razón de vuestra ausencia, una que ellos acepten sin hacer demasiadas preguntas. Eso requiere corroboración. Pensad. ¿Qué podéis haber estado haciendo? ¿Una aventura en un antro de iniquidad del Bajo Mundo? Tengo contactos para conseguir testigos en poco tiempo, si queréis.

Lee frunció el ceño.

-No sé, señor Guthrie. Es decir, no me importa que se burlen de mí, pero si indagan se enterarán de que una cosa así no va con mi carácter. Eso también podría ser comprometido para tus amigos.

-¿Alguna idea mejor?

-Me temo que no. Al principio dijiste que lo mejor era que yo me hiciera el tonto. Ahora no parece que esté tan claro. Déjame pensar un poco.

-Hazlo. -Las lentes enfocaron a Kyra-. Tu turno, piloto Davis. ¿Pueden tener motivos para sospechar que has intervenido en esto?

-No -dijo ella-. Soy sólo una piloto que se encontraba en Kamehameha cuando el doctor Packer necesitó agentes.

-¿Algún antecedente que te haga sospechosa?

-Soy Fireball de tercera generación; pero eso es bastante corriente, ¿verdad? -Kyra hizo una pausa y continuó-: Mis padres nacieron en América del Norte, pero viven en Rusia desde hace catorce años. No quisieron mudarse, pero la compañía los trasladó en realidad para darles un cargo mejor... sospecho que para seguridad de ambos. Mi padre es un antiavantista acérrimo. Expresaba cada vez más abiertamente sus ideas a medida que el Sínodo iba aprobando nuevas leyes y reglamentos. -Sonrió-. Mi madre es menos vehemente.

-Entiendo. Tu familia no es la única que hemos tenido que trasladar. ¿A qué se dedican?

-Papá es físico analítico. -Kyra no pudo disimular su orgullo-. Actualmente trabaja en antimateria, en diseños para mejorar la producción a gran escala de núcleos pesados. Mi madre es programa-dora de biótica. Tengo un hermano menor en la Academia.

-Aguarda. ¿Esos Davis son los tuyos? -Guthrie calló un instante-. ¡Caray!, sé que he dado antes con esos nombres, pero la mayoría de mi memoria está almacenada en otra parte. Lo lamento.

Era amable de su parte disculparse, pensó Kyra.

-No es culpa tuya, jefe. No puedes tenerlo todo en tu base de datos personal.

Si él estuviera conectado a su hiperordenador central, pensó, tendría acceso a todos los archivos de Fireball, incluidos recuerdos detallados de sus propias experiencias. Necesitaba menos capacidad informática para eso que para proyectar un rostro en un muid, un conjunto de expresiones humanas, en vez de limitarse a hablar desde el interior de una caja.

-Gracias -dijo Guthrie. Después de otro silencio, añadió-: Una familia unida, ¿eh? Sin duda pasas mucho tiempo en Rusia con ellos, cuando visitas la Tierra.

-Sí. Y también hemos ido de excursión por todo el mundo. Pocas veces hemos estado en la Unión, excepto en Hawai. -Montañas, bosques, playas, rompientes, arrecifes, mar, vestigios de un pasado maravillosamente vivo; un huía, un luau, todos fabricados para los turistas pero aún así evocadores de un pasado maravillosamente humano; los Keiki Moana, gráciles y sugestivos apuntes de un futuro que había fracasado-. Por lo demás, este país es deprimente. -Cuan amarga sabía esa palabra-. Aunque no he estado mucho en la Tierra desde que obtuve el grado de capitán. He realizado algunas travesías prolongadas.

-¿De veras? ¿Dónde?

-En viajes de exploración de cometas y asteroides, hasta el Cinturón de Kuiper. A los planetas exteriores, en trabajos para las estaciones científicas. Una vez a Táuride, una emergencia.

Estaba presumiendo, y era consciente de la mirada de admiración de Lee. Pero no lo hacía para deslumbrar a Guthrie, sino para darle una idea de su potencial.

-¡Vaya! -exclamó la voz artificial. Da por seguro que has pasado a mi memoria cotidiana, piloto Davis, y que cuando consulte tu archivo, lo almacenaré en esta lata. Demonios, en los viejos tiempos te habría conocido personalmente y te habría felicitado. En mis días carnales también te habría besado a placer. Fireball se ha vuelto demasiado grande.

A su modo es casi una nación, había señalado una vez la madre de Kyra. Lo es, había agregado su padre, y merece esa designación más que muchos lugares que pretenden serlo.

Oh, sí, añadió para la niña que escuchaba (como ella acabó por comprender después), legalmente es sólo una corporación privada, registrada en Ecuador, que dirige una serie de empresas en la Tierra y el sistema solar. Su importancia sólo le da una enorme riqueza e influencia... legalmente. Lo cierto es que satisface casi todas las necesidades de su gente, desde viviendas, escuelas y atención médica hasta ayuda contra los gobiernos. Si optamos por jurar lealtad plena a Fireball, la empresa nos corresponde con un juramento similar, y dejamos de ser meros empleados para convertirnos en consortes. No es un simple contrato, es una constitución. Y piensa en nuestras costumbres, nuestras viejas tradiciones, todo lo que compartimos, mucho más que tesoros materiales. Es una nación, te lo digo yo.

Eso no era del todo cierto, papá, pensó Kyra. La nación somos nosotros, y nuestro territorio soberano es todo el espacio.

Pero, por medio de sus ordenadores y sus líneas de comunicación, un fantasma aún podía gobernarla, mantenerla unida, combatir a sus enemigos, ponerla rumbo a las estrellas. ¿Cuánto más podía durar? Ya estaba perdiendo el control... No, falso. Siempre había dado toda la independencia posible a sus miembros. En eso residía la fortaleza de Fireball.

Guthrie la devolvió a la realidad.

-Bien -preguntó-, ¿por qué has venido a la Tierra esta vez? ¿De vacaciones?

-No. Estaba en L-5 cuando mi nave tuvo que someterse a una revisión de rutina. Un cargamento especial iba camino de América del Norte: criocélulas orgánicas. El reglamento exigía un piloto humano. El piloto de costumbre había recibido una dosis de radiación en un accidente y estaba en terapia de ADN. Me ofrecí como sustituía y me aceptaron. -¿Por qué no, dados sus antecedentes, por monótono que fuera el vuelo?-. El tiempo de espera sería de tres días, porque descargar una mercancía así es tarea delicada, así que tendría tiempo para visitar a mis padres o practicar el surf.

-En resumen, llegaste por pura casualidad, y si los policías revisan el cuaderno de bitácora, no harán más que confirmarlo. El historial de tu familia puede llamar su atención, pero dudo que lo repasen. Cuando no te presentes para el despegue, pueden sospechar. Por otra parte, estarán distraídos con muchas otras cosas. Además, una vez anunciada la intervención de la compañía, parecerá muy natural que te quedes quietecita donde estés.

-¿Entonces sigo en el anonimato? -Kyra se entusiasmó-. ¿Puedo largarme de este lugar?

-Quizá no sea tan fácil. Repasémoslo de nuevo. ¿Cómo viajaste hasta aquí?

Guiada por preguntas precisas, Kyra describió su itinerario. Recordó consternada el triciclo, amarrado a un compartimiento cuyo tiempo había expirado y que podía llevar hasta ella por la huella de su pulgar.

-¿Qué hay del periodo de alquiler? -preguntó Guthrie.

-Dejé dicho que podía regresar hoy o mañana, pues no sabía cuándo sería.

Librodot

-Muy lista. Bien, si no puedes retirar el vehículo mañana, no creo que nadie repare de inmediato en el aparcamiento impagado, y al descubrirse el asunto será incumbencia de mantenimiento, no de la policía, al menos al principio.

-Puedes hacer algo mejor -sugirió Lee-. Llama a la agencia por una línea pública desde el exterior, di que una emergencia te obligó a dejar el lugar y pide que manden a recoger el triciclo. El vehículo llevará el código de la agencia, y podrán abrir la cerradura. Carga los gastos adicionales a tu cuenta. Sin duda eso ocurre de vez en cuando, y no creo que le den mucha importancia.

-Vaya, Bob, eres todo un profesional -comentó Guthrie.

-Bien, señor Guthrie -dijo Kyra con satisfacción-, entonces puedo dejarte en un lugar seguro y llevar en persona el mensaje que desees enviar al doctor Packer. O a otra persona.

Notó que el tono gruñón revivía. No, siempre había estado allí, bajo la superficie.

-Lamentablemente, las cosas no son tan fáciles. Ante todo, dudo de que haya algún sitio seguro para mí en este país. Cuanto más pienso en ello, más sospecho quién es el responsable de todo este embrollo. Se trata del peor enemigo que podría tener.

Lee jadeó. ¿Lo había adivinado? Kyra susurró, sintiendo un escalofrío:

-¿Quién?

-Yo mismo.

-¿Qué?

-Mi duplicado. Mi doppelgánger. La copia de mí mismo que fue llevada a Alfa del Centauro.

Kyra lo recordó. ¿Qué edad tenía cuando el Juliana Guthrie regresó a casa? ¿Siete, ocho años? Sí, siete. No fue una llegada triunfal. A fin de cuentas, los datos se habían transmitido con antelación, y se habían recibido tiempo atrás. Las muestras que traía eran por fuerza escasas y pobres, y sus estructuras ya habían sido analizadas, así que eran simples trofeos. No obstante, su llegada se silenció extrañamente: desapareció de las noticias y se desvió de la atención pública con una celeridad que retrospectivamente daba que pensar. Ella misma casi lo había olvidado.

Guthrie continuó. Su serenidad era más inquietante de lo que hubiese sido una actitud melodramática.

-Intercambiamos datos, él y yo. Yo tenía más experiencias que ofrecer, claro, porque él permaneció desactivado durante el viaje de ida y vuelta por el espacio. De lo contrario habría enloquecido de aburrimiento. La intención era que yo realizara el viaje sin perderme al mismo tiempo nada de lo que sucediera por aquí. Mientras él estuvo fuera, las cosas cambiaron en el sistema solar. Yo nunca quise estar al mando para siempre, y decidí que en las condiciones actuales era aconsejable que Fireball tuviera una copia de seguridad. Así que procuré que su regreso pasara inadvertido. De común acuerdo, una vez actualizado lo desactivamos e hice que lo guardaran por si algún día lo necesitaba.

Y cuando ese segundo Guthrie despertara de nuevo, pensó Kyra, sería como si el tiempo no hubiera transcurrido para él.

Por un momento se preguntó frente a cuál de ellos se encontraba, si el original o el doble. Comprendió que tanto daba.

-En América del Norte -señaló.

-Sí. ¿Que fue una elección tonta, con los avantistas en el poder? ¿Que debimos haberlo ocultado en un lugar seguro? Bien, cuestión de opiniones. Cuando Fireball construyó una

nueva central en este país, hice incluir en ella criptas e instalaciones secretas. Había presenciado la Renovación, la Jihad j muchos otros desastres menores, y la amenaza del avantismo se cernía sobre nosotros. Quería estar preparado. Me parecía que era tan seguro ocultarlo allí como en cualquier otra parte de la Tierra, y que era un lugar mejor que la mayoría. En cuanto a mí, estaba fuera de la Tierra, bien protegido.

»El Sínodo hacía que cada vez fuese más autoritario el gobierno de la Unión, y nuestros conflictos se agravaban, pero nunca pensé que se atreverían a violar nuestros derechos contractuales. Intuía demasiadas flaquezas por debajo de los discursos y los alardes. Conocía a los Kayo en embrión, como una resistencia organizada. Nada de lo sucedido desde entonces y hasta hace muy poco me hizo cambiar de opinión. En algún momento se armaría un gran jaleo en América del Norte. En ese momento, sería importante contar con otro yo en ese lugar, para que tomara el mando. Eso podría salvar muchas vidas y muchos bienes.

Kyra, en perspectiva, se preguntó si se trataba de una arrogancia rayana en la megalomanía. No, decidió. Guthrie había demostrado su valía muchas veces, y era demasiado realista para ser modesto. Lo cierto era que él, conectado con una red, podía regir Fireball en una crisis mejor que una junta de humanos o una inteligencia puramente artificial. Su poder no nacía sólo de la experiencia, el conocimiento, el liderazgo innato. Nacía de la autoridad. Casi por derecho divino, poseía un poder de convocatoria que induciría a muchos a cualquier sacrificio, pues él representaba aquello que infundía sentido a sus vidas. Él era el fundador, el amo, la presencia. Él era Fireball.

Pero los líderes podían fracasar, sus causas ser desestimadas.

Kyra oyó un suspiro. Reconoció con desaliento que Guthrie lo había emitido sin pulmones, tal como emitía cada una de sus palabras.

-Cuando las tropas ocuparon ese edificio, me cogieron por sorpresa. De pronto no había manera de llegar a mi doble, y mucho menos de darle instrucciones. Lo único que se me ocurrió fue hacerme trasladar a la Tierra y a la Unión.

Una maniobra audaz, pensó Kyra, pero que había funcionado hasta el momento. En vez de estar paralizadas, dependiendo de comunicaciones cuyo centro estaba siendo inspeccionado por la Sepo, las subdivisiones norteamericanas de la empresa actuaban con autonomía e inteligencia, siguiendo la tradición de Fireball. Los directores protestaban y negociaban. Entretanto un cargamento de titanio isotópicamente puro destinado a una planta gubernamental de la Unión, había ido a parar a Quebec, donde se las ingeniaron para retener aquel tesoro a pesar de la indignación de su poderoso vecino. Mientras, la central receptora de energía de la compañía en el Sudoeste lamentó, por razones técnicas, no poder alimentar la red nacional con su excedente de megavatios. Al mismo tiempo, los satélites de vigilancia informaron de que pequeños y extraños objetos sobrevolaban el océano, entre California y Hawai, y en la Asamblea de la Federación Mundial un delegado guatemalteco pidió a la Autoridad de Paz que investigara lo que podía ser una infracción norteamericana.

-Esperaba forzar un acuerdo que restaurara nuestra posición y debilitara al Sínodo -continuó Guthrie-. De nuevo me han sorprendido. Ha resultado un desastre y los tres nos hemos convertido en fugitivos. -Lo cual significaba, supuso Kyra, que la reacción oficial era desmedida-. ¿Por qué? ¿Son tan obstinados como para tomar represalias que podrían arruinarlos? La información que tengo lo desmiente. Tienen dificultades y están dispuestos a correr riesgos, pero todavía no actúan como kamikazes. Seguramente creen que tienen bastantes probabilidades de salirse con la suya.

»¿Cómo lo sé? En las últimas horas, me he ido convenciendo de que le han echado el guante a mi otro yo.

Librodot

Atenta al argumento general, Kyra no se había dado cuenta de lo que eso implicaba. La revelación fue para ella como un puñetazo en el estómago.

-Pero no sabían dónde estaba -protestó Lee, como si así pudiera impedirlo.

-La Policía de Seguridad se ha enterado de un modo u otro -replicó Guthrie-. Conociendo los antecedentes, puedo imaginar cómo. Aparte de mí, lo sabían tres personas. No daré nombres, pero eran mis allegados. Dos de ellos siguen siéndolo, y están fuera de la Tierra. Uno, un norteamericano, murió hace varios meses en un accidente, mientras visitaba el país. O así se informó al mundo, del modo habitual, con el material habitual, cadáver incluido. Yo lo lamenté, pero había dicho adiós a muchos otros amigos... Ahora caigo en que esos episodios pueden simularse si uno cuenta con buenos técnicos y una adecuada organización, incluyendo un cadáver sintético. No sería sometido a inspecciones rigurosas, sólo había que engañar a los parientes. Y fue incinerado siguiendo los deseos del difunto.

«Sospecho que fue secuestrado y sometido a sondeo profundo. Tal vez sin un propósito específico, sólo para obtener alguna pista que pudiera ser usada contra nosotros. Sayre es capaz de planear cualquier barbaridad. Además es un canalla brillante, y debe saber que su gobierno está perdido si no actúa drásticamente y de inmediato. Si estoy en lo cierto, ha averiguado el paradero de mi doble.

-¿Y qué sucedió con tu amigo? -preguntó Lee en voz baja.

-Muerto, cuando terminaron con él -respondió Guthrie llanamente-. Eso espero. Por su bien.

Kyra tembló.

-Si el Sínodo sabía que mi doble estaba oculto en nuestra sede central, podía inventar un pretexto para tomar el edificio -continuó Guthrie-. Luego el Gobierno podía hacer una pausa, armar un escándalo y declarar que quería llegar a un acuerdo, pero prolongando la situación mientras reprogramaba a su presa. Ahora me tiene a mí de su parte, con todos mis conocimientos.

-¡Claro que no! -exclamó Kyra.

-No todos, pero sí los suficientes -dijo Guthrie sin inmutarse-. Todo lo que estaba en su memoria personal, lo que representa más o menos todo lo que sabría un ser humano, incluidos mis escondrijos. Noticias de las dos últimas décadas y amplia información sobre la compañía, contenida en los discos que ahora están en su poder. Nada confidencial, desde luego, ya que Fireball no tiene muchos secretos.

»Pero ante todo, él conoce mi modo de pensar. Sabe que he entrado en el país, porque él hubiese hecho lo mismo, porque él y yo somos uno. Sabrá prever con astucia mis próximos pasos.

Kyra, como Lee, se resistía a aceptar aquella pesadilla.

-¿Estás seguro? Parece un tanto rebuscado.

-Si tienes una hipótesis que explique mejor los hechos me encantaría oírla.

-Pero ¿es posible que lo modifiquen sin destruirlo, sin inutilizarlo? ¿Cómo?

-Es posible -dijo Lee-. Cómo hacerlo forma parte de mi especialidad, así que puedo imaginar los métodos. -Le tocó la mano-. Preferiría no describirlos.

3
BASE DE DATOS

El control que ejercía el Servicio Meteorológico de la Federación Mundial era limitado, y actuaba sobre la meteorología, no sobre el clima. En el Integrado Noroeste predominarían la lluvia y las nubes sobre los cielos despejados hasta que toda la Tierra hubiera cambiado profundamente. Sin embargo, la semana anterior un largo periodo de lluvias había dejado paso a un sol deslumbrante. Enrique Sayre se detuvo a admirar el primer día soleado.

El edificio local de la Policía de Seguridad era más ancho y profundo que alto: una fortaleza. Aun así, la vista desde el tejado era comparable a la que ofrecía su aeromóvil antes de aterrizar; y cuando se apeó, un viento fresco y turbulento le azotó el rostro y cantó en sus oídos. Olía a agua salada, con un regusto a sustancias químicas y ozono que sugería energías en movimiento. El bullicio del tráfico se elevaba como un murmullo oceánico hacia las gaviotas y las relucientes aeronaves. La ciudad también ascendía, desde calles, puentes, monorraíles y edificios de menor envergadura hasta las orgullosas y altas torres. Los bioespacios irradiaban un fulgor verde; aunque últimamente el mantenimiento dejaba mucho que desear, y la naturaleza continuaba su avance en forma de hierba, maleza y retoños. A cierta distancia, la bahía Elliott resplandecía como la plata, con menos embarcaciones que antes. Más allá de los edificios de la otra orilla, los picos nevados se erguían sobre un fondo azul.

Sayre entendía por qué Anson Guthrie había instalado allí su sede norteamericana. El hombre había nacido y crecido en Port Ángeles, sobre el estrecho y a poca distancia de las montañas y bosques de la Olympic Península. El programa sin cuerpo se había dejado llevar por la nostalgia. Sayre echó una ojeada al edificio de Fireball. Más alto que el suyo, se erguía sobre la Colina de la Reina Ana, y sus contornos arrogantes evocaban una nave espacial durante el lanzamiento. Pero ahora la bandera con el símbolo infinito flameaba también en aquel mástil.

Los guardias se cuadraron cuando Sayre se alejó del aeromóvil. Devolvió el saludo. Aquellos hombres cumplían una función ceremonial, eran un añadido a los monitores y las armas robóticas, pero el ceremonial era importante. Xuan mismo había admitido que el género humano seguía guiándose por el instinto y las emociones. Se necesitarían varias generaciones para poner el tronco cerebral y el sistema límbico al servicio del cerebro.

Sayre había avanzado bastante en las disciplinas para que no le costara admitir que físicamente era poca cosa: bajo y menudo, de rasgos afilados pero de barbilla hundida y cabeza redonda, con el pelo rubio aplastado en mechones. Se había abstenido de someterse a ningún cambio, excepto a la corrección de su miopía y su propensión a las úlceras estomacales. Su sencillo uniforme era muy parecido al de otros oficiales. Si imponía respeto, era por sus actos.

Entró en una torre fahrweg, y bajó a la oficina que había confiscado. El personal se levantó y se repitieron los saludos militares. Impaciente, pasó de largo y se encerró en la habitación posterior. Telefoneó al laboratorio. Obtuvo comunicación inmediata con Clarice Yoshikawa.

-¡Señor!

-¿Está listo el nuevo programa? -preguntó Sayre.

-Sí, señor -respondió la jefa de los técnicos, a quien había convocado desde Comando Central, que se encontraba al este, en Futuro-. Hemos estado haciendo pruebas toda la noche.

-Se le notaba por las ojeras. Los estimulantes tenían sus limitaciones, y Sayre había presionado al equipo sin piedad desde que había llegado.

-¿Lo has conseguido al fin?

Ella respondió con una exasperación rayana en la furia, aunque controlándose:

-Señor Sayre, sabes que sólo tenemos esta copia del hardware de Guthrie. Sólo podemos hacer copias del software, revisarlas, y verificarlas de manera limitada hasta que las pongamos en ese ordenador y se vuelvan conscientes.

-De paso -replicó Sayre-, dime en qué mes estamos.

El temor apareció detrás de su firme semblante.

-Lo lamento, señor Sayre. No puedo ni pensar. Estoy muerta de cansancio.

Sayre sonrió.

-Lo sé. Habéis trabajado como máquinas. No temas, en los archivos quedará constancia de tu lealtad. Tal vez yo también esté sometido a un exceso de tensión. ¡Esto es tan importante, tan urgente!

Oyó un suspiro de alivio.

-Gracias, señor Sayre. Espero que esta vez hayamos logrado, algo más que producir una cosa que delira o divaga.

-Lo averiguaremos.

Yoshikawa se pasó la lengua por los labios resecos.

-Comprenderás, señor, que aunque parezca estar bien, no lo sabremos con certeza. Discúlpame por insistir en algo tan elemental, pero la psicomedicina no es aún una ciencia exacta. Una persona viva nos sorprende en ocasiones cuando es sometida a recondicionamiento ideológico. Aquí lo intentamos con una simulación. Se tiene muy poca experiencia en este campo.

Sayre chasqueó la lengua.

-Estás exhausta, sin duda, de lo contrario no hablarías así. Suceda lo que suceda hoy, tú y tu equipo tendréis veinticuatro horas de sueño profundo y veinticuatro de tratamiento de recuperación. Pero antes continuad tres o cuatro horas. ¿Podéis hacerlo?

-Naturalmente -respondió Yoshikawa, recobrando la vitalidad al instante-. También nosotros ansiamos conocer los resultados. Es por la Transfiguración.

El dedo de Sayre trazó el símbolo del infinito.

-En efecto. -Sayre se inclinó-. En cuanto a la incertidumbre, sí, soy consciente de ello, no sólo porque me previniste desde un principio. Si el nuevo Guthrie parece satisfactorio, el Gobierno continuará con el proyecto. Mi deber consistirá en vigilarlo de cerca, como hacemos con toda persona importante cuya lealtad no es incuestionable. Si se desvía, tenemos castigos para someterlo, y recompensas para alentar su buena conducta. Con suerte, y con la potencia de nuestros ordenadores, pronto eliminaremos todo vestigio de intransigencia.

Lo que decía era tan obvio que no suponía ningún secreto, aunque Yoshikawa y su gente no habían recibido demasiadas explicaciones sobre los planes de las autoridades. Someter un programa autoconsciente a un infierno o cielo virtual sería técnicamente mucho más simple que hacerlo con un ser de carne y hueso. Sólo había que descubrir en qué consistían el horror y el éxtasis en aquel caso particular. En su carrera, Sayre se había vuelto un experto en averiguar tales cosas.

-Con el tiempo -añadió-, tendremos que dejarle actuar por su cuenta, pero para entonces ya estaremos seguros de él.

-Muy bien, señor -dijo Yoshikawa-. ¿Hacemos el cambio de inmediato?

-Aguarda -ordenó Sayre-. Antes quiero una sesión privada con él tal como está. Te llamaré cuando esté preparado.

Salió de la oficina y se dirigió hacia el laboratorio. Mientras recorría los pasillos, oyó zumbidos y chasquidos. Se trataba en general de máquinas trabajando. Llegaban constantemente informes: una actividad sospechosa, la manifestación de ideas indeseadas, un ciudadano que había escapado a la vigilancia, un crimen que la policía civil podía relacionar con motivos políticos, preguntas de otros puestos de mando de toda la Unión, datos del exterior que tenían relevancia para las tareas de Seguridad. Los ordenadores asimilaban, examinaban, buscaban, relacionaban, determinaban quién debía recibir la información. No obstante, había muchas personas sentadas ante las consolas o yendo de sala en sala, llevando materiales. Las decisiones finales seguían todavía en manos de los seres humanos.

Pronto dejaría de ser así. Sayre lamentaba que los actuales progresos en inteligencia artificial no fueran norteamericanos. Pero el Gobierno insistía en que la mente era algorítmica, porque así lo había dicho Xuan, y causaba problemas a los científicos que sugerían lo contrario.

Sayre había intentado defenderlos. Desde su posición, podía permitirse ese atrevimiento. Sostenía, cuando las circunstancias se lo permitían, que el enfoque no algorítmico de la mecánica cuántica no era necesariamente subversivo. Sólo requería un uso prudente. No ponía en tela de juicio los grandes preceptos de Xuan.

Sayre se guardaba su verdadera opinión. Los trabajos que se estaban realizando en Europa y Luna le estaban dando la razón. La doctrina tendría que adaptarse a la realidad. Y pronto dispondrían de un enorme poder para impulsar el xuamsmo y dar un paso de años-luz hacia la Transfiguración. No hacia la obsolescencia y la extinción de la humanidad, sino hacia su apoteosis en unión con las máquinas pensantes, pues la naturaleza del pensamiento había resultado ser mucho más sutil de lo previsto por los cibernetistas, pero aun así era un conjunto de procesos físicos.

Como atestiguaba Anson Guthrie. Sayre apretó el paso.

En un corredor, dos guardias presentaron armas cuando él apareció. Llevaban pistolas en el costado. Más allá se extendían habitaciones silenciosas y vacías. Su equipo se había instalado en el laboratorio de psicología. Eso causaba inconvenientes al cuadro del Noroeste, pero podían irse con sus problemas a otra parte. Como era imperativo guardar el secreto, Sayre había dado instrucciones de no trasladar a Guthrie a mayor distancia del edificio de Fireball.

Una puerta cerrada indicaba el lugar donde aguardaban Yoshikawa y sus subalternos. Sayre continuó. Al final del pasillo, ordenó a otra puerta que se abriera y entró en un cuarto pequeño, sin ventanas, escasamente amueblado.

La caja que estaba sobre la mesa lo siguió con sus pedúnculos oculares.

-Alfa -saludó Sayre, con formalidad avantista.

Como era previsible, Guthrie no respondió «Omega», sino que emitió un gruñido.

Sayre mantuvo la calma.

-Tu malhumor es estúpido. Esperaba que el aburrimiento te hiciera más propenso a la comunicación.

Librodot

-Tengo la compañía de mis recuerdos y pensamientos -dijo el programa-. Cuando no estoy subactivo.

-Ese estado me interesa -señaló Sayre-. Equivale al sueño, pero ninguno de tu especie ha especificado qué se siente.

-No podría aclarar nada de lo que se siente al ser una emulación -respondió Guthrie-. Y tampoco me esforzaría en intentarlo por ti.

-¿Tu condición te agrada o te disgusta?

Guthrie no respondió. Sayre sintió un irracional cosquilleo en la espalda, y se preguntó qué era lo que tenía delante. Los humanos y sus máquinas lo habían fabricado, pero ¿lo comprendían? ¿Alguna vez llegarían a comprenderlo?

Todo el proyecto parecía pulcramente científico. Dados los conocimientos teóricos y las posibilidades técnicas, se podía emular una personalidad, copiarla en el software de una red neuronal que a su vez reproducía el cerebro único donde residía dicha personalidad. Claro que el proceso era lento, complejo, costoso e imperfecto. No se trataba de un escaneo puro y simple, sino de la difusión de legiones de moléculas que viajaban por la corriente sanguínea y el fluido cerebroespinal para examinar todas y cada una de las células del sujeto que, mientras, permanecía semiconsciente bajo electrofase. Luego venían las resonancias con campos externos para recobrar los datos. Más tarde, una batería de hiperordenadores interpretaba y clasificaba los hallazgos. Entretanto, se sometía al sujeto a tratamiento para librarlo de esos diminutos inquisidores y devolverlo a la normalidad. Diseño y verificación, una y otra vez. Al fin, el programa, la emulación: aproximación, boceto, fantasma de su mente. Tenía sus recuerdos, inclinaciones, creencias, prejuicios, esperanzas, perspectivas, ideas, percepciones; pero no era la persona de carne y hueso. Tenía que ser tan comprensible como cualquier otro artefacto, e igualmente controlable.

La historia de las demás emulaciones demostraba que no era así.

¿En qué medida se podía controlar algo, en última instancia?

Sayre reprimió un escalofrío. Estaba agotado, era un manojo de nervios. Recobró la disciplina y habló con serenidad:

-Escucha, estoy haciendo un último esfuerzo para mostrarme amigable. ¿Tienes conocimientos suficientes para comprenderlo? Has pasado mucho tiempo inconsciente, y las actualizaciones que has recibido eran sólo audiovisuales. Me pregunto si comprendes que te hago una gran concesión al visitarte.

-Sé que eres jefe de la Policía de Seguridad, y por ende miembro ex officio del Sínodo Asesor, que es quien en realidad indica al poder legislativo qué leyes aprobar, al judicial qué decisiones tomar, y al ejecutivo qué hacer -respondió Guthrie sin inmutarse-. También sé que no eres un caso único en la historia. Los de tu calaña aparecen una y otra vez; son como brotes de acné.

Sayre no pudo contener un arrebato de furia. Se sonrojó.

-Demuestras tu ignorancia -rugió-. Hay acontecimientos únicos, decisivos, irreversibles. El fuego. La agricultura. El método científico. Xuan Zhing y su sistema.

-Ya conozco ese cuento.

-¡Pues te equivocas! ¿Quién otro ha sabido analizar acertadamente la dinámica de la acción social? La ciencia, no los curanderos ni los remedios caseros, acabó con la viruela, el SIDA, las afecciones cardíacas, el cáncer. ¿No comprendes que la ciencia puede poner fin a la injusticia, el derroche, la alienación, la violencia, a todos los horrores que los humanos inventan para sí? Si te hubieras molestado en estudiar la matemática de Xuan...

Sayre calló. Era ridículo hacer aquel discurso a un programa encerrado en una caja. Sí, era indudable que necesitaba descanso y distracción.

Pero el concepto lo entusiasmó como de costumbre; lo exaltaba, lo refrescaba, le infundía ánimos. No porque tuviera la pretensión de entender cada faceta de aquel vasto logro. Pocos intelectos eran capaces de tanto. Incluso Xuan, durante las décadas que dedicó a su labor, había explotado a fondo los recursos informáticos de la Internet Académica, aparte de reconocer su deuda con anteriores pensadores. La gente como Sayre dependía de lo aprendido en la escuela y luego profundizaba mediante escritos de divulgación. Aun así, podía apreciar el acierto de esas ideas: estaba demostrado que los mismos procesos se habían dado en la China de la dinastía Han y la Roma imperial, en el Islam y el Cao-Dai, en la cronometría y el cálculo. Los argumentos de Xuan lo habían convencido de que, dado el proceso moderno de información, la economía de mercado, con sus insuficiencias y limitaciones, era obsoleta. Habían hallado inspiración en la perspectiva de establecer y mantener condiciones tan bien planificadas que la sociedad tuviera que evolucionar hacia un orden racional, así como una nave espacial lanzada en la trayectoria correcta afronta las fuerzas cambiantes que la obligan a llegar al destino deseado.

Comprendió una vez más que su fervor avantista no nacía de proposiciones demostradas. Era un non sequitur lógico -una visión, si se quiere- y por ende no era racional. Pero la doctrina de Xuan dejaba margen para la no racionalidad, para la irracionalidad y el caos de los sistemas no lineales. Eran elementos que influían en el curso de los acontecimientos, y su razonamiento los tenía en cuenta. Lo que fascinaba a Sayre era el corolario de Xuan. Al final el pensador se limitaba a especular. El profeta ya no profetizaba sino que imaginaba. Aceptaba que nadie que viva en un presente imperfecto y limitado puede prever lo que sucederá en un futuro rayano en la perfección y libre de limitaciones. Aun así, alguien se atrevía a mirar hacia delante, como habían hecho otros en los siglos XIX y XX. Éstos habían vislumbrado lo que Xuan había visto con claridad: la transfiguración -¿al cabo de mil años, de un millón?- que a su vez podía no ser más que un comienzo, el cosmos entero evolucionando desde la ciega materia hasta la inteligencia pura.

Un comentario imprevisto de Guthrie devolvió a Sayre a la realidad.

-Sí, estudié su matemática -dijo la emulación. Nunca había dicho tal cosa, ni siquiera en los interrogatorios más intensos-. A fin de cuentas, era una doctrina que ganaba más adeptos día a día. Vuestra Asociación Avantista se estaba convirtiendo en una fuerza política influyente. Principalmente gracias a los creyentes a medias, los muchos que suponían que esa perspectiva debía de tener algo ya que todos decían que era objetiva y científica. Pensé que merecía que le echara un vistazo. Conseguí la ayuda de un lógico y juntos examinamos las matrices psicotensoras, el operador lao-hu, los estudios cuantitativos y lo suficiente del resto como para hacernos una idea del asunto; hasta que decidí que no valía la pena perder más el tiempo.

-Lo cual demuestra que no aprendiste nada -replicó Sayre-. ¿Nunca te preguntaste por qué esas ideas atraían a tanta gente?

-Claro que sí, y llegué a las conclusiones habituales. El mundo estaba muy mal después de la Renovación, la Jihad y otras fobias que había padecido. Este país no era de los que estaban peor, pero recordaba mejores tiempos que la mayoría, con lo cual la gente vivía su caída como más profunda y dura. Xuan había hecho algunas predicciones más o menos correctas y propuso algunas recetas no del todo absurdas. Los norteamericanos siempre han tenido debilidad por el mesianismo. Muchos se tragaron el xuanismo, o al menos sus consignas más digeribles; vuestra pandilla consiguió salir elegida. Las últimas elecciones más o menos libres que tuvo este país.

-Pamplinas. El público pudo apreciar nuestros logros.

-Algunas cosas positivas, sí. En general las más evidentes: viviendas, recuperación de tierras, asesoramiento genético universal, etcétera, etcétera. Nada que no se me hubiera ocurrido a mí, con sentido común y experiencia con la gente.

-Mentira. Sería como afirmar que se te pudo haber ocurrido todo lo que se le ocurrió a Einstein.

-Ese caso es totalmente distinto. La relatividad general era un concepto nuevo. Explicaba buena parte de la realidad. En el fondo, bajo el lenguaje pomposo y las ecuaciones, el xuanismo es la misma charlatanería colectivista que ha venido predicándose en los últimos dos o tres mil años, una y otra vez. E incluso desde hace más, diría yo.

-No. Por primera vez, tenemos una teoría que explica los hechos de la historia.

-No todos. Las astrología y la teoría de la Tierra plana también explicaban algunos hechos. El resto del xuanismo es tan inútil como esas teorías. O tan desastroso. ¿Acaso a la Unión le ha ido tan bien bajo el gobierno avantista? ¿Adonde os han llevado vuestras reestructuraciones, redistribuciones y reorientaciones? Sólo os han estancado. Alguien dijo una vez que un fanático es un hombre que redobla sus esfuerzos cuando ha perdido de vista su propósito. Y vuestro propósito nunca fue científico, por lo demás, sino religioso. Una religión de chiflados. Vuestra élite de poderosos no recibe el nombre de junta ni de consejo, sino que la llamáis sínodo. Interesantes connotaciones, ¿verdad? En cuanto a vuestro delirante sueño de una inteligencia mundial que con el tiempo abarcará el universo entero...

-¡Ya basta! -exclamó Sayre-. No he venido aquí para escuchar tus estupideces de ignorante.

-No, tú eres un intelectual -bromeó Guthrie-. Crees en el libre intercambio de ideas.

-Entre las mentes que son capaces de tal intercambio, las mentes que han aceptado la cordura.

-Sí, supongo que soy un antiintelectual. Siempre lo he sido. Escucha, nací en 1970, cuando los jóvenes intelectuales arrasaban las universidades. Admiraban a Mao y Castro como una generación anterior había admirado a Stalin. Luego pasaron a formar parte del cuerpo docente, y me alegré de abandonar la universidad. Sus sucesores gestaron la Renovación y la llevaron al poder, porque iba a salvar el medio ambiente y purificar la sociedad. Pero tú eres distinto, claro.

Sayre inspiró profundamente, tres veces, hasta que logró dominar el temblor de sus manos.

-¿Estás absolutamente encerrado en el pasado? Vine aquí a darte una última oportunidad. No hagas que me sea imposible.

-¿Por qué? ¿Qué deseas hacer?

-Protegerte. Necesitamos tu hardware. Aunque está personalizado, con el tiempo podemos fabricar otra unidad para ti. He pensado que entonces podríamos conversar. No necesariamente debatir, sino conversar. Has vivido muchas experiencias, eres una parte importante de la historia. A mis colegas y a mí... ellos son estudiosos, científicos... nos gustaría mucho. -Sayre hizo una pausa-. Y a ti también. Eso esperaba.

-Cuando mi yo era joven -replicó Guthrie-, debatió con fanáticos de diversas causas gloriosas. Poco a poco descubrió que en el fondo todos los fanáticos son iguales. Sayre, eres un pesado. Además eres un entrometido, y un sádico, pero ante todo eres un pesado. No me aburras más.

El hombre luchó contra su indignación y logró mantener la voz firme.

-¿Has pensado en lo que te sucederá si persistes en esta actitud? Primero, la desconexión.

-¿Qué, otra vez? -preguntó Guthrie con sarcasmo.

-Bien, claro que deberemos hacerlo de todas maneras. Necesitamos tu soporte físico para los nuevos reemplazos que hemos desarrollado. Si todo funciona bien, tal como esperan mis técnicos, luego se devolverá a tu red. Pero como he dicho, con el tiempo podemos hacer otro, y despertarás de nuevo... siempre que me des motivos para esperar un mínimo de colaboración por tu parte. De lo contrario, me temo que serías un gran peligro potencial. Lamentaré hacerlo, pero tendré que ordenar que borren tus discos.

Guthrie guardó silencio.

-Anulación. Inexistencia -declaró Sayre-. Como si nunca hubieras existido.

-No es diferente de lo que le espera a todo el mundo -respondió Guthrie con frialdad. Si hubiera estado conectado a un ordenador con imagen, se habría encogido de hombros-. A menos que haya algo después de la muerte. Lo dudo mucho, pero si lo hay, supongo que obtendré mi parte.

Sería una pena tener que destruir una reliquia tan fascinante. Tal vez el miedo le hiciera entrar en razón.

-O podemos usarte como material de experimentación -advirtió Sayre.

-Lo habéis hecho con varias copias de mí. -¿Acaso este Guthrie sentía piedad y miedo por aquellas copias? En tal caso, lo ocultaba bien-. No veo para qué querríais torturar a otra más. Salvo por venganza. O por mera diversión. ¿Acaso los apóstoles de Xuan no están por encima de emociones tan bajas?

Aquel condenado tenía razón. Las tareas que ya habían realizado serían difíciles de mantener en secreto, pues requerían la intervención de muchos especialistas. Y mientras tuvieran que trabajar en secreto, no convenía aumentar los riesgos innecesariamente. Si se corría la voz, no sólo estaría en jaque una operación decisiva, sino que los Caóticos utilizarían aquello como propaganda. («Como veis, el Gobierno no se conforma con maltratar a los humanos comunes en sus centros correccionales.»)

Sayre suspiró.

-Eliminación, pues. Te conservaremos hasta verificar que el nuevo modelo funciona, pero no creo que regreses nunca después de esta desconexión. Lo lamento.

La última frase no era sincera.

-Y mis últimas palabras son -dijo Guthrie-: que te den por ahí.

Sayre pestañeó. ¿Qué significaba aquello? No, no daría a su prisionero la satisfacción de preguntárselo.

Los pedúnculos oculares se replegaron. Guthrie se había retirado.

Sayre resistió la tentación de llamarlo a gritos. En cambio, llamó por teléfono.

-Realizarás la conversión, Yoshikawa -ordenó.

El equipo apareció a los dos minutos, con el instrumental. Sayre se puso a un lado para observar. Esta parte de la tarea era sencilla.

Yoshikawa desatornilló una tapa redonda y pulsó el interruptor que había debajo. Silenciosamente, Guthrie dejó de funcionar. Manos hábiles abrieron la carcasa, extrajeron los discos y los pusieron a un lado.

Sayre los miró pensativamente. La fluctuante y fluida red de relaciones -electrones, agujeros, fotones, campos- que constituían el pensamiento se había extinguido. Apresados dentro de las configuraciones de átomos se encontraban los diseños que guardaban los recuerdos, hábitos, inclinaciones, instintos, reflejos, todo lo que había operado en el prosencéfalo del Anson Guthrie viviente, junto con una cantidad indeterminada de su antigua herencia no humana, y todo lo que el fantasma Guthrie había experimentado después de su transferencia y hasta la realización de aquella copia; y todo lo que después había pasado por los sensores y programas de ésta.

Los gruesos discos que contenían el programa y la base de datos, estaban apilados en la mesa. El hardware era un símil del cerebro desintegrado tiempo atrás, con sus potencialidades innatas, las aptitudes que había desarrollado y las pérdidas que había sufrido a lo largo de una vida turbulenta. Ningún otro software era capaz de ello. Cada una de las pocas emulaciones existentes era tan única e irrepetible como su modelo mortal.

Pero los organismos podían modificarse. También los programas, por medio de diversos métodos, ya fuese rehaciéndolos directamente o sobreimprimiéndolos.

Yoshikawa insertó los nuevos discos. Ella y su equipo trabajaron un rato con instrumentos que conectaron a la caja. Sayre se agitó ansioso. Al fin consultaron entre sí, extrajeron los medidores y cerraron la caja. Yoshikawa activó de nuevo los circuitos.

Los pedúnculos oculares salieron. Sayre hizo acopio de toda su entereza. Se adelantó para enfrentarse a esos ojos, y dijo con voz imperiosa:

-Guthrie.

-S-sí -tartamudeó la máquina. Las lentes giraron hasta enfocarlo.

Sayre sonrió y habló con dulzura, como se hacía con los individuos en ciertas fases de su reeducación.

-Bienvenido, Anson Guthrie. ¿Sabes qué eres?

-Sí, lo sé. Todavía... no estoy acostumbrado...

-No te preocupes. Era de esperar. Tómate tu tiempo. Familiarízate contigo mismo. Tendrás toda la ayuda que desees. Haz las preguntas que quieras. Tu memoria te mostrará que somos totalmente francos contigo.

En el silencio que siguió, el susurro del ventilador resultaba ensordecedor.

-Así parece -dijo al fin el objeto-. Me siento confundido, pero creo que me recobraré.

-Sin duda. Hagamos una pequeña prueba. ¿Qué eres?

-Soy la copia... de una copia... de una copia de un hombre viviente... ¡Pero me habéis dado nueva información! -exclamó de pronto con más fuerza-. Yo estaba equivocado. No entendía la situación, ni el propósito de Xuan. Tendré que reflexionar más sobre eso, pero... -El objeto guardó un momento de silencio-. Bien, Sayre, he cambiado de parecer. Somos aliados. Supongo que debo darte las gracias.

4

Sonó un golpe. Lee y Kyra guardaron a Guthrie en el armario antes de recibir al criado. El joven empujaba un carrito. Les sirvió la comida, saludó respetuosamente y se marchó. Ambos sacaron al jefe y se pusieron a comer.

Kyra descubrió que estaba hambrienta. Cordero adobado, pilaf, berenjena, pita, ensalada de pepinos aderezada con yogur; platos dulces para acompañar: natillas, sorbete de frutas, café; todo preparado de maneras exóticas para ella, pero de magnífico sabor. Lee comentó que era comida tradicional. Aquella gente debía haber realizado grandes gastos e invertido mucho esfuerzo para programar sus nanotanques a fin de obtener los ingredientes. Tal vez compraban algunos en una granja.

La comida les devolvió la esperanza y mantuvo momentáneamente a raya la fatiga. Cuando el criado -a quien llamaron con un zumbador- se hubo llevado las sobras, se pusieron a hablar de otras cosas aparte de la fuga.

Lee parecía menos animado que Kyra. Ella se lo comentó, y él replicó amargamente:

-No estoy acostumbrado a estas aventuras. He llevado una vida bastante tranquila.

-No creas. Te has codeado con mucha gente rara, ¿verdad? Y te has llevado bien con ella, algo que a mí me hubiese sido difícil.

-Bien, mi trabajo me lo exige.

Sí, pensó Kyra, un intuicionista era una extraña combinación de intelecto y sensibilidad. No sólo debía tener conocimientos básicos de ciencia y tecnología modernas, sino dominar cuestiones sociales; no sólo debía saber historia, diseño de estructuras y dinámica analítica, sino entender a los seres humanos en cuanto individuos; no sólo conocer el Alto Mundo, sino las culturas y subculturas relativamente atrasadas, para entender (mejor dicho, para sentir) sus interacciones con dicho mundo. Con estos elementos debía crear modelos, escribir programas, elaborar ideas y hacer propuestas viables. Así podía prever los resultados de un cambio, sobre todo en el aspecto humano, y sugerir maneras de impedir o mitigar los que resultaban indeseables.

-Guthrie había creado aquella profesión, recordó Kyra. Él había iniciado los primeros estudios y experimentos, y luego elegido a los primeros profesionales. Para Fireball había sido tan beneficioso, aun en esa primera etapa, que las demás compañías se habían apresurado a imitarla, y por último los gobiernos. Kyra recordó una lección de la escuela. Como parte de su educación, ella debía saber aquello, aunque no le incumbiera directamente. El propio Guthrie había grabado la clase. Él no aparecía en el multi. Una caja sin rostro no hubiera atraído a los jóvenes, y él reservaba las recreaciones de su imagen mortal para ocasiones más especiales. Escenas cuidadosamente preparadas acompañaban su familiar voz:

El clásico ejemplo del pasado es el automóvil. Lo habéis visto en documentales históricos, un vehículo terrestre conducido por un piloto humano y alimentado con hidrocarburos. Resultó práctico, y en una sola generación reemplazó al caballo. En aquellos tiempos, cualquiera se daba cuenta de lo que alguien listo habría podido predecir: que sería una industria en expansión. Las industrias subsidiarias, como la del petróleo y las obras viales, se sumarían para formar una combinación que dominaría la economía de países enteros. Pero no creo que nadie pensara en la vital importancia estratégica de las reservas petrolíferas hasta que su posesión se convirtió repentinamente en una de las causas de guerra. La expansión de los suburbios y el deterioro de los centros urbanos, la densidad del tráfico y el aire irrespirable cogieron a la gente por sorpresa. Sólo de paso mencionaré la revolución sexual, para interesaros y lograr que estudiéis más por vuestra cuenta.

No digo que el automóvil haya sido la única causa de todo esto, pero sin duda tuvo mucho peso. Tampoco digo que debieran haberse suprimido, ni restringido su uso a una élite dejando los transportes públicos atestados para la gente corriente.

Pero con previsión, ciertos empresarios selectos podrían haber hecho mucho bien, ganando de paso un montón de dinero.

Por ejemplo, el motor de combustión interna fue un tremendo error. Habría podido evitarse de contar con una caldera adecuada, no demasiado difícil de diseñar, cuyo vapor habría sido mucho más limpio. Los automóviles se podrían haber prohibido desde un principio en los núcleos urbanos. Los usuarios lo habrían aceptado si hubieran dispuesto de vehículos pequeños y ágiles como nuestros triciclos. Esto habría contribuido a hacer de las ciudades lugares más agradables y habitables, y más reducidos.

Repito: no hay ninguna respuesta definitiva. Probablemente las soluciones habrían generado otros problemas. El cerebro sólo no basta, aunque ésta sea la eterna ilusión de los intelectuales. ¡Pero qué caray, el cerebro existe para ser usado!

Ahora pensad en el mundo de hoy, el vuestro. Mirad alrededor y pensad. Innovaciones tecnológicas; relaciones inestables entre las instituciones; una cuestión aparentemente tan simple como dónde situar una nueva planta; una especie humana tan fragmentada y sacudida como las piezas de un caleidoscopio. -El multi mostró aquel olvidado juguete en acción. Resultaba más elocuente que las imágenes convencionales de fractales y sistemas caóticos-. ¿No creéis que necesitamos personas que reflexionen sobre estos temas, no sólo con palabras, números, ecuaciones y gráficos, sino de corazón? -Su metáfora del conjunto fue igualmente sorprendente-: No podrán ofrecernos la planificación óptima de un curso, y lo que nos ofrezcan será a menudo equivocado y siempre incompleto. Pero creedme, eso puede suponer una diferencia tan grande como Júpiter.

Kyra miró de soslayo a Lee. Tenía un aspecto demasiado juvenil para ser tan importante. Claro que era uno entre muchos. Como los demás, se concentraba en el conocimiento de una zona determinada, y por eso vivía donde lo hacía. Realizaba la mayor parte de su trabajo visible en su casa, con el ordenador o con la mente. Pero necesitaba algo más que datos cuantitativos. Debía salir, conocer gente, cultivar su amistad, aprender a captar sus pensamientos y sentimientos, no sólo los que se expresaban en palabras, sino los tácitos.

Tenía que ser simpático y observador, pensó Kyra. Y estaba claro lo era.

Mientras ella estaba sumida en evocaciones y reflexiones, él comentó:

-Tú si que has vivido auténticas aventuras.

-No si he podido evitarlo -rió Kyra.

-Un explorador de los viejos tiempos, Amundsen, sostenía que la aventura es patrimonio de los incompetentes -añadió Guthrie.

-Tú sabes a qué me refiero -declaró Lee con gravedad-. Tahir lo ha dicho. Tú, piloto Davis, has caminado sobre Marte...

(Desde la ladera del Monte Olimpo, la vista abarcaba una inmensidad rocosa y un desierto de tonos sutiles bajo un cielo rosado. Enturbiado por una reluciente tormenta de polvo, un cráter se erguía como un castillo custodiando los confines de la creación.)

-... asteroides, cometas...

(Flotaba sin esfuerzo. El planetoide era apenas un borrón oscuro del que sobresalía una cresta reluciente de las sombras como un trozo arrancado del cielo que la rodeaba por doquier. Las estrellas alumbraban la noche a millares con un brillo despiadado. Colores

cristalinos: el azul acerado de Vega, el ámbar de Arcturus, la brasa ardiente de Betelgeuse. La Vía Láctea era un torrente de escarcha y silencio. Avistó el encogido sol, y el casco le protegió los ojos de su resplandor. Apenas distinguió los brazos de sus constelaciones y el destello de un planeta.)

-... y más allá.

(El hielo de Enceladus refulgía como si estuviera cubierto de estrellas, desde un declive a la izquierda hasta el horizonte próximo, a la derecha, y sin embargo pocas brillaban en lo alto. Saturno las apagaba, enorme y resplandeciente, arropado con nubes y remolinos que eran en realidad tormentas ciclópeas. Los anillos no eran la joya rutilante que veía desde otras partes sino una deslumbrante banda de meteoros que cubría todo el campo visual. Dos lunas gemelas relucían como cimitarras. En medio del silencio sentía la palpitación de su pulso, la quemazón de las lágrimas. Cuando parpadeaba, le mojaban las pestañas y Saturno las convertía en arco iris.)

-Yo he estado un par de veces en la Luna, como turista, y una vez en L-5 -dijo Lee-. Aparte de eso, el universo exterior existe para mí sólo en los libros, el multiceptor y el vivífero.

-Yo tuve suerte en ese sentido -evocó Guthrie-. En mi juventud aún había en la Tierra lugares donde la noche era aceptablemente negra. A veces, especialmente en la montaña, mirando el cielo desde mi saco de dormir, sentía que este globo era apenas un diminuto bailarín en medio de trillones de fogatas.

Kyra se preguntó si eso habría orientado sus sueños hacia el espacio. Se imaginó en tierra, esforzándose para distinguir algunas lucecitas borrosas. Demasiadas luces, por doquier. Aun en pleno océano, rompían la oscuridad. Demasiada gente.

-No me estoy quejando -se apresuró a decir Lee-. Sé que soy afortunado; tengo un trabajo interesante y bien remunerado.

Afortunado, en efecto, convino Kyra. La existencia de la mayoría era tan automática que había perdido todo sentido ya desde antes de nacer, por lo general.

-Oh, yo no cambiaría mi vida por nada -admitió. Y pensó para sus adentros que ella y sus colegas sí que eran afortunados. Podían guiar naves porque esas naves estaban robotizadas sólo en un noventa y nueve por ciento. No habría sido difícil llegar al ciento por ciento y prescindir de todos los pilotos humanos. Desde un punto de vista puramente económico, ya tendría que haber sucedido. Pero Guthrie lo había vetado. Sin duda había sido él. Nadie más ejercía tanto poder en los consejos privados de Fireball.

¿Por qué lo había hecho? ¿Romanticismo, apego a los logros del pasado? ¿Un ideal feudal de las obligaciones de un amo para con sus vasallos? Quizá. Kyra sospechaba que eso no era todo. No habría durado tanto de no ser un realista consumado. Las criaturas vivientes como ella eran más útiles que cualquier máquina cuando las cosas se ponían difíciles.

No tenía sentido extraviarse en pensamientos que se habían vuelto habituales durante la soledad de sus viajes. Decidió continuar la conversación. Increíblemente, ahora formaba parte de un terceto que incluía al jefe máximo.

-Pero te envidio un poco por la cantidad de gente que has conocido -confió a Lee-. En el espacio, todos son altomundanos.

-Por fuerza -sonrió él.

-Eso no significa que no tengamos nuestros personajes estrafalarios allá arriba -dijo Guthrie.

Librodot

-Sí, lo sé -respondió Lee-. Al margen de los selenitas, la gente que vive en el espacio tiende a pensar por su cuenta.

Kyra rió de nuevo.

-A menudo no tenemos otra cosa que hacer.

Lee la estudió un instante antes de aventurar con timidez:

-¿Puedo preguntarte cuáles son tus aficiones?

-A mí también me gustaría saberlo -dijo Guthrie-. Ya que estamos juntos en este aprieto, nada perdemos con conocernos.

Kyra se ruborizó. Aunque no era tímida, rara vez habían demostrado tanto interés hacia su persona.

-Algún deporte -respondió, encogiéndose de hombros-. La música. Toco el sónor y un instrumento de viento arcaico llamado flauta dulce, y canto antiguas baladas, aunque no afino demasiado. Leo mucho, como es de esperar, y garrapateo un poco.

Eso llamó la atención de Lee.

-¿De veras? ¿Escribes? ¿Qué?

-Nada del otro mundo -murmuró Kyra-. No lo hago para los demás. Chapuzas, en general. También uso antiguas formas de versificación sonetos, sextinas...

Eiko Tamura decía que sus poemas eran buenos, pero Eiko era demasiado amable.

Los trabajos de Eiko -aun traducidos al inglés, y en consecuencia mutilados-, baikú y fragmentos en prosa, con dibujos y caligramas, hacían vibrar a Kyra y la conmovían. Ambas se reunían cuando Kyra visitaba L-5. Las comunicaciones por láser entre ambas podían ocupar varias páginas impresas.

Kyra ladeó la cabeza.

-¡Ay de mí! -exclamó con tono jovial-, empiezo a parecer uno de esos intelectuales que tanto desprecia el jefe. En realidad, para divertirme, juego pésimamente al ortho o al Heisenberg con mi ordenador, y al póquer con mis amigos, que me sale más caro.

Lee pareció alegrarse de ese comentario frívolo.

-¿Póquer? ¿El juego de cartas? Vaya, yo sé jugar. Algunos conocidos y yo tenemos un pequeño club que se reúne todos los meses por la red.

-Es más divertido jugar personalmente -observó Kyra-. Nosotros damos las cartas, por turnos, no el ordenador. -Y respiraban el mismo aire, bebían la misma cerveza, intercambiaban las mismas frases vulgares.

Lee suspiró.

-Ya lo sé, pero no suelo tener la oportunidad.

Kyra se preguntó si en sus largas misiones, cuando su única compañía era la seudointeligencia de su nave y algún que otro mensaje tardío, se sentía tan sola como él parecía estar siempre.

-Organicemos una partida, cuando haya terminado este jaleo -sugirió.

-Ponedme en un robot, para que pueda sentarme a la mesa -sugirió Guthrie-. Recuerdo algunas partidas memorables de mis tiempos de humano.

Mis tiempos de humano. ¿Cuánto dolor acechaba detrás de esas palabras?

Tal vez ninguno. Él había escogido ser lo que era. Podía revocar su decisión cuando quisiera.

¿O no?

-Estás lejos de aquí, Davis -dijo Guthrie-. ¿Te encuentras bien?

Caray, pensó Kyra. ¿Tan evidentes eran sus divagaciones? Volvió al presente. Confesó, con escasa franqueza:

-Tus palabras me han recordado la historia que has visto y vivido. Eso me ha conmovido.

-«Aquí tienes romero -murmuró él-, para las remembranzas. Te ruego, amor, que recuerdes. Y aquí pensamientos, son para las meditaciones.»

-¡Hamlet! -preguntó ella asombrada.

-No soy el pedazo de chatarra que muchos creen -murmuró él. ¿Había un matiz defensivo en su voz?-. En otros tiempos yo también leí lo mío. No lo que estaba de moda, no. Shakespeare, Hornero, Cervantes, resultaban aceptables, aunque no estuvieran en boga, pero Kipling, Conrad, MacDonald, Heinlein y otros eran considerados reaccionarios insensibles, o racistas, o sexistas, o el apelativo que estuviera de moda. Porque, claro está, se ocupaban de las cosas importantes.

Kyra se preguntó qué cosas le interesarían ahora. Lee debía haber aprendido algo sobre eso.

El intuicionista bostezó.

-Perdón -dijo.

-Es natural que bosteces -lo tranquilizó Guthrie-, y no sólo porque esté divagando.

-Es fascinante -dijo Kyra. Y añadió de inmediato-: No pretendo darte coba, señor Guthrie.

-Lo sé. Pero Bob tiene razón. O su cuerpo la tiene, al margen de lo que le diga su cabeza. Necesitáis descansar, ambos, si queréis estar en forma mañana.

-¿Y tú?

-También -respondió Guthrie, aunque no aclaró cómo pasaría la noche.

La charla continuó un rato, cada vez más desganada y menos sustanciosa. Fue Kyra quien tomó la iniciativa.

-Bien, yo ya no puedo más. -Se levantó-. Estoy deseando una ducha y ocho o nueve horas de descanso. ¿Prefieres ir tú primero, Bob? -Se trataban ya con más confianza. Guthrie aún era el jefe, pero ese título no imponía tanto.

-No, gracias -dijo Lee-. Tengo una idea y quiero pensar en ella unos minutos.

-De acuerdo, mantendré la boca cerrada -se ofreció Guthrie, aunque hacía mucho que ya no tenía boca.

La cascada de agua caliente fue un verdadero placer. Kyra disfrutó de la ducha. Mientras se secaba con la toalla, respiró con gusto el vapor.

Al salir, radiante, vio el rostro de Lee. Al instante él desvió la mirada, como si otra cosa le hubiera llamado la atención. Divertida, ella le miró la entrepierna. Sí. Kyra se había olvidado de que los avantistas veían la desnudez con malos ojos y la prohibían en público. La sensualidad distraía a los humanos de lo que debía ser tanto un placer como un deber: ordenar

Librodot

la mente para que ellos y sus descendientes pudieran construir la sociedad racional que sería el germen de la Noosfera.

Pobre Bob. No podía resistirse del todo a la doctrina que lo rodeaba. Además, el sistema de Xuan tenía sus atractivos. Como mínimo, incluía las mismas matrices sociodinámicas con las que él trabajaba, y añadía otras.

Kyra se apresuró a meterse en la cama y cubrirse.

-Buenas noches -saludó, y cerró los ojos. Los mantuvo cerrados mientras él visitaba el cubículo, regresaba, apagaba la luz y se acostaba con cautela. Ella escuchó su respiración.

Se sintió tentada. Había pasado mucho tiempo. Pero no era buena idea dadas las circunstancias. Tal vez después. Lee era realmente muy tierno.

¿Tal vez demasiado? Había demostrado valentía, pero eso no compensaba una blandura que podría resultar un inconveniente fatal. A fin de cuentas, aunque él había pasado su vida en América del Norte, viviendo y trabajando entre sus ciudadanos, pertenecía a Fireball. Kyra sospechaba que había nacido y crecido en la empresa. Y quizá todos sus allegados. Tal vez se comunicara con ellos más por teléfono que personalmente, pero eran sus amigos, sus compañeros, y sabía que el juramento actuaba en ambos sentidos y que si se metía en líos la poderosa compañía lo respaldaría. Así que podía permitirse ser más confiado que el norteamericano común.

Esta situación era la causante principal del conflicto, reflexionó Kyra. Siempre existían roces entre Fireball y los gobiernos, aun el de Ecuador. A ningún gobierno le agradaba que las personas sobre quienes ejercía su autoridad fueran más leales a un poder externo que a sus propios políticos y líderes. Sin embargo, la mayoría podían tolerarlo, especialmente los democráticos. No constituía una amenaza mayor que la lealtad a una religión mundial o a un grupo con intereses internacionales. Pero el avantismo, que deseaba organizarlo todo -todas las mentes humanas, en última instancia- de acuerdo con la doctrina de Xuan, se sentía incómodo ante la presencia de un sistema tan distinto y de tanto éxito.

Sí, Fireball era totalmente distinto, la creación de un individualista acérrimo cuyo fantasma en forma de máquina continuaba gobernando la organización. Más que un conjunto de empresas con fines lucrativos, Fireball era una sociedad, un modo de pensar y de vivir... una nación, como había dicho su padre. Una nación que alentaba a sus integrantes a pensar, hablar y actuar por su cuenta, pero que los unía con vínculos más fuertes que la ley. Una nación cuyo líder era un ejemplo totalmente antieconómico, antialtruista, antirracional, lo que le había valido aplausos no sólo cuando había patrocinado viajes estelares, lo cual era justificable como investigación científica, sino cuando había viajado a Alfa del Centauro personalmente. (Bueno, como una copia de sí mismo, ¡qué diferencia había!) Y a fin de cuentas, el planeta Deméter no prometía la menor ganancia material para nadie en ningún momento antes de su destrucción final.

Aun así, los avantistas se las habían apañado. Fireball no había tratado de subvertirlos activamente, y ellos dependían de Fireball tanto como el resto del planeta. Era una relación turbulenta, pero de algún modo se mantenía. ¿Entonces, por qué los avantistas asestaban aquel repentino golpe? ¿Por qué, primero, habían ocupado la central de América del Norte, y ahora todas las posesiones de Fireball que quedaban dentro de su jurisdicción?

Porque se habían enterado de la existencia del duplicado de Guthrie y querían usarlo para sus propios fines, y una cosa había llevado a la otra. Pero sin duda se trataba de una decisión desesperada.

Estaban desesperados, pensó Kyra.

Librodot

Eran totalitarios. Hasta ahora ella no había acabado de entender qué significaba aquello. Era sólo un recuerdo escolar de sus clases de historia. Había visto analogías entre los avantistas y la dinastía Jin, los incas, los comunistas y demás, pero le había parecido algo abstracto. Había oído hablar de abusos, y una vez había conocido a una víctima que había escapado al Brasil. (Era un físico que no se callaba sus opiniones. Después de lo que hicieron con su cerebro, aceptaba cualquier trabajo manual que pudiera conseguir.) Pero en otros países de la Tierra, los opositores también se mantenían en una órbita peligrosa.

Kyra debería haber insistido en preguntar a sus padres por qué se habían mudado a Rusia. Debería haberse preguntado por qué un país necesitaba convertir la oposición ideológica en delito, y recurrir a la Policía de Seguridad, y encarcelar a los infractores o someterlos a tratamiento. Entonces habría comprendido que aquel gobierno estaba atrapado.

Tales medidas eran necesarias para guiar a la gente hacia el paraíso que su sistema les prometía, pero que hoy por hoy era inalcanzable. Una economía que abarcaba no sólo la Tierra sino todo el sistema solar requería pasar por sus fronteras miles de veces todos los días; una red de comunicaciones interplanetarias bombardeaba a los espectadores con información del exterior; éstos veían que eran víctimas de la prepotencia y que obtenían pocos beneficios, y veían también que en otras partes había más libertad y prosperidad. Estaban desilusionados. Algunos mascullaban sus quejas y eran acusados de «Caóticos», de reaccionarios dispuestos a permitir que el azar prevaleciera de nuevo en la historia. ¿Podía ser que algunos de ellos estuvieran consiguiendo armas en secreto para iniciar una revolución?

Kyra lo ignoraba. Sospechaba que los avantistas habían tenido la oportunidad de hacer una apuesta temeraria, y la habían aprovechado porque era la última. Podían causar muchas muertes y estragos antes de ser derrotados, podían incluso ganar la apuesta y adueñarse de toda la especie humana. Difícil, sin duda, pero posible.

¡Maldita sea! Se estaba despejando. ¿Para qué? Para nada. Tenía que relajarse. Necesitaba un buen descanso. Subvocalizó el mantra que la ayudaría a dormirse.

Librodot

5

-Un despacho de Futuro -recitó el locutor-. Ayer el Gobierno confiscó todas las propiedades de Fireball Enterprises en la Unión de América del Norte. Los milicianos las han ocupado y unidades de la Policía de Seguridad han tomado posiciones en sus principales instalaciones. -Proyectaron algunas escenas. El Integrado Noreste: el World Trade Center reluciente y renovado como una isla entre arrecifes y restos de naufragio, con aeromóviles revoloteando a su alrededor y tropas y armas en la azotea; el complejo Toronto, lugar natal de Kyra, donde hombres uniformados montaban guardia en una calle de bonitas viviendas mientras los niños pasaban ansiosamente al regresar de la escuela; la Central Energética Sudoeste, un desierto poblado de receptores que aguardaban la salida de la Luna y la energía que beberían de ella, ahora rodeada por vehículos blindados; el puerto espacial de Kamehameha, un atisbo de mar azul y blanco oleaje, con una nave en su rampa y varios técnicos vigilados por un escuadrón armado con pistolas de impacto.

Pésimo ambiente para desayunar, pensó Kyra. No obstante, comió lo que pudo. No sabía cuándo tendría otra oportunidad de hacerlo. Lee se le acercó. En el extremo de la mesa, Guthrie observaba desde su caja.

-Las operaciones de la compañía en todo el país quedan suspendidas, pero en la declaración oficial se apunta la esperanza de una pronta reanudación y se sostiene que esta operación cuenta con «el pleno acuerdo de los directivos de Fireball». Esto constituye una sorpresa adicional después de años de dificultades crecientes entre el Gobierno y diversas empresas internacionales, especialmente Fireball.

Y tanto, ya lo creo, pensó Kyra. Sin el liderazgo de Guthrie, que debía haber ejercido muchas presiones ocultas, los demás habrían sido sometidos tiempo atrás.

-Ya no cabe duda -masculló Guthrie-. Se han apoderado de mi duplicado y lo han sometido a sus experimentos. Pobre diablo.

Lee irguió la cabeza.

-¿Tus funcionarios no sospecharán nada? -preguntó.

-Es posible, pero sólo dos de los míos saben dónde se encontraba, y hasta ahora no tienen motivos para sospechar que ya no esté allí. Yo mismo no lo sospeché hasta que fue demasiado tarde. Cuando el otro Guthrie se presente en público, va a resultar muy convincente.

-... hablando desde la Oficina Directiva, el presidente Manuel Escobedo Corrigan.

En la pantalla apareció un hombre bien parecido, de pelo plateado.

-¡Atención, ciudadanos! Tengo un importante anuncio que hacer. Ante todo debo aclarar que no existe motivo de alarma. Actuando en beneficio de ustedes, el Gobierno está tomando medidas para protegerlos de una amenaza contra su vida. Al mismo tiempo, pondremos fin a un conflicto que se ha vuelto intolerable. Eso afectará a pocos directamente, salvo por el enorme beneficio que la sociedad obtendrá con ello. Entretanto, todos tienen derecho a estar informados. Los ciudadanos deben escuchar atentamente, oír la verdad. Es posible que circulen falsos rumores. El ciudadano informado sabrá desmentirlos, denunciarlos, y denunciar a cualquiera que insista en propagarlos.

»Por la autoridad que ostento y bajo la sabia guía del Sínodo Asesor, he ordenado el embargo de todas las propiedades que posee en este país la corporación Fireball Enterprises. La sospecha se ha convertido en certeza. La Policía de Seguridad ha descubierto que, con el paso de los años, en esta vasta organización se han infiltrado terroristas Caóticos. Su finalidad

es derrocar el Gobierno por medio de la violencia. Eso podría significar millones de muertes, la devastación del país e incontables sufrimientos. Debemos detenerlos. Debemos encontrarlos, frustrar sus maquiavélicos planes y llevarlos a rehabilitación, para hacer justicia.

«Ustedes recordarán el presunto accidente que arruinó la base de datos del Centro de Seguridad del Medio Oeste con una potente emisión electromagnética. Su destrucción habría dificultado las operaciones policíacas en toda el área. Afortunadamente, la Policía de Seguridad tenía ya algunas sospechas. No sabía exactamente qué sucedería, pero como precaución transfirió duplicados de sus archivos a otras partes. Cuando se produjeron los acontecimientos, estaba preparada para actuar. Descubrió que no se trataba de un accidente, sino de un acto de sabotaje. Descubrió, tal como se sospechaba, que entre los responsables había empleados de Fireball.

Kyra miró de soslayo a Guthrie. Él respondió a su pregunta implícita:

-No, claro que no hemos tenido nada que ver. ¿No te parece que me aseguro de que de toda nuestra gente los que están en posición de cometer un acto insólito, en un país desquiciado como éste, sean sensatos? ¿Y cómo diablos habríamos cometido semejante estupidez? ¿Y cómo sabes que sucedió siquiera? Sólo contamos con la palabra del Gobierno, que rechazó nuestro ofrecimiento a colaborar en la investigación.

Una excusa para entrar sin contemplaciones en el edificio donde la Sepo había averiguado que se ocultaba el otro Guthrie. Kyra escuchó de nuevo las palabras de Escobedo.

-No puedo entrar en detalles -decía el presidente-. Los criminales y subversivos no deben ser informados sobre nuestros métodos de detección. Pero mis conciudadanos pueden tener la certeza de que conocerán los resultados en cuanto la tarea esté concluida.

Adoptó una actitud solemne.

-Debo ser franco con ustedes. No puedo negar que el futuro inmediato nos depara muchos momentos difíciles, peligrosos. Nos enfrentamos con una vasta y poderosa organización que siempre ha sido contraria a los ideales del avantismo. Me explicaré. Les relataré nuevamente su historia, aunque todos la conocen, para compartir luego las grandes esperanzas que tenemos en perspectiva.

»En los últimos dos siglos, Fireball Enterprises ha crecido tanto que sus operaciones se extienden por todo el sistema solar y más allá de él, y al mismo tiempo invade los órganos vitales de cada país de la Tierra. Es algo más que una línea de naves espaciales. Sus compañías abarcan desde minas extraterrestres y plantas de elaboración hasta servicios de flete planetarios, desde fundaciones científicas hasta comercio de bienes de lujo. Mantiene comunidades enteras bajo sus propias leyes, inculcando generación tras generación la devoción a la empresa, y dialoga con los gobiernos legítimos en términos de igualdad. Sin embargo, ni siquiera es una corporación, salvo en un sentido meramente técnico. Es una organización privada, rigurosamente controlada, consagrada a conseguir beneficios económicos pero también interesada en la política, que desdeña toda ley nacional que interfiera sus objetivos.

Escobedo sonrió. Adoptó una actitud más pacífica.

-Hoy, sin embargo, no estoy denunciando por ello a Fireball. Me complace en cambio anunciar el inicio de un nuevo orden de cosas. Nos aproximamos a la resolución de los problemas que han venido agravándose desde que la Asociación Avantista pasó a liderar este gran país. Téngase en cuenta que no acuso a los directivos de Fireball de actitudes delictivas ni antisociales, ni siquiera de ignorancia. A menudo ambas partes se han expresado con vehemencia excesiva. Pero observado analíticamente, como querría Xuan, el conflicto obedece a visiones del mundo distintas. Si ellos no aceptan el acierto de nuestra

Librodot

reestructuración de la sociedad norteamericana, si no comparten nuestra visión de la mente evolucionando hacia Omega durante mil millones de años, entonces su oposición es lógica.

»Y así, protegidos por los célebres Protocolos Planetarios, sus empleados siguen viviendo en complejos prácticamente autónomos, envían a sus hijos a escuelas de la compañía para ser educados por la compañía, y plantean argumentos equivocados a los ciudadanos. Los disturbios de Juneau, que se cobraron treinta y siete vidas, fueron sólo su consecuencia más evidente.

-Pamplinas -masculló Guthrie-. Los habitantes de Alaska se acuerdan más que los demás de lo que es ser libre. No querían que les construyeran allí un correccional, y entonces se difundió el rumor de que los rusos irían a ayudarles.

-Desde el exterior -declaró Escobedo-, los altos directivos de Fireball lanzaban proclamas hostiles en el mejor de los casos y en el peor incendiarias. La compañía prohibió la venta de materiales de seguridad dentro de la Unión. Una y otra vez, sus empleados ayudaron a subversivos fugitivos a escapar.

-En eso hay algo de verdad, para variar -comentó Guthrie.

-Pero repito que esto era inevitable -dijo Escobedo, casi con compasión-. Fue un conflicto como muchos otros en el pasado entre fuerzas opuestas e igualmente sinceras: los cristianos contra los paganos, los astrónomos contra los astrólogos, los demócratas contra los monárquicos, los independentistas contra los imperialistas. -Su tono recobró la serenidad-. Ahora, como decía, hemos descubierto que ciertas personas de los niveles inferiores de Fireball llevaron su fanatismo al extremo de implicarse en una asociación ilícita. Se pusieron en contacto con terroristas Caóticos que aguardan desde hace tiempo la oportunidad de asestar golpes mortales contra el pueblo de América del Norte. Estos miembros de Fireball ayudaron y respaldaron a los terroristas. Ayudaron a los Caóticos a colocarse en la compañía, donde hoy todavía siguen.

»El peligro que esto plantea es enorme. Fireball ocupa una posición estratégica en la economía de la Unión, como en todos los países de la Tierra. Su capacidad para el sabotaje es virtualmente ilimitada. En nuestro mundo moderno, la vida de todos nosotros depende de una red de servicios de alta tecnología tremendamente vulnerable, así como de materiales y energía procedentes del espacio. Si se destruyen estos sistemas, estaremos abocados al hambre, el caos, la muerte masiva. Enemigos despiadados, que desean un colapso aún más rápido, podrían acabar con nuestros sistemas de transporte y comunicaciones. Los terroristas, armados y preparados, se apropiarían de lo que quedara de ellos.

»Por esta razón el Gobierno ha ocupado todas las propiedades de Fireball en el país. Si pudiéramos, habríamos ocupado también las de otras partes. He solicitado a los representantes de la Federación Mundial en América del Norte que exijan la intervención de la Autoridad de Paz, pues sin duda el caos en una nación tan extensa como la nuestra constituye una amenaza para toda la especie humana.

Sonrió.

-Ahora, las buenas noticias. He dicho antes que los directivos de Fireball, y la mayoría de sus integrantes, no son malintencionados. Gente equivocada sí, cierto. Y muchos son destructivos, egoístas, codiciosos; aunque no todos. Pero no son lunáticos. No son estúpidos. Comprenden muy bien cuánto perderían con la caída del orden establecido. Aceptan que los Caóticos no sólo son enemigos del xuanismo avantista, sino de la civilización en general. Simplemente ignoraban hasta qué punto estos enemigos habían infestado su propia organización.

»En cuanto nuestra Policía de Seguridad ocupó la sede central de Fireball, puso manos a la obra. Utilizó brillantemente las técnicas de investigación más avanzadas. Paso a paso,

reveló la verdad. Aún queda mucho por hacer, cierto, pero ahora sabemos qué debemos hacer. Cuando dispusimos de esta información, establecimos contacto con ciertos directivos de Fireball, de modo estrictamente confidencial. Quedaron desconcertados. Aceptaron que nuestra ocupación era necesaria. Las células cancerosas de los Caóticos deben ser totalmente extirpadas. De ello depende no sólo nuestra salud, sino la salud de la compañía.

«Ciudadanos, insisto en que estas circunstancias representan algo más que seguridad inmediata. Auguran un futuro mejor. No espero que los funcionarios de Fireball ni de otras corporaciones parecidas abracen la doctrina correcta de la noche a la mañana. Continuarán defendiendo sus propios intereses y los intereses de sus organizaciones durante mucho tiempo. No obstante, creo que comienzan a comprender que esos intereses no se oponen al ordenamiento racional de la sociedad. Aguardo con impaciencia una era de creciente cooperación...

La voz continuó.

-Apágalo -dijo Guthrie-. El resto no serán más que perogrulladas.

Kyra obedeció, captando la idea, aunque no el lenguaje.

-Sí, es un simple testaferro, ¿verdad? Como el resto del Gobierno.

-No únicamente eso, pero sí dadas las circunstancias. Vaya. Nuestros ejecutivos norteamericanos: Reynaldo, Langford, Rapport... ¿cuántos más? ¿Qué será de ellos? Espero que se encuentren bien.

-No creo que los avantistas les hagan daño, señor Guthrie -dijo Lee-. Crearían un antagonismo innecesario. Tal vez haya varios directivos en arresto preventivo, pero nada más, y eso sólo para mantenerlos incomunicados. Además, no sabemos si algunos de ellos no han aceptado realmente que la ocupación es justa y necesaria.

-¿Cuan creíble será eso, y por cuánto tiempo? -preguntó Kyra-. ¿Alguno de ellos preferiría cruzarse de brazos y callar dadas las alternativas?

-No -respondió Guthrie-, pero la situación puede durar varios días, después de los cuales podrán liberar a los prisioneros sin que eso importe. Las pequeñas contradicciones entre sus declaraciones y las de Escobedo serán pasadas por alto. Hasta entonces, la pandilla de Sayre no tendrá que preocuparse por los que siguen en libertad. Lo más sensato que ahora pueden hacer todos los consortes es aguardar mis instrucciones.

Como para confirmarlo, el mensaje del presidente terminó y apareció una nueva imagen. Kyra subió el volumen y oyó:

-Un despacho de Quito. En la sede central de Fireball en esta ciudad, la directora general Dolores Almeida Candamo emitió un comunicado calificando estos hechos de inquietantes. Añadió que no haría más comentarios hasta disponer de más información que la que ella y sus asociados tenían de su contacto con otras oficinas de la Tierra y del espacio. Ninguna de ellas ha hecho ningún otro comentario.

-Bien -gruñó Guthrie asintiendo-. Están a la espera.

-En la Asamblea de la Federación Mundial -dijo el locutor-, Colin Small de Caribea ha respondido a la solicitud norteamericana de que intervenga la Autoridad de Paz.

Apareció la imagen de un hombre de ébano los movimientos de cuyos labios indicaban que era su propia voz la que hablaba en inglés:

-Con el debido respeto por mi distinguido amigo de la Unión, sugiero que esta solicitud no es lo que aparenta ser. Sus fines son propagandísticos, y quizá con ella se intenta perjudicar a Fireball. Las naciones son soberanas dentro de sus propias fronteras mientras se atengan al Pacto. Por consiguiente, el gobierno de la Unión de América del Norte no puede

Librodot

limitar el poder de la Autoridad de Paz a los ámbitos y acciones que le resulten convenientes. Sus alegatos son vagos e infundados. Si de veras necesita ayuda, que presente acusaciones formales de actividad militar, conducta genocida o nociva para el medio ambiente, o de un entorpecimiento injustificado del tráfico o las comunicaciones. Que un comité autorizado investigue esas acusaciones y verifique si son fundadas. Entonces las fuerzas de la ley internacional podrán actuar contra Fireball... o quizá contra el gobierno de la Unión de América del Norte. No creo que suceda ninguna de ambas cosas. Al menos en el aspecto legal, se trata de una disputa entre un gobierno nacional y una organización privada pero internacional.

En la pantalla apareció un economista que respondió las preguntas planteadas por el locutor. Sí, América del Norte dependía de materiales y energía procedentes del espacio, como el resto de la Tierra. Sí, Fireball era el principal proveedor de dichos elementos. Sí, si interrumpían los suministros, el país pronto se vería en graves dificultades. No, no llegarían al hambre ni a nada parecido; la Federación y la Autoridad se encargarían de ello. Además, era improbable que Fireball adoptara medidas tan drásticas. El coste sería incalculable, tanto en pérdidas como en sus relaciones con el resto del mundo. Era más vulnerable de lo que parecía. Había que tener en cuenta que no era una nación, a pesar de su arrogancia. No poseía ni siquiera el armamento mínimo a que tenía derecho una nación, y mucho menos los arsenales de la Autoridad. Kyra, Lee y Guthrie escuchaban sin prestar demasiada atención.

-Es impresionante -comentó Kyra.

-¿A qué te refieres? -preguntó Lee.

-Que la multicepción oficial transmitiera siquiera una parte del discurso de Small. Lo conocí en una conferencia de desarrollo espacial. Hablamos, fuimos a una fiesta, y hemos intercambiado correspondencia. Él está de nuestra parte.

-Bien, no podía decirlo abiertamente, dada su posición. Creo que el que ha montado este programa es bastante listo. Hemos visto fragmentos que crean una impresión de presentación imparcial de los hechos.

-Sí, saben hacerlo -gruñó Guthrie-. Todos los de comunicaciones son buenos. El resultado es que la gente de la calle no tiene manera de discernir qué es real y qué ha sido inventado en un plato.

-No tanto, señor -objetó Lee-. El mero volumen de información, sea verdadera o falsa, basta para...

-Sí, eso y el tráfico internacional impiden que un estado totalitario logre sostenerse a menos que se adueñe de todo el sistema solar. Eso salva la idea de la libertad, y mantiene la esperanza que los Caóticos necesitan para no renunciar y convertirse al avantismo.

-¿Quiénes son? -preguntó Kyra-. Creía que el término «Caóticos» era sólo la manera oficial de referirse a los opositores.

-Y ellos han adoptado el término con orgullo. La mayoría son descontentos inofensivos.

-Pero ¿no lo son todos? ¿Algunos son realmente terroristas que aguardan su oportunidad?

-Ése podría ser otro término despectivo -replicó Guthrie.

Kyra intuyó que Guthrie no quería hablar más del asunto.

-¿Qué esperas que haga Fireball, señor Guthrie?

-Ya te lo he explicado. No mucho, de momento. Jugar sus cartas con prudencia, hasta que barajen de nuevo. Tal vez con algunas excepciones. No somos una organización monolítica. -Sonó un golpe-. Pronto, guardadme en la mochila.

Así lo hicieron, y dejaron pasar a Tahir. El jeque traía un saco lleno de telas. Su rostro estaba tenso -quizás hubiera pasado la noche en vela- pero se mantenía erguido. Saludó y fue directamente al grano.

-Hay Sepos por aquí, algunos uniformados y otros sin duda de paisano. Recorren los pasillos, aunque todavía no han pasado por aquí, y vigilan cada portal. Llevan equipo electrónico. No obstante, insh'llah, he urdido un modo de eludirlos. Aquí tienes prendas de mujer, Lee. Si usas velo y vas conmigo, nadie te molestará. La policía no desea complicar las cosas molestando a los residentes, y menos a quienes no son del todo pobres ni carentes de poder; y la conducta de los creyentes hacia las mujeres es bien conocida. -Una sonrisa socarrona-. Desde luego, deberás practicar el andar y los modales adecuados. Te instruiré hasta lograr que los curiosos se pregunten a qué se ha estado dedicando últimamente este viejo zorro.

Lee se ruborizó.

-Mil gracias -dijo-. Eh, afy aleyk, el-afy. -Señaló la mochila-. Pero ¿qué hay de esto? Debemos sacarlo de aquí. Es muchísimo más importante que nosotros.

-Eso pensé. -Tahir se acarició la barba y echó un vistazo a las paredes que lo rodeaban-. No deseo saber qué es. Me habéis dicho que es un ordenador especial, y me conformaré con eso. Pero me he fijado en su tamaño y he hecho los arreglos oportunos. En el momento apropiado llegará una ambulancia y los enfermeros traerán un equipo de soporte vital. Es lo suficientemente grande para que quepa dentro este objeto, que introduciréis en él mientras los demás miran hacia otro lado. Confío en que sea sumergible.

Kyra contuvo el aliento. Una imagen cruzó por su mente: una caja semejante a un ataúd, con contenedores, tubos, válvulas, bombas, medidores, cables, un ordenador, controles manuales y circuitos. Sí, todo aquel metal, toda esa actividad eléctrica, química e isotópica, sin duda protegería a Guthrie de cualquier detector.

-Pero ¿no comprobarán si hay un paciente dentro? -preguntó Lee.

-Habrá uno -respondió Tahir con cierta zozobra-. Un hijo mío está dispuesto a dejarse drogar. La simulación de una víctima comatosa será bastante convincente, aun para los monitores encefalográficos. No creo que la Sepo llame a un médico para asegurarse más.

-Pero eso... es increíble, señor -tartamudeó Kyra-. Tú no nos debes tanto...

Tahir la miró con firmeza.

-Tengo la impresión de que las circunstancias nos han impuesto un deber -declaró sombrío-. Tal vez más tarde decidan verificar si este hombre fue internado en el hospital Ibn Daoud. Los registros indicarán que lo internaron, que la biorreparación tuvo éxito y que pronto le dieron el alta para su convalecencia en casa.

¿Solidaridad islámica?, se preguntó Kyra. ¿Sería de fiar? ¿Tahir no tendría contactos con los Caóticos? Una organización clandestina con experiencia sabría apañárselas para modificar una base de datos, ¿no? Sí, tenía sentido. Como no le quedaba otro remedio, el avantismo aceptaba oficialmente los credos y costumbres tradicionales, aunque también los presionaba y con el tiempo acabaría destruyéndolos. Los Caóticos, fueran quienes fuesen, eran aliados naturales de los musulmanes.

-En el hospital deberás reclamar tu carga y marcharte -le dijo Tahir a Lee-. No podemos hacer nada más por vosotros.

-Lo comprendemos. Ojalá algún día podamos explicarte cuánto has hecho.

Kyra se inquietó.

-Perdón -interrumpió-. Pero ¿qué hay de mí? Yo también debo marcharme.

-Tú puedes irte sin más, ¿o no? -repuso Tahir-. ¿Tienen algún motivo para detenerte?

-No, supongo que no.

-Será mejor que te pongas en marcha. Así habrá menos riesgos. ¿Tienes algún sitio, preferiblemente fuera de este país, adonde ir?

Kyra evocó una imagen. La casa del lago limen, azul y blanca entre los rosales de su madre, al borde del agua en un bosquecillo de abedules. Susurro de hojas, baile de luces y sombras, la brisa llevando olor a madera. Un trozo de la vieja Tierra, no en una quivira sino real, real... Tenía dinero suficiente. Volver a casa, ir a la central rusa y ponerlos al corriente de la situación...

Sintió una conmoción. ¡No! En nombre de MacCannon, ¿cómo había podido perder ni un microsegundo en semejante excusa para escabullirse? Formaba parte de Fireball. Había dado y recibido un juramento de lealtad, al igual que sus padres y dos de sus abuelos.

Se cuadró.

-Sí, pero preferiría no hacerlo. Tenemos que encontrar un lugar seguro para el objeto que llevamos. -Una vez que Guthrie estuviera a buen recaudo, tal vez pudiera huir con su información. Tal vez entonces Fireball pudiera organizar una operación de rescate, o apelar a la Autoridad de Paz, o algo por el estilo. Pero ante todo debía impedir que los reprogramadores le echaran el guante-. Mi colaboración es necesaria. Para perseguir a Lee usarán todos sus recursos... mejor dicho, ya lo están haciendo. No creo que ningún disfraz lo mantenga a salvo mucho tiempo.

Se obligó a mirar al joven a los ojos mientras hablaba. ¿Lee habría podido dormir, sabiendo lo que le esperaba en manos de la Sepo? Él permaneció impasible.

-Es verdad -murmuró-. Nos encontraremos y te entregaré el objeto.

-¿Dónde?

No habían hablado de ello, extenuados y conmovidos como estaban el día anterior, y distraídos como estaban aquella mañana. Aficionados. ¿Por qué Guthrie no se lo había recordado? ¿Porque suponía que no valía la pena insistir si ellos no las tenían todas consigo? Kyra prefería creer que así era, y no que Guthrie estaba perdiendo la lucidez.

-Anotadlo -dijo Tahir-. Prefiero no enterarme. -Les dio la espalda.

-Bien pensado -dijo Lee, dándose la vuelta para sentarse ante el terminal. Kyra se paró detrás de él. Reparó en los tendones que sobresalían en las manos de Lee. Pero sus dedos tecleaban con fluidez. Surgieron palabras en la pantalla. ¿Conoces la Feria Quark?

Apenas, respondió ella en voz alta, luego se inclinó para manejar el teclado. Sólo gradas a unos cuantos multiprogramas. Nunca he estado allí. Cuando se fueron de la zona, sus padres la encontraban demasiado pequeña para esas cosas. Kyra sintió que su seno derecho rozaba el hombro de Lee.

Podemos escondernos allí algún tiempo. La mano de Lee tropezó con las teclas. Y yo puedo conseguir algo que no se puede conseguir en ninguna otra parte.

¿En qué lugar de la Feria?, escribió Kyra.

Lee hizo una mueca.

Librodot

No soy exactamente un cliente habitual, pero la he visitado en ocasiones y he reunido información a partir de otras fuentes, porque tiene cierta fama regional. Ve a la Casa de Té de Mamá Lakshmi. Reserva una habitación y espérame. Usa un nombre falso para que me digan qué habitación es. No harán preguntas, pero querrán dinero en efectivo.

¿Un hotel que no registraba la identidad de los huéspedes en la base de datos de la policía... en América del Norte? La policía no podía desconocer su existencia. Pero se trataba de la policía civil, muy fácil de sobornar, por lo que había oído. En cuanto a la Policía de Segundad y a las autoridades, habían permitido que la Feria Quark siguiera abierta todos aquellos años, aunque oficialmente la calificaran de antro de corrupción. En un programa que Kyra había visto una vez, un comentarista había observado que, desde su punto de vista, ofrecía la posibilidad de descargar impulsos atávicos e incorregibles en un espacio geográficamente delimitado. A veces la policía hacía una incursión. Al cabo de un par de días todo volvía a ser igual.

Kyra se sintió como una niña traviesa. Hurgó en su memoria. Un nombre, un nombre que preferiblemente no tuviera relación con ella... En una larga travesía por el espacio, consultando la base de datos recreativa, a menudo se topaba con obras desconocidas y antiguas. Seré Emma Bovary.

Diles que esperas a John Smith. Lee sonrió. Es convencional.

Borró el archivo y se puso de pie.

-Muy bien, ya está decidido -dijo a Tahir-. Será mejor que nos pongamos manos a la obra. -Se volvió hacia Kyra-. Cuídate, amiga. Buena suerte.

-Y una órbita despejada para ti, consorte -respondió Kyra, como si Lee fuera un piloto espacial. Se dieron la mano.

Tahir alzó la palma derecha.

-Fiaman illah -saludó gravemente-. Que la paz del Señor sea contigo.

Sin saber qué otra cosa hacer, ella se cuadró como si estuviera frente a un oficial.

-Gracias por todo -dijo torpemente, y se marchó. Por un momento deseó confiar tanto como Tahir en la Providencia.

Pero eso significaría renunciar a la razón, ¿o no? Avanzó por el corredor y se mezcló con la muchedumbre. Se puso en guardia. De nuevo sintió el cosquilleo de las miradas sobre la piel. Lástima que Tahir no hubiera pensado en darle una vestimenta menos atrevida, menos llamativa. Lástima que ella no hubiera pensado en pedírsela.

Bien, tal vez la Sepo no decidiera registrar aquel distrito hasta dentro de varios días. Para entonces ella sería una visitante más, totalmente olvidada. Por otra parte, ningún residente daría información aunque la recordara. Aun así, Kyra cogió el primer fahrweg que vio.

Mientras salía, se concentró en sus planes. De ese modo, cada uniforme que veía provocaba en ella apenas un cambio en el pulso, un nudo seco en la garganta. Lo peor fue pasar del patio a la calle. Había dos hombres corpulentos con ropa tostada a cada lado del portón. De cada dos, uno clavaba los ojos en un instrumento y el otro miraba a todos los que pasaban. Había menos gente que el día anterior. Se debía haber corrido la voz. Kyra se concentró en un mantra.

Pero al fin pasó, se perdió en la multitud, bajo un cielo agradable y soleado. ¡Libre!

De momento. Si quería que aquello durase, debía mantenerse en movimiento.

Librodot

Cerca del aparcamiento encontró una cabina de información pública. Sintonizó el informador, entró en la cabina y pagó con una moneda. Sólo después de solicitar los detalles que buscaba notó con cuánta fuerza su muñeca apretaba el contacto. Riéndose de sí misma, se dirigió al triciclo, lo recuperó y se marchó.

Debía liberarse de aquellas prendas hawaianas tan llamativas. Necesitaba llegar a una sastrería de precios módicos que se hallaba a cierta distancia. Las instrucciones que le dio el informador la condujeron a una calle en la zona de Tonawanda. Era un distrito respetable donde abundaban los edificios de ladrillo de varios pisos y algunas casas unifamiliares. Había poca gente en las aceras, y los peatones caminaban sin prisas. Vehículos de gran tamaño -cuya presencia se permitía dado su escaso número- circulaban por la calzada. Al principio Kyra sintió paz. Los gigantes que se erguían más allá de aquellos tejados parecían tan distantes como espejismos; la babel que los rodeaba había quedado reducida a un susurro casi inaudible.

Tras una observación más detallada reparó en la mampostería deteriorada, los escasos escaparates, la mugre, las ropas harapientas, las miradas furtivas que la asediaban. La hierba crecía desordenadamente, dos hombres roncaban junto a una botella vacía en un parque donde las hojas de cuyos árboles amarilleaban a pesar de la estación. Cuando era niña, Kyra no había visto nada parecido en toda aquella región, a pesar de los tiempos que corrían y de los disturbios que habían facilitado que los avantistas tomaran el poder.

Algunos lugares conservaban aún un aspecto aceptable: una fábrica, una clínica genética, un par de restaurantes y establecimientos dignos de otras zonas pero que, por ser de tamaño modesto, no podían trasladarse a barrios más caros. La sastrería era uno de estos últimos. El interior era pulcro y limpio, el empleado que la saludó era cortés e iba bien vestido. Le ofreció ayuda, explicando tímidamente que el equipo había quedado obsoleto y la programación no incluía la última moda internacional.

-No importa -dijo Kyra-. Recuerdo tiendas como ésta de cuando era pequeña. -No era verdad, pero su profesión había agudizado su talento para salirse de situaciones parecidas-. Lo único que quiero son prendas funcionales.

A solas en la sala de diseño, desnuda mientras la medían, se tomó su tiempo. Era divertido, terapéutico, proyectar imágenes en un holograma suyo de tamaño natural y ver cómo cambiaban su aspecto mientras el ordenador modificaba los diseños, incluyendo y adaptando las alteraciones. Cuatro mudas de ropa interior serían suficientes. Dos pares de pantalones de perlux, uno negro y ceñido, el otro azul y abombado, con una raya roja en cada pernera. Una camisa, gris y resistente. Una túnica de iridón color albaricoque, más femenina. Una blusa blanca suelta, que le daba libertad de movimientos. Una falda de tigril, larga hasta los tobillos. Una capa verde con capucha, por si llovía. Esto permitía diversas combinaciones aptas para todas las ocasiones. Como complemento escogió una bolsa, convertible en mochila, para llevar todas sus prendas.

Pulsó TERMINADO. El precio parpadeó en la pantalla. Era más de lo que llevaba en efectivo. A regañadientes, lo cargó en su cuenta. Si la Sepo sospechaba de ella y ordenaba un rastreo de datos, aquí tendría una pista.

Con suerte eso no sucedería, al menos no durante los días que durara su fuga. Y suponía que ni siquiera en la América del Norte avantista el sistema habría registrado los detalles de su compra. Su capacidad era enorme, pero finita. Los datos de poca importancia, como aquella transacción, sin duda se borraban al cabo de unos tres años.

Todo acababa por prescribir, se regocijó.

No, seriedad. Aprovechó el tiempo en que las máquinas trabajaban para reflexionar sobre su situación y la de Guthrie. El efectivo no dejaba rastros. Los dólares ya no eran

convertibles, pero seguían siendo preferibles hasta que cruzara la frontera. Los ucus eran ávidamente aceptados, desde luego, pero llamaban la atención. Si iba a un banco para cambiar, eso quedaría registrado en una base de datos y alguien podría preguntarse por los motivos. Pero necesitaba más billetes y monedas. Y si podía dejar una pista falsa...

Sonó una campanilla, irritantemente jovial. Apareció un perchero con su ropa nueva. Se probó las prendas, escogió la túnica y los pantalones negros, empacó el resto y se marchó.

-Espero que esté conforme, señorita Davis -dijo el empleado. Su sonrisa era falsa. ¿Y por qué había consultado su nombre en el terminal? Kyra esperaba que no hubiera modificado el circuito para fisgonear.

-Sí, esto servirá -respondió secamente.

-¿Es usted del espacio?

Kyra se envaró.

-¿Por qué lo dice? -Sin autorización, él no podía haber sabido su domicilio. De cualquier modo, su única dirección en la Tierra era un programa de desvío postal de Quito.

-Pues... por su aspecto, señorita. Usted habla como una norteamericana pero su aire es más imponente. Siempre he querido salir al espacio.

Kyra creyó ver en él nostalgia y sintió cierta piedad. Tal vez aquel hombre no hubiera viajado nunca. El tratamiento que usaba con ella no era el habitual.

Para viajar, el multi ofrecía audiovisuales holográficos. Si uno podía permitirse una conexión por vivífero, podía tener sensaciones adicionales. Pero no ver y oír los Jardines de Tychópolis, no aspirar el sugestivo aroma de las flores gigantes ni experimentar la desorientación sensorial producida por la baja gravedad. Los audiovisuales no sólo eran más pobres, sino estáticos. Uno no estaba allí, no podía merodear a gusto, nada pasaba que no estuviera programado.

Kyra supo aprovechar la oportunidad.

-Sí, trabajo en el espacio. -No tenía sentido especificar. La reputación de los pilotos era exagerada. Suspiró, esperando ser convincente-: Estoy de vacaciones, pero me temo que deberé interrumpirlas. Eso parece por las noticias de esta mañana.

El hombre la miró boquiabierto.

-¿Las de la compañía Fireball? ¿Usted trabaja para ellos?

-Todas las empresas con intereses en el espacio se ven afectadas -dijo ella sin concretar demasiado-. Será mejor que me presente en la delegación más próxima de mi compañía fuera del país, y que lo haga personalmente. Las líneas de comunicación parecen inseguras. -Tal vez él comprendiera que se trataba de un eufemismo-. Siempre quise visitar Quebec, pero necesitaba la ropa adecuada, ¿verdad?

-Sí, desde luego. Muy bien escogida y diseñada, señorita Davis. Lamento que hayan interrumpido sus vacaciones, pero le deseo un feliz viaje. Vuelva cuando quiera, por favor. Muchas gracias.

Kyra se despidió del tembloroso empleado en la puerta y se marchó.

Bien, si los de la Sepo hacían averiguaciones, aquel hombre les informaría de que ella se dirigía al noroeste. La frontera no estaba cerrada, pues de lo contrario en las noticias lo habrían dicho. Si se tenía en cuenta que cada día mucha gente la cruzaba en ambas direcciones, y por muchos lugares, un control masivo no podía significar mucho más que el escaneo de la tarjeta de identificación antes de subir a las aeronaves o cuando los transportes llegaran a la frontera terrestre. No se añadiría ningún registro a menos que sucediera algo

insólito. Tal vez detuvieran y registraran a todos los que llevaban encima algo parecido a una red neuronal. Si la Sepo pedía sus datos y no encontraba ninguno relacionado con su salida, su conclusión razonable sería que se había asustado y huido, y perderían todo interés por ella.

Que aquel mismo día se hubiese gastado un montón de dólares en ropa les induciría a pensar lo contrario. Kyra negó con la cabeza. Era una novata en Erie-Ontario al cabo de tantos años de ausencia, pero había estado en otras ciudades donde abundaban los pobres.

Frenando, solicitó un mapa de la Feria Quark para que apareciera en la pantalla del triciclo y lo estudió. Si no recordaba mal lo que había oído en su infancia, aquel sector era un círculo de un kilómetro de diámetro. Desde entonces seguía teniendo más o menos el mismo tamaño. Al principio la reconstrucción se había centrado en las ruinas dejadas por la lluvia de meteoritos de Buffalo. Pero la Segunda República pronto empezó el derribo sistemático de edificios y nadie respetable tuvo oportunidad de intervenir. Cuando los avantistas tomaron el poder, prometieron una pronta rehabilitación. Una promesa de tantas. Kyra se encogió de hombros y siguió adelante.

Había una estación de autobuses a dos kilómetros de su destino. Kyra aparcó el triciclo y llamó a la agencia de alquiler, siguiendo el consejo de Lee. Entrecortadamente, explicó por encima que debía coger el primer vehículo disponible a Montreal. Con la mochila al nombro, anduvo a pie hasta encontrar un banco. Insertó la tarjeta en la ranura de un cajero y pidió mil unidades de crédito universal en billetes de veinte.

Hay 430 ucus disponibles en billetes de cincuenta y cien, respondió el cajero. ¿Desea, esperar una nueva entrega?

Demonios. Era una sucursal importante. ¿La ineficacia era tan generalizada? Cancelar, ordenó. 430 ucus. Cuando salió el sobre, Kyra contó los billetes antes de guardárselos en el bolsillo de la túnica.

Se internó en un vecindario tan bullicioso como el que rodeaba el Blue Theta. Repentinamente, al cruzar una calle, se encontró en medio de un total deterioro. Ventanas rotas y tapiadas, como heridas en paredes ennegrecidas. Puertas abiertas al vacío. Inscripciones agresivas, obscenas y mal escritas de colores más vivos que los pocos letreros de las tiendas. Un mendigo andrajoso, sentado en la acera con la mano extendida, entonaba su letanía de infortunio. Dos mujeres desastradas reñían con desgana. Tres niños salieron de un callejón para tironearle la ropa y pedir limosna a gritos. Kyra continuó la marcha, ignorándolos, pues de lo contrario habría quedado instantáneamente rodeada por una horda. Pasó un viejo tambaleante, mirando al vacío, mascullando. Cuatro jóvenes la piropearon. Un hombre corpulento que iba en dirección contraria giró como si quisiera cerrarle el paso. Llevaba la barba crecida y su hedor podía olerse a dos metros de distancia. Kyra aspiró y tensó el cuerpo. El aikido era una de sus actividades favoritas, aunque le desagradaba recurrir a él en momentos de furia.

El hombre entornó los ojos, cambió de rumbo, pasó de largo, escupió. Así eran las cosas. ¿Los políticos nunca aprenderían que la economía en manos del estado sólo producía pobreza?

Claro que el libre comercio sin restricciones no garantizaba la riqueza. Una algarabía la aguardaba: rumores, gritos, bocinazos, tamborilees, máquinas, ruidos confusos. Kyra dobló una esquina, caminó una manzana, entró en Feria Quark.

Aquella parte era un mercado de ocasión. Era mediodía, y ya estaba atestado. Muchos vendedores se sentaban en el suelo sobre un trapo tendido en la acera desigual, exhibiendo sus mercancías. Algunos tenían una silla y una mesa, otros habían unido planchas de plástico para formar cabinas. Parecían ser de todas las razas; hombres y mujeres; jóvenes, ancianos y maduros; limpios y sucios; rechonchos y huesudos; joviales y abatidos. Las alabanzas a sus

mercancías servían de contrapunto a la charla y el taconeo de los visitantes que vagaban entre los puestos, regateaban, compraban, vendían, canjeaban. Pertenecían a todas las clases. Los bajomundanos no eran los únicos que iban allí. Había centenares de personas, más de las que Kyra podía calcular. El tumulto era desagradable.

A lo lejos vislumbró edificios, en general chabolas salvo unos cuantos más grandes y más sólidos. Por encima de ellos se erguía lo que quedaba de un rascacielos, truncado en el piso veinte por un impacto. Su esqueleto retorcido y lleno de herrumbre formaba un entramado sobre las paredes derruidas. El mugriento vidrio de las ventanas centelleaba al sol. Por doquier parpadeaban y se encendían letreros de colores chillones. Su efecto debía ser vertiginoso después del anochecer.

Se le acercó un hombre delgado y cetrino, vestido con un mugriento mono amarillo.

-¿Cambia dinero? -preguntó roncamente.

Bien. Kyra se detuvo. Él se plantó frente a ella.

-Cobro menos comisión que el banco -sugirió él.

-¿Cuánto puede cambiar? -Por lo que se temía tendría que negociar con varios de aquellos cambistas antes de tener todo lo que necesitaba.

Él se puso en guardia.

-¿Cuánto tiene?

Kyra titubeó.

-Yo lo arreglo. Buen trato, honrado, de fiar.

Y sin bases de datos de por medio.

Cuanto antes mejor, ¿no? Sumando lo que había sacado a lo que ya traía de Hawai, Kyra dijo:

-Mil ucus.

No llevaría demasiadas divisas encima, pero lo único que quería era largarse de aquel condenado país.

-Venga. -El hombre la cogió por el codo. Kyra quería zafarse, pero decidió seguirle el juego.

Avanzando entre los puestos, vio que estaban en venta no sólo ropa, enseres domésticos, juguetes, comida y otros artículos baratos. ¿De dónde había salido aquel soplete láser? ¿Y aquel collar de diamantes? Esas piedras tan grandes y cristalinas eran de manufactura cara. Desde una holopantalla de ordenador una animación de un personaje mitad niño y mitad oso jugaba con el operador, quien esperaba venderlo a alguien que deseara una mascota. Presuntamente programas interactivos como aquél eran imposibles de piratear, por lo que su precio era alto. Los sistemas de protección de alta tecnología inducían al robo de productos de alta tecnología, dedujo Kyra.

La inscripción GRAN CASINO bailaba frenéticamente sobre una casona.

-Aquí es -dijo el hombre-. Me llamo Edwin.

Kyra captó su mirada expectante. No abrió la boca. Él frunció la suya, pero no sabía expresar su resentimiento.

La entrada, revestida de velvil marrón, era una gruta de umbría serenidad. Había una muchacha detrás de un mostrador, de rostro adolescente y ojos centenarios.

-Veremos al señor Leggatt -dijo Edwin-. Gran negocio para él.

La muchacha asintió y habló por un interfono.

-Tienes suerte -dijo-. No está demasiado ocupado. Entra.

Atravesaron tres grandes habitaciones. Aún había pocos jugadores ante las mesas y las máquinas. Kyra se detuvo un instante delante de una hilera de terminales. Dibujos fractales llenaban las pantallas con una belleza perturbadora. Kyra conocía el juego. Uno sembraba el caos en el sistema, y luego trataba de llevarlo hacia uno u otro atractor. Las ganancias dependían de los logros de cada uno.

-Bonito, ¿eh? -dijo Edwin-. Jugar más tarde.

-No, gracias. -Era evidente que la máquina estaba trucada. Además, Kyra tenía hambre.

Un guardia armado les dejó entrar en la oficina suntuosamente amueblada. Un multiceptor exhibía una escena que quizá fuera real, y hasta incluso puede que estuviera en tiempo real. Había un hombre tendido en la cama con una metamorfa. Los brazos y piernas de la mujer eran largos y esbeltos, su cuerpo delgado y ágil como el de una anguila; la cubría un pelaje lustroso y pardo, y arqueaba una cola emplumada para acariciar la espalda del hombre. Kyra sintió repulsión.

¡Metamorfosi Era como mirar la escena a través de los ojos grandes e inocentes de los Keiki Moana, los Hijos del Mar. Desvió los ojos.

Frente a su escritorio, Leggatt ofrecía un espectáculo también insólito. Por alguna razón había optado por ser obeso. Desde una cabezota redonda, sus ojillos negros la escudriñaban.

-La dama cambia mil ucus -dijo Edwin, en un tono entre obsequioso y triunfal.

-Oh -respondió él con chillona voz de tenor-. Bueno, bueno. Por favor, siéntese, señora. -Leggatt apagó el multi-. ¿Fuma? ¿Tabaco, marihuana, mezcla?

Kyra se apoyó en el borde de una silla.

-No, gracias -replicó-. Vamos al grano. Este caballero mencionó un cambio favorable. Quiero dólares.

-Mi comisión, señor -gimió Edwin-. No olvides comisión.

Obtuvo una mirada fulminante por respuesta y decidió callarse.

-Lo que usted desee, señorita -dijo Leggatt, radiante-. El mejor precio de la ciudad, se lo aseguro. Déjeme ver... el cambio oficial de hoy... veamos qué puedo hacer por usted... -Nombró una cifra.

Seguramente esperaba que Kyra regateara. Lo único que ella quería era irse, y aceptó. Él ocultó su sorpresa comentando que era una satisfacción tratar con alguien que entendiera de tales asuntos, mientras sacaba el dinero de la Unión de una caja de seguridad.

-Cuéntelo, por favor -le pidió-. No, no, conserve sus ucus hasta estar satisfecha. Estamos entre amigos, ¿verdad? -Además tenía al matón en la puerta.

Su cordialidad no le impidió examinar dos veces los billetes que ella le entregó. Edwin carraspeó. Leggatt extrajo una gruesa billetera de su túnica, sacó algunos dólares, se los dio y le ordenó que se fuera.

Edwin se puso de pie.

-Ha sido una pasada conocerla, señorita -murmuró-. Cuando usted quiera...

-Largo -ordenó Leggatt. Edwin se marchó.

Kyra se levantó.

-No se apresure tanto -dijo Leggatt-. ¿Puedo hacer algo más por usted? Me gusta complacer a mis clientes.

-Bueno... -Kyra sintió un retortijón en el estómago-. ¿Puede indicarme un sitio para comer? Algo sencillo, decente y saludable.

-Puedo ofrecerle algo mejor que eso. Permítame invitarla a comer. La mejor comida y bebida en diez kilómetros a la redonda, aunque esté en la Feria.

-No..., gracias, pero...

-Por favor, insisto. -Leggatt se levantó, un corpachón de ballena-. Insisto. Debemos conocernos, señorita. Usted me agrada. Confío en que volvamos a hacer negocios en el futuro. ¿Cómo se llama, por favor?

-No viene al caso. Mire, tengo una cita.

-Insisto. -Leggatt dio la vuelta al escritorio y le cogió el brazo. Los ojillos la escrutaban sin pestañear-. No aceptaré una negativa. ¿Cómo se llama?

La había calificado de bicho raro. Aquello podía complicarse si no lo controlaba. El corazón de Kyra dio un brinco, pero ella pronto recobró la firmeza. Sus sentidos se agudizaron. Olió el perfume almizclado de Leggatt, y a través de las paredes le llegó el bramido de la música, con sus bajos y agudos.

-Bueno, si me lo pide así -dijo, forzando una sonrisa-. Yo soy... -Se contuvo. Había estado a punto de usar el alias que le había dado a Lee-. Anna Karenina.

-¿Rusa? -Era evidente que Leggatt no la creía, pero aun así la llevó consigo. Cuando salieron de la oficina, le hizo una seña al guardia, quien los siguió.

Salieron al bullicio. Leggatt avanzaba haciendo ondear su túnica roja y dorada. La gente veía al guardia que iba detrás y le cedía el paso. Leggatt dejaba una estela de murmullos. Kyra se preguntó si alguien la ayudaría en caso de que la apresaran y secuestraran. Lo más probable era que no. Él parloteaba sin cesar:

-Sí, comida maravillosa. Le muestran las aves, usted escoge la que desea, y la matan en el acto... -Una galería de tiro por donde pasaron anunciaba ratas vivas como blancos.

El letrero de un edificio rezaba PALACIO DEL HORROR. Las pantallas exhibían una pequeña muestra de lo que se veía en el interior: escenas filmadas poco después de la lluvia de meteoritos, escenas del kraal de Ciudad del Cabo, de Bombay, de viejas guerras y acciones policiales posteriores. De una cabina cercana colgaba un letrero diminuto e incongruente que prometía: LE REVELAMOS EL FUTURO, ANÁLISIS CIENTÍFICO ESTOCÁSTICO.

-Habitaciones privadas para relajarse -continuó Leggatt-. Cualquier droga que usted desee, de pureza garantizada...

-¡Real, real, real! -tronó una voz amplificada-. No un espectáculo ni una quivira, sino el hecho real, la verdadera experiencia. ¡Robots que parecen vivos! ¡Hágalo con las mejores máquinas tragapollas del universo conocido!

Tenía que haber una escapatoria. Delante se erguía el ruinoso rascacielos. Encima de una puerta, en una luz roja parpadeante se leía: EL PÁRAMO. Debajo titilaba un azulado ENTRE POR SU CUENTA Y RIESGO.

Kyra tragó saliva, se humedeció los labios, y preguntó lo que era.

Leggatt pestañeó ante la interrupción.

-¡Oh, eso! ¿No lo sabe?

Al parecer era de todos conocido.

-He estado lejos, muy lejos. Luego se lo comentaré. Pero ¿qué es? -Se dirigió hacia allí.

-No querrá entrar -dijo Leggatt-. Es para los insensatos. Cada mes mueren dos o tres personas. Vamos -Tiró con fuerza de su brazo.

Ella lo detuvo con todas sus fuerzas.

-Quiero saberlo -replicó con arrogancia.

Leggatt cedió.

-Bueno, es un lugar donde se realizan actividades peligrosas. Toda suerte de extravagancias: corridas con toros robot; piscinas con remolinos y turbulencias; luchadores gigantescos cebados con hormonas ante los que no hay ninguna garantía de salir ileso; vehículos para girar a gran altura sin arnés de seguridad; ascensos a vigas que vibran... -Leggatt sacudió la cabeza-. Una locura.

-Parece interesante. -Kyra seguía queriendo zafarse.

-¿Eh? No, espere. ¿Qué clase de chiflada es usted? ¡Vamos!

La aferró con más fuerza, enfadado. Estaba habituado a que le obedecieran. No estaban lejos del lugar. Kyra logró soltarse de un tirón. Saltó de lado, se dio la vuelta y echó a correr.

-¡Eh! -gritó Leggatt a sus espaldas-. ¡Cógela, Otto!

Sentía el taconeo de las botas que la perseguían. ¿Desenfundaría el guardia su pistola de impacto y dispararía? Kyra sorteó a un desconcertado grupo de turistas, que a juzgar por su apariencia y vestimenta, eran de una ciudad flotante del Pacífico Sur. Hurgó en el bolsillo buscando un puñado de dólares. Aquel movimiento no la retrasó mucho. Por ser piloto estaba adiestrada en coordinación múltiple. Un vistazo hacia atrás le indicó que el matón perdía terreno. Se paró en seco en la entrada y metió el dinero en la ranura. Salió un billete y una puerta se abrió. Kyra lo cogió sin esperar el cambio, entró y oyó el siseo de la puerta que se cerraba.

Un asistente aguardaba en el vestíbulo. Iba vestido como un guerrero homérico. Si le sorprendió ver que una dienta llegaba sin aliento, no lo demostró.

-Salud. ¿Qué se te ofrece?

-Me gustaría... echar un vistazo. Tal vez encuentre algo que hacer, pero antes prefiero curiosear. ¿De acuerdo?

-Muy bien. -El hombre picó su billete y le dio un folleto-. Te sugiero que leas esto primero. Ahora, por favor, apoya el pulgar derecho aquí. -Indicó una pantalla-. Como ves, por este documento declinamos toda responsabilidad. Disponemos de atención médica a precios razonables, pero...

-Eso me han dicho.

Kyra continuó. En cualquier momento, Otto podía entrar por la puerta.

¿O tal vez no? Se lo imaginó mascullando «zorra escurridiza» mientras se alejaba. Por otra parte, tal vez el enfado o la curiosidad evitaran que se marchase de inmediato. Kyra siguió andando.

Cubrían el corredor pantallas murales con imágenes de hombres luchando: asirios, hebreos, romanos, vikingos, moros, caballeros medievales, samurais, aztecas, incluso un chino dando bayonetazos contra un afgano en la Gran Jihad. Eran animaciones, vividas pero

demasiado estilizadas para resultar crueles. Los clientes tenían que ser unos maniáticos. Del precio de la entrada se deducía que eran gente acomodada, culta, que había recibido tratamiento para sus patologías. ¿Entonces a qué venían? Si buscaban emociones podían costearse una quivira.

Llegó a un corredor transversal. Las escaleras mecánicas subían en tres direcciones. Kyra escogió la de la izquierda. En el piso de arriba se curvaba un corredor una de cuyas paredes era transparente. Echó un vistazo. En una habitación, un hombre, tal vez un arbitro, observaba a un par de jóvenes. Vestidos con ropa ceñida, luchaban con varas. La sangre se mezclaba con el reluciente sudor que les empapaba el torso magullado. Con aquellas varas se podían partir el cráneo.

En la habitación contigua se levantaba una estructura en forma de L invertida. Se trataba de una horca. Observado por otro, un hombre desnudo oscilaba a un metro del suelo, colgado del cuello. Kyra jadeó.

-Se supone que el doctor lo descolgará a tiempo -dijo una voz.

El que hablaba era un hombre esbelto y elegante, de porte afro, vestido con pantalones bombachos. Evidentemente se dirigía a alguna parte y, viendo su azoramiento, se había detenido para animarla.

-¿Por qué? -jadeó ella.

Él se encogió de hombros.

-No es lo mío. Pero me han dicho que produce unas sensaciones muy particulares sumadas a la de peligro, desde luego. -La miró inquisitivamente-. Aquí rara vez entran mujeres. ¿Buscas algo en especial? A lo mejor puedo ayudarte.

-No. -Kyra apretó los puños. La lengua del hombre colgado sobresalía de su boca-. Sólo sentía curiosidad. -No pudo reprimir gritar-: ¡Descolgadlo!

-Podía haber tenido una iniciación más grata -admitió su compañero. Frunció el ceño-. La verdad es que esto dura demasiado, ¿verdad? Vámonos. Si se muere, no quiero verlo. Tal vez no puedan revivirlo.

Temblando, lo siguió.

-¿Adonde vas? -susurró, la garganta seca.

Él sonrió de nuevo.

-Es una nueva atracción que puede gustarte. Una cascada de doce metros cae en una piscina con estacas en el fondo. Me lanzaré usando agallas artificiales. Cambian la posición de las estacas todos los días. Es sensacional.

-Espantoso, diría yo.

-¿Qué? -exclamó él con sincero asombro-. No es un deporte sucio como el tanque de tiburones. Desde luego no quisiera que lo intentaras, hasta dudo de sí deberías venir.

-Puede que no. -Impulsivamente, Kyra añadió-: He corrido peligro más de una vez, forma parte de mi profesión. Pero esto es... ¿por qué lo haces?

Pasaron frente a una habitación en la que había un solo observador mirando hacia arriba. Kyra no pudo resistirse a seguir su mirada. En un espacio de tres pisos de altura, un hombre hacía equilibrios sobre un alambre próximo al techo. Sin red.

-¿Qué otra cosa hay, si tienes sangre en las venas? -replicó el otro con desprecio.

Arriesgar el pellejo formaba parte de la naturaleza de los jóvenes, pensó Kyra con un mareo. ¿O no? ¿O aquello que veía surgía de una rebelión del espíritu contra... contra qué?

Su acompañante se calmó.

-Además, tengo muchas posibilidades. No soy un suicida. Esto es sólo un modo de vivir plenamente. Me relaja. -Se volvió extrañamente tímido-. Me llamo Samuel Jackson. Soy científico, especializado en el diseño de proteínas. Si te apetece observar mi caída, me encantaría invitarte a cenar luego. Podríamos charlar un poco más.

Kyra se sintió tentada. Era atractivo, y su mística tenía la fascinación de ser casi comprensible. No. Lee, Guthrie, Fireball.

-Gracias, lo lamento, pero no puedo. Diviértete. Te deseo suerte.

Siguió por otro corredor.

En un recinto encontró asientos, ocupó uno y leyó el folleto. Incluía mapas que mostraban tres salidas, apartadas entre sí. Leggatt no desplegaría matones para vigilarlas todas. Podía escapar.

Por alguna razón aquello no la consoló. ¿Era el Páramo realmente un lugar indeseable? Fomentaba la animalidad del hombre, pero nadie estaba obligado a entrar, nadie era inducido. Fuera estaban los avantistas, con sus cárceles y sus clínicas de reeducación, sus censores y sus exhortaciones, sus escuelas controladas y su economía controlada, y todo con el propósito de elevar al ser humano por encima de la bestia.

Sin éxito, por lo visto. Y en su esfuerzo habían matado a muchos. Ella seguía expuesta a morir o algo peor.

Salió dudando a la luz del día, se mezcló con la muchedumbre, procuró alejarse de aquella ruina.

Un puesto llamó su atención. SU FUTURO, decía el letrero. Una voz entonó: «...proyección psíquica a lo largo de su línea mundial, a través del continuum espacio-temporal...» Kyra pasó de largo. A poca distancia, otro puesto anunciaba comida.

Era un lugar pequeño y decente, donde una mujer le cocinó dos burritos y le sirvió cerveza. ¡Cerveza! Sintió el sabor helado en el paladar y la garganta. De postre, pidió que le indicaran cómo llegar a la Casa de Té de Mamá Lakshmi.

Era un edificio de metal de dos pisos, como todos excepto por el porche donde una gran pantalla presentaba una animación de los amores de Krishna. El pasillo conducía a un bar restaurante a la derecha y a una sala de juego a la izquierda. No había nadie, salvo una mujer morena en el despacho. Kyra se le acercó.

-Quiero una habitación -dijo.

-Diez dólares la hora -respondió la empleada-. No aceptamos profesionales.

Kyra se sonrojó.

-La quiero para toda la noche.

-Diez dólares la hora hasta las nueve. Luego tarifa nocturna, cien dólares. Tiene que dejarla a las nueve de la mañana.

Alentada por su estómago lleno, Kyra replicó:

-Demasiado. Cien dólares redondos, contando a partir de ahora.

-Hecho -dijo la empleada.

Más le valía aprender a regatear, pensó Kyra mientras pagaba. Si no, sus reservas se agotarían deprisa.

-Espero a un visitante -dijo-. Mi nombre es Emma Bovary. B, O, V, A, R, Y.

La empleada hizo una anotación en el ordenador.

-¿Quién es el visitante?

-¿Necesita saberlo?

-Para su seguridad. Éste es un establecimiento seguro.

Kyra hurgó en su memoria.

-John Smith.

La empleada sonrió burlona, pero anotó el nombre y le dio una llave.

La habitación, que estaba arriba, tenía los muebles desvencijados pero era aceptablemente limpia. Había un cubículo de baño y un multi rudimentario. Las paredes amortiguaban el ruido exterior. Kyra pensó sintonizar las noticias. No, primero quería descansar. Dejó la mochila, se quitó los zapatos y se tendió en la cama...

Estaba en el espacio, en la Corriente de Táuride. Era extraño que aquella antigua amenaza no fuera más que una mancha en el radar. Los ojos de Kyra sólo encontraban estrellas de brillo borroso en la oscuridad de un cristal. La luz de la cabina las difuminaba todas, excepto unos cuantos centenares. La aceleración cesó, y ella flotó libremente, como un fantasma solitario. Entonces percibió algo, las sombras fluctuantes y el borroso fulgor de un cometa que pasaba hacia la lejana Tierra. Trescientos millones de toneladas de hielo, roca y polvo. Si llegaba, traería la muerte y la ruina, y un año sin verano. Era demasiado quebradizo para desviarlo; la fuerza requerida para ello lo despedazaría y los fragmentos serían igualmente mortíferos. Era preciso destruirlo, y pronto, reducirlo a fragmentos tan pequeños que no causaran daño cuando llegaran al planeta. Pero explosiones nucleares de esa magnitud cubrirían el espacio circundante de esquirlas, y ella, una exploradora en busca de datos, podría tomar una vía de escape desafortunada...

Un golpe la despertó. Se irguió con un jadeo. Haces oblicuos entraban por la ventana. ¡Santo Dios!, ¿tanto tiempo había dormido? Otro golpe. Kyra se levantó para abrir.

Entró Lee, vestido con ropa occidental masculina. Llevaba a la espalda la mochila que contenía a Guthrie y un maletín en la mano izquierda. Kyra notó que el informador había desaparecido de su muñeca. Escrutó su semblante. Estaba surcado de arrugas, pero consiguió sonreír.

-Hola -saludó.

-Bienvenido -dijo Kyra con incertidumbre-. Has tardado bastante. ¿Algún problema?

-Nada grave. -Lee cerró la puerta-. He tenido que buscar más de lo esperado hasta encontrar lo que buscaba.

-Sácame de este encierro y explícame qué cuernos era -gruñó Guthrie.

Lee lo sacó y lo apoyó en la cómoda.

-No querían dejarme entrar -contó Lee-. Tuve que discutir por un interfono. La situación es nueva. Se han vuelto muy cautos.

-Creí que todo valía en Feria Quark -dijo Kyra.

-No todo. Si la Policía de Seguridad supiera que se vende esta mercancía... -Lee se desplomó en una silla y miró el vacío.

-A un precio razonable -observó Guthrie-. He oído que has terminado por canjear tu costoso informador por no sé qué.

-Ha valido la pena. Nunca había efectuado antes una compra como ésa, pero sabía cómo y dónde hacerla.

-¿De qué hablas? -preguntó Kyra.

-Primero déjame relajarme -suspiró Lee-. No es un tema agradable.

-Bajaré a buscar algo de beber. ¿Qué quieres tú?

Lee sacudió la cabeza.

-Me muero por un whisky, pero hoy no beberé alcohol.

-Sírvete tú si quieres, Kyra -dijo Guthrie.

-No, gracias. A no ser un café... -No, ya estaba hecha un manojo de nervios. Se puso a caminar de un lado al otro-. Yo también he tenido problemas. -Describió su viaje.

Lee soltó un silbido.

-Para ser una dama recatada, no lo has hecho mal.

-Cierto -rió Guthrie-. Procuremos devolverte a tu acogedor ambiente de erupciones solares, cinturones de radiación, colisiones de meteoritos y temblores lunares cuanto antes. -Adoptó una voz metálica-. Cuanto antes, en efecto. Tenemos muy poco tiempo.

Kyra sintió un escalofrío.

-¿Tan grave es la situación? ¿Por qué?

-¿No es evidente? Lo es tanto como una verruga en el trasero de un nudista. Mi otro yo no tardará en comprender que me he dado a la fuga, y procurará contrarrestar todas mis medidas. Si se sale con la suya, Fireball será suya. Será del enemigo, del Sínodo Asesor. En cuyo caso, esperemos estar los tres tranquilamente muertos. El futuro no nos resultaría agradable.

Lee torció el gesto.

-¿Crees que esta situación también es ingrata para él?

Kyra sintió un escalofrío más profundo. No se le ocurría ninguna respuesta a esa pregunta, pues sus conocimientos de psiconética eran escasos. Tal vez Guthrie tampoco lo supiera con certeza. Pero el falso Guthrie... Aquello no era cierto: el otro también era Guthrie. Bien podría haber sido él el objeto físico que se había quedado en la Tierra, dirigiendo Fireball, y el que hablaba con ella bien podía ser el que había viajado casi cuatro años-luz de ida, y otros tantos de vuelta. No habría importado. Sus memorias, compartidas después del retorno, eran idénticas. Ambas historias sólo divergían en los episodios posteriores.

Irracionalmente, deseó que el objeto que había sostenido en las manos fuera el que había realizado el viaje. Era inadmisible que esclavizaran a alguien que había caminado bajo los cielos de Démeter.

6
BASE DE DATOS

La tormenta, que había durado todo el día, cesó al anochecer. El viento siguió soplando con fuerza, dispersando las nubes. Un cielo tan despejado era un espectáculo poco frecuente. En aquella época del año los soles estaban unidos en el firmamento. Guthrie salió del campamento, alejándose del risco que lo protegía, y fue a mirar el doble sol poniente.

Camino de la costa se encontró con un biólogo. De quince centímetros de longitud, parecía un insecto gigante, más vivo que la capa vegetal verdosa que tanteaba con sus zarcillos. Por un instante, cuando un sensor captó la imagen de Guthrie, cesó en su labor. Una señal se enviaba a un receptor que se encontraba en un globo que sobrevolaba la estación, y desde ahí se transmitía amplificada al ordenador terrestre. Su propio receptor no tenía sensibilidad suficiente aunque hubiera estado en onda. No importaba. El ordenador lo identificó al microsegundo y envió la orden de ignorarlo. El biólogo continuó con su tarea.

En otras partes trabajaban otros especialistas, pero Guthrie no los vio. Una comarca desierta se extendía desde las colinas del oeste hasta el mar del este: pedregales, montículos rocosos, retazos azules y grises con destellos de cuarzo elevándose tras dunas pardas. Aquí y allá un charco o una laguna, al reflejar la luz, se convertía en oro que temblaba con el viento. La tormenta había disipado el calor. Desde el mar llegaba una brisa salobre, con un regusto a ozono y que traía olores penetrantes que no eran de algas ni peces.

Dejó atrás el roboinsecto y siguió rumbo a la orilla. El cuerpo que utilizaba Guthrie circulaba sobre cadenas de tractor oruga. Sentía la ondulación de las placas articuladas sobre el terreno, la arena cediendo bajo su peso, la humedad del suelo. Más débiles que el viento y el oleaje oía su andar, crujidos, roces, zumbido de motores. Su otro cuerpo tenía piernas, pero era más complejo y vulnerable. Éste le permitía un mayor contacto con el mundo circundante, lo aproximaba más a su anterior condición humana. Evocó recuerdos dormidos durante muchos años.

La marea estaba baja. La lluvia no había marcado mucho la arena, pero en la orilla el mar la había empapado y oscurecido. En la Tierra esa franja habría sido más ancha. Las olas susurraban en el viento.

Los ojos de Guthrie, en el extremo de los pedúnculos que asomaban de la torreta que albergaba su caja, se inclinaron hacia abajo. La playa estaba cubierta de maleza, conchas, animales muertos parecidos a gusanos y medusas. La marea siempre dejaba algunos, y la tormenta había arrojado muchos de aquellos despojos que le recordaban lo que había visto en las playas de su mundo, antes que la Tierra agotara sus recursos. Era extraño que la vida oceánica hubiera sido aquí rica tanto tiempo mientras que apenas había existido una fauna terrestre. O quizá no lo fuera. Tal vez las mareas allanaban el camino de la evolución en la costa, y las de Démeter, que no tenía luna, dependían únicamente del sol.

Un destello lejano le llamó la atención. Escrutó con curiosidad las olas. Seguían siendo altas, de crestas blancas y enrojecidas por el fulgor del oeste, hasta el borroso horizonte. Nunca las sobrevolaba un alca ni una gaviota. Guthrie amplió el campo de sus lentes. Un objeto en forma de torpedo había emergido a cien metros de distancia: la nave nodriza de los roboinsectos estudiando el medio ambiente acuático y su ecología. Se preguntó si habría llegado tan al norte desde la última base fundada por la expedición, o si era de reciente construcción. Las plantas de producción remodeladas ya operaban a plena capacidad, y las naves aéreas llevaban a los investigadores a todos los puntos del planeta. Podía consultar la base de datos.

Más tarde. Quería contemplar el ocaso de Alfa del Centauro. Se volvió al oeste.

Librodot

Más allá de las dunas se elevaban oscuras colinas, con hondonadas llenas de sombras. Las nubes se apilaban en capas, rosadas y áureas contra el azul luminoso. El vapor enturbiaba el brillo de Alfa, convirtiéndola en una brasa ardiente, un disco que parecía enorme al hundirse, aunque era un poco más pequeño que el Sol visto desde la Tierra. Beta le seguía a pocos grados de distancia, un punto refulgente que teñía de ámbar el lomo de las nubes.

El movimiento de rotación de Deméter duraba sólo quince horas. Alfa se hundió de golpe. Mientras su luz se desvanecía y el cielo se oscurecía, la luz de Beta se hizo clara y amarilla, intensa como mil lunas llenas. Las lomas y crestas se erguían suavemente contra el ocaso. Entonces el otro sol, descendiendo, también enrojeció y se puso. Los últimos colores se diluyeron y las estrellas despuntaron una por una para sumar su parpadeo al de las que ya brillaban en el este.

Entre ellas pasó un destello, subió rápidamente, en diagonal, siguiendo una órbita baja en torno al planeta: el Juliana Guthrie, que lo había llevado hasta allí, aguardaba para devolverlo a su hogar. No, sabía que eso no era totalmente cierto. Lo que veía eran los tanques de las arracimadas unidades de impulso. La nave propiamente dicha era demasiado pequeña para alcanzarla con sus ojos, aunque aumentara su capacidad de visión. En los lejanos cometas y en los asteroides de la zona caótica, los robots trajinaban para extraer materia prima y refinarla hasta convertirla en una masa de reacción para la próxima travesía. Tardarían varios años en terminar.

La memoria brincó en el espacio-tiempo.

Una oficina en Port Bowen. Arriba una imagen nocturna proyectada de la Tierra en cuarto creciente, jaspeada de azul y blanco, resplandecía en toda su gloria. Frente al escritorio de Guthrie se encontraba Pierre Aulard, con su rostro franco y su nariz ganchuda.

-Qu'est-ce que vous dites? -estalló Aulard-. ¿Has perdido la chaveta, señor Guthrie?

-Algunos considerarían ese comentario un tanto grosero.

-Yo... Lo lamento, señor.

-¡Vamos hombre!, era una broma.

-Así que todo esto es una broma.

-No, no haría venir a mi ingeniero favorito sólo para ver sus ojos desorbitados. Al contrario, te he llamado porque soy tan concienzudo que quiero captar tu reacción en cada gesto y cada, ademán. El mejor holograma telefónico no puede ser tan fiel como yo necesito.

-Pero estás fon, loco, ido. No entiendo para qué quieres enviar una segunda misión. Los robots están donde deben...

-No basta. Necesitamos más. Demonios, Pierre, Deméter es el único sitio, aparte de aquello que vemos donde hay vida susceptible de ser estudiada.

-No es cierto. Se han detectado planetas cuyas atmósferas contienen oxígeno en otros tres...

-Ya, estoy enterado. Demasiado lejos. Deméter está a nuestro alcance, en este momento.

-Su vida es primitiva.

-Es todo lo que tenemos. Habría sido interesante que esas presuntas señales hubieran resultado ser mensajes inteligentes, no un fenómeno natural, pero parece que tendremos que explorar el universo solos. Así que manos a la obra.

-Bien, si no estás satisfecho, podemos enviar otra nave espacial. Primero mejoramos el diseño, si estás dispuesto a gastar mucho dinero. También los robots y los instrumentos. -Aulard descargó un puñetazo sobre el escritorio-. Pero ¿para qué una nave capaz de regresar? Mon Dieu!, ¿qué tiene de malo la simple transmisión de información?

-Repito que es insuficiente. Los robots hacen todo lo que pueden, que no es poco, pero nadie ha inventado todavía la inteligencia artificial con verdadera imaginación. Así lo demuestra el desfase de nuestras máquinas en Deméter. Siempre se topan con imprevistos que no pueden solventar. ¿Y qué perspectivas y oportunidades pasan por alto? No, quiero una auténtica mente humana allí, y al cabo de un tiempo tendrá que regresar.

Aulard jadeó unos segundos.

-Sacrée putain -masculló al fin.

-Oye, no me malinterpretes. No pienso proponerte que desarrolles sistemas de soporte vital para semejante travesía. No podemos costearnos la antimateria necesaria para impulsar tanta masa adicional. De acuerdo. Iré yo mismo, o un gemelo mío que crearemos cuando llegue el momento.

-No tengo nada que decir... excepto que... pensé que te conocía, pero ahora veo que no. No te conozco en absoluto.

-Vamos, Pierre, no es una idea tan descabellada. De veras. Le he dado vueltas durante años, he hecho algunos cálculos por mi cuenta, y estoy seguro que puede llevarse a cabo con un presupuesto razonable. Escucha, tenemos que traer la nave de regreso, aunque podemos dejar los robots, naturalmente, porque yo no podré transmitir toda mi experiencia. Interferencias, amplitud de onda insuficiente, efectos cuánticos; tú conoces las limitaciones físicas mejor que yo. Y además hay otras razones: intuición, tacto, familiaridad, cosas que no se pueden expresar con palabras ni diagramas. Tengo que regresar y retener yo mismo los datos. De lo contrario, ¿para qué ir?

Aulard extendió las manos y miró al cielo.

-¿Para qué? -gruñó.

-Calma, amigo. Deberías estarme agradecido. Te estoy planteando un magnífico problema técnico. Te conozco y sé que durante varios años te revolcarás en él como un cerdo en el lodo. Entretanto, hablando de líquidos, te sugiero que te tomes una copa. Ya sabes dónde está el escocés.

Despuntaron más estrellas, hasta que hubo tantas como era posible apreciar a simple vista en aquel aire neblinoso, o desde esas reservas naturales de la Tierra donde la bruma era inusitadamente leve. Guthrie intensificó la iluminación hasta que pudo continuar costa abajo, con la esperanza de encontrar algo que mereciera la atención de las máquinas científicas. No formaba parte de la labor que él mismo se había asignado, pues las máquinas también exploraban, pero por el momento no tenían nada mejor que hacer. Aunque se enorgullecía de haber realizado descubrimientos y diseñado procedimientos que habrían sido imposibles para cualquier programa preescrito, quería que su aportación fuera lo mayor posible. Sentía la necesidad de justificarse ante los individuos como Aulard; no hacía falta, pero quería hacerlo.

Eso si Aulard estaba vivo cuando él regresara.

El viento amainó. El mar susurraba y murmuraba. Su negrura relucía, cruzada por estrías de rutilante espuma. Irradiaba frescura.

Guthrie se detuvo. Extendió un brazo para recoger un objeto brillante y examinarlo con las lentes. Un trozo de caracola, irisada como madreperla, algo que nunca había visto en

Librodot

Deméter. Quizás en la base de datos principal tampoco estuviera registrado. Tal vez fuera una pista que merecía ser comprobada.

Tal vez no. Era imposible comprobarlo todo. Tal vez la vida en Deméter no hubiera evolucionado más allá del equivalente del cámbrico o siluriano de la Tierra, o como quisiera llamarse -siempre sería inadecuado, puesto que el sistema biológico era totalmente distinto-, pero sus particularidades y sutilezas eran inacabables.

Guthrie sostuvo el fragmento un par de minutos antes de almacenarlo en el compartimiento adecuado. Una vez, él y Juliana habían encontrado algo muy similar en una playa de California. Una concha de abulón, había exclamado ella, cuando los abulones estaban casi extinguidos. Observaron aquel prodigio. No había nadie más en las cercanías. Visitaban un país cuya economía se había desmoronado, y el sol, la sal y la arena les pertenecían únicamente a ellos. El cabello de Juliana ondeaba contra la mejilla de Guthrie. Él le deslizó el brazo bajo la túnica, le rodeó la cintura, sintió la piel tibia y suave. Ella se acurrucó sonriendo. Para tratarse de un programa residente en una red neuronal, su recuerdo era bastante vivido.

Guthrie miró hacia arriba, donde asomaba un objeto luminoso de brillo uniforme. Era Faetón, el planeta vagabundo cuya órbita pronto se cruzaría con la Deméter. Pero eso sería dentro de mucho tiempo. Guthrie optó por no pensar con excesiva antelación. Escrutó las estrellas.

Las constelaciones y la plateada palidez de la Vía Láctea le eran familiares. Su viaje de veinte años lo había llevado a una distancia desde donde el paisaje era similar, dada la inmensidad de esos suburbios galácticos. Desde luego, la orientación era otra. A esa hora y en esa latitud media, encontró a Polaris casi directamente encima de él. Miró más allá de la rojiza Próxima, hacia Casiopea. Allí había una estrella que superaba en brillo a las otras cinco: Sol.

Llamó, a través de los años-luz, a las cenizas de Juliana.

-¡Dios mío, amor! -exclamó-. ¡Lo hemos logrado!

Librodot

7

-No nos pongamos morbosos -dijo Guthrie-. Será mejor que hablemos de nosotros.

Kyra estuvo de acuerdo.

-Ojalá pudiera tomar un avión al exterior. -No pudo resistirse, y pensó que a él no le importaría-. Llevándole como equipaje de mano. -Recobró su tono lúgubre-. Pero la Sepo debe haber avisado a todos los equipos de seguridad de los aeropuertos para que busquen cualquier cosa que se te parezca. Nos detectarían en cuanto entrara en el aeropuerto.

Lee asintió con un gesto.

-Lástima que Tahir no pudiera despachar la biocaja a El Cairo u otra parte -dijo.

-Se podría haber arreglado de haber tenido más tiempo -comentó Guthrie.

Lee enarcó las cejas.

-¿De veras?

-Creo que sí. Jugando un poco con los archivos y una vez introducidas las autorizaciones, permisos y otras sandeces, ya habría estado en camino. Pero ponerse en contacto con la gente capaz de hacer algo así, persuadirla, planear los detalles y demás, nos habría llevado días, y no disponíamos de días.

-¿Por qué días? -preguntó Kyra.

Guthrie rió.

-Inocente criatura. Te diré para tu información, aunque creo que a estas alturas ya podrías deducirlo por ti misma, que existe un activo movimiento clandestino de resistencia formado por gente que no se limita a soñar con la caída del avantismo y la libertad del país, sino que arriesga el pellejo por esa causa. No son muchos, y en apariencia se trata de ciudadanos intachables, pero están bien entrenados y poco a poco se han ido armando. Saben que no pueden organizar una revolución por su cuenta, pero desean estar preparados por si se presenta una oportunidad, y entretanto, de vez en cuando, aquí y allá, algunos pueden hacer algo con discreción.

»Como muchos movimientos similares del pasado, se han organizado en células reducidas. Ningún miembro de ninguna célula sabe con certeza que más de uno de otra célula pertenece a la organización. De ese modo, si la Policía de Seguridad los captura, aunque use sondeo profundo, no puede guiarlos hacia sus camaradas. Pero eso entorpece las comunicaciones.

Kyra sintió un cosquilleo en la espalda.

-¿Hay Caóticos en el Gobierno... al menos en algunos puestos clave?

-Ignoro los detalles, y no debo saberlos.

Lee miró fijamente las lentes.

-¿Cómo sabes lo que sabes? -preguntó con voz trémula.

-Creía que era evidente -respondió Guthrie de mal talante.

Sí, pensó Kyra, ahora lo era, después de lo que ella había visto y lo que él había contado. Con los años, Fireball debía haber establecido algunas conexiones, aunque fueran endebles, con la organización secreta. Por ejemplo, los consortes que ayudaban a cruzar las fronteras a fugitivos políticos oían cosas, y esas cosas llegaban finalmente a oídos de Guthrie.

Librodot

Cabía la posibilidad de que no estuviera en contacto directo con la cúpula, pues eso sería peligroso para los Caóticos y para Fireball. Además, a pesar de las acusaciones avantistas, la compañía nunca se había dedicado a derrocar gobiernos. Kyra suponía que aun ahora su jefe estaba dispuesto a negociar el retorno al status quo.

Pero Fireball y los rebeldes mantenían un contacto prudente, indirecto. De vez en cuando, uno hacía un favor al otro.

-¿Fireball también está infiltrada en el Gobierno? -preguntó impulsivamente.

-No mucho -replicó Guthrie-. La mayoría de los que podríamos contratar y en quienes podríamos confiar tienen antecedentes que los descartan. Además, los de su especie rara vez son buenos funcionarios. -Y añadió en tono más duro-: Por otra parte, parece evidente que los avantistas han puesto algunos agentes entre nosotros. No miembros de la familia ni juramentados, sino empleados en condiciones de espiar. Es posible que sea así como se enteraron de que valía la pena secuestrar e interrogar a Jonas Nordberg... mi amigo, el que sabía dónde estaba guardado mi duplicado. También significa que no podemos llamar a Quito desde un teléfono público. No sabemos cuál es la capacidad del enemigo para interceptarnos. Debe de ser bastante buena, o los avantistas no se habrían atrevido a dar semejante paso.

»Y es indudable que mi alter ego sabe lo que yo sabía sobre las conexiones de Fireball en América del Norte en la época en que él regresó. Se han ampliado desde entonces, pero él posee pistas que la Sepo no tardará en seguir. Más vale que no utilice mis contactos en el Gobierno, y que no confíe en la información de que dispongo. Cualquier cosa puede llevarlos hasta mí y hacer que me atrapen.

¿Qué contactos serían esos?, se preguntó Kyra. Guthrie había previsto el ascenso del avantismo. Había hecho preparativos para contrarrestarlo, y más todavía después de su consolidación. ¿Eso incluía la inserción de «gusanos» en programas informáticos estratégicos? ¿Cuánto de Anson Guthrie anidaba en el cerebro mismo del Estado?

¿Con cuánta rapidez podía su doble ayudar a sus perseguidores a responder aquella pregunta? ¿Cuándo ese recurso se volvería contra él?

Guthrie movió los pedúnculos oculares hacia Lee.

-Nuestro primer problema tiene que ver contigo -continuó-. Si la policía comienza a sospechar seriamente de ti, y toma medidas, conducirla hasta Tahir y los hombres que organizaron nuestra fuga sería un pésimo modo de agradecer su amabilidad. También un golpe contra el movimiento de resistencia.

Lee se puso rígido, y habló envaradamente.

-Lo sé. He planeado una solución.

El maletín que había traído estaba en su regazo. Lo abrió y sacó un frasco y un inyector.

-Esto -dijo. Tenía los labios pálidos-. Lesmonil.

-¿Qué es eso? -Kyra sintió cómo palpitaba una vena en su garganta. Un sudor frío y rancio le humedeció las axilas.

Lee miró enfrente hacia una pared.

-Una droga sintética -barbotó-. De uso infrecuente, y no sólo porque sea ilegal y difícil de conseguir. Su efecto inmediato es el éxtasis, pero una ligera sobredosis produce amnesia, como una ingestión masiva de alcohol, sólo que en este caso es total. -Rió amargamente-. Una diversión que no se recuerda al día siguiente no gusta tanto, ¿verdad? El amnésico es realmente potente. No inhibe la transferencia de la memoria circulante a la permanente, sino que destruye todo rastro de ella. Por eso está más estrictamente prohibido que otros venenos

Librodot

cerebrales. Ni siquiera los psicomédicos que podrían utilizarla para tratar pacientes mentales la consiguen.

-A menos que sean psicomédicos del Gobierno que estén tratando a elementos recalcitrantes -observó Guthrie.

Lee tensó la boca.

-Sí, he oído decir que se usa en esas instituciones. En cuanto a lo poco que circula en el mercado negro, la mayor parte se usa para obtener placer, por el éxtasis que produce, pero sin duda hay criminales que le dan otras aplicaciones.

Kyra saltó.

-¡No, Bob? -exclamó-. ¡No puedes... borrarte de esa manera!

Lee sonrió vagamente.

-No tengo intención de hacerlo. Antes de canjear mi informador por esto, consulté la base de datos pública. Allí no figura la fórmula, naturalmente, pero sí los datos fisiológicos. La droga ataca primero los recuerdos recientes. Calculo que son los más accesibles, citológicamente hablando. Puedo estimar la dosis que mi organismo eliminará en función de mi peso. Olvidaré aproximadamente las últimas cincuenta horas, no más.

-¿Y luego?

-Despertaré aquí mañana, deshecho, preguntándome lo sucedido, pero lograré regresar a casa. Si me arrestan de inmediato, un análisis de sangre revelará que ingerí lesmonil. Sin duda la Sepo se preguntará por qué hice algo tan contrario a mis costumbres (yo mismo me lo preguntaré) y me someterá a un sondeo profundo. En ese caso, se enterará de que yo tenía al jefe en casa, pero eso es todo cuanto obtendrá porque no habrá nada más que sacarme. Algún día podrás explicármelo.

-Si sobrevives.

Lee se encogió de hombros.

-Rara vez matan a los que investigan. Supongo que iré a parar a rehabilitación.

Y quedará muy poco de ti cuando hayan terminado de tratar tu cerebro con sus agentes químicos y electrónicos, quiso gritar Kyra. Y si sufres años de tratamiento en un centro correccional, aquello que liberen al fin será Robert E. Lee sólo de nombre.

Kyra pestañeó, apretó los puños.

-Te sacaremos cuanto antes -tartamudeó. Antes que puedan dañarte tanto que seas incurable, juró para sus adentros. Y entretanto, ahora, debía conservar los ánimos.

La esperanza no era insensata, sino necesaria para la supervivencia.

Guthrie también pareció entender que no era momento para la compasión.

-Has ideado una bonita teoría -gruñó-. Pero escucha, yo tampoco conocía este mejunje pero he visto el efecto de otras drogas y, ante todo, es imprevisible. ¿Con cuánta precisión puedes determinar la dosis? ¿Has oído hablar alguna vez de reacciones imprevistas? Puedes despertar hecho un vegetal. O muerto, lo que sería preferible.

Kyra notó que Lee se reafirmaba en su decisión, con una serenidad que poco a poco distendía sus músculos y le reanimaba el rostro.

-Es una apuesta, sí. Como todo este asunto. Pero las probabilidades no parecen pocas teniéndoos a vosotros dos de mi parte. Además, he prestado juramento.

Guardaron silencio.

-De acuerdo, hijo -murmuró al fin Guthrie-. Honrarán tu nombre mientras haya hombres libres, si vencemos. ¡Dios mío! ojalá pudiera estrecharte la mano.

Kyra abrazó a Lee.

-Gracias, muchas gracias -dijo, llorando de repente.

Lee se levantó y le devolvió el abrazo, que se convirtió en un beso prolongado.

-Vaya -murmuró ella, mirándolo a los ojos, cuando se separaron un poco-, estás lleno de sorpresas. Me gustaría que nos conociéramos mejor si llega a ser posible.

Lee hizo una mueca.

-Tendrás que recordármelo, y espero que lo hagas.

La voz atronadora de Guthrie hizo que volvieran la cabeza.

-Lo lamento, chicos, pero será mejor que nos centremos en nuestra labor inmediata. Bob, seguro que tú estás más al tanto de las costumbres locales que Kyra o que yo. ¿Cuál es, en tu opinión, el modo menos arriesgado de irnos de aquí?

Lee pestañeó y respondió como un nombre que despierta de un sueño.

-Bueno, creo que debéis poneros en marcha cuanto antes. En las estaciones de trenes y autobuses no hay detectores como en los aeropuertos, y tal vez aún no estén vigiladas. -Habló más deprisa-. La afluencia de pasajeros también ayudará. Pero no viajéis a la vista de todos. Tal vez den la alarma general. Coge el tren, Kyra, un compartimiento privado. No una habitación y menos una suite. Es demasiado caro y se nota mucho. Los pequeños compartimentos son bastante baratos, y casi siempre están disponibles, dada la situación de la economía. Paga en efectivo, en dólares.

-¡Bien! -exclamó Guthrie-. Ya lo había dicho: te equivocaste de profesión. La próxima vez que necesite un conspirador, te llamaré.

-Pero ¿adonde iremos? -preguntó Kyra.

-Tengo una idea -dijo Guthrie-. Los consortes de Fireball no son de fiar, y dada la información que puede poseer la Sepo, ya no confío en los pocos contactos que tengo entre los Caóticos. Pero si compramos un billete para Portland...

-Basta -interrumpió Lee-. Poneos en marcha.

-Pero tú..., tú olvidarás -dijo Kyra.

-Cuanto antes os marchéis, mejor. Mi ausencia los tiene inquietos, ¿verdad?

-Sí -dijo Guthrie-. Cuando reciban noticias de los otros sectores inspeccionados, estrecharán el cerco en esta región. Si siguen tus movimientos, darán con la empleada de este hotel, que recordará a Kyra. Eso les llevará unos días, pero debemos levar anclas.

-Además -dijo Lee a Kyra-, prefiero estar solo cuando me inyecte y caiga en trance. Por lo que he oído, no es un espectáculo edificante.

Kyra se había quedado sin habla.

-Hasta pronto, hijo. Que Dios te acompañe -gruñó Guthrie antes de retraer los ojos para que Kyra lo guardara en la caja. Absurdamente, ella pensó en otras cosas que necesitaba: un peine, un cepillo de dientes. La terminal tendría autómatas. Rodeó el cuello de Lee con el brazo libre.

-¡Dios! -fue todo lo que pudo decir. Esta vez el beso fue breve, casi casto. Él se quedó en la puerta mientras Kyra bajaba la escalera.

8

Cuando Pierre Aulard, director de ingenieros, recibió el mensaje en su laboratorio de L-5, permaneció largo rato pensativo.

Había llegado por una vieja línea secreta de comunicación de Fireball, independiente de cualquier red, y tan protegida que jamás había sido interceptada ninguna de sus transmisiones. Las claves de cifrado estaban en manos de sólo unos cuantos allegados de Anson Guthrie, todos ellos viejos amigos de confianza. Aunque breve, el despacho reflejaba su estilo personal, que no tenía parangón desde hacía generaciones, y hacía una alusión pasajera a días pasados que hizo sonreír momentáneamente a Aulard. En esencia decía: «Las perspectivas son más que alentadoras si es que sabemos sacar provecho, pero será difícil. Te necesito a ti y a mi vieja pandilla. Juntos saldremos adelante, tal como hicimos cuando eras joven. ¿Te acuerdas? No le digas nada a nadie excepto que puede que estés ausente una buena temporada.» Seguían instrucciones para establecer contacto.

Su primera sensación fue de inmenso alivio. Había protestado cuando Guthrie propuso ingresar en esa descabellada Unión y dirigir las operaciones contra los avantistas desde América del Norte. ¿Qué ocurriría si sospechaban de su presencia? ¿Si descubrían su paradero? En comparación, su viaje a Alfa del Centauro había sido el colmo de la sensatez. Guthrie no le había escuchado. Cuando el jefe partió, Aulard se refugió en el trabajo. Los problemas de diseño de una nueva nave espacial eran algo a lo que un hombre podía entregarse sin temor. Aun las incesantes y agotadoras exigencias a las que estaba sometido como ejecutivo eran casi una bendición.

Ahora parecía que el jefe estaba a salvo y dispuesto a devolver el golpe. Pero ¿cómo? ¿Y para qué podía servirle un viejo tecnólogo? «La vieja pandilla...» Eso incluía desde luego a Juan Santander Conde, retirado con el título honorífico de director emérito. Juan habría recibido también aquella convocatoria en Quito? ¿Y quién más?

Aulard comprendió con inquietud cuan poco sabía de la situación. Nunca había tenido habilidad para la política y sus manejos. Lo que sucedía en la Tierra lo exasperaba, pero sólo había seguido los acontecimientos de manera superficial. Para comprenderlo mejor, fue al terminal del ordenador y pidió una síntesis. Mientras el texto desfilaba por la pantalla, Aulard seleccionó los datos concernientes a aspectos concretos.

Al fin se reclinó, cerró los ojos, ordenó la información. Después de ocupar y registrar la sede central de Fireball en América del Norte, el gobierno de la Unión permitía que los negocios continuaran bajo supervisión. Las instalaciones de la compañía en otras partes del país funcionaban casi como de costumbre. El movimiento nacional e internacional de personal y comunicaciones era normal. Entretanto, continuaba el debate público entre ambas partes. También continuaban las negociaciones, aunque los medios no las cubrían en detalle.

Fireball quería que la milicia y los detectives abandonaran sus oficinas centrales, de inmediato y sin condiciones. El Gobierno alegaba que había intervenido por pura necesidad y sólo deseaba marcharse. Primero, sin embargo, debía cerciorarse de que la compañía no hubiera empleado a subversivos peligrosos, tal vez terroristas. No era una cuestión de ideología, sino de prudencia. En una época de motores de fusión, ingeniería molecular y materiales industriales potencialmente letales, los fanáticos que tuvieran acceso a los recursos de una organización interplanetaria podían cometer genocidio, aun sin proponérselo. Fireball no entorpecería la investigación; por su propio bien, cooperaría. Y ya que la situación había llegado a aquel extremo, era conveniente tomar ciertas decisiones a largo plazo. Las negociaciones se prolongaban.

Luego las cosas comenzaron a deteriorarse. Se interrumpieron los servicios para los norteamericanos. Los cargamentos iban a otras partes. Se rechazaban contratos que normalmente habrían sido aceptados. La respuesta a las protestas fue que no era sorprendente que las actuales circunstancias causaran una cierta pérdida de eficiencia. Los funcionarios de Fireball de todo el país explicaron con toda franqueza que no tenían nada que ver con ello, puesto que no se trataba de una sociedad anónima, sino de una corporación privada, la mayoría de los departamentos de Fireball estaban en manos de filiales o contratistas independientes, pero sólo técnicamente. A pesar de su estrecha unión, por tradición y voluntad más que por convenios explícitos, el poder de decisión era muy personal. Sin duda Guthrie podría poner orden en cuanto quisiera, pero después de lanzar una declaración incisiva en el momento de la apropiación, había dejado el problema en manos de su gente de América del Norte y los cargos superiores de Quito. Era propio de él: no practicaba la gestión centralizada sino que alentaba la iniciativa individual. Desde entonces se había retirado y seguía sin haber noticias de él. Se desconocía su paradero. Esto también era habitual.

Cuando hablaban extraoficialmente con agentes del Gobierno, los representantes de la compañía sonreían y decían: «Claro que os está presionando. ¿Qué esperabais?» Las medidas eran inquietantemente acertadas, la Policía de Seguridad no atinaba a hallar la fuente de esas órdenes esporádicas. Las líneas de comunicaciones de Fireball estaban astutamente tendidas.

Cada vez se alzaban más voces exigiendo el desbloqueo de la situación, aunque el acuerdo implicara que las autoridades de la Unión cedieran en todos los puntos importantes. Las protestas no provenían sólo de hombres de negocios y ciudadanos comunes que sufrían contratiempos (en varios casos, desastres económicos), sino de políticos y burócratas de alto nivel. A pesar de las afirmaciones de algunos de sus enemigos y muchos de sus simpatizantes, el avantismo no poseía una unanimidad monolítica. Nunca había sido así. Había división de opiniones acerca de la interpretación y la aplicación práctica de las ecuaciones de Xuan, y estas controversias podían derivar en luchas por el poder. Al transcurrir los años y acumularse las decepciones -objetivos no alcanzados, dificultades económicas, corrupción, inquietud, dudas, indiferencia generalizada, secesión espiritual-, se multiplicaban las facciones. Hasta el momento ninguna figura pública que residiera dentro de las fronteras nacionales había propuesto la abolición global del sistema, pero cada vez había más gente que afirmaba, y cada vez con menos disimulo, que era necesario un cambio.

Hacer las paces con Fireball podía allanar el camino hacia una mejora de las relaciones exteriores en general, y por ende hacia la reforma interna. Tres diputados sostuvieron esto desde su escaño y no fueron denunciados ni arrestados.

Los procedimientos del Sínodo Asesor nunca eran públicos. No obstante, corría el rumor de que ahora algunos de sus miembros favorecían esa política...

Así estaba la situación, al margen de lo que hiciera Guthrie. Evidentemente hasta ahora había logrado dirigir la organización desde su refugio secreto. ¿Se proponía ahora emprender una acción espectacular que llevara a Fireball a la victoria?

Aulard suspiró, sacudió la cabeza, se levantó y empezó sus preparativos. Esa noche dejó la colonia orbital a bordo de una lanzadera, rumbo al puerto espacial de Kamehameha. Al llegar, llamó al número que figuraba en el mensaje, y obtuvo la dirección adonde debía ir. Cumpliendo las órdenes, había viajado bajo un nombre falso y usando los documentos reservados para ocasiones como aquella. Salió discretamente de la terminal, sin hablar con ningún conocido, y tomó un taxi para su destino.

Cincuenta horas después, el gobierno de la Unión ocupó todas las propiedades que Fireball tenía dentro de su jurisdicción. Anunció que nuevos indicios sobre la magnitud del peligro lo obligaban a tomar esta y otras medidas de emergencia, aunque confiaba en que la

crisis pronto quedaría resuelta a satisfacción de ambas partes y de la comunidad humana en general.

Al día siguiente, tres agentes de la Policía de Seguridad escoltaron a Pierre Aulard hasta una habitación del cuartel general del Integrado Noroeste. Cuando se abrió la puerta de la antesala, se detuvieron. Aulard entró y la puerta se cerró a sus espaldas. Desde luego, ellos estarían controlando lo que sucedía, por vídeo o por audio, y seguramente equipos suplementarios harían grabaciones multisensoriales.

Una pantalla-ventana ofrecía un amplio panorama de la ciudad tal como se apreciaba desde el tejado. Las nubes cabalgaban sobre un viento cuya fuerza Aulard había notado al apearse del aeromóvil que lo había llevado hasta allí. Retazos de luz y sombra iluminaban las calles y las torres. La bahía chispeaba. Ningún ruido penetraba en la oficina, sin embargo, donde sólo los ventiladores agitaban el aire y la temperatura estaba tan bien controlada que parecía tan inmune al frío y al calor como a los olores. Aulard miró de soslayo la imagen antes de volverse hacia el escritorio y la forma que lo ocupaba.

Era un robot multifunción montado sobre ruedas. Sus cuatro brazos terminaban en manos flexibles, aunque la mayoría de sus funciones estaban dentro de la carcasa o en las conexiones con periféricos externos. Su torreta había sido modificada, al parecer mediante un trabajo especial, pues se veían indicios de elaboración manual. Los pedúnculos oculares sobresalían. No tenía la habitual voz de tenor o soprano, sino que hablaba en un inglés ronco con acento americano arcaico.

-Hola, bienvenido.

Aulard apretó los puños.

-¿Quién eres? -le espetó.

-Anson Guthrie... ¿quién si no? Actualmente uso esta carrocería a falta de otra cosa mejor. Me alegro de verte, hombre. ¿Quieres un trago? He pedido escocés. -El robot señaló el contenido de una bandeja que había sobre el escritorio. Aulard negó con la cabeza-. Bien, cuando quieras, sírvete. Entretanto, siéntate y hablemos.

Aulard se acercó a una silla. El robot notó que cojeaba y exclamó:

-Oye, no te habrán maltratado, ¿verdad? Si alguien te ha hecho daño, dímelo y haré colgar a ese hijo de perra de los cojones.

-No. Es sólo que a mi edad pesa demasiado la gravedad de la Tierra. -Aulard se sentó-. No opuse resistencia. Ellos iban armados, y no había testigos.

-Pierre, lo siento. No teníamos opción, pero aun así fue un pésimo modo de tratarte. Deja que te lo explique. Si quieres me pondré de rodillas, aunque yo no tengo rodillas. ¿Tus habitaciones están bien?

Aulard se encogió de hombros.

-No están mal, para ser una cárcel.

-Mira, puedo ofrecerte una casa, entre árboles, Pierre... con buena comida y vino y toda clase de diversiones; mujeres, si quieres. Y el equipo necesario, dentro de lo razonable. Tendrás la oportunidad de trabajar en lo que te plazca. Nada ni nadie te molestará.

-Porque estoy aislado de todo y de todos, hein?

-No por mucho tiempo. No será por mucho tiempo.

Aulard guardó silencio un minuto; al fin irguió la cabeza cana y preguntó con voz pétrea:

-¿Qué hay de Santander?

-Bien... -La sílaba sintética se apagó lentamente. El robot no se movió.

-Si no lo has hecho venir aquí, no tiene sentido que me retengas. Pronto sospechará, y actuará.

-Claro que lo hemos traído -fue la brusca respuesta-. Tienes razón. Por ahora no podemos permitirnos dejar suelto a nadie que sepa lo que tú sabes... sobre mi otro yo. Si se corriera la voz, tendríamos un desastre general. Te explicaré por qué, y espero convencerte de que este procedimiento clandestino ha sido necesario.

Aulard miró las lentes como si fueran ojos humanos.

-Nordberg ha muerto, Santander y yo somos prisioneros -dijo-, pero ¿estás seguro de que no queda nadie más? Uno de nosotros puede haber tomado sus precauciones.

-Nadie lo ha hecho -replicó Guthrie-. Lo sé. Sometieron a Juan a sondeo profundo.

Aulard se irguió, aferró los brazos de la silla y sus nudillos se pusieron blancos.

-¿Qué? -jadeó-. ¿Drogaste a ese pobre anciano, le insertaste sondas en el cerebro?

-Yo no lo hice.

-Tú lo permitiste.

-Por favor, Pierre. Yo... La Sepo se encargó de ese asunto. Deben haber interrogado a Juan porque consideraron que él era... más fácil. Cuando Sayre, su jefe, me llamó para decirme que tenía la certeza de que el secreto estaba a salvo, pero que quería someterte a ti al mismo procedimiento, por si las dudas, lo veté. ¡Me alegra haber podido hacerlo! Le dije sin tapujos los problemas que le crearía si te sometía a malos tratos, y accedió. Pero jamás hubiera pensado que él... había hecho lo que hizo. Lo juro, por Juliana, no lo sabía.

-¿Y cómo sabes que no se sabrá el secreto? Muchos recuerdan que había dos Guthries, y que uno fue guardado.

-Lo recuerdan vagamente. No saben dónde lo guardaron. No tienen motivos para sospechar que todavía está escondido. Y en todo caso, pronto podremos mostrarlo.

-Sí. Otra copia, salida de otro lugar. -Aulard reflexionó-. Tendrá el software del que fue desactivado, recién llegado de Alfa del Centauro, ignorante de lo que sucedió después. -Torció la boca en una sonrisa-. Así que será el verdadero Anson Guthrie.

-No, ése soy yo.

-Anson Guthrie jamás traicionaría como tú has traicionado. Mucha gente lo llamó demonio, pero nadie lo llamó Judas.

-Pierre -dijo el robot, con voz insegura-, me extraña que digas eso. La identidad es continuidad, ¿verdad? Soy tan yo como cualquier otro. -Añadió en voz más alta-: ¿Cómo sabes que yo, este hardware, no soy el mismo objeto físico que se introdujo en este país para oponerse a los avantistas?

Aulard se encogió de hombros.

-Tal vez lo seas. No tiene importancia. Es evidente que te han reprogramado. Castrado. Aun después de convertirse en un espectro, Anson Guthrie era un hombre.

El robot calló unos segundos.

-Eso me ha dolido, Pierre -dijo al fin, e hizo una pausa antes de añadir-: Pero te equivocas. Me han añadido nuevos datos. He aprendido más de lo que sabía y eso ha cambiado mi parecer sobre ciertas cosas. Eso es todo.

Aulard escrutó el cielo.

-Yo creo que no eres el mismo con quien hablé la última vez -dijo lentamente-. En esa cómoda cárcel, he tenido tiempo de pensar. Lo que ha sucedido parece bastante claro. Pero dime, ¿dónde está el verdadero Guthrie?

-¡Aquí mismo, maldita sea! -Una pausa-. Pero si insistes, de acuerdo, este soporte físico es el que viajó a Deméter. -Con suavidad-: Gracias a ti, viejo amigo.

-¡Vaya modo de agradecérmelo!

-Te he dicho que lo lamento. No he cambiado, de veras. No he olvidado nada, y menos a mis amigos. Todavía soy yo, Pierre. Recuerdo... y quizá mejor que tú, después de tantos años... recuerdo la noche en que recibimos la primera transmisión de la sonda de Épsilon Eridani desde el interior del sistema, sobre ese extraño planeta que había detectado, y todos se emborracharon. Yo me hice pulsar para sentirme ebrio también, y tú ejecutaste un programa de traducción para que pudiéramos seguirte mientras nos enseñabas esa antigua y obscena canción francesa sobre los tres orfebres...

Aulard lo interrumpió con un ademán.

-Todavía soy tu amigo, Pierre.

Aulard miró las lentes.

-¿Y qué hay de Juan Santander? -preguntó, en un susurro que era como una espada desenvainada.

Silencio.

Aulard se inclinó hacia delante.

-Eh, bien?

-Lo lamento -respondió el robot en voz muy baja-. Era más viejo que tú. Estaba más débil de lo que parecía. El sondeo lo mató.

Aulard se hundió en la silla.

-Ha sido un asesinato.

-¡No! ¡Ha sido un accidente! Escucha, Sayre quiso que lo revivieran, pero también veté esa decisión. Sospeché que su cerebro estaría demasiado dañado... Así que decidí dejarlo en paz, Pierre, y lamenté que estos ojos míos no pudieran llorar.

Aulard se enderezó y atacó de nuevo.

-¿Qué hay de tu otro yo? ¿Dónde está?

Guthrie recobró la compostura.

-No necesitas saberlo.

-¿Destruido? ¿Mutilado como tú? Mon Dieu. Ojalá esté en libertad. Ojalá pueda destruirte.

-Eso no ha sido predicho. -Guthrie se ablandó-. Mira, te he hecho traer a esta oficina porque deseo que sepas la verdad. Es una época difícil, sin duda, y muchas de las cosas que han sucedido me atormentarán para siempre, pero estamos en medio de una crisis. Toda la especie humana está en crisis. Déjame explicarte mis planes, y por qué estoy trabajando en ellos. Quiero tu ayuda, tu consejo, para que podamos lograr lo mejor para todos.

-Has demostrado lo que eres -escupió Aulard-. Anson Guthrie podía ser un canalla, pero nunca fue un hipócrita.

Librodot

-No me provoques, viejo amigo. La situación ya me tiene bastante harto.

-¿Provocarte? Ni siquiera quiero hablar contigo. Deja que me vaya.

Las lentes lo escudriñaron, el software juzgó lo que veían.

-Lo dices en serio, ¿verdad? De acuerdo, luego nos veremos. Entretanto, escucha las noticias y reflexiona.

-¿Qué remedio me queda? Ahora déjame ir. A cualquier parte donde tú no estés.

Aulard se levantó penosamente y caminó hacia la puerta. Una señal a su paso la abrió, los agentes que aguardaban fuera salieron a su encuentro.

-Llevároslo -ordenó el robot-. Tratadlo bien. -Las lentes lo siguieron hasta que la puerta se cerró.

9

Ante todo debían irse, sin importar adonde, antes que la policía pudiera organizar una búsqueda exhaustiva. Un autobús llevó a Kyra y su equipaje hasta la central de Pittsburgh. Allí logró conversar con Guthrie de escondidas en un lavabo.

Le preguntó si no debía tratar de llamar a Quito, o a otra oficina de Fireball en el exterior, desde un teléfono público. Los avantistas no podían haber colocado agentes o instrumentos detectores en todas partes. Y la Policía de Seguridad no podía controlar todas las comunicaciones. Kyra transmitiría los datos y se ocultaría con Guthrie, esperando la intervención de Fireball.

No, respondió él. Demasiado riesgo a cambio de poco. A fin de cuentas, ¿por qué iban a creerse una historia tan extravagante? Querrían asegurarse, investigar, obtener al menos un cierto grado de certeza. Eso requería tiempo y podía llegar a oídos del otro Guthrie. Tal vez lo impulsara a adelantar sus planes unos días, puesto que de un modo u otro debía ir pronto a Quito, y su presencia tendría mucho más peso que unas denuncias vagas. La llamada brindaría a la Policía de Seguridad pistas esenciales para encontrarlos.

Sería más rápido y seguro -si la seguridad significaba algo en aquel asunto- buscar amigos de confianza que los ayudaran a escapar. A lo largo del camino, podía sembrarse la verdad aquí y allá, para cosecharla en el futuro.

Kyra accedió, y pasó el resto de aquella mísera noche esperando el tren. El itinerario que había trazado con ayuda de su informador no era el más corto, pues requería dos trasbordos, pero evitaba las estaciones principales. No podían estar vigilando cada parada entre Quebec y México. La tercera etapa terminaba en Portland, lo que era como mínimo arriesgado. Sin embargo, el tren paraba en Salem, en los límites del complejo, y Kyra se bajaría ahí.

Una vez a bordo e iniciado el viaje, cayó en un sueño más profundo de lo esperado. Había dormido en lugares más incómodos que aquel asiento, ligeramente reclinable. El tren de levitación magnética se deslizaba suavemente.

Despertó con hambre y sed, pestañeó, miró por la ventana. Atravesaban una vasta campiña con colinas y tierras ribereñas que se prolongaban hacia las planicies del oeste. Crecían en ella pocos árboles pero era intensamente verde, con interminables sembrados. Kyra no sabía qué cultivos eran, ni si esos altos tallos estaban genéticamente programados para ofrecer alimento o sustancias químicas. Tubos de irrigación relucían entre las parcelas. Kyra entrevió un par de máquinas, tal vez controlando, tal vez manipulando. Sobre el horizonte las torres de una pequeña ciudad hendían un cielo sin nubes ni pájaros.

-¿Dónde estamos? -preguntó en voz alta.

-Sácame y te lo diré -gruñó Guthrie desde su escondrijo. Kyra no se había arriesgado a dejarlo a la vista mientras dormía-. En este momento, me rodea un vacío tan grande como el interior de la cabeza de un político. Creí que roncarías eternamente.

Kyra se cercioró de que la puerta del compartimiento estuviera cerrada, bajó una mesilla abatible y lo apoyó en ella. No pudo evitar sonrojarse y replicar:

-Yo no ronco.

-¿En qué te basas para afirmarlo? No importa, no me interesa. En realidad, era sólo un ligero ronquido de vez en cuando, muy femenino... bastante sexy, en realidad.

Viejo zorro, pensó Kyra, pero se abstuvo de decirlo. No quería ofenderlo.

-Bien, ¿dónde estamos?

Guthrie echó un vistazo.

-Indiana o Illinois, diría yo... ¿No te dice nada? En otra época esto era una república federal. La gente no necesitaba vivir cerca de la capital para prosperar. Bueno, retrasa una hora tu informador.

-¿Cómo te sientes?

-Mi batería resiste. Pero creo que a ti te hace falta reponer energías, por no mencionar otras necesidades físicas. Hazlo. Pero primero busca un noticiario, ¿quieres?

El multi apenas era digno de su nombre, pues consistía sólo en una pequeña pantalla plana con un único altavoz; pero cuando Kyra pidió la programación descubrió que habría un servicio informativo al cabo de veinte minutos y dejó a Guthrie mirando aquel canal. En ese momento proyectaban un programa didáctico acerca de los pensadores que habían precedido a Xuan. Kyra conocía aquellos nombres de haberlos estudiado: especialistas en ciencias políticas, desde el sobrevalorado Platón hasta el calumniado Maquiavelo; historiadores sistemáticos como Spengler y Toynbee; psicólogos como Pavlov y sus sucesores, que estudiaban la mente en el laboratorio, como una función más del organismo; Moravec, Tipler y otros visionarios cibernéticos. Era un programa trivial hecho de imágenes y frases que la repetición oficial había despojado de sentido.

-Hombres brillantes -gruñó Guthrie-. Hombres honestos. Aportaron mucho al mundo. Xuan mismo tuvo algunas ideas brillantes. No fue culpa suya que su obra fuera manipulada. Sospecho que a Jesús y a Jefferson les sucedió lo mismo.

Kyra cerró la puerta con llave y avanzó por el maloliente y atestado pasillo. El tren se deslizaba suavemente, pero su interior estaba mugriento y desvencijado, el metal deslucido, la tapicería gastada o rasgada, en contraste con lo que era común en el pasado o con lo que se veía en casi todos los países. Kyra hizo diecisiete minutos de cola ante un cubículo nauseabundo. Del grifo brotaba apenas un hilillo de agua, y un letrero advertía sobre su falta de potabilidad.

La cola del expendedor de comida era aún más larga, pero avanzaba con relativa rapidez. En la máquina faltaban la mayoría de los platos del menú. Kyra consiguió café, una bebida con calcio y proteínas, puré de soja, tostadas y algo parecido a la miel. Regresó abriéndose paso con cierta rudeza. El compartimiento que ocupaba consistía en una pared rodeando un par de asientos, pero permitía cierta intimidad que para la gente corriente de la Tierra era un lujo comparable a la carne, una visita a un bosque o un libro impreso, con el papel manchado y fragante por la edad. Desde luego, un compartimento más grande habría sido preferible, pero Lee les había advertido que no llamaran la atención con lujos innecesarios.

Lee... Kyra sintió un vahído, tropezó, casi soltó la bandeja.

No. El hombre sentado en el asiento del pasillo, no era él, desde luego que no. Pero por un instante había creído que era Ivar Stranding. La misma delgadez, los mismos rasgos serenos, el cabello rubio... No, en realidad no.

Siguió adelante, maldiciendo la emoción que la embargaba. ¡Qué estúpida era! Habían transcurrido más de dos años desde su separación . Y su relación de tres años no había sido seria, aunque se tenían afecto y habían soñado con la estabilidad, los hijos y todo lo demás. ¿Cómo podía haber nada serio entre una piloto espacial y un ingeniero de los asteroides? ¿Con cuánta frecuencia podían reunirse, y por cuánto tiempo? Los costosos mensajes multi que se enviaban a través de los megakilómetros, y otros sustitutos y consuelos que pudiera ofrecer la tecnología, sólo empeoraban las cosas. Ella comenzó a aprovechar las ocasiones que le brindaba el azar, sin limitarse a los buenos amigos a quienes no había querido lastimar con un rechazo. Sin duda Ivar hacía lo mismo. Él jamás estaría cualificado para ser su

compañero de viaje, y ella no podía -no quería-abandonar su nave para estar siempre con él. El trabajo entre las montañas volantes tenía sus atractivos, sí, pero no era como el Largo Camino, no era como ver la Tierra fulgurando sobre la pared anular de Copérnico, ni como rozar el linde de radiación de Júpiter, ni como ver un cometa jamás hallado por un ser viviente, ni como las historias y canciones y la camaradería del espacio...

Kyra apartó sus recuerdos. La sorpresa los había desencadenado. Y ella se sentía vulnerable porque, en su conflictiva situación con Guthrie, anhelaba un remanso de dulzura, paz, seguridad. Algo que nunca había disfrutado con Ivar, salvo en los breves instantes después de hacer el amor.

Eiko Tamura, en L-5. Sin duda Eiko tenía sus problemas, pero su espíritu parecía apartado de ellos; la serenidad de aquella mujer no podía ser fingida. Una vez Kyra le había enviado un amago de poema:

El lago, ambarino en el ocaso,
es plácido espejo de los pinos
que lo rodean: altas sombras
hendidas por fantasmales rayos plateados
tiñendo de azul las metálicas notas
sobre el agua donde, ala con ala,
silenciosas como el espacio,
tres libélulas orbitan como astros.

Nunca mencionó que lo había escrito pensando en ella, en Eiko.

El compartimiento la acogió. Apretó el pulgar contra la cerradura y entró siguiendo el vaivén de la puerta, que cerró luego con el pie mientras echaba una ojeada a la pantalla de video. Se había perdido el principio del noticiario, pero...

De nuevo estuvo a punto de soltar la bandeja.

La imagen era la de un hombre maduro y corpulento, de rostro ancho y chato, arrugado y curtido, ojos azules y claros bajo cejas pobladas y un cabello rojo y ralo. Llevaba la camisa abierta sobre un pecho velludo, bajo la chaqueta de un uniforme que en Fireball no se usaba desde hacía generaciones. Lo conocía, había visto esa misma configuración electrónica varias veces, y aquella voz de bajo le había golpeado los tímpanos media hora antes.

-Vine a América del Norte por mi cuenta, de una manera que no es preciso aclarar, para observar y hacer lo que personalmente considerase necesario. Lo que encontré me conmovió.

Kyra se volvió hacia Guthrie. Él se tocó el altavoz con un pedúnculo ocular: Silencio. Kyra se sentó.

-Daré los detalles después, cuando emita un informe completo -dijo el simulacro de Anson Guthrie, que lo reproducía tal como había sido cuando alcanzó la fama. Era la imagen que había generado para sus felicitaciones navideñas anuales a los consortes de Fireball y para sus infrecuentes discursos-. Quizás eso sea dentro de unos días, después de mi regreso a la oficina central de Quito y de haber deliberado con mis directivos. Hasta entonces, me han pedido que hable en favor de las medidas que son de conocimiento público. Lo haré con gusto.

Movió la boca en una mueca socarrona.

-Con gusto, pero con reservas. No es que de pronto me haya convertido al xuanismo ni a otra tontería parecida. Pero he comprendido que existe un peligro real y concreto. Algunos desesperados se han infiltrado hasta obtener acceso a las redes principales y a nuestra poderosa maquinaria, y pueden desencadenar fuerzas tan devastadoras como una lluvia de meteoritos.

Una imagen bien escogida, pensó Kyra. Todos tenían presente que el espacio albergaba amenazas improbables pero devastadoras, y se alegraban de que Fireball se encargara, contratada por la Federación Mundial, de vigilar para prevenirlas. Lo cual resultaba de pronto irónico.

-Estoy a favor de la libertad, no lo duden. A menudo he hablado sobre ese tema. Pero mis amigos también me han oído decir que la revolución social no es el modo de conseguirla. Se intentó en Francia en 1789, en Rusia en 1917... ¿para qué insistir? El gobierno de la Unión de América del Norte es capaz de reformarse a sí mismo. Dudo que un régimen que impusiera la ley marcial fuera capaz de hacerlo, y provocaría veinte o treinta millones de muertes. De ningún modo quiero tener esas muertes en mi conciencia. ¿Quién lo querría? Algunos habrán leído mis réplicas a los vehementes apologistas de la reducción demográfica, en una época en la que parecía que la curva de crecimiento no bajaría nunca. «Tenéis razón», les decía. «El planeta está excesivamente poblado y será mejor que hagamos algo al respecto. ¿Queréis ametrallar el excedente vosotros mismos, o comenzamos por vosotros?» En aquellos tiempos, también estaba a favor de la ecología, el amor maternal y el pastel de manzana, pero no podía entenderme con los ecofascistas. Ahora estoy a favor de la libertad, pero no puedo entenderme con los fascistas de la liberación.

Kyra no entendió el término «fascistas». Guthrie era propenso a usar arcaísmos cuando pronunciaba un discurso, y a divagar un poco.

-Las autoridades han descrito el peligro, el grado de infiltración de los conspiradores fanáticos. Luego explicaré cómo sé que esto es verdad, no propaganda. En este momento no tengo tiempo, ni lo tienen los demás. Debemos afrontar la situación, y pronto. Ordeno que Fireball Enterprises colabore plenamente con el gobierno de América del Norte en las medidas provisionales necesarias para hacer frente a esta emergencia. Exhorto a todos los demás a hacer lo mismo.

La imagen volvió a sonreír.

-En cuanto a las buenas noticias, repito que estas medidas son temporales. Entretanto, mientras aún dispongo de la atención de ustedes y de tiempo de emisión, diré que quienes me convencieron no fueron los avantistas recalcitrantes, los pertenecientes a la facción conservadora, sino los moderados, quienes comprenden que el sistema está abocado al fracaso de no reformarse. Nuestra cooperación los fortalecerá contra sus oponentes. Por eso decidí salir de la clandestinidad, y ha dado resultado. Más tarde, desde Quito, daré los detalles. Creo que la ocupación de nuestras instalaciones puede concluir dentro de un mes, y que las operaciones normales podrán reanudarse dentro de un par de semanas.

»A todos los hombres de buena voluntad y sentido común, gracias por su paciencia. Adiós.

La imagen se fundió y apareció una locutora.

-Acabamos de ver a Anson Guthrie, líder de Fireball Enterprises...

-Apágalo -dijo Guthrie-. El resto serán convencionalismos estúpidos.

Kyra obedeció.

-¿Ése era tu otro yo, jefe? -susurró-. ¿O un truco electrónico?

-No es un truco. Un programa inteligente que estudiara mis grabaciones podría haber preparado la farsa, pero se necesita algo más para que ésta surta efecto. Era mi doble el que hablaba, y en efecto se propone ir a Quito para ponerse al mando de la compañía.

Kyra sacudió la cabeza.

-¿Cómo es posible? Ha estado inactivo durante más de veinte años. De acuerdo, pudieron grabar los hechos históricos en su memoria, pero todo lo que es confidencial, los numerosos detalles personales...

-Sí, es toda una apuesta, pero evidentemente cree que puede ganar si sabe usar sus cartas. -Guthrie contempló el exterior. Su voz se convirtió en un murmullo-. Creo que yo mismo podría hacerlo, si mi copia no apareciera. ¡Por Judas, vaya farol! Casi le envidio.

-Y si él fracasa -comentó Kyra sombríamente-, los avantistas no habrán perdido mucho.

-En efecto. La situación puede ser algo embarazosa, pero entre los gobiernos impera el amiguismo. Ninguno critica demasiado al otro a menos que amenace la paz o el medio ambiente. América del Norte insistirá en que intentaba impedir un desastre, por errados que estuvieran algunos funcionarios. Entretanto habrá cosechado los beneficios de sus relaciones de camaradería con Fireball, algo que esta deprimida economía necesita tanto como una nave espacial agujereada necesita aire. La compañía no podrá rescindir esos compromisos, ni castigar la travesura con mucha severidad. Un bloqueo comercial por ejemplo, es poco práctico. Otros países revenderían lo necesario a América del Norte, y además nos ganaríamos su hostilidad.

Desde luego, si mi antiyó puede eliminarme sin que nadie se entere, y sin cometer un error garrafal que lo delate, los avantistas han ganado. O eso creerán. Tardarán en convertir Fireball en una fuerza política activa, pero dispondrán de tiempo. Lo logren o no, Dios sabe cuál será el resultado.

Miró de soslayo a Kyra.

-No dejes que se te enfríe la comida, muchacha, y menos el café. ¡Cómo me acuerdo!

Kyra siguió su consejo. A pesar de todo, su cuerpo, acostumbrado a resistir, agradeció el alimento. Con más calma, preguntó:

-¿Cuál ha sido el anuncio oficial?

-Lo que mi antiyó acaba de resumir. Se ha descubierto que los extremistas están infiltrados en el aparato estatal, Fireball, otras organizaciones, el infierno, todo lo conocido. Nada concreto, pero es alarmante. Los terrores descritos con vaguedad son los peores. Se debe actuar contra ellos... ¿Quieres la lista?

Kyra asintió con un gesto mientras masticaba.

-Bien, ya sabes que nuestras instalaciones están ocupadas. Recuerdo que sospechabas que habrían tomado drásticas medidas de seguridad en los aeropuertos. Tenías razón. Los más pequeños han sido clausurados hasta que sean sometidos a un control estricto. Ninguna aeronave privada puede salir de América del Norte sin inspección y autorización previas. Los satélites y aeróstatos pueden encargarse de la vigilancia, como sabrás.

»Hay controles en todas las fronteras terrestres, a pesar de los inconvenientes que causan al público. Presuntamente buscan "instrumentos mortíferos", pero tú sabes qué registrarán los detectores, aunque los simples policías no lo sepan. Imagino que tendrán órdenes de inspeccionar todo aquello que concuerde con mi descripción y de arrestar al portador.

«Inspección de toda nave marítima antes de darle la autorización para viajar al exterior. Eso no causará tanto revuelo diplomático como puedes creer. Si sólo se busca una red neuronal, la tarea será rápida y fácil.

«Correspondencia internacional... paquetes y objetos de cierto tamaño, desde luego. Comunicaciones electrónicas... el volumen es monstruoso, pero están desviando los hiperordenadores para el rastreo y no les importa lo que suceda entretanto con los servicios del Gobierno. Correspondencia por carta... no lo sé, no han dicho nada, pero no es muy abundante y suele ser lenta, no nos sería útil. No olvides que mi doble pronto estará al mando, impartiendo órdenes.

Kyra hizo una mueca.

-Siento que el cerco se cierra -dijo.

-Yo nací con esa sensación, querida mía -replicó Guthrie-. Fue uno de los motivos por los cuales mi interés se centraba en llevar a los humanos al espacio. Una puerta de salida.

-Pero... dentro del país...

-Una cacería humana. Mejor dicho, una cacería de Guthrie, aunque desde luego nadie lo dice. En el comunicado se ha hablado de alerta general y búsqueda exhaustiva de fanáticos. Si a algún ciudadano se le ocurre declarar abiertamente que es un montaje ya te imaginas cuánto durará. Diantre, ni siquiera querría que me despacharas a ningún destino dentro de estas fronteras.

-¡Oh no! -jadeó Kyra.

-Estaría menos preocupado si se tratara sólo de los avantistas. Pero mi principal enemigo es otro. Él me conoce. Ha hecho una apuesta, pero debe haber calculado muy bien las probabilidades. Y los caciques de América del Norte siguen su consejo.

Claro, pensó Kyra. Es lo mejor que pueden hacer teniendo en cuenta lo que el jefe ha logrado en vida, y después.

-Lo único que puedo hacer en este momento es ponerme en su lugar -continuó la caja-. Yo trataría de seguir con el juego. Trataría de lograr que el otro no saliera del país, de mantenerlo en fuga el mayor tiempo posible, de que no se lo capturara de inmediato. Porque con cada día que pasara, mi posición se consolidaría. Y tomaría todas las medidas para impedir que alguien como tú, que sabe la verdad, me escondiera y la proclamara luego. En poco tiempo, y si se toman precauciones puede acallarse un rumor... quizá no del todo, pero lo suficiente en la práctica.

-¿Estás seguro 'de eso? -preguntó Kyra.

-No -dijo Guthrie-. Él tampoco. No es fácil acallar a alguien de una empresa como Fireball, que siempre ha valorado la independencia personal. Pero hay maneras de hacerlo.

»En realidad, tanto él como yo estamos apostando. Mi conclusión, y sospecho que también la suya, es que lo más conveniente para mí es presentarme allí personalmente, pronto, antes que haya tenido tiempo de actualizar sus conocimientos y consolidar su posición.

Kyra se estremeció.

-Parece una estrategia bastante arriesgada.

Las lentes chispearon.

-Así es. Y también para ti, me temo.

A Kyra le latían las sienes.

-Señor Guthrie, he prestado juramento. -Le pareció una frase melodramática. Los pilotos eran más bien parcos en palabras-. Fireball me ha ayudado, y quiero que siga siendo lo que es.

-¡Ojalá pudiera abrazarte! -suspiró Guthrie. Luego rió-. Por afecto, por gratitud, pero también por una abstracta lujuria. Aún puedo apreciar que eres una mujer apetecible.

¿Cuántas tentaciones había resistido?, se preguntó Kyra. Con su fortuna, Guthrie podía costearse cualquier paraíso quivirano, todos los que quisiera. Pero si se concedía aquel placer, no era con frecuencia ni por mucho tiempo. ¿Por qué? ¿Por qué, siendo incorpóreo, se obligaba a mantener un contacto tan estrecho con la realidad?

Se alegró de que así fuera. Sonrió.

-Gracias, jefe. Por lo que he oído acerca de tus modales, eso ha sido muy halagador. Me encantaría aceptar ese ofrecimiento. Por lo que respecta a los riesgos, he corrido alguno en varias ocasiones.

-Lo sé. Hace tiempo...

Al cabo de un rato ya estaban sumidos en sus recuerdos.

10
BASE DE DATOS

La solitaria aldea se levantaba en las alturas. Por la ventana de la casa, Guthrie vio las últimas luces derramándose desde el oeste sobre los campos cultivados, sobre la hierba amarillenta y los escasos matorrales, hasta donde el altiplano se perdía en lontananza y un fulgor teñía de rosado los picos nevados de las montañas. En el cielo del atardecer brillaba un planeta blanco; Saturno, pensó. Los rayos del sol teñían de oro las llamas que un pastor traía de los pastos. La vida y el trabajo que proporcionaba el sustento continuaban porque así debía ser, mientras lo permitieran la guerra y la política.

El sol desapareció y cayó la noche. Soplaba un viento helado.

Guthrie tiritó, pues la pequeña ventana no tenía cristal, y si deseaba preparar sus defensas no podía cerrar los postigos. La casa apenas merecía tal nombre; «choza» era el término más adecuado para esa única habitación sin embaldosar y escasamente equipada. Las paredes de tierra eran sólidas, y dos hombres no habrían podido defender algo más grande.

Miró con cautela, vigilando por encima del borde varios segundos cada vez. Si asomaba la cabeza, recibiría un balazo. Eso había estado a punto de suceder mientras él y Moreno contenían el ataque senderista, pero sus disparos habían desalentado a los francotiradores, y pronto los atacantes se retiraron.

Guthrie temía por el Jeep. Estaba a cincuenta metros, en una carretera que no pasaba de ser un camino, allí donde él y Moreno lo habían abandonado cuando los guerrilleros habían comenzado a disparar. No sabía cómo habían logrado llegar a aquel refugio, y se preguntaba si no habría sido más inteligente rendirse y ponerse en manos de los maoístas. Guthrie dio una orden, y sin pensar, ambos cogieron los rifles y corrieron agazapados zigzagueando. La casa estaba vacía, ya fuera casualmente o porque la familia había huido aterrorizada. Sólo cuando estuvieron dentro Guthrie se dio cuenta de que llevaba las llaves del vehículo. Dos hombres custodiaban el Jeep. Los había visto antes, indios bajos y hoscos con ropa informe y armas de fuego: una pistola ametralladora y un Cok AR-15, probablemente robado. Se habían subido al vehículo y sólo se distinguía la brasa de un cigarrillo. El pastor quedó fuera de su campo de visión. No había nadie más ni ningún otro edificio cerca. Sin duda el resto de la banda se encontraba debajo de los tejados, en la aldea donde se habían visto obligados a acuartelarse. Guthrie no sabía cuánto hacía que estaban allí, aunque suponía que no mucho, ni si los habían acogido voluntariamente. Qué más daba. Cuando llegaba Sendero Luminoso, o lo recibías como a libertadores gloriosos o te mataban, no siempre de una forma poco dolorosa.

Se apartó de la ventana. Luis Moreno Quiroga montaba guardia en la de enfrente, una sombra delgada en la creciente oscuridad.

-Es un consuelo -comentó Guthrie en inglés-. Temía que intentaran poner el Jeep en marcha, y que lograran hacerlo o que lo averiasen. Ahora esperarán a que amanezca.

-No creo que lo intenten -respondió Moreno. Había trabado amistad con Guthrie cuando ambos estudiaban ingeniería en Seattle. Él terminó la carrera, Guthrie abandonó la universidad. Poco tiempo después se encontraron en Chile, la patria de Moreno-. Tienen que cogernos como sea.

-Sí, pero se podrían haber puesto nerviosos con el Jeep. -Era un botín valioso: importado de Estados Unidos por los socios, viejo pero bien conservado y capaz de circular por cualquier terreno. «Viejo» porque había sido fabricado por la American Motors y eso significaba que era excelente; además, no requería combustible sin plomo, que no era fácil de conseguir en el altiplano andino-. Pueden matarnos de hambre. No, de sed. -Guthrie sentía la sequedad en las fosas nasales.

-No harán eso -dijo Moreno-. Por una cuestión de prestigio. Creo que esta noche, cuando estemos cansados y somnolientos y no veamos nada, tendremos jaleo. Derribarán la puerta y barrerán la habitación con una descarga.

-Iba a decirte que sospechaba lo mismo. Así que deberemos tomar precauciones. Oye, ¿por qué hablamos en yanqui? -Y añadió en castellano-: Luis, amigo mío, lo siento.

-El inglés es mejor. Alguien puede estar escuchando.

-Es verdad... Lamento haberte metido en este lío.

Moreno rió entre dientes.

-Nos metimos juntos, Anson. Ni tú me obligaste, ni yo a ti, aquel día en la fiesta de Vanee Holbrook, cuando decidiste acompañar con cerveza el ron que yo había llevado.

-Sí, pero la idea fue mía. -Reunir capital. Viajar al sur. El mercado americano de los coches clásicos se había recuperado con la economía. Muchos de aquellos vehículos sobrevivían en el norte de Chile y Perú, mantenidos en excelentes condiciones por sus propietarios y gracias al clima. Se trataba de comprar barato, enviarlos al norte y vender caro.

-Y dio resultado -continuó Moreno-. Nuestro error no ha sido internarnos en el Perú, sino desviarnos para conocer el lago Titicaca, y creer que ese idiota que conocimos en lio sabía de qué hablaba cuando nos dijo que no quedaban terroristas en la región.

-Tal vez tuviera razón. Podría tratarse de una banda solitaria haciendo una incursión. Debería haber tenido en cuenta esta posibilidad y buscado el modo de unirnos a una caravana. -Guthrie escupió-. Estamos hablando como un par de liberales, ¿eh? Remordimientos. En cuanto nos descuidemos, nos sentiremos culpables de la pobreza de los lugareños.

Moreno frunció el ceño.

-Ellos consideran que lo somos. -Hizo una pausa-. No creo que nos tomen como rehenes ni que pidan rescate si nos rendimos. Sobre todo después de haberlos puesto en evidencia ante todos. Hemos sido muy cabezotas. Nos conviene tenerlo en cuenta a partir de ahora.

Guthrie sentía furia e impaciencia además de miedo.

-Espero que nuestra terquedad nos ayude antes a salir de ésta. Y eso haremos.

-¿Cuándo?

Guthrie quería responder «De inmediato», pero se obligó a decir:

-Cuando haya oscurecido del todo. Ellos también esperarán, para atacar sin ser vistos, pero la luna no saldrá hasta las once, así que quizá no tengan prisa. ¿Qué te parece si nos largamos dentro de una hora?

-De acuerdo. -Y Moreno añadió con voz queda-: Si no te molesta, deseo meditar y rezar.

-Lo entiendo. Yo también.

Meditar, al menos. No se requería mucho esfuerzo para permanecer al tanto. El cuerpo se encargaba de ello, un animal al acecho, los sentidos tan agudizados que podía apreciarse cada estrella desde que despuntaba sobre la planicie gris. La mente sufría el suplicio de la espera, a menos que pudiera sacar fuerzas de otra parte. Guthrie trató de no oír los susurros de su amigo. No tenía derecho a escuchar cuando un hombre hablaba a su corazón.

O con su Dios. Para Guthrie ambas cosas eran lo mismo.

Procuró recordar días felices.

-Puedo invocar recuerdos desde lo más hondo. -Sí, pero ¿vendrían? Su padre, un maquinista corpulento y afable que no se arrodillaba ante nadie. Su madre, una mujer risueña que se las apañaba para infundir sentido a los programas informáticos que escribía. Susie... ¡cielos!, se había perdido la graduación de su hermana, ni siquiera se había acordado de enviarle un regalo o llamarla por teléfono.

Recordó su acogedora casa, en medio de un desagradable puerto marítimo industrial; las tierras circundantes: los imponentes y antiguos bosques, el majestuoso oleaje llegando desde los confines del mundo. Tenderse en calma en una balandra de seis metros al alba, totalmente azul; en el silencio, una docena de oreas nadando por el estrecho de Juan de Fuca, y una de ellas pasando la cabeza sobre la borda como en un saludo. Una caminata bajo la lluvia en el pinar, de la mano de una muchacha... No. No esa historia: la preñez, las palabras, las lágrimas y las risas solapadas, el recuerdo punzante aun mucho después de la adopción; y siempre esa mirada en los ojos de su madre, aunque ella nunca tuvo para él otra cosa que palabras cariñosas. Con su negligencia y su terquedad la había traicionado, los había traicionado a todos, así como hoy se había traicionado a sí mismo.

Deseaba fumar su pipa, pero se la había dejado en el coche.

¿Cuándo diablos pasaría aquella hora? ¿Y para qué esperar, a fin de cuentas? Ya estaba bastante oscuro. En cualquier momento los senderistas atacarían si se había equivocado, y sería demasiado tarde. Encendió la linterna, enfocó su reloj, leyó de nuevo los números. Todavía no, todavía no. ¿Por qué no? Bien, había dicho una hora. Sesenta minutos. Si no podía aguantar ese tiempo, Luis le perdería el respeto. Aguanta, compañero, aguanta. Canta canciones, pero no en voz alta. A Luis no le gustaría. Mentalmente... todas las canciones que sepas, incluidas las procaces. Especialmente ésas: «We never mention Aunt Clara...».

Tiempo, por Dios, tiempo.

-Vamos. -Fue como oír la voz de otro.

Decidieron rápidamente, entre susurros, quién haría qué. No se plantearon las contingencias, que eran imprevisibles. Moreno apretó el hombro de Guthrie.

-Pase lo que pase, has sido un gran amigo, Anson. Gracias.

Guthrie lamentó no haber tenido el mismo impulso, y no dar otra respuesta mejor que:

-Lo mismo digo. Vamos, a por ellos.

Habían echado a suertes quién saldría primero. Le tocó a Moreno. Salió y corrió agazapado a lo largo de la pared, dobló la esquina, aferrando el rifle con ambas manos. Guthrie lo siguió a cierta distancia. El Jeep era un fulgor turbio bajo las estrellas.

Oyó el zumbido antes de oír el estampido. Había por lo menos otro hombre apostado fuera del coche. No lo busques, sigue andando.

Otro estampido, y otro. Moreno cayó de lado. Rodó dos veces y quedó tendido.

Sigue andando.

Moreno debía atacar el coche por un lado, pero el plan había fallado. Guthrie se acercó por detrás, cogió el helado picaporte de la portezuela. No la habían asegurado. Abrió de golpe. El hombre que estaba al volante se movió. El que estaba a su lado era una mancha oscura. Empuñó el arma, desconcertado. Guthrie disparó. El hombre se estrelló contra el salpicadero y se derrumbó sin vida. Guthrie disparó contra el otro, que se agazapó y desapareció, con un grito.

Guthrie dio media vuelta, apoyó la espalda contra el metal. Moreno era un guiñapo en el suelo. Guthrie disparó varias veces la semiautomática, más o menos al azar. Tal vez acertara o no al tercer hombre. Metió el rifle en el coche, corno hacia su amigo.

Se agachó junto a Moreno: sus ojos eran blancos en la cara borrosa. La sangre que manaba de la boca relucía bajo las estrellas. ¿Oyó que le decía que se fuera o se trataba sólo de un gemido? No abandonamos a nuestros heridos, pensó vagamente. Con más fuerzas de las que creía tener, alzó a Moreno en brazos y corrió hacia el Jeep.

Oyó gritos. Estampidos y zumbidos. Las balas rebotaron contra el vehículo pero ninguna le dio. Era un blanco difícil de noche, moviéndose deprisa y con la ventaja de la sorpresa. Era pura mala suerte que hubieran herido a Luis. Guthrie llegó al coche. Pisó con las botas a un hombre que pataleó y gimió. Algo crujió. Guthrie metió a Moreno en el asiento trasero y se puso al volante. Sin cerrar las portezuelas, giró la llave, apoyó los pies en los pedales, la mano en la palanca. El motor despertó con un rugido.

Más hombres se acercaron en las sombras. Los maoístas tenían su propio vehículo. Una desvencijada camioneta salió de la aldea constelada de luces. Los faros hendieron la noche. Guthrie arrancó. Aceleró. Las portezuelas golpearon los lados del Jeep.

Avanzó varios kilómetros por la maltrecha carretera. El terreno era cada vez más empinado y accidentado. Cuando dejó atrás la camioneta, apagó los faros, puso la tracción de cuatro ruedas y salió de la carretera. La camioneta no podía seguirlo por allí y dejaría atrás a cualquiera que lo persiguiera a pie.

Al fin juzgó que podía detenerse. El silencio era abrumador. Se apeó, abrió la portezuela trasera, se inclinó.

-¿Luis? ¿Luis, amigo?

Bajo la luz del firmamento, sólo vio una mandíbula floja y unos ojos que lo miraban sin pestañear, secos.

El guerrillero del asiento delantero también había muerto, como Guthrie sospechaba. Su único disparo le había entrado por el pómulo y salido por la nuca, abriendo un agujero en el parabrisas, derramando sangre y sesos, que ya se congelaban con el frío.

Era un chiquillo, tal vez de unos dieciséis años, aunque aparentaba catorce.

Guthrie dejó su cadáver para que lo encontraran sus compañeros. Tal vez lo hicieran antes que las hormigas y los buitres. Limpió la suciedad como pudo, acostó a Moreno -en posición fetal, pues no había espacio, ¿no era ésa la manera inca?- y siguió su camino. Más tarde comprendió que también había dejado atrás su juventud.

11
BASE DE DATOS

El 20 de julio era festivo en Fireball, así que Boris Ivanovich Nikitin pidió permiso en la escuela para acompañar a Kyra Davis. Se habían conocido al mismo tiempo que sus padres, y se reunían con frecuencia. Dada la escasa población y la atmósfera de cordialidad, no había motivos para que los consortes vivieran en un complejo, aunque desde luego tendían a entablar más relaciones entre sí que con extraños.

La pareja viajó a Novgorod y él la guió por la zona histórica. Ella había visitado la ciudad dos años atrás, cuando su familia llegó a Rusia, aunque brevemente. Sus recuerdos eran imprecisos, dada la confusión del momento. Desde entonces, a pesar de la cercanía, Kyra había estado demasiado ocupada para repetir la experiencia.

La mañana era deliciosa. Tenían el kremlin para ellos solos. Las ruinas se habían restaurado con la máxima fidelidad. Era extraño que tan pocos las visitaran, pensó Kyra. Tal vez una ojeada ocasional en el multiceptor satisfacía a la mayoría, si es que aquello llegaba a interesarles. La luz del sol acariciaba las cúpulas bizantinas de Santa Sofía.

-Yaroslav el Sabio la construyó en el siglo XI cuando se incendió la catedral de madera -explicó Boris-. Pero las Puertas de Korsun ya estaban a punto, traídas de Crimea sesenta años antes por el gran príncipe Vladimir. La ciudad, fundada por aventureros varangianos, tenía entonces doscientos o trescientos años de antigüedad. Sus rutas comerciales llegaban hasta Constantinopla y los confines de Asia. Novgorod fue la primera en recibir a Rurik cuando éste llegó desde el norte en su nave dragón.

Boris hablaba con voz melodiosa. Kyra sospechaba que para él aquello era más real que el mundo que podía tocar, y nunca se serviría de un quivira. Deseaba ser historiador: no desenterrar los hechos y retenerlos, algo que una máquina podía hacer mucho mejor, sino comprenderlos, reconstruirlos y transmitirlos a sus descendientes. Kyra se preguntaba quién le pagaría por ello, y quién lo escucharía. ¿El compilador de un programa quivira, tal vez?

Incapaz de decírselo, se limitó a replicar:

-¡Qué coraje!, ¿verdad?

Su incapacidad se debía en parte a su pobre dominio del ruso. Un educador con modulación neuronal podía inculcar rápidamente los rudimentos de un nuevo idioma, pero se requerían tiempo, práctica, lectura y reflexión, además de conversación, para dominarlo de veras. Normalmente Kyra trataba con sus compañeros de estudios, de distintas procedencias, pero que usaban el inglés como lengua común.

-Tuvieron ocasión de serlo. -Boris apretó un puño. Miró más allá, como si sus ojos atravesaran las murallas, hacia los caudalosos ríos que recorrían su tierra, y los mares donde desembocaban-. Su mundo estaba rodeado por lo desconocido. Lo desafiaban con velas y remos, a caballo y a pie, con el viento en la cara y los músculos tensos, porque eso era cuanto tenían. No existían los robots ni los ordenadores omniscientes. Y cuando querían soñar despiertos, acudían a sus poetas y narradores, seres humanos, o lo hacían por su cuenta.

Dejó caer la mano a un costado.

-Pero eso fue hace mucho tiempo -concluyó.

Kyra sintió un cosquilleo en la espalda.

-No en el espacio -dijo.

Librodot

-Para los que son como tú, supongo. Si están dispuestos a abandonar esa imitación de la naturaleza que queda en la Tierra. Si pertenecen al pequeño grupo de escogidos. ¿Y durará toda la vida?

Boris sacudió la cabeza y soltó una carcajada.

-Parezco un pájaro de mal agüero. Perdóname, y haz que me perdone por haber olvidado la deliciosa compañía en que me encuentro. Ven, deja que te enseñe el resto.

Y fue un acompañante encantador, a su manera levemente engolada. Al mediodía propuso irse de la ciudad para comer en una posada campestre que conocía. Caminando hacia el aparcamiento, Kyra apreció nuevamente la paz de aquellas calles, tan diferentes del frenesí de Erie-Ontario.

¿Apacibles o huecas?, se preguntó de repente. Una cálida luz bañaba aceras, paredes y ventanas. Los edificios eran anticuados pero se mantenían en buenas condiciones. Los árboles susurraban con la brisa y moteaban el suelo con una danza de sombras. Pero los vehículos eran escasos. La negrura de muchas ventanas indicaba la desocupación de las casas. Pasó una niña, rebosante de ternura con sus trenzas y su vestido almidonado, pero muy solitaria. Tres mujeres estudiaban pausadamente las mercancías de una tienda de comida natural; tal vez los productos eran demasiado caros, o quizá no tuvieran otra cosa que hacer. Un vendedor trató tímidamente de ofrecerle sus joyas artesanales, pero no insistió cuando ella declinó su ofrecimiento tras un breve vistazo. Un portal abierto revelaba un patio donde algunos hombres de pelo gris o blanco jugaban al ajedrez ante varias mesas. Una pulsación suave, casi imperceptible, vibraba en el aire, procedente de las máquinas que trabajaban y que constituían los órganos vitales de la ciudad.

Era de esperar, pensó Kyra. Había visto la misma situación a menudo, por multi y a veces personalmente, en gran parte de América del Norte. La población tenía que disminuir, pero la reducción generaba nuevos problemas; dada la distribución por edad, habrían sido imposibles de resolver de no mediar el trabajo de las máquinas. Cuando un pueblo se tomaba aquella necesidad tan en serio como habían hecho los rusos, obligados por las circunstancias, toda su sociedad se veía sometida a cambios radicales.

Las medidas de reducción ya no eran necesarias, si es que alguna vez lo habían sido. Por medio de la gestión racional (la especialidad de los hiperordenadores) la Tierra podía mantener a muchos miles de millones de habitantes. Kyra no soportaba la masificación y se alegraba de poder escapar al espacio. No obstante, por un momento se preguntó si el mar humano donde el Complejo de Toronto se erguía como una isla no era preferible a aquel vacío. ¿Aquella gente era racional y altruista, o simplemente estaba desanimada?

¿A qué venía aquello? Era tan pesada como Boris. Habían salido para divertirse, no para actuar como personajes de Dostoievski.

El viaje hasta la posada fue agradable, y sobrevolaron un paisaje totalmente rural. Kyra vio una fábrica en el parque, pero no desentonaba: los edificios eran de colores y forma discretos; los nanotanques del interior generaban repuestos para robots. Boris viró al norte de las vastas plantaciones y sobrevoló una reserva en desarrollo. Las hormonas habrían hecho crecer el bosque al cabo de cinco años.

-Lo poblarán con animales nativos -explicó-: ciervos, alces, osos, lobos.

-¿Algunos de esos animales no están extinguidos?

-Creo que la mayoría se pueden encontrar en zoológicos de este país o del exterior. Y si no, sus genomas se conservan y se pueden clonar. ¿Has oído hablar del intento de regeneración del tarpán de Siberia?

-Sí. -Kyra sonrió-. Lo que me divertirá serán los mamuts, cuando los hagan. Aunque estoy intrigada. He oído que hay que reparar el ADN de los especímenes de la Edad de Hielo antes de copiarlo. ¿Cómo sabrán que los daños no son irreversibles? ¿Están seguros de poder reproducir el mismo animal?

-Si consiguen un elefante velludo de colmillos largos y curvos...

-Y si es moteado, sabrán que se equivocaron. ¿Crees que alguien lo intentará con un dinosaurio?

La posada se hallaba en las colinas Valdai, entre abedules blancos y dorados. Era nueva, pero respetaba el estilo tradicional de moda. La comida y la bebida eran excelentes, y se ocupaban de servir chicos y chicas vestidos con trajes típicos. Un cantante se acompañaba con una balalaika. Los camareros no paraban ni un momento. Los dueños del establecimiento, una pareja, debían de estar forrándose. ¿Y por qué no? ¿Debían limitarse a recibir pasivamente su crédito de ciudadanos y matar el aburrimiento mirando el multiceptor? En aquel lugar podían encontrar alicientes para tener un par de hijos.

Kyra ahuyentó ese pensamiento. Era un sitio demasiado bonito.

Falso, desde luego. Una imitación. Pero ¿qué tenía de malo? Más le valía disfrutarlo. Al día siguiente regresaría a la escuela y su trajín, y debería poner los cinco sentidos en lograr su propósito de obtener un puesto en el espacio, donde todas las cosas y las personas eran reales.

12
BASE DE DATOS

Una brisa fresca soplaba desde el ocaso, siguiendo un camino de oro ardiente. La goleta navegaba, las velas henchidas de aire y de luz, blancas contra un azul que iba convirtiéndose en violeta a medida que anochecía. Las olas brillaban con multitud de colores en la vastedad del Mar de Coral. Lamían la proa, susurraban y batían el casco, se arremolinaban a popa formando una estela dorada.

Anson Guthrie y Juliana Trevorrow estaban a solas a proa. El timonel no les prestaba atención. Los demás pasajeros y tripulantes se hallaban en cubierta, y sus voces se perdían en el rumor de las aguas.

Guthrie aspiró una bocanada de aire y exhaló lentamente.

-Qué placer -murmuró-. No quedan muchos lugares donde uno pueda respirar así.

Trevorrow asintió.

-Ni con este panorama ni tantos lujos. -El crucero incluía la Gran Barrera de Arrecifes, y se entregaban snorkels o acuapulmones a quienes los solicitaban.

-Me alegra que hayamos venido cuando todavía es posible. -La afluencia masiva de turistas obligaba a imponer nuevas restricciones-. Pensaba que no podía permitírmelo, pero luego me dije que tampoco podía perderme una oportunidad quizás única.

-Estoy de acuerdo. En mi caso no era un problema de dinero sino de tiempo, pero tienes razón.

Era agradable escuchar a Trevorrow. Tenía una sedosa voz de contralto y, aunque era oriunda de Sidney, su acento parecía más británico que australiano; un susurro de bosques ingleses desaparecidos tiempo atrás. También le gustaba su apariencia: alta, piernas largas, cabello rubio enmarcando unos rasgos casi clásicos. Había vigor en aquellas manos que aferraban la borda. Al principio ella se había mantenido distante, pero al cabo de unos días evidentemente había decidido conocerlo mejor.

Guthrie aprovechó la oportunidad.

-¿Estás muy ocupada, pues? ¿Puedo preguntarte en qué trabajas?

-En lo que los americanos llamáis desarrollo, según creo. -Ella sonrió-. No, no a construir hileras de casas. Empecé en la empresa de mi padre. Compró tierras de pastoreo abandonadas desde la caída del mercado de la madera y aplicó la biotecnología para convertirlas en tierras de cultivo. Últimamente he comenzado a trabajar por mi cuenta.

-No en lo mismo, supongo.

-No, ahora soy contratista en el norte de Queensland. Los obreros que construyen el centro espacial necesitan suministros y servicios en esa región tan apartada. Lo mismo ocurre en toda aquella zona. Por ejemplo, podemos preparar el terreno desde el principio, aun en el caso de viviendas provisionales; prevenir problemas con la erosión, el agua y las plagas. Podemos prepararnos para cultivar y exportar frutas tropicales en cuanto el transporte sea adecuado; hay mucho potencial, lo cual, entre otros beneficios, permitirá a los naturales de la región obtener unos ingresos razonables. Las posibilidades son ilimitadas. -Suspiró-. Pero es difícil levantar una empresa. Desde el punto de vista práctico, ha sido una tontería que me tomara estas vacaciones. -Rió-. Una estupidez afortunada.

Guthrie se sintió alegre.

-¡Vaya coincidencia! -exclamó-. Mis intereses son similares.

Librodot

-¿Sí? -preguntó ella con verdadero interés-. ¿En qué?

-Bien, tengo que tantear el terreno. Debería haber empezado en cuanto bajé del avión, pero... Poseo cierta experiencia en la construcción y dispongo de dinero para invertir en alta tecnología y equipo informático del que permite a un hombre hacer el trabajo de veinte. Quizá podamos colaborar. No quiero resultar impertinente, pero tal vez quieras que lo comentemos.

-A lo mejor -dijo ella con cautela-. ¿No te arriesgas demasiado?

Guthrie se encogió de hombros.

-Así es más divertido.

-Creo que antes te convendría intentarlo más cerca de casa.

Guthrie meneó la cabeza. Su tono se endureció.

-Perdería la camisa, y hasta los pantalones.

-¿Por qué?

-Ya sabrás lo que sucede en Estados Unidos. Aunque tal vez sea preciso vivirlo para darse cuenta de en qué se está convirtiendo ese país. En Canadá sucede lo mismo. Tras pasar varios años en Sudamérica, volví con dinero para invertir, y me ha sido imposible.

-Sé que el movimiento de Renovación está en auge.

-Sí, parte de todo se debe al ecologismo radical.

Ella frunció el ceño.

-El planeta necesita ayuda.

-Claro, nadie lo discute. He sido conservacionista desde que tengo uso de razón, y de eso hace mucho. Pero si alguien me llama ambientalista, más vale que se prepare para las consecuencias. Por lo que me cuentas, tu padre y tú estáis haciendo cosas para reparar unos daños e impedir otros. Lo encuentro fantástico. Pero de nada sirve clausurar centrales nucleares para que la gente se muera de frío en invierno y tenga que respirar las emanaciones de los generadores alimentados por carbón, que no sólo contienen bióxido de carbono y elementos cancerígenos, sino más radiactividad de la que jamás hayan liberado los accidentes nucleares; o pagar precios exorbitantes por placas solares que en un día claro apenas generan energía para una bombilla. Ni me parece lógico prohibir plásticos reciclables sustituyéndolos por papel, que exige que transformemos nuestros últimos bosques en plantaciones de monocultivo; ni agobiar a las empresas con tantos impuestos, regulaciones y papeleo que todas quiebran excepto las grandes corporaciones. Ni...

Hizo una pausa para respirar.

-Sí, eso y otras cosas -dijo ella-. También ocurre en Australia.

-No creo que sea lo mismo. -Guthrie sonrió con cautela-. Lo lamento, no pretendía hacer un discurso. En realidad, creo que el ecofascismo es sólo parte del mal, que es el fascismo en general, o el puritanismo, si lo prefieres. H. L. Mencken definió una vez a un puritano como un hombre que se despierta por la noche sudando de frío al pensar que alguien, en alguna parte, lo puede estar pasando bien. Así que protejamos al pobre e ignorante consumidor de sí mismo. Gravemos con impuestos el alcohol, el tabaco y la comida rápida para encarecerlos y hagamos propaganda en su contra con vistas a su prohibición. Adoctrinemos a los niños en la escuela, fundemos equipos deportivos. Kraft durch Freude. Centupliquemos el precio del combustible: salir de paseo es perverso, y mantener tu casa a una temperatura agradable es antisocial. Asegurémonos de que todo frasco de medicamentos sólo pueda abrirse con una sierra, o una carga de nitroglicerina.

»Mientras, continuemos con nuestra edificante tarea. Exijamos empleo para la proporción adecuada de hombres, mujeres, homosexuales, gente de otras razas y discapacitados. Limitemos el acceso a las universidades a los inteligentes, los cultos y los que estudian, para que puedan entrar los "mentalmente débiles". Excluyamos de las bibliotecas y las librerías los libros que hacen observaciones poco delicadas. Mejor aún, prohibamos su publicación. Mantengámonos atentos a las frases incorrectas, reprendamos públicamente al ofensor, llevémosle ante los tribunales y multémoslo. O démosle una paliza, que nadie nos denunciará...

»¡Vaya! He vuelto a empezar. ¡Que manera de desperdiciar una puesta de sol como ésta. Perdona.

-No hay de qué. Aunque no esté siempre de acuerdo, me gusta la gente que se apasiona por sus ideas y no teme expresarlas, al menos si su intención es buena. ¿Por eso has venido aquí?

-No precisamente -admitió Guthrie-. Podría haber regresado a Sudamérica. Ahí abundan las oportunidades, ahora que las instituciones democráticas se están consolidando. Pero Australia tiene un programa espacial. El nuestro está irremediablemente paralizado por la burocracia y la rigidez de ideas. Demasiados empresarios se han desanimado al tratar de impulsarlo por su cuenta. De un modo u otro, el gigante inflexible ha terminado por aplastarlos. Los europeos y japoneses se han conformado con lo que tienen, que no está mal, pero que tampoco parece que vaya a mejorar. Además, no reciben bien a los extranjeros.

»Tu gente ha decidido construir un puerto espacial. Hablan de mejorar los sistemas de lanzamiento. Quiero participar, aunque sea mínimamente. Lo deseo de veras.

Ella lo miró fijamente.

-¿Por qué?

-Pues porque en eso está el futuro, si es que tenemos alguno. He dicho que soy conservacionista. Es verdad que ya no podemos seguir expoliando nuestra Madre Tierra. Si no empezamos a extraer los recursos de otras partes, y pronto, la era industrial está acabada, y con ella sucumbirán miles de millones de personas. Los que puedan sobrevivir a la catástrofe regresarán a la barbarie. Quiero algo mejor para mis hijos.

-¿Cuántos tienes?

-Por ahora ninguno. Soy soltero. -A esas alturas ya no importaba aquel lejano contratiempo. Ni veía motivos para mencionar a Bernice. Ella lo había intentado, y también él, a duras penas, y el divorcio había sido amistoso; sin embargo Guthrie hacía aquel viaje en parte para olvidar el dolor.

-Tienes razón en que necesitamos espacio -dijo Trevorrow-. Al menos yo pienso igual. -Titubeó-. Y no se lo he comentado a nadie, excepto a mi padre.

-Creo que yo tampoco. -Guthrie sonrió-. A decir verdad, espero amasar una fortuna con esta causa. Una fortuna obscenamente grande. Espero beneficiarme haciendo el bien.

-Sí, deberíamos hablar más -dijo ella tímidamente.

Él sintió un aguijonazo de euforia, pero ambos callaron. Miraron hacia el oeste. El sol había descendido y el oscuro mar reflejaba el fulgor del cielo. La brisa cobró fuerza, acariciándoles el rostro, susurrando entre las velas. Un botalón crujió. La goleta se ladeó y el murmullo del oleaje se intensificó. El profundo silencio del firmamento, sin embargo, parecía acallar cualquier sonido.

Venus brillaba como un faro.

-Por Dios -dijo impulsivamente Guthrie-, el espacio es la salida que tenemos más a mano. Representa la novedad, la libertad.

-Siempre lo he pensado -musitó Trevorrow.

Guthrie le apretó la mano. Trevorrow no se opuso.

13
BASE DE DATOS

Como tenía tiempo libre en Luna entre una misión y otra, Kyra Davis cogió el monorraíl de Port Bowen a Tychópolis. Allí era más probable que hubiera acción. Astrebourg, en el Lado Oscuro, era un sitio estancado, consagrado principalmente a la investigación, y otras comunidades se habían vuelto muy lunarianas desde la independencia. No se negaba la entrada a los extranjeros, pero tampoco se alentaba, y los que iban se sentían tan aislados que no veían el momento de marcharse. Tychópolis seguía siendo el enlace comercial y cultural entre Luna y el resto del sistema solar.

El viaje hacia las tierras altas, cruzando extensiones cenicientas, fue tan espectacular como de costumbre. La Tierra descendía en el cielo nocturno mientras el tren se dirigía hacia el sur; su resplandor azulado y blanco arrojaba sombras que se alargaban, resaltando los cráteres. Lo mismo sucedía con el material que cubría los cables de alimentación. Antenas esqueléticas se recortaban contra las estrellas. No podían percibirse lo que transmitían al mundo madre pero, al verlas, Kyra sintió como si el sonido la embargara, un canto de energía limpia e ilimitada, una música triunfal.

El tren trepó por la pared anular de Tycho, descendió, se deslizó por el fondo del cráter y se internó bajo tierra cerca de la torre Vista Celestial. Kyra guardó su maleta en la terminal. Luego la llevaría al hotel donde tenía una habitación reservada. Al día siguiente, según la hora universal, quizá visitara de nuevo las atracciones habituales. Se sentía particularmente atraída por el parque y el zoológico, y las singulares formas de vida que éstos albergaban. Pero los paseos y aventuras eran siempre mejores en compañía. Empezaría por buscarla, y para ello necesitaba antes tomarse una copa.

Con los recargados murales de la estación a sus espaldas, subió las escaleras hasta alcanzar los corredores. Andar resultaba agradable; las zancadas ligeras eran como saltos de canguro allí donde el espacio lo permitía y como un vuelo de pájaro en Parque Avis. La ausencia de vehículos hacía que el placer fuese mayor. No debía preocuparse por los efectos de la baja gravedad. Se quedaría poco tiempo, así que no hacía falta que se pasara unas cuantas horas diarias en la cámara de gravedad.

Cuando llegó al Mirador Tsiolkovsky tuvo que aminorar la marcha a causa de la muchedumbre. Allí no le molestaba. El pasaje era recto y ancho, con bordes pavimentados para los patinadores, y duramusgo verde y blando en el centro. Tres pisos de galerías se elevaban sobre columnas ligeras; había tiendas, cafés, hoteles, lugares de recreo y negocios más exóticos. El techo estaba formado por un único panel luminoso. Lo recorrían imágenes a modo de nubes: un dragón, un estallido, una abstracción ondulante.

El olor a comida, bebida, perfume y tabaco se mezclaba con fragmentos de música vibrante, como un lamento, rítmica y ondulante que salía de las galerías, nunca estridente, siempre enigmática. Reinaba un murmullo incesante.

La mayoría de las personas que ocupaban el corredor eran visitantes, turistas, hombres de negocios, periodistas, pilotos, gente de Astrebourg o L-5 de vacaciones, en una caleidoscópica mezcolanza de razas, atuendos y modales.

Los selenitas eran más discretos de lo que cabía esperar. Si bien eran de huesos finos y muy altos, de dos metros o más, su estatura no era uniforme, ni todos eran tan delgados como el individuo medio. Muchos usaban sus típicas y finas ropas de estilo renacentista, pero algunos llevaban unitrajes informales o conjuntos de camisa y pantalón. Los hombres no tenían barba ni vello en los brazos, y las mujeres eran de senos pequeños y caderas estrechas, aunque no necesariamente tenían el pelo largo y rizado, ni los ojos grandes y oblicuos, ni la

Librodot

tez pálida. Los cambios genéticos no habían eliminado completamente los rastros de su heterogénea ascendencia. Destacaban ante todo por su estilo. Se desplazaban con habilidad entre la muchedumbre, evitando los roces, como si los extraños fueran una corriente inanimada. Iban solos o en pareja y hablaban en voz baja, en el eufónico idioma que habían creado.

Los tenderos y los guías turísticos eran más extrovertidos. Kyra sospechaba que en general su actitud era fingida. Con su distante cortesía, daban la impresión de hacer un favor a los visitantes al aceptar su dinero. Aquello no le molestaba. Cuanta más variedad hubiera en el cosmos, mejor, y este mundo les pertenecía. Se preguntó si tendrían razón quienes sostenían que los selenitas eran muy diferentes no sólo física sino mentalmente. ¿Era posible modificar el ADN humano hasta el punto de que sus portadores no sólo pudieran vivir y reproducirse allí, sino también tener un alma ajena a la Tierra?

Un grupo de mimos y músicos pasó en un pintoresco desfile multicolor. Brincaban, gesticulaban, tocaban sus sónores, tamboriles y cuernos en forma de medialuna, el rostro oculto tras una máscara. No actuaban para recibir limosna. Era una tradición instituida por los señores locales. (¿Tradición? ¡A lo sumo tenía cincuenta años! Pero evidentemente un organismo alterado encontraba rápidamente su propia identidad.) El Mirador desembocaba en la plaza Hydra. Ahora Kyra andaba sobre un pavimento transparente, el techo de un acuario en cuyas profundidades peces multicolores nadaban entre algas sinuosas. La fuente del centro llegaba casi al techo, un cristalino chorro blanco y ruidoso. Sistemas subsónicos daban a sus cascadas formas tortuosas y cambiantes. Un lado de la plaza estaba ocupado por diversos servicios: de policía, de mantenimiento, hospitalarios, de rescate. En los otros tres había museos. El museo histórico era especialmente interesante, recordó Kyra. Entre sus piezas había maquetas de Tychópolis antes de la independencia, cuando cualquiera podía entrar en los distritos residenciales.

Desde la plaza cogió el pasaje Oberth. El tráfico era allí mucho menor. Detrás de aquellas puertas cerradas trabajaban los ordenadores y las nanorredes generaban sus productos. Valía la pena recorrer el distrito por los emblemas que distinguían cada propiedad. Era un extraño arte basado en las curvas de la geometría analítica, muy distinto de la heráldica europea y la caligrafía china.

La calle Elipse se alejaba de Oberth. A cincuenta metros Kyra vio lo que buscaba. Un cartel rezaba: LA RAMPA DE LANZAMIENTO. Entró.

-¡Kyra! -Una figura baja se le acercó y la abrazó.

Kyra pestañeó y entornó los ojos para acostumbrarse a la penumbra del bar. Quedó momentáneamente sorprendida. ¿Eiko? Entonces distinguió los rasgos y reconoció a Consuelo Ponce. El luminoso emblema de L-5 había contribuido a engañarla. Un error doble, pensó. Eiko nunca se hubiese exhibido de ese modo de abandonar alguna vez su hogar.

La joven retrocedió un paso y la miró sonriendo.

-¡Qué sorpresa! -dijo. Su inglés conservaba un ligero y simpático acento tagalo; no había nacido en el hábitat espacial donde vivía-. Lo último que supe de ti era que transportabas hielo a Marte.

-Bueno, ayudaba a que recuperara la trayectoria correcta cuando se desviaba -respondió Kyra-. ¿Cómo te enteraste, en nombre de McCannon?

Se conocían superficialmente, pues Consuelo era citomédica.

-Sigo con interés las noticias sobre los pilotos espaciales. No quedan muchos, ¿verdad? -Se apresuró a añadir, viendo que Kyra tensaba los labios-: He venido a una

conferencia en Astrebourg sobre terapia de lesiones por radiación, pero primero quería ver qué consortes había aquí. ¿Podemos pasar luego un rato juntas?

Kyra titubeó. Consuelo era una persona agradable, pero excesivamente locuaz. Además, después del viaje, Kyra no buscaba compañía femenina. Sin embargo...

-¿Por qué no ahora? Pediré una cerveza.

Consuelo frunció el ceño, se inclinó poniéndose de puntillas y susurró:

-No puedo dejar a ese pobre hombre. Debía volver con él después de ir al lavabo. Permite que me despida.

Kyra siguió el gesto furtivo de Consuelo. El hombre parecía joven; llevaba bigote, un turbante sobre la cabeza morena y una túnica blanca con la insignia de Maharashtra Dynamics. Con los hombros encogidos, miraba el vaso que tenía ante sí.

-No lo conozco -dijo Kyra.

-Tampoco yo lo conocía cuando llegué, pero estaba tan triste... No es broma cuando un parsi se embriaga. Necesita comprensión.

-¿Qué le pasa?

-Es ingeniero minerólogo, y trabaja con filones meteroides. Su compañía lo ha reemplazado por un dispositivo cibernético. Le han asignado un nuevo puesto, pero él sabe que es una farsa. El orgullo y el sentido de su trabajo se han esfumado.

Kyra hizo una mueca. ¿Cuánto tiempo podría Guthrie defender a los pilotos? Siempre se decía que aún no se había escrito ningún software que pudiera sustituirlos frente a las incesantes sorpresas del espacio, a pesar de las aptitudes que pudieran tener las máquinas modernas; y también había que tener en cuenta los costes... pero aun así.

-Tu preocupación te honra, Consuelo -dijo-. Veámonos después. Tal vez yo luego tenga un compromiso, pero... ¿qué tal mañana? Estaremos en contacto.

Indignamente satisfecha con su huida, Kyra se acercó a la barra. La Rampa de Lanzamiento era tan antigua como indicaba su nombre, con mesas y sillas muy juntas, una diana para dardos, recuerdos de viajes espaciales apilados en polvorientos estantes y fotos y tarjetas descoloridas en las paredes. Un multi ofrecía acompañamiento cromocinético a una discreta emisión de la Quinta de Beethoven. Nadie iba ahí a mirar el multi, sino a reunirse con sus camaradas. Nadie hablaba de aquel lugar con gente ajena a la hermandad del espacio, ni charlaba con los pocos turistas que entraban. Los parroquianos eran profesionales del espacio, de todas las especialidades, y sus colegas de la Tierra. En consecuencia, la mayoría pertenecían a Fireball -incluidos los de L-5, que constituían una categoría aparte- y las lealtades de la minoría se dividían entre media docena de organizaciones menores.

Varios reconocieron a Kyra y la saludaron a gritos. Ella devolvió los saludos, nuevamente feliz, y se acercó a la barra.

-Bienvenida a casa, preciosa -canturreó Rory Donovan, el cantinero-. Has estado fuera demasiado tiempo. Una vez más vale la pena atender este tugurio. ¿Qué deseas, lo de costumbre?

-Sí, gracias, una Keplerdrau. Y, para empezar, una medida de aqualunae helada. -Uno podía tomar bebidas de importación si estaba dispuesto a pagarlas, pero los brebajes locales eran aceptables.

El cantinero se dedicó a servirla.

-¿Cuándo vuelves a irte y adonde? -preguntó. Kyra comprendió que estaba al corriente de sus últimos viajes. A Tychópolis llegaban rumores procedentes de todo el sistema solar, por láser o por nave-. Espero que falte mucho.

-No lo han decidido. ¿Qué hay de divertido por aquí?

-Una monada como tú no tiene que preguntar ni buscar. La diversión te encontrará. Aquí tienes. La casa invita. -Y cuando Kyra le dio las gracias-: No, si soy yo quien está en deuda por lo mucho que alegras mi corazón.

-Dices lo mismo a todas las mujeres que entran aquí, Rory, y nos encanta a todas.

Rory sonrió, fue a atender a otro cliente. Ningún robot podría reemplazarlo. Rory era feo como el avantismo, pero con su labia no necesitaba un remodelado.

Podría haberse hecho uno cuando era joven, pensó Kyra, cuando quería ofrecer a las chicas algo más que labia. Sin embargo, su cuerpo, no era claramente deforme, sino que se trataba de algo interior. Vivía su vida en Luna, con mala salud, porque no hubiese sobrevivido mucho tiempo en la Tierra sin estar conectado a máquinas y a tanques químicos. No era un metamorfo, sino un adaptado: el resultado de un experimento fallido. Los genes que le daban poco peso no eran propios, sino añadidos después del nacimiento, y no combinaban con los suyos con la eficacia esperada. Quedaban muy pocos como él. Kyra nunca supo si su jovialidad era sincera o un mero escudo.

¿A qué venían aquellos sombríos pensamientos? Saboreó el licor, paladeó la cerveza.

-Buenas tardes, piloto Davis.

Kyra se volvió. El hombre que se le había acercado era rubio, elegante, atractivo.

-Tal vez no me recuerdes -dijo, en un inglés gutural-. Soy Hans Gieseler. Nos conocimos el año pasado en una fiesta, en Heidelberg.

Ahora lo recordaba. Era analista simbólico, interfaz tecnoeconómico de Fireball. Habían hablado de viajes. Él le había recomendado varios lugares de Europa, y Kyra disfrutó de los que llegó a visitar. Tenía una sonrisa simpática. Le dio la mano con firmeza.

-¿Qué te trae a Luna? -preguntó Kyra.

-Una misión un poco especial. Perdona. -Pidió al cantinero una copa de chablis-. ¿Necesitas otra, piloto Davis?

-Espera, acabo de empezar -no ella.

-Espero no ser... anmassend... impertinente. Lo cierto es que me sentía solo después de pasar un mal día, y eres la primera persona conocida que entra aquí.

Kyra se acomodó en un taburete.

-Bueno. Podría saludar a mis amigos, pero todos parecen ocupados por ahora.

-Ya te buscarán ellos. Y mientras todavía puedo, ¿cómo te ha ido el viaje?

-Muy bien, gracias. -Kyra sentía curiosidad-. ¿Cuál es esa misteriosa misión tuya?

-No es secreta, aunque tampoco le hacemos propaganda. No sé si sabes que la compañía desea poner un tercer satélite en órbita lunar. Los selenarcas se niegan. Ponen varias objeciones, pero sospechamos que ante todo no quieren más personal nuestro de tierra y soporte en su mundo. Después de realizar una investigación, he descubierto que sus beneficios superarían con creces los inconvenientes. Ellos estudiaron mi informe y dijeron que no estaban convencidos, pero solicitaron un representante de Fireball. Por alguna razón, y no sólo para retrasar el asunto, prefieren negociar personalmente. He pasado horas con Rinndalir y sus subalternos.

Kyra silbó.

-¿Rinndalir? Por lo que veo, has comenzado por los de arriba. ¿Cómo ha ido?

-Oh, son muy afables, pero encubren la dureza y la... Mutwi-lligkeit! ¿Astucia, engaño? No, ésa no es la palabra adecuada. Son duros, sí, y peligrosos...

Una vibrante voz de barítono se impuso con la suavidad de una espada afilada cortando tela.

-¡Hans Gieseler, de Fireball Enterprises!

¡Qué estaba sucediendo? Todas las miradas se volvieron hacia el multi, cuyo cilindro era tan grande que podía albergar un holo a tamaño natural de un busto.

El rostro que aparecía en él era blanco como el mármol, con una vena azul en la garganta. Pómulos altos flanqueaban unos ojos grandes y grises como el hielo. La recta nariz aleteaba, una puntiaguda barbilla redimía una boca de carnosidad femenina. El cabello plateado caía sobre los hombros, junto a orejas cuyas circunvoluciones no eran humanas. Una diadema de oro le ceñía la frente y una iridiscencia jugaba sobre su túnica negra.

-¡Jesús, María y José! -susurró Rory-, es él.

Rinndalir, comprendió Kyra. Había visto pocas imágenes de señores selenitas, pues rara vez aparecían en público, pero por la expresión de Gieseler estaba claro.

-Me he puesto en contacto con mis colegas -ronroneó la voz-. Deseamos seguir deliberando sobre las preguntas que has planteado. Te ruego que regreses de inmediato a tu hotel. Habrá un transporte para ti y tus cosas esperándote. Te suplico que perdones estas prisas. Se trata de asuntos urgentes. Gracias.

El busto desapareció. Volvieron el color y la música. El silencio se prolongó unos segundos.

Gieseler sacudió la cabeza, aturdido.

-Nunca había visto nada semejante -murmuró-. ¿Cómo ha sabido dónde encontrarme? ¿Cómo ha conectado con este aparato? ¿O lo ha hecho con todos?

-¿Qué piensas hacer? -preguntó estúpidamente Kyra.

Gieseler se irguió.

-Iré. ¿Qué remedio? No me atrevo a correr el riesgo de ofenderlos.

Rory lo cogió por la manga y dijo, mientras se reiniciaba el bullicio:

-Espera un poco, muchacho. No me sorprendería nada que esos canallas quieran agotarte y obtener un mejor trato del que merecen.

-Yo sólo hago recomendaciones -respondió Gieseler, tratando de zafarse.

-Aun así. No has cenado, y seguro que tardarán en ofrecerte un refrigerio. Permíteme que te prepare un bocadillo para que puedas comer camino del hotel. Sólo tardaré un minuto.

-Buena idea -dijo Kyra. Gieseler asintió nerviosamente. Después tuvo que responder como pudo a quienes lo rodearon ansiosos de saber qué sucedía. El tumulto lo siguió hasta la puerta.

Kyra sabía que no todos eran hostiles a la Selenarquía. Los selenitas podían no ser simpáticos, pero mantenían a raya la delincuencia, no molestaban a quien no los molestaba y, a su manera, también eran gente del espacio.

Era natural que sus padres festejaran la declaración de la independencia de Luna, pensó Kyra, pero ahora era preferible que Fireball se saliera con la suya.

Librodot

La interrupción había deshecho los grupos. Cuando éstos volvieron a formarse, Kyra quedó rodeada de camaradas. Se impuso la fiesta. Se bebía incesantemente. En vez de ir a buscar comida, su grupo optó por los monumentales emparedados de Rory. Al final se pusieron a cantar viejas canciones del espacio, hasta llegar a la de MacCannon:

MacCannon de Fireball era un trotamundos que despegaba, con un trago de cerveza. Su whisky preferido no era cosa de broma: un sorbo te tumbaba una semana.

MacCannon era un recio escocés pendenciero. Salía con su casco, en cueros, al espacio.

Sus amigas se corrían suspirando jadeos, y comentaban sus medidas de elefante.

Con sus nubes espesas, sulfurosas, calientes como un horno, la atmósfera de Venus es más respirable que el humo de la pipa de MacCannon.

Una vez, mientras su nave discutía su derecho de paso en el vacío, MacCannon descubrió el excelso arte de ganar a los dados en g cero.

El demonio bramó: «Tu alma es mía.» MacCannon le escupió whisky en el ojo. El hervor puso al aullante diablo en órbita hiperbólica al infierno.

Para impulsar su vehículo averiado MacCannon comió un plato de habichuelas y se sentó a popa de su nave, que brincó llevada por sus truenos.

Rodeó Júpiter tan acelerado que ni siquiera se le quemó el bigote, y demostró sus dotes de piloto aterrizando en una isla de la Antártida.

Asediado por pingüinos, y sin whisky, decidió enviar señales de socorro: el monte Olimpo nunca igualó en Marte la humareda de los puros de MacCannon...

La balada continuaba, grosera e infantil. Para Kyra -que echó una breve ojeada al hombre que había perdido su puesto- encerraba un oscuro desafío.

Librodot

14

En Salem tomó el autobús para Baker, situada a cuatrocientos kilómetros de distancia. Llegó a esa localidad al atardecer del tercer día de su fuga, encontró una habitación en un hotel pequeño, comió en las proximidades y durmió. Los trayectos no habían estado mal, pero la espera en las terminales la había agotado. ¿Cuántos agentes de paisano había?

Las incesantes noticias sobre terroristas no ayudaban en nada. El país entero actuaba con prevención. Tal vez el Gobierno ya no gozara de popularidad, pero cualquier cosa era preferible a la colocación de bombas en los centros de control o a una nanotecnología destructiva.

-Verdades a medias -comentó Guthrie-. «Caótico» es un insulto amplio. Incluye tanto a los pocos maniáticos que evidentemente hay como a todos los que desean librarse de los avantistas. Pero no intentaremos ponernos en contacto con los sensatos más o menos organizados. Los que son listos y afortunados ya se han ocultado. Lo que espero es que, como mi antiyó lo sabe, habrá alertado a la Sepo, pero creo que ésta se concentrará en lo más obvio, como un consorte de Fireball que haya podido esconderme en alguna parte. Hay muchos lugares para registrar. Entretanto, quienes yo sé poseen los recursos necesarios.

Por la mañana, sintiéndose mucho mejor, Kyra lo dejó encerrado en la maleta, envuelto en su ropa, y salió. El hotel era anticuado; un asistente de carne y hueso limpiaba la habitación y hacía las camas. Prefería pensar que no husmearía. No se atrevía a dejar la maleta en un depósito de seguridad. Todas las emisiones recomendaban a la gente que estuviera atenta a los dispositivos sofisticados y que denunciara a la policía cualquier cosa sospechosa o poco corriente.

Fuera el aire era cálido en el verano seco y caliente que reinaba al este de las cataratas. Los viejos y bajos edificios le recordaban a pesar de las diferencias de estilo, Novgorod, pero aquí había más actividad, más vida. Aunque el tráfico no era tan denso como para prohibir la circulación de automotores por las calles, había bastante. La mayoría de vehículos llevaban el distintivo de los residentes: un campo verde donde un arado de aspecto medieval se perfilaba contra un sol naciente. La mayoría de los conductores y peatones usaban ropa sencilla de calidad. Parecían más distendidos y joviales que el norteamericano medio. El informador le proporcionó las rutas de los autobuses, y Kyra cogió uno para ir a los suburbios de la ciudad.

La ondulante campiña estaba llena de sembrados, pastos y huertos. No utilizaban robots, y Kyra vio individuos con tractores. Las casas estaban separadas por dos o tres kilómetros de terreno. Al norte se extendía un polígono industrial; no era grande, pero su lustrosa modernidad contrastaba con las granjas. A lo lejos distinguió una bandera que sin duda no era la de la Unión, sino la de los Residentes.

Había oído decir que constituían una sociedad abierta, dispuesta a hacer negocios con extraños. Pero estaban tan empeñados como los musulmanes en mantener la independencia económica y cultural, sus ideales y costumbres. Tenían sus leyes, su gobierno, sus rangos, sus ritos, sus iniciaciones, su mística. Su falta de pintoresquismo, en todo caso, los mantenía más libres que a otros de las influencias externas.

Caminó por una calle hacia donde le había dicho Guthrie. Los árboles daban sombra al pavimento. Algunas casas debían de tener un par de siglos, a juzgar por su estructura de madera y el porche. Estaban rodeadas por jardines y canteros. El aire quieto tenía un olor dulzón. Sin duda no era un vecindario exclusivo de Residentes, aunque predominaban, como en el resto del valle. Los capítulos de la orden se habían expandido rápidamente en regiones donde la agricultura podía alimentar a la población sin necesidad de maquinaria sofisticada y donde el autoabastecimiento no era una tradición extinguida.

Librodot

Con el corazón en un puño, se aproximó a la vivienda de Esther Blum. La regente de los Residentes era una vieja amiga de Guthrie, pero tenía muchas ocupaciones y Kyra no podía usar el nombre del jefe para lograr que la recibiera. Peor aún, el lugar podía estar vigilado. ¿Quién iba en ese coche que pasaba lentamente, quién era la persona que estaba en la esquina como si esperara a alguien?

Caminó entre canteros hasta la escalera, subió a la fresca galería y tocó la lámina de llamada.

La puerta se abrió.

-Salud -dijo un joven musculoso, evaluándola con la mirada-: ¿En qué puedo servirte?

-Tengo que ver a la señora Blum -respondió Kyra.

-Mucha gente necesita verla. A lo mejor puedo conseguirte una cita para pasado mañana.

-Tiene que ser ahora, por favor. Es un asunto personal y urgente. ¿Puedes decirle que se trata de Winston P. Sanders y la sirena ebria?

-¿Qué?

-Por favor. -Kyra le dedicó una sonrisa deslumbrante mientras se encogía de hombros para contonear sugestivamente sus atributos superiores-. Sé que parece raro, pero te prometo que me recibirá. De lo contrario, échame.

-Es tan raro que como mínimo se divertirá. Entra, señorita...

-Bovary, Emma Bovary.

Hombres y mujeres esperaban en una habitación que hacía las veces de antesala. Dos parecían ser granjeros y otros dos técnicos, pero ¿quiénes eran el afro de jersey de colores y el de la coronilla rapada con la túnica roja?

No había multiceptor. Versiones impresas de libros y revistas cubrían las mesillas. Kyra trató de leer un artículo sobre ciertos descubrimientos en el subsuelo de Marte. No logró concentrarse. Era interesante, pero quienes exploraban esas cavernas no eran humanos sino máquinas. El autor señalaba su inteligencia. ¿Sería también él una máquina y la firma un seudónimo? Posiblemente, y si no, aquel texto vulgar con alguna ocasional frase acertada evidenciaba que aquella persona se había limitado a seguir las indicaciones de un programa de escritura.

-Señorita Bovary, por favor.

El corazón de Kyra dio un vuelco. Una mujer la condujo por un pasillo y la hizo entrar por una puerta de goznes.

La abarrotada oficina parecía más pequeña de lo que era. Contenía una mezcolanza de objetos apilados en estantes y mesas: códices, reproducciones de antiguas estatuillas egipcias, un muñeco kachina, cortapapeles, el fósil de un pez, jarras alemanas de cerveza, trofeos diversos, un oso de trapo sin mecanismos. Esther Blum estaba sentada detrás de un enorme escritorio. Era menuda, delgada, vivaz, e iba vestida con una blusa amarilla y pantalones rojos. Su áspero cabello blanco enmarcaba un rostro arrugado pero expresivo y unos ojos azules que habían presenciado el transcurso de casi un siglo.

-Hola -saludó cuando se cerró la puerta-. ¿Cuál es tu verdadero nombre? Si yo hubiera sacado mi nombre de un clásico olvidado, habría escogido uno más alegre, como por ejemplo Roberta Wickham. Habla.

-¿Estamos a salvo aquí? -preguntó Kyra nerviosamente.

-¿De las intromisiones de nuestro amado Gobierno? Sí. Hace tiempo hice revisar a fondo esta casa. La Renovación se había ido al cuerno, pero no creí que el país permaneciera libre para siempre, si puede llamarse libertad a esto. Desde entonces tomé las medidas necesarias. Ciertas personas que están en posición de saber me informan, discretamente, de lo que sea necesario. ¿Satisfecha? Siéntate y preséntate.

Kyra obedeció.

-Se trata de Anson Guthrie -repuso.

-Lo supe en cuanto oí la consigna.

-Él me la dio. No me explicó su significado.

Blum sonrió con picardía.

-Tampoco yo lo haré, querida. Ese episodio te escandalizaría.

-Señora, yo...

-No te preocupes. Fue hace mucho tiempo. Yo era joven, y nunca me he arrepentido; pero es mejor que sólo quedemos Anson y yo para reírnos. -Blum adoptó un semblante grave-. Bien, ¿cuál es el tsurist

-¿Perdón?

-El problema. Grave, ¿verdad?

-Sí.

Kyra se lo explicó. Los labios arrugados emitieron un silbido silencioso.

-Oy gevalt! -La mujer entornó los ojos y movió la estrecha cabeza-. Pero era de esperar. Me costó creer que fuera Anson quien hablaba por el multi. Pero ¿qué ganan con imitarlo? ¿Podrían ser ciertas esas afirmaciones sobre saboteadores que tratan de hacer que todo salte en pedazos? Bien. Será mejor que actuemos deprisa, antes que ese suplantador afiance su posición en Fireball.

-Guthrie espera que usted...

Blum alzó una mano.

-Calla. Déjame pensar. -Se volvió para mirar un árbol y el cielo por la ventana. Kyra se preguntó qué método habría usado para impedir que aquellos paneles registraran vibraciones de voz que un instrumento podía decodificar desde el exterior. Blum no había bajado la persiana. Claro que no; eso habría indicado que la entrevista era especial... El pulso de Kyra era rápido.

Blum pestañeó, sacó un puro de una caja del escritorio.

-¿Fumas? -preguntó-. ¿No? Haces bien. Eso que te ahorras en biorreparación. -Lo encendió con el fuego de un vistoso anillo que llevaba en el dedo. Habló de un modo más sombrío-. Me temo que no podemos serte de mucha ayuda.

Kyra había recobrado la compostura.

-¿Qué podéis hacer?

Blum la miró con aprobación.

-Vas directa al grano. Me gusta. Para empezar, no te puedo atender mucho tiempo o los observadores sospecharían. -Suspiró-. Sí, la Sepo nos tiene vigilados. Son discretos, pero en una comunidad como ésta esas cosas se saben, y tengo amigos en el departamento de policía. No es una vigilancia estricta, pero sería una locura encontrarme con Anson aquí, y él sería un loco si se quedara.

Librodot

»No obstante, deseo verle, y creo que puedo arreglarlo a través de intermediarios de confianza. Será mañana en Portland.

-¿Qué? -exclamó Kyra-. Esa estación debe de ser peligrosa.

-Es posible, pero no te preocupes. Comprarás un billete para Portland, pero te bajarás en un pueblecito que hay a medio camino. Te tomarás una taza de café en su único bar. Sirven el peor café del planeta, pero toda buena causa requiere sacrificios. Un hombre se reunirá contigo. No sé quién será, pero si no es Henry Willard usará ese nombre para que lo reconozcas. Los agentes no seguirán a un granjero común que va a hacer un recado. No le digas nada a Henry. ¿Para qué comprometer a otro?

Confianza y lealtad entre personas estrechamente unidas, pensó Kyra. Como en Fireball.

-Entiendo.

-Él te llevará a Portland y te dejará en casa de una familia que no hará preguntas y donde podrás descansar y comer bien. No son Residentes, dicho sea de paso. Tengo contactos en diversos lugares. La supervivencia lo exige.

-¿Quiénes son? Tal vez necesite saberlo.

-Bueno, no les pidas una copa. Son mormones, no sé si los recuerdas. Los avantistas han sido muy duros con su Iglesia con la excusa de que sus premisas son anticientíficas, pero la verdadera razón es que sus congregaciones se oponen enérgicamente a la creación del hombre posthumano.

»Bien, Henry te dará una caja protectora parecida al paquete de una tienda para guardar a Anson. Si la caja bloquea un detector apuntado hacia ti, te arrestarán; pero al salir de la casa mañana por la noche seguirás un trayecto que eludirá los controles. La protección es una medida de precaución, por si pasas a un par de manzanas de un detector. Irás a Emprises Unlimited, que es el quivira de Portland. ¿Tienes suficiente dinero en efectivo?

Kyra tragó saliva, sorprendida.

-Sí.

-Toma más. -Blum movió el puro con la boca mientras hurgaba en un cajón-. Entrarás en Emprises a las 19.30. Es el momento de mayor afluencia, no mucha dado el precio de la entrada. Dirás que eres Roberta Wickham (no tiene sentido dejar la misma pista) y que tienes una cita con otras dos personas que llegarán al cabo de poco. ¿Has estado en una quivira?

-Sí, dos veces.

-Bien. Entonces conoces la rutina. Si alguien te pregunta por el paquete, le explicas que se trata de una celebración y que quieres entregar un paquete a uno de tus amigos antes de participar en un espejismo. No te molestarán, teniendo en cuenta lo que vas a tener que pagar. -Blum le entregó un fajo de billetes.

Kyra lo aceptó mecánicamente.

-¿Por qué una quivira?

-Porque es posible que me sigan, y es el único sitio seguro donde encontrarnos.

-¿De veras?

-Desde luego. Hasta ahora, cada habitación de una quivira de primera clase está tan protegida como mi casa; la ley no obliga a ningún empleado a revelar lo que allí sucede. Los gerentes tienen modos de averiguar si alguno lo ha hecho. Su despido representaría no volver a trabajar en ningún otro establecimiento similar. Para ellos eso equivale a la muerte o algo

peor. Pasan el tiempo libre en la máquina, y habitualmente se vuelven adictos. Varios peces gordos financian estos establecimientos. Imagínate el poder que obtendría un oponente si averiguara cuáles son sus fantasías.

Blum describió vivazmente los detalles antes de despedirse de su visitante. Kyra escuchó y respondió, pero un poco distraída. Contra su voluntad, se acordaba de algo.

Librodot

15
BASE DE DATOS

La primera vez había ido sola, sin decírselo a nadie. No había nada de qué avergonzarse, se dijo. Otra experiencia, una aventura. Mucha gente iba, y por lo que contaba no parecía haberlo pasado mal. Kyra acababa de graduarse en la Academia, pronto se embarcaría, era su última oportunidad en quién sabía cuánto tiempo. Aun así, necesitaba resolución, además de buena parte de sus ahorros. La enfurecía sentir el rubor en las mejillas, con lo cual se sonrojaba más todavía.

La consejera que la recibió fue atenta y amable.

-Vamos un paso más allá de la capacidad vivífera de un multi -le explicó-. Te garantizo que hay diferencia, y haces bien en ser prudente. Te sugiero que pases una hora con un programa estándar. Así, al principio puedes relajarte, dejar que las cosas sucedan, disfrutar. Cuando te sientas más confiada, puedes empezar a desempeñar un papel interactivo. Si no intentas algo demasiado diferente de lo que hay en el programa, se adaptará a tus deseos tal como el mundo real cuando todo te sale bien... ¿Te apetece? Ahora veamos qué clase de virtualidad te gustaría. Tómate tu tiempo. No temas hablar con franqueza. Nada me escandaliza, y nada saldrá de estas paredes.

Luego llevó a Kyra a una habitación individual, la ayudó a desvestirse, le puso el casco y las otras conexiones, la acompañó al baño. Kyra permaneció mucho tiempo ciega y sorda. Sintió una extraña inestabilidad en sus percepciones, comprendió que el sistema estaba ajustando el fluido a su peso y a la temperatura de su piel. Empezó luego a deslizarse por la agradable pendiente que conduce al sueño, excepto que era la máquina haciéndole palpitar suavemente el cerebro...

Flotaba en el espacio. Resplandecían estrellas por doquier. Grandes penachos de luz zodiacal se derramaban desde un sol encogido cuyo resplandor no dañaba los ojos. Kyra sólo usaba corpiño, falda y sandalias. Estaba en una paz Zen, totalmente consciente, cada sentido atento. Volviéndose, vio Marte delante, una enorme esfera roja coronada por casquetes polares blancos, jaspeada de canales, moteada de oasis y fondos marinos muertos. Estiró los brazos y se lanzó hacia él.

Sobre su superficie ella era una entidad totalmente material; respiraba el aire ligero, y saboreaba el aroma de unos arbustos del desierto que rodaban empujados por un viento fresco, desplazándose con facilidad en baja gravedad. Era media tarde; Kyra tenía tiempo hasta medianoche, tiempo subjetivo. Cenicienta.

La opción que había elegido era inocente, quizás infantil. John Carter se acercó cabalgando desde el oeste y la saludó con una cortesía sureña que los siglos no habían mermado. Iba montado en un animal típico del Marte novelesco. Recorrieron las arenas, él señalando ruinas venerables y bestias furtivas. En un campamento de hombres verdes, Tars Tarkas les sirvió vino, y después subieron a una nave volante. A orillas de un canal, las torres de Helium reflejaban el esplendor del ocaso. Dejah Thoris no estaba en casa cuando aterrizaron, pero guerreros rojos recibieron a Kyra con felina dignidad, cada cual más guapo que el anterior pero ninguno comparable a John. Para entonces ella había superado su timidez y solicitaba ver esto o hacer aquello. Él obedecía, no pasivamente, sino como un caballero conocedor del tema y con intenciones propias. Juntos recorrieron las calles mágicas mientras Pobos y Deimos se elevaban, mayores que la Luna sobre la Tierra, tiñendo el mundo de Plata y sombras presurosas. Cuando ella estaba a punto de regresar, Carter interpretó sus gestos y la abrazó. Nunca la habían besado con tanta autoridad. Pensó, mientras emprendía su viaje astral de regreso hacia ese astro azul que era la Tierra, que la próxima vez se lo propondría antes.

No hubo próxima vez. Durante una temporada tuvo la tentación, pero estaba demasiado ocupada con cosas reales. Sus recuerdos de Barsoom no se disipaban como un sueño. Para su cerebro, no se diferenciaban de los que dejaban los hechos reales. Pero ocupaban el lugar que les correspondía entre los amores de la adolescencia y los juguetes de la infancia.

Su segunda visita a una quivira la hizo con Ivar Stranding, durante el breve periodo que lograron pasar juntos en la Tierra. Él lo ansiaba más que ella. No era un adicto, pero había aprovechado las pocas oportunidades que tenía para ir. Sabía bastante sobre las posibilidades interactivas. Mantenía que era más que un juego. Para una pareja podía ser una especie de unión espiritual. Kyra titubeó. ¿Y la intimidad? No preguntó. Su relación ya era bastante tensa. Era evidente que él pensaba que aquello podía ayudar. Kyra aceptó.

Un programa libre requería todos los recursos del sistema, especialmente cuando se interconectaban dos personas. Era caro, pero el dinero no se contaba entre las muchas cosas que podían faltarle a un piloto. Ivar le dijo que le cedería la iniciativa hasta que ella se acostumbrara.

-Entonces ambos seremos dioses, querida.

Estaban en un parapeto que asomaba sobre un cosmos no nacido. Ambos emitían un fulgor que bañaba las vastas murallas y torres de su fortaleza. Contra sus almenas, bajo la noche primordial, ardía y se agitaba un caos amorfo. Olas de un millón de años-luz de altura avanzaban hasta estallar con un rugido y un canto de energía. Espumosas estrellas explotaban como supernovas en lo alto, una gloria sobrecogedora que esparcía la materia de mundos futuros en el vacío.

-Ven. -La voz de Ivar reverberó como un trompetazo, de un extremo al otro del espacio-tiempo-. Hágase nuestra presencia. -La cogió de la mano y caminaron sobre el mar.

Usando su mano libre y su voluntad, él procuró agitar el caos. Lo arremolinó, lo cortó en nubes, lo dividió para formar embrionarios cúmulos galácticos; y ése fue el primer día.

Cuando Kyra intentó delinear una delicada tracería de brazos en espiral, soles recién nacidos se estrellaron o se perdieron en la turbulencia, y todo se desintegró. El rió.

-Prueba de nuevo, amada. Conoce tus deseos, y se harán realidad.

Al final del segundo día, ella había creado un sistema planetario, exquisito y preciso.

El tercer día escogió una esfera e insufló vida a su hirviente sistema químico. El jugó con muchas.

Al cuarto día, ella hizo florecer la tierra y pobló el cielo de alas acariciantes.

-No seas demasiado meticulosa -advirtió él-. Podrías perder la eternidad creando un colibrí. Las cosas evolucionarán por sí mismas. Ven aquí, mira lo que he hecho con esas gigantes nebulosas gemelas.

El quinto día ella se concentró en su mundo favorito y lo perfeccionó hasta niveles atómicos. Ciertos animales fabricaron herramientas de piedra. Miraban maravillados a su alrededor. Eran pocos, y los amenazaban glaciares que descendían desde el polo. Ella alteró ciertos parámetros y al cabo de mil años el tiempo fue de nuevo benigno.

El sexto día encontró a sus criaturas dedicadas a una guerra cruel. Oyó llantos entre los muertos y las llamas; así que destruyó a sus líderes, se reveló a sus pueblos, ordenó la paz eterna y les enseñó a volar al espacio.

Al séptimo día, él dijo: «Es bueno. Hemos creado lo suficiente. Hagamos el amor.»

Lo hicieron como correspondía a los dioses, sobre un lecho de nubes estelares, en una dulzura veloz que duraba casi una eternidad.

-Ha sido maravilloso -dijo él-, pero no tan diferente de lo que ya conocíamos. Hagamos ahora lo que no pudimos hacer entonces.

Ella fue la tierra y el mar dotados de forma. Él fue el dragón celestial que se enroscaba en torno a esa forma.

-¿Permaneceremos aquí más tiempo? -susurró ella en una trémula oscuridad.

-No podríamos aunque quisiéramos -respondió él-. Escucha atentamente y oirás las débiles notas que nos llaman. Pronto deberemos obedecerlas.

-Está bien. Estoy abrumada por tanto esplendor.

-Primero -dijo él-, hagamos el amor una vez más, de manera puramente humana, compartiendo nuestro yo tal como hacemos en nuestra vida mortal.

Kyra dio un respingo.

-¿Por qué?

-Porque aquí podemos hacer lo que de otro modo no podríamos, y llegar al pleno conocimiento mutuo. Tú serás yo y yo seré tú.

Ella se resistió, pero accedió cuando notó que él se enfadaba. Descubrió que a veces también un hombre debía obligarse, poner voluntad para excitarse, pero no lo comentó. Una parte de ella cobró distancia para observar. El cuerpo de él obtuvo su placer y la encontró hermosa.

La noche de su universo los alcanzaba. Volaron entre soles y mundos.

-¿Qué será de nuestros pobres adoradores? -preguntó ella.

-Dejarán de existir -replicó él con indiferencia-. Nunca existieron en realidad.

Voló detrás de él mientras salían, temiendo que viera sus tontas lágrimas. Cada lágrima se convirtió en una estrella azul que brillaba con esplendor fugaz.

Tardó un día en comprender el mundo cotidiano, una semana en recobrarse del todo. Ivar trató de entender y no lo consiguió. Kyra no lo culpaba de nada; él había hecho lo posible, pero cuando acabó el permiso comprendió que no tardarían en separarse. No lamentó la experiencia. Había sido fascinante y esclarecedora, pero no quería repetirla.

16

Emprises Unlimited ocupaba una pequeña torre en una colina de Portland. Kyra puso en duda que sus productos virtuales pudieran compararse con el majestuoso monte Hood, que resplandecía en el templado aire del atardecer de la costa. Las simulaciones encefálicas y glandulares podían convencer de que cualquier cosa era inexpresablemente bella, espantosa o justificable, según uno escogiera. Entró.

Una vez que Kyra hubo pagado, una recepcionista la condujo a una habitación donde podría aguardar a sus amigos y permanecer con ellos varias horas en una garantizada intimidad. El confortable mobiliario incluía una cama plegable para cuatro personas. Kyra supuso que rara vez se usaba. ¿Quién iba a ir allí a celebrar una prosaica orgía? A menos que la orgía simulada los pusiera a cien.

Era curioso, pero en muchos sentidos los avantistas eran tolerantes. Por lo que ella sabía, la Renovación habría castigado severamente tales cosas. Probablemente -Kyra no había estudiado historia en profundidad- gran parte de aquello que los avantistas reprobaban estaba tan arraigado cuando tomaron el poder que era imposible abolirlo por decreto. ¿Y no se trataba al fin y al cabo de prescindir de la fuerza en favor de la educación, el adoctrinamiento y el establecimiento de condiciones socioeconómicas científicamente diseñadas, de tal modo que el avance hacia la Transfiguración fuese inevitable?

-Fracasó, desde luego -había dicho Guthrie-. Perdió fuerza. Al cundir la decepción y el cinismo, las cosas fueron de mal en peor. Los ideólogos y burócratas se exasperaron, y todo se redujo a una lucha perpetua para conseguir el poder y conservarlo. Así terminan todos los gobiernos, pero los gobiernos oportunistas lo hacen antes. El propósito del poder es el poder.

Kyra lo desenvolvió y lo dejó sobre la mesa.

-Gracias -gruñó él-. No es agradable estar en una caja dentro de una caja. ¡Qué cansado estoy de ser incorpóreo!

Kyra sintió compasión por él.

-Creo que no habría resistido ni la mitad de lo que has resistido tú, jefe Guthrie -dijo.

-Bien, la existencia es distinta para mí. Tengo más paciencia que cuando estaba vivo -dijo Guthrie con escalofriante displicencia-. Al final se pierde, pero siempre me digo que con el tiempo me desconectarán.

¿En qué medida los sensores y efectores robóticos podían reemplazar la carne? Kyra no tuvo valor para preguntárselo. Había llegado a conocerle bastante, y esta primera confesión de fatiga, de dolor interior, la conmovió tan profundamente como si se la hubiera hecho su padre.

-Eres muy valiente, jefe. Yo no me haría copiar en una emulación.

-Muy pocos lo han hecho, y todos están terminados menos dos. Yo tenía Fireball para entretenerme. -El tono de Guthrie se suavizó-. Pero no es cuestión de valentía. El proceso no es doloroso, se limita a la copia de tu mente como una criatura aparte.

Kyra asintió.

-Desde luego. Uno no puede librarse de la muerte. -Y no existía ninguna posibilidad de que eso cambiara desde que se había descubierto que la vejez formaba parte del genoma humano. Las cosas podían mejorar sólo hasta cierto punto-. Pero yo tendría miedo de que ese otro yo me maldijera.

-Tus sentimientos pueden cambiar después, preciosa. Es un universo tremendamente interesante. Además...

Sonó un campanilleo seguido de una voz:

-Sus amigos han llegado, señorita Wickham.

Kyra se puso en guardia.

-Que pasen.

Entraron Esther Blum y un hombre. Él tenía poco más de treinta años, era de estatura media y delgado, pero de hombros anchos, ágil como un gato. Su rostro moreno, de rasgos prominentes, no carecía de expresión, pero tampoco lo delataba. Su americana holgada hacía juego con la elegancia de su blusa, sus pantalones y sus zapatos a toda prueba. Usaba colores discretos, pero llevaba incrustada una biogema en la frente que en aquel momento emitía un fulgor frío y verdoso.

Los ojos de Blum se cruzaron con los pedúnculos oculares de Guthrie.

-Conque aquí estás -saludó-. Te has metido en un buen fregado, schlemiel. Debería dejarte en él hasta que aprendas, pero no sería justo para esta pobre shiksa a quien has cogido con la mano que no tienes.

-Bah -resopló Guthrie-. No me sermonees con la seducción de menores. Cuidaos de esta vieja bruja, vosotros dos. Es maligna y depravada. La he visto poner helado en su cerveza.

Blum pestañeó -¿lloraba?- y recobró la seriedad.

-Será mejor que vayamos al grano -dijo-. Anson Guthrie, el verdadero Anson Guthrie; Kyra Davis, Nero Valencia.

El hombre le dio la mano con firmeza.

-Buenas tardes, la señora me ha explicado la situación por encima.

Los tres se sentaron.

-Bien, Esther -dijo Guthrie-, ahora dirás.

Blum sacó una cigarrera del bolsillo.

-Tal vez un día te des cuenta de los problemas en que me he metido por tu culpa -respondió-. Con la Sepo vigilándonos (ojalá se mueran todos de una sobredosis de discursos políticos), mis contactos tuvieron que movilizarse, y todo eso desde ayer. Hace sólo dos horas que me he encontrado con Nero. No hemos venido juntos, naturalmente. Ya es suficiente con que los agentes se pregunten qué hace una buena chica judía como yo en semejante lugar.

Habló con más seriedad.

-Es lo mejor que he podido conseguir, Anson. No me arriesgaré a comprometer a mis Residentes, pero tú representas una esperanza para nosotros y... tú y yo hemos compartido buenos momentos.

-Habrían sido episodios de alcoba cuando eras joven, si yo no hubiera estado enlatado -respondió Guthrie-. Gracias por todo, Esther.

-Basta de palabras bonitas. -Blum encendió un puro y chupó con fuerza. El humo era inusitadamente acre-. ¿Tienes un plan en mente, alguna solución que te parezca viable?

-Hemos comentado varias -intervino Kyra-. Depende de la ayuda que podamos conseguir...

-No me lo cuentes. Más vale que no sepa nada más. He creído que os irá bien tener un guía que os lleve por rutas que no figuran en ningún mapa, y que sea un luchador. He contratado a este gunjin.

Valencia inclinó la cabeza.

-De la hermandad de Sally Severin, a vuestro servicio -dijo en voz baja.

Guthrie irguió los pedúnculos oculares, el único gesto físico que podía hacer. Kyra supuso que reconocía el nombre. Ella no, pero se hacía una idea. Un guerrero, un mercenario moderno. Su trabajo no era necesariamente de carácter criminal. Con frecuencia se reducía a la custodia de gente o propiedades. A medida que las sociedades, las organizaciones y los potentados se distanciaban del Gobierno, preferían contratar protección en vez de recurrir a la policía. Pero ella conocía muchas historias, ficticias o no, acerca de la predisposición de la mayoría de los gunjins a aceptar trabajos ilegales, desde el contrabando hasta guerras territoriales entre pandillas.

¿Él mismo habría adaptado el nombre? Nero: Nerón. A lo mejor sus padres se contaban entre los neopaganos, anticristianos por antonomasia.

Kyra lo observó.

-Mi contrato es con la señora -decía Valencia-, pero ella me ha encomendado que os preste toda mi ayuda. En consecuencia, respondo ante ti, señor Guthrie, hasta que ella revoque la orden o el contrato expire dentro de dos semanas. En ese momento, si lo deseas y yo estoy dispuesto, podemos pactar uno nuevo. Entretanto, soy tu hombre, dentro de las leyes de la hermandad. Esencialmente eso significa que no participaré en atrocidades ni perversiones, y aunque arriesgaré la vida por ti si es necesario, no estoy obligado a realizar actos suicidas. Te entregaré un papel donde se exponen estas condiciones. -Sonrió. Era una sonrisa encantadora-. Aunque no creo que me des motivos para desobedecer una orden. Te he admirado toda la vida. -Se volvió hacia Kyra-. Y tú, señorita, constituyes una deliciosa sorpresa.

Adoptó de nuevo una expresión grave.

-Mi territorio es la Costa Oeste, desde Vancouver hasta la Baja California. He operado en otras partes pero no estoy familiarizado con ellas. Si ustedes desean ir hacia el este, quizá debamos contratar a un lugareño. Yo puedo encontrar a alguien.

-No creo que lo hagamos -comentó Kyra.

-¡No me contéis nada, he dicho! -exclamó Blum. Interpeló ansiosamente a Guthrie-. ¿He hecho bien? ¿Esto aumenta tus posibilidades?

-Escucha, muchacha -dijo Guthrie-, si yo pudiera conectarte a estos circuitos, te daría un meneo que te dejaría lela. Podría hacerlo con tu emulación. Ven a vivir conmigo y sé mi amante.

-No, te lo agradezco. Envíame una caja de licor cuando llegues a casa. -Su frágil voz se quebró-. ¡Oh, Anson! ¿Está todo decidido, pues? Hagamos los planes y vámonos de este tugurio.

-Sugiero que usted se vaya primero, señora -murmuró Valencía-. Si hay un detective vigilando fuera, conviene que la siga a usted. La señorita Davis puede irse unos minutos después, y yo luego, llevando la maleta del señor Guthrie; no la traía antes y, si algo sale mal, tendré más posibilidades de deshacerme del perseguidor. Recoge tu equipaje de donde lo hayas dejado, señorita, y alquila una habitación en el hotel Neptune. Yo estaré en la 770.

-Guardaremos a Anson y pasaremos un par de horas en la Tierra de Nunca Jamás -dijo Blum-. De lo contrario, se preguntarán por qué no lo hemos hecho, y no sé si serán tan discretos como de costumbre, dada la histeria actual. Por lo que he visto en los noticiarios, el

Librodot

Gobierno promete cuantiosas recompensas por la información, especialmente sobre artefactos electrónico-fotónicos que pudieran alterar los sistemas de control central.

No podían aproximarse más a la verdad sin despertar sospechas acerca de Guthrie Dos, pensó Kyra. Sintió inquietud. ¿Se atreverían a dejar al primer Guthrie en un recipiente que nadie podía abrir, mientras ellos se alejaban del mundo? No les quedaba otra opción. Blum tenía razón. Era el nesgo menor. No inscribir el paquete, llevarlo a la sala de esparcimiento, no darle importancia.

-La señora tiene razón. -Valencia se encogió de hombros y sonrió-. Si se me concede una sesión gratis, ¿de qué será?

-De nada íntimo, por favor -dijo Kyra-. No estoy de humor.

-Tampoco es mi afición -admitió Blum.

-¿Alguna vez lo has probado, Esther? -preguntó Guthrie.

-Una vez, por curiosidad. La cruda realidad es mucho más sorprendente y maravillosa.

-Una quivira puede recordártela, si lo deseas -murmuró él.

-Te repito que no, gracias. He enterrado a dos esposos, hombres valiosos ambos, y a un buen hijo. Dejemos los recuerdos en paz. El poco tiempo libre que me queda es para mis hijos y nietos vivos. -Blum se rió-. Además del diablillo de mi bisnieto. -Apagó el puro y se levantó-. Aunque no me opongo del todo a las quiviras. Más aún, he consultado un catálogo de programas preparados y he escogido uno para nosotros. A ti te gustará, Kyra, y creo que tú no te aburrirás, Nero. Vamos.

-¿Qué es? -preguntó Kyra.

-Una fiesta en Filadelfia. Nuestro anfitrión será George Washington. Los otros invitados serán Thomas Jefferson y Benjamín Franklin. Sumaos a la conversación, pero cuidado con los modales. Son ilusiones, sí, partes de un programa de hiperordenador, pero también son réplicas tan cuidadosas de sus personalidades como la erudición ha permitido. Yo, por esta vez, prefiero escuchar.

-¡Vaya! -dijo Guthrie-, y yo tendré que aguantarme y envidiarte.

Librodot

17

Muchos años atrás, en Quito, había declarado:

-Construiremos algo nuevo aquí. La primera máquina que pasará el test de Turing, aunque debo admitir que será porque hará trampa. Verás, yo estaré en ella.

-Creo que dentro de poco tiempo habrán conseguido un sistema verdaderamente consciente -replicó Juan Santander Conde. En esos días era un hombre bastante joven, aunque lo unía a Guthrie una vieja amistad, y trabajaba como alto directivo de Fireball.

-Sí, el Santo Grial de la psiconética. E igualmente inalcanzable, creo yo.

-Ya...

-Sí, claro. Son excelentes simulaciones. No digo que los primeros programas no tengan cierto grado de conciencia, tal como admito que tiene un lagarto, más un perro y todavía más un mono. Pero básicamente son idiots savants. Muy brillantes en sus reducidas especialidades, pero poco más. A mi entender, si alguno de los enfoques que se están aplicando para hacerlos más parecidos a los humanos fuera acertado, ya habríamos llegado a la meta... Sé lo que vas a decirme. No te molestes. Los programas de esos nuevos palacios de sueños. La gente que los ha probado jura que es como interactuar como un ser vivo y real. Pero es un sueño. La participación del cliente es esencial, y su intuición actúa como un circuito de realimentación. Si el cliente aporta más elementos a la interacción, más conocimiento, imaginación o lo que sea, si aporta más de lo que el programa puede manipular, la seudopersonalidad se transfigura, puede desintegrarse.

-Lo sé, y no tenía intención de mencionarlo.

-Lo lamento. No quiero ofenderte, Juan. A veces hablo más de la cuenta. Me siento un poco solo en mi situación. No importa. Lo

que quiero desarrollar para Fireball es algo que será totalmente distinto... al menos, cuando yo esté dentro. Verás, quiero que pueda incluirme en sus operaciones.

Mientras el robot preparaba las conexiones para el nuevo Guthrie, él quiso hacerle una pregunta, pero se contuvo.

-¿Quiere preguntar algo? -ronroneó la pantalla de información.

-No, nada. Procede.

Cuando estuvo totalmente conectado e integrado, presentó sus preguntas al sistema. Era prudente comenzar con unas cuantas indagaciones sencillas y directas. El acceso inmediato a la totalidad, el dominio de sus aptitudes, podía resultar abrumador al principio. Para decirlo en lenguaje humano, era como recordar algo: una fecha, una dirección o los ojos de una mujer.

El hiperordenador clasificaba su deseo y lo rastreaba por los circuitos. Si era preciso, la búsqueda podía hurgar en bases de datos de todo el planeta. El examen de cada implicación lógica podía incluir otros ordenadores igualmente lejanos. La información que pidió Guthrie le llegó en pocos milisegundos.

Sí, se estaban realizando progresos en inteligencia artificial, aunque las noticias no figuraban en los informes que recibía de América del Norte. Tenía mucho que aprender sobre los asuntos cotidianos y los cambios que se habían producido mientras estaba desactivado.

Descubrió que la vanguardia del progreso ya no estaba en los laboratorios de Fireball. Su idea de incorporarse al núcleo del sistema cibernético de su compañía había tenido tanto éxito que le había causado aprensión. Aunque no prohibió las nuevas investigaciones en aquel campo, dejó de alentarlas, y languidecieron.

En otras partes, sin embargo, los investigadores habían seguido su iniciativa con entusiasmo, sobre todo en Technofutures de Europa y Hermes Communications de Astrebourg. Habían hecho considerables progresos. Sin duda habrían hecho más si hubieran tenido una emulación con la que trabajar. Pero ninguna de las otras dos todavía existentes tenía interés en ello. Uwimana estaba totalmente consagrado a sus proyectos científicos, y se había convertido en la personificación de la cosmofísica. Nguyen estaba perdido en los misterios sobre los que meditaba.

En cuanto a crear otra emulación, nadie se prestaba a servir como sujeto de prueba: «No me gustaría ser una máquina; y a una copia de mi mente tampoco le gustaría.» Los pocos voluntarios eran juzgados inadecuados, por una u otra razón.

Aun así, era posible construir el hardware para manejar una emulación, como evidenciaba la existencia de unas cuantas. ¿Era posible escribir un programa que operase como una personalidad emulada? En tal caso, se habría alcanzado el Santo Grial, una inteligencia artificial plenamente consciente y limitada sólo por las capacidades de los sistemas a los que estaba acoplada.

Se diseñaron y probaron sucesivos algoritmos que fueron considerados insatisfactorios, revisados, vueltos a probar y desestimados. Últimamente, sin embargo, otra idea estaba ganando terreno. La mente era algorítmica sólo en parte. Debían tenerse en cuenta los efectos cuánticos, especialmente la desigualdad de Bell y la energía del vacío. Nada había de sobrenatural en ello; el observador y lo observado eran uno, la causa tenía su raíz en el efecto. La serpiente Ouroboros se convertía en anillo. En base a ello, era posible planear ¸la configuración material de aquello que la naturaleza había tardado millones de años en forjar.

Una vez en el buen camino, y con la potencia informática de la actualidad, sería posible el éxito. ¿Y entonces, qué?

Guthrie evitó la pregunta. Tenía preocupaciones más urgentes. Por un tiempo hizo ejercicios y recobró las aptitudes de un intelecto digno de un dios. Se planteó ecuaciones diferenciales complicadas y las resolvió. Modeló tres grandes moléculas orgánicas y las hizo reaccionar. Exploró reinos fractales de belleza tan vertiginosa que le costó abandonarlos.

Pero debía hacerlo. Al cabo de una media hora de tiempo real, unos dos mil millones de microsegundos, se dedicó a su verdadera tarea. Era infinitamente más difícil. En el transcurso de una noche llegó a completar un esquema.

Sin embargo, debía bastar. Había estudiado toda la documentación sobre los acontecimientos que Anson Guthrie había protagonizado en los últimos veintitrés años. Ordenó, evaluó, seleccionó. Almacenó algunos en su memoria personal permanente, aquéllos que de una forma natural se habrían grabado allí. Eran relativamente pocos, pues su red neuronal no tenía mucha más capacidad de almacenaje de la que había tenido su cerebro viviente. Sintetizó muchos otros y los convirtió en conocimiento general; por ejemplo, él habría recordado quiénes eran las figuras más eminentes de la historia de esas décadas, y algo sobre los actos de cada uno, pero no muchos detalles. Rechazó la mayoría: cosas que uno advertía y pronto olvidaba, y que luego buscaba en un libro o en una base de datos en caso de necesidad.

Mientras duró su esfuerzo no fue consciente de nada más. Era trascendente; era proceso, fluidez. Cuando terminó tuvo que luchar contra la necesidad de buscar en otra parte,

Librodot

de entrar de nuevo en ese éxtasis frío. Poco a poco apartó su conciencia controladora de la red. Pidió la desconexión.

Como siempre, una inmediata sensación de notable pérdida dio paso a la calma. Su mente, tan humana, necesitaba asimilar lo que había aprendido. Necesitaba descanso, subactivación, la parsimonia y la fluctuación correspondiente al sueño que su cuerpo viviente había acogido con gusto tantas veces. Pero antes era aconsejable comprobar si no quedaba ningún asunto urgente.

Fue a su oficina. Al menos el cuerpo robot adonde lo habían transferido no sentía dolor ni cansancio. Podía disfrutar de su andar, de sus blandas pisadas en la moqueta, del olor a pino que salía de los susurrantes paneles de ventilación.

Su oficina principal era grande pero sencilla. Había objetos en una caja: recuerdos, trofeos, regalos de amigos ya difuntos, las chucherías que aun los fantasmas acumulan. Reparó en algunos que no estaban ahí a su regreso de Alfa del Centauro. No sabía nada sobre ellos, cómo habían llegado hasta su otro yo ni por qué le habían parecido dignos de guardarse. Esas trivialidades no aparecían en los libros de la compañía ni en las reseñas periodísticas, y él nunca había llevado un diario. Algunos de aquellos objetos podían causarle problemas, si alguien más tenía conocimiento de ellos. Debía tener cuidado de no mencionarlos, o de no hacer ningún comentario al respecto.

Como el robot no necesitaba sentarse, se plantó frente al escritorio, que era un anacronismo para una criatura como él, y tocó el teléfono. El mensaje era de Dolores Almeida Candamo, rogándole que la llamara cuanto antes, a cualquier hora.

-¡Caramba! -murmuró, e inició la búsqueda. La directora general de operaciones terrícolas de Fireball estaba en casa, y despierta. Guthrie la recordaba como una entusiasta y joven ingeniera de comunicaciones. Ella y su novio habían adelantado la fecha de su boda para que él pudiera asistir en persona antes de marcharse; Fireball no podía utilizar a los dos Guthries para eso, pero era «el mismo espíritu»; ella se había reído. Su reseña le había puesto al corriente sobre el resto de la carrera de la mujer y lo había preparado para el cabello gris y el rostro todavía atractivo. No le había dicho nada sobre el modo en que se trataban normalmente. Tuvo que hacer una estimación basándose en la psicodinámica y aplicarla.

-Buenos días -lo saludó ella en español-. Bienvenido, jefe Guthrie. Lamento haberme perdido tu llegada de ayer.

-No te perdiste demasiado -respondió él en inglés, y pasó al español-. ¿Hay algo urgente para mí?

-Ya lo creo, casi todo. No tendrías que haber ido a América del Norte. Estábamos preocupadísimos y...

-Y Fireball sobrevivió. ¿Cuántas veces me has oído decir lo mismo? Toda empresa que necesite microgestión desde la cima debería desaparecer de inmediato. ¿De qué se trata?

Notó que aquel tono cortante la mortificaba. Bien, no podía arriesgarse a ser más amigable sin haber evaluado antes los matices. Ella adoptó una actitud práctica.

-Primero, todo eso de cooperar con los avantistas, después de todo lo que nos han hecho. En estos días he vivido en medio de una tormenta.

-Me lo imagino. Se preguntan si los he traicionado, o por qué y cómo. Escucha, por favor. Comprenderás que no podía dar los detalles en un comunicado público. Habría desencadenado los mismos horrores que procuraba evitar, o como mínimo habría dado al enemigo un motivo para ocultarse.

»Dentro de poco tendremos una reunión con los directivos, y te daré los detalles. Lo que sucedió es que mis contactos con los Caóticos me llevaron a descubrir que existe un movimiento clandestino independiente de fanáticos, y no sólo en América del Norte. A regañadientes, me puse en contacto con la Sepo, indirectamente al principio. No todos sus miembros son unos monstruos. La mayoría son gente honrada que realiza una tarea que considera necesaria. Tenían sus propias pistas. Todo apuntaba hacia la infiltración de los radicales en Fireball y otras organizaciones privadas. No es una infiltración masiva, así que una caza de brujas sólo nos perjudicaría. Pero no podemos permitirla en puestos claves. Una nave espacial es un arma colosal por sí misma. Pensemos qué consecuencias sufriríamos si se cometiera un acto genocida que podríamos haber evitado. Trato de sacar el mejor partido de una situación comprometida.

Almeida se mordió los labios.

-Nuestros portavoces han dicho eso mismo, siguiendo órdenes mías. Pero a falta de algo más concreto, el miedo se alimenta de sí mismo.

-Lo sé. Pronto habrá explicaciones y actos concretos, lo prometo. Entretanto, ¿qué otra cosa importante hay?

-Los makatmas y sus seguidores han bloqueado el complejo Hyderabad. Te habrás enterado. Tratan de obligarnos a que apoyemos su culto. Sub tiene una idea para persuadirlos de que se dispersen pacíficamente, pero primero quiere comentarla contigo.

-¿Sub?

Ella lo miró intrigada, como buscando una expresión en su torreta.

-Subrahmanyan.

-Ah, sí. -Subrahmanyan Rao, jefe de operaciones del Sureste Asiático. Una pausa. Pensó. Suspiró-. Perdón, Dolores, no he descansado desde mi regreso, y antes lo había hecho muy poco. Estoy tan cansado que no puedo pensar. ¿Comprendes que una sobrecarga puede agotar cualquier mente, aunque ésta sea un programa? Dame unas horas. Trata de mantenerte al mando hasta entonces. Sé que podrás.

El semblante de Almeida se distendió.

-Sí, intentaré hacerlo. Llámame cuando estés preparado. Descansa bien, jefe Guthrie. -La imagen desapareció.

Guthrie permaneció un momento a solas. Bastaba con que ordenara «ninguna interrupción» y se programara para despertar al cabo de un rato. No. Todavía no.

El sistema transmitió su llamada por líneas a prueba de escuchas, rodeando todo el planeta hasta Futuro. También era temprano en esa capital, pero Sayre estaba en su oficina de la central nacional de la Policía de Seguridad. Tardó unos minutos en cerciorarse de que la comunicación estaba aislada. Esa comunicación no podía sorprender a nadie después de las noticias de las últimas semanas, pero su contenido requería la máxima discreción.

-Allá voy -dijo Guthrie-. ¿Qué hay de nuevo?

Unos rasgos borrosos cubrieron la pantalla.

-¿Y cómo anda todo por ahí? -preguntó Sayre.

-Más o menos bien. Pronto tendré que presentar a mis consortes un informe completo sobre la conspiración.

-Todavía lo estamos preparando, con pruebas incluidas. No te preocupes, lo tendrás a tiempo.

-Pruebas... ¿De qué valen en esta era electrónica de nanotecnología?

Sayre sonrió.

-Por eso te necesitábamos en escena, Anson. Nos hacen falta tu personalidad y tu poder de convicción.

-Para ti «jefe Guthrie», Sayre. -El otro se puso rígido, tragó saliva, calló-. Quiero saber cómo andan las cosas de ese lado.

-Estamos trabajando muchísimo. -El entusiasmo disolvió poco a poco la frialdad-. Acabo de recibir un informe que según el programa merecía mi atención personal. Ayer por la noche la regente de la asociación de Residentes pasó tres horas en la quivira de Portland, en la Costa Oeste. Nunca había asistido a una quivira, por lo que consta en su expediente. Y es amiga íntima de... Guthrie. ¿Eso puede tener importancia?

-No lo sé. ¿Qué piensas hacer?

-Hacerla traer e interrogarla, desde luego.

El robot respondió con voz lenta e implacable.

-Sayre, escucha. Si tus agentes ponen una sucia mano sobre esa mujer, tú y yo hemos terminado.

Sayre lo miró boquiabierto.

-¿Qué? Espera un momento... -Sayre recobró la compostura-. De acuerdo, ella es amiga tuya y le debes cierta lealtad, pero...

-Cállate y escucha. Estoy convencido de que Xuan tenía razón en lo esencial. Sé cómo me convenciste, pero estoy convencido, y no quiero que tu causa fracase, porque cualquier otra alternativa es mucho peor. Así que me prestaré a la mentira piadosa de la gran conspiración nihilista, para que podamos pillar a mi otro yo antes que recobre Fireball, que es la única fuerza que hoy puede sacarte del atolladero. Deberé actuar paso a paso, y prefiero no subestimar el peligro. ¿Comprendes que esto es lo que pienso?

«Pues bien, por tu parte, comprende que la situación no tiene por qué gustarme, y que hay ciertas cosas que no toleraré bajo ninguna circunstancia. Dejarás en paz a la vieja Esther Blum, ¿entiendes? A menos que ella haya perdido el juicio desde la última vez que la vi, se habrá cuidado de no saber nada que pudiera serte de utilidad. Sea como fuere, tu gentuza no debe acercarse a ella. De lo contrario, eres hombre muerto. ¿Entendido?

Sayre temblaba. Se había puesto lívido.

-Eres bastante arrogante, ¿no te parece?

-Así es. Ése es mi estilo. Y si lo hubieras cambiado, yo no te habría servido de mucho, ¿verdad? ¿Tienes algo más que decirme? ¿No? Muy bien, nos mantendremos en contacto tal como convinimos. Recuerda: tengo maneras de saber lo que ocurre con mis amigos. Adiós.

Guthrie colgó.

Permaneció un rato en silencio. Una pantalla-ventana ofrecía un panorama de Quito y los picos andinos que se elevaban a la luz del sol en la claridad del amanecer. La ciudad despertaba. Cerca de la torre, su apariencia era totalmente moderna. Los nobles y antiguos edificios que rodeaban la plaza Independencia y los clásicos barrios residenciales eran oasis distantes. Sin embargo no eran piezas de museo, sino sitios donde la gente se reunía, hacía negocios, comía, bebía, se divertía, coqueteaba, haraganeaba, amaba, dormía, engendraba hijos, los criaba y al fin moría. Juliana había deseado que fuera así, una vez que el puerto de lanzamiento hizo el crecimiento inevitable. Y él había respetado ese deseo después de su muerte. Juliana se lo merecía. A fin de cuentas, había estado en todo desde el principio.

18
BASE DE DATOS

Jerry Bowen y su sueño ocupaban un apartamento de dos habitaciones en el sur de Chicago. Él lo mantenía escrupulosamente limpio, aunque no muy ordenado, con libros apilados por doquier, así como una pizarra, un escritorio sepultado bajo papeles garrapateados y un PC de gran potencia que conservaba de mejores días. Cuando lo visitaron los Guthrie, preparó café, de una marca que ellos sospecharon que apenas podía permitirse, y hablaron de diversos temas. El propósito de los Guthrie era conocerlo mejor, una vez familiarizados con sus planes. Bowen era un visionario, no un monomaníaco.

No obstante, el vuelo espacial dominó inevitablemente la conversación, que pronto giró en torno a su historia. Él lo había vivido. No sólo recordaba los años de gloria de los alunizajes, sino que había conocido a muchos de sus héroes y heroínas: astronautas, cosmonautas, ingenieros y empresarios cuyos intentos y fracasos se sucedían. Durante el ocaso de los proyectos espaciales, Bowen había trabajado en cualquier cosa mientras diseñaba sus propias naves, que nunca se construían, y seguía soñando con gente como Clarke, Bussard, O'Neill, Forward, Matloff, Hunter, Woodcock, Friesen o los Hudson. Aunque podría haberse deprimido, no se había olvidado de cómo reír.

Con cierta timidez, los Guthrie lo invitaron a la suite de su hotel varios días después.

-No creo que la virilidad de un hombre se mida por el tamaño de su cuenta bancaria -gruñó Anson-, pero ¿lo sabrá Jerry? Tal vez crea que deseamos abrumarlo, y es un gallo viejo y orgulloso.

-Dudo que le importe un bledo el lugar de la cita -decidió Juliana, y telefonearon.

Bowen llegó puntualmente. Fuera el viento impulsaba nubes cuyas sombras cruzaban calles y tejados. Desde la habitación se veía un pequeño parque. Era otoño, y árboles amarillos alzaban sus ramas hacia el aire turbulento. Las hojas secas caían. Era como si la naturaleza entera hubiera iniciado una peregrinación.

Cuando Bowen se quitó el sombrero y el abrigo, los Guthrie notaron que tiritaba. No hicieron comentarios.

-Bien -preguntó él-. ¿Qué sucede?

-Por lo que a nosotros respecta -le dijo Anson-, se hará.

Bowen jadeó. Arqueó el delgado cuerpo.

Juliana le cogió el brazo.

-Calma, amigo -murmuró-. Siéntate. -Lo guió hacia un sofá.

Anson se plantó frente a él.

-¿Qué vas a tomar? -preguntó cordialmente.

Bowen pareció no oírle. Sacudía la cabeza como aturdido.

-Estamos en marcha -susurró-. Estamos en marcha.

Anson alzó la mano.

-Tranquilo -advirtió-. Nos aguarda un duro y largo camino, y no prometo que mantengamos el curso, ni siquiera que lleguemos muy lejos.

Bowen apretó con los dedos la tapicería del sofá. Alzó los ojos.

-¿Quieres decir que te gusta el diseño...?

-A mí y a los ordenadores.

Bowen se relajó.

-A mucha gente le ha gustado durante estos años -murmuró-. Pero siempre hay un pero.

-Lo lamento. Debí explicarte las cosas poco a poco.

-Anson es un elefante en un bazar -dijo Juliana con una sonrisa-, y la vida es el bazar. Pero escucha, Jerry, tenemos esperanzas. Para eso nos hemos reunido.

Bowen se enderezó. Las facciones se le iluminaron.

-Hemos estudiado los costes -continuó Juliana-. Nos ha ido bastante bien en Australia, ¿sabes? Cuando supimos de ti... Bien, creemos disponer de capital suficiente para atraer más inversores. Para empezar, al menos. Si todo sale tan bien como sugiere el análisis, tendremos a los inversores peleándose por entrar en el negocio.

Bowen expresó la cautela que habían despertado en él tantas decepciones y rechazos.

-¿En los tiempos que corren?

-Tal vez no atraigamos a ningún norteamericano aparte de mí -admitió Anson-. ¿Qué más da? Hay australianos, japoneses, europeos, y también conozco a algunos sudamericanos.

-Con eso contamos -añadió Juliana.

-Larguémonos de este condenado país -dijo Anson.

-¿Qué?

-¿No es obvio? Ahora que la Renovación ocupa la Casa Blanca y tiene mayoría en el Congreso, todo irá de mal en peor hasta terminar en tal calamidad que otro tendrá que recoger los restos y volver a darles una forma más o menos sensata. Para colmo, la mayor parte del Islam parece dispuesta a ir a la guerra.

Juliana hizo una mueca.

-Lo que significa que aumentarán las restricciones, pase lo que pase -declaró con inusitada aspereza-. Y eso reforzará el poder del Gobierno. Randolph Bourne lo dijo hace mucho tiempo: la guerra es la salud del Estado.

Bowen frunció el ceño. Aún le quedaba bastante carácter.

-No me interesa la maldita política -protestó-. ¿Cuáles son vuestros planes?

-Esperanzas -corrigió afablemente Juliana.

-Entiendo. Todo esto es preliminar. -Bowen sonrió con cierta sorna-. Ja, los preliminares de los preliminares. No soy un novato en el mundo de los negocios. -Su voz cobró intensidad-. Pero hablando de manera general, ¿qué tenéis en mente?

-Ecuador -contestó Anson-. Parajes perfectos. Montañas altas cerca del ecuador o en pleno ecuador, y... conozco gente. A las personas indicadas.

-Más aún -intervino Juliana-, son personas listas que miran hacia el futuro. Entienden lo que esto representaría para su país.

-Para todos -jadeó Bowen.

-Así es -convino Anson, a falta de mejores palabras-. Desde luego, se requiere una inversión sustancial, empezando por carreteras adecuadas, pero una vez que tengamos instalado tu proyecto...

Un proyecto viable de lanzadera láser. Los cohetes derrochaban inevitablemente mucha energía cuando despegaban del suelo. Su entorno natural era el espacio, y aun allí el cohete químico debía reemplazarse, salvo en contados casos, por algo más práctico: un motor iónico, un motor de plasma, o un motor fotónico.

Una lanzadera láser viable. El coste energético para alcanzar la órbita terrestre era modesto, unos cuantos quilovatios-hora por kilogramo; y como Heinlein dijo una vez, cuando se está en órbita terrestre, se está a mitad de camino de cualquier parte. Ningún dispositivo podía alcanzar aquel mínimo, pero, diseñado imaginativamente para lograr eficiencia además de capacidad, un láser, transmitiendo energía a las moléculas del aire, podía aproximarse.

Si además uno tenía las manos libres para crear y dirigir una organización propia, se evitaba pagar a un ejército de operarios y burócratas. Se podía administrar una línea espacial tan económicamente como una línea aérea o una línea marítima. Una misión podía costar menos, en términos de producto mundial bruto, que cualquier viaje de Colón.

Se necesitaban capital, agallas, ingenio y algunos amigos bien situados. Pero ante todo, era preciso querer hacerlo.

Juliana hablaba con entusiasmo:

-Y los ecuatorianos nos darían permiso para usar motores nucleares en las naves espaciales. Estamos seguros de persuadirlos y de que obtendrán autorización de la ONU.

Anson se dio un puñetazo en la palma.

-Es el comienzo, Jerry -dijo con voz ronca-. Será el comienzo de todo. Los lanzamientos comerciales son sólo el punto de partida. Poder. Auténtica energía solar. Olvida ese fraude de las placas solares terrestres y la cháchara sobre el satélite energético. Salvaremos lo que queda de nuestro cielo nocturno en la Tierra. Construiremos acumuladores y transmisores Criswell en la Luna, con materiales lunares. Y los recursos minerales de los asteroides...

Juliana se echó a reír.

-Querido, me temo que estás enseñando a tejer a tu abuela.

-¿Y qué? -exclamó Bowen-. Garantizaría una presencia humana permanente en el espacio. No me molesta que me lo repitan cuantas veces quieran.

-¡De acuerdo! -rugió Anson-. Haremos todo lo posible, los tres.

Bowen miró el vacío.

-Si Helen hubiera estado aquí hoy... -Se levantó de un brinco, con juvenil energía-. Ahora aceptaré esa copa.

Librodot

19

Por la tarde, Valencia se fue llevándose a Guthrie.

-Espera aquí -le dijo a Kyra-. Conseguiré un coche y pasaré a recogerte.

-¿Por qué no puedo ir? -preguntó ella.

-No necesitas saber dónde se encuentra el depósito de coches de la hermandad, piloto Davis -dijo él cortésmente. Había detectado de inmediato, en la discusión de la noche anterior, que ella prefería ese tratamiento.

Kyra esperó en un café. Habían conversado hasta tarde. Ella y Guthrie ya habían trazado un par de planes, pero necesitaban que Valencia les ayudara a escoger el mejor y concretar los detalles. El plan estaba lleno de inconvenientes.

El gunjin reapareció antes de lo que ella esperaba. Se subieron a un Phoenix rojo.

-¿No es un poco llamativo? -preguntó ella.

Él se encogió de hombros.

-Forma parte del camuflaje. Se supone que los fugitivos no van en coches deportivos, ¿verdad? -Movió los dedos sobre los controles y se incorporó al tráfico.

-¿Dónde está el jefe?

-Cerca de mis armas, en un compartimiento bien protegido, rodeado de muchos elementos electrónicos para más seguridad. El motor está trucado, aunque no se note.

Aquel vehículo se usaba para el contrabando, comprendió Kyra. Rió de contento. Bien podía tomar su fuga como una aventura, al menos mientras las cosas no se volvieran en su contra.

Valencia entró en una autopista por una rampa, puso el piloto automático e introdujo el itinerario. El Phoenix aceleró hasta que los paisajes urbanos se volvieron borrosos. Apenas se oía el zumbido del aire. Sí, pensó Kyra, los chinos saben construir coches. Valencia reclinó el asiento unos grados y se relajó.

-Si todo va bien, llegaremos a San Francisco a las 14.00 -dijo-. Conozco un buen lugar donde comer hasta tarde, a menos que prefieras detenerte para hacerlo antes.

-No, está bien. Sorpréndeme.

-Ahora empecemos a repasar tu historia.

-La recuerdo bastante bien de anoche.

-Con todo respeto, piloto Davis, no la recuerdas. Hay muchos detalles en los que no profundizamos. Si nos detienen, tendrás que repetirlos todos y cada uno sin pensar. Para eso te harán falta dos o tres horas de repaso, diría yo.

Kyra frunció el ceño.

-¡Maldita sea! Y yo que quería empezar este viaje.

Valencia sonrió. Su biogema lanzó un destello azul.

-Por mi parte, puedo imaginar muchos modos divertidos de pasar el tiempo. -Al instante recobró la seriedad-. Pero ser arrestado, interrogado y enviado a reeducación no se cuenta entre ellos.

-Por supuesto, señor Valencia. Empieza cuando quieras.

Valencia fue al grano. (Cuando Kyra se marchó a Quebec, un funcionario canadiense de Fireball juzgó que, dado el asombroso anuncio de Guthrie, era probable que ella regresara a Hawai. Packer, en Kamehameha, tenía dudas cuando lo llamaron.) Si la Sepo procuraba indagar eso, no averiguaría nada. Ningún consorte de un país extranjero les diría nada sin órdenes específicas de sus superiores. Si interrogaban a Packer, se olería algo raro y procuraría ser reservado. (Sintiéndose comprensiblemente insegura, Kyra había viajado a Portland y había hablado con amigos que tenía allí.) Su reingreso se registraría en la base de datos de un puesto fronterizo. Los Sally Severins tenían acceso a la red oficial. Kyra sospechó que se valían de agentes Caóticos, con los cuales tenían relaciones fluctuantes. (Bill Mendoza se había ofrecido a llevarla a San Francisco y acompañarla cuando ella solicitó autorización para tomar un avión con destino a las islas. Mendoza tenía que viajar a esa ciudad de todos modos.) Valencia llevaba identificación, y su seudopersonalidad figuraba desde tiempo atrás en los registros como la de un contribuyente respetable que no se metía en líos.

Fácil de recordar. Pero luego Valencia comenzó a añadir detalles de la vida cotidiana.

El cielo curvo se fusionaba con la transcontinental. La ciudad quedó atrás. El coche corría hacia el sur atravesando sembrados y bordeando ríos con criaderos de peces. Verdes parcelas cuidadas por máquinas se extendían a lo lejos sobre colinas escalonadas y hasta unas montañas ocultas a medias por las nubes. Un paisaje monótono, pensó Kyra, que en un tiempo debió ser hermoso; aldeas, granjas, vacas rojizas en los prados y manzanas rojizas en los huertos, tal vez lino azul o maíz amarillo, tal vez un niño a caballo, sin duda grandes extensiones boscosas, umbrías bajo el sol, impregnadas de aroma a resina.

-Ahora dime, ¿qué haces el jueves?

-Bueno, ah...

Una luz roja parpadeó en el panel. Dos o tres kilómetros más allá el tráfico se estaba amontonando. Kyra sintió un nudo en la garganta.

-¡Dios! -masculló Valencia.

Pulsó el botón del receptor. Un escudo con el símbolo de infinito apareció en la pantalla. Una voz asexuada dijo:

-Atención. Más adelante hay un control. Continúe en automático. No abandone el vehículo a menos que se le ordene. Se estima que la espera será de media hora. Es una situación de emergencia y se solicita de todos la máxima colaboración. Esté atento a nuevas órdenes.

Kyra apartó la cortina y miró. Dos aeromóviles revoloteaban a su alrededor.

-¿Todo esto es por causa nuestra? -susurró.

Los rasgos de Valencia se habían congelado en una máscara broncínea.

-Sospecho que sí -respondió en tono neutro.

-Pero podríamos estar en cualquier parte. ¿Cómo pueden saberlo?

-No lo saben, pero parece que creen tener una pista interesante. Paran los coches en ambas direcciones, según veo, y no hay ningún desvío antes de llegar allí. Todas las carreteras del Integrado de Portland deben estar bloqueadas. Y no han dicho nada en el noticiario para no ahuyentarnos.

-Aguarda. Esther Blum comentó que hacía décadas que no iba a una quivira.

Valencia asintió con un gesto.

-Eso debe de ser. Me inquietó, pero cuando Guthrie insistió en que no podía perder tiempo, preferí ni mencionarlo. Simplemente había que correr el riesgo.

Librodot

Kyra se estremeció.

-¡Esther! ¿Crees que ellos...?

-Es muy probable. Si ya la han capturado, y le han sonsacado que Kyra Davis viaja con Anson Guthrie, tenemos problemas. Sin embargo, ten en cuenta que eso es improbable.

Kyra asintió. El mero hecho de que Blum hubiera hecho algo fuera de lo común no parecía -para cualquier detective a quien hubieran encomendado seguirla sin más explicaciones- causa suficiente para el arresto. De la quivira ella había regresado al hotel. Allí la aguardaba otro mercenario. Se encargaría de escoltarla, y su organización la ocultaría un par de días. Cuando regresara a Baker, diría a la gente que había estado paseando por Portland. Cabía esperar que la Sepo creyera que era cierto y que su agente había cometido el error de perderle el rastro.

Una precaución en principio innecesaria había resultado ser vital. Alguien de más arriba había recibido el informe sobre Blum y ordenado tal vez que le informaran sobre todo detalle sospechoso relacionado con cualquier persona relacionada con Guthrie. Un programa de búsqueda podía encargarse fácilmente de ello. Había pensado que aquello podía ser una pista, y movilizado las fuerzas locales para bloquear las carreteras. Si Kyra lograba pasar, si aceptaban su historia, la Sepo pronto pensaría que la pista era falsa y Blum estaría a salvo al llegar a casa. Si Kyra no lograba pasar... Prefirió no pensar en las consecuencias.

Valencia se inclinó hacia ella. Bajo los mechones negros, su gema había cobrado un color topacio.

-Escucha, piloto Davis. No detectarán a Guthrie a menos que desmantelen este coche. No debemos darles motivos para hacerlo. Yo contaba con ensayar hasta que cada respuesta te saliera con más naturalidad que si dijeras la verdad. No tuvimos esa suerte, pero aún podemos pasar si no demuestras preocupación. Fastidio, curiosidad, sí, pero no tienes nada que ocultar, nada que temer. ¿Podrás hacerlo?

Kyra se humedeció los labios.

-Lo intentaré.

Reduciendo la velocidad, se pusieron a la cola y se detuvieron.

Pronto los de delante avanzaron un trecho y ellos los siguieron. La fila se detuvo nuevamente. Un camión se les acercó desde atrás. Estaban cercados. Kyra olió la transpiración en sus axilas, rancia y fría.

Valencia la miró en silencio.

-Lo lamento, piloto Davis -murmuró-, pero no creo que puedas lograrlo.

-Nunca fui muy hábil para mentir. ¿Alguna sugerencia?

Él entornó los ojos. Ella reparó en las pestañas largas, en su color castaño.

-En efecto -respondió Valencia lentamente-. Tal vez no te agrade.

-Veremos.

-Por favor, compréndelo. En mi hermandad, no confraternizamos con los clientes. Si te opones a esta propuesta, no la mencionaré más y trataré de pensar en otra cosa.

Kyra sintió latir sus sienes.

-¿Quieres decir... nosotros...?

Él asintió.

Librodot

-Es muy natural que una pareja encuentre un modo mejor de pasar el tiempo que encender el multi. En un caso así cabe esperar que la mujer esté agitada y sin aliento.

Kyra sintió ganas de reír a carcajadas.

-Esther dijo que toda buena causa exige sacrificios. He hecho sacrificios peores. Ven aquí.

Era un asiento único, aunque con respaldos separados. La gema emitió un fulgor escarlata. Valencia era irresistiblemente guapo. Se le acercó. Ella le rodeó el cuello con los brazos. Él le rodeó la cintura. Mientras sus labios se tocaban, él le acarició la espalda. El beso fue lento. Cuando alcanzó su plenitud, todos los besos que Kyra recordaba palidecieron, excepto su primer y torpe intento.

Él la exploró con calma. Ella metió una mano bajo la camisa de Valencia antes de que él le deslizara la suya bajo la blusa.

Una vez, procurando respirar, ella entrevió un coche de policía que pasaba. Bien, mucho mejor. Un espectáculo convincente.

Kyra aún no estaba tendida de espaldas cuando llegaron al puesto de inspección, pero tenía la convicción de que lo estaría si la espera duraba un poco más. Por desgracia. No, mejor así. ¿O no? Acarició el pelo revuelto de Valencia, miró con ojos turbios al agente que aguardaba ante la ventanilla.

El agente sonrió. Era un policía de paisano, uno de los varios que se encontraban al mando de un Sepo de uniforme tostado. El Sepo se acercó y repitió las preguntas que ya debía de haber hecho cien veces. Estaba ojeroso, tal vez bajo los efectos de estimulantes, y evidentemente más propenso por ello a ciertas distracciones. Al enterarse de que Kyra era miembro de Fireball, le hizo algunas preguntas adicionales. Ella respondió soñadoramente. Nero también intervino, con menos serenidad de la que comúnmente habría demostrado. Entretanto el policía abrió los compartimientos del motor y del equipaje, hurgó en sus pertenencias, las registró con un instrumento que debía de ser un detector. Desde luego, no sabían que...

-Adelante -rezongó el Sepo-. ¡Y aprendan a comportarse con más decencia!

Valencia le respondió con una tímida sonrisa, cogió los controles y puso el coche en marcha. Segundos después iban de nuevo a velocidad automática de crucero.

Kyra se reclinó con alivio.

-Vaya -suspiró. No pudo contener su euforia-: ¡Lo logramos, Nero! ¡Lo logramos!

-Hasta ahora -respondió él, sin dejar de mirar al frente.

-Oye, no te pongas nervioso. ¡Has estado fantástico! He disfrutado como nunca.

Él la miró de soslayo. La gema se había puesto rosada. Por un instante, Valencia expresó calidez y alivio.

-Gracias. También yo. -La sonrisa se disipó-. No te preocupes, piloto Davis. No presumiré de ello.

Su rostro y sus palabras, hasta su postura, recobraron su rigidez.

-Podemos toparnos con otros controles. O ese Sepo puede reflexionar un poco. Puede plantearse, por ejemplo, por qué no volamos directamente desde Portland si queríamos ir a Hawai. ¿El motivo es el que sugería tu conducta, que te estás tomando unas vacaciones extra? Si llama al cuartel general y revisan los datos que han llegado hoy, descubrirán que eres la única empleada de Fireball que ha salido de Portland por tierra. Entonces se harán preguntas. En cuanto perdamos de vista esos aeromóviles, cogeré el primer desvío.

Kyra ya no estaba tan eufórica.

-¿Hacia dónde?

-Conozco una casa segura. Allí confirmaré si es posible cambiar nuestros planes y no ir a San Francisco mañana. Tendremos que revelar a dos o tres personas más parte de nuestro itinerario, pero son de confianza, y si el enemigo se interesa en una pareja que concuerda con nuestra descripción, es posible que revise toda la zona de la bahía.

-Jesús y María -murmuró Kyra-, ¿qué haríamos Guthrie y yo sin ti?

Valencia rió entre dientes.

-Caer prisioneros, supongo. Al principio no lo hiciste mal, para ser novata, pero éste es mi oficio. Ahora repasemos un poco más, por si acaso.

El desvío que encontraron estaba pavimentado pero no tenía cable de guía. Valencia usó el control manual con una destreza que se evidenció cuando se internaron por caminos secundarios y terciarios que serpeaban entre montañas. En algunos la superficie estaba rajada y llena de baches, otros eran senderos de tierra erosionada donde el coche levantaba una gran polvareda. Las ruedas gruñían y chillaban, las curvas eran bruscas. A menudo una pendiente llena de matorrales y pedruscos se prolongaba hasta el fondo de un desfiladero.

-Y yo que me creía una gran piloto -exclamó. Un bache le hizo castañetear los dientes-. ¿Ésa es manera de conducir?

-Quiero estar a salvo cuanto antes -explicó él lacónicamente-. Un Phoenix rojo servía de tapadera cuando seguíamos la ruta principal, pero para cualquier nave aérea que sobrevuele la zona, será tan llamativo como un incendio forestal.

Kyra dejó que sus músculos se adaptaran al ritmo del movimiento. Al menos, en su concentración, él había desistido de los repasos. Además, la comarca era hermosa. Con una Administración eficiente, habría sido otro conjunto de plantaciones con genes personalizados o un yacimiento de minerales con nanotecnología. En cambio, las cuestas estaban desiertas. Los riscos, coronados por coníferas y picos majestuosos, se elevaban hacia el cielo. A veces se veían las ruinas de una casa, a veces el mar.

No supo con cuánta exactitud él había calculado, pero el combustible estaba a punto de terminarse cuando se detuvieron en un pequeño pueblo. Mientras el empleado de la estación les cambiaba el tanque de combustible vacío por uno recién cargado de hidrógeno, compraron bocadillos y refrescos en una tienda de la solitaria calle.

-No vemos a muchos turistas -suspiró la mujer que los atendió-. Es una mala época.

-Lo lamento, tenemos prisa -respondió Kyra. Hicieran lo que hiciesen, serían recordados; aunque era improbable que sus perseguidores pasaran precisamente por allí.

Masticando y bebiendo, Valencia condujo a menor velocidad. Una vez calmada el hambre, Kyra se sintió más tranquila.

-¿Quiénes son esas personas que vamos a ver? -preguntó.

-Su apellido es Farnum -dijo él-. Jim y Anne Farnum. Él trabaja en un criadero de peces, ella lleva la casa y prepara productos alimenticios para un mercado selecto. -Nada extraño, pensó ella. No era Alto Mundo, pero tampoco Bajo Mundo-. No tienen hijos, y por eso pueden dedicarse a otras actividades.

-¿Están en tu organización?

-No, ni con los Caballeros de la Aventura, cuyo territorio se extiende hasta esa región. Son criptocaóticos. Forman parte de la resistencia organizada. No son activistas, pero ofrecen

Librodot

una parada en el camino, un lugar de enlace, un escondrijo. No me sorprendería que se encargaran de custodiar un arsenal en el bosque.

Vaya, pensó Kyra, aquello se complicaba.

-¿Cómo sabes de su existencia? Los Saly Severins no son revolucionarios, ¿verdad?

-No. La mayoría de nosotros se alegraría de que cayera el Gobierno, siempre que el nuevo no nos aplastase más que los avantistas. Pero una hermandad, corno tal, debe ser apolítica.

Valencia pareció reflexionar unos instantes.

-En ocasiones la policía nos contrata discretamente para un trabajo. A fin de cuentas, oficialmente somos una agencia autorizada de servicios personales. Incluso la Sepo nos ha buscado en un par de ocasiones, por lo que he oído, pero no aceptamos precisamente porque había en ello un propósito político. La junta de los Caóticos lo sabe y lo valora, así que hemos trabajado para ellos, no concretamente contra el Gobierno, aunque hemos ayudado de varias maneras. No puedo contarte más, salvo que eso nos ha puesto en contacto. A veces nos conviene conocer la existencia de gente como los Farnum, y se nos confía cierta información. Creo que no sólo nos darán refugio esta noche, sino que nos ofrecerán más ayuda... pues en esta ocasión nuestros oponentes son sus enemigos.

-Entiendo. -Kyra estudió su perfil. La luz dorada que se derramaba desde el oeste lo destacaba contra los oscuros árboles-. No hablas como yo esperaba.

Él sonrió.

-¿Cómo?

-Eres bastante culto, ¿verdad? ¿Cómo te iniciaste en esta... profesión?

-¿Cómo se inicia la gente en su profesión? -Valencia se encogió de hombros-. Cosas de la vida.

-Yo siempre supe lo que quería ser.

-Y lo conseguiste. Tuviste suerte. Pero tú podías pertenecer a Fireball, y Fireball tiene a Anson Guthrie. -Valencia bajó la voz-. Un gunjin no es un robot a sueldo. Tiene cierta libertad, y procura aprovechar todo su talento. Ahora será mejor que acelere. Por favor, piloto Davis, no me distraigas.

Kyra se reclinó en el mullido asiento. Guthrie... ¿Cómo se tomaría aquello, encerrado en la negrura y el silencio? Bien, había afrontado muchas cosas en el pasado. La muerte misma, para empezar.

Un sol enorme y anaranjado rozaba el horizonte, arrojando un puente de quebrada luz sobre un mar de plata, cuando llegaron a Noyó. La aldea se encontraba en el acantilado, a orillas de una bahía angosta en cuya playa se apiñaban algunos edificios, con barcos a lo largo de un muelle o anclados en el agua. Las demás casas, viejas y escasas, estaban en lo alto, tres de ellas derruidas y abandonadas. Valencia se detuvo ante una más apartada, que se levantaba a la sombra de cipreses nudosos y grises.

-Ya hemos llegado -dijo.

Kyra se apeó del coche y se desperezó. El viento marino le despeinó el cabello y acarició su piel con fresca sensualidad. Su aroma era penetrante, diferente de los que impregnaban las playas de Hawai. Su murmullo era lo único que se oía hasta que ella y su compañero echaron a andar por el camino de gravilla.

La casa era grande, de un estilo que recordaba una pintura de Baker descolorida. Valencia golpeó la puerta con los nudillos en un gesto anticuado. Un hombre abrió. También

era corpulento y curtido, de barba enmarañada y cana, aunque por su cabello parecía más bien joven.

-Salud, amigo -dijo Valencia-. ¿Puedes albergarnos esta noche? Esta mujer es una fugitiva.

Farnum se mantuvo impasible.

-Adelante -invitó.

-Debería guardar el coche.

-Es un poco llamativo -convino Farnum-. Tráelo. Iré a abrir el garaje. Adelante, señorita. No se preocupe por si los vecinos han visto algo. Por estos lugares sabemos ocuparnos de nuestros propios asuntos.

Kyra entró. Una mujer rechoncha le salió al paso.

-Bienvenida -saludó sin énfasis, pero con aparente sinceridad. Ni el marido ni la mujer tenían el aspecto de héroes de la resistencia. Y aquella sala, con sus muebles destartalados y sus insípidos cuadros, no parecía una guarida de fugitivos. Desde luego, así debía ser. Desde la cocina llegaban aromas tentadores, y Kyra entrevió una consola de cocinar que debía de tener más de cincuenta años.

Pronto los cuatro se sentaron a compartir un aperitivo antes de la cena. Farnum les había servido una excelente cerveza casera. Cuando Kyra lo felicitó, él respondió:

-Aquí procuramos vivir el mundo real.

-Y queréis que así sea para todo el mundo, ¿verdad? -preguntó Kyra.

Farnum frunció el ceño.

-No hablemos de política -intervino su esposa, mirando a Kyra con severidad.

-Será mejor que vayamos al grano -comentó Valencia-. Quizá sepáis algo importante, o tengáis nuevas ideas.

-Adelante -dijo Farnum, como si hubiera pedido naipes en una partida de póquer.

-No puedo decir mucho, pero debéis saber que el Gobierno ha montado una persecución a gran escala en busca de algo que no describe con demasiada precisión.

Anne Farnum hizo una mueca.

-Imposible no enterarse. Esos embustes sobre fanáticos... ¿Por qué? ¿Qué buscan?

-¿Es posible que esas historias tengan algún fundamento? -murmuró Valencia.

-¡No! -respondió Farnum enérgicamente.

Tal vez, pensó Kyra, negaba algo en lo que no quería creer. Los integrantes de la junta y los que se entrenaban en secreto para una lucha futura no eran unos monstruos, pero posiblemente no todos tuvieran control emocional. Además, los movimientos revolucionarios no sobrevivían durante años, aguardando el momento oportuno, si no veían una perspectiva razonable de éxito. Eso sin duda significaba respaldo clandestino desde el exterior por parte de norteamericanos en el exilio, gobiernos extranjeros que tenían sus propios motivos...

-Mis disculpas -dijo Valencia con su mejor sonrisa seductora-. Me he sentido obligado a preguntarlo, aunque confiaba en que la respuesta fuese negativa. Por vuestra parte, aceptáis que tampoco nosotros somos unos salvajes, ¿verdad?

»Muy bien. Nosotros dos estamos transportando uno de esos objetos que busca la Sepo. Tenemos que ponerlo fuera de su alcance, y pronto. Dada la urgencia, lo mejor que pude conseguir fue transporte en una nave, un hidrofoil perteneciente a los Caballeros de la

Aventura. Hay ayuda mutua entre hermandades, como sabéis; los Sally Severins les han hecho favores en el pasado, y mis superiores decidieron que esta misión requería el pago de esa deuda.

Kyra bebió un sabroso sorbo de cerveza. Admiraba el modo en que Valencia sintetizaba los hechos importantes. ¿Por qué los comandantes de su organización habían realizado semejante apuesta? No eran precisamente idealistas. Por tanto, sabían que si ayudaban a Guthrie serían ampliamente recompensados, no sólo económicamente, sino con la buena voluntad de Fireball.

Pero en tal caso conocían la verdadera situación. O bien Esther Blum se la había explicado (forzosamente, pues carecía del dinero para pagar una misión de rescate bien organizada) o, una vez que se lo dijo a Valencia, él se puso en contacto con ellos y ellos autorizaron la solicitud. Sí, había tenido tiempo en la habitación del hotel la noche anterior, antes que Kyra llegara. Podía haberlo hecho antes de que Guthrie se enterara.

Lo cierto era que demasiadas personas sabían la verdad. En principio, era por necesidad, pero en la práctica aquello incrementaba el peligro. Valencia no los traicionaría. ¡No, imposible! Y cabía esperar que sus anfitriones fueran leales. Pero ¿cómo estar seguros? Además, la Sepo tenía que saber sobre las hermandades más de lo que daba a entender. Si las pistas la conducían en aquella dirección, tal vez considerase que valía la pena que se descubrieran sus laboriosas operaciones secretas con tal de capturar e interrogar a quienes pudieran guiarlos hasta Guthrie.

Era preciso huir cuanto antes. Kyra sintió un martilleo en los oídos.

Entretanto, Valencia continuaba:

-Hoy nos hemos topado con un control de carretera. Hemos conseguido pasar, pero creo que sería una tontería continuar hasta San Francisco como habíamos planeado. ¿Puedo comunicarme con los Caballeros por una línea segura? ¿Y creéis que sus tripulantes podrían hacerse a la mar mañana, y que una nave podría llevarnos con cierta seguridad a su encuentro?

Los Farnum se miraron. Cavilaron. Al cabo de un momento ella dijo:

-Si tienen autorización para actuar desde hoy, no habrá inconvenientes. El capitán puede decir a la policía costera que su retraso se debe a un problema familiar o algo parecido. Y tú, Jim, puedes llamar para decir a la compañía que no podrás ir a trabajar. Podemos inventar un buen pretexto.

Su esposo se acarició la barba.

-Tendré que pensar en un lugar de encuentro. No hay muchas patrullas en esta costa, pero el Gobierno está demasiado en guardia para que corramos el riesgo de que un cúter o un anfimóvil nos detenga para hacer preguntas. Averiguaré qué movimientos se han observado últimamente.

¿Él, un mero explorador? ¿La resistencia estaba formada por personas sencillas como aquéllas, desperdigadas pero en contacto, cada cual prestando su pequeño servicio cuando se requería? Kyra pensó en una serpiente al acecho. Si un hombre sabía dónde se ocultaba, podía aplastarle la cabeza con el talón de una bota, de lo contrario, la serpiente aguardaba el momento de atacar, agitando la lengua, saboreando el aire que respiraba su víctima.

-Bien, ¿estamos de acuerdo por ahora? -preguntó Anne Farnum-. Comamos antes de que la cena se enfríe.

Durante la comida hablaron del tiempo, las noticias deportivas, los incidentes locales, trivialidades. Nadie quería saber más de lo necesario, comprendió Kyra. Poco después se

dispuso a usar la cama libre que le ofreció la esposa. Valencia y los Farnum se quedaron levantados hasta tarde. Cuando despertó al amanecer, Kyra se preguntó si habrían dormido siquiera.

Librodot

20

Otro ocaso derramó sus llamas sobre las extensas aguas y se extinguió. Le siguió un breve crepúsculo. Cuando Kyra entró en la cabina de observación después de cenar, la noche cubría ya la mitad del Pacífico.

A bordo de una nave que la llevaría desde el continente hasta Hawai en treinta y tantas horas, no podía permanecer en cubierta, pero disponía de aquella cabina. La espuma apenas había empañado el cristal, gracias al diseño aerodinámico del Caravel, que cabeceaba sobre las olas. Kyra sólo sentía ese movimiento como una especie de unidad entre la máquina y el mar.

Redujo la luz de la cabina y dejó que sus pupilas se dilataran para captar la escena. No atinaba a ver las luces de navegación ni el radar. Sólo veía su extremo superior, una blancura opaca que se mecía rítmicamente. Más allá se extendía el océano con su lustre inmutable, como mil leopardos negros al acecho. En las cercanías se veían retazos de espuma arremolinada. El motor palpitaba. El sordo rumor del oleaje hacía contrapunto con el viento. El fulgor del cielo era leve, y permitía distinguir un millar de astros y la sombra de la Vía Láctea.

Una vista majestuosa, serena, imponente. Lástima que el jefe no pudiera disfrutarla, pensó. De nuevo se encontraba encerrado en un compartimiento secreto y protegido, y Kyra no se atrevía a sacarlo antes de que fuera necesario. Los Caballeros de la Aventura se limitaban a devolver un favor; no habían firmado ningún contrato. Si la tripulación del Caravel se enteraba de lo que estaba transportando, la tentación -una recompensa suculenta, indulto por los delitos del pasado, un lucrativo empleo en el Gobierno- podría resultar irresistible. O el capitán podía pensar que lo habían embaucado, exponiéndolo a un riesgo enorme sin recompensa, y tomar venganza.

Sólo había podido susurrarle unas palabras a Guthrie, que quizá no había oído nada desde dentro de su envoltorio, mientras lo llevaba del coche a la embarcación de Farnum. ¿Cuánto tiempo resistiría la privación casi total de datos sensoriales antes de que su mente empezara a desmoronarse? Ella había sufrido momentos de angustia -y suponía que Valencia también- cuando un cúter de la guardia costera asomó sobre el horizonte y les dio orden de detenerse. Tuvieron que encerrarse en un par de armarios usados para el contrabando, y el tiempo se prolongó espantosamente en medio de la ceguera mientras los agentes inspeccionaban el hidrofoil. ¿Menos de tres horas? ¿Era posible?

Bien, el mal trago había pasado y era improbable que esa situación se repitiera. Kyra volvió a contemplar el mar. Pero no podía concentrarse. Por mucho que se empeñara, le atenazaba la angustia.

Una pisada suave hizo que se volviera. Dio un respingo. La sombra que se le acercó era Valencia.

-Buenas noches -dijo él, con voz tan queda como sus pasos-. ¿Molesto?

-No. En absoluto. Hace una noche preciosa.

-Es verdad. Pero hay que ir al espacio para ver auténticas estrellas.

-Oh, con un vivífero...

-Sabes mejor que yo que no es lo mismo. -Valencia hizo una pausa-. ¿O no? Los humanos pronto nos acostumbramos a nuestros privilegios. A menudo olvidamos que lo son.

Kyra no hubiera imaginado llegar a sentir compasión por aquel hombre.

-¿Nunca has estado allí?

Librodot

-Pasé una temporadita en Luna. A los turistas nos llevaban como ganado.

-Siempre has querido trabajar en el espacio -dijo Kyra, comprendiendo de golpe.

-Siempre.

Impulsivamente, Kyra le cogió la mano.

-No eres el único. Aun entre los hijos de Fireball... hay pocas oportunidades, cada vez menos.

-Sí, lo entiendo -replicó él-. No me estoy autocompadeciendo. -Su voz recobró la compostura habitual-. Perdón, piloto Davis, por interrumpir. Tengo ciertas noticias, pero si prefieres pueden esperar a mañana.

Kyra se obligó a sonreír.

-No me dejes en vilo.

-Muy bien. Acabo de hablar con el capitán, y no he conseguido persuadirlo. No esperará para llevarnos desde Hawai hasta un refugio. Nos desembarcará donde le pidamos y regresará inmediatamente. Creo que le causamos aprensión, y no puedo culparlo por ello. Se ofreció a llamar a su comandante para solicitar un cambio de órdenes, pero eso habría sido excesivamente arriesgado.

-Desde luego, -Kyra recordó que debían cuidar sus palabras. Podía haber micrófonos ocultos en todas partes-. Hablamos de ello esa noche en Portland, pero sólo de pasada. ¿Crees que podrías conducir a quien fuera necesario a un escondrijo?

-Te he dicho que no conozco bien Hawai, es otro lugar adonde sólo he ido como turista. Mi hermandad no tiene contactos con los reyes de Honolulú. Pero... si tú me guías...

-Yo no conozco escondrijos.

-Podemos hablar de los sitios donde has estado, de lo que has visto y oído. Eso es información. Esa otra gente debe de tener más. Tal vez entonces pueda ayudar a ocultarte, no en un sitio determinado, sino yendo de aquí para allá. No durante mucho tiempo, si nos persiguen profesionales, y sin garantías; pero haré lo posible.

-Tal vez no estemos en condiciones de renovar tu contrato cuando expire.

La sonrisa de Valencia resplandeció fugazmente en el rostro velado por la noche. Los ojos y la gema recibieron la luz de los astros.

-Confío en que le darás valor retroactivo más tarde.

-Mil gracias, Nero. -De nuevo le cogió la mano, esta vez con ambas, y con fuerza.

-Es un plan descabellado -gruñó él. ¿O sólo bromeaba?-. La conexión informática, en fin... Pero los neósofos... -Se interrumpió.

Kyra notó que él no apartaba la mano, sino que respondía a su presión.

-¿No lo comprendes? Es nuestra única posibilidad, precisamente por eso.

Al menos así lo creía Guthrie.

-No sólo tenemos que engañar a la policía -había dicho-, sino a mi alter ego. Kamehameha estará muy vigilada, pues él sabe que lo que más me gustaría es regresar al espacio. En consecuencia, lo más sensato es tratar de meterme en un país libre de la Tierra. Por eso la Sepo se concentrará en retenerme dentro de las fronteras de la Unión hasta que pueda encontrarme. Bien, mi otro yo sabe cómo pienso y cómo siento, pero no sabe qué advertencias he recibido, cómo se gestó mi fuga, quiénes son mis acompañantes ni de qué son

capaces. En consecuencia, camaradas, lo más conveniente es hacer lo menos obvio. No son probabilidades ideales para ganarnos la vida como jugadores, pero apostaremos por ellas.

-Y por ser descabellado te agrada -dijo Valencia a Kyra. Las olas reían en torno a ambos-. Bien, confieso que a mí también.

Ella decidió que convenía soltarle la mano, y así lo hizo, y se preguntó por qué.

-Lograremos escapar, Nero -dijo con voz trémula.

-¿Quieres empezar por hablarme de tus contactos en Hawai? -preguntó él. ¿Qué era aquello, cautela, espíritu práctico o qué?

-Supongo que sí.

-No quiero un informe ni una sesión de estrategia. No tenemos por qué echar a perder esta noche. -Y quizá fuera contraproducente o peligroso si alguien escuchaba, pensó Kyra, pero ¿por qué esa idea parecía poco probable?-. Sólo dime lo que recuerdes.

Kyra superó su sentimiento de culpa.

-¿Por dónde empiezo? -bromeó.

-Por donde gustes. -Él se apoyó sobre los codos y miró hacia fuera. La luz del cielo y el mar recortaban su perfil contra la oscuridad-. ¿Tal vez por un panorama como éste?

-Pues recuerdo una vez... -Kyra se apoyó como él. Sus codos se tocaban, un contacto tibio en la fresca brisa marina-. Un amigo y yo habíamos decidido ir a pasear en canoa...

Él la ayudó. A veces Valencia contaba sus propias experiencias, que también podían ser dulces. Aunque no había pedido ningún detalle íntimo, surgieron recuerdos que Kyra estuvo a punto de compartir. Superando ese impulso, habló de capullos, bosques tropicales, fiestas, arena y olas, y de las criaturas efímeras y brillantes que vivían en torno a un arrecife de coral. Al poco tiempo se puso a hablar de los Keiki Moana. ¿Por qué no? Los extranjeros no podían visitarlos, pero todos sabían de su existencia y habían visto documentales o leído libros sobre ellos. Todos sabían también que, en ocasiones, Fireball les permitía visitar sus pabellones.

-... y nadábamos cerca de la balsa cuando un par de delfines... ¡oh!

La luna llena despuntó a proa, tiñendo el océano de plata y rodeándoles la cabeza con su aureola. Kyra se inclinó contra Valencia y le rodeó la cintura con el brazo.

Él se tensó.

-¡Ah, piloto Davis...!

-Es increíblemente bello -dijo ella con voz gutural.

-Sí. ¿Puedes señalarme Alfa del Centauro?

-Creo que todavía estamos muy al norte. ¿Por qué?

-Asociaciones. -Guthrie.

-¿A quién le importa? Deméter es el único planeta con vida al que hemos llegado, sí, pero es primitivo y está condenado. Me pregunto qué sentido tiene todo si la vida es un accidente tan excepcional. -Kyra inspiró profundamente. Su sangre palpitaba-. Lo único es que existe, ¿verdad? Estamos aquí un tiempo breve; estamos aquí esta noche, tú y yo, y eso basta, ¿no te parece? -Alzó los labios.

Él reaccionó con cierta rigidez.

-Piloto Davis, ya te he comentado que nuestras relaciones con la clientela...

Ella sonrió.

-¿Y si la clientela toma la iniciativa?

-Nuestra política...

Ella dejó de sonreír.

-Nero, escucha. No soy una aventurera audaz. Tampoco soy cobarde; pero en este momento me siento asustada y sola, y necesito consuelo.

Él la miró a los ojos.

-No sé si creerte. Te admiro demasiado, Kyra.

Kyra sintió renacer su alegría. Alzó las manos, le acarició el cabello revoltoso, lo arrastró hacia abajo.

-Además -susurró-, el vaivén de esta cubierta es sumamente excitante.

Librodot

21

El sujeto sentado ante el escritorio era canoso, pero delgado como un jovencito y erguido como un palo. Sus ojos claros se hundían en un rostro curtido y arrugado. Condecoraciones e insignias de coronel adornaban su almidonado uniforme.

-Estoy a sus órdenes, señor, siempre que sea respetando los intereses vitales de mi país.

-Eso no será ningún problema, teniendo en cuenta que su Gobierno lo ha asignado a usted y a su destacamento para esta tarea -replicó el nuevo Guthrie-. Sin embargo, esos hombres... A usted lo conozco por su reputación. -El viejo Guthrie lo conocía. Sayre le había pasado un informe-. Sé que puedo confiar en que hará su trabajo; lo hará bien y mantendrá la boca cerrada. Pero ¿es posible confiar de igual manera en todos sus hombres?

-Los escogí personalmente, señor -respondió Félix Holden.

-De acuerdo, con eso me basta. -¡Qué remedio!- Pero insisto en que todos deben ser discretos. No sólo de fiar, sino prudentes. O, al menos, no hacerse notar. Cuando mis consejeros se enteren de que he contratado a miembros de la Sepo entrenados en el espacio para una misión especial, se armará un escándalo. Tendré que evitar que se rebelen y luego tranquilizar a toda Fireball. No me hagan la tarea más difícil de lo que de por sí es.

-Comprendo, señor. ¿Puedo preguntarle cómo piensa explicar nuestra misión?

-De la manera más simple. Comenzaré por la verdad, diciendo que nuestro personal no está capacitado para llevar a cabo tareas policiales, pues nunca ha tenido que ocuparse de ellas, salvo para impedir una riña, y en casos excepcionales para pillar a un ladrón o a un estafador. Si necesitamos detectives para que nos ayuden contra los terroristas infiltrados, dirán, ¿por qué no pedirlos a otro país que no sea la Unión... a un país libre? Responderé que la Policía de Seguridad es la única que conoce la situación y que la está afrontando; y que no tenemos tiempo para entrenar a otra gente. Diré que la idea no me complace, pero que no veo otra opción en una emergencia como ésta.

»Puedo persuadir a mi gente. Soy su jefe, el fundador, la figura a la cual han jurado lealtad, como hicieron antes sus padres, sus abuelos e incluso sus bisabuelos. Repito, sin embargo, que sus hombres pueden dificultarme la tarea, y tal vez no sobrevivan a las consecuencias. Ya no nos enfrentamos con dóciles contribuyentes. Los profesionales del espacio son independientes, tercos, apasionados.

Holden sonrió.

-Esperaba esas palabras, señor. No se preocupe. Mis subordinados no son los matones prepotentes que la gente cree. Por favor, no somos tan incompetentes. Seremos discretos, hablaremos en voz baja y no recurriremos a la fuerza a menos que sea imprescindible. Llegado el caso, reduciremos nuestra acción al mínimo.

-De acuerdo. Ahora centrémonos en los detalles. Ustedes constituyen nuestra reserva en caso de que el objeto de nuestra búsqueda escape al espacio. Es una posibilidad remota, pero me creo capaz de cualquier cosa. Si eso ocurre, mi otro yo sólo podrá dirigirse a L-5 o Luna. Quiero que una unidad de sus hombres esté presente en cada instalación, al mando de un oficial a quien usted revelará lo que debe buscar. Supongo que cuenta usted con dos oficiales a quienes poder confiar un secreto tan explosivo. Ordenaré que la gente de Fireball colabore con ellos. ¿Cuándo podrán partir esos destacamentos?

-Una hora después de mi regreso.

-¡Vaya, son realmente eficientes! Yo no puedo ofrecerles transporte tan rápidamente. El puerto espacial de Ecuador funciona siempre al máximo. Sin embargo, deben estar en sus puestos mañana.

»Usted se quedará en Quito, coronel, con un puñado de hombres, los mejores. Actuarán como reserva en el peor de los casos, el que requeriría medidas desesperadas.

Acabaron de definir los detalles.

Holden se levantó, se cuadró y dio media vuelta, entrechocando los talones.

Cuando se fue el coronel, Guthrie llamó a Futuro para hablar con Sayre.

-Tu perro pastor y yo acabamos de tener una interesante conversación -dijo-. Creo que por aquí podemos mantener las cosas bajo control. ¿Cómo va todo por ahí?

-Nuestra presa aún anda suelta -respondió Sayre, como cabía esperar-. Nuestros interrogatorios a un prisionero han confirmado que su escondrijo se encontraba en Erie-Ontario. La memoria del sospechoso acerca de los acontecimientos sucedidos en el momento de nuestra incursión fue irremediablemente borrada por una droga. Los únicos indicios que tenemos indican que la emulación fue llevada a Portland, pero puede tratarse de coincidencias, o de una pista falsa. Supuestamente intentará entrar en México, y estamos reforzando el cerco en esa frontera, pero quizá consiga pasar.

-O quizá regrese -sugirió Guthrie.

-Sí. No carece de recursos dentro de la Unión. No podría habernos eludido de la manera que lo ha hecho si otros no le hubieran ayudado. Tal vez cuente con la ayuda de varias personas que saben quién es realmente. Cualquiera de ellas podría tratar de hacer pública esta noticia, y lograrlo.

-Sí. Desde tu punto de vista, una pesadilla. ¿Qué has planeado para el caso de darse esa situación?

-Negarlo, por supuesto. Arrestar a esas personas por nihilistas y mantenerlas incomunicadas, o matarlas. Tú puedes apoyarme.

-Estoy acostumbrado a que me pidan las cosas por favor.

-Lo siento. Estoy sometido a una gran tensión.

-Tal vez necesite utilizar mi otro yo, recién despertado después de su retorno de Alfa del Centauro. ¿Está preparada la copia?

-Todavía no. El software, sí, desde luego. Pero el hardware, al ser un duplicado exacto de otro fabricado especialmente... Danos dos o tres días más. Luego lo pondremos en la sede central de Fireball, allí donde estaba antes.

-Eso bastará. Por mi parte, preguntaré a los miembros de la compañía si están dispuestos a creerme a mí o a un puñado de fanáticos homicidas y sus secuaces. Algunos tendrán sus dudas, pero estoy seguro de que la mayoría estará de acuerdo.

-Sí, sí. Ya habíamos hablado de eso, ¿no?

-Yo diría que no hemos analizado en profundidad lo que sucedería en el peor de los casos. ¿Qué ocurrirá si no sólo alguien difunde la historia, sino que mi yo fugitivo aparece en México o en cualquier otra parte? ¿Pueden tus matones montar una operación rápida para atraparlo o liquidarlo antes de que el daño sea irreparable?

-¿Matones? Esa palabra me ofende.

-Pues oféndete. ¿Pueden o no?

Librodot

-Quizás. Estoy estudiando la manera de proporcionarles una falsa identidad. Las consecuencias legales de una operación así en un país extranjero son devastadoras.

-Embarazosas, querrás decir; si te pillan. Pero sabes muy bien que el Gobierno puede pararle los pies a la Federación. A lo sumo me vería obligado a despedir a algunos «funcionarios fanáticos» y a prometer que serían reeducados. Sin embargo, si no aplastan a mi otro yo lo suficientemente pronto, seré yo quien sufra unas consecuencias devastadoras.

-Eso no ocurrirá. Esperemos que no. Por el bien de todos.

-Escucha, no pienso rendirme sin luchar. He hecho preparar una nave-antorcha que yo pueda pilotar. Si mi rival logra escapar y tus comandos no consiguen liquidarlo, veré qué puedo hacer por mi cuenta.

Librodot

22

Mauna Loa y Mauna Kea asomaban sobre el horizonte marino como un sueño, pero cuando la Caravel llegó a Isla Grande ya se habían perdido tras el horizonte cercano. El hidrofoil se detuvo en el puerto de Hilo y solicitó un taxi acuático para sus pasajeros. El capitán se despidió en la pasarela. A Kyra le molestó que guiñara el ojo a Valencia con una sonrisa cómplice. Nero le respondió con expresión neutra. Era un caballero, pensó cálidamente Kyra.

Un coche los condujo, con sus armas y Guthrie en las maletas, al hotel que ella había sugerido. Era un edificio muy grande y anónimo donde nadie les prestaría especial atención. Era bastante nuevo -en la Unión, en la última década, se habían construido pocos edificios comerciales de cierta importancia- y no estaba demasiado deteriorado, así que pudieron conseguir una habitación con un terminal de ordenador. No obstante, Kyra se sintió prisionera en cuanto cerraron la puerta, pues fuera había sentido la suave brisa que susurraba entre las palmeras bajo un cielo azul e ilimitado. Echó un vistazo por el ventanal. Ningún sonido exterior penetraba en la habitación.

La sensación de agobio se disipó. Había trabajo que hacer. Valencia estaba sacando a Guthrie del paquete con movimientos felinos. Kyra lo miró con admiración.

Valencia depositó la caja sobre la cómoda. Los pedúnculos oculares se extendieron.

-Bien, seguimos sanos y libres -tronó Guthrie-. ¿Cómo ha ido el viaje?

Kyra sintió el rubor en la cara. ¿Guthrie lo habría notado?

-Estupendo -respondió, y no pudo evitar una mirada furtiva a Valencia, quien permaneció impasible.

-¿Qué día es? ¿Qué hora? ¡Sí, he pasado una eternidad en esa caja!

-No sabía si lo soportarías -comentó Kyra.

-He dormitado, pensado, jugado mentalmente, y repasado recuerdos, especialmente los lujuriosos. Ahora ponedme al corriente.

Valencia lo hizo brevemente.

-¿Y qué hay de las últimas noticias? -preguntó Guthrie. Los humanos se miraron. Se habían olvidado de estar al día.

Kyra tecleó pidiendo una síntesis al terminal, y pronto la obtuvieron. Se habían encontrado pruebas de la existencia de células terroristas en L-5 y Luna. A solicitud de Anson Guthrie, unidades Sepo se habían desplazado a la colonia y a Port Bowen. Todo el personal de Fireball tenía órdenes de cooperar plenamente.

-¡Maldita sea! -susurró Kyra, pues no había maldición apropiada. "Valencia conservó una sombría calma.

-Esto anula nuestros planes, ¿verdad? Ya era difícil que subieras a una nave espacial, jefe Guthrie, pero ahora ni siquiera hay un destino seguro. Y salir de estas islas será imposible. Debí haber insistido en que viajáramos a México o Quebec, a pesar de la guardia fronteriza.

Kyra recordó la conversación que habían mantenido esa noche en Portland. Cuando Valencia mencionó la posibilidad de escapar por mar desde San Francisco, ella había comentado que en ese caso sólo necesitaban llegar a un puerto como Mazatlán. Valencia señaló que, dadas las circunstancias, las autoridades no autorizarían el paso de una nave perteneciente a los célebres Caballeros de la Aventura con destino al extranjero. A lo sumo

Librodot

permitirían un viaje de placer a Hawai. El Caravel tendría que transmitir continuamente su posición por radio, y sin duda los aeróstatos de control de tráfico también lo vigilarían desde la estratosfera. Si se desviaba en exceso del itinerario autorizado, las naves patrulla la perseguirían de inmediato. Aun así, habían detenido el hidrofoil para inspeccionarlo.

Kyra se estremeció. La idea de que un gobierno pudiera ejercer un control tan estricto era aterradora.

-No, hijo, no te disculpes -dijo Guthrie-. Yo me habría negado. La perspectiva de viajar aquí me gustaba. De hecho tuve en cuenta que mi gemelo estaría preparado para recibirme si yo salía al espacio. Claro que esperaba que cuando lo estuviera fuese demasiado tarde, a pesar de sus precauciones, pero parece ser que se nos ha adelantado. Aun así, creo que tenemos más probabilidades de éxito que si hubiéramos seguido cualquiera de los otros planes que comentamos.

-Sí -convino Valencia-. Podemos partir en la nave espacial, pero aterrizar en Ecuador o en Australia.

-Magnífica idea. Por desgracia, mi otro yo ya lo habrá previsto. Aunque logremos llegar a nuestra nave, nos seguirán desde el principio. Continuamente hay aeronaves policiales en vuelo. Tiene que haberlas: la amenaza de los Caóticos ha de parecer creíble; y están preparadas para atacar. Si intentamos algo raro, como regresar a la Tierra, procurarán interceptarnos. Son rápidas, mientras que una nave espacial en descenso es necesariamente lenta. Disponen de misiles ligeros y cañones, y una nave espacial es totalmente vulnerable a un disparo certero. No los detendrá el hecho de encontrarse sobre territorio extranjero. El Pacto otorga a las policías nacionales el derecho de perseguir a sus criminales. Futuro afirmará que la nave fue secuestrada... lo cual, relativamente, será cierto.

-Yo podría tratar de eludirlas -sugirió Kyra.

-Con más suerte que habilidad -replicó Guthrie-, y eso que admito que tu habilidad es mucha. No, si podemos despegar, continuaremos rumbo al espacio, donde no hay naves armadas. Sobre L-5 y Port Bowen tengo algunas ideas. -Estudió detenidamente al hombre y a la mujer-. Basta de cháchara por ahora. Es una pérdida de tiempo mientras no dispongamos de más información. Esos gusanos nos están alcanzando. Llamemos a Washington Packer.

Su confianza devolvió el ánimo a Kyra, que se acercó al teléfono. Valencia la cogió por la muñeca, con suavidad pero con firmeza.

-Por favor no, piloto Davis. Seguro que las líneas del director están intervenidas.

-¡Vaya!, no lo había pensado. Gracias, Nero. -Kyra le sonrió-. Además, será mejor pensar qué le diremos.

Valencia la soltó.

-Sugiero que proyectemos un mapa de la zona y un directorio clasificado.

La misión ante todo, sí, pero ¿tenía que portarse continuamente como un mayordomo armado? ¡Qué más le daba a Guthrie! Kyra dominó su exasperación. Más tarde podría aclarar eso con Nero. Tal vez en cuanto comenzaran sus horas de libertad.

¡Ojalá fuera antes!

Pidió los datos ante todo para orientar a Valencia, pues ella conocía bastante bien la ciudad. Guthrie apenas participó en la planificación.

-Eres un coyote, Valencia -dijo al fin-. Es una suerte que estés del lado de Dios, las madres y el pastel de manzana. -Este comentario divirtió a Kyra. Sin duda alguna era una alusión al pasado, pensó-. Manos a la obra, chicos.

Lo dejaron mirando el multi, puesto que si alguien iba a husmear lo encontraría de todos modos, y salieron cada uno por su cuenta. Kyra caminó un kilómetro antes de buscar un teléfono público. No tenía sentido facilitar pistas sobre su paradero. No parecía haber ningún otro peligro. Valencia había usado otra tarjeta falsa para registrarlos como marido y mujer (lo que la halagaba). Si la Sepo la investigaba con su red informática cuando la oyera hablar con Packer, nada la relacionaría con el Bill Mendoza que la había acompañado al sur desde Portland. Dudaba que fueran tan suspicaces, y procuraría no llamar la atención. Pero Valencia no pasaba por alto ningún detalle. Aquel hombre se las traía.

Cuando llamó a Kamehameha, su nombre le permitió comunicarse directamente con su jefe. Eso no le sorprendía. El puerto espacial había permanecido paralizado durante días. Apareció primero el rostro delgado con su calva blanca, que se iluminó luego con una sonrisa doblemente brillante contra la tez oscura.

-¡Piloto Davis! ¡Qué bien! Estaba preocupado por ti, chica.

-¿De veras? -a Kyra le dolía la espalda de la tensión. Tenía que ser convincente, y no era buena actriz-. Lo siento, creía que con la llamada desde Quebec se había aclarado la situación.

Packer parpadeó.

-¿Qué llamada?

-La de cuando decidí volver aquí, hace unos días. Habló usted con Pierre Thibodeaux, si no me equivoco. ¿No lo recuerda? Quizá tenía otros asuntos más urgentes.

-¡Oh, te refieres a esa llamada! La había olvidado. -Packer se encogió de hombros-. Para ser franco, no tengo mucho que hacer, dadas las circunstancias. Eso es lo que me tiene atontado.

A Kyra le temblaban las rodillas de alivio. Packer era tan listo corno ella pensaba.

-Pero vuelve -dijo Packer-. Todos se alegrarán de verte, sobre todo ahora que hay tan poco trabajo. Tendré que conseguirte una autorización para entrar, así que hazlo por la puerta principal.

Kyra recitó un mantra. Recobró parte de la calma.

-No puedo hacerlo de inmediato, señor Packer. Es un asunto personal. Verá, primero fui a Portland, donde tengo un buen amigo, y algo sucedió...

Packer entornó los ojos.

-¿Te has atragantado?

-No, no... Me había distraído. Necesito su consejo, señor Packer. ¿Podríamos vernos en privado, en su oficina o en su casa, uno de estos días? El tema es personal, muy personal, y afectará a mi vida profesional; y usted es un hombre tan comprensivo.

Packer sonrió. Kyra creyó entrever su expresión alerta detrás de aquellos dientes relucientes.

-¿Yo una figura paternal?

-Usted ha criado a dos hijas.

-Y todavía tengo un hijo en casa -dijo Packer. Kyra no supo si con cautela.

-Señor, por favor. Soy consorte de Fireball, y necesito ayuda.

Kyra notó que él captaba su verdadera intención.

-Lealtad -dijo él, no sólo para Kyra sino para quienes escuchaban la conversación-. Muy bien, piloto Davis, iré. ¿Dónde y cuándo? ¿Comemos juntos?

-Gracias, pero prefiero algo más sencillo. Conozco un pequeño café donde sirven un kona de primera. Allí me encontraría más cómoda.

-Como quieras. -Ella le dio la dirección y fijó la cita para pasados noventa minutos. Antes de cortar, cambiaron el saludo V.

Valencia ya había vuelto a la habitación del hotel.

-He alquilado un coche -le dijo. Cuando ella le contó su conversación y le explicó que llegaría un poco tarde para asegurarse de que el otro estuviera allí y de que ya hubiese pagado la cuenta, después de haber tanteado el terreno, él negó con la cabeza y se marchó dejándola con la palabra en la boca.

-Esther Blum nos ha encontrado a un joven listo -señaló Guthrie.

Kyra se hundió en un sofá, intentando relajarse.

-Es verdad -murmuró. Su mirada buscó el techo.

Las lentes la enfocaron.

-Te gusta, ¿verdad?

-Así es.

-Pero no es de los tuyos.

-Supongo que no, pero... ¡qué importa! -protestó Kyra.

Guthrie tuvo el acierto de cambiar de tema.

-Si Washington mencionó la comida es que aún no ha tomado nada, y dudo que encargue una hamburguesa antes de salir. Echa un vistazo al menú. Cuando llegue, llama al servicio de habitaciones y ten un lugar preparado donde esconderme. Imagino que vosotros dos también tendréis apetito. -Rió en voz baja-. Una pareja joven y saludable.

Cuando llegara, si es que lo hacía. Kyra se imaginó la escena por enésima vez. Packer sostenía su taza. Valencia entraba, se identificaba discretamente como emisario de Kyra, sacaba a Packer por la puerta trasera y lo llevaba hasta el coche que había aparcado en las cercanías, y se perdían en el tráfico. Simple, fácil. Para un profesional. Pero Packer no era un gunjiri. Podía asustarse, podía hacer o decir algo que los delatara, podía ser detenido en la calle por un conocido y ese retraso resultar fatal. O quizá la Sepo lo seguía y estaba más bien informada de lo que suponía Valencia. Quizá la Sepo no se limitara a observar desde la calle, sino que entrara en el café. Tal vez la Sepo supiera que había una puerta trasera y hubiera apostado a otro hombre en el callejón. Quizá, quizá, quizá.

-No te preocupes -le aconsejó Guthrie-. Sólo conseguirás que se te haga una úlcera. Esto es como una situación peligrosa en el espacio una vez has hecho cuanto podías y todo lo demás depende de los vectores y las máquinas. Has sabido mantener la calma en esas circunstancias, ¿verdad?

-¡Pero esto es distinto! -exclamó Kyra-. No se trata de una nave, ni de mí misma. Hay demasiadas cosas en juego. El futuro está en juego.

-Bueno, no nos pongamos trágicos. He pasado por muchas crisis, desde guerras hasta elecciones para la presidencia, con muchas expectativas acerca de un resultado que supondría un nuevo y glorioso amanecer de esperanza para el mundo entero o bien arrojaría éste para siempre a un abismo sin fondo. Nunca nada ha sido tan decisivo. La especie humana ha continuado adelante, más o menos como siempre.

Kyra lo escrutó como si pudiera ver un rostro donde no lo había.

-Pero si los avantistas logran la adhesión de Fireball, se consolidarán en el poder -protestó-. En la Unión, al menos. Mi país, jefe, me preocupa.

-Llevaría tiempo lograr que Fireball se sometiera a esa política -replicó Guthrie-. Sayre y compañía son excesivamente optimistas en cuanto a la rapidez del proceso. A mi entender, harán falta un par de generaciones. No es posible cambiar de un día para otro actitudes e instituciones básicas, y menos entre individualistas. El estado avantista no se sostendrá tanto tiempo. Ya sufre una enfermedad terminal, dogmatitis crónica. La ayuda que mi otro yo pueda brindarles sin que descubran su juego sólo puede prolongar el sufrimiento y permitir que esta teocracia de las ideas culmine su evolución pasando a ser una mera dictadura. Y una dictadura no es una forma viable de gobierno para un mundo con naves espaciales, hiperordenadores, comunicaciones globales que alcanzan la velocidad de la luz y fábricas moleculares.

Kyra se mordió el labio.

-Pero ¿cuántas personas morirían entretanto, o sufrirían una suerte peor? -insistió Kyra.

-Sí, en eso tienes razón. Además, reconozco que sería gratificante llevar al Sínodo Asesor y sus batracios ante la justicia. Una justicia sumaria.

Kyra se inclinó hacia delante y apretó los brazos del sillón.

-¿Y tú qué, jefe Guthrie? ¿Tú qué?

-No tiene importancia. -Fue casi como si hubiera aparecido su imagen, encogiéndose de hombros, una mueca de indiferencia-. No me rendiré sin luchar, pero la diversión ha valido la pena y una vieja máquina no vale una sola vida joven como la tuya.

-Te equivocas -exclamó Kyra-. ¡Tú eres Fireball!

-Fireball me sobrevivirá, y tal vez prospere más cuando haya nueva sangre al mando, sangre verdadera.

-No, eso no sucederá. -Kyra se levantó y sé plantó ante Guthrie, los brazos en jarras-. Tu otro yo será el amo. Él cree en el avantismo, ¿o no? Cuando vea que fracasa tal como has vaticinado ¿qué hará, qué intentará?

-Tienes razón -admitió Guthrie-. Una Fireball corrupta podría ser una fuerza arrolladora a favor... del mal, por así decirlo. O podría fallar en algo que sólo estuviera a su alcance. Lo cual sería peor.

Era una perspectiva desalentadora. América del Norte era un lugar entrañable para Kyra, pero era sólo el país donde había pasado su infancia. Y sí, era el lugar donde otrora habían prevalecido ciertas ideas: libertad, esperanza ilimitada, trabajo duro y audacia guiada por una inteligencia que no admitía nada sin antes cuestionárselo. Esas ideas subsistían en Fireball, porque Anson Guthrie había llevado su semilla al espacio. Fireball era su verdadero país, su patria, el terruño que deseaba legar intacto a sus hijos.

-¡Lucharemos! -exclamó.

-No nos queda otra opción, ¿no te parece? -respondió prosaicamente Guthrie-. Calma, tesoro. Veo que allí hay un minibar. Sírvete una copa, relájate, escucha música, mira el multi o deja que tu viejo tío te cuente una historia.

Kyra notó que su angustia cedía. La voz de Guthrie, el repentino arrullo, el tono socarrón... Sabía manejar a la gente, pensó Kyra. Experiencia. Pero también talento. Debía de haber causado sensación entre las mujeres, cuando era mortal; corpulento, fuerte, directo,

perspicaz. Era una lástima que ella no hubiera vivido entonces, para llevárselo a la cama... Kyra se echó a reír.

-Genial -dijo Guthrie-. ¿Qué pasatiempos prefieres?

Kyra decidió seguirle la corriente:

-Un cuento, tío.

-¿Sobre qué?

Hurgando en su memoria, Kyra abrió los ojos y ladeó la cabeza.

-Sobre Winston P. Sandes y la sirena ebria.

-¡Ay de mí! No, será mejor que te cuente la historia de ese empresario que quiso contratarnos, cuando éramos novatos en los negocios y estábamos ávidos de dinero, para construir un burdel orbital.

Kyra frunció los labios.

-Me lo has prometido -se quejó.

-No he especificado...

-No. Me has preguntado simplemente: ¿sobre qué? Pensaba que eras un hombre de palabra, señor Guthrie.

-Bien...

Cuando llegaron Valencia y Packer, a Kyra le dolían las costillas de tanto reír, a pesar de que estaba un poco escandalizada.

Las carcajadas cedieron paso al júbilo, que desapareció ante la gravedad del semblante de Packer. Valencia debía de haberle contado la situación por el camino. El director se acercó a la cómoda y miró a Guthrie. Tendió las manos como para coger la caja, pero tembló.

-Jefe -gimió-, ¡oh, jefe!

-Estoy bien, Washington -dijo Guthrie.

Packer respiró entrecortadamente.

-Sí. Pero el otro... también es usted, ¿verdad? Y mire lo que le han hecho.

-En cuanto a nosotros -dijo sin rodeos la emulación-, debemos cubrir varios años-luz cuadrados en dos o tres horas, así que será mejor que empecemos. Valencia, ¿no ves que este hombre necesita una copa? Davis, tú tenías que leer el menú y hacer sugerencias para la comida.

La voz de Guthrie obró nuevamente su magia. (Aunque también debían influir el recuerdo de su imagen y su peso en la historia, pensó Kyra.) Y, desde luego, todos los presentes eran gente práctica, no propensa a los tormentos de la duda y a la sensiblería. (Si pensabas y sopesabas pros y contras, consecuencias y posibilidades, antes de actuar, era más doloroso, porque sabías que todo dependía de lo que hicieras o dejaras de hacer, y debías cargar con la responsabilidad para siempre.) Al cabo de un momento iniciaron las deliberaciones.

El puerto espacial estaba custodiado por la milicia nacional y un destacamento de la Sepo. Había en él una sola nave espacial, la nave en la que Kyra había aterrizado. Kamehameha era una base de segundo orden, ya que los grandes centros terrícolas de Fireball estaban en Ecuador y Australia; y obviamente Fireball no enviaría más naves hasta que las circunstancias estuvieran más claras.

-¡Maldita sea! -exclamó Kyra-. Yo esperaba contar con una nave-antorcha. Ahora no puedo hacer otra cosa que esperar que el enemigo no me persiga con una mientras estoy en caída libre.

-Silencio -le susurró Valencia al oído-.. Packer no tiene por qué enterarse.

Ella lo miró ceñuda. Si no podían confiar en el director, su causa estaba perdida, se dijo, mientras apreciaba la cercanía de Valencia. Notó el suave y cálido efluvio de su aliento.

Packer había ignorado el comentario.

-La Sepo querrá saber cómo y por qué he desaparecido -advirtió.

-Evítalos -respondió Guthrie-. Alega que es un asunto confidencial. Pronto verán cómo recibes instrucciones que les darán a entender que esto fue lo ordenado desde altas instancias.

-¿Cómo?

-Como podrás suponer, durante todos estos años mis agentes han conseguido algunos canales de acceso a la red oficial y han situado algunos agentes dobles y espías informáticos. Tampoco he venido a América del Norte sin ponerme al tanto de la situación. Además, si mi copia puede afirmar que es Guthrie, también yo puedo hacerlo.

-Es arriesgado.

-Lo es. Por eso no lo he hecho hasta ahora. Pero ahora hemos llegado al límite y debemos jugar esta baza.

Packer lo miró fijamente. Era un hombre leal, pero...

-Tengo familia -dijo.

-No lo he olvidado. Nos encargaremos de ponerla a salvo cuando terminemos nuestra jugada. El cómo es uno de los asuntos que trataremos hoy.

La discusión continuó sin interrupciones, salvo cuando tuvieron que ocultar a Guthrie mientras el camarero les servía la comida. La emulación expuso su estrategia básica. Le hicieron alarmadas objeciones. Las desestimó. Había pensado en todo mientras estaba a solas en la oscuridad y evaluado cada contingencia, incluida la que se había hecho realidad. El plan no era seguro ni infalible, pero sí lo mejor que podían intentar. Persuadió a los demás y se pusieron todos a perfilar los detalles.

La gente de Packer sólo tardaría un par de horas en preparar la nave para el despegue. Podía cargarse en ella prácticamente cualquier cosa marcada con las palabras mágicas «alto secreto». Esto incluía la pequeña lanzadera de la cual dependía la mitad del plan. Había varias en el depósito de suministros, así como otros artículos de uso frecuente.

Dada la vigilancia a que debían someterse todos los residentes de la base, Kyra era el único piloto posible. Las órdenes que recibiría Packer la designarían a ella como tal. De paso, aquello haría que la Sepo investigara menos sobre las razones por las cuales ella le había telefoneado y se había reunido con él.

-Pero tu plan para entrar en la base es descabellado -protestó Packer.

-¿Tiene una propuesta mejor? -replicó Valencia-. El señor Guthrie no puede ordenar una reducción de la vigilancia en las puertas. Eso los pondría inmediatamente en guardia. Habrá un detector en cada entrada, y abrirán todas las bolsas y paquetes por si están protegidos contra él. Además, si nos ven caminando hacia la nave, todos pensarán que hemos seguido los canales habituales y pasado la inspección.

Packer sacudió la cabeza.

-Pero entrar a nado... -murmuró.

-¿De qué otro modo? -preguntó Kyra-. Conozco esa pequeña playa. La conozco muy bien. Era nuestro lugar favorito de descanso cuando estábamos de juerga con los Keiki, ¿o no? La protege sólo una cerca de alambre, que sirve más que nada para impedir que los distraídos la crucen y sean aplastados por algún vehículo. La Sepo no la ha electrificado, ¿o sí?

-No, supongo que tenía otras cosas que hacer. Ha pasado muy poco tiempo desde que empezó este desquicio. -Packer suspiró-. Parece una eternidad.

-Cabe suponer que la Sepo no es más eficiente que nosotros -continuó Valencia-. Si yo fuera su comandante, concentraría mis fuerzas, dado que son limitadas, allí donde pueden surgir problemas. A orillas del mar sólo apostaría dos o tres centinelas, y no a los más experimentados. Milicianos. ¿De acuerdo?

-Sí.

-Podremos eludirlos. Es mi especialidad. Antes de nuestro encuentro he comprado herramientas. -Valencia sonrió-. Como dice el)efe, este plan puede salir bien precisamente porque es descabellado.

-No sé, no sé. Los Keiki...

-Son mis amigos -dijo Kyra-. Para ellos será un juego, otro de esos extraños juegos que juegan los humanos.

-Es posible.

-Me gusta, Washington -dijo Guthrie.

Packer se enderezó en la silla.

-Pues entonces lo haremos, y yo no debo perder más tiempo -respondió en voz baja.

Siguieron hablando. Cuando Packer se fue, no era porque el tema se hubiera agotado sino porque no era prudente que su ausencia se prolongara.

En la puerta estrechó la mano de Valencia y Kyra, mientras posaba los ojos en Guthrie.

-Sois muy valientes, los tres -dijo.

-Tú arriesgas más cosas que nosotros, Washington -replicó Guthrie.

-En cierto modo. Esperemos que valga la pena. Adiós -concluyó Packer, y se marchó.

-Bien -dijo Guthrie-, revisemos nuestros planes para la próxima etapa a la luz de lo que él nos ha dicho, y pasemos a la práctica. Él no podrá contener mucho tiempo a la Sepo sin corroboración. -Y pronto añadió-: Nero, deduzco que entre otras cosas eres experto en informática. Coge el terminal. Yo te daré las instrucciones.

Kyra tuvo que limitarse a mirar y admirar. Aunque sabía mucho sobre sistemas informáticos, su trabajo nunca le había exigido invadirlos. ¡Al contrario! Aquello podía ser desastroso para una nave espacial o una civilización que dependiera de tales sistemas. Recordó un curso de la Academia acerca de las protecciones contra esas intrusiones y su evolución a través del tiempo. A aquellas alturas, un intruso no podía invadir un programa bien protegido y pasar inadvertido, como tampoco podía irrumpir en la bóveda de un banco. Sin embargo, un hábil experto podía incluir ciertos puntos vulnerables en los programas prácticamente imposibles de detectar. Años o décadas después, un intruso que conociera los puntos podía introducir órdenes que el sistema obedecería sin advertir nada anormal.

Esto requería sutileza y talento, porque la simple operación de introducir un mensaje falso y darle apariencia de autenticidad era un acto de malabarismo.

Valencia pulsaba las teclas con destreza. Parecía un joven Hermes -no, el dios Pan, o Lucifer- disponiéndose a hacer una travesura de la cual nacería música.

Claro que Guthrie ponía lo suyo. Cuando añadió su mensaje personal a la orden codificada, como si hablara desde Quito, estuvo genial. La nave espacial despegaría aquella misma noche. Hasta entonces, nadie debía saber nada al respecto. Los terroristas no imaginarían que esa torpe nave pudiera desempeñar una misión vital. Si llegaban a enterarse, podían reaccionar con violencia generalizada.

No obstante, Guthrie era un programa dentro de una máquina. Nero era un hombre.

-Supongo que el comandante de la Sepo quedará intrigado -dijo Guthrie -. Sin embargo, podemos suponer que eso no lo inducirá a tomar iniciativas contrarias a las órdenes hasta que ya sea demasiado tarde. No destinarían a su hombre más listo a un sitio tan tranquilo como éste. -Miró a Valencia-. Ahora debemos alertar a Tamura, en L-5, y a Rinndalir, en Luna.

Mandaron un par de memos rutinarios por teléfono -indetectables, gentileza del «pirata» informático- a la repetidora indicada. Sólo el nombre del remitente, un insípido «A. A. Craig», revelaba que contenían información cifrada. El formato permitía sólo unas cuantas palabras. Guthrie ponía su existencia en manos de la inteligencia y la determinación de Tamura. Confiaba la de Kyra a la inteligencia y buena voluntad de Rinndalir. Este último factor era una incógnita. Kyra sintió renacer su angustia.

-Ya basta -dijo Guthrie-. Ahora podemos descansar hasta que llegue el momento de la partida.

Valencia se levantó de la silla, estirándose para desentumecer los músculos. Kyra se reanimó. Olvidó sus aprensiones, se levantó y se le acercó. Valencia le sonrió. Tendrían que resolver su situación.

-Jefe -comenzó Kyra-, ¿no le importaría...?

-Deberíamos hacer una siesta antes de comer algo más y ponernos en marcha -interrumpió Valencia-. Nos espera un largo viaje y una intensa noche. -Miró de soslayo a Kyra, sonrió-. Una siesta -repitió.

-Tiene razón -dijo Guthrie.

Kyra no terminó la frase que había empezado.

-Supongo que sí -murmuró.

Esperaba poder dormirse, tendida en la cama junto a él.

23

La angosta carretera cortaba el bosque y descendía tortuosamente hacia la costa. Terminaba en un pequeño aparcamiento. Valencia condujo hasta el rincón donde las sombras eran más densas, apagó las luces y el motor. La oscuridad y el silencio eran casi palpables. Kyra se apeó del coche. Guthrie le pesaba en las manos. Valencia se le acercó. Callaron un instante.

Los ojos de Kyra se adaptaron a la oscuridad, y poco a poco distinguió cuanto la rodeaba a la luz de las estrellas. A lo largo del camino el jengibre se mezclaba con el hibisco, que impregnaba el aire con un aroma dulzón. Había un árbol con capullos, un alto koa, más allá del cual los bosques se convertían en una masa negra que trepaba por la ladera. Del otro lado, a través de la malla de alambre de la cerca, vio una cuesta herbosa que descendía hacia el mar. El oleaje ribeteaba la costa con una movediza orla blanca cuyo ruido parecía un hervor sobre la pulsación más suave y profunda procedente de las aguas que titilaban más allá.

-Parece que estamos solos -dijo Guthrie-. Tenía mis dudas. En teoría la fuerza de ocupación del puerto debería desalentar a la gente de acercarse, pero está apartado y es un buen refugio para los amantes.

Impulsivamente, Kyra asintió y sonrió, recordando.

-Supongo que así ha sido desde hace mucho -comentó Valencia.

Guthrie le había contado la historia cuando él se lo había pedido: -Cuando cayó la Renovación, pensamos que Fireball necesitaba una base americana, y Hawai parecía el mejor emplazamiento. Era más costoso reconstruir las viejas instalaciones abandonadas que construir desde cero. La economía estaba hundida y «ecología» había dejado de ser una consigna de moda, así que el nuevo Gobierno no se opuso a vendernos un terreno en el Parque de los Volcanes. Sobre todo porque nos proponíamos recuperar y replantar cuanto hiciera falta en todo el parque. El Templo de la Diosa lo había descuidado por completo. El control de las plagas y de la población animal era un tabú religioso. Construimos en la costa, lejos de la lava, y contribuimos de manera permanente al mantenimiento general. El arreglo tuvo éxito.

»Luego, hace unos treinta años, los chinos interrumpieron su proyecto de inteligencia y genética. Tal vez ignores, hoy por hoy, qué gran error había sido. No aprendieron nada sobre el papel del ADN en los procesos cerebrales que no se hubiera podido aprender de una forma más sencilla y sin crear desafortunados metamorfos. Y entonces la Federación determinó legalmente que los neósofos tenían los mismos derechos que los seres humanos. ¿Qué hacer con ellos? Pensé que Fireball podía ofrecerles un hogar. Entre otras ventajas, podíamos ahuyentar a los turistas curiosos, a los ideólogos exaltados y a los explotadores en busca de dinero fácil. Necesité propaganda, presión política, negociaciones, sobornos y alguna que otra extorsión, pero obtuve los permisos. Tienen una parcela apartada para ellos, cerca de la costa. Una nave patrulla mantiene alejados a los visitantes indeseables. Viven a gusto y están desarrollando una cultura propia. Ningún humano con quien yo haya hablado la entiende por completo.

-Bien -continuó Valencia-, me alegro de que no tengamos que internarnos en la jungla, pero abriré la cerca en un sitio donde el boquete no resulte visible. -Cogió su bolsa de herramientas y desapareció silenciosamente entre la maleza. Al cabo de un minuto, vieron entre las hojas los destellos de su linterna y oyeron el murmullo de sus alicates.

Era una sensación estremecedora. Terminaba la fuga, comenzaba la invasión. Era como cabalgar en una tabla de surf sobre una ola rugiente que subía hasta las estrellas. En la mente de Kyra persistía el incómodo pensamiento de las nefastas consecuencias de un fracaso. Lo ignoró. La corriente era demasiado fuerte.

Las lentes de Guthrie centellearon.

-Creo que esperas con ansiedad las próximas horas -dijo.

Kyra asintió.

-Confieso que sí. ¿Y tú, jefe Guthrie?

-A mi manera. Que a ti te parecería tan fría y abstracta como abordar un interesante problema matemático.

Desde luego. Era incorpóreo. Y sin embargo parecía capaz de sentir preocupación, furia, alegría, arrepentimiento, afecto. ¿Era una farsa? ¿O esos sentimientos residían en la conciencia misma? Así parecía. De lo contrario, ¿por qué se había molestado Guthrie en sobrevivir y luchar? Kyra recordó a viejos matrimonios que había conocido: el sexo parecía haberse reducido a un rescoldo o a cenizas, pero aún así había visto que el amor seguía presente.

-Te envidio -murmuró él.

Sorprendida, Kyra casi lo dejó caer. Con su reaparición, Valencia los salvó de una situación embarazosa.

-Venid -dijo.

Kyra metió a Guthrie en la mochila, se la puso a hombros y lo siguió. La linterna de Valencia los guiaba por la maraña y Kyra se movía con agilidad, apartando con suavidad el ramaje.

-Veo que ya has hecho esto -observó él.

-Sí, me gustan los sitios agrestes. ¿Y a ti?

-También. Si puede decirse que estas pequeñas reservas sean agrestes. Ya hemos llegado.

Había cortado el alambre y abierto un boquete por donde podía pasar una persona. Del otro lado, el terreno era abierto pero más accidentado, con declives irregulares, rocas y baches ocultos por la hierba. Sudando y maldiciendo, Kyra se abrió paso hasta el sendero que salía del estrecho paso. Valencia se movía con su habitual agilidad de pantera. Al demonio con él.

Llegaron al mar y sus hijos.

Fireball había ampliado una pequeña cala y usado las rocas despedazadas para construir una escollera en la boca. Acantilados abruptos flanqueaban una playa de arena negra. En un terreno cercano, un cobertizo semicilíndrico protegía las magras pertenencias de los habitantes. Las puertas de cierre magnético se abrían de un empujón, y era posible cerrarlas con un picaporte. Junto a un muelle había una balsa de motor y un bote. No había otros artefactos visibles. Estaba demasiado oscuro para ver las obras de arte que los Keiki Moana habían pintado al pie de los acantilados o tallado en madera blanda.

Dormían, tendidos en la arena y la hierba. Kyra vio dos veintenas de ellos, adultos largos y lustrosos y cachorros rechonchos. La pelambre de sus lomos reflejaba la escasa y tenue luz, pero por lo demás eran bultos oscuros. Kyra supuso que los demás estarían en el mar, cazando o explorando, tal vez en un arrecife, graznando al cielo sus extrañas canciones. Al acercarse percibió el aroma de peces, algas y profundidades de que los impregnaba, y el recuerdo le trajo el parpadeo del sol sobre las olas.

Librodot

Se detuvo, con Valencia a su lado.

-Aloha, makamaka -saludó en voz baja-. Aloha ahiahi. O Kyra, Davis ko'u inoq.

Se movieron. Irguieron la cabeza. En sus ojos fulguró la luz de las estrellas.

-No sabía que hablabas hawaiano -murmuró Valencia.

-No lo hablo -respondió Kyra-. Y creo que ellos tampoco. Pero es tradicional comenzar y terminar en ese idioma una conversación con ellos. No sé por qué. -Muchas cosas habían sucedido, y a menudo tan sutilmente que nadie sabía cómo. Dos razas, el corazón de una un misterio para la otra aunque la Tierra hubiese engendrado a ambos. ¿Qué se sentiría al tratar de comprender a seres que habían nacido bajo otro sol?

Siempre que existieran en alguna parte del universo. Siempre que los neósofos y las máquinas no fueran los únicos compañeros que tendría siempre la humanidad. De pronto las estrellas eran heladas. Kyra agradeció la presencia de los Keiki.

Se desplazaban con más agilidad de la que cabía esperar. Algunos ladraron un par de veces, y Kyra oyó el palmoteo de sus aletas y el susurro de sus vientres en el suelo. Cuando los primeros la alcanzaron, todos se detuvieron donde estaban, irguiendo las cabezas, exhalando un perfumado aliento.

Kyra reconoció a Charlie. Así lo llamaban ella y sus amigos, aunque tampoco recordaba por qué. Era más corpulento que los demás. Erguido, llegaba a la altura del busto de Kyra, y su curvo corpachón era por lo menos similar al de Valencia. Kyra vio la cicatriz de un accidente, un costurón que le atravesaba la frente curva y el hocico puntiagudo. Un cirujano humano había cosido la herida, pero la cirugía estética posterior se había considerado innecesaria en este caso. Además, Charlie no era vanidoso. ¿O sí?

Le habló en voz alta y sibilante.

-A'oha, Ky'a. Hiaow kong fsh-sh s's'hwi-oong?

Kyra había leído que los órganos vocales modificados podían manejar mejor el chino mandarín. Era posible, teniendo en cuenta que aquellas criaturas eran el resultado de experimentos chinos. Tal vez pudieran llegar a manejar el polinesio con menos torpeza, pero ni siquiera en su nuevo hogar tenían muchas ocasiones para practicarlo. Lo que importaba aquella noche era que sus cerebros modificados podían manejar el inglés. Por su parte, Kyra se había acostumbrado a su propio idioma tal como sonaba a esas gargantas.

-Gracias, Charlie y los demás. Os presento a mi amigo Nero Valencia. -Repitió el nombre dos veces, despacio. El gunjin se inclinó tal como ella le había indicado, bajando la cabeza hasta que los rígidos bigotes de Charlie le tocaron la nariz-. Lamentamos perturbar vuestro sueño.

-[Este placer es mejor que los sueños. ¿Quieres nadar? La luna despuntará dentro de un rato.]

-Sí, estamos aquí para nadar, pero ahora mismo, antes de que salga la Luna. Perdonadnos por no traer música ni comida, y por no bailar con vosotros en el agua. En otra ocasión, tal vez, pero esta noche tenemos una necesidad urgente y poco tiempo.

-[¿Persigues una presa?]

-Un tiburón, y debemos matarlo antes de que nos mate.

Era lo más convincente que Guthrie y ella habían podido pensar. Quería que entendieran que era una cuestión urgente y convencerlos de que la ayudaran. Entrar en detalles sólo habría aumentado la confusión.

Librodot

No era que aquellas criaturas estuvieran aisladas del mundo. Tenían multiceptores en su cobertizo y un robot que respondía a órdenes sencillas. Debatían largamente con los científicos que viajaban allí con autorización de Fireball. Varios de ellos habían realizado excursiones. La cuestión era que no percibían el mundo como humanos sino -a pesar de cuanto se había hecho con el germoplasma de sus antepasados- como focas.

(El proyecto había desestimado a los delfines, que eran inteligentes pero demasiado extraños. La mayor parte de aquellos enormes prosencéfalos procesaban los datos sensoriales que les llegaban por el estrecho canal del sonido. Los simios eran demasiado similares y se descubrió muy poco mientras se creaban homínidos con grandes limitaciones. Lo menos cruel y más provechoso era experimentar con pinnípidos... el resultado fue un animal con mente pero sin manos, un nadador menos capaz que sus antecesores, obligado a seguir sendas inexploradas de la evolución, más en guerra con sus impulsos atávicos que los humanos con los suyos.)

Por esa razón, Kyra no sacó a Guthrie de la mochila. Ellos le conocían, pero sólo ligeramente y en un cuerpo robot.

-[¿Adonde quieres ir? ¿Qué quieres hacer?] -Debemos internarnos en el mar en el bote, acompañados por algunos de vosotros. Cuando estemos frente al puerto espacial, abandonaremos el bote y nadaremos hacia la costa. Tendréis que ayudarnos, y debemos actuar con mucho sigilo. El tiburón que perseguimos es muy peligroso. -Un tiburón terrestre, pero no se le ocurría otra palabra más adecuada. Los Keiki no sabían nada sobre víboras ni gobiernos-. Eso es todo. Pero debe hacerse rápido. Os lo suplicamos. Por favor. 'Olu'olu.

Los Keiki se miraron. Uno por uno se pusieron a ladrar, hasta que los gañidos resonaron en los acantilados.

-[¡Un nuevo juego! ¡Venid, venid!] -exclamó Charlie.

Dio media vuelta en dirección a la playa. Toda la manada lo siguió, un caótico amasijo de siluetas ululantes.

-¿Han aceptado? -preguntó ávidamente Valencia-. ¿Tan pronto?

-Ya suponía que lo harían -respondió Kyra-. Siempre les atrae lo nuevo. Son como niños. O como nosotros, supongo, si fuéramos jubilados en una playa solitaria.

Como ya sucedía con muchos humanos. Una jubilación obligatoria impuesta por las máquinas, pensó.

En la orilla pasaron unos agitados minutos tratando de decidir quién tendría el privilegio de ir. Kyra tuvo que recordarles una y otra vez en que el grupo debía ser mínimo. Charlie hincó los dientes en el pescuezo de dos sujetos rebeldes y los sacudió hasta someterlos. Parecía ser el macho dominante. No, se recordó Kyra, no era así. El orden de dominación, el patrón de reproducción, las pautas de migración, todo había cambiado tanto como en la vida del hombre desde los tiempos del australopitecus. O más, porque la especie humana había evolucionado a lo largo de las eras; la condición de sapiens no se había conseguido en el curso de un par de generaciones. ¿Qué estaba surgiendo para reemplazar las antiguas costumbres de las focas?

Cuando al fin pudo poner el bote en marcha, redujo la velocidad del motor para no dejar atrás a sus acompañantes. Eran veloces: torpedos plateados que aparecían y desaparecían en la espuma y el agua arremolinada; de vez en cuando un brinco exultante o un rápido descenso por una ola. La nave patrulla los avistó, se aproximó, notó que se dirigían mar adentro y se desvió, pues su piloto robot no encontró motivos para llamar a un aeromóvil policial.

-Quiero salir de aquí -exigió Guthrie a sus espaldas. Kyra le pasó el volante a Valencia y obedeció, colocándolo en cubierta detrás de la cabina. Los pedúnculos oculares giraron. ¿También él devoraba aquel paisaje, sabiendo que quizá lo estuviera viendo por última vez?

El bote avanzaba ronroneando entre olas bajas, una bruñida negrura que llegaba hasta el límite del firmamento. Una nave pasó a lo lejos, luminosa, pequeña como un juguete. Kyra se sintió más aislada. A popa se extendía la tierra oscura. Kamehameha era como una constelación sobre la isla, más brillante que las tenues luces del cielo. No hacía viento y el mar estaba en calma. Kyra se dejó envolver por la noche.

-Creo que ya estamos a suficiente distancia - dijo Valencia. Se situó paralelo a la costa. Su cabello se confundía con la densa oscuridad, su perfil se destacaba como una escultura. Kyra le apoyó una mano en el muslo.

No es que se hubiera enamorado, claro que no, pero lamentaba no haber dispuesto de tiempo para ellos aquella tarde; cuando regresara después de la victoria...

Jadeó. El horizonte se iluminaba.

-¿Ya sale la luna? -exclamó-. ¿Tanto hemos tardado?

Valencia miró su informador.

-Sí -respondió, como si ella le hubiera pedido la hora o una raíz cuadrada-. Bueno, procuremos que sea como una ventaja y no como un inconveniente. Cuando lleguemos, tírate al agua y sal a la playa a gatas; quédate así hasta que te avise.

-¿Irás solo delante? ¡No!

-Él es un profesional, Kyra -le recordó Guthrie-. Tú no le cederías la consola de una nave espacial, ¿verdad?

-Claro -Valencia la miró a los ojos. Su sonrisa centelleaba como la cresta de una ola-. Lo haremos juntos, no temas.

Kyra se tensó.

-Eso haremos.

Kamehameha lucía a lo lejos. Valencia apagó el motor. El bote se detuvo con un estertor y se meció en el vaivén del mar. Kyra olvidó sus miedos. ¡Había llegado la hora!

De pie en la cabina, Kyra y Valencia se quitaron la ropa. La luna apareció en el cielo. Estaba baja, y aún no resplandecía. El agua vibró con miles de lucecitas. Los Keiki quedaron iluminados. El hombre y la mujer se miraron un instante, refulgiendo ligeramente entre las sombras. Él se había tapado la biogema, pero Kyra recordaba su luz rojiza de la noche anterior. Notó su erección, sonrió y dijo:

-Es mutuo, amigo. -Se miró significativamente los pezones-. Pero vamos.

Él también sonrió, y ambos pusieron manos a la obra.

Guardaron a Guthrie en la mochila, y la mochila en uno de los sacos de plástico herméticos que Valencia había adquirido con el resto de su equipo. En otro guardaron zapatos, ropa, toallas y herramientas. Valencia conservó la pistola enfundada que había sacado de su chaqueta. Kyra no sabía mucho sobre armas de fuego, y sólo en ocasiones había tirado al blanco, pero era evidente que aquel arma no se estropeaba con el agua. Con los bultos en la mano, bajaron por la borda.

El mar la abrazó con su frescura, acariciándole todo el cuerpo. La sal le rozó los labios como un beso. No obstante, comprendía que en pocas horas moriría si no salía. Podía llegar a

Librodot

nado a la costa, por supuesto, pero llegaría agotada. Era por eso que los guardias no buscarían intrusos procedentes de esa dirección.

Los Keiki se apiñaron a su alrededor. Ella le entregó su saco a uno para que lo sostuviera con los dientes. Charlie se acercó. Sin duda quería llevarla a cuestas. Bien, eso también le agradaba. Charlie se sumergió para que ella se tendiera sobre su lomo y se agarrara a su cuello. Procurando mantener la cabeza de Kyra por encima del agua, Charlie comenzó a nadar. Valencia recibió el mismo trato. Dejaron atrás el bote.

Los potentes músculos se flexionaban debajo de Kyra. El agua la lamía, la acariciaba, gorgoteaba. La luna ascendió en el cielo, las blancas olas resplandecieron, las estelas arremolinadas se volvieron radiantes. La rompiente, un susurro al principio, era cada vez más ensordecedora. Kyra apartó los ojos del resplandor del puerto espacial y se dejó envolver por el mar y el claro de luna.

La playa trazaba un arco, protegido por otra escollera contra la cual se estrellaba el mar espumoso. Después de rodearla, los Keiki redujeron la velocidad. Sabían cómo acercarse a una presa con sigilo. Los minutos se prolongaron hasta que la magia se quebró de golpe.

Como un brusco despertar, Charlie se paró en seco. Kyra se apeó y sintió la arena bajo las plantas. Estaban en los bajíos.

Se agazapó, irguiendo la cabeza sobre el agua acariciante. En el último instante abrazó a Charlie, apoyando la mejilla en su lustroso pelaje.

-Gracias, gracias -jadeó-. Mahalo nui loa. Ahora vete. Pronto. Hele aku. -No te entretengas o te matarán.

Charlie gruñó, le frotó el cuello con el hocico y se escabulló. Kyra observó las presurosas formas unos segundos. Desaparecieron. Ella y Nero estaban solos.

O eso esperaban.

Tal como él le había indicado, Kyra trepó a la costa y se aplastó contra el suelo. La arena era negra y áspera. Valencia avanzó agazapado. A poca distancia se erguía una franja de hierba y arbustos, luego la cerca y un portón cerrado, perfilados contra la blancura de faroles que Kyra no podía ver desde su posición. Valencia desapareció. Ella aguardó con ansiedad. Una brisa le rozó la piel húmeda y el cabello empapado. Tiritó.

Valencia regresó con andar de lobo.

-Bien, he encontrado un lugar -le susurró al oído-. Agáchate y avanza deprisa.

Un alto matorral de hibisco, a varios metros del portón, les brindó protección. Sus flores resplandecían en el retazo de noche moteada que se extendía al pie de la cerca. Había suficiente visibilidad para secarse con una toalla y vestirse de nuevo. Kyra se colgó la mochila a la espalda, y notó que Guthrie no le pesaba. Su cuerpo debía estar funcionando a toda máquina, aunque su conciencia era transparente como el cristal.

-Llevas el cabello revuelto -murmuró Valencia-. Nos hemos olvidado de traer un peine. Déjame ver si puedo arreglártelo un poco.

-El tuyo también.

¡Dos monos acicalándose con los dedos! Kyra contuvo la risa y el deseo.

Valencia se apartó, cogió el equipo y se aproximó a la cerca. Sus alicates resonaron, según pareció a Kyra, más que el Niágara. No, no... Los eslabones caían uno a uno. Pero ¿no estaba muy iluminado? No, tampoco, la luz era débil y engañosa. Más chirridos y chasquidos.

Valencia soltó su herramienta, aferró el metal y lo dobló. El alambre dejó una abertura angosta. Valencia la llamó con una seña y atravesó el boquete. Kyra lo siguió. Un borde afilado le arañó la mano.

-¡Ustedes! ¡Alto!

Valencia giró, tendió el brazo derecho, disparó. Un estampido seco. Echó a correr, se acercó al guardia. ¿El hombre caído se movía? Valencia le apoyó la pistola en la cabeza. Con un disparo le voló los sesos.

Valencia se apartó de aquel charco reluciente.

-Vamos -dijo, enfundando el arma bajo la chaqueta.

Kyra se detuvo para mirar. Más allá de un parque angosto, se levantaba un almacén sin luz en las ventanas que les impedía ver lo que había detrás. Por esa razón Valencia debía haber escogido ese lugar. El fulgor difuso de las farolas se añadía al claro de luna, pero no aportaba mucha iluminación. Le bastó para mostrarle el rostro del muerto o lo que quedaba de él. Había sido joven.

Valencia le aferró el brazo con fuerza.

-Vamos -ordenó-. No sé cuándo llega el relevo o si otro vendrá a investigar o tocará una alarma. Debemos largarnos de aquí antes de que llegue.

Kyra no podía apartar los ojos del único ojo vacío.

-Lo has matado -murmuró. Tenía la boca seca-. Estaba herido, y lo has matado.

-¿Qué más podía hacer? -replicó él con impaciencia-. Kyra, era necesario. Este encuentro ha sido casual, mala suerte para él y para nosotros. Que no sea perjudicial para Fireball.

Ella tragó ácido. No, no vomitaría. Dio media vuelta y se alejó del cadáver. Sus pasos sonaron en la acera a ritmo regular. Valencia la acompañó.

-Así está mejor -dijo. Kyra supuso que él sonreía, aunque no quería verle-. Eres una muchacha valiente, Kyra.

Quiso replicarle: «Para ti soy la piloto Davis»; pero no dijo nada.

-¿No deberías llevar esa mochila en la mano? -preguntó él-. Así es como el multi muestra a los pilotos llevando a bordo su equipo personal.

Tenía razón. Conservaba la calma y pensaba en todo. Ella siguió su consejo sin comentarios. Debía concentrarse, serenarse.

Rodearon varios edificios para entrar en las zonas más frecuentadas, como si llegaran desde la puerta principal. Tardaron un rato. Kyra se preguntó con indiferencia si él se sentiría más tenso a cada paso, atento a una sirena fatídica. No importaba. Si era así, sabía disimularlo. Era un experto en esas cosas. Ella debía recurrir al aplomo. Eso no le costó demasiado, una vez que la repulsión se convirtió en aturdimiento.

Salieron al descampado y caminaron entre farolas, entre más edificios, jardines, bancos y mesas donde los empleados solían almorzar. A lo lejos divisaron la pista. La nave espacial, alumbrada por los reflectores, era un dardo apuntado al cielo contra el esquelético bastidor de lanzadores láser. Mam Maru era su nombre, recordó Kyra. Un pequeño carguero destinado no al espacio profundo, sino a las rutas que unían la Tierra con Luna y L-5. Después de partir, seguía su trayectoria hasta llegar a destino. El Cernícalo de Kyra estaba atracado en L-5. Sería un alivio coger de nuevo aquellos controles, pilotar otra vez una antorcha para ir al encuentro de los cometas.

Dos Sepo uniformados la interpelaron.

-Su identificación, por favor -dijo el más fornido.

-Piloto Davis, presentándose ante el director Packer para la misión de esta noche. -Le entregó su tarjeta de identidad,

-Mario Conroy, presentándose con información -dijo Valencia, con una voz tan cordial como su sonrisa. No sacó su tarjeta bruscamente, sino con un ademán grácil.

El agente habló por un minifono.

-De acuerdo -dijo-. Todo en orden. Si esperan un minuto, un vehículo vendrá a buscarlos.

-¿Por qué no había un vehículo esperándolos en la entrada? -preguntó su compañero.

El primer hombre se encogió de hombros.

-Este asunto no estaba previsto. Nadie sabe de qué se trata. Nadie está preparado. Nadie sabe a qué atenerse.

Salvo los miembros de Fireball, pensó Kyra. Estaban desconcertados, desde luego, pero pronto entrarían en acción. Además, aunque las circunstancias fueran excepcionales, el lanzamiento en sí era rutinario.

Un minimóvil los trasladó hasta el cuartel general.

-Espere, por favor -dijo Valencia al chófer-. Volveremos enseguida.

En el interior, la escena era tranquilizadoramente familiar: rostros conocidos, voces conocidas, modales conocidos; sólo desentonaban los milicianos y los cautelosos agentes de paisano. Los llevaron a la oficina de Packer.

Él se levantó detrás del escritorio.

-Buenas tardes -saludó con cierta brusquedad. Packer no podía palidecer, pero ¿había un tono gris debajo del moreno?-. Sentaos, por favor. ¿Un refresco?

-Me temo que no tenemos tiempo -replicó Valencia-. Hemos recibido nuevas órdenes. La piloto Davis debe partir de inmediato.

Packer pestañeó, tragó saliva, se recobró. Su cuerpo se aflojó. Literalmente. Ahora no sólo debía aguantar hasta las 23.00, hora del despegue, sino que tenía que representar una comedia para los oídos electrónicos allí presentes.

-¿De veras? No me lo han dicho.

-Ni se lo dirán, señor, hasta que podamos presentarle un informe en un lugar más seguro. -Aquel plural aludía a una entidad con ascendiente sobre la Sepo, es decir, a agentes directos del Sínodo Asesor. En sus órdenes, Guthrie no había especificado nada así con referencia a Mario Conroy, porque esas cosas nunca se mencionaban, pero podía deducirse fácilmente.

-Si he de partir con vosotros, me gustaría pasar por mi casa y decírselo a mi familia -dijo Packer.

-Por supuesto -respondió Valencia-. Yo lo acompañaré, si me lo permite. -Lo que significaba: meteremos a tu familia en el coche y la llevaremos a un lugar seguro. Kyra decidió que era mejor no decirle a Packer lo que había sucedido con el guardia-. Pero ¿cuánto tiempo se puede adelantar la cuenta atrás?

-Depende del destino de la nave, el cual tampoco me ha sido revelado -respondió Packer.

-No se preocupe por la ventana de lanzamiento -intervino Kyra-. Si los tanques están llenos, tendré masa de reacción de sobra, y después no habrá ninguna escala.

-Si se trata de una nueva autorización para partir -dijo Packer innecesariamente-, llamaré al capitán Ueland. -Evidentemente era quien mandaba la fuerza de ocupación, y su autorización debía solicitarse en cualquier caso-. Le pediré prioridad máxima. -Normalmente era AstroCon en la Federación quien concedía ese tipo de autorizaciones, no demasiado frecuentes, cuando las solicitaba un funcionario acreditado-. Creo que será posible despegar dentro de media hora, piloto Davis.

¿Cuánto tiempo había transcurrido desde el asesinato... la liquidación... la infortunada necesidad? ¿Cuánto pasaría hasta que lo descubrieran?

-Entonces será mejor que embarque de inmediato -dijo Kyra.

-Buen viaje -concluyó Packer; palabras convencionales que no delataban ninguna emoción. Pero Kyra detectó un temblor que le decía: «Buen viaje tanto para ti como para las esperanzas que llevas contigo.»

De pronto, Guthrie pesaba enormemente, como si la Tierra los arrastrara a ambos. Kyra se cuadró y echó a andar. Valencia se interpuso en su camino.

-Buena suerte, amiga, y hasta la vista -murmuró. Le acarició la cadera, la besó. Fue un gesto leve, nada que llamara la atención, sólo algo natural entre dos personas que habían trabado amistad, pero Kyra sintió el latido de aquellos labios.

Tuvo que esforzarse para no temblar.

-Adiós -dijo, y salió por la puerta.

24

-... Cero.

La nave se elevó. La aceleración aplastó a Kyra contra el asiento. Se consagró a la tarea de respirar. Ante sus ojos parpadeaban luces, giraban agujas, los jeroglíficos de las pantallas cambiaban de forma. La pulsación del motor palpitaba en sus huesos y oídos, fusionándose con ella.

La nave subió hacia el este, hasta que los láseres ya no pudieron alcanzarla. A esa altitud les quedaba poco aire para impulsarla. Durante un breve momento se desplazó por inercia y Kyra flotó libremente, sujeta sólo por su malla de seguridad, en una enorme quietud.

Cuando la nave se adentró suficientemente en el vacío, se activó el motor. La potencia era menor que antes y Kyra no oía ningún ruido, salvo el aire en los ventiladores y en sus fosas nasales, la sangre en sus venas.

-En órbita -anunciaron una voz sintética y varios instrumentos. De nuevo carecía de peso. Su cuerpo disfrutaba de aquella libertad. La falta de gravedad tenía sus inconvenientes, y cuando se prolongaba mucho tiempo era preciso pasar varias horas diarias haciendo ejercicios en el centrífugo para contrarrestar sus efectos; pero aquellos primeros momentos eran siempre una alegría.

O lo habían sido. Surcaban el espacio, habían escapado con vida, pero Kyra sentía ese placer sólo físicamente. Por dentro estaba petrificada.

Se desabrochó el arnés, se alejó flotando del asiento, miró por la compuerta. Un segmento de la vasta curva de la Tierra llenaba la mitad del cielo; las nubes eran remolinos blancos, las ciudades constelaban la noche. Calculó que estaba sobre México. El localizador lo confirmó en el mapa, poniendo el símbolo que representaba la Maní sobre ese país. El resto eran estrellas. Kyra había reducido la iluminación de la cabina, según su costumbre, así que ahora éstas poblaban la visión con su gloria escarchada.

Se empujó con un pie, voló hacia los asideros y se cogió de una barra para detenerse -una maniobra tan grácil como un paso de danza acuática entre los Keiki-; quedó suspendida junto a Guthrie.

-¿Cómo estás, jefe? -preguntó.

-Bien -respondió él desde la red, estirando los pedúnculos oculares-. Aunque no puede decirse lo mismo de ti, ¿verdad?

Kyra desvió los ojos.

-Estoy bien -murmuró.

-¡Qué va! Se trata de Valencia, ¿verdad?

Ella apretó las mandíbulas.

-Sí, de lo que ha hecho. ¿Lo sabes? -No se había atrevido a hablar con él a su subida a bordo, temiendo que hubiera algún micrófono oculto. Además, había estado ocupada, arreglando cosas, preparándose, solicitando y estudiando un plan de vuelo para Luna.

-Me he hecho una idea, por lo que he oído desde la mochila. Un centinela os ha sorprendido y Valencia lo ha abatido y matado.

Los nudillos de Kyra se pusieron blancos.

-No sólo eso. No sé si el hombre murió al instante... ¡Qué más da! Valencia le ha disparado por segunda vez, a quemarropa, en la cabeza.

-Sí, eso me ha parecido.

Ella lo miró fijamente.

-¿No te importa? -susurró.

-Oh, es una pena, claro, pero... No, no apruebo la muerte de gente indefensa. Una vez que recobre el mando de Fireball, averiguaré quién era ese hombre, si tenía familia y qué se puede hacer para ayudarla. Pero se trataba de una emergencia, Kyra. O Valencia disparaba o lo perdíamos todo. Con Washington Packer sucederá lo mismo; sin duda lo arrestarían y someterían a sondeo profundo. Tal vez esa segunda bala fuera innecesaria, y lo lamento. Pero Nero es un gunjin. Nunca será sometido a juicio. Su hermandad se encargará de ello, dándole una nueva identidad o lo que haga falta. Y yo no me entrometeré. Porque nos salvó. Y según sus reglas, él estaba haciendo lo correcto y lo necesario.

A Kyra se le enturbiaron los ojos.

-Eso me digo una y otra vez. ¿Cuándo podré convencerme?

-Sí, ha sido una impresión terrible para ti. Y un espectáculo espantoso, lo sé muy bien. Muchacha, ojalá pudiera abrazarte. Hasta un par de brazos robóticos serían mejores que esta maldita caja.

Eso caldeó un poco el ambiente. Kyra tragó saliva, miró a Guthrie, sonrió ligeramente.

-Gracias, jefe. Muchas gracias.

-Ya decía yo que él no era para ti.

La calidez se convirtió en absurdo acaloramiento.

-¡No ha sido nada serio!

-Bien. Tendrás tiempo para digerir lo sucedido. Ha sido triste y espantoso, pero está hecho, y no te ha lastimado de manera irreversible como hubiera ocurrido con una violación. No es un planteamiento egoísta, sino práctico. Eres demasiado sana para dejar que una pesadilla te obsesione. Cálmate, escucha un poco de música. Recuerda cosas agradables. Te repondrás.

Al cabo de unos segundos Guthrie añadió despacio:

-Tendrás que decidirlo por ti misma pero espero que superes el odio que sientes hacia Nero Valencia. No creo que recuperes el afecto por él, pero... bien, yo... en cierto modo le compadezco.

-Lo intentaré.

El murmullo de silencio. El océano brillaba en el disco de la Tierra.

-¿No deberíamos prepararnos para lanzarme? -preguntó Guthrie.

Kyra se sobresaltó.

-¡Oh, sí! Perdón. Me he portado como una tonta. Ahora, enseguida.

Regresó a la consola, se sujetó los pies en los asideros y planteó su problema al programa de navegación.

La trayectoria de la Maui ya estaba determinada. La nave se movía en una órbita baja pero cada vez más ancha. Cuando hubiera recorrido las tres cuartas partes de la órbita terrestre, el motor se activaría de nuevo y la impulsaría hacia la Luna. Sería una trayectoria rápida para una nave como aquella, costosa en carburante, pero que la llevaría hasta allí en un par de días. Era lo mejor dadas las condiciones iniciales y puesto que no era una nave-antorcha, capaz de un impulso sostenido.

La otra cuestión era cuándo y cómo liberar la lanzadera auxiliar para llevar a Guthrie más allá de L-5. Como la colonia seguía la misma órbita que Luna, con sesenta grados de diferencia, eso sería pronto. Además el casco de la Maui debía ocultar la lanzadera al radar terrícola mientras iniciaba su viaje y durante el tiempo necesario. Si la policía de la Unión aún no había puesto los ojos en aquella nave, pronto lo haría. Si notaba que algo salía de ella, sería el final del juego.

Lo cierto era que sólo podían usar los radares que se encontraban dentro de su territorio. No podían pedir ayuda a AstroCon de la federación sin dar antes explicaciones. Pero en cuanto encontraran al guardia muerto y la cerca cortada, sabrían que los habían burlado, y muy pronto el falso Guthrie sería alertado. A su vez él utilizaría todos los recursos de Fireball. La Maui sería observada desde ese instante hasta que llegara a Luna.

-Supongo que nos volarían en pedazos e inventarían una historia para justificarlo, si en el espacio estuvieran permitidas algo más que armas pequeñas -había dicho Guthrie durante su reunión en Hilo, le parecía que hacía siglos-. No creo que envíen una nave-antorcha a nuestro encuentro y que su tripulación nos aborde, eso suponiendo que pudieran mandarla a tiempo. Es una maniobra difícil, peligrosa, larga y demasiado evidente. El mundo lo notaría y se preguntaría el porqué. Mi otro yo verá que te diriges a Luna, sabrá que esta nave no tiene otra opción que descender en Port Bowen, y alertará a la Sepo para que te arreste en cuanto llegues.

-¿Por qué no difundir la verdad desde el espacio? -había preguntado Valencia-. ¿Qué puede hacer él enfrentado a ti públicamente? No pasará un examen exhaustivo.

-Lamentablemente -explicó Guthrie- Fireball controla casi todas las naves e instalaciones en la Tierra, Luna, L-5, y en otras partes.

-No, los satélites...

-¡Oh, sí!, los comerciales, climáticos, los de Autoridad de Paz y demás. Esos satélites no cuentan. Hablo de naves, de puertos, de sistemas de comunicación interplanetaria. Hasta el personal de la Federación navega con nosotros y nos alquila oficinas en la Tierra, o bien nos contrata para hacer el trabajo, que es lo más frecuente. Por eso Kyra no podrá acudir a la policía del Gobierno en Bowen. El pequeño cuerpo policial pertenece a Fireball, y recibirá órdenes de no interponerse en el camino del destacamento de la Sepo.

»En cuanto a las llamadas desde las naves espaciales a cualquier parte, incluida la Tierra, no son directas. El volumen de las comunicaciones, sumado a la vulnerabilidad de algunos sistemas a las interferencias, nos hicieron abandonar la transmisión directa hace tiempo.

El método que usamos es más seguro, más eficiente y más fiable. Cualquier señal del espacio pasa por los satélites o estaciones repetidoras de Fireball, que son los únicos equipados para amplificarla y decodificarla. La desvían a la red general de comunicaciones, o a los circuitos de Fireball, según el caso. Dicha labor está en manos de ordenadores. En cuanto mi gemelo tenga la oportunidad, introducirá en ellos la orden de detectar los mensajes sospechosos y retenerlos para que él o Sayre los inspeccionen. Es lo que yo mismo habría hecho.

Valencia silbó.

-Sabía que Fireball era un gran imperio, pero no tenía ni idea de que fuera tan enorme.

-Somos tan eficientes que la mayoría de la gente no se da cuenta -dijo Packer-. No queremos poder, sólo hacer lo que nos interesa y obtener una ganancia honesta con ello.

Guthrie había logrado que Fireball fuera fiel a aquel principio, pensó Kyra. Sin él, seguramente se habría transformado en un simulacro de gobierno o en un feudo de explotadores.

-El monopolio no entraba en principio en nuestros planes -señaló Guthrie-. Al ser los únicos pioneros del espacio en la época en que comenzamos, pudimos negociar con Ecuador unos estatutos que nos mantenían a salvo de políticos y burócratas. Luego, cuando estallaron conflictos aquí y allá, tomamos medidas como precaución. Pero ahora no tengo tiempo para lecciones de historia.

-Las naves espaciales pueden comunicarse directamente entre sí, desde luego -añadió Kyra-. Pero necesitaríamos una suerte increíble para que una nave tripulada, y tripulada por los nuestros, estuviera al alcance. Sobre todo si tenemos en cuenta que el falso Guthrie revisará los planes de vuelo para impedir esa posibilidad.

-Vigilará rigurosamente L-5 en cuanto sospeche que me dirijo allí -dijo el jefe-. Sin embargo, su atención se centrará en la Maui Mam, con destino a Luna. Esperemos que, en cuanto Kyra alunice, los selenitas la liberen de los matones de Sayre y puedan comunicar la verdad al sistema solar.

»Para asegurar ese resultado, o como medida por si el plan fracasa, mi destino es L-5. Si todo sale bien, Tamura me hará entrar. Cuando yo haya explicado la verdad a la colonia, los agentes de la Sepo tendrán suerte de que no los linchen. Si por algún motivo Tamura no puede recibirme, bien, estaré en una órbita conocida por Kyra, y ella podrá disponer el modo de rescatarme en un momento más conveniente.

Valencia miró a la mujer.

-Pero tú... -dijo, con una preocupación que conmovió a Kyra-, tú caerás en manos del enemigo en Luna.

-Por eso avisaremos al señor Rinndalir antes de partir -explicó Guthrie-. No puedo mandar un mensaje con la verdadera historia que no sea detectado. Pero puedo cifrar unas palabras que lo intrigarán. El y yo ya hemos tenido tratos.

Valencia frunció el entrecejo.

-Supongamos que no quiere o no puede hacer nada.

Kyra le sonrió. En ese momento se sentía excitada, exaltada, eufórica.

-Por lo que sé sobre él -dijo-, será insólito que no participe.

Lo que nadie podía saber era en qué consistiría esa participación.

Kyra se concentró en los problemas inmediatos. El ordenador le estaba dando las cifras que necesitaba.

Momentáneamente eso la deprimió. Era sólo un parásito de aquella máquina. La transportaba, la mantenía con vida, le daba información que ella pudiera comprender... ¿para qué? Aquella operación podría haber sido totalmente automática. En gran medida lo era. Ella había señalado a la nave que deseaba ir a Luna, rápidamente, partiendo a una hora determinada. Si se topaban con un fragmento de chatarra espacial o se daba cualquier otro problema, la nave se encargaría de todo. Kyra había llevado a Guthrie a bordo y lo había puesto en la lanzadera, pero el robot más elemental podría haber realizado cualquiera de ambas tareas. La nave se comunicaría con las máquinas de control de tierra de Port Bowen, seguiría las instrucciones, descendería por su cuenta. La función de Kyra consistiría en apretar un botón que abriría la cámara de presión para dejarla salir.

Librodot

-¡Por Dios! -masculló-. Anímate, ¿quieres?

No era la primera vez que debía ahuyentar aquellos negros pensamientos. Los pilotos todavía cumplían una función concreta, al igual que los ingenieros, los prospectores, los científicos, los artistas o los empresarios. Eran ellos quienes tomaban las decisiones fundamentales. Sus manos y sus voces daban las órdenes importantes. Cuando el universo recurría a su infinita reserva de incógnitas para presentarles una situación inesperada, eran ellos quienes salvaban vidas y máquinas con su imaginación, su intuición, sus premoniciones. ¿O es que su cuerpo no era tan automático, tan independiente como una nave o un robot? Sin embargo, seguía estando al servicio de su mente.

Cuando las máquinas tuvieran mente propia, para lo cual por lo visto no faltaba mucho... Prefería no pensar en ello. Tenía trabajo.

Se volvió hacia Guthrie.

-El lanzamiento será antes de lo que yo esperaba, jefe -dijo-. Debes prepararte.

-Estupendo. -¿Qué sentimientos ocultaban aquella tranquila respuesta? ¿Los había? Sí, insistió Kyra, sí.

Lo llevó a popa. La lanzadera era apenas un cohete de combustible sólido con un piloto automático rudimentario y un compartimiento que admitía una pequeña carga. Tardaría tres días en aproximarse a L-5. Su esperanza era que entretanto Kyra hubiera podido informar a la humanidad, de modo que el verdadero Guthrie no llegara como un fugitivo sino como un conquistador.

Kyra conectó el ordenador de la lanzadera al de la nave. Mientras el primero copiaba los parámetros ya calculados, Kyra metió a Guthrie dentro y lo aseguró. Las máquinas se encargarían de todo lo demás.

-Será mejor que ahora te vayas a tu sitio y te relajes -sugirió Guthrie-. ¿Para qué rondar por aquí los próximos diez minutos sin saber qué decir? «Que tengas buen viaje.» «Gracias, igualmente.» «Saludos a todo el mundo.» «De tu parte.» -Guthrie rió-. Eso es lo que decía mi esposa, haciendo una parodia. Cuando uno de los dos viajaba solo, nos dábamos un beso escandalosamente largo en la terminal y el que se quedaba se iba a casa.

Guthrie la comprendía. Kyra le respondió con otra carcajada.

-Muy bien, jefe. Hasta la vista. -Se inclinó sobre la caja y besó la fría superficie entre los pedúnculos oculares-. Buen viaje. Para ambos.

Al salir, oyó cómo la cubierta del compartimiento de carga se cerraba con un chasquido.

Librodot

Segunda parte
Eiko

Librodot

25

Blancos capullos de cerezo.

Ocaso pálido y fugaz. Presurosos astros, gélidos.

Eiko Tamura sacudió la cabeza y dejó el papel. El haikú no le salía. Aquello eran sólo palabras que no expresaban lo que ella deseaba: el día y la noche de un giro de carrusel que evocaba la fugacidad de la vida; una primavera artificial, símbolo de la pequeñez y la fragilidad de la gran Ragaranji-Go. Tal vez el poema nunca encontrara su verdadera voz y terminara en el reciclador, como la mayoría de los que escribía.

Pero éste la inquietaba más. Era la respuesta a una necesidad más profunda. Las noticias de los últimos días, y la repentina desazón de su padre, que se escondía detrás de su rostro impasible, la instaban a buscar nuevamente en lo eterno. Sentía calma y consuelo al comprender que la humanidad era apenas una leve ondulación, y así hallaba fuerzas para afrontar el dolor humano; Eiko renovaba esa comprensión en la expresión poética, y ahora no lograba hacerlo. La angustia la carcomía.

Irguió la cabeza para mirar un pergamino. En su pintura en tinta de un paisaje de montaña y en su inscripción, algunos versos de Tu Fu, Eiko encontraba serenidad con más frecuencia que en cualquier escena del multiceptor o en cualquier virtualidad experimentada con un vivífero. Hoy no eran más que marcas en el papel. Miró a su alrededor buscando una salida.

Disponía de más espacio de lo que era común en la colonia, pues lo había ampliado al partir la última de sus hermanas, pero aparte de la mesilla donde escribía, una cómoda, un armario y el diván donde dormía, la habitación estaba prácticamente vacía. Había algunos objetos en un estante: una concha de la Tierra, un reluciente trozo de roca de un cometa que le había regalado Kyra Davis, viejos libros, su flauta de bambú. Para leer y escuchar música podía recurrir a la base de datos del mundo, y para los recuerdos podía recurrir a su memoria.

Oyó el ruido de una puerta, pasos lentos. Debía de ser su padre, que regresaba tarde. Se levantó y cruzó el tatami, dirigiéndose a la sala para recibirlo.

Noboru Tamura, con su ropa oscura, daba la impresión de ser una mancha. Comúnmente uno no veía su baja estatura y su semblante grave, sino al jefe de operaciones espaciales de L-5, el amigo de Anson Guthrie. Ese día tenía los hombros encorvados y le temblaban las manos. Eiko sintió compasión por él y preocupación, como era frecuente desde la muerte de su madre. Se inclinó ante él -en un lugar atestado donde la supervivencia requería autodisciplina por parte de todos, la cortesía era menos un ritual que una necesidad- pero después le cogió ambas manos y preguntó en voz baja:

-¿Qué sucede? Ojalá me lo contaras, padre.

-Ojalá me atreviera -respondió él.

Ella lo soltó.

-¿Por qué no? Siempre me has honrado con tu confianza.

Él desvió los ojos.

-Este conocimiento es peligroso, y no te serviría de nada.

-Por favor, siéntate y descansa. Te traeré algo de comer.

Tamura asintió y se acomodó en un cojín. Aunque tenían sillas para los visitantes, ambos preferían las costumbres tradicionales -arcaicas, en realidad- cuando podían permitírselas. Así ocurría con muchos habitantes de la colonia. Eiko suponía que, en el fondo, no era otra cosa que un desafío. Miradnos, estrellas, aún somos hijos de Gea, y también lo es este mundo diminuto que hemos creado.

Sintió un consuelo parecido al preparar el té en la cocina. Nunca se había permitido pensar en lo vacío que estaba su hogar. En cambio, su mente evocaba el bullicio y las risas que la llenaban antes de que crecieran y se marcharan los niños; o los murmullos de su madre, o Kioshi susurrándole algo al oído durante un breve instante... No, aquello no. Al final Kioshi Matsumoto se había casado con otra muchacha, y Eiko le deseaba la mejor suerte. Ella debía cuidar de su padre.

Puso la tetera, las tazas y las pastas en una bandeja; se las llevó y se acomodó frente a él. Una sonrisa cruzó el fatigado rostro de su padre.

-Eres una buena hija -le dijo-. Loado sea Amida Buddha.

Guardaron silencio un rato, meditando. A pesar de no ser la auténtica ceremonia del té, fortalecía el espíritu además del cuerpo.

-He pasado este día sola, y no he recibido mensajes -aventuró Eiko al fin. Era verdad. Había pedido permiso en el departamento donde trabajaba como programadora, porque la tensión de preguntarse qué pasaría ahora entre la compañía y el gobierno de la Unión, así como el desconcierto general del personal, le impedían realizar su tarea creativa-. ¿Ha sucedido algo que yo deba saber?

Noboru se sorprendió.

-¿No te has enterado? -Se encogió de hombros con amargura-. Así es mi Eiko. Un destacamento de la Policía de Seguridad de América del Norte ha llegado en una nave-antorcha. Estamos bajo la ley marcial.

Esas palabras fueron como una puñalada. A Eiko le tembló la taza y apenas logró sostenerla. La fuerza de Coriolis hizo que varias gotas le salpicaran el quimono.

-¿Qué? Pero... pero, padre, nosotros no somos de su país. Estamos en el espacio. Pertenecemos a Fireball.

-Esto se ha hecho de acuerdo con nuestros directores.

-¿Con el consentimiento de Guthrie-san? -Imposible.

-No lo es. Él nos informó personalmente de todo, ayer. Debíamos mantenerlo en secreto hasta que fuese un hecho consumado, para evitar disturbios.

Un temor justificado, pensó Eiko, teniendo en cuenta lo que allí pensaba la mayoría sobre el avantismo.

-¿Eso era lo que te tenía tan preocupado? -preguntó.

-Eso era -respondió él con cautela-. Si la situación era tan desesperada... Ya sabes cuan vulnerables somos.

Era, había hablado en pasado. Eiko se preguntó si debía tomarlo como una invitación. Una carga que se sobrelleva a solas es doblemente pesada. Pero no debía alarmarlo con su insistencia. Bebió un sorbo de té. El calor y el sabor eran reconfortantes.

-¿Y qué harán esos agentes?

-Lo que deban hacer, nos han dicho. Nos ordenaron colaborar.

Su capitán prometió que intentarán no entorpecer nuestras actividades. Los dejé en las dependencias que habíamos habilitado para ellos.

-Pero las cosas no son tan simples, ¿verdad? -insinuó Eiko.

-No -admitió él-. Ya es bastante sospechoso que Guthrie-san... se asustara. ¿Acaso no contamos con gente leal y capaz de defendernos de posibles saboteadores? ¿Alguna vez la compañía nos ha ocultado algo? Bien, tal vez esta emergencia sea un caso especial.

-Pero no lo crees -continuó Eiko.

Noboru se rindió.

-Ya no. Debería guardar el secreto, incluso contigo... especialmente contigo, querida, pero... -Se irguió. Habló con voz firme-. Ayer, horas después que nos ordenaran esperar a la policía, recibí en mi oficina un lasergrama dirigido a mí. Parecía ser un informe rutinario, pero la firma me reveló que contenía un mensaje cifrado del propio Guthrie-san o de un agente de confianza. Preparar un medio para comunicarse sin que nadie lo sepa es una precaución que él suele tomar. Anoche no pude dormir.

A Eiko se le aceleró el pulso.

-¿Qué decía?

-No podía ser muy largo, pues de lo contrario un monitor sospecharía de su contenido. -Recitó el mensaje como si lo hubiera repetido para sí miles de veces-: Lanzadera secreta en aproximación 23.

-¿Qué significa eso?

El hizo una mueca.

-He reflexionado. «Secreta.» Eso debe significar, ante todo, ignorada por parte de la fuerza de ocupación. «Lanzadera.» Una nave espacial no puede aproximarse sin ser detectada, pero de no mantenerse una vigilancia especial, un cohete en caída libre pasaría inadvertido hasta que estuviera a mil kilómetros de distancia.

Al menos, si no amenazaba con chocar, se dijo Eiko. Un inofensivo trozo de roca o chatarra sería detectado a gran distancia, pero no llamaría la atención ni despertaría curiosidad, dada la abundancia de dichos objetos. «En aproximación.» La trayectoria de la lanzadera sólo podía ser estimada aproximadamente. Sin embargo, la aproximación debía ser hecha con inteligencia.

-El número 23 tiene que ser una fecha y de este mes -continuó Tamura-. Eso es pasado mañana. Suponiendo que ni la lanzadera ni la nave madre posean aptitudes especiales, esto implica, según mis cálculos, que abandonó la nave en las cercanías de la Tierra, y que quizás esa nave se dirija a Luna.

-¿Transportando qué?

-No sé. Pero esto no concuerda con la historia y las órdenes que hemos recibido de Quito, ¿verdad?

Eiko estudió el rostro de su padre. Se había transformado en una máscara de samurai. Tuvo que hacer un esfuerzo para hablar:

-¿Piensas hacerla interceptar y traer aquí su contenido?

-¿Qué otra cosa puedo hacer? Estoy pensando en cómo lograrlo sin que nadie se dé cuenta. Tú estás al tanto de nuestras operaciones, y conoces a nuestro personal mejor que yo. Acepto tus sugerencias. -Y añadió con severidad-: Pero no debes contárselo a nadie más, ni hacer nada excepto ayudarme en la planificación. ¿Está claro?

-Puedo hacer más -protestó ella-. Sí, en el espacio. Tal vez mejor que otros. Tú, sin duda, llamarías la atención, pero ¿quién se fijará en mí?

¿Quién lo haría?, pensó. Una mujer baja y delgada, de rasgos comunes y modales apacibles, con mechones de cabello cano que delataban sus cuarenta y dos años. Ragaranji-Go era demasiado enorme para ser vigilada. Constantemente había operarios entrando o saliendo, inspecciones, labores de mantenimiento, vuelos a naves no tripuladas que traían cargamento pero no podían atracar. La Sepo -¿así la llamaban los norteamericanos?- trataría de controlar toda aquella actividad, de asegurarse de que cada entrada o salida tuviera un propósito determinado. No obstante, una persona no esperada, que conociera bien la estación, podía pasar inadvertida. Lo difícil sería regresar del mismo modo. Aun así, con ciertos arreglos previos...

-No -exclamó Tamura-. No te corresponde correr ese riesgo. Yo juré lealtad, pero tú no. Tú eres la responsable de tu casa.

Eiko sintió un aguijonazo de dolor. Su padre nunca le había dicho claramente por qué se había opuesto a la ceremonia, pero ella lo sabía. El hijo mayor, Jutaro, había jurado lealtad, y los ejecutivos de Fireball habían procurado encontrarle un trabajo satisfactorio, pero las máquinas realizaban ahora las tareas para las cuales él tenía talento. Jutaro estaba en la Tierra, acogido a la caridad pública, haciendo trabajos ocasionales -y no siempre legales, sospechaba Eiko- para ganar un dinero que gastaba en sus repetidas visitas a la quivira.

Noboru Tamura sería fiel a la palabra que había empeñado. No quería que otros hijos suyos se embarcaran en un modo de vida que le parecía fatal. Eiko no quería lastimarlo más.

Tamura logró sonreír con calidez.

-A fin de cuentas -dijo-, aún conservo la esperanza de que también tú me des un nieto.

Quedaba tiempo para eso. Eiko respetaba escrupulosamente su programa biomédico, pero el tiempo se estaba acabando, y deprisa.

Llamaron a la puerta. ¿Un amigo, un vecino? Eiko se levantó. Le apetecía la visita de cualquiera que disipara la tensión existente entre ella y su padre. Tal vez él sintiera lo mismo, pues se le adelantó para recibir personalmente a los recién llegados.

Eran tres desconocidos con uniforme tostado y pistolas de impacto en la cintura. Llevaban brazaletes con el símbolo del infinito. Entraron. El último cerró la puerta.

El corazón de Eiko palpitaba de ansiedad. Tamura permaneció inmóvil y murmuró en inglés:

-Buenas noches, capitán Pedraza; caballeros. ¿A qué debemos esta visita?

El capitán saludó.

-Buenas noches, señor Tamura; señorita. -Por debajo de la cortesía, Eiko notaba el filo del acero-. Mis disculpas por esta interrupción. Hemos recibido nuevas órdenes. Nuevos informes sobre las actividades terroristas sugieren que su vida puede estar en peligro, señor. Debemos proteger a usted y a otras personas hasta que ese peligro haya pasado.

-¿De veras? -murmuró Tamura-. ¿Y si rechazo esa generosa oferta?

Eiko ya presentía la respuesta:

-Me temo que debemos insistir. Usted comprenderá que un atentado contra su persona, en esta colonia, puede provocar la pérdida de muchas vidas de testigos inocentes. Por favor, coja lo que necesite para los próximos días y acompáñenos. Dispondrá de un alojamiento cómodo y seguro y de líneas abiertas para comunicarse con quien desee.

EÍ Sepo aguardó.

Librodot

-Entiendo -dijo Tamura con voz neutra, impasible como una estatua. Pero Eiko sabía que estaba deshecho. Y ella no debía abrazarlo, no debía gritar delante de aquellos forasteros enemigos.

-Supongo que aún no ha cenado -dijo Pedraza-. Le serviremos una comida agradable. Ahora, por favor, recoja sus cosas y nos iremos.

Tamura asintió. Un guardia lo siguió afuera.

Pedraza interpeló a Eiko:

-Le prometo, señorita, que su padre no sufrirá ningún daño si nosotros podemos evitarlo.

Ella no pudo ocultar su hostilidad.

-Sí, los rehenes son más útiles vivos que muertos.

-Sé que esto le molesta, pero actuamos así porque la situación es crítica. Mis superiores no desean el resentimiento ni la agitación que esto puede provocar. A fin de cuentas, sólo se trata de una detención preventiva. Por favor, compréndalo. Diga a sus amigos que si ocurre alguna desgracia, tal vez no podamos garantizar la seguridad de las personas que están a nuestro cargo.

Rehenes, en efecto. Más valía no repetir esa palabra.

-Entiendo.

Aguardaron en silencio. Tamura no tardó en regresar, maleta en mano.

-Sayonara, Eiko -jadeó. Y añadió en inglés, para que el Sepo no pensara que conspiraban-: Recuerda lo que te he dicho. Aguarda tranquila.

-No es un adiós -dijo Pedraza-. Será sólo unos días, y ambos podrán hablar por teléfono cuando gusten. Trataré de obtener autorización para visitas personales.

-Gracias -dijo Eiko mecánicamente. Le irritó haber dado las gracias, pero luego pensó que quizás aquel oficial fuera sincero, un hombre decente que acataba órdenes porque así lo había jurado, y porque confiaba en sus superiores, pero que podía sentir tanto desconcierto y aprensión como ella.

O más. Eiko recobró el aplomo.

Se inclinó ante su padre, quien imitó el gesto. No expresarían nada más ante aquellos hombres. Namura se marchó con ellos.

Librodot

26

El viejo y amado rostro de la Luna, surcado de cicatrices, aumentó y se acercó hasta que ya no estuvo delante si no debajo, y dejó de ser un cuerpo celeste para convertirse en una extensión de montañas, y polvo, cráteres y rocas, cruzada por las sombras de la tarde. Usando los instrumentos ópticos para filtrar el resplandor y agrandar la imagen, Kyra atisbo las joyas que su especie había incrustado ahí, las hebras de plata de los monorraíles, la reluciente Tychópolis al sur y comunidades más pequeñas en otras partes, puntos resplandecientes y desperdigados en las zonas donde ya había anochecido, indicando otros sitios habitados. La Maui Marti giró y activó sus propulsores, descendiendo hacia su destino. Aplastada contra el asiento, Kyra miró la semiesfera de la Tierra. La cara oscura ocupaba una parte del cielo. Allí vio algunos destellos, megalópolis. En el hemisferio diurno, blanco y azul, no se apreciaban rastros de la humanidad a simple vista.

El silencio la envolvió. Cuando cesaron las vibraciones del casco, Kyra pesaba apenas diez kilos. No abandonó su asiento con la gracilidad de costumbre, sino que bajó pesadamente, con desazón, hacia su destino.

No temía la muerte, se dijo. No le gustaba la idea de abandonar un universo en general maravilloso, pero hacía tiempo que se había conciliado con esa idea. Aun así, un sudor rancio le empapaba las axilas. Había otras cosas que sí temía.

Pero cuando oprimió el botón de salida, recobró el ánimo. Guthrie no la enviaría a una misión suicida. El temor se disipó con el movimiento. Las válvulas se desplazaron. Salió al tubo que se había unido a la nave y bajó por la escalerilla, llegando con cuatro saltos a la sala de recepción.

La consola que comúnmente habría recibido su informe y admitido su ingreso en Port Bowen permaneció en silencio. Seis hombres entraron en la cámara, agentes uniformados de la Sepo.

Kyra no se sorprendió de esa recepción.

-En nombre de MacCannon, ¿a qué viene esto? -exclamó.

-Creo que usted lo sabe -respondió el oficial. Era un afro corpulento cuya placa de identificación decía TRASK. A pesar de la disciplina, su voz denotaba tensión-. Está usted arrestada, piloto Davis. Se la acusa de atentado contra la seguridad pública, secuestro de una nave y asociación ilícita, entre otras cosas. Acompáñenos.

-Ustedes no pueden arrestarme. Están a treinta diámetros terráqueos de su jurisdicción.

-Estamos aquí a requerimiento de quienes la contrataron, y de ellos depende la policía en este enclave. Venga, Reilly, conmigo. El resto, tomad la nave e iniciad la investigación. -Kyra vio que llevaban un instrumento; sí, un resonador de circuitos, un detector.

Trask gesticuló bruscamente.

-No me obligue a usar la fuerza -dijo. Kyra notó que iban con prisa. No tenían mucha información sobre su misión, y un entorno desconocido los ponía nerviosos. Aquello podía inducirlos a hacerle cosas, una vez que llegaran a su cuartel, en las que no era agradable pensar.

Eran ágiles y atléticos, pero terrícolas. Kyra estaba acostumbrada a la falta de gravedad, y eso le daba la posibilidad de zafarse de ellos y escapar. La llevarían por pasillos laterales donde se habrían asegurado de que no hubiera nadie de Fireball. Sin embargo, si lograba gritar la verdad a voz en grito en alguna parte donde pudieran oírla... Sus consortes no

aceptarían que individuos ajenos a la organización disparasen contra los suyos. Kyra se colocó entre los dos agentes.

Atravesaron la cámara de seguridad y entraron en un corredor que comúnmente habría estado atestado. No había nadie en él, salvo un par de personas. Trask se paró en seco y maldijo entre dientes. Kyra comprendió, con gran alegría, que aquellos selenitas no eran algo esperado, nunca habían estado antes allí.

Ambos eran varones, altísimos y esbeltos, pero de hombros anchos. Uno tenía los rasgos blancos y armónicos de una escultura griega, enmarcados por trenzas plateadas. Usaba un unitraje chocante por lo común. El otro era de nariz ganchuda, tez ambarina, cabello muy negro, y ojos grandes, rasgados y grises. Su vestimenta era más pintoresca: un chaquetón encima de una camisa de mangas anchas, medias ceñidas bajo unos pantalones bombachos y zapatos de punta curva, todo en tonos verdes y dorados. Del pecho de uno colgaba un medallón; un círculo negro bordeado por un halo irregular: la Eclipse del Poder.

-Salud -dijo el primero, con cantarín acento selenita-. Nosotros nos haremos cargo de ella, sino es molestia.

Trask puso la mano sobre el arma enfundada.

-¿Qué significa esto? -rugió-. ¿Quiénes son ustedes? -Su compañero asió con fuerza el brazo de Kyra.

-Mi nombre es Arren, y mi compañero es Isabu -respondió el otro sin acalorarse-. Somos servidores del señor Rinndalir, quien nos ha ordenado escoltar a esta persona.

-¡No! Esto es territorio de Fireball, y hemos confiscado...

Arren alzó una mano. Trask calló.

-Según el contrato, en Port Bowen Fireball detenta la autoridad sin menoscabo de la soberanía de la Selenarquía, a la que ahora apela el señor Rinndalir.

-Cumplo órdenes. -Trask comenzó a desenfundar el arma-. No se entrometan y dejen paso.

Isabu sonrió.

-Le aconsejo que no desenfunde el arma -dijo.

Los lunarianos parecían ir desarmados, pero Trask soltó la empuñadura e indicó a su compañero que no hiciera nada. Respiraba entrecortadamente.

-Averiguaremos quién tiene qué derechos.

-Sí, claro -se burló Kyra-. Vayamos a la oficina del director, conectémonos con la red y hablemos con la mayor cantidad de gente posible.

-Eso no sería conveniente para ustedes, ¿verdad? -sugirió Alien a Trask, con voz muy suave.

El Sepo miró a derecha e izquierda, como esperando ayuda de las paredes. Le habían ordenado que fuera discreto, comprendió Kyra. Le habían exhortado a evitar problemas, escándalos; todo lo que pudiera llamar la atención. Y sin duda había asimilado una buena dosis de folklore terrícola acerca de la astucia, la falta de escrúpulos y los misteriosos recursos de los selenitas. El Sepo recobró el aplomo de una manera admirable.

-Muéstrenme su orden -exigió.

-No se exige semejante cosa a los enviados de un selenarca -le respondió Isabu.

Librodot

-Ya nos han estorbado bastante -añadió Arren. Tocó el informador que llevaba en la muñeca-. ¿Solicito ayuda? En tal caso usted y su gente pasarán a manos de la justicia.

Quizá fuera un farol, pero no dejaba de ser una posibilidad.

-No reclaman la nave en la que ha llegado, ¿verdad? -vociferó Trask-. Bien, pueden llevársela.

Arren hizo una seña a Kyra, dio media vuelta y partió con el andar saltarín de su gente. Ella lo siguió exultante, con Isabu a su lado. Ambos eran asombrosamente guapos. Kyra miró hacia atrás. Trask la seguía con la mirada. Giró sobre sus talones y se dirigió a la entrada. Perro obediente; examinaría la Maui mientras pudiera, sin saber exactamente qué buscaba. Su subordinado lo siguió aturdido.

-Mil gracias -canturreó Kyra-. Habéis hecho algo más que sacarme de un aprieto. Lo que ha pasado...

Isabu la acalló con un gesto.

-No hables de ello con nosotros, te lo suplico. Te llevaremos ante el señor Rinndalir.

Kyra sintió una leve inquietud. Guthrie había admitido que no sabía qué haría el selenita.

Pero al menos había escapado de los avantistas. Era libre de gritar las palabras que derribarían aquel castillo de naipes. Podía esperar hasta ver a Rinndalir, ya que él así lo deseaba; sería por cierto una visita sumamente interesante.

-De acuerdo -dijo-. Pero podemos conversar, ¿verdad?

Arrert la miró con una sonrisa. Kyra no pudo distinguir si era afable o lobuna.

-Ya hablaremos más tarde -dijo-. Primero tenemos que encontrar nuestro vehículo. Por favor, no hables con nadie por el camino.

Kyra comprendió que era una orden. Quizá tuvieran medios para silenciarla. Bien, aun así la habían salvado, y podía haber excelentes razones para que de momento se guardara lo que sabía.

-Si me saluda algún conocido, se extrañará de que no le responda -señaló.

Isabu reflexionó. ¿Esa conducta le resultaba extraña?

-Tienes razón -convino-. Eres lista, señorita.

El corredor desembocó en un espacio central donde había pantallas, paneles, cintas transportadoras, bancos, tiendas. Estaba menos atestado que de costumbre. Los selenitas se apresuraron. Miradas curiosas los seguían.

Una vieja conocida de Kyra se acercó.

-Hola, Davis. ¿Cuándo has llegado?

-Buenos días, Navarro. Lo siento pero tengo prisa; ya nos veremos.

Rostros anónimos las separaron. Kyra se alegró de no tener que saludar a nadie más. Aquel único encuentro la había hecho sentir abrumadoramente sola.

Un fahrweg les llevó hasta la terminal de transporte terrestre. Arren encabezaba la marcha.

-¿No deberíamos coger un tren a Tychópolis? -preguntó Kyra-. O a Lunogrado, Diana o... -Cualquier ciudad que los selenarcas usaran como capital. Oficialmente no tenían ninguna. No enviaban ni recibían a diplomáticos; los emisarios de la Tierra iban a los lugares que se les señalaban y hablaban con quienes se prestaban a escucharlos.

Librodot

-No -replicó Isabu-. Hoy viajaremos en coche. La emoción ahuyentó sus aprensiones. Kyra sólo había ido por unas cuantas carreteras para turistas.

El coche tenía el tamaño de un autobús. Un casco externo de vidrio cubría la carrocería de metal abierta sólo en las ventanillas. Un camaleónico fluido intermedio ayudaba a regular la temperatura. El escudo antirradiación montado sobre el techo servía de colector de energía solar complementaria de los depósitos internos de combustible. Un producto de ingeniería notable. Kyra atravesó la cámara de presión y se encontró en otro mundo. Una suntuosa moqueta rojinegra, semejante a la piel de un animal vivo, ondulaba ligeramente, como si respirara. Sobre ella relucían paneles con esmaltes e incrustaciones. De los rincones más oscuros pendían colgaduras y tapices fosforescentes. Los asientos y la mesa estaban diseñados para gente de piernas largas que no necesitaba apoyarse en un respaldo. Un tabique separaba la mitad superior, que debía de albergar los dormitorios, los tanques y las herramientas. Imágenes abstractas nadaban sobre Kyra, semejantes a fuego, humo, nubes. El aire en movimiento estaba impregnado de olores cambiantes, dulces, penetrantes, aromáticos, soleados, fríos. Apenas oía la música de fondo, y no la comprendía, pues era comparable al canto de los cometas... si ese canto hubiera existido.

Arren cogió los controles, habló con el consignador y avanzó por el garaje. Entró en la zona de vacío y subió por una rampa hacia la superficie. Pronto el vehículo abandonó el asfalto y anduvo sobre escombros, absorbiendo suavemente las irregularidades. El polvo que levantaban las ruedas se asentaba rápidamente debido a la ausencia de aire.

-¿Adonde vamos? -preguntó Kyra.

-Ahora podemos decírtelo -dijo Isabu-. A Zamok Vysoki. -Ante la mirada inquisitiva de Kyra, aclaró-: La fortaleza privada del señor Rinndalir, en la Cordillera.

-¿Qué? -exclamó Kyra-. Pero eso debe de estar a dos o tres mil kilómetros.

-Tres. ¿Por qué no te sientas? ¿Deseas comer algo? Podemos ofrecerte unas cuantas cosas.

-Pero ¿cuánto tardaremos en llegar? -exclamó ella consternada.

-Unas doce horas. Ten paciencia. Todo sigue la órbita adecuada.

Estaba aturdida. Rinndalir había recibido el mensaje de Guthrie unas cuarenta horas antes, menos el tiempo tardado en llegar a él desde el punto de recepción. La parte cifrada era mínima: «Rescatar nave imprevista Bowen 22.» Habría tenido la oportunidad de pensar en ello y de consultar con los demás. (¿Cuántos? Su gente normalmente presentaba un solo rostro al resto del universo, pero cuantos lo habían estudiado y observado sabían que el suyo era un gobierno felino.) Sus técnicos le habrían informado de que el radar estaba alerta, y detectado el Mam por su cuenta. Tal vez tuviera sus observadores, sus agentes clandestinos, sus canales informáticos en ciertos lugares de la Tierra, además de en la central local de Fireball. La llegada de la Sepo le habría inducido a pensar que había algo más. Una nave cohete llamaba la atención. ¿Por eso había enviado a sus hombres a recibirla? ¿Cuántos? ¿Sólo aquellos dos? ¿Cómo se había puesto de acuerdo con sus colegas si es que lo había hecho? La acción unilateral parecía demasiado temeraria. Y sin embargo...

Arren tecleó una orden en el panel de instrumentos y se unió a los demás. El vehículo siguió avanzando por su cuenta, eludiendo diestramente los obstáculos que la naturaleza había levantado a lo largo de los siglos. Kyra se preguntó si seguía señales de navegación procedentes de un satélite o si el programa contaba con un mapa topográfico y un sistema de guía por inercia. Tal vez ambas cosas. Le asombraba la habilidad de los robots selenitas avanzados, mejores quizá que los de cualquier otra parte. Contando de entrada con gente seleccionada por su inteligencia y su aptitud física, y brindándole luego el equipo más

Librodot

sofisticado de su época, el desarrollo tecnológico podía acelerarse notablemente aunque la población fuera pequeña y provinciana.

Kyra se hundió en un asiento. Arren se sentó frente a ella, erguido e impasible, pero relajado. Isabu se marchó discretamente hacia la parte trasera.

-Si lo deseas, puedes identificarte -dijo Arren.

-Soy Kyra Davis, piloto espacial de Fireball, y...

-No, no digas nada sobre tu misión -la interrumpió Arren, en un tono tranquilo pero cortante-. Eso es cosa del señor Rinndalir.

Ella recobró la compostura, lo estudió un instante y murmuró:

-¿Estáis a sus órdenes? Creía que los selenitas erais independientes.

El respondió sin resentimiento, filosóficamente:

-Eso es en cierto modo así: tenemos en cuenta las características propias de cada uno. Pero no podemos aceptar el anarquismo. Como piloto, sabrás que la supervivencia depende de la disciplina, del mantenimiento y la protección de los sistemas de soporte vital, de la cooperación inmediata en las emergencias.

-¡Oh sí, por supuesto! Siguiendo vuestros parámetros, sin embargo... En Fireball todos cumplimos una función. -Kyra hizo una pausa. Nunca se lo había planteado así. ¿La conmoción de la fuga le hacía ver las cosas con nuevos ojos?- En cierta medida, nos identificamos con nuestra profesión. Somos libres de cambiar de empleo, de equipo, de lo que sea, cada vez que haya demanda de nuestros servicios en otras partes y queramos ir. Pero rara vez trabajamos totalmente por nuestra cuenta. Dada la naturaleza de las cosas, no podemos hacerlo. Las pilotos como yo se cuentan entre las escasas excepciones. Pero en vuestro caso es diferente. Aparte de las obligaciones que garantizan su supervivencia, ¿no es el ideal selenita que cada uno lo haga todo y lo sea todo?

En ello se basaba la declaración de la independencia de hacía medio siglo. Era mucho más que una rebelión contra los impuestos. En Luna había surgido una civilización -con una rapidez asombrosa, impulsada no sólo por condiciones nuevas sino por genes extraños- incompatible con las civilizaciones del planeta madre.

-Esa actitud es útil en muchas tareas creativas y para empresas menores -respondió Arren-. Para proyectos más ambiciosos hace falta organización. Más aún, las cuestiones de seguridad personal, arbitraje, justicia, y derechos de la comunidad, son universales. Cada cultura tiene sus propios instrumentos para hacer frente a tales cuestiones, y éstos dejan de ser efectivos sin el apoyo de la gente. El terrícola típico es leal a su gobierno; la Federación Mundial está legitimada indirectamente. Tú eres leal a Fireball. Yo, al señor Rinndalir. Si él muriera, yo pensaría en otra persona de su rango que me agradara y estuviera dispuesta a aceptarme.

Kyra no pudo contener una carcajada. Arren la miró extrañado.

-Perdón -jadeó ella-. Acabo de darme cuenta de lo curiosa que es esta conversación.

¡Recién rescatada del cautiverio y mientras recorría la Luna, se ponía a hablar de sociología! Ni siquiera era nuevo para ella. Había leído, visto y oído suficientes historias, comentarios, análisis y libros de viajes que trataban el tema. Posiblemente éste era un enfoque ligeramente distinto, tendría que pensar en ello, ya que la había cogido por sorpresa.

A Arren el diálogo le parecía totalmente natural.

Kyra recobró la seriedad. Arren sonrió comprensivamente.

-Sí, sin duda querrás concretar más. Pregunta lo que desees, piloto Davis. Isabu y yo responderemos, dentro de los límites de la discreción.

Ella procuró ordenar sus ideas.

-Fuisteis bastante insolentes al rescatarme. ¿Es verdad que tenéis refuerzos?

-Por ahora, no -respondió él, sorprendiéndola con su franqueza-. Habría sido difícil reunirlos en tan poco tiempo. -¿Por qué? ¿Porque un movimiento desacostumbrado habría indicado a otros selenarcas que sucedía algo especial?- El señor Rinndalir juzgó que la amenaza sería suficiente. Si con eso no hubiera bastado, habría adoptado medidas punitivas. -¿Para afirmar su autoridad, sin hacer caso de Anson Guthrie? ¿O simplemente porque consideraba que su juicio era acertado? De hecho, había sido un acierto.

Decidió ser audaz.

-Bueno, no queréis que os diga por qué he venido a Luna, pero debéis saber que tiene relación con el conflicto entre Fireball y la Unión de América del Norte. Para mi información, ¿podéis decirme qué sabéis sobre el asunto?

Arren le respondió sin reservas. A veces se desviaba del tema, pero Kyra lograba reencauzarlo. A su vez, él estaba interesado en las observaciones de ella, siempre que no estuvieran encaminadas a describir su misión. Kyra descubrió que comprendía bastante bien la situación; despreciaba a los avantistas y, como la mayoría de los selenitas -según sus palabras-, no creía en la presunta conspiración terrorista. En cuanto a la verdad, se reservaba su opinión hasta saber más detalles. Desde más de trescientos mil kilómetros de distancia, pensó Kyra, era fácil observar con serenidad. Desde luego, Fireball era una de las partes en conflicto, y Luna dependía de Fireball aún más que la Tierra; pero había que tener en cuenta la división cultural, el abismo entre las almas. Él mismo lo había dicho; debía lealtad a su señor de las montañas, y después de eso, quizás, a su raza, que no era del todo humana.

Isabu trajo café, coñac fuerte y tortas de sabor avinagrado. Más tarde preparó la cena: un revoltillo de pescado, verduras y frutas, pan de hierbas, y un vino blanco agridulce. Kyra la disfrutó a pesar de que no reconocía los ingredientes aunque había visitado bastantes restaurantes selenitas. ¿Cuántos secretos guardaban los selenarcas?

El vehículo enfiló una carretera y aceleró. Era un camino de ripio apisonado; aquí y allá habían aplanado algunas lomas, o un viaducto franqueaba una grieta o un cráter. No era necesario nada mejor en un sitio donde el clima consistía en un día abrasador, una noche helada y una milenaria caída de polvo y piedras. Ante las ventanillas desfilaba el paisaje lunar: planicies cenicientas y alturas romas, una telaraña de pozos, de vez en cuando un radar, un mástil de emisión de señales o el techo de un habitáculo subterráneo. Kyra sintió sueño. Isabu le mostró un cubículo de baño con una ducha de reciclaje y una litera contigua con cortinas, donde podría desvestirse. Durmió mejor de lo que esperaba, aunque con sobresaltos.

Despertó al son de una música.

-Mi señora, nos aproximamos a Zamok Vysoki -le anunció Isabu desde detrás de las cortinas.

Kyra se vistió, usó apresuradamente el baño, se reunió con los dos hombres. Sentía una gran expectación. No sabía de ningún extranjero que hubiera visitado el palacio de un selenarca. Sí alguna vez había ocurrido, era un misterio. Los periodistas terrícolas siempre protestaban por aquello.

El edificio que se erguía delante parecía más un castillo que una mansión. Las murallas escalonadas eran como protuberancias de la montaña que coronaban, los empinados techos sus laderas, las espigadas torres sus peñascos. Descendiendo hacia el norte, el sol encendía las ventanas y las cúpulas de metal contra el firmamento negro. Su resplandor

Librodot

apagaba la mayoría de las estrellas. Al este, desde el horizonte, la medialuna de la Tierra alumbraba la mampostería del sur, rodeando los picos y las ondulaciones del valle desde donde ascendía el vehículo.

Los altavoces recogieron señales. Kyra imaginó guardias tocando cornetas en los parapetos. Uno esperaba ver estandartes sobre ellos, pero allí nunca soplaba viento, salvo el hálito sutil del sol y del cosmos. Arren habló. Recibió una respuesta. Una válvula se abrió en la muralla. Kyra notó que era de una aleación procesada con máquinas. La mampostería era de oscura roca del lugar. No sabía de qué clase, pero acudieron a su mente relatos sobre robots que excavaban las profundidades lunares.

Se oyó un siseo de aire y el vehículo se metió en un garaje por una rampa. Columnas y bóvedas sostenían los techos con atrevido exotismo, como si -pensó Kyra, sabiendo que era ridículo- Shwe Dagon se hubiera apareado con la catedral de Chartres. Aspiró un perfume de rosas, y eso fue quizá lo más extraño de todo.

Un criado la saludó con una genuflexión. Iba vestido como Isabu, con ropa discretamente suntuosa. Kyra aprendería que, aunque no había un uniforme de protocolo, era habitual que el personal vistiera así, a no ser en la realización de ciertas tareas para las cuales resultaba inadecuado. No llevaban placas de identificación. Ellos se conocían, y lo mismo sucedía con sus superiores.

Arren le ofreció el brazo. Ella recordó el protocolo y le tocó la mano con las yemas de los dedos. Era fácil mantener aquella postura con tan poca gravedad. Habría sido igual de ser él la mujer; un modo sutil de manifestar que ella era socialmente superior. Isabu los siguió. Cruzaron el garaje, subieron una escalera curva y se internaron en un pasillo bordeado por tanques hidropónicos donde resplandecían coloridas flores de extraños pétalos.

El pasillo desembocaba en un salón de mobiliario escaso y esquelético cuyas formas evocaban lianas y serpientes. Kyra apenas reparó en él, porque el suelo, las paredes y el techo formaban un solo mosaico abstracto. Los exquisitos y multicolores dibujos eran maravillosos, fascinantes. La pantalla-ventana, con su vista del despeñadero y los picos bajo las estrellas, no era una interrupción sino una culminación del mismo.

Dos personas altas y delgadas aguardaban de pie, como solían hacer los selenitas, envueltas en capas sedosas e iridiscentes. Kyra reconoció a Rinndalir, a quien había visto por última vez en el multi de La Rampa de Lanzamiento, parecía como si hiciera un siglo. Su túnica y sus calzas eran negras, con orlas plateadas. Kyra también recordaba la banda dorada que le ceñía el cabello plateado. La mujer que lo acompañaba llevaba una larga túnica aguamarina donde jugaban las luces diódicas. Por las facciones, parecía gemela de Rinndalir, pero sus grandes ojos rasgados eran verdes y la larga melena, que le llegaba hasta la cintura, de color negro azulado.

Arren e Isabu hicieron una genuflexión. Titubeando, Kyra presentó el saludo de Fireball.

Rinndalir sonrió. Su rostro se encendió, y el corazón de Kyra dio un vuelco.

-Conque ésta es la piloto de esa nave en disputa -ronroneó. Era evidente que sus hombres habían estado en contacto con él mientras viajaban-. Bienvenida, piloto Davis. ¿Tienes alguna necesidad inmediata que podamos satisfacer?

-No, nada, gracias -tartamudeó Kyra, sintiéndose idiota.

Rinndalir señaló a la otra mujer con un gesto delicado.

-Mi dama Niolente -dijo. Ella inclinó apenas la cabeza... ¿Cortesía, condescendencia, o qué?

-Es un placer -dijo Kyra con cierto disgusto. ¿Por qué se dejaba abrumar por aquella mujer? Ella pertenecía a Fireball. Si se producía entre ambas partes una disputa, Fireball podía aplastarlos. En aquel momento necesitaba ayuda, pero sería en beneficio de ellos. Dominó la voz-. Traigo importantes noticias.

-Es evidente -dijo Niolente con voz de mezzo-soprano. Miró de soslayo a Arren e Isabu-. Manteneos a nuestra disposición. -Sin duda lo dijo en inglés por respeto a Kyra.

Con otra genuflexión, ambos asistentes se marcharon.

-Ponte cómoda, piloto Davis -invitó Rinndalir-. ¿Estás segura de que no deseas comer ni beber antes de hablar?

-No... no... -Contó su historia a trompicones. Los selenitas la guiaron con preguntas agudas, aunque expresadas con delicadeza. Kyra no atinaba a entrever cuánto apasionamiento había en ellas.

Al final, Rinndalir fue hacia la ventana. Contempló la galaxia unos segundos.

-¿Qué quieres que hagamos, piloto Davis? -preguntó.

Kyra tembló, irracionalmente irritada por la calma de Niolente.

-¡Cuenta la verdad al sistema solar, señor Rinndalir! ¡Rescata a Guthrie! ¡Deshazte de esos condenados ideólogos!

-No es tan simple -murmuró Niolente-. Este universo es caótico. Las consecuencias de nuestros actos rara vez son previsibles.

Rinndalir dio media vuelta, fijó la mirada en Kyra.

-Sí -dijo con voz serena-, será mejor que aguardemos hasta saber más y haber reflexionado sobre esto.

Kyra comprendió: la harían esperar allí.

Librodot

27

Wang Zu era un hombre modesto, pero su lealtad a Fireball era digna de un Leónidas. Como despachador, tenía acceso a la red informática que organizaba las actividades espaciales en torno a L-5, y en general se encontraba solo cuando estaba de guardia. Como amigo íntimo de Noboru Tamura, oyó la súplica de su hija sin exigirle que le explicara un propósito que ella no se animaba a revelar, y convino en hacer lo que deseaba. Si abrigaba alguna sospecha, se la guardó para sí.

-Convocaré a la mecánica Lucia Visconti -dijo-. Creo que la conoces. Es de fiar. Aun así, sólo le diremos que ignore la llamada laboral que recibirá mañana y que se quede en casa durante diez horas. ¿Tendrás margen suficiente? Nadie puede revelar lo que no sabe.

Eso en caso de que la arrestaran e interrogaran. Eiko sintió un escalofrío. Ni siquiera ella sabía lo que buscaba. Las hazañas eran para gente como Kyra Davis, no como ella... Kyra había ido a la Tierra en una misión de rutina, y había desaparecido. De la noche a la mañana, Fireball había pactado una alianza con sus enemigos tradicionales y había permitido a éstos entrar en sus dominios. Esos enemigos habían apresado al padre de Eiko y a todos los allegados de Anson Guthrie, al parecer con el beneplácito de este último, incluso tal vez siguiendo sus órdenes.

Nada tenía sentido. Alguien tenía que tratar de desentrañar aquella pesadilla.

Sus sigilosos preparativos la habían mantenido tan ocupada que no había tenido tiempo de sentir miedo. Ahora llegaba el momento de la acción.

Presentándose en el puesto indicado, se registró como Visconti, con la misión de solucionar un pequeño problema con la descarga del Pallas. Ningún humano la vio. La Sepo no tenía hombres suficientes para vigilar cada portal. Además, los observadores habrían sido inútiles, con su ignorancia de las operaciones, y sólo habrían causado irritación o alguna calamidad. Era la red la que controlaba todas las actividades y los alertaba sobre cualquier anomalía. Wang simplemente había tecleado una descripción de su tarea. No había nadie a bordo de la nave solar para desmentirlo.

Con torpeza y lentitud, Eiko se puso el traje y revisó todos los sistemas. Como todos los colonos, tenía cierto adiestramiento en actividades extravehiculares y ensayaba regularmente con un vivífero. Como la mayoría, en ocasiones salía simplemente por placer. Pero lo hacía en su propio traje espacial, con un impulsor sencillo, atada a un cabo de la nave de excursiones. Este traje de potencia podía albergar a un hombre corpulento; Eiko ajustó los mandos del interior con los movimientos de su cuerpo hasta que se sintió cómoda. Los cuatro brazos y sus manos eran instrumentos múltiples que ella había usado pocas veces, y nunca para tareas serias. Por la torreta de hialón veía un panel de instrumentos que se curvaba desde el busto. El resto de la información se transmitía mediante ruidos de alarma, parpadeos o cosquilleos en los dedos. Su impulsor era un potente motor iónico dotado de varios propulsores muy sensibles. El engorroso sistema de soporte vital tenía una autonomía de varios días. Alrededor del blindaje colgaban herramientas y otros objetos, muchos de los cuales no sabía usar, y algunos cuyo nombre ignoraba.

Por un momento, intimidada, había pensado que quizá fuera mejor buscar a alguien con experiencia, pero Eiko no sabía organizar una conspiración ni tenía tiempo para aprender. En cambio, era rápida asimilando información. Insertó instrucciones de la base de datos pública en su vivífero y practicó. Sin duda la Sepo no la consideraba digna de ser vigilada. Aprendió que el equipo estaba muy automatizado y que se servía de un programa versátil que subsanaba los errores.

Tenía la boca seca y la lengua como madera. Apoyó los labios en el tubo, se enjuagó la boca con el agua, la tragó, consiguió hablar.

-Lista para el trabajo.

-Iniciando cuenta regresiva -le dijo al oído una voz robótica. Se desplazó sobre raíles hasta la cámara de lanzamiento. Una válvula se cerró a sus espaldas. La acerada aridez de la cámara se oscureció mientras salía el aire. Se abrió la segunda válvula, dejando ver las estrellas en movimiento.

-Diez -oyó Eiko-. Nueve, ocho... Cero.

La catapulta la lanzó. La noche la engulló. Un murmullo y una palpitación latieron un instante mientras los propulsores laterales contrarrestaban la rotación residual. Su motor asumió la orientación pertinente y se activó, incrementando la velocidad que ella había obtenido con el gran impulso dado por L-5. Calló nuevamente. Eiko estaba en trayectoria, en caída libre.

En su encierro no podía gozar de la falta de peso, que nunca le causaba malestar, pero podía mirar a su alrededor. El hielo de la Vía Láctea hendía una negrura constelada de estrellas. A un costado, una gibosa y pequeña Luna erraba huérfana. En dirección a la Tierra, la torreta se oscureció para que no la cegara el sol. Bien, desde aquel punto de la órbita sólo habría visto el delgado reborde del planeta.

Siguiendo la Luna en sesenta grados, Ragaranji-Go cobró esplendor cuando Eiko retrocedió y vio la colonia en su totalidad, un reluciente y colosal cilindro de puntas ahusadas: giraba, y las sombras jugaban sobre compuertas, mástiles, cúpulas, torres, antenas, estructuras e instrumentos; a su alrededor, luciérnagas que eran naves, operarios, máquinas, el triunfo de lo cotidiano en el cielo. Por detrás refulgía un disco en rotación, cada vez más grande: la vela solar del Pallas, desinflada mientras los robots descargaban gases, minerales, tesoros traídos del reino de Júpiter.

Era el destino declarado por Eiko. Ahora que estaba en marcha, debía cambiar la dirección cuanto antes.

No se había atrevido a llevar escritos ni grabaciones. Si la detenían y registraban, ¿cómo lo habría explicado? Llevaba los números en la cabeza. Tenía buena memoria: idiomas, crónicas, poemas, listas de cosas agradables que comprar para sus parientes y los niños. No le costaba retener la posición de un objeto a cierta distancia y los elementos de su órbita.

Obtenerlos había sido más difícil. Su padre podría haberla ayudado con su capacidad de razonamiento, de haber tenido oportunidad. Dada la situación, debía reconstruir sus argumentos. El mensaje: una lanzadera que debía pasar a una proximidad suficiente, aunque a más de mil kilómetros, el día 23. Su padre había dicho que de ello se deducía que había salido de las inmediaciones de la Tierra, de una nave con destino a la Luna, tres días antes. Era la posibilidad más evidente, puesto que cuando uno sólo podía usar unas cuantas palabras no se andaba por las ramas.

En cuanto a los límites, el margen era excesivamente amplio. Sin embargo, pensó Eiko, quien hubiera puesto la lanzadera en curso no tenía modo de saber si la recibirían en la primera pasada. Su contenido debía ser valioso. En consecuencia, no usaría una órbita que la llevara a las profundidades, donde sería irrecuperable debido a la influencia caótica de diversas perturbaciones. Le marcaría una trayectoria excéntrica alrededor de la Tierra evitando que se alejara mucho de L-5 en ningún punto. Esa trayectoria tenía que ser lo suficientemente estable para permitir varias pasadas antes de distorsionarse. Desde el punto de vista de la estabilidad, era conveniente que tuviera alguna resonancia con L-5, para que

Librodot

pasara varias veces cerca de la colonia. Estas restricciones disminuían el margen en gran medida. Además, insinuaban dónde y cuándo la nave había partido de la Tierra.

Eiko hizo un cálculo. Le dio los resultados a Wang. Consiguió acceso a los datos obtenidos por los autómatas que vigilaban la presencia de meteoros. Sus radares habían registrado media docena de objetos similares. No dijo nada más a Wang, sino que se llevó los datos a casa y los ejecutó nuevamente, añadiendo sus ideas sobre la nave. Sólo un cuerpo cumplía las condiciones, una señal que se había captado intermitentemente durante horas; la base de datos la había recogido, pero no estudiado ni analizado por considerarla inofensiva. Podía ser una roca, un trozo de chatarra... o una lanzadera. Eiko elaboró una estimación de su órbita y memorizó las cifras.

¿Wang había hecho sus propios cálculos, adivinando cuál era su idea? No se lo preguntó, y él no se lo dijo tampoco.

Ahora, lenta y torpemente, tecleó una orden para el traje de potencia. Cancelar plan de vuelo. Siguen nuevas instrucciones. Podría haberlas dado en voz alta, pero todavía existía enlace de radio con el coordinador y la estación, y no quería que la máquina repitiera sus palabras al despachador. Los nuevos parámetros no habrían concordado con los de Wang. No la vigilaban, sin embargo, pues era imposible seguir toda actividad extravehicular. Si guardaba silencio, podría cambiar de curso sin que lo advirtieran. El espacio era vasto.

Cometió un error tras otro al teclear las nuevas cifras; suspiró, las borró, lo intentó de nuevo. Kyra, pensó, habría lanzado algunas maldiciones pintorescas, aunque silenciosas. Pero Kyra no habría encontrado difícil aquella tarea. Eiko trató de tener presente que también los momentos como aquél eran meras ondas en la eternidad.

Terminó. Activó el programa. El traje de potencia rotó y activó su motor de impulso. La aceleración que aplastó a Eiko contra el acolchado cesó al cabo de un rato. Eiko voló su peso hacia su objetivo. Al principio se le aceleraron el pulso y la respiración en medio del infinito silencio. Lentamente se sobrepuso, se concentró en las estrellas, proyectó su espíritu hacia ellas.

Una alarma la devolvió a la realidad. Asombrada, leyó cuánto tiempo había transcurrido. La lanzadera relucía delante, pequeña como un lápiz. Crecía. Eiko ordenó al traje de potencia que se aproximara. Oyó un susurro de energía, sintió los suaves tirones de los cambios de velocidad. Vio soldaduras y remaches que sobresalían de su recortada silueta, pues aquel planetoide no tenía paisaje que reflejara la luz del sol. Sintió y oyó un leve choque. Había llegado.

Las estrellas habían calmado su ansiedad y pudo manejar su equipo con desenvoltura. Destrabó la tapa de la compuerta, la abrió, avanzó hasta que pudo encerrarse en el compartimiento de carga. Oscuridad. Encendió un foco.

Vio dos reflejos gemelos. La caja que contenía había extendido sus pedúnculos oculares para mirarla.

Eiko ahogó un grito.

-Guthrie-san.

Cuidado, pensó, la radio. No, la conexión por audio habitual-mente se interrumpía a cierta distancia. Ragaranji-Go era un huso cerca de la Vía Láctea, de longitud inferior a la anchura de la Luna.

¿Esa caja sin conexiones tendría capacidad de comunicación propia? Eiko intentó hablarle. Le respondió el silencio. Tal vez no había sintonizado la frecuencia adecuada. No debía entretenerse, pues la órbita se alejaba cada vez más. Y, para no llamar la atención, tenía que regresar siguiendo un curso no directo, como si regresara de la nave solar. Activó el par

de manos menores, abrió las grapas que aseguraban la caja, la guardó en un compartimento frontal de su armadura.

Rió entre dientes, con nerviosismo. ¿Aquél era modo de tratar a Guthrie-san, amo y señor de Fireball, llevándolo como un trozo de roca, o como si estando encinta él fuera su bebé?

Recobró la compostura. Dio instrucciones concretas al traje de potencia. Se puso en marcha. La lanzadera se encogió en la distancia.

Durante el vuelo tuvo mucho tiempo, pero poco en lo que pensar. Había hecho preparativos en su casa para ocultar lo que llevara, si era posible hacerlo y si había necesidad de ello. La había, por supuesto. La Sepo no se esperaba algo como aquello, pero estaba preparada para afrontar problemas y tenía en su poder todas las armas letales de la colonia; si era preciso interrumpiría las comunicaciones mientras los agentes pedían ayuda a sus superiores. Eiko sabía bien lo que sucedería después.

¿O no? ¿Era realmente Guthrie lo que llevaba? Él había hablado desde Quito, ¿o no?, cuando la lanzadera ya estaba en camino. Por su padre, por todos, debía ocultar aquella cosa hasta saber más. Quizá se equivocaba, pero le parecía la mejor decisión. La responsabilidad por lo que sucediera era suya. Había actuado, había arrojado la piedra al estanque, y ahora las crecientes ondas la arrastraban.

De nuevo buscó paz en la galaxia. Se alejaba. Se obligó a componer un haikú. Era un modo de disipar el temor, la duda, la zozobra. El poema era mecánico, carente de inspiración, pero la mantuvo ocupada hasta que llegó a Ragaranji-Go.

Nevisca de estrellas.
Las que vemos rojas no son antiguas...
Invierno prematuro.

Lo rechazó con desdén, pero no sin gratitud.

-Visconti de regreso -anunció-. Solicito ingreso.

El coordinador oyó y tomó el control. Eiko tendría que haberse sentido satisfecha, siendo ella una aficionada, pero después de tantas horas de vuelo se sentía repentina y lamentablemente indefensa.

A solas entre máquinas, se quitó el traje y abrió el compartimiento. Inclinándose sobre él, susurró:

-Ni una palabra, ni un sonido hasta el momento en que te diga que estás a salvo.

Sacó la caja, preguntándose si alguien estaría observando por el monitor audiovisual. Los robots, al menos, no reaccionaron. Eiko se encaminó al vestuario con andar displicente y guardó la caja en la mochila que había llevado, como a menudo hacía la gente para trasladar objetos que podía necesitar fuera; se cambió el dermotraje por su discreto quimono.

La suerte la favoreció. En el corredor no encontró a nadie que pudiera preguntarle qué hacía allí. Cogió la primera rampa ascendente y se mezcló con la multitud de la galería Onizuka.

Faltaban el bullicio y alegría habituales, pero había bastante actividad, pues era un distrito más comercial que residencial. L-5 era una ciudad, pero también un puerto de escala, un punto de confluencia, un ámbito para industrias especializadas y una atracción turística. Sus diez millones de habitantes constituían una sociedad aparte, multirracial pero unida, con sus leyes, costumbres, artes, modas, tradiciones, tendencias... cosmopolita pero volcada tanto

Librodot

hacia el espacio como hacia la Tierra; pragmática y trabajadora, pero respetuosa de la cultura y obsesionada con la educación; concebida en libertad pero con estrictas reglas para la supervivencia común; autónoma pero satisfecha de ser gobernada por una directiva que respondía ante Fireball. Los habitantes caminaban vivazmente, hablaban deprisa, y las pisadas y las voces formaban un oleaje envolvente. Las vestimentas eran de colores brillantes. Algunas, como las de Eiko, antiguas: un sikh con turbante, un malayo con sarong, un kirghiz con su chaqueta bordada, y otros que ella no podía identificar. Muchos eran obviamente visitantes de la Tierra. Parecían menos seguros. Sin embargo, pensó Eiko, eran los menos amenazados.

Las luces de los escaparates eran tentadoras. Las animaciones buscaban atraer la atención desde teatros, restaurantes, galerías de entretenimientos. La música vibraba. Por alguna razón la comparó con Tychópolis. Esto no era tan exótico. Era una comunidad terrícola próspera y moderna, trasplantada, pulida, estilizada, decorada con aleros curvos, dragones dorados, estandartes caligráficos. Esta gente era común, totalmente humana. El techo simulaba un cielo azul y nubes iluminadas por el sol. Al anochecer se llenaría de estrellas, en épocas de fiesta representaba fuegos de artificio.

El corredor desembocaba en la plaza Yukawa. Las paredes se elevaban treinta metros, dejando espacio para los árboles de un parque. Ventiladores invisibles agitaban las hojas de los abedules. Caminitos de gravilla cruzaban la hierba entre meteoritos ornamentales bordeados por enebros. Niños risueños jugaban frente a un Buda rodeado de flores. Enfrente se alzaba la compleja fachada de la ópera china.

Parecía ridículo sentir miedo en aquel lugar amado y familiar, pero se apresuró.

El fahrweg que buscaba tenía una entrada en la mitad del pasaje Moreno. Diez personas hacían cola.

-¡Tamura! -exclamó Chatichai Suwanprasit-. ¿Dónde has estado? He intentado llamarte una y otra vez.

Eiko mantuvo la calma. Habría sido imposible eludir a todos los conocidos.

-He estado ocupada -murmuró.

La puerta se abrió. Salieron y entraron pasajeros. La puerta se cerró. La plataforma radial se aplastó contra las suelas de los zapatos.

-Lo que han hecho es incalificable -comentó airadamente Suwanprasit-. ¿Puedo hacer algo por ti?

-Gracias, pero creo que será mejor esperar -respondió Eiko-. No tratan mal a los... detenidos...

-Pero... nuestra propia compañía. -Chatichai tenía el rostro demudado de desesperación.

-Veremos.

-¿Adonde vas, si puedo preguntarlo? Si quieres hablar con alguien, mi esposa y yo...

-Gracias. Quizá después. -Eiko recordó la historia que había inventado-. Deseo un poco de paz y soledad. ¿Comprendes?

El bionicista asintió. Le apretó la mano un instante antes de bajar.

Estaban en el nivel donde él trabajaba. El fahrweg ya había hecho dos paradas en los distritos residenciales. Ahora cruzaba otra zona. Redujo la velocidad, para que los cuerpos se acomodaran a la disminución de peso. Aunque la presión del aire no cambió mucho, Eiko sintió una vibración en los tímpanos. La ligereza la afectó más que de costumbre, pues sus

sentidos estaban agudizados. En las siguientes paradas vio recintos cavernosos, máquinas, nanotanques, un sembrado, un huerto. L-5 producía artículos de exportación, sobre todo aquellos cuya manufactura requería baja gravedad, pero también se alimentaba y se vestía. Si se interrumpía el comercio con la Tierra, era capaz de autoabastecerse, desplegando sus megaespejos de energía solar y obteniendo materia prima del espacio.

Aquel dato era alentador en la presente situación. Claro que la colonia sería sumamente vulnerable a cualquier ataque, pero prefería no pensar en ello.

Fue la última en bajarse del fahrweg, a medio camino del centro. Desde la ocupación, pocos visitaban el parque que ocupaba la mayor parte de aquella cubierta. Permanecían cerca de su hogar por si estallaba una crisis. Eiko lo había notado y lo había tenido en cuenta en su plan.

Con la muralla a sus espaldas, enfiló por un camino. Con la mitad de la gravedad terrícola, se movía con la soltura de una mariposa. Respiraba sin dificultad a pesar de la baja densidad del aire, que era templado y húmedo, y estaba cargado de vivos olores. Altas buganvillas exhibían sus colores encendidos, una mata de bambú chasqueaba en la brisa artificial, gorjeaban pájaros en un bosquecillo de cerezos. Eiko cruzó un puente tendido sobre un arroyo -artificial, pero cristalino y cantarín- que bajaba por una cuesta. Hierba y flores silvestres cubrían el terreno, que se curvaba hacia arriba para encontrarse con un cielo ilusorio.

Apareció otra pared cuyo mural mostraba un paisaje clásico: montañas cónicas sobre un río y una aldea. Un arco torii adornaba el portón.

Eiko lo cruzó y llegó al Árbol.

El Árbol. Aquí el ambiente era silencioso. Luces y sombras se derramaban sobre un suelo de hierba mullida, espesos helechos, troncos caídos, ramas cubiertas de musgo y setas. La mirada no encontraba el cielo. Aquel espacio se prolongaba casi hasta el eje de rotación, un tubo de medio kilómetro de diámetro e igual profundidad. Allí reinaba el Árbol.

Secuoya, experimento biológico, hábil mutación genética, de crecimiento acelerado por la química y permitido por un peso que se reducía a medida que se elevaba la copa... nada más que palabras.

Era como intentar definir la Pasión según San Juan de Bach como un conjunto de notas que acompañaban la narración de un mito. Eiko entró en el recinto sagrado.

A menudo iba allí para explorar, trepar, descansar, meditar, soñar o, simplemente, estar. Casi nunca había nadie por encima de las ramas más bajas. El ascenso no era muy peligroso, si uno era prudente, pero la mayoría se conformaba con hacer el esfuerzo una sola vez. Había muchas otras diversiones: vuelo con alas, un estanque globular en el eje, deportes y bailes en gravedad variable, excursiones espaciales. Aquí sólo había infinitos y enigmáticos caminos de corteza, ramas, agujas, viento, nubes, en ocasiones un pájaro o una ardilla.

Eiko se acercó. El tronco era una pared, una torre, una fortaleza, rojizo y áspero a simple vista, cálido y blando al tacto. Rodeó su inmensidad y encontró la escalerilla, obra de artesanos reverentes. El metal tenía el color de la corteza; los peldaños, pasamanos y rellanos parecían tan integrados como las plantas de abajo. Eiko se apoyó.

Se detuvo un instante. Estaba sola en el jadeante silencio. ¿Cómo se sentiría ese cerebro que llevaba en la mochila? Podía susurrarle un par de palabras, tranquilizarlo, alentarlo.

No. Todavía no. Inició el ascenso.

Librodot

28

La pantalla mostró al nuevo Guthrie en un cuerpo nuevo. Un cuerpo diferente, al menos. Sin duda limitaba sus capacidades, a pesar de su aspecto humanoide. Parecía un caballero medieval preparado para un torneo. Sólo le faltaba llevar un penacho en el casco y una sobreveste con el dibujo de un león. Sayre se preguntó si habría adoptado aquel aspecto para aparentar más proximidad con sus empleados y asociados, para infundir mayor confianza en su liderazgo en un día tan turbulento como aquél. Era posible que la imagen surtiera el efecto deseado, no en un nivel consciente sino allí donde gobiernan las emociones, los arquetipos, lo infantil y lo animal.

No obstante, la voz que surgía de la brillante visera era estremecedoramente pragmática.

-No hay novedades por el momento. Los agentes de Rinndalir se han llevado a Davis. Eso es todo.

Sayre se obligó a responder del mismo modo.

-¿Sabes adonde?

-Tal vez. No lo he tratado personalmente, como mi otro yo. Sólo puedo guiarme por mis datos actualizados. Pero tengo entendido que es un tío escurridizo. Conocer su paradero no nos serviría de mucho. Lo que importa es adivinar qué está tramando.

-Dos días... Sin duda Davis ya se lo ha contado. ¿Por qué no lo ha hecho público?

-Supongo que desea comprobarlo, en la medida de lo posible. Y tal vez meditarlo, reunir más información, ver qué pasa y saber qué beneficios puede sacar. Escucha, he tomado mis medidas al respecto. Rinndalir sabrá que quiero comunicarme en secreto con él. Me sorprendería que no aceptara. Pero no sé cuándo, ni qué pedirá. Puede que sólo quiera reírse de nosotros.

Sayre se aferró al borde del escritorio.

-¿Qué crees que puedes ofrecerle?

El robot se encogió de hombros. El canal de audio transmitió un susurro metálico.

-Tendré que jugar las cartas de que dispongo. El soborno, por supuesto. Una cosa por otra.

-¿Amenazas? Insinuadas, naturalmente. No sería imposible planear un accidente.

-¿Como una nave espacial no tripulada estrellándose en un punto delicado? No es fácil, ni me gusta la idea. En cuanto a las represalias económicas, opino lo mismo. Luna depende de Fireball, pero la dependencia es recíproca. Además... ¿debo recordártelo de nuevo? Mis consortes no son como tus perros guardianes ni tus resignados contribuyentes. Piensan por su cuenta. No puedo ordenarles que cometan actos dudosos. Tengo que persuadirlos, y eso lleva tiempo.

Cerdo insolente. Sayre se contuvo. Encolerizarse no era racional.

-Bueno -rezongó-, ¿qué sabe tu gente de la nave que robó Davis?

Sus hombres no habían hallado nada especial a bordo. Luego Guthrie había efectuado una llamada personal para reclamarla, y los selenitas accedido a ello.

-Muy interesante. -La voz sintética se volvió totalmente humana, y no ocultó su sarcasmo-. Los tuyos no lo hicieron mal. Oh, fui yo quien averiguó que Washington Packer

había ordenado cargar en ella una lanzadera, pero tus expertos de Port Bowen sólo tardaron cuarenta horas en determinarlo. Mis muchachos sólo descubrieron lo que faltaba.

-¿Qué?

-Lo que no estaba. No había lanzadera a bordo. Realizaron algunas pruebas y descubrieron que había sido expulsada días antes.

Sayre sintió un escalofrío en la espalda.

-Eso significa...

-Sí. Lo que sospechábamos. Si yo no hubiera estado tan ocupado persuadiendo a la gente y cubriendo mi rastro en Quito, habría actuado antes. Ahora ambos tenemos que actuar. Davis envió a mi otro yo al espacio. No puede haber más destino que L-5. A estas alturas ya habrá recorrido esa distancia.

Sayre tragó saliva.

-No he recibido noticias sobre ello. Sabes que he mandado detener a los conspiradores potenciales de la colonia y observar todas las actividades espaciales.

-Pues quizá todavía esté en órbita. Iré a echar un vistazo. Personalmente, en mi nave. En cuando pueda marcharme. Entretanto, será mejor que envíes refuerzos a L-5 y ordenes una investigación exhaustiva. Pronto. Alguien puede tenerlo oculto y estar aguardando la oportunidad de darlo a conocer.

Un destello de esperanza.

-Si podemos pillarlo, discretamente...

-Sería un placer -tronó la voz de bajo-. Sin embargo, eso no nos sacaría del atolladero. Packer y su familia han escapado. Ellos están enterados. ¿Cuántos más? Nos prepararemos para lo peor: la posibilidad de que el otro Guthrie salga a la luz antes que podamos atraparlo extremando las precauciones'.

Sayre asintió.

-El Sínodo está informado de todo y preparado. Podemos declarar el estado de emergencia en cualquier momento, y movilizar a nuestros reservistas en veinticuatro horas. La Asamblea de la Federación pondrá el grito en el cielo, pero nuestra delegación puede entretenerla varios días. Después de eso, veremos qué podemos hacer para controlar los daños. -Recobró el aliento-. Fireball será muy útil, tanto durante la crisis como después.

-Hasta cierto punto, como más de una vez te he comentado. Demonios, los humanos son poco eficientes. A veces me pregunto si realmente me gustaría volver a ser uno de ellos.

Sorprendido, Sayre farfulló:

-¿Y te gustaría?

-Sí, sí, por supuesto -susurró Guthrie, y añadió con aspereza-: Bien, a trabajar. Mueve el trasero y déjate de historias. Yo tengo mucho que hacer. Si no te he llamado, comunícate conmigo mañana a esta hora, pero no me fastidies antes a menos que Fenris esté rompiendo su cadena. ¿Entendido? Fuera. -La pantalla quedó en blanco.

Sayre se quedó mirándola un rato. Sintió la rabia quemándole la garganta. Tendría que haber puesto a aquel canalla en un infierno virtual mientras podía, hasta que sus técnicos lo hubiesen amansado más.

Dominó sus sentimientos. Tonterías. Elucubraciones del animal que había en él. Lo hecho hecho estaba, y las consecuencias no debían lamentarse sino utilizarse racionalmente. No había tenido modo de prever que Guthrie resultaría tan irreverente, ni tampoco había

tiempo para más. Además debía preservarse su personalidad básica, para que Fireball lo aceptara como genuino y él pudiera dirigir la organización. Y a fin de cuentas, estaba ejecutando las tareas programadas, y con la eficacia esperada. Lo doloroso, admitió Sayre, era que él creía que sería su amigo.

Suspiró, se levantó, caminó hacia la pantalla-ventana y miró afuera. Una lluvia gris caía sobre Futuro. Los edificios parecían desleídos, vencidos, decadentes. A dos décadas de la simbólica fundación de aquella nueva capital de la Unión, muchos estaban derruidos. Y todos eran similares, a pesar de las variaciones arquitectónicas generadas por ordenador. No era un estilo que hubiera hecho escuela, y ya nadie construía así. Ottawa y la desplazada Washington tenían más carácter, más presencia.

No. Sayre se irguió. El avantismo había cometido errores, pero seguiría adelante. Al final, quizá después de un paréntesis, quizá con otro nombre y en otras manos, pero prevalecería, porque ésa era la naturaleza del universo.

Un verso pasó por su mente: «¡Ay, que esta sólida carne se corrompa...» ¿Qué era, dónde y cuándo lo había oído? Sí, Shakespeare. Vera, una enamorada de Shakesperare, no se cansaba de citarlo, y era indudable que aquel hombre sabía manejar las palabras, por trivial que fuera su contenido. Pero no quería pensar en Vera. No quería despertar viejos dolores. Habían pasado nueve años desde su divorcio. A veces soñaba con ella, pero no era propio de él. Sayre tenía sus placeres, sus higiénicas concesiones a las necesidades del cuerpo. Tenía su trabajo, su deber, su manera de pensar.

La corrupción de la carne. Liberación, trascendencia, Transfiguración. Y al cabo de millones o miles de millones de años, la Unidad cósmica. ¿Cómo podía Guthrie lamentar ser lo que era?

Sayre sonrió con malicia. Guthrie no tenía opción, salvo su total desaparición.

Fantasía: implantar recuerdos en un cuerpo biológico, fuera clonado o generado según un diseño original y racional. Luego desechar el cuerpo gastado, vida nueva a cambio de la vieja. Era el sueño de las personas que un par de siglos atrás se habían hecho congelar después de la muerte clínica. No había dado resultado, desde luego, pues no se había tenido en cuenta que cada tipo de célula requería un procedimiento específico para su congelación y posterior descongelación.

En la actualidad era posible entrar en animación suspendida al aproximarse la muerte, y esperar que la ciencia diseñara los medios para una gloriosa tecnorresurrección. ¿O no lo era? Ese estado sólo duraba unas décadas. Pasado ese tiempo, los daños acumulados por factores tales como la radiación de fondo eran excesivos. Pero cabía esperar que en el ínterin la biotécnica avanzara a pasos agigantados.

Ni pensarlo. Nadie haría nunca nada duradero que fuera al mismo tiempo humano; el genoma decía lo contrario. La evolución había seleccionado padres que no se interpusieran en el camino de sus hijos adultos. Cualquier elemento sintético sería demasiado extraño para contener la mente.

¿Entonces por qué no clonarse, ser la copia de uno mismo vida tras vida? Ya se había hecho antes. Ni siquiera hacía falta para ello una célula reproductora. El mapa del genoma individual formaba parte de cada base de datos médica actualizada. Aquél ya era un procedimiento habitual cuando Guthrie aún vivía.

Pero la química orgánica y la mecánica cuántica seguían vigentes. Un cerebro orgánico no podía contener una emulación en software. El proceso era demasiado largo. Los lóbulos cerebrales eran demasiado activos. No reconocían esos bytes separados e intrusos, los rechazaban, los distorsionaban, la mente enloquecía irremisiblemente.

Si Guthrie deseaba recobrar su condición humana, estaba atrapado.

Pero ¿por qué se lo planteaba así? ¿Por qué no buscaba la perfección de la existencia robótica, que superaba en todo a la vida orgánica? Podía financiar un programa de investigaciones que en pocos años impulsaría la psiconética de manera irrefrenable, y se negaba a hacerlo. En cambio ponía impedimentos, negociaba, aceptaba, causaba retrasos para que sus trabajadores siguieran siendo humanos el mayor tiempo posible.

Así actuaba el viejo Guthrie. El nuevo Guthrie había comprendido la verdad. Sólo necesitaba tiempo para asimilarla.

Y lo tenía, el muy bastardo. ¡Qué gusto sería durar más que él, o al menos tanto!

No era del todo imposible. Con una victoria avantista, Enrique Sayre podría reclamar una bien merecida recompensa: su propia emulación.

Pero eso crearía otro Sayre, un Sayre mecánico. Su carne debía morir sin saber lo que sucedería después.

A menos que lo Ultimo la recreara como una línea dentro de un programa que podría llamarse Paraíso...

Sayre irguió la espalda, dio media vuelta y puso manos a la obra.

Librodot

29

La Tierra crecía a medida que el sol avanzaba hacia el oeste. Kyra lo había visto encima del horizonte noreste al bajar por la montaña que antes había escalado. En cuarto creciente, marmolada de azul y blanco, colgaba como un cabujón en el pecho de un cuervo, emblema de la quietud. Pero en realidad no era eso, pensó Kyra con impaciencia. Era un reloj, y ya había girado cuatro días y noches mientras ella permanecía cautiva. Por Dios, ¿cuántos más?

¡Y sin embargo, cuántas maravillas!

Se volvió, expectante. Mientras el vidrio del visor se oscurecía para protegerla del resplandor, vio las alturas como una confusión de sombras, rocas partidas, laderas cenicientas. A pesar de la falta de aire, para ella no había silencio: respiraba, su corazón latía, y su traje espacial ventilaba, regulaba, purificaba, absorbía, reciclaba como un organismo más. La aridez, para ella, no carecía de vida; Rinndalir subió de un brinco.

El movimiento agitó la ondulante capa gris. Rinndalir desplegó dos membranas y una iridiscencia le tembló en los hombros, dos trazos finos acordes con su altura, alas de libélula. Pero Rinndalir no se movía como un insecto sino como un gato, color lapislázuli excepto por el rostro risueño. Una estrella chispeó en la punta de la varilla que empuñaba.

-Has trepado como una araña, dama Davis -canturreó su voz en el radio. Kyra tragó saliva. Había visto las arañas de Rinndalir en el castillo, criaturas mutantes, criadas y drogadas para urdir maravillosas telas ornamentales, y comprendió que era un cumplido sumamente halagador-. No sabía que fueras tan diestra.

-Gracias, señor -tartamudeó Kyra-. Ya lo había hecho en la Tierra.

Se enfadó consigo misma por ser tan respetuosa con él. No era un hechicero, un elfo ni un dios exento de fragilidades mortales. Su traje le sentaba como un atuendo de atleta porque era lo más nuevo en tecnología, creado para él y para uso exclusivo en la superficie lunar, y la mayor parte de su estructura era biónica, al igual que el casco, casi invisible. La capa, un escudo aislante que lo protegía de la radiación, cubría las pequeñas y prosaicas piezas de equipo que llevaba en la espalda. Las alas consistían en colectores de energía solar y en superficies de refrigeración. La varilla era una antena de comunicaciones y un informador. No había magia alguna en ello.

El modelo ajustable estándar que le habían dado a Kyra era feo y vulgar en comparación, al igual que el equipo que llevaba a bordo de su nave-antorcha. Pero ambos eran más versátiles y resistentes. Era una locura andar brincando enfundado en aquella cosa tan frágil.

Aunque ese pensamiento no restaba encanto a la situación, era reconfortante.

-Y tienes mucha experiencia en entornos de baja gravedad -dijo Rinndalir-. Ya veo. Si ya has descansado, deberíamos regresar.

-No estaba cansada -dijo Kyra-. Sólo esperaba que me alcanzaras.

Él sonrió y agitó un brazo, tendiendo los dedos. Como las mangas imitaban los músculos, ese gesto era tan grácil como si Rinndalir se encontrara dentro de su fortaleza.

-Creyendo que necesitarías hacer una pausa en la cumbre, me entretuve brincando por los peñascos.

¿En la oscuridad del desfiladero que tenían a sus pies? Si Rinndalir hubiera sufrido un accidente, Kyra, sola, sin mapa, sin conocer la zona, sin equipo para emitir una llamada de

larga distancia, se habría visto en un buen apuro. ¿Le importaba a él? Pero Kyra no pudo guardarle rencor. Así era Rinndalir, por lo visto.

-Espero que hayas disfrutado de nuestra excursión -continuó éste.

La euforia disipó el enfado.

-¡Claro que sí! ¡Muchas gracias! Has sido más que amable.

Las horas de paseo habían sido maravillosas. A ratos, Kyra se había olvidado por completo de sus problemas. Había disfrutado con anterioridad de magníficas vistas de extensiones yermas, pero nada era comparable con lo que Rinndalir le había mostrado. Formaciones caprichosas, turbadoramente bellas, minerales de color sutil o sorprendente; paisajes sobrecogedores; los restos de un viejo campamento de exploradores; piedras misteriosas probablemente llegadas desde más allá del sistema solar; los bajorrelieves que decoraban una grieta; y al fin el descenso por aquel desfiladero y la caverna del fondo, donde las linternas alumbraron un tesoro de Aladino en cristales. Algunos aparecían en viejas fotografías, pero los selenitas habían descubierto o producido la mayor parte, y guardaban el secreto. ¿Por qué Rinndalir se lo había revelado a ella, quien sin duda lo contaría a otros? Bueno, estaba en sus dominios; podía rechazar a los visitantes y burlarse de su indignación.

-Y cuando estás tan ocupado, además -dijo Kyra.

Un mal presentimiento. ¿Por qué le habría dedicado tanto tiempo? ¿Por qué no estaba trabajando en el rescate de Guthrie? En el castillo Kyra había pasado mucho tiempo sin verlo; quizás había estado utilizando sus líneas de comunicación, o volando a otras partes para conspirar en persona. Rinndalir eludía las preguntas con frases evasivas o burlas, asegurándole que de momento no había novedades y que debía tranquilizarse, relajarse, recuperarse. No había ningún multi para proyectar noticiarios; Rinndalir alegaba que prefería evitar que él y su gente vieran esas tonterías, y ella prefirió no insistir.

En cuanto a Niolente, había estado igualmente ocupada, y últimamente había comentado, con sus modales altaneros, que iba a emprender un viaje. Tal vez era ella quien se encargaba de todo por el momento. La sensación de encierro habría sido sofocante para Kyra... si ellos hubieran dejado que se sintiera encerrada.

-Será mejor que restablezca el contacto, pues -murmuró Rinndalir-. Regresaremos por la ruta más corta; ve tan rápidamente como puedas.

A pesar de todas aquellas maravillas, era un alivio. Ningún piloto espacial habría permanecido fuera tanto tiempo ni se habría alejado tanto de su vehículo. Claro que no había demasiado peligro, pues el sol no atravesaba un periodo de explosiones, pero mientras cruzaban un valle, vieron a su izquierda una nube de polvo y un boquete minúsculo. Aquel meteorito, del tamaño de una bala, habría podido matar. Rinndalir rió. Cuando Kyra se calmó, era demasiado tarde para preguntarle si aquello le divertía.

Él encabezó la marcha, bajando por la ladera. Las superficies repelentes de los trajes levantaban polvo, y Rinndalir iba nimbado por un brillo oscuro. De vez en cuando él se detenía a esperarla. No era por una diferencia en fortaleza física, pues en ese sentido ambos eran iguales. Las modificaciones que habían permitido a los selenitas conservar la salud y tener hijos en un sexto de la gravedad terrestre afectaban más al sistema cardiovascular y la química celular que a los músculos y los huesos. Él tenía la ventaja de su traje espacial. El de Kyra era una máquina sensible, el de Rinndalir una prenda. Jadeando, sudando, avanzando de roca en roca, Kyra decidió que ella también usaría uno, y se olvidaría de los riesgos, en caso de ser selenita.

Pero nunca podría ser tal cosa.

Librodot

Al llegar a un terreno menos desigual, alcanzó a Rinndalir y pronto siguió el ritmo y el vaivén de sus zancadas. Ambos callaban, concentrándose en la marcha. A solas consigo misma, Kyra pensó en Guthrie. Habían pasado cinco días desde su descenso en Luna, cuatro desde que residía en ese castillo, y desde que él se aproximó a L-5. Siempre que hubiera llegado. ¿Cómo estaría ahora? ¿Y Bob Lee, los Packer, Esther Blum, Nero Valencia, todos? Era posible que los hubieran capturado, destruido, cualquier cosa. Los avantistas no lo anunciarían. ¿A eso se refería Rinndalir al decir que escaseaban las noticias? Siempre que Rinndalir dijera la verdad...

¿Qué había de verdadero en el interior de esas murallas, donde lo natural se confundía con lo artificial y lo ilusorio? Kyra comprendió cuan pocas certidumbres le habían quedado desde que había traspasado el umbral. Sueño y ensoñación...

No, debía ser justa. Había pasado las primeras veinte horas dormida o adormilada, bajo el efecto de sedantes, por sugerencia de Niélente pero por decisión propia. La tensión nerviosa la había agotado más de lo que pensaba mientras duró. (Además, había tenido oportunidad de tomar una píldora de su provisión de bolsillo, cancelando el inhibidor y comenzando una retrasada menstruación, que había terminado la noche anterior. Debía acordarse de reactivar el inhibidor. Sus períodos no le causaban mayores trastornos, pero si se reanudaba la acción, prefería no tener que preocuparse de aquello.) La comida y la bebida eran deliciosas, y al estar más serena comenzaba a apreciar la música que oía.

Pero después... Sí, todo hospitalidad y afabilidad. Niolente le dedicaba una cortesía distante. Kyra sospechaba que ardían llamas bajo aquel hielo, pero nunca las probó. Rinndalir era seductor o fascinante, según su estado de ánimo. Disertaba sobre el conocimiento y la cultura, vistos a través de ojos no del todo humanos. («La mente a menudo se engaña, pero con más frecuencia se burla de sí misma... "El mal viene de no seguir la Justa Razón y la Ley de la Naturaleza", dijo Uriel Acosta, un judío holandoportugués del siglo XVII. Es una definición bastante funcional del mal, para seres que creen que piensan... Lo más terrible que puede sucederle a una mente es creer que sabe todo lo importante acerca de la realidad.») Cuando él estaba ausente, no faltaban guapos criados y agradables secretarias que la guiaban, respondían a sus preguntas y satisfacían sus deseos sin importunarla.

El conservatorio y los animales metamórficos rivalizaban con los orgullos de Tychópolis. Kyra nadó en un gran estanque entre peces jamás vistos en la Tierra, se sujetó alas a los brazos y sobrevoló los jardines y las esculturas de cristal de una caverna tan enorme como la mayor cámara de vuelo de L-5. Aprendió a jugar a la pelota al estilo maya en la réplica de un patio maya, aunque el original no podía haber sido tan estrafalario. Practicó intrincadas danzas en baja gravedad, con Rinndalir -la elegancia personificada- cogiéndola de la cintura. Se esforzó por comprender libros y espectáculos grabados, y del esfuerzo obtuvo gratas recompensas, aunque Kyra sabía que su comprensión era superficial. Un sorbo de vino o una sustancia psicodélica suave ayudaban. Nadie le ofreció una sesión de quivira, y ella la habría rechazado, pero las virtualidades de un vivífero se volvieron más extrañas que un sueño: Kyra girando en una incesante curva fractal, cabalgando en las olas de un mar de humo rojo, transformada en una cuerda tañida por el viento solar...

Los selenitas sabían mantenerla ocupada, entretenida, distraída. Las torres de Zamok Vysoki centellearon en el horizonte. Kyra comprendió que mientras caminaba se había sumido totalmente en los recuerdos de aquella vida de fantasía.

¿Por qué se la habían ofrecido? Rinndalir podía haberse limitado a mantenerla incomunicada. Pero ella era su aliada. ¿O no?

Altas murallas se elevaban ante ellos. Un recargado friso enmarcaba la compuerta de entrada ante la que se detuvieron de golpe.

-Bienvenida a casa -dijo Rinndalir.

-Ésta no es mi casa -replicó Kyra-. ¿Cuándo me dejarás partir?

Él la miró. Su bello semblante adoptó una expresión grave.

-Tengo esperanzas en ese sentido -dijo.

La atónita Kyra sólo pudo seguirlo a la cámara de presión y de allí al castillo.

Mientras se quitaban los trajes, Rinndalir dijo:

-Desearás refrescarte y descansar antes de la velada. Pero puede que te llame en cualquier momento... -La ropa interior se adhería a su cuerpo como la seda, la segunda piel de una pantera.

Kyra se retiró a su habitación. Excitada y trémula, apenas reparó en los retratos, paisajes y abstracciones que colgaban en el primer corredor que atravesó. Luego, en lo alto de una escalera con balaustres salomónicos, había otro pasillo recubierto de paneles holográficos. Las escenas cambiaban cada varias horas. Le habían dicho que un hiperordenador modificaba creativamente las grabaciones o generaba otras nuevas, de modo que los moradores nunca sabían qué esperar. Esta vez Kyra cruzó un puente que franqueaba un abismo de dimensiones cósmicas. Delante ardían llamas rojas, amarillas y verdes; detrás se elevaban lustrosos peñascos de hielo azul. Sintió ráfagas frías y calientes, oyó rugidos y aullidos susurrantes, vio densas volutas de niebla y humo. A derecha e izquierda parecían condensarse en formas sólidas, grotescas, a veces humanas, a veces animales.

Su habitación era angelical, de grandes dimensiones y decorada con muebles dorados y nacarados a cuyo estilo y proporciones Kyra se había acostumbrado. Una puerta que daba a un baño privado mostraba el firmamento de estrellas escarchadas. Era un detalle considerado: la Tierra podía traerle demasiados recuerdos.

Al lado de la cama, una mesilla sostenía una jarra de la sidra de mango, que ella había dicho que le gustaba, una bandeja de galletas delicadamente aromatizadas con marihuana y un jarrón azul, en forma de fuente lleno de rosas rojas. Su perfume y una música suave impregnaban el aire. Se quitó el dermotraje, lo arrojó al conducto de limpieza y cruzó una alfombra llena de constelaciones, plata sobre azul, que le causaron cosquilleos eléctricos en los pies. Después de una placentera ducha, estudió su guardarropa. Una máquina-sastre le había tomado las medidas, y al día siguiente tenía cuanto necesitaba y más.

Sonó el teléfono, no como un campanilleo, sino como una flauta. Kyra se puso una bata y respondió. Apareció el rostro de Rindalir. A sus espaldas estaba Niolente, con expresión estudiada, aunque Kyra creyó ver un destello de exaltación en el semblante de Rinndalir.

-Prometí un cambio de órbita, Davis -dijo-. Comenzamos ahora. Tenemos nuevos datos y debemos trazar nuevos planes.

Kyra se tensó.

-Por favor, cuéntamelo -jadeó.

-Radar, rastros iónicos, análisis... ya conoces los procedimientos. Tres nuevas naves-antorcha han llegado a Lagrange-Cinco. Nuestra información es que hay igual número de comandos del gobierno norteamericano. Parece que la estación está abarrotada de agentes de la Policía de Seguridad. Otra antorcha recorría la zona como si buscara la lanzadera, pero ha regresado a la Tierra. Creemos que encontró el cohete, pero vacío. Es muy probable, pues, que Guthrie se haya introducido en la colonia, y que la Policía de Segundad lo esté buscando frenéticamente.

-¡Por Judas! -exclamó Kyra, sin notar que usaba un viejo juramento del jefe-. ¡Debemos detenerlos antes de que lo encuentren!

Guthrie esperaba que, en caso de que Kyra no consiguiera ayuda, Tamura pudiera rescatarlo y anunciar su presencia. No había funcionado. Su otro yo había actuado con rapidez. Ahora ella era la única esperanza. Si los selenitas optaban por permanecer neutrales, o negociar con el otro Guthrie... No, no quería pensar en ello.

Rinndalir la sacó de sus cavilaciones.

-Un poco más de paciencia. -Sonrió seductoramente-. Sabemos que hay poco tiempo, y nos estamos organizando para actuar. Pero debes comprender, piloto Davis, que la dama Niolente y yo no podemos obrar por nuestra cuenta. Hemos trabajado mucho estos últimos días para persuadir a los demás selenarcas. No ha sido fácil. Pronto ella partirá de nuevo, para encargarse de los últimos arreglos. Calma.

-¿Por qué no revelar la verdad al sistema solar? -De inmediato Kyra reconoció que era una tontería. De considerarlo apropiado, Rinndalir lo habría hecho nada más llegar ella.

Le dio una respuesta muy parecida a la que ya le había dado antes.

-Sería irresponsable, y tal vez inútil. La situación es explosiva. Tus enemigos han tomado precauciones. ¿Y qué pruebas tienes? Mejor un Guthrie tangible en mano que la mera afirmación de que existe, ¿verdad? -Pero esta vez añadió, sonriendo de nuevo (y con calidez, pensó Kyra deslumbrada)-: Por favor, perdona nuestra parquedad. Hay demasiadas incógnitas y complejidades. No podíamos contarte nada importante. Todavía estamos indecisos, pero creo que pronto actuaremos. Si me concedes el favor de tu presencia durante la cena, procuraré explicarme.

-Sí -jadeó Kyra. Le temblaban las rodillas.

-¿A las 19.30, pues? Bien. -La -pantalla se apagó.

Kyra se preguntó por qué no brincaba de alegría. Claro que aún no habían vencido, todavía podían perder, pero... Era presa de un torbellino. ¿Una reunión privada con Rinndalir? Suponía que sería privada, si Niolente se marchaba. ¿Por qué, en nombre de MacCannon, él la turbaba de aquel modo? Físicamente era atractivo, y su modo de hablar cautivador, sí, pero eso no era suficiente en un hombre. Ni siquiera era un hombre, de hecho. Varón, sí, pero no podría darle un hijo de quererlo ambos. Sintió una oleada de calor subiéndole a las mejillas, bajó los ojos y notó que le llegaba hasta los pechos.

No pudo contener la risa. Calma, muchacha. Lo exótico siempre era atractivo, y todavía seguía afectada por lo de Valencia. Mejor que tuviera en cuenta la lección. Sin duda Rinndalir escondía algo bajo esa superficie reluciente. Pero ¿qué? Más le valía mantenerse en guardia.

Y no permanecer pasiva. Pagarle con la misma moneda. Ante todo, ¿qué se pondría?

Pasó bastante tiempo pensando en eso. En el armario había prendas todavía por estrenar. Escogió la más ceñida: una túnica atigrada hasta los tobillos, con un corte en el lado derecho de la falda. Zapatillas plateadas. Ninguna otra joya excepto su anillo de la Academia, que llevaba en su kit de bolsillo. Tenía las manos grandes para ser mujer, adecuadas para el grueso anillo de oro con la estrella incrustada. No había usado los cosméticos del cuarto de baño hasta aquel momento. Pero ahora se maquilló cuidadosamente y se puso unas gotas de perfume.

Luego se dedicó a esperar.

Proyectó una agradable grabación terrícola de La tempestad, pero descubrió que tenía la mente en otra parte. ¿Qué tal El sueño de una noche de verano?. No, la emocionaría demasiado.

Librodot

Al fin se presentó un criado que la escoltó ceremoniosamente. La hizo pasar por una puerta de la Pagoda que cerró a sus espaldas.

La abrumó el resplandor de mil colores. El torreón que ascendía al espacio era un diamante sintético, facetado por dentro y por fuera. Kyra no podía mirar hacia el resplandor enceguecedor del sol, pero por doquier había chispas y centelleos cambiantes.

Rinndalir se le acercó atravesando el encerado suelo, vestido con un atuendo negro y ceñido. Colores irisados bañaban la blancura de su rostro y sus manos, titilaban sobre el cabello claro, bailaban sobre sus pies.

-Bienvenida una vez más -murmuró. Sin pensarlo, Kyra le ofreció el brazo. Él sostuvo el suyo por encima, rozándola apenas con las yemas de los dedos, pero Kyra los sentía todos. Ella le había concedido una jerarquía superior. ¿Y qué? Rinndalir sonrió y la guió hacia una mesa sobre la que había vino y entremeses. La luz llenaba el cristal. Rinndalir sirvió.

-La costumbre terrícola -dijo, dándole un vaso-. ¿Deseas proponer un brindis?

Kyra no refrenó su impulso.

-¡Por nuestra asociación! -Las copas cantaron al chocar. Era un vino noble, regio, imperial.

Permanecieron de pie, al estilo selenita, mientras bebían y charlaban.

-Esto me alegra -dijo Rinndalir-. Antes Niolente y yo no estábamos en condiciones de atenderte como deseábamos. Confío pues en ser de verdad tu socio. ¿Tu amigo, tal vez?

-Sí, por favor. -Kyra no quería dejarse abrumar. Quería conservar la lucidez-. Pero, si he de... debo saber más.

Él asintió.

-Innegablemente. Antes no pudiste saber más porque nosotros mismos no sabíamos. Perdona mi franqueza, pero debíamos reunir pruebas que confirmaran o negaran tu versión. Parecía plausible, pero podía formar parte de una conspiración. Si no había motivos, no queríamos someterte al horror y la indignidad de un sondeo profundo.

Lo cual habrían hecho con toda impunidad. ¿Cómo habría podido vengarse o tomar una represalia después, a menos que ellos se lo permitieran?

-Muy amables.

Rinndalir sonrió.

-Cautos. ¿Por qué causar innecesarios antagonismos?

Envalentonada, Kyra respondió:

-Una actitud típicamente selenita. Prudente, desde luego. Pero la idea de que todo esto haya sido un fraude... bueno, supongo que también es una actitud típicamente selenita.

-Tenemos fama de intrigantes -convino él, sin intimidarse-. Recuerda que Niolente y yo no sólo debíamos confirmar tu buena fe, sino convencer a muchos selenarcas que podían desconfiar de nosotros. Luego debíamos negociar, mientras buscábamos más información sobre tus enemigos. Tú no lo habrías comprendido. Ésta no es tu civilización. Si hubiéramos tenido que explicarte cada paso, habría sido una pérdida de tiempo y energía, y quizás una tarea imposible.

Kyra se envaró un poco.

-Yo no me habría puesto histérica.

Librodot

-No -murmuró Rinndalir-. Ahora estoy seguro de ello. Pero recuerda que cuando llegaste aquí eras una extraña. ¿Cómo podíamos saberlo? Eres tan exótica para nosotros como nosotros para ti.

-No estoy tan segura. -Kyra bebió un sorbo más largo de lo prudente. Sintió magia en el paladar, un arco iris en la sangre. ¿Habría algo en el vino, una droga a la cual él estaba habituado o era inmune? Qué más daba. Reconocería la embriaguez si comenzaba, y se dominaría.

-¿Piensas actuar pronto? Sabes que no podemos perder tiempo.

Él suspiró. , -Es una pena estropear este momento tratando asuntos tan graves.

¿Otra actitud típicamente selenita?

-Pues habla de una vez, y luego podremos relajarnos y disfrutar.

-La espera añade encanto. Sin embargo, ya que opinas de otra manera, he aquí el plan, a grandes rasgos. Mañana la selenarquía anunciará que quedan confiscadas todas las propiedades de Fireball en Luna mientras se realiza una investigación sobre esa supuesta crisis terrorista, que hemos llegado a considerar falsa. Los directivos de Fireball en Port Bowen protestarán, pero no se opondrán; ya hemos tanteado a los más importantes.

-¿Por qué no limitarse a decirles la verdad?

-¿Mantendrían el secreto? Algunos no nos creerían, otros dudarían. Lo natural sería que consultaran con Quito. Pides una acción rápida y decisiva. Eso requiere el elemento sorpresa.

-Creo que subestimas a nuestra gente. Pero, claro, no es tu gente. ¿Qué harás a continuación?

-Qué haremos, piloto Davis. Tú eres vital para nosotros. La confiscación nos permitirá adueñarnos de ciertas naves espaciales. Tú pilotarás una fuerza nuestra hasta Lagrange-Cinco. Allí serás nuestro enlace.

-¡Vaya! -exclamó Kyra, sin poder contenerse. Él rió, compartiendo su alegría. Kyra sintió ganas de abrazarlo y besarlo.

Contuvo su impulso a tiempo, dominó sus sentimientos. Eran arrasadores, pero no escapaban a su percepción.

-¿Qué clase de nave? Sería demasiada suerte disponer de una antorcha. De todos modos, no cambiaría mucho las cosas. Tus hombres no resistirían un viaje de gravedad uno de tres horas y media de duración, y menos si quieren llegar en condiciones de actuar.

-Seremos una tropa escogida. Podemos resistir dos gravedades lunares durante las seis horas necesarias.

Kyra sintió un escozor.

-¿Vendrás en persona? Sí, ya veo que sí... ¿qué naves hay disponibles? ¿Cuántos seríamos?

-Tú serás nuestra camarada en la empresa -murmuró Rinndalir-. Será suficiente con diez más. Tenemos varias naves en el puerto, pero sólo una de ellas, tipo Narval, tiene suficientes asientos y suficiente fuerza delta. ¿Puedes conducir una nave así?

Kyra sacudió la cabeza.

-Puedo, pero no servirá. Es un vehículo de pasajeros para la Tierra y el espacio circundante, pero el motor no sirve para un periodo de aceleración tan largo. Tendríamos que perder un tiempo precioso en trayectoria, o arriesgarnos a quemar el combustible y levantar

Librodot

con ello sospechas. Además, tendríamos pocas reservas si alguien nos sigue en una antorcha. -Kyra estaba exultante, se sentía como si cabalgara una gran ola en una tabla-. Habrá un vehículo tipo Delfín entre esas naves. Siempre hay alguno. Es una nave de rescate. Cuatro asientos, pero yo no necesitaré ninguno. Tendremos que conformarnos con esos efectivos.

-Así será -respondió Rinndalir al instante-. Pensaba en un grupo más numeroso porque podríamos tener dificultades si las cosas no salen bien. Debemos procurar que salgan bien, por tanto.

-No podemos brincar a bordo y partir -le advirtió Kyra-. El mantenimiento de la nave es bueno, dado su propósito principal, pero harán falta algunos preparativos. ¿Y cómo justificar su partida cuando no tenemos una emergencia?

-Nos encargaremos de ello.

-¿Cómo?

-Tengo agentes en Fireball.

Tengo, había dicho. Las implicaciones eran inquietantes. Rinndalir pareció comprender su reacción, y se apresuró a explicar.

-Los técnicos del puerto pronto recibirán instrucciones, aparentemente procedentes de Quito, por la red que está a la espera. Sólo necesito obtener detalles más precisos. Este cambio de planes que sugieres... déjame pensar... a ver, sí. Los selenitas deseamos enviar inspectores a un satélite repetidor que estamos pensando en reemplazar, cuando descubrimos que tenemos problemas con las naves adecuadas para tal fin. Fireball tiene la gentileza de transportarnos. Como son cuatro, no diez, y una Delfín es más maniobrable que una Narval, y en este momento en las previsiones de tráfico no parece haber demasiadas probabilidades de accidente, es la nave apropiada.

Kyra frunció el ceño.

-Sé que alguien lo pondrá mucho en duda.

-Mis agentes procurarán que este mensaje y los consiguientes preparativos no lleguen a conocimiento de esas personas.

Trucos, distracciones, artimañas...

-No podrás ocultar el despegue, ni el hecho de que la nave no se dirige a un satélite lunar.

-Para entonces, la confiscación será un hecho, e incluirá las comunicaciones. Las dotaciones de tierra aún no estarán enteradas. Los directivos quedarán bajo vigilancia. Una vez que haya partido la nave, podremos revelarlo a todo el personal, pero durante quince horas no saldrá de Port Bowen ninguna comunicación que no hayan revisado o inventado nuestros agentes. Repito, en Lagrange-Cinco necesitaremos el factor sorpresa.

Kyra lanzó un silbido.

-Corres un enorme riesgo. ¿Qué sucederá si fallamos?

Rinndalir rió entre dientes.

-Las consecuencias serán diplomáticamente interesantes. Pero nosotros, los selenarcas de la Luna soberana, no debemos temer el castigo más que los amos avantistas de América del Norte.

-Aun así... Ahora entiendo por qué trabajaste con tanto sigilo, y durante tanto tiempo. Encubrir los preparativos de algo tan grande... -De pronto el vino ya no le brindó consuelo-. ¿Por qué tus consortes lo aceptan? ¿Qué ganarán con ello? ¿Qué ganarás tú?

Librodot

Rinndalir adoptó un semblante grave.

-Es una pregunta un tanto filosófica, piloto Davis. Podemos tratar de discutirla más tarde, si quieres. Por ahora me limitaré a decir que nuestra relación con la Fireball de Guthrie ha sido generalmente satisfactoria. No sabemos adonde puede llevarnos el falso Guthrie.

Era tranquilizador, y al menos Kyra pudo sonreír y responder:

-Pues es precisamente lo que yo trataba de decirte.

-Claro. -Rinndalir cambió de tono-. ¿Continuamos con los asuntos prácticos? Nuestra fuerza expedicionaria contará con una autorización aparentemente emitida por el director de Fireball en Luna. El diseño y la codificación de ese documento también requirieron tiempo y pericia. Será mandado a la colonia poco antes de que atraquemos. Establece que formamos una misión preliminar con vistas a fundar una estación selenita en el nivel de un sexto de gravedad.

Kyra frunció el ceño.

-No tiene sentido.

-No -admitió Rinndalir con una sonrisa-, pero la Policía de Seguridad no lo sabrá, y el personal común no hallará motivos para no recibirnos. Los selenitas tienen fama de taimados, pero jamás han constituido un peligro para un hábitat del espacio. -Clavó los ojos en ella y habló con voz más pausada y profunda-. Una vez que estemos dentro, lo que suceda dependerá en gran medida de ti, piloto Davis. Supongo que sabrás quién puede conducirnos hasta Guthrie, y cómo persuadir a esa persona de hacerlo.

-Creo que sí... -Kyra no pudo contener una exclamación-: ¡Y entonces se destapará esta maldita conspiración!

Rinndalir alzó una mano cubierta de diamantes.

-Me temo que no será tan espectacular. No nos conviene pasearlo a hombros por la colonia, sino sacarlo a escondidas. De lo contrario, la Policía de Seguridad puede encontrar maneras de detenernos y acallar todas las noticias. Imagina además lo que podría hacer un fanático. Cualquier tentativa de disparar un arma... ¿es preciso añadir más? Y después... debemos considerar lo que más nos conviene de acuerdo con el propio Guthrie. Sus enemigos están desesperados, y no son estúpidos. América del Norte está al borde de la guerra civil. Millones de vidas peligran.

Por un segundo Kyra se preguntó si a Rinndalir le importaba de veras. No, se dijo. Aquél era un pensamiento mezquino. Quería creer que Rinndalir era más Fausto que Mefistófeles. Y él era quien había concebido la gran aventura que los conduciría a la liberación.

Alzó la copa que sostenía en la mano izquierda y extendió la derecha.

-¡Muy bien! -exclamó.

Rinndalir le estrechó la mano con calidez, sonriendo con ojos grandes y oblicuos, grises como un mar septentrional, o como fino acero.

-Enhorabuena -dijo-. Vacía tu copa, serviré más vino para ambos y brindaremos por el caos.

Kyra obedeció. Mientras él servía, preguntó:

-¿El caos?

-En el sentido científico -respondió Rinndalir-. Un ordenamiento de maravillosa e imprevisible multiplicidad. -Y al cabo añadió-: Pero también en el sentido clásico. Cuando

esto haya concluido, no podremos regresar a nuestro universo de costumbre. Siva es el Destructor, pero también es el Renovador.

Bebieron, probaron la comida, admiraron el juego de luces, hablaron sobre muchas cosas. Luego Kyra comprendería que él no le había revelado prácticamente nada sobre sus motivaciones y las de sus colegas. Tal vez no lo comprendió en aquel momento por su exceso de felicidad, quizá por la destreza de Rinndalir. Él le ofreció, por ejemplo, lo que parecía ser un atisbo de sus sentimientos.

-Sí, aquí en Luna nos aguardan empresas grandiosas, reconstruir este mundo a nuestro gusto, y hacer realidad toda ilusión. Cuando se agote nuestro ingenio, el de nuestras máquinas será ilimitado. Pero ¿con qué fin? El futuro es de ellas. A menos que nosotros... No sería la primera vez que la rebelión saca fuerzas de flaqueza con ayuda del caos. -Abandonó ese tema e hizo un comentario jocoso.

En medio de su embeleso, Kyra se preguntó si de veras era un Fausto. De lo contrario, ¿qué? ¿Un dios embaucador, Cuervo, Coyote? ¿O Loki?

Gran parte de la conversación se desarrolló durante la cena, en una sala azul y crepuscular, impregnada de música y fragancias. ¿Cómo sabía él que a ella le gustaba el Aria del Nudismo? La comida era magnífica, una sucesión de platos pequeños, cada cual una obra maestra. La charla giró sobre realidades, detalles, ideas; pero en medio de las reflexiones compartidas surgían evocaciones... placeres, bromas, poemas. Kyra habló del pasado, del Complejo de Toronto y Rusia, de los cometas y los planetas. Las preguntas y comentarios de Rinndalir, siendo él tan diferente, a menudo eran asombrosamente esclarecedores. Kyra nunca había enfocado las cosas de esa manera. Sólo después comprendió cuan poco él le había dicho a cambio.

Los camareros les sirvieron café y licores y desaparecieron. Estaban juntos y a solas.

-Eres una criatura notable, piloto Davis -dijo Rinndalir.

No persona, sino criatura. Las connotaciones, para la mentalidad selenita...

-Por favor, señor Rinndalir, llámame Kyra.

Él la envolvió con su sonrisa.

-Bien, pues esta velada no tendrá título. ¿Por qué no ser simplemente nosotros mismos?

Si uno buscaba una comparación mitológica, ¿por qué no Krishna?

Librodot

30

Soplaba una brisa fresca. Las susurrantes hojas de un abedul amarilleaban y el resto estaba perdiendo su verdor. Los desafiantes girasoles erguían sus dorados capullos sobre los tallos agostados. El año de Ragaranji-Go avanzaba hacia el otoño. Más allá aguardaba un suave invierno.

Eiko se preguntó cómo sería vivir en un mundo donde las estaciones y el clima no estaban domesticados, ni siquiera mínimamente, como en la Tierra. Su poder debía haber sido temible, pues quedaban todavía vestigios de ellas en los ciclos artificiales y las limitadas variaciones aleatorias de la colonia orbital. Gran parte de la vida que albergaba ésta dependía de esos cambios para su bienestar. ¿Sucedía lo mismo con el ser humano?

Traspuso la puerta torii y llegó a la presencia del Árbol. Ya había allí tres personas, silenciosas como era habitual cuando estaban a su sombra. Eiko no las conocía. Eso no le decía nada, pero podían ser Sepo de permiso que iban a presenciar aquella maravilla. Observaría un rato para ver cómo se comportaban con poca gravedad. No, eso podía llamarles la atención. Se conduciría simplemente como una mujer que paseaba por allí. Quizá fuera más fácil ocultarles sus temores a ellos que a alguien que la reconociera. Desde luego, sus amigos sabían que Eiko frecuentaba ese lugar desde su infancia. Sin embargo... Rodeó el vigoroso tronco y subió la escalerilla, procurando perderse de vista.

En el primer descansillo se detuvo a recobrar el aliento. Jadeaba entrecortadamente. Tenía la boca y la garganta secas, el cuerpo le temblaba, recordándole que ya no era tan joven. Bebió de su cantimplora, apoyó las manos en la barandilla, se dejó invadir por la calma.

A esa altura se encontraban las ramas más bajas, todavía escasas. De ellas pendía, tres metros más abajo, la primera de varias redes de seguridad. Servían éstas más de protección contra los frutos y ramas que caían que para salvar a los escaladores que perdían el equilibrio -los entrenados habitantes del espacio rara vez se caían-, y su estrecha urdimbre era capaz de resistir un fuerte impacto a pesar de su delgadez. Eiko podía ver el crepúsculo a través del ramaje. Numerosas bóvedas, rojizas, verdes, oscuras, luminosas, se elevaban hasta perderse de vista. Una bruma fragante envolvía la cálida corteza. Un halcón voló a poca distancia. Un robot trepaba por el tronco en busca de plagas, lesiones o cualquier otro problema no humano. Parecía un escarabajo del tamaño de un perro, con patas y sensores adicionales. Formaba parte del paisaje.

Cuando hubo recobrado las fuerzas, Eiko continuó. Para muchos aquel ascenso habría sido excesivo. No para Eiko. El esfuerzo físico, a pesar del dolor, era una bendición, un alivio frente a la enfermedad que amenazaba los niveles externos de su pequeño mundo. El monótono ascenso, sólo interrumpido por plataformas y puestos de relevo con teléfonos de emergencia, le permitía perderse en esa infinita variedad de ramas, agujas y frutos, silencios y suspiros, vida y luz.

Por encima de la red más alta, la escalerilla llegaba a su tramo final. Más allá se entrelazaban las grandes ramas. Una que nacía a pocos metros de Eiko se inclinaba hacia las demás. Eiko cobró aliento y saltó hacia ella. Cayó con la suavidad de una hoja en otoño. No era difícil calcular el salto para una persona acostumbrada desde su nacimiento a la fuerza de Coriolis. La tosca corteza y algunos retoños brindaban apoyo suficiente a un cuerpo de pocos kilos de peso. Eiko dejó atrás la plataforma para encaramarse a una rama más alta. Saltó hacia ella, se cogió de un delgado brote, trepó, se arrastró sin dificultad hasta la rama que buscaba y avanzó después con mayor cautela en medio de un remolino de sonoras ráfagas hasta llegar a una triple bifurcación.

No era la única colonia que emprendía esas expediciones ilegales, pero nadie mencionaba esas excepcionales exploraciones. Durante años nadie la había molestado en el refugio que había descubierto. A fin de cuentas, a diferencia de ella, los demás iban ahí en busca de aventura, no de paz.

La bifurcación y las ramas inferiores formaban un apretado recinto con amplios espacios donde descansar, de paredes y techumbre verdes, abiertos en su extremo más alejado. El tronco principal, menos grueso allí que en la base, se mecía ligeramente al viento, con una vibración que estremecía ramitas pobladas de agujas que dejaban entrever el vacío. Más allá, bocanadas de vapor surcaban el azul, iluminadas por un sol que no era un disco sino un anillo en torno de la boca de aquel pozo. El suelo estaba a vertiginosa distancia, pero el bosque que era el Árbol le impedía verlo.

Eiko metió la mano entre unas pinas, sacó a Guthrie de su escondrijo y lo apoyó en lugar seguro. Se hincó de rodillas, las piernas unidas, las manos en el regazo. Era una pose que su ropa deportiva hacía inadecuada, pero confiaba en que él apreciara el gesto.

La fluctuante iluminación daba vida a las lentes de cristal.

-Hola -dijo Guthrie-. Has tardado bastante. ¿Problemas?

-No para mí, Guthrie-san -respondió Eiko-. Pero he creído que venir más pronto sería arriesgado. Hoy, sin embargo, debo informarte de que han llegado nuevos contingentes de la Policía de Seguridad. Están registrando toda la colonia. No nos dicen lo que buscan, salvo breves referencias a posibles dispositivos de sabotaje, pero para mí resulta evidente. No me atrevo a hacer nada que pueda llamarles la atención.

-¿Refuerzos? -gruñó Guthrie-. ¿Toda la colonia? Sí, mi otro yo ha dado su aprobación. Presiente que me encuentro en L-5... enterrado, como quien dice.

-Lamento haberte dejado solo tanto tiempo -se disculpó Eiko-. ¿Cómo has estado?

-Aburrido.

-Lo lamento -repitió Eiko, pensando que ella no se habría aburrido. ¡Reposar sin hambre ni sed, sin necesidad de movimiento, entre el cielo y el Árbol!

-Además estoy molesto -dijo Guthrie-. ¿Por qué no te mueves? Fuiste bastante audaz al rescatarme del espacio. ¿Por qué no has hecho nada más, ni siquiera hablar en privado con algunas personas de confianza?

Eiko meneó la cabeza. Una tercera disculpa habría sido servilismo, pero respondió con delicadeza.

-Te he dicho que mi padre es un rehén. En cierto sentido, toda esta nación lo es. Una batalla dejaría entrar el vacío.

-Yo no quiero eso. ¡Claro que no! Sólo pensaba... tal vez pudiera lograrse que alguien fuera a Luna para averiguar qué salió mal allí y difundir la noticia. -Guthrie cambió de tono-. Y estoy preocupado por ti, muchacha. Si esperamos, terminarán por encontrarme, y no hace falta ser muy listo para deducir que tú eres cómplice. ¿Qué sería de ti?

-Eso no importa -respondió Eiko, con serenidad en el corazón-. Tal vez tu otro yo se parezca tanto a ti que comprenda y ordene que me perdonen. En todo caso, no tendrán motivos para castigar a mi padre ni a mis amigos, ¿verdad? Eso podría revelar la verdad, la cual temen demasiado.

Guthrie emitió un sonido áspero.

-¿Cuánto tardará la Sepo en subir aquí?

Librodot

-Creo que pasarán varios días. La colonia es grande y compleja, un laberinto. He tratado de pensar en cómo llevarte a un sitio que ya hayan revisado.

-Buena idea, aunque no podemos jugar para siempre al escondite.

-No. Pero mientras sigas libre cabe la esperanza de una oportunidad, si cambian las circunstancias. -Eiko perdió la calma un instante-. ¡Hay que mantener la esperanza, Guthrie-san! -exclamó-. Si te destruyen...

-No temo por mí -dijo él sin inmutarse-. Si te destruyen a ti...

La mente de Eiko se iluminó; no fue una revelación, sino la conclusión previsible de muchas horas de reflexión.

-Fireball -jadeó-. Los que viven para la organización y confían en ti. Para eso existes, ¿verdad?

-¿Qué otra cosa hay? -respondió él con displicencia-. Vivimos en un universo interesante y me divierto bastante, pero últimamente me cuesta sobrevivir. Sin Fireball, no tiene demasiado sentido continuar.

Cuánta soledad, pensó Eiko. ¿Cómo podía llegar hasta él? Era lo único que podría hacer aquel día. Guardó silencio, buscando las palabras. El viento gemía, el Árbol murmuraba.

-¿Por qué te importa tanto? -preguntó al fin.

Él no se negó a responder. Evidentemente, no lo consideraba una impertinencia.

-Mi esposa Juliana y yo fundamos Fireball, la hicimos crecer. Es nuestro hijo.

-Pero tuviste hijos de verdad, ¿o no?

-¡Oh, sí!, pero crecieron e hicieron su vida. Nos llevábamos bien con ellos, lo pasábamos bien con nuestros nietos, pero Fireball fue lo que conservamos para nosotros.

Sin duda le estaba agradecido, a pesar de sus protestas, y le tenía cierto respeto, pues de lo contrario no la habría considerado digna de esas confidencias. No obstante, Eiko se sorprendió cuando Guthrie añadió:

-Juliana murió. Yo seguí adelante.

-Solo -dijo Eiko, con lágrimas en los ojos.

-No sientas pena por mí -protestó Guthrie-. Yo nunca la he sentido. Fue divertido dirigir Fireball, extenderla hasta los confines del sistema solar y ver hasta dónde podíamos llegar.

-Ya. No querías perdértelo.

-¿Cuando vi que llegaba mi hora? -Eiko imaginó un fantasmal gesto de indiferencia-. Pues no tuve más remedio que perdérmelo. No soy el Anson Guthrie original. Soy un programa en una caja.

-Quise decir... -tartamudeó Eiko-. Te interesaba el espacio. -La humanidad explorando, descubriendo, triunfando, sobrepasando el sol y las galaxias camino de la iluminación.

-No exactamente -respondió él sin rodeos-. Nunca fui un santo dispuesto a sacrificarse por un propósito trascendente. Y nunca fui tan ególatra como para creer que Fireball se derrumbaría en cuanto yo dejara el timón.

Calló un rato. El Árbol lo mecía suavemente.

-Pero estábamos pasando una crisis -dijo-. Varias crisis, algunas técnicas, otras políticas. Por ejemplo, ¿debía Fireball continuar con la investigación y el desarrollo de misiones interestelares? ¿Ésa era la gran meta, o estábamos dilapidando nuestros recursos en un agujero negro en vez de dedicarnos a algo real? Varios gobiernos intentaban seriamente llegar al espacio, dirigir sus propias empresas. ¿Debíamos impedir que el camello metiera el hocico en la tienda? ¿Y cómo? ¿Y cómo impedir que Fireball degenerara transformándose en un gobierno?

Siguió hablando con voz más queda y firme.

-Yo era un anciano, con menos vigor y menos lucidez. Lo mejor para Fireball, esa empresa que Juliana construyó conmigo, era que yo me jubilara. A menos que pudiera conseguir un ayudante que pensara como yo, que también quisiera mantener con vida los sueños de mi mujer. La tecnología de emulación estaba disponible. Algunos amigos, incluidos algunos descendientes nuestros, me urgieron a usarla. Afirmaban que lo necesitaban. Tal vez tuvieran razón. De un modo u otro, me dejé persuadir. Justo a tiempo, pues poco después de realizada la transferencia, fallecí.

Librodot

31
BASE DE DATOS

La casa estaba cerca del linde occidental de su reserva de la isla de Vancouver, rodeada por un parque donde crecían antiguos abetos. Delante, un sendero llegaba hasta el muelle de la caleta. Más allá se extendía el mar. En aquel atardecer estival, las nubes se acumulaban en el este, con ondulaciones rebosantes de luz y sombras azuladas. El cielo estaba por lo demás despejado. Una brisa fresca soplaba desde el mar; gaviotas asombrosamente blancas graznaban en lo alto. En la caleta, olas grises y verdes chispeaban al sol, levantando chorros de espuma, y el rumor de la rompiente llegaba como una agreste canción de cuna. En lontananza se movía un velero.

Aquí subsistía un fragmento de la vieja Tierra. Era costoso de mantener.

El robot dejó su aeromóvil en la pista de aterrizaje y caminó hacia la casa. Era humanoide, semejante a un caballero con armadura, movido por un generador, no muy práctico, pero más adecuado aquel día que un sistema de ruedas, orugas o propulsores. El porche crujió bajo su peso. Sheila Quentin oyó el ruido y abrió la puerta. El robot entró en una antesala con paneles de castaño. Aunque habían oscurecido las ventanas, una vidriera refulgía. Representaba a Dédalo e Ícaro en pleno vuelo, escapando de su cautiverio.

-Bienvenido -dijo Quentin, con voz tensa-. ¿Tenías que venir en persona?

-Él lo pidió, ¿verdad? -respondió el robot con su voz de bajo, vigorosa, pero desprovista de matices. Aún no había practicado lo suficiente.

-Sí, pero... -Sheila miró hacia otro lado-. Yo diría que... bien, es diferente con los parientes. Perdona, pero ¿por qué no te has conformado con una conexión telefónica? -Ella lo miró con mudo desafío-. Habría sido menos violento para él.

El robot la miró. Había sido una mujer guapa, y los años no la habían despojado de toda su belleza.

-Él lo quiere así -dijo el robot-. ¿No lo entiendes?

Sheila suspiró.

-Lo sé. En muchos sentidos es un alma primitiva. Debería haberlo impedido.

-¿Acaso podías?

-Lo he intentado. Él ha insistido, pero está tan débil... -Entrelazó los dedos-. Él que era tan fuerte... Pude haberme negado a pasarte su mensaje o a dejarle llamar, pero...

-Él te habría maldecido. Lo sé.

-Claro que lo sabes. -Ella lo miró de hito en hito-. Y yo he cedido. ¿Me desprecias?

El robot sacudió la cabeza.

-No. Al contrario. No ha sido fácil para ti. Gracias.

Ella miró hacia la escalera.

-Será mejor que subas ahora. Se ha tomado la medicina, pero ya no sabemos cuánto durará el efecto de una dosis, y el precio que paga es cada vez más alto...

-Después...

-Si hay un después, sí, yo también iré a despedirme. Pero ahora, desea estar solo.

-En cierto modo, así es -convino el robot.

Librodot

-Si él me dejara sostenerle la mano mientras tú... ¡No! ¡Sube ya!

El robot subió la escalera y entró en un dormitorio orientado al oeste. Estaba escasamente amueblado, con algunos cuadros sobre paredes blancas, pero era más luminoso que la planta baja. La brisa marina entraba por las ventanas abiertas. Ondulaban cortinas transparentes. En un rincón había un reloj de péndulo, una pieza de museo reconstruida cuyo lento tictac sonaba en el viento.

El robot se aproximó a la cama y se inclinó. Anson Guthrie lo miró, pestañeó. Tenía los ojos apagados, empequeñecidos por una nariz que sobresalía como un peñasco al encogerse el resto de la carne. Guthrie movió los labios. El robot amplificó el sonido hasta que pudo oír ese susurro.

-Hola.

También oyó el suspiro del viento entre los abetos y el estruendo de las olas que llegaban a la costa desde mucha distancia.

Mientras se dirigía a la casa, el robot había decidido el mejor modo de saludar a su otro yo.

-Ve con Dios -dijo en español.

Guthrie sonrió un poco.

-Tal vez. -Al cabo de un instante añadió-: quería verte... una vez más. -Murmuraba palabra por palabra, haciendo pausas para inhalar. El aire le silbaba en los pulmones.

-Sheila piensa que esto no tiene sentido -dijo el robot, enderezándose-. Me pregunto si no tiene razón.

-También yo, pero... no importa. Espero que hayas sido amable... con ella.

-Lo he intentado, pero no sé si lo he conseguido. -Con humana torpeza, el robot se rascó la nuca-. Todo esto es nuevo para mí. -Agudizó el tono. La mejor defensa .era el ataque-: ¿Y tú, has sido amable con ella?

Guthrie desvió la mirada.

-Menos de lo que debía, por cierto. Pero...

Guardó silencio, excepto por su aliento que luchaba contra el viento, el mar y el reloj.

-Ve con Dios, has dicho -suspiró al fin-. Pero ¿cómo me recibirá Juliana...? Sheila, y las mujeres anteriores...

-Juliana lo comprenderá -afirmó el robot.

-No estoy tan seguro... creo que a ti te faltan ciertos sentimientos... No tienes lo que se necesita para tenerlos.

El robot calló un rato.

-Esto me ha dolido -dijo por fin.

-Lo lamento. -Guthrie miró con esfuerzo la silueta bruñida-. Sí, lo lamento. Me olvido... de que en realidad no eres yo... siempre fui... bastante duro conmigo mismo. -Aspiró una bocanada de aire.

El robot cabeceó.

-Supongo que yo seré igual. Todavía estoy aprendiendo a ser... lo que soy.

Guthrie trató de fruncir el ceño.

-Dejemos... de perder tiempo. Queda... muy poco., debo reunirme con Juliana, sí, pero eso es la nada... Primero debo arreglar algunos asuntos.

-Tus cenizas se reunirán con las suyas -prometió el robot: serían esparcidas en la cordillera Leibniz de Luna, las montañas de la luz eterna.

-Trivialidades. A nosotros no nos importará... ni nos enteraremos. Mi epitafio... ¿lo recuerdas?

-Claro que sí.

Una noche cálida, una cama deshecha, grillos cantando fuera, los aromas que seguían al momento del amor. Ella se acurrucó contra él. Sus rizos se derramaron sobre el brazo con que él le rodeaba los hombros.

-He pensado en lo que quiero que diga mi lápida -rió él.

Todo hombre muere: concluye su jornada. Aquí yace a solas quien antes retozaba.

-A fin de cuentas no tendré ese epitafio -dijo Guthrie.

-Pero yo lo recordaré -dijo el robot.

-Bien. Es suficiente. Escucha, quiero instruirte sobre Fireball... tendrás muchos problemas... y todavía estás aprendiendo a sentir... -jadeó un rato. Aun amplificada, su pregunta era casi inaudible-. Me pregunto qué sientes.

-Es extraño -admitió el robot-. Una especie de... ¿ligereza? Creo que soy una abstracción. -Buscó las palabras adecuadas-. Pero todavía subsiste un impulso, y me gustan mis viejos amigos, mis viejos recuerdos, los tuyos. No son iguales que antes... como eran para ti... pero... No, hoy no has sido muy amable con Sheila.

-Cuida de ella. Se lo ha ganado.

-Así es. Lo haré. -El robot también compartía ese recuerdo-. Bien, ¿qué quieres decirme sobre Fireball?

Guthrie reunió fuerzas.

-Ya están acosándote, ¿verdad? -Comenzó-. Consejos, requerimientos, exigencias... y tú sabes lo que yo sé sobre ellos... pero... ¿tienes la intuición suficiente para entenderlos? Escucha. En general son bienintencionados... ten cuidado con Delancey. Él busca poder. Es demasiado buen administrador para... perderlo... y nunca debemos faltar a nuestra confianza... pero vigílalo. Y Tanya... Tanya Árbol de Águila. Buena muchacha, además de ser... mi nieta... pero debe permanecer en... ingeniería. No permitas... que esté al mando de nadie. Y...

Lo barrió un espasmo.

El robot se arrodilló y lo abrazó, una momia contra el metal, mientras pasaba el ataque.

-¿Pido ayuda? -preguntó el robot. Cualquier otro lo habría hecho de inmediato.

Oyó el previsible «no». Sus vibrosensores captaron las agotadas palpitaciones, sus quimiosensores bebieron el olor del sudor frío.

-Al cuerno con eso. No importa.

El espasmo terminó. El robot acomodó al hombre en la almohada. Guthrie alzó una mano trémula.

-Estrellas -suplicó-. Siempre debes apuntar hacia... las estrellas... diga lo que diga... tu gente.

-Yo también recuerdo la noche del lago -le aseguró el robot.

El aire estaba totalmente quieto e increíblemente claro, teniendo en cuenta que no se encontraban a gran altitud. Un sinfín de estrellas asomaba sobre el bosque. Sus reflejos poblaban el lago por doquier. Anson y Juliana estaban solos en el campamento; en aquellos días, sólo era accesible a pie. Se desnudaron y fueron a nadar. El agua los acariciaba, casi tibia. Con cada brazada emitía un tintineo cristalino como una risa. Nadaban entre estrellas.

-Algún día lo haremos de verdad -dijo Juliana-. ¿Prometido?

-Bien -jadeó Guthrie-. Magnífico. Eso es lo que cuenta. -Descansó hasta que pudo hablar en voz más alta-. Brindaré por eso. El whisky... está por allí.

-No te conviene -aconsejó el robot.

-Todavía mando yo.

El robot cedió.

-Así es. -Cruzó la habitación, cogió la botella que le indicaban, regresó y sirvió el licor en un vaso destinado al agua. Arrodillándose de nuevo, cogió la huesuda cabeza y le acercó el vaso a los labios.

-Las estrellas -murmuró Guthrie.

Iluminadas por el atardecer, las cortinas ondeaban en la brisa. El reloj de péndulo anunció otra hora estrepitosamente.

32

A una orden, el Inia estableció contacto radiofónico con Control de Estación y entró en el embarcadero de L-5. Kyra sólo tenía que sentarse a observar. La colonia se erguía ante ella como un risco giratorio en cuyo centro se abriera una caverna. La nave penetró en un túnel iluminado, aplicó un vector lateral, llegó al compartimiento asignado. El contacto y las amarras electromagnéticas sacudieron el casco. Todos sintieron un mareo al recobrar el peso. Era leve, pues estaban cerca del eje de rotación, pero ahora Kyra veía más arriba, y no al mismo nivel, una embarcación auxiliar amarrada enfrente. Por suerte, pensó, se había opuesto a la idea de Rinndalir de ir en la Narval. La nave habría tenido que entrar en órbita mientras una lanzadera trasladaba a sus ocupantes. Una Delfín era pequeña y podía llevarlos directamente. También podrían escapar más rápido, si era necesario. Y seguramente lo sería, dada la menor cantidad de efectivos.

Kyra se envaró. El plan que habían trazado dependía en gran medida de ella.

Destrabó su arnés y se dirigió ágilmente hacia popa. Los selenitas se estaban liberando de sus divanes de aceleración. Arren, Isabu y Cua estaban ojerosos después de pasar varias horas sometidos al doble de la gravedad a la que estaban acostumbrados, pero no aturdidos. La medicación los mantenía despejados y fuertes; lo habían decidido durante el viaje; si debían pagar el precio de su condición física, lo harían después de regresar a casa. Rinndalir no parecía afectado. A diferencia de sus seguidores, que usaban monos sencillos, vestía de negro y plata. Nadie tenía derecho a ser tan elegante, ¡maldita sea!

-¿Todo bien? -preguntó él en voz baja-. ¿Los detalles están claros en la mente de todos? -Añadió con una sonrisa-: Teniendo en cuenta las circunstancias. -La sonrisa encontró a Kyra-. Para ti todo está muy claro, lo sé muy bien. -Kyra sintió el calor en la cara y se maldijo en silencio. Pero Rinndalir le daba ánimos y esperanzas.

Arren e Isabu fueron a buscar sus grandes cajas llenas de instrumentos y equipo. Sujetando las asas, se alinearon detrás de su jefe en la cámara de babor. Cua los seguía a pocos metros. Era la piloto de reserva, una de las pocas lunarianas con entrenamiento para el espacio profundo; no una consorte de Fireball, sino una vasalla de Rinndalir. Kyra se mantuvo aparte. Cuando se abrieron las válvulas, pudo oír lo que sucedía fuera de la nave, pero sin ver ni ser vista. Cua, que permaneció a bordo pero al descubierto, le murmuró:

-Seis agentes de la Policía de Seguridad... un escuadrón entero, creo... además de los técnicos de costumbre. Actúan con suma cautela.

Kyra oyó unas palabras.

-Órdenes, señor Rinndalir. No es nuestra intención faltarle al respeto. Son medidas generales. Mientras dure el peligro, todos los nuevos visitantes deben ser escoltados. Es para su propia seguridad.

Rinndalir, con sorna:

-¿Somos tan valiosos que debemos ser escoltados por el doble de hombres de los que somos? Me siento halagado.

-Bien, usted ha llegado inesperadamente cumpliendo una misión que los gobernadores de L-5 ignoraban.

-Con mucho gusto daré las explicaciones pertinentes si puedo mantener una conversación telefónica o si sus representantes desean recibirnos en baja gravedad. Básicamente, se trata de una investigación rápida y superficial. Si todo es conforme en el lugar que hemos elegido, la Selenarquía presentará una propuesta formal y las posibilidades

se investigarán detalladamente. ¿Por qué no nos acompaña hasta allí de inmediato? -Una risa-. Así se librará antes de nosotros.

-Bueno, el mensaje decía que cinco de ustedes...

-Nuestra piloto no tiene por qué acompañarnos. Es una simple empleada de Fireball. Dadas las actuales circunstancias, capitán Pedraza, usted comprenderá por qué consideramos prudente dejar a una de los nuestros con ella, para velar por la seguridad de nuestra nave.

El oficial de la Sepo protestó atropelladamente. Rinndalir se opuso a sus objeciones con un torrente de palabras. Kyra lamentó no poder presenciarlo. ¿Había en toda la galaxia alguien que combinara tanta desfachatez y arrogancia? Al fin los pasos se alejaron.

Cua y Kyra se miraron.

-Echaré un vistazo -murmuró la selenita-. Atiende. -Atravesó la compuerta. A pesar de su atuendo abombado, no parecía moverse a zancadas de baja gravedad, sino en fluidas ondulaciones. Por MacCannon que era bella, como casi todos los selenitas. Con la modificación de cromosomas... Pero ¿por qué Rinndalir se sentía atraído por Kyra? No fingía amor, algo que hubiera insultado su inteligencia, pero sus galanterías eran como versos; y en cuanto a la parte activa de aquella noche, Nero Valencia había quedado en nada. No, no, no; Kyra controlaba sus emociones, no se dejaría engatusar por unas horas en la Colina de los Elfos; pero no podía dejar de preguntarse...

¡Escucha, tonta, escucha!

Más voces, entre ruidos y rumores de fondo. ¡Maldita sea! Kyra no contaba con que Cua se topara con más guardias. O bien Pedraza había llamado a un guardia antes de escoltar al grupo de Rinndalir, o bien había apostado a uno de los suyos. Oyó la voz de Cua:

-Salud. ¿Puedo echar una ojeada? Nunca había estado aquí -mintió Cua descaradamente.

La respuesta del hombre fue la inevitable.

-Claro, siempre que no te alejes de aquí. Es un lugar asombroso, ¿verdad?

-¿Lo has explorado en tu tiempo libre? Dime, por favor, ¿qué hacéis...?

-No sé, no soy hombre del espacio. Lo lamento.

-Parece interesante.

El Sepo no debía de ser tonto. No se alejaría con la recién llegada ni mucho menos. Sin embargo, Cua no parecía una amenaza ni daba la impresión de tratar de escapar o de crear problemas. Los policías debían tener instrucciones de manejar a los selenitas con cuidado. Su deber era vigilar la nave y a aquella mujer cautivadora. (Cautivadora, realmente. Las de su raza tenían esa reputación. El folklore terrícola a veces lo atribuía a las feromonas. Los antropólogos tildaban aquello de pamplinas, pero...)

Kyra se metió en la cámara de presión y se arriesgó a echar un vistazo por la válvula externa. El joven uniformado fijaba su atención en Cua. En las cercanías, un par de técnicos también la miraban con atención. En otras partes, humanos y máquinas trabajaban individualmente o en grupo en la cavernosa vastedad del puerto. Cua cogió suavemente el brazo del hombre y señaló a lo lejos. Él siguió su indicación. Por unos minutos, la salida del Inia quedaría fuera de su campo visual.

Kyra brincó, no sobre la rampa sino directamente al suelo, utilizando todo el impulso de sus piernas. Girando al caer, aterrizó sobre los pies y saltó diez metros. Un técnico la siguió con la mirada. Kyra se llevó el dedo a los labios. Rinndalir le había conseguido un

uniforme de Fireball. Aquel hombre también era de Fireball. Asintió y se concentró en su tarea. Kyra continuó a paso tranquilo de minigravedad, unos quince kilómetros por hora.

¿Otros la habrían visto? ¿Alguien daría la alarma? ¿Cuándo el Sepo se diera la vuelta, sería más observador que los demás? Kyra sintió el dolor de la tensión en la espalda. Si le fallaba el andar... los planes de emergencia exigían una acción directa, pero Rinndalir no la había definido con precisión. ¿Improvisaría? ¿O prefería mantener a Kyra ignorante, para evitar sus objeciones?

Kyra ignoró las preguntas. Tenía una buena posibilidad. Rodeó un enorme carguero. Su mole la ocultaría, si sabía escoger su rumbo por el túnel. El dolor comenzó a disminuir. Se pasó una mano por la cara. Sería mejor que no la vieran sudando. Más le valía ser sólo otra consorte que realizaba alguna labor sin importancia. Mezclarse con las multitudes de L-5, algo que ningún selenita podía hacer. El comandante de la Policía de Seguridad podría estar al corriente de la situación, incluido el papel de Kyra en ella, pero no proyectaría su imagen en las pantallas con un letrero de SE BUSCA.

Tomando el fahrweg más próximo, inició su travesía hacia los niveles externos. Entró en un sector industrial que conocía, buscó un teléfono público, llamó a la oficina de Tamura.

Se sorprendió de que le respondiera una operadora humana, quien a su vez se sorprendió de lo que Kyra solicitaba.

-Lo lamento, el señor Tamura no se encuentra aquí -dijo con voz vacilante-. Ha sido... detenido. Creía que todos lo sabían.

Kyra sintió un nudo en el estómago.

-Pues yo no lo sabía -respondió-. He pasado mucho tiempo fuera, en una misión. -Y se apresuró a añadir, antes que la operadora tuviera tiempo de pensar-: ¿Puedo hablar con su hija?

Los ojos de la operadora la escrutaron. Kyra cambió de posición para asegurarse de que la cámara captara su insignia. La operadora permaneció inmóvil unos segundos. ¿Sopesando su juramento de lealtad frente a la suspicacia y el miedo? Al fin:

-La señorita Tamura está de permiso. Tal vez la encuentre en su casa.

-Gracias.

Kyra cortó, reflexionó. Decidió ir personalmente al apartamento, pues las comunicaciones sin duda estaban intervenidas. (Las de la oficina también, pero con cientos de llamadas entrantes y salientes por día, más las interacciones informáticas, era probable que la suya no fuera identificada, o al menos que no llamara la atención de una autoridad humana durante horas.) En cambio, era probable que el lugar no estuviera vigilado. La Sepo contaba con pocos agentes para controlar una comunidad enorme, heterogénea, hostil. Se concentraría en la gente que pudiera causarle problemas. Eiko Tamura era un alma tímida e inofensiva.

Salvo para quienes la conocían bien. Kyra descendió por niveles de peso y presión, a lo largo de pasillos atiborrados, cruzando parques y jardines y un grácil puente. Entre la muchedumbre habría varios amigos. Esperaba no encontrarse con ninguno.

La puerta de los Tamura, como muchas otras, tenía un emblema además de un número. Eiko había pintado aquel símbolo. Kyra se detuvo un instante ante el lirio familiar, evocando recuerdos. ¿Y si no había nadie? ¿Cuánto tiempo podría esperar sin que nadie reparara en ella? Tocó la placa y se encaró con el lector electrónico.

La puerta se abrió, Kyra entró. La menuda Eiko estaba ahí, en quimono y obi. Se abrazaron.

-Silencio -le susurró Kyra-, no digas ni una palabra. He venido de incógnito. -Al no detectar a nadie más, la puerta se cerró. Eiko asintió, rozando los labios de Kyra con su cabello fragante. Se separaron. Eiko estaba tensa. Temblaban lágrimas en sus pestañas. Cogió la mano de Kyra y la condujo a la habitación del fondo.

Papeles con bocetos o palabras garrapateadas se amontonaban en un escritorio donde Chujo dormía junto al ordenador. El gato, que casi siempre estaba fuera merodeando por los corredores, se levantó y abrió los ojos. Kyra le rascó el cuello, casi por instinto, hasta que él le frotó la palma con la cabeza. Eiko se sentó ante el ordenador. No tenía conexión externa, pues algunas cosas de las que anotaba no eran para conocimiento de nadie más. Bienvenida, bienvenida, tecleó. He temido mucho por ti.

Eiko se levantó. Kyra ocupó la silla, pensando que sería ridículo que se pusieran a brincar como un par de pelotas de pimpón. No hay tiempo que perder, tecleó. Es posible que la Sepo te haya instalado un detector sónico, pero supongo que eso es todo. Sé que han arrestado a tu padre. Aparte de eso, ¿se encuentra bien? Miró a Eiko, quien asintió con la cabeza y sonrió afirmativamente mientras ella continuaba: Estoy aquí con un grupo de selenitas para recoger a Guthrie. ¿ Tú lo tienes? Eiko asintió enérgicamente. Estupendo. Necesitamos sacarlo de aquí. ¿Es posible?

Eiko le pidió la silla, se sentó, escribió: Quizá. Sígneme.

Kyra la apartó. Trae algo para llevarlo. Ella no disponía de nada, pues si la hubieran detenido en la nave con un saco vacío habría resultado sospechosa. Además, su gente ignoraba las circunstancias que podían encontrar. Mejor improvisar.

Le pareció que Eiko fruncía el ceño. Ya tengo algo en su escondrijo.

Kyra se reprochó su necedad. Era lógico que Eiko hubiera tomado esa precaución.

Eiko le indicó que aguardara, y salió. Kyra jugó con Chujo. Cuando lo acarició, la sensual reacción del gato le trajo otros recuerdos. Había aprendido la lección, se repitió, y no permitiría que una aventura romántica le enturbiara el juicio. Pero la lujuria ofrecía un refugio frente a las dudas y temores. Y Rinndalir no era un asesino a sangre fría como Valencia... Eiko regresó con mono y botas. Kyra se despidió de Chujo y las dos mujeres se marcharon.

Pronto Kyra quedó desconcertada. ¿Adonde se dirigían? Eiko Cogió el fahrweg más próximo hasta el final del trayecto, Villa Marginal, viviendas de alquiler barato para quienes podían tolerar el peso o estaban dispuestos a soportar las consecuencias, y que no tenían hijos. Un hombre obeso la saludó. Kyra recordó al monstruo de Feria Quark y apretó los dientes. Pero éste era sólo un amigo. Eiko murmuró una respuesta y continuó la marcha. El siguiente fahrweg las condujo hasta un grupo de nanotanques, donde abordaron un radial que desembocaba en una cámara de pruebas aerodinámicas, ahora desierta porque muchas actividades se habían suspendido.

Claro, comprendió Kyra. Eiko seguía la ruta menos concurrida, aunque también menos directa, hacia su destino. Así evitaban encontrarse con alguien.

Bajaron en una parada de la reserva Trevorrow, en el nivel de media gravedad, y cogieron un sendero que serpenteaba subiendo entre prados y lomas herbosas hacia un cielo que era una fluorescencia azul con nubes de imitación. Aquí y allá un abeto, un olmo o un arce solitario susurraba en una brisa impregnada de olor a tierra (¡la Tierra!). Recuerdos, necesidades de mil millones de años. La zona estaba desierta.

-Ahora podemos hablar -dijo Eiko-. Ahora sí que puedo darte la bienvenida, Kyra.

Se cogieron las manos y se sonrieron con los ojos enturbiados. Pero el tiempo apremiaba. Kyra la soltó y siguió andando.

Librodot

-Conque lo has rescatado -dijo. Le temblaba el pulso-. ¿Cómo? ¿Qué sucedió?

Cuando Eiko concluyó su conciso relato, Kyra comentó:

-Espléndido, magnífico, querida. ¿Quién fue el imbécil que afirmó que los poetas sólo sirven para hacer poesía? Esquilo era soldado, Ornar Khayyam científico, Jeffers fue albañil...

-Tú eres piloto -dijo Eiko.

Kyra rió.

-Sí, y una buena cocinera, una hábil jugadora de póquer y una diestra amante. Pero ¿poeta? ¡Qué va! -Se calmó. Comprendió que su júbilo era un poco histérico-. Bueno, en cuanto a mi versión de la historia... -La describió en pocas palabras, omitiendo los detalles personales-. Una vez que tenga a Guthrie en mi poder, podría regresar directamente a la nave, pero eso parece muy arriesgado.

-Lo es -admitió Eiko-. Están revisando toda la kuni, la colonia, para encontrarlo. Un centinela no impediría tu embarque, pero llamaría a sus superiores y ellos no te dejarían salir sin someterte antes a un registro concienzudo.

Kyra asintió.

-Vale. Lo que haré será entregar a Guthrie a los selenitas y quedarme aquí cuando se vayan.

-¿Y luego?

Kyra se encogió de hombros.

-Luego Rinndalir decidirá qué hacer.

¡Podía hacerlo!

¿Y si no podía? Él no perdería mucho. Los norteamericanos se limitarían a deportarlo con su comitiva, si él insistía, y quizá Kyra pudiera acompañarlos. Pero Guthrie... Los selenarcas lo considerarían un juego interesante, habérselas con un falso Guthrie que se creía invencible.

Trató de ser optimista. ¿Había alguna otra esperanza?

Eiko caminó un rato en silencio antes de decir:

-Si Guthrie-san está dispuesto, que así sea.

Kyra reparó en su confusión.

-¿No te convence la perspectiva?

Eiko sacudió la cabeza.

-Siento demasiada incertidumbre sobre lo que resultará de esto. ¡Si pudiéramos liberarlo por otro medio! -Suspiró-. Pero no tenemos elección, ¿verdad?

Kyra evitó contestar. ¿Por qué se tomarían los selenitas tantas molestias si no quisieran que Guthrie volviera al timón de Fireball? Claro que era por conveniencia propia, pero era un egoísmo lúcido.

¿Entonces por qué Kyra estaba irritada con la pobre Eiko? ¿Por qué había desvelado sus propios temores? Le dolía no tener otra respuesta.

Llegaron al Árbol en silencio.

-Iré a buscarlo -dijo Eiko cuando estuvieron a su sombra-. Tú vigila en el descansillo.

Kyra habría querido subir, para disipar la tensión y para reencontrar la paz que reinaba en las susurrantes alturas. Pero Eiko tenía razón.

-Muy bien.

Mientras aguardaba en la plataforma, en aquel verde claroscuro, en medio de la calidez y los aromas dulzones que rodeaban el tronco rojizo, Kyra dejó su mente en caída libre. ¿Cuál era el motivo de la existencia de aquel coloso? Investigación científica y desarrollo, sí. Los biomecanismos del transporte de fluidos constituían un campo específico de estudio. Pero sin duda las mismas cosas se podían haber aprendido de maneras más sencillas, sin acumular una masa que obligaba a ciertos arreglos para que L-5 mantuviera su estabilidad dinámica. (Polvo lunar, hielo de cometas, ¿pueden vivir estos huesos?) Los parques, jardines y reservas tenían su justificación: el beneficio ambiental, el ocio, la estética; los ciclos de luz y sombra, calor y frío, verano e invierno preservaban los ritmos de la vida; los trucos de la geometría, la electrónica y los factores aleatorios brindaban riqueza, diversidad, la sensación de que aquel mundo era algo más que paredes, sí. Pero ¿para qué se necesitaba una cosa viviente de tamaño inhumano, y capaz de durar un tiempo inhumanamente largo?

Kyra recordó: piedras escarchadas rodando entre los astros, jamás holladas hasta que ella las había descubierto; el sol naciente alumbrando pináculos en un abismo de Marte; tormentas en Júpiter, vistas desde un refugio situado en una luna glacial, aureolada de radiación hirviente, bellos remolinos que podían tragar la Tierra entera; el enjoyado Saturno; torres góticas perforando el cielo ocre de Titán... ¿cuántos de esos majestuosos panoramas había conquistado ella por su cuenta? Siempre estaban las máquinas, el traje, la nave o los puestos de avanzada, sensores y ordenadores y efectores, energía y capacidad. ¿En qué medida se había vuelto una máquina, ella que nunca había sentido una vida nueva en su vientre ni lo deseaba?

Lo que descubría siempre era estéril. Fósiles informes en rocas marcianas. Historias contadas a través de años luz por las sondas robot e historias contadas por Guthrie (no, por el falso Guthrie; no, esa distinción no tenía sentido), historias de otro mundo, vida oceánica que apenas se aferraba a las costas mientras se aproximaba el final. Otros dos mundos que podían evolucionar, a lo largo de millones de años, o no. Por lo demás, hasta donde había llegado la búsqueda, materia inanimada; y más allá de eso, el silencio sólo interrumpido por el murmullo de las estrellas.

¿El Árbol echaba raíces en la desesperación?

Un movimiento en el verdor la arrancó de sus cavilaciones. Eiko había regresado.

Bajó a la plataforma y, con una vaga sonrisa, señaló la mochila que ahora traía. Kyra la abrió con manos trémulas. Los pedúnculos oculares ascendieron.

-Hola -saludó una voz potente-. ¡Vaya espectáculo, muchacha!

-Jefe, oh jefe! -sollozó Kyra.

Guthrie la serenó con su actitud práctica. También disipó sus irracionales e irrelevantes cavilaciones.

-Eiko me ha puesto un poco al corriente. Estás aquí con Rinndalir y su alegre pandilla. ¿Y ahora qué?

-Te entregaré a ellos, para que te lleven a Luna.

-¿Cómo piensas lograrlo? No creo que la Sepo deje que me lleve consigo. Quizá no sepan exactamente qué están buscando, pero lo retendrán mientras consultan a su jefe, que a

Librodot

su vez llamará a Quito, y mi alter ego se encargará de las cuestiones diplomáticas después. Es lo que yo haría.

-Desde luego. -Kyra explicó sus intenciones-. Espero que podamos lograrlo.

-Y si no, mala suerte -dijo Guthrie preocupado-. Al parecer tú tendrás que quedarte.

-No hay manera de subir a la nave sin que me vean. Si se enteran de que he estado aquí, o si sospechan que vengo con los selenitas...

-Querrán saber más, en efecto. ¿Cómo te las apañarás?

-Sé orientarme en la colonia.

-Yo puedo ayudarla -dijo Eiko con calma-. No conviene que se aloje en mi casa, pero varias familias anónimas le brindarían refugio sin decir una palabra.

-Es una pena que no pueda abrazaros -gruñó Guthrie-. Una vez que hayamos salido de este embrollo, Fireball os ofrecerá cuanto tiene.

-No es necesario, señor -respondió Eiko-. Cumplimos un juramento de lealtad.

Que Eiko nunca había prestado, recordó Kyra. Pero su padre sí.

-Será mejor que nos movamos -dijo la piloto.

Eiko asintió, se quitó la mochila, miró a Guthrie y murmuró:

-Un yoi. Buena suerte. -Sonrió con tristeza-. Cuando la realidad los agobia, los poetas tienen tantas dificultades como los demás para encontrar las palabras apropiadas. -Cerró la mochila y se la dio a Kyra, quien se la puso. Bajaron.

-Iré a buscar un refugio para ti -dijo Eiko-. Ven a mi casa a las... 17.00. Yo habré regresado a esa hora, o antes. ¿Podrás arreglártelas sola mientras?

Kyra sonrió.

-Soy experta en escabullirme. -Lo que haría sería ir de un lado a otro, como si estuviera ocupada, por sectores donde era improbable que se topara con gente conocida. Se sentía excitada, casi feliz-. Hasta la vista. -Salió por la puerta tora a los prados y a la simulación del cielo.

Ella misma había sugerido y descrito a Rinndalir el sector adonde los selenitas exigieron ser llevados. Estaba situado en el nivel de un sexto de gravedad, y era una zona agrícola donde se cultivaba maíz y soja. Las máquinas cuidaban los sembrados y los transeúntes no eran tan raros como para que ella llamara la atención. Rinndalir declararía que pensaba asociarse con alguien de la colonia para sembrar cereales farmacéuticos de desarrollo reciente. Quizá fuera preferible a preparar nuevos campos en la Luna. Antes de exponer el plan a los directores de L-5, deseaba inspeccionar la zona, probar si las condiciones eran adecuadas, juzgar si el personal selenita aceptaría residir en aquel entorno. El precipitado comienzo correspondía a la imagen que los terrícolas tenían de su raza. Rinndalir le había asegurado que se saldría con la suya.

Saliendo del corredor a una cubierta, lo vio con sus hombres y su escolta, y media docena de curiosos que se mantenían a distancia, a diez metros de duramusgo. Más allá, los tallos formaban una muralla verde y alta que empequeñecía todo lo humano. Pero el lugar no era sagrado como la residencia del Árbol. El denso aire tropical estaba impregnado de olor a fertilizante. El firmamento era un cielo raso cubierto de lámparas. Bajo su opaco resplandor, un cultivador recorría los sembrados, llamado por un supervisor parecido a un insecto del tamaño de un hombre.

Kyra puso cara de póquer y avanzó. Rinndalir la vio primero. Parecía más alto que Arren e Isabu, que se encorvaban sobre los instrumentos que habían sacado de sus cajas. Rinndalir permanecía impasible, pero el cabello plateado rozó sus mejillas marmóreas cuando hizo un ínfimo gesto de saludo. Un Sepo reparó en ella, tocó instintivamente la culata de su pistola de impacto, se enjugó la frente húmeda y miró de mal modo al selenarca. Lo que había parecido una misión interesante, quizá peligrosa, se había convertido en una molestia.

Kyra se reunió con los mirones. ¿Estaban allí por casualidad o se habían reunido para seguir a esa singular comitiva? No importaba, mientras ninguno la conociera. Arren irguió la cabeza. Sostenía un medidor en la mano. Siguió trabajando. Isabu no se inmutó.

Al cabo de unos minutos, Rinndalir les habló a ellos, y luego al jefe del escuadrón. Kyra no oyó lo que decía, pero ya conocía las palabras: «Hemos hecho todo lo necesario, ahora nos iremos a casa. Llama a tu jefe si lo deseas, pero declinaré todo ofrecimiento de hospitalidad.»

Kyra fingió un bostezo y se marchó por donde había venido. Que todos vieran que había decidido no perder tiempo con ellos. A un sexto de gravedad, Guthrie pesaba poco, pero a ella le parecía una tonelada.

El pasillo era un lugar desnudo y mal pintado. A las máquinas no les importaba. Kyra vio la puerta de un lavabo, entró. Como era habitual en L-5, era unisex. Y estaba vacío. Ocupó un retrete y esperó. Oía el murmullo de un ventilador.

Sonó un golpe. Kyra se tensó. Arren abrió y entró. Por un instante ella se sintió defraudada. Si al menos Rinndalir... pero claro que no. El que se apartara del grupo camino de la nave tenía que llevar una caja de instrumentos. Por supuesto no lo acompañaba ningún Sepo. Si alguno lo hubiera intentado, Arren se habría opuesto, confiando en que Rinndalir expresara que no toleraría el insulto de que lo espiaran sin el menor disimulo. Arren se había encaminado al retrete que decía «Ocupado».

Sus ojos relucían.

-¿Lo tienes? -jadeó.

Kyra asintió. La mochila ya descansaba en un estante. Hicieron el cambio rápidamente: los instrumentos y herramientas de Arren en la mochila, Guthrie en la caja. Estaba bastante bien protegido contra los detectores electrónicos. No pasaría un registro meticuloso, pero en tal caso la farsa habría terminado de todos modos. La mayoría de los policías estaban buscando su presa en cámaras y pasadizos abrumadores por lo numerosos. No podían pensar en todo. Rinndalir se ocuparía de impedir que el oficial y los agentes que lo escoltaban pensaran en ello.

Guthrie extendió un pedúnculo ocular antes de que cerraran la caja. Ella le adivinó el pensamiento.

-Sí, he conseguido mi libertad en un retrete. Era de esperar.

Kyra se echó a reír. Arren la miró inquisitivamente, pero no se detuvo. Kyra debía permanecer allí unos minutos, hasta que los demás se hubieran alejado. Se quedó a solas y siguió riendo.

33

El Inia partió de L-5 a una gravedad lunar. Relajado como un felino, Rinndalir sacó a Guthrie de la caja y lo puso en un diván de aceleración. Guthrie miró en torno: la piloto perfilada contra un simulacro de estrellas en su asiento del panel de control, la escalerilla que conducía a la zona de pasajeros, los tres hombres que lo rodeaban. Fijó la mirada en Rinndalir.

-Salud, señor Rinndalir -saludó lentamente-. Te doy un millón de gracias.

El otro inclinó la cabeza con una sonrisa.

-Bienvenido, señor Guthrie. Es un honor estar a tu servicio.

Sus seguidores guardaron silencio. La piloto se volvió para echar un vistazo. No tenía que hacer prácticamente nada, salvo dar a la nave instrucciones sobre su destino y dirección.

Quizá Guthrie también hubiera sonreído, si hubiera podido.

-Querrás decir serte útil, ¿verdad? Nunca supe que estuvieras al servicio de nadie excepto de ti mismo.

-Mis disculpas -dijo Rinndalir-. No comprendemos bien vuestro idioma. -Lo que quería decir también: ni vuestro modo de pensar.

Los recicladores de aire susurraban. El peso y una pulsación casi imperceptible eran los únicos indicios de la creciente velocidad.

-¿No estás yendo un poco lento? -preguntó Guthrie al cabo de un instante-. Sin duda esto es cómodo para vosotros, pero podríais resistir mayor velocidad.

Rinndalir se encogió de hombros.

-¿Qué prisa tenemos, ahora que somos libres?

Guthrie lamentó no tener un puño para golpear el asiento.

-¡Maldita sea! ¡Tú eres muy listo, pero nuestros enemigos no son imbéciles! El jefe de la Sepo en L-5 mencionará tu visita, si es que no lo ha hecho ya, y mi otro yo pronto adivinará lo que ha sucedido.

Rinndalir negó con la cabeza.

-Mi gente y yo hemos tenido en cuenta ese riesgo, y considerado que no era excesivo. Cuando trazamos nuestro plan, Kyra Davis me recordó que tu otro yo no cuenta con tus largos años de experiencia directa en sus tratos con mi especie. El conocimiento que posee sobre la evolución de nuestra sociedad durante su ausencia es emulado, al igual que muchos otros datos. Para él debe de ser una abstracción, no algo que domina. Supongamos, aunque no es del todo seguro, que inmediatamente después de nuestra llegada a Lagrange-Cinco, el jefe de la Policía de Seguridad se haya puesto en contacto con sus superiores de la Tierra pidiendo órdenes. ¿Qué podían hacer sino decirle que hiciera lo que hizo, mientras ellos consultaban al otro Guthrie? No necesariamente se comunicarían con él de inmediato, ni necesariamente él se alarmaría.

-Aun así, ha sido un riesgo excesivo.

Rinndalir no ocultó su impaciencia.

-¿Hubieras preferido que no actuáramos? Con el tiempo, inevitablemente te habrían encontrado, y mientras estarías anulado, y ellos libres para fortalecer su posición. Si nuestro plan fracasaba, hubiéramos tomado otras medidas, pero ésta era la más rápida y prometedora.

-Sí, supongo que ha sido un truco ingenioso -concedió Guthrie-. Luego quiero saberlo todo sobre eso. -Tensó la voz-. Pero aún no hemos salido del aprieto. Cuanto antes lleguemos a la Luna, a más cervezas te invitaré en la vieja Rampa de Lanzamiento.

Rinndalir enarcó las cejas.

-¿Qué peligro queda?

-Una nave-antorcha de la Tierra podría alcanzarnos en cuatro horas. Aun al doble de esta velocidad, no llegarás tan pronto a casa.

-No sabía que hubiera naves espaciales armadas -replicó Rinndalir con moderado sarcasmo-. Eso constituiría un proyecto de ingeniería considerable, e inaceptable para la Autoridad de Paz.

-Es verdad, no se podría hacer en secreto, y menos con tan poco tiempo. Pero aun así, escúchame. Yo juego duro cuando hace falta, y te garantizo que mi copia hace lo mismo. Una vez que se entere de tu visita, no estará dispuesto a pasarla por alto. Tampoco Enrique Sayre. Conozco bien a ese tunante... y fue capaz de persuadir a mi otro yo. Tal vez estén organizando un contragolpe ahora mismo. Tal vez ya lo hayan hecho.

-Cuanto más se extralimiten, mejor, ¿o no? Queremos destruirlos.

Guthrie miró a Rinndalir de hito en hito.

-¿Eso queremos? Yo me conformaría con alguna versión del status quo ante. ¿Por qué tú desearías más?

Rinndalir sostuvo su mirada, sonrió nuevamente, preguntó.

-¿Y tú por qué no? Aquí tenemos una interesante pregunta filosófica.

-Al demonio con eso. -Guthrie caviló un poco más-. De acuerdo, como quieras. No tengo elección, ¿verdad? Pero anunciemos la verdad ahora. Llama a Luna, grabemos una declaración y pidamos que la transmitan a los medios de comunicación. Eso hará que nuestros enemigos pierdan los estribos.

Rinndalir meneó la cabeza. La luz jugó sobre su cabello plateado.

-Opino lo contrario -murmuró.

Guthrie arqueó los pedúnculos oculares.

-¿Eh? Lo negarán todo, claro, pero sólo para ganar tiempo mientras procuran guardarse las espaldas. Ya no tendrá sentido atacarnos en el espacio, suponiendo que tengan ese propósito. Sabrán que un paso así sería totalmente contraproducente.

-Me temo que no es tan sencillo -respondió Rinndalir-. Mientras estabas escondido en la colonia, estuve reuniendo información. Debes preparar el anuncio con sumo cuidado y transmitirlo en un momento psicodinámicamente calculado. De lo contrario podría precipitar el caos, para lo cual el enemigo está preparado y nos lleva la ventaja. Entre otras cosas, se perderían muchas vidas.

La emulación quedó atónita. La nave continuaba su viaje.

-Nunca pensé que los inocentes te preocuparan tanto -dijo al fin Guthrie-. Creo que habías decidido esto de antemano.

-Sea como fuere, es mi decisión.

-Permíteme disuadirte.

Rinndalir soltó una carcajada gutural.

Librodot

-Eres libre de intentarlo. Tienes tiempo de sobra. Pero puedo imaginar una conversación más grata y esclarecedora para pasar el tiempo.

-¿A qué estás jugando?

-La Selenarquía no pedirá rescate por ti, si eso es lo que temes.

-¡Bah! Preferiría desembolsar un par de millones de ucus a prestarme a lo que tienes en mente.

Rinndalir adoptó una típica pose selenita, como si se reclinara mientras permanecía de pie.

-Es evidente que deseamos ejercer cierta influencia en los acontecimientos venideros, y entendemos que nos lo merecemos. ¿Te parece poco razonable? Acabas de reprenderme por lo que consideras imprevisión, a pesar de nuestro éxito. Ahora quieres que transmita de inmediato, sin medir las consecuencias. Te ruego tengas la amabilidad de ser más coherente.

Guthrie suspiró.

-Tengamos una charla grata y esclarecedora. Háblame de esta operación. Tamura y Davis no han tenido tiempo de explicármelo.

-Con mucho gusto. Por tu parte, ¿me contarás cómo te ha ido desde que te separaste de la piloto Davis? Parece la esencia misma de la épica.

-No fue así en su momento, pero... de acuerdo, bastardo, adelante. Supongo que no tuviste problemas para entender mi mensaje, pero ¿qué sentido le atribuiste? ¿Qué pistas tenías?

Los hombres de Rinndalir se dispusieron a escuchar, con la estoica tenacidad que forma parte de la astucia. Rinndalir se acuclilló para poner sus ojos al mismo nivel que las lentes de Guthrie, una cortesía que le costó poco esfuerzo, y comenzó.

-Sabes que mi especie se considera más alejada de la Tierra en espíritu que en distancia. No obstante, nuestros intereses siguen ligados, y naturalmente procuramos mantenernos al corriente de sus asuntos.

Al cabo de un rato, Guthrie dijo, poniendo en la voz la sonrisa burlona que no podía formar con el rostro:

-Te felicito por tu magistral manera de decirme lo que sé desde hace décadas sin añadir nada importante.

-Sólo procuraba exponer ciertas circunstancias -respondió Rinndalir sin ofenderse-. Si prefieres, pasaré directamente al punto de la recepción de tu mensaje.

No habló demasiado sobre la estancia de Kyra en Luna, salvo para mencionar que ella había contribuido mucho al plan de campaña. Al final, propuso un descanso para el té.

-Ojalá pudiera ofrecerte algo de comer, señor Guthrie. ¿Quizás un poco de música? He sabido que te gusta esa música llamada jazz, de principios del siglo XX, y he buscado antiguas grabaciones... ¿No? Estudiemos, pues, las alternativas. ¿Has presenciado Les Sylphides interpretado recientemente por el Ballet de Tychópolis? Una interpretación especial, aunque... -Sus hombres sirvieron exquisiteces. En el momento oportuno, pidió a Guthrie que contara su historia.

-No soy tan hábil como tú para emitir esos ruidos con aparente significado -refunfuñó la emulación.

-Ni tampoco tienes tanto tacto -sugirió jocosamente Rinndalir.

-Así es. Juliana afirmaba que para mí «tacto» era una palabrota. Bien, no tengo mucho que contar. Eiko Tamura me rescató del espacio. Una muchacha muy valiente. Luego me mantuvo escondido en ese secuoya monstruoso que tienen en...

La conversación continuó, meciéndose como un velero entre vientos caprichosos. Rinndalir intercalaba preguntas y coméntanos. Retrocedió en el tiempo, preguntándole sobre los orígenes del conflicto de Fireball con los avantistas, y sobre porqué el cacique de Fireball se había escondido personalmente en América del Norte (un truco muy selenita, señaló); preguntó también qué había sucedido allí y qué significaba... Luego le preguntó por los días que había pasado escondido y los verdaderos motivos por los cuales Eiko Tamura había limitado su compromiso.

-Un conflicto de lealtades, ¿verdad? Si se analiza, su estrategia deja mucho que desear. Podría calificarse de deplorable. Sin embargo, es evidente que su inteligencia supera la media. Si uno tiene en cuenta todos los factores, incluido el carácter esencialmente caótico de la vida orgánica, parece que su intuición fue acertada.

-Tratas de comprender a los humanos desde fuera -comentó Guthrie.

-Es verdad, en cierta medida. No obstante, es posible que comprenda mejor que tú y tu cautelosa civilización el núcleo irracional de las cosas.

Cua ordenó a todos que se aseguraran.

La nave giró e inició la desaceleración, descendiendo de popa. En la pantalla se veía una Luna poblada de cráteres, congestionada de maría azulados. La Tierra era otro círculo, más grande y más brillante en el lado opuesto, gloriosamente blanca y azul. A menos que uno supiera adonde mirar, L-5 se confundía con los astros.

Rinndalir se acarició la barbilla.

-Algún día exploraré ese árbol por mi cuenta -murmuró-. Lo he hecho en un vivífero, pero eso no es suficiente. ¿Sentiste su misterio mientras te mecías en sus agitadas ramas?

-No, nunca he tendido a los sentimientos místicos. Y ahora no me queda mucho por sentir.

Rinndalir miró a Guthrie de hito en hito.

-Pero no te has convertido del todo en una máquina, ¿verdad? -preguntó, en un tono inusitadamente amable.

De nuevo Cua interrumpió desde arriba. Habló en selenita, pues el inglés era innecesario. Un campanilleo y un parpadeo luminoso anunciaron una llamada entrante.

-Nave Inia, DR327, responda.

Arren jadeó, Isabu arqueó los dedos como garras. Ambos miraron a Guthrie. Aquélla era su voz.

-Es el fin -dijo Guthrie-. Te lo dije una y otra vez.

-No podríamos haber llegado a puerto sin ser interceptados, hiciéramos lo que hiciésemos -respondió Rinndalir sin inmutarse-. Confieso que estoy sorprendido de la identidad de nuestro perseguidor.

-Yo no, ahora que lo pienso.

-Recibe, piloto -ordenó Rinndalir. Se sentó, colocó el panel de comunicaciones, lo activó-. Inia al habla. Identifíquese.

-Nave Muramasa, TK96 -respondió el altavoz.

-Clase Katana -murmuró Guthrie-. Antorcha.

-Está usted en posesión no autorizada e ilícita de una nave perteneciente a Fireball Enterprises -dijo la voz-. Regrese a L-5 de inmediato.

-Me temo que es un error -respondió Rinndalir-. La Inia fue confiscada por el gobierno soberano de Luna. Si alguien sostiene lo contrario, acudiremos al tribunal de navegación de la Federación Mundial.

-Lo tengo en el radar -anunció Cua. Transmitió la imagen informática a la zona de pasajeros. Rinndalir orientó a Guthrie para que también él pudiera ver.

-Distancia, veinte mil kilómetros, desacelerando a una gravedad g, encuentro a velocidad similar dentro de media hora -leyó Guthrie para los hombres. Cua sabría interpretarlo por su cuenta-. Probablemente lanzada desde la Tierra, a esa velocidad. Quizá nos hayan seguido con el radar terrícola, pero los datos de L-5 bastarían para trazar un curso.

Su otra voz dijo:

-Piloto de la Inia,, escucha. Habla Anson Guthrie en persona. Tu jefe. Te ordeno, recordándote tu juramento, que lleves esa nave de regreso a L-5. De lo contrario, Fireball tendrá graves problemas.

Sí, los policías de la colonia habían informado a sus amos de lo que les habían dicho. Rinndalir sonrió.

-Eso no sucederá -dijo.

-Pues será mejor que sí -respondió la voz.

-¿Qué harán en caso contrario?

-Son ustedes vulnerables.

-¿Usar la violencia? Inaudito. Ni la Federación ni Fireball lo considerarían justificado, por no hablar de Luna.

-El secuestro de una nave espacial también es inaudito.

-Repito mi afirmación de que no es el caso.

-Afrontaré después las consecuencias -dijo la voz, haciendo una pausa para continuar en un tono menos amenazador-. No queremos causarles daño. Cooperen, permitan que los abordemos, y podrán regresar indemnes de L-5. Sólo nos interesa recobrar una propiedad robada que, sospechamos, está en sus manos. Tal vez sea sin el conocimiento de ustedes. Si me equivoco, además de liberarlo le presentaré una disculpa formal y estaré dispuesto a hablar de compensaciones.

-No dejes que te distraiga mientras ellos se aproximan -protestó Guthrie desde el asiento.

-¿Qué oigo? -rugió la voz.

-Lo que desea oír, quizá -respondió Rinndalir-. No necesariamente lo que es.

-Escuche -dijo rápidamente la voz-. Usted tenía razones para hacer lo que hizo y como lo hizo. Si mantener en secreto esta operación no lo beneficiara, ya habría difundido la noticia por todo el sistema solar. Bien, yo puedo hacerle una oferta. ¿Me sigue? No estoy enfadado con usted. Podríamos hacer grandes cosas juntos. Piense en ello.

-Lo haré -dijo Rinndalir-. Podemos continuar la discusión cuando llegue. Hasta entonces, buen viaje.

Le hizo una seña a Cua, quien cortó la comunicación. La campanilla sonó y la luz parpadeó. Cua desconectó.

-Eso lo decide todo -dijo Guthrie-. Llama a Luna, transmite los hechos y mi imagen, asegúrate de que él sepa que lo has hecho. Se alejará.

-La Policía de Seguridad todavía está en Port Bowen -respondió Rinndalir.

-También tus alguaciles. De modo que alguien recibirá el mensaje además de la Sepo. Y la Sepo también se hará muchas preguntas, ¿verdad? O, si insistes, transmítelo a la red independiente de comunicaciones de Luna. Kyra y yo lo habríamos hecho, en cuanto tuvimos la Maní Mam en órbita, pero ignorábamos vuestros códigos y claves de acceso. Tú los tienes en una base de datos a bordo de esta nave, o bien en tu cabeza. No derroches aliento negándolo. Llama.

Rinndalir se irguió, negro y plateado.

-¿Es la única alternativa a la rendición? -preguntó a regañadientes.

-Sí, a menos que desees aceptar su propuesta.

-No lo creo. Muy bien...

-La Muramasa. ha hecho una maniobra -avisó Cua-. ¡Qué potencia!

Guthrie escrutó la pantalla y soltó un juramento.

Cua miró en torno, moviendo las fosas nasales. Su cabello claro parecía una aureola.

-Ha cambiado de rumbo y acelera al máximo -anunció impasible-. Nos alcanzará dentro de cinco minutos.

-¡Previo que tal vez debiera hacerlo! -exclamó Arren-. Planeó una trayectoria desde la Tierra y un posible encuentro.

Rinndalir se volvió hacia Guthrie.

-Te felicito por tu astucia -dijo-. Ahora no tenemos tiempo para llamar a Luna y dar explicaciones, ¿verdad? Sólo para rendirnos, a menos que tengas otra idea.

-Sí, arriesgar nuestras vidas. Aunque para mí es fácil decirlo.

-¿Qué crees que se propone?

-Si no cedemos... no, no nos embestirá, porque eso también lo destruiría. Trae hombres para tomar la nave. Habrás notado que hablaba en plural, y esos hombres son el motivo por el cual se ha mantenido en una gravedad hasta ahora. Porque estoy seguro de que él es el piloto, conectado a la nave, unido a ella, en comunicación con sus ordenadores. ¡Ojalá yo pudiera hacer lo mismo! Puede pasar cerca para que atravesemos el chorro de sus propulsores. Así abriría el casco. Los trajes espaciales no os salvarán de la radiación.

-¿Tenemos algún recurso?

La luz parpadeó, la campanilla sonó: Rendios.

-Quizá puedas eludirlo -dijo Guthrie, con férrea firmeza-. Sólo tienes una fracción de su impulso o su vector delta. Pero él se desplazará a gran velocidad. Puedes aplicar una fuerza transversal y escabullirte por el flanco. Necesitará tiempo para frenar y reanudar la persecución. Ese tiempo dependerá del castigo que puedan o quieran soportar los hombres que lo acompañen. Quizá no ganemos tiempo suficiente para enviar nuestro mensaje.

-¿Puedes lograrlo, Cua? -preguntó Rinndalir.

La piloto frunció el ceño.

Librodot

-Tal vez. Yo no estoy conectada a esta nave. No puedo eludir al enemigo más de un par de veces.

Rinndalir habló con voz metálica.

-Si lo consigues, el señorío de Mare Muscoviensis será tuyo.

-¡Sí, y la gloria! -exclamó ella. Sus manos volaron sobre la consola. La luz estelar le bañaba el cabello como escarcha.

Guthrie miró al exaltado Arren, al sonriente Isabu, a su señor.

-¿De veras intentaréis esto, cuando pudisteis haber hecho un trato? -exclamó maravillado-. Estáis más locos de lo que pensaba.

Rinndalir soltó una carcajada.

-No, es que tú y tu enemigo sois excesivamente lógicos. ¡Ven!

Alzó a Guthrie y subió al ascensor. Sus hombres se ataron a los asientos.

La Katana apareció, aumentando de tamaño hasta ocultar la vista de Luna, esbelta como un tiburón. Cua tocó una tecla. La aceleración arrojó a Rinndalir contra una barandilla, pero logró sostenerse en pie. La pantalla se llenó con el llamear del escape de la nave-antorcha. Esta desapareció. La Tierra resplandecía con serenidad. La Inia continuaba su trayecto de descenso hacia la Luna.

Rinndalir avanzó dando tumbos, se sentó junto a Cua, se sujetó, sostuvo a Guthrie en su regazo. Le dio una orden a la piloto en su idioma ondulante y melodioso, y ella asintió.

-¿Qué ha sido eso? -preguntó Guthrie.

-¿Tú qué crees? Le he pedido que me comunicara con Luna -respondió Rinndalir.

-¿Dónde, quién?

-No perdamos tiempo -rezongó Cua-. He establecido contacto.

-Debí aprender vuestra maldita jerigonza cuando se inventó -gruñó Guthrie.

En la pantalla de comunicaciones apareció la cabeza de otro selenita. Había hecho un gesto de respeto. Rinndalir le habló brevemente y se volvió a Guthrie:

-Di lo que quieras decir, señor Guthrie. La cámara te tiene en imagen.

La emulación habló usando frases breves y cortantes. El selenita de la pantalla puso cara de sorpresa y escuchó atentamente. De vez en cuando, Rinndalir añadía detalles a la historia. Cua estudiaba las lecturas de sus instrumentos.

-Está regresando -advirtió. Ni una gota de sudor le perlaba la frente.

-Intentará engañaros -predijo Guthrie-. No hagas de nuevo la misma maniobra. Creo que lo sorprenderás si aplicas el máximo impulso de que dispones. -Continuó su narración.

La presión lanzó los cuerpos hacia atrás y hacia abajo. De la nariz de Rinndalir y Cua empezó a manar sangre, muy roja contra su tez marmórea. Un hombre gruñó a popa. Pero la antorcha llameó en la pantalla, sólo en la pantalla. Y pronto se perdió de vista. Guthrie siguió hablando. El peso se redujo al de una gravedad lunar.

Los pedúnculos oculares se volvieron hacia el manchado rostro de Rinndalir.

-Hecho -jadeó Guthrie-. Comuniquémonos con la otra nave.

Cua obedeció.

-Inia a Muramasa -canturreó Guthrie-. Responda.

La pantalla permaneció en blanco, pero su voz rugió:

-Muramasa a Inia. Conque lo has logrado, ¿eh?

-Sí. En Luna saben la historia, y tienen un vídeo mío y de estas simpáticas personas. Puedes liquidarnos si gustas, pero los radares lunares nos han detectado, los sensores ópticos nos están buscando, y en general no estaría bien visto.

Una risotada.

-No, sospecho que no. Naturalmente, lo negaremos todo.

-Niega cuanto quieras, si te divierte.

-No me divierte. Sólo me ayuda. No pensamos cruzarnos de brazos.

-Tú podrías.

-No podríamos. Yo no podría. Al cuerno con la amnistía.

-Te han convencido, ¿eh? ¿No quieres una reprogramación? ¿Ser de nuevo el mismo hombre?

-¿Hombre? ¡Ja!

Silencio, salvo por el zumbido de las naves y al áspero jadeo de los cuerpos maltrechos.

-Bien -dijo Guthrie desde la Inia-, seguro que podremos negociar algún tipo de paz contigo y tus amigos.

-Si los tuyos lo permiten -dijo Guthrie desde el Muramasa-. Por lo que he oído sobre ellos, ten cuidado.

-Hasta la vista.

-Toujours gai. -Así se había despedido Juliana en más de una ocasión. El punto de transmisión se apagó.

Guthrie miró a Rinndalir.

-¿Te encuentras bien? -preguntó.

-Sobreviviré -respondió el selenarca-. Por suerte, tuve el acierto de traer un buen vino.

-Y tanto. Emborráchate, y bebe un trago por mí. -El buen humor de Guthrie era mecánico. Su mente estaba en otra parte-. Nos recibirán con mucha pompa, ¿verdad?

Rinndalir se retrepó en el asiento. Volvió hacia Guthrie el rostro > manchado de sangre.

-No lo creo -dijo.

-¿Qué? ¿Quieres decir que tu gente no difundirá la noticia?

Rinndalir alzó una mano.

-No temas. Yo no podría evitarlo aunque quisiera. Lo más probable es que el mensaje haya sido recibido por más de una emisora. En cualquier caso, la subsiguiente actividad, tanto nuestra como del enemigo, será imposible de ocultar. Los rumores crecerán de forma incontrolada.

«Simplemente me propongo actuar tal como te dije, con precaución. Antes de que esta nave regrese a Port Bowen, se posará en un campo espacial lunar. Desde ahí te trasladaremos a un lugar seguro, desde donde prepararemos y transmitiremos tu manifiesto para el sistema solar.

34

Habiendo cesado sus salvajes aceleraciones, la Muramasa, se dirigió hacia L-5 a media gravedad. Félix Holden se liberó de su asiento, se levantó penosamente y con andar torpe se aseguró del buen estado de sus cinco hombres. Bien adiestrados y en óptimo estado físico, no habían sufrido excesivamente. Los que habían perdido el conocimiento se recobraron, se palparon, respondieron que se encontraban bien. Estaban tan aturdidos por lo que había sucedido como por lo que habían padecido.

Holden no quería subir a la consola del piloto en ascensor cuando pesaba cuarenta kilos. Subió con esfuerzo la escalerilla, se desplomó en la silla de control. Una pantalla semicircular reproducía las estrellas en todo su esplendor, una Tierra resplandeciente, el recortado perfil de la Luna contra la oscuridad.

No vio al piloto. El nuevo Guthrie estaba escondido debajo de interruptores y medidores, conectado directamente a sensores, efectores y ordenadores, corazón y cerebro del sistema. Con sus instrumentos también miraba hacia dentro, sentía las fuerzas. Saboreaba la química del aire, apagaba el tenue chisporroteo de los iones.

-¿Está usted bien? -preguntó.

Holden asintió rígidamente.

-Hemos sobrevivido, señor.

-Lamento haberles sometido a ese zarandeo. He procurado no alcanzar velocidades que les causaran lesiones permanentes pero... lo que más lamento es que ha sido en vano.

-Entonces ¿piensa dejarlos ir?

-No tengo opción. Han difundido la historia. He escuchado una parte de la transmisión.

Holden suspiró.

-Si usted los matara, las cosas serían peores para nosotros.

-No estoy tan seguro -gruñó Guthrie-. Quién sabe cómo se aprovechará Rinndalir de esta situación. Ojalá lo hubiera conocido en persona, para prever mejor sus reacciones. -Una risotada ronca-. Sospecho que mi otro yo, que sí ha tenido una experiencia directa, no está saltando de alegría. Pero ya veremos. Obviamente no podía cometer lo que todo el mundo calificaría de matanza injustificada.

-¿Qué piensa hacer?

-Tocar de oído, devolver los golpes, apostar según las cartas que tenga. Juliana siempre se quejaba de mis metáforas. -La broma cesó-. ¿Acepta, coronel?

Holden irguió la cabeza.

-Estoy dispuesto a cumplir con mi deber, señor. Lo mismo digo de mis hombres.

-Pero lo que usted considera su deber dependerá de lo que suceda, ¿eh?

La nave podía destruir a los humanos con sólo abrir las cámaras de presión.

-Sí, señor. Y espero que usted esté de acuerdo.

-Bueno, mi relación con su Gobierno es distinta. Sin embargo, escuche. Pienso recargar combustible en L-5 y regresar al espacio, para estar preparado contra lo que pueda pasar. Necesitaré su ayuda para eso. Y creo que después, ya que he llegado a conocerle, usted será el más indicado para estar al mando de la guarnición de la Sepo en la colonia.

-Pero ¿qué podemos hacer sino evacuarla? -preguntó el asombrado Holden.

-¿Perder una pieza tan valiosa a cambio de nada? No lo dirá en serio.

Holden miró hacia la Tierra. Tenía familia allí. Guthrie esperó.

-Mis hombres y yo haremos lo que ordenen nuestros superiores, señor -dijo Holden.

-Con eso basta. Los llamaré. Siéntese. Se han ganado un descanso, todos ustedes.

-Señor -murmuró Holden, asombrado por su amabilidad-, ya entiendo por qué su gente siempre lo ha seguido.

-¿Seguido? ¿A mí? En fin. Tranquilo, déjeme trabajar.

Centelleó un haz invisible. Un diminuto satélite, uno de los muchos que orbitaba la Tierra, lo detectó y respondió con una señal de identificación. El haz se estrechó para rastrear esa única retransmisión hasta que fuera reemplazada por la siguiente. Su contenido cifrado pasó a una estación terrestre y de allí a Futuro. La noche cubría la capital de América del Norte, pero Enrique Sayre seguía despierto en su oficina.

Holden no vio su imagen ni oyó sus palabras. Guthrie las recibía como datos que él interpretaba como un rostro y una voz. Habría sido erróneo decir que un ordenador lo hacía. Ciertos centros del cerebro vivo procesan datos que reciben de los nervios óptico y auditivo, pero quien percibe el mundo circundante es el ser humano en su totalidad. Una vez conectado, Guthrie recibía el espectro electromagnético como el hombre percibía la luz. Se movía por campos de gravedad como antaño se había movido a través del viento y sobre las olas. Sabía dirigirse hacia un objetivo móvil como antaño había sabido arrojar una pelota o disparar un rifle. Las sensaciones y conocimientos eran más abundantes que cuando vivía, y habrían resultado abrumadores de no ser tan nítidos. La física es manejable, a diferencia de la biología, porque es sencilla. Y es incomprensible, a diferencia de la biología, porque es extraña.

-¿Y bien? -exclamó Sayre-. ¿Cuál es el resultado? -Estaba ojeroso. Parecía agotado.

-Eran ellos, en efecto -respondió Guthrie-. Han difundido la noticia en Luna antes de que yo pudiera detenerlos. Pronto estarán allí.

El silencio vibró mientras los fotones corrían en ambas direcciones.

Sayre se desplomó en su silla.

-¿Entonces el juego ha terminado? -Se puso rígido-. No. Seguiremos adelante. Regresa. No a Quito; supongo que eso ya es imposible. Te daremos asilo.

-No, gracias -respondió Guthrie-. ¿Para quedarme quieto como un inútil? Escucha. Aún podemos sacar partido de esto. ¿Recuerdas mis suposiciones sobre los selenitas cuando nos enteramos de que visitaban L-5? Era evidente que se proponían sacar a mi gemelo de allí, y lo han conseguido. Pero no proclamaron de inmediato que lo habían hecho, ni el porqué. De hecho, guardaron silencio hasta que los obligué a decirlo. ¿Eso no te sugiere que tienen aviesas intenciones? Ignoro cuáles, pero pueden ser para ti peores que las de mi gemelo. Por otra parte, recuerdo un viejo refrán. A río revuelto, ganancia de pescadores. A eso me atendré.

Pausa.

El humano miraba como si viera un rostro en la pantalla que tenía delante. Tal vez lamentaba no verlo.

-¿Qué te propones?

-Por el momento, ir a L-5, tomar masa de reacción y antimateria y patrullar el espacio. Dejaré allí a mi tripulación, y quiero que el Sínodo designe a Félix Holden comandante de

nuestras fuerzas en L-5. Así podrá proveer de inmediato mis necesidades, y contaremos con un hombre capaz, listo y de confianza.

Pausa.

-No sé -murmuró Sayre-. Algunos detalles de su psicoperfil... eso sí, es leal.

-Los hombres como él escasearán en cuanto se difunda la noticia -advirtió Guthrie-. Déjame actuar a mi modo en el espacio. Tú estarás más que ocupado en casa. Entre los dos, quizá logremos dominar la situación. Quizá terminemos ganando la partida.

Sus sentidos electrónicos sondearon el espacio hasta encontrar el gran cilindro que giraba contra las estrellas.

Librodot

35

La habitación adonde llevaron al viejo Guthrie una vez acabado su discurso no era amplia, pero luces y sombras, fluctuando en el techo, las paredes y el suelo, daban una sensación de amplitud inestable como en un sueño. Lo dejaron sobre una mesa con sumo cuidado: debía comprender que no podían perder mucho tiempo; no lo dejarían solo más de lo estrictamente necesario; si deseaba distracción, sólo tenía que dar órdenes al multiceptor.

El multi no tenía líneas de comunicación con el mundo exterior. Guthrie lo dejó apagado y aguardó en su caja, sumido en sus pensamientos.

Al fin apareció la dama Niolente, la túnica plateada titilando en el fulgor crepuscular, la falda susurrando con cada sigiloso paso. Se acercó a la mesa y miró las lentes.

-Hola, señor Guthrie -saludó-. ¿En qué puedo servirte?

-Lo sabes muy bien -rezongó Guthrie-. ¿Dónde está Rinndalir?

Ella extendió los dedos en abanico; una terrícola quizá se habría encogido de hombros.

-Hay muchas cosas en juego. En este momento, él debe ocuparse de gobernar. Yo, ya que tengo un poco de tiempo libre, he venido a verte.

-Sí, claro, hay que estar en todo. ¿Entonces por qué diablos me tenéis encerrado aquí? Ni siquiera sé a qué parte de Luna me habéis traído.

-Rinndalir prometió rendir cuentas en el momento oportuno. Para eso he venido.

Guthrie soltó una complicada maldición.

-Conque a rendir cuentas, ¿eh? De acuerdo, dime qué queréis de mí, negociemos y suéltame, por Dios. Tengo que hacerme cargo de Fireball. ¿No os lo podéis meter en la cabezota? Ahora debe parecer un nido de víboras.

-No, mi señor Guthrie -respondió ella con serenidad-. Hasta el momento, se mantiene un orden precario.

-Bien. Los consortes tienen sentido común, y están habituados a pensar por su cuenta; pero aun así, esta noticia...

-Sólo circulan rumores, ocasionados por esa llamada a Luna que te viste obligado a hacer desde el espacio.

-Que Rinndalir se vio obligado a permitir, querrás decir. Yo quería... ¡Un momento! ¿Quieres decir que habéis tratado de desmentir ese mensaje, y que no habéis emitido la declaración que hice aquí?

-Eso habría resultado imprudente en ese momento, como mi señor comprenderá en cuanto reflexione. -Niolente sonrió-. La grabación acaba de emitirse. Permíteme mostrarte cómo ha salido.

Guthrie retrajo los pedúnculos oculares como un gato yergue las orejas.

-Sí. Hazlo.

Niolente canturreó una orden. El multiceptor se iluminó. Una voz artificial explicó, mientras se veía un fondo de símbolos de EMERGENCIA que se difundiría el importante mensaje anunciado horas antes, por lo que se anulaban todas las transmisiones regulares. Salió luego la imagen de Rinndalir, quien se identificó y explicó que la Selenarquía se tomaba con mucha seriedad lo que vendría a continuación. No lo dijo con la solemnidad propia de un político de la Tierra, sino en un tono displicente, casi risueño, al estilo selenita.

-Hasta ahora grandioso. ¿Y? -rugió Guthrie.

Su propia imagen apareció en pantalla, la imitación electrónica de un hombre corpulento de mediana edad, vestido desenfadadamente y con la ropa algo arrugada, de ojos claros que miraban directamente al público, voz profunda y ronca.

-Para Fireball Enterprises y todos los demás, habla Anson Guthrie.

-Ya, ya -dijo el programa desde la caja-. ¿Qué hay?

Niolente aguardaba de pie, resueltamente, una estatua viviente.

El Guthrie del cilindro describió lacónicamente lo que le había sucedido al Guthrie de la caja. No entró en detalles ni mencionó a ninguno de sus aliados, excepto Rinndalir, porque los demás aún corrían peligro. En cuanto al encuentro en el espacio con su otro yo, se limitó a decir que una nave había interceptado la Inia...

-¡Un momento! -ladró Guthrie desde la caja. Niolente le apoyó una mano encima. Guthrie no sintió el gesto, limitado como era cuando estaba desconectado, pero lo vio y ahogó sus juramentos.

Afortunadamente, explicaba la imagen, la acción evasiva había frustrado el ataque. A la luz de ese atentado, el más reciente de los muchos que los avantistas habían cometido a través de los años contra Fireball, la libertad y la pura decencia...

-Consejeros y consortes, ¿no hemos aguantado lo suficiente? No hablemos ni siquiera de venganza, o de simple justicia contra las personas que ordenaron y llevaron a cabo estas violaciones. Podemos presentar el caso ante la Federación Mundial y tal vez lograr que la Autoridad de Paz lo someta a juicio, pero ¿con qué propósito? El gobierno avantista de la Unión de América del Norte continuará. En él se nutrirán más individuos dispuestos a usar su maquinaria para realizar nuevos actos de este tipo, que aplastarán al pueblo norteamericano y sus libertades. Constituye una amenaza para la paz y la supervivencia mundiales, y es similar a sus predecesores: la Santa Liga, la Renovación, el comunismo, el fascismo, el nacionalismo, todos los absolutismos de la historia. Es nuestra misión terminar con el avantismo.

En el rostro se dibujó una sonrisa sombría.

-Como no soy político, no emprenderé una gloriosa cruzada para que miles de personas se maten mientras yo disfruto de mis privilegios sentado en casa. Sin embargo, en el curso de mis peripecias en la Tierra, he aprendido bastante sobre un movimiento de resistencia de América del Norte. Los avantistas llaman Caóticos a sus integrantes, de modo peyorativo, para hacerse propaganda, cuando son hombres y mujeres que desean recobrar la libertad, bien organizados y responsables. El avantismo está podrido y se desmorona. Los revolucionarios quieren hacerlo caer pronta y limpiamente, antes de que pueda causar más daño.

»Yo no puedo aconsejarles cómo hacerlo. Pero si deciden levantarse contra los avantistas, mientras las ofensas contra Fireball aún están en la memoria de todos, pediré a esta última que les brinde todo su apoyo. Repito que no se trata de una venganza. Tanto yo como Fireball hemos amado siempre la libertad.

Cuando al cabo de un instante (un instante brevísimo, pues Guthrie nunca había estado muy dotado para la oratoria) el cilindro quedó en blanco, Guthrie calló medio minuto.

-Muy ingenioso -comentó-. ¿Cuánto teníais preparado de antemano?

-Muy poco, porque no sabíamos cuándo ni cómo se presentaría la ocasión -admitió Niolente.

-Edición y revisión por ordenador en base a análisis de cada grabación, de cada charla que he dado, y de mi biografía y el psico-perfil derivado de ella... un trabajo muy profesional. Pronto las máquinas harán nuestro papel mejor que nosotros mismos, ¿no?

Niolente se le plantó delante.

-Los cambios son ínfimos -dijo con voz divertida.

-Sí, tan ínfimos como cambiar «invierno» por «infierno».

-Tú ansiabas terminar con los avantistas.

Guthrie no podía negar con la cabeza, pero lo hizo con el tono de voz.

-No. No de esa manera, al menos. Incitar a una rebelión... ¿Habéis pensado en los riesgos? Queréis desencadenar un proceso que será incontrolable, y cuyas consecuencias serán imprevisibles. ¿Por qué?

-Precisamente por ese motivo.

-¿Destrucción porque sí? No podéis dar semejante paso, ¿o sí?

-En cierto modo, sí. Hace falta un salto cuántico para salir de un agujero negro.

-No me interesan en absoluto las justificaciones. ¿Qué pensáis hacer ahora?

-Esperar, y observar lo que sucede.

-Lo cual será interesante, sin duda. Habéis removido el hormiguero... Pero sin mi dirección, Fireball no podrá realizar un esfuerzo sostenido. Todo el mundo se preguntará por qué no he aparecido personalmente. No podéis seguir con esta farsa. Si tratáis de simularme impartiendo órdenes desde aquí, pronto quedaréis en ridículo.

-Es verdad. -Niolente sonrió-. No temas, mi señor Guthrie. Pronto te liberaremos, una vez tomadas las debidas precauciones. El momento de hacerlo depende del curso de los acontecimientos y de la impresión que saquemos de ellos, pero no falta mucho.

-Cuando toda la jauría ande suelta. Escucha, en esa emisión fraudulenta no se mencionaba a mi otro yo y su nave-antorcha. ¿Comprendéis la magnitud del peligro? Yo sí.

-Así -dijo ella de buen humor-, cuando recobres la libertad, no tendrás más opción que llevar a Fireball a la guerra.

-¿Y después?

-Después quizá desees volverte contra nosotros. Pero créeme, no lo considerarás prudente.

Guthrie calló. Sombras y colores borrosos nadaban a su alrededor. Niolente se erguía como una vela sin encender.

-Tengo el triste presentimiento de que tienes razón -dijo al fin-. Suponiendo que haya un mañana para nosotros. Podríamos perder, ¿sabes? Todos podríamos salir perdiendo. Todo podría destruirse.

-¿Qué podría ser peor que lo que ahora nos domina? -respondió Niolente.

36

La Sepo de L-5 podía controlar las emisiones pero no las recepciones. Hubiese sido una provocación innecesaria. Kyra Davis escuchó el mensaje que Guthrie emitía desde Luna con la familia que le brindaba refugio.

-¡Entonces lucharemos! -exclamó, alzando el puño-. ¿Y yo tengo que esconderme aquí mientras espero?

Wang Zu frunció el ceño.

-Esto es extraño -comentó-. Nunca habría esperado que el jefe incitara a la guerra. Más de una vez le he oído decir que ha visto suficiente violencia para toda la vida y hasta que se extinga la última estrella.

-Pero no ha incitado a la guerra, de hecho -aventuró su esposa-: Sólo ha prometido ayuda en caso de que estalle una revolución.

Wang sacudió la cabeza.

-¿Por qué hacerlo si no la deseara, si no quisiera actuar como detonante?

Kyra los miró enfadada.

-¿No queréis deshaceros de estos matones? -Tragó saliva-. Lo lamento. Perdonadme, por favor. Después de tanta amabilidad por vuestra parte...

Lin Mei-ling le palmeó la cabeza.

-Te entendemos. Esto es muy difícil para ti -dijo sonriendo-. Quizá somos demasiado pasivos. Pero se necesita muy poco para destruir esta nación.

Kyra la abrazó.

-Y tenéis hijos -tartamudeó.

-Debemos creer que el jefe sabe lo que hace -dijo Wang, aunque dudando-. Tal vez los selenarcas le hayan prometido o informado de algo. Nada podemos hacer, salvo esperar.

-Y continuar con nuestra labor -dijo su esposa.

Sí, pensó Kyra, ellos tenían una labor. Ella debía recurrir a su disciplina y aguardar pacientemente el desarrollo de los acontecimientos, recurriendo a sus técnicas de relajación, sus mantras y sus recuerdos. Eso le resultaría más difícil en esa casa modestamente amueblada que en el espacio.

Estar casi siempre sola le facilitaba las cosas. Los hijos de los Wang pasaban una semana en el astrocampamento, adiestrándose en las aptitudes que se requerían en las emergencias y la vida cotidiana. Era uno de los motivos por los cuales Eiko la había dejado allí.

Transcurrieron treinta horas.

Llegaron noticias de la Tierra. Una explosión había destruido el cuartel general de la Sepo en San Francisco. En las imágenes se veían ruinas humeantes, vehículos y máquinas de rescate correteando como hormigas; un locutor explicaba con voz lúgubre que los muertos y heridos se contaban por docenas y que estaba seguro de que los asesinos eran terroristas. ¿No lo había advertido el gobierno de América del Norte, no había implorado colaboración? En cuanto a las absurdas declaraciones emitidas desde Luna, los enemigos de la civilización eran tan capaces de perpetrar un fraude como los avantistas a quienes acusaban, y era mucho más probable que fueran ellos quienes lo hicieran.

Tres horas después, se repitió la misma atrocidad en Denver. Entretanto, la policía había confirmado que el instrumento del primer atentado había sido una pequeña aeronave deportiva autodirigida y cargada con gigantita, que se había lanzado en picado desde la estratosfera. Posiblemente la misma técnica usada para el segundo golpe. No habría un tercero. Las fuerzas nacionales estaban en alerta máxima y el presidente estaba a punto de imponer la ley marcial.

-¿Y en qué notaremos la diferencia? -se burló Kyra.

-¡Una noticia de última hora! La oficina de Global News Associates en París se ha puesto en contacto con personas que dicen ser líderes del movimiento revolucionario clandestino de América del Norte. A condición de no revelar el paradero de dichas personas, Global está autorizada a transmitir la siguiente declaración.

Dicho esto apareció un hombre delgado con una sencilla túnica gris y un cometa estilizado en el pecho, hablando con más suavidad de la que cabía esperar:

-Jack Bannon, en representación del Ejército de Liberación. Nos llaman Caóticos, y deploramos que algunos dementes y criminales aprovechen esta oportunidad para desquitarse. No están con nosotros. Somos el núcleo organizado de resistencia contra la tiranía avantista. Nuestro único propósito es derrocarla y restaurar el gobierno constitucional, y las libertades democráticas en nuestro país. Hemos aguardado en el anonimato, no porque careciéramos de fuerza sino porque la lucha podía descontrolarse. Las armas de que disponen ambos bandos: explosivas, incendiarias, tóxicas, radiactivas, biológicas, electrónicas, de sabotaje informático... esas armas, digo, pueden cobrarse muchas vidas inocentes.

Eso no era del todo cierto, pensó Kyra. Si la organización de Bannon era tan eficiente como él afirmaba (y la experiencia de Kyra sugería que así era) entonces debían dirigirla tan rigurosamente como lo permitían la psicodinámica y una disciplina implacable. De lo contrario se habrían infiltrado en ella tiempo atrás y la habrían desbaratado. (Seguramente algunos agentes de la Sepo, tratando de infiltrarse, habían terminado en tumbas anónimas. Sus superiores no darían a conocer las bajas.) Para estar sujeta a tanto control, debía ser una organización pequeña, y no podía afrontar sola a sus enemigos.

Se limitaba a esperar, recurriendo a envíos clandestinos del exterior, tal vez a instalaciones secretas en suelo extranjero, preparándose y haciendo propaganda hasta que las circunstancias desequilibraran al Gobierno. Y entonces el Ejército de Liberación asestaría varios golpes estratégicos para provocar un levantamiento general a la cabeza del cual se pondrían sus cabecillas. Así se desencadenaban las revoluciones en la historia. A menudo la perspectiva de una fuerte ayuda externa impulsaba a los rebeldes a cruzar su Rubicón. El discurso de Guthrie... Bannon lo sabía.

-Tenemos a la poderosa empresa Fireball de nuestra parte, si demostramos ser dignos de ello -estaba diciendo-. Y sin duda los países libres del mundo se pondrán de nuestra parte y acudirán en nuestra ayuda cuando la causa que defendemos se reafirme.

No, no lo harían, pensó Kyra, o sólo intervendrían cuando ya no importara demasiado. No harían nada si los avantistas aplastaban la insurrección con rapidez suficiente para que el conflicto no amenazara a nadie más; o si la Federación decidía que la intervención de Fireball sentaba un precedente que la Autoridad de Paz no podía consentir.

-Pueblo de América del Norte, aconsejamos prudencia. Pedimos a todos que realicen su labor cotidiana, mientras sea posible. Que eviten la violencia, que se limiten a negar su apoyo a las autoridades avantistas; que oigan a sus dirigentes, a los líderes de las sociedades, logias, iglesias y organizaciones en las que confían. Que hagan lo que ellos aconsejan. Pero cuando llegue la hora, que todos se unan para librar una batalla por la libertad.

-¡Es un llamamiento a las subculturas! -jadeó Wang-. Comienzan incitando a la desobediencia civil, pero pronto pasarán a las huelgas, al sabotaje, los disturbios y la matanza.

-Y la matanza será principalmente obra de los militares y la policía, a menos que Fireball pueda detenerlos antes -respondió Kyra-. ¡Oh Dios, y yo aquí sentada!

-Para terminar -continuó Bannon- el mejor mensaje que puedo daros fue escrito hace mucho tiempo cuando la gente de este continente reclamó su libertad. Con las nobles palabras: «Consideramos que estas verdades son evidentes, que todos los hombres son creados iguales...»

Su imagen desapareció. El locutor habló en francés. Kyra escuchó a medias la traducción del multi. Los coméntanos exaltados y previsibles, luego:

-En Hiroshima, la presidenta de la Federación Mundial, Mukerji, ha anunciado que hoy se inaugura la reunión plenaria extraordinaria del Alto consejo y la Asamblea que ella convocó. Muchos delegados participan personalmente; el resto lo hará por red. Entretanto, la presidente Mukerji ha exigido que Anson Guthrie desmienta la declaración que se le atribuye, según la cual ha prometido ayuda en una disputa puramente política. Afirma que si no lo hace con prontitud, pedirá una resolución reclamando sanciones contra Fireball Enterprises.

Wang se levantó de la silla.

-Iré a la oficina -dijo.

-¡Pero si es casi medianoche! -protestó su esposa.

-Tal vez allí logre enterarme de lo que están haciendo nuestras naves y nuestra gente -dijo Wang, y se marchó.

Ambas mujeres se miraron.

-Zu tiene razón -susurró Mei-ling-. Cuanto más pienso en ello, menos puedo creerlo.

-¿Por qué? -preguntó Kyra, resistiéndose a admitir que intuía la respuesta.

-Cuesta creer que Guthrie haga semejante promesa. -Mei-ling se miró el regazo, las manos entrelazadas-. Tiene motivos para estar furioso, sí, pero él buscaría satisfacción ante un tribunal de la Federación, o podría interrumpir nuestro comercio con la Unión hasta obtener lo que desea. Él ya lo ha sufrido. Aquí estamos nosotros, y allí abajo hay cientos de consortes rehenes de los avantistas o en peligro a causa de la lucha. ¿Por qué provocaría una situación así? ¿Es eso lealtad?

Kyra se mordió el labio.

-Es verdad que está con los selenitas, o lo estaba hasta hace poco. Nunca confió demasiado en ellos. Yo fui a buscar su ayuda, por si Tamura fallaba, y... -Recordó la sonrisa del apuesto Rinndalir, sus gráciles manos, que habían sido tan sabias-. No fueron muy explícitos conmigo, pero aún no podemos juzgar. ¡No tenemos suficiente información! -Sintió un nudo en la garganta-. Sólo podemos esperar.

A veces conversaban, a veces dormitaban, a veces ponían las noticias; veían las mismas escenas, escuchaban las mismas palabras inanes repetidas en todo el globo. Al amanecer supieron que se congregaban las multitudes en diversas megalópolis. Vehículos blindados patrullaban y aeromóviles armados zumbaban en lo alto, aunque aún no había intentos de dispersar las muchedumbres. Dos veces las transmisiones fueron brevemente interrumpidas por una grabación de Félix Holden, nuevo jefe de la guarnición de L-5. Con extraña serenidad, al igual que Jack Bannon, pidió a la multitud que mantuviera el orden y anunció que sus patrullas habían obtenido refuerzos incorporando alguaciles coloniales voluntarios, puesto que los tumultos podrían tener consecuencias devastadoras.

Wang regresó, ojeroso y ronco.

-En el espacio, confusión -dijo-. La Sepo no es un impedimento, pero recibimos pocas llamadas y no podemos interceptar muchas más. ¿Cómo responderemos? Por lo que he oído, las naves y estaciones se gritan a través del espacio preguntando qué significa esto y qué deben hacer.

-Me parece que yo haría lo mismo -admitió Kyra.

¿Y qué otra cosa podían hacer? Veleros solares no tripulados, que navegaban durante meses o años. Máquinas para explorar, excavar, refinar, cargar, descargar, mantener, y los escasos hombres y mujeres que supervisaban su labor. Lanzaderas construidas para mundos concretos y sus inmediaciones, no para viajar a otras partes. Algunas colonias, burbujas ambientales, con sus habitantes e industrias. Las naves de línea que las servían, grandes y cómodas, pero seguras sólo dentro de estrechos límites de tensión. Naves-antorcha como la suya, capaces de recorrer el sistema solar en días, pero que, a menos que pudieran reabastecerse en alguna parte, agotarían su vector delta y navegarían a la deriva. ¿Cuáles estaban a distancia suficiente para llegar a tiempo y actuar?

¿Actuar? Las naves espaciales no llevaban armamento.

Kyra tenía sus ideas al respecto, pero prefirió guardárselas.

-Sospecho, aunque no estoy seguro -suspiró Wang-, que Fireball hará poco o nada, a menos que el jefe se presente en persona y exponga un programa concreto.

Porque sus capitanes y dotaciones siempre habían asumido la responsabilidad, pensó Kyra. La presente medida era demasiado radical y demasiado inconcreta. Aguardarían hasta saber más.

Y entretanto los Kayo se sublevarían esperanzados y, sin ayuda, serían masacrados.

Si los avantistas eran listos, harían lo posible para proteger al personal de Fireball en la Unión y en L-5. Desde luego, quizá no fueran demasiado listos en el calor de la batalla, o quizá lo intentaran y fracasaran. Todo era imprevisible una vez que se desataba el caos.

-Él puede aparecer en cualquier momento -aventuró Kyra.

-No sé.

Wang fue a acostarse. Su esposa lo siguió. Al cabo de un rato, Kyra se fue a la habitación que le prestaban, se desvistió y se acostó. Se durmió con asombrosa rapidez.

Estaba en lo alto del Árbol, el Árbol que era madre de todo; ella era el Árbol, con una raíz en la muerte y una raíz en la desolación y una raíz en los mundos de la vida; su tronco sostenía la creación y sus ramas sostenían un verdor que suspiraba y temblaba en el viento, un viento gemebundo que iba transformándose en vendaval («¡despierta, despierta!»), hojas arrancadas, ramas crujientes, tronco trémulo. «¡Despierta,, despierta!»

Kyra abrió los ojos y se encontró con los de Eiko.

-¡Qué demonios...!

Se incorporó.

Eiko dejó de sacudirle el hombro.

-Lo lamento. -Le temblaba la boca y su voz era como una cuerda de arpa a punto de partirse-. Debes oírme. No me he atrevido a telefonear, pero no creo que nadie me haya seguido. Te necesitamos. A menos que te sientas tan impotente como nosotros.

Kyra se levantó. El aire era fresco. Iba a recoger la ropa que se había quitado pero se arrepintió. Después de tantas horas frente al multi, apestaban. Ella también.

-Continúa.

-Un anuncio del coronel Holden. Dos naves de Fireball acaban de salir de Luna con rumbo a la colonia. Han transmitido que traen hombres y se proponen desembarcar. Exigen que los agentes de la Sepo depongan sus armas y acepten la detención hasta que puedan ser transportados a la Tierra.

Kyra, en vez de entusiasmarse, se sintió abatida, pues vio la cara de Eiko y oyó la continuación del rápido informe.

-Luego otro mensaje, de Guthrie... del que afirma ser el verdadero Guthrie. Ha ordenado el regreso de esas naves. Tiene una nave-antorcha en las inmediaciones. Si las naves continúan, las atacará. Ha advertido que ese combate nos pondría en un grave peligro: propulsores, escombros, naves a la deriva. La nave-antorcha nos protegerá todo el tiempo que sea necesario, dijo. Las naves de Luna no han cambiado el rumbo, pero se mantienen en órbita a cierta distancia.

-¿Holden ha anunciado esto?

-Habría preferido guardar el secreto, pero en Control de Estación oyeron la comunicación y llamaron a familiares y amigos antes de que sus agentes pudieran impedirlo. Luego me telefoneó personalmente para preguntarme si podía contribuir a evitar el pánico. Le respondí que mi padre era el más indicado para eso y que debía liberarlo. Holden quería que lo persuadiera de cooperar. Le dije que no sería necesario. Después de eso, interrumpí la comunicación y vine aquí antes que Holden pensara en hacerme detener.

-El que está ahí fuera debe de ser el falso Guthrie. En las inmediaciones, quizá. Tal vez en la antorcha -dijo Kyra automáticamente, mientras se preguntaba qué hacer-. A menos que se trate de otro engaño pergeñado por la pandilla de Sayre.

-No, es verdad. En su anuncio, Holden nos mostró las imágenes ópticas y las lecturas de radar. ¿Por qué iba a falsificarlas? Su autoridad sobre nosotros ya es bastante precaria.

-¿Por qué has acudido a mí? -exclamó Kyra-. Yo no habría tardado en enterarme.

-¿Y entonces qué? Pensé... -Eiko tiritó. Ella también debía tener frío-. Tú tienes tu nave-antorcha aquí. Esta puede ser tu oportunidad para escapar. La última oportunidad, sin duda. Escapa a Luna o a la Tierra... a Quito, Hiroshima. Divulga lo que has visto. Acepta un sondeo profundo si es necesario, para demostrar que dices la verdad. Los avantistas tendrán que negar al falso Guthrie. La Autoridad de Paz tendrá que trabajar con Fireball para liberarnos de esa nave-antorcha. Habla en nuestro nombre, ruega en nuestro nombre.

Kyra frunció el ceño.

-¿Escapar? He pensado mucho en ello. Pero Eiko, ¿crees que puedo ir hasta el muelle, subir a la nave y partir? Necesito la autorización de Control de Estación. La Sepo no vigila sus comunicaciones, pero las operaciones están suspendidas a menos que el coronel las autorice. ¿Y cómo propones que el personal regrese a sus puestos sin autorización de Holden? En cuanto a solicitar el permiso, por favor, no me hagas reír. Debo de ser la única piloto de L-5 apta para pilotar una nave-antorcha, y soy la célebre y buscada secuestradora Kyra Davis.

-Sí, lo sé. -Los ojos castaños de Eiko se llenaron de lágrimas-. Pero he ideado un modo. Puede fallar, y pueden arrestarte o algo peor. En el mejor de los casos, correrías un riesgo enorme. No te pido que lo corras. No puedo pedírtelo, ni siquiera en nombre de toda Ragaranji-Go. Pero al menos, dame tu opinión.

Una llama pareció encenderse. Kyra sujetó a Eiko por los brazos, con tanta fuerza que la menuda mujer jadeó de dolor.

-¡Dímelo! -gritó.

Cuando hubo oído, frunció el entrecejo, serena por fuera, un remolino por dentro, y al fin preguntó quedamente:

-¿De veras crees que puede resultar? La Sepo tiene las armas.

-Nosotros tenemos el número -respondió Eiko, con igual calma-. Es probable que el coronel Holden no se decida a empezar a matar.

-Sí, es probable. Además, las pistolas de impacto, el gas... podrían no ser suficientes si la multitud está muy resuelta, y las armas letales pueden provocar una reacción en toda la colonia que resultaría fatal para su autoridad. Pero quizá no razone como nosotras.

-Hablé con él poco después de su llegada, cuando le supliqué que dejara en libertad a los detenidos. Se negó, pero no es mal hombre. Más aún, sospecho que no es avantista, a pesar de que lo aparenta. Es un patriota norteamericano que cree cumplir con su deber.

-Muchas cosas dependen de su punto de vista. -Kyra reflexionó medio minuto más. Era un tributo a su sentido común contra el que pudo al fin la impaciencia. Echó la cabeza atrás y soltó una carcajada-. ¡De acuerdo! ¡En marcha!

-Oh, mi querida... tomodachi... -Eiko procuró no llorar.

Kyra la abrazó nuevamente, esta vez con suavidad, la sacudió un poco y le dijo:

-Guárdate los sentimientos para después, y exprésalos mientras bebemos una botella de whisky. Necesitarás por lo menos dos horas, ¿verdad? Bien, manos a la obra. Yo me daré una ducha, me pondré ropa limpia, comeré un poco y me tomaré un té; luego nos encontraremos en la plaza Yukawa.

Eiko asintió, se levantó y se marchó, despidiéndose antes de los Wang con un saludo breve y formal. A partir de aquel momento, los acontecimientos se sucedieron precipitadamente.

La última noticia era que las naves de Luna se encontraban en una misma órbita a doscientos cincuenta mil kilómetros de distancia. Evidentemente aguardaban nuevas órdenes, y el piloto de la nave-antorcha no consideraba oportuno atacarlas en esas condiciones. Kyra no envidiaba a los hombres que iban a bordo.

En América del Norte había manifestaciones y disturbios; se había producido un motín en un regimiento de milicianos y una creciente oleada de enfrentamientos se propagaba por el país como una epidemia. No había modo de saber con exactitud lo que sucedía, qué significaba, qué rumbo tomarían los acontecimientos. El Gobierno anunciaba escuetamente que se estaban dominando los focos de rebeldía. Los periodistas extranjeros presentes en la zona estaban tan confundidos como la población, captando breves imágenes y frases mientras sonaban los disparos y ardían los edificios. Era probable que la mayoría de los levantamientos fueran espontáneos y de carácter local, liderados por los gunjins que aportaban el armamento no procedente de los depósitos que gente como los Farnum habían custodiado tanto tiempo. Algunos profesionales sin duda participaban en ello a cambio de paga y botín, o por el poder que obtendrían si triunfaba la revolución; algunos podían ser idealistas de una u otra especie, y era imposible saber cuántos había de unos y de otros. Se estaban librando intensos combates en las montañas de Hawai. Kyra se preguntó qué sería de Nero Valencia. Y de los Packer... y de todos los demás.

Los Residentes se habían declarado neutrales y se proponían defender su territorio contra los invasores de cualquier facción. Tres mullahs islámicos habían comenzado jihads para derrocar al avantismo ateo y prometían el paraíso a todos los hombres que cayeran luchando por la causa; dos eminentes jeques se pronunciaron en contra. No se mencionó a Tahir. ¿Habría pasado a la clandestinidad? Las otras sociedades que habían lanzado proclamas oscilaban entre esos extremos. Nadie condenaba directamente al Ejército de Liberación.

Las imágenes mostraban transportes blindados en las calles, aeromóviles arrojando bombas de gas sobre las multitudes, torpedos estrellándose contra baluartes rebeldes, alambradas, heridos agonizantes y cadáveres boquiabiertos en escenarios desolados o entre paredes derruidas, en medio del polvo y del humo. La revolución no duraría mucho a menos que obtuviera refuerzos, pensó Kyra. Si el Gobierno la aplastaba, tal vez saliera fortalecido. Los avantistas no permitirían ningún desacuerdo y se esforzarían más que nunca por controlarlo todo.

Un informe de Hiroshima: la delegación norteamericana negaba que fuera necesaria la mediación de la Autoridad de Paz para solucionar los asuntos internos de su país. Pedía protección contra la inadmisible intromisión de los intereses extranjeros. La intervención de Fireball era un acto de simple piratería que debía ser detenido y castigado. La reciente noticia de que el verdadero Guthrie se había pronunciado y rechazado una agresión contra L-5 haciendo uso de la nave de que disponía, obviamente facilitada por los selenitas, era una buena noticia. Lamentablemente, los habitantes de la colonia corrían peligro, pero la Unión de América del Norte reconocía que las medidas tomadas eran necesarias y las respaldaban. Fireball debía recordar al personal y las propiedades que tenía en América del Norte.

El portavoz de Siberia replicó que su gobierno no toleraría amenazas a personas inocentes que simplemente estaban asociadas con Fireball. No obstante, era inadmisible que una organización privada declarase la guerra o adoptara otras medidas que sólo incumbían a los gobiernos, y Siberia exigía a la Asamblea que aplicara sanciones.

La portavoz de Australia preguntó si los selenitas habían explicado su papel en la situación. La presidenta Mukerji respondió que, a pesar de que su oficina había intentado reiteradamente establecer comunicación, los selenarcas no respondían. Un comisionado del Protectorado africano alegó que, una vez resueltos los problemas actuales, Luna debía ingresar en la Federación a toda costa.

La taza de té tembló en la mano de Kyra. Un mensaje interrumpía la retransmisión.

Noboru Tamura apareció en el cilindro. Parecía estar ileso, corno Eiko había confirmado, pero se le veía demacrado y exhausto. Kyra admiró la firmeza con que habló el calvo hombrecillo.

-Gentes de Ragaranji-Go, por favor, y por vuestro propio bien, oídme. -Se identificó, aunque nadie ignoraba ya quién era, y dijo unas palabras sobre su detención-. La Policía de Seguridad afirmó que era una medida de seguridad. No tengo datos suficientes para juzgarlo, ni tiene tampoco demasiada importancia. Dada la crisis actual, el coronel Holden ha ordenado mi liberación y solicitado mi ayuda. Debemos conservar la calma y mantener la paz. Sí, eso es difícil cuando no sabemos casi nada, salvo que nosotros y nuestros seres queridos podemos estar en peligro de muerte. Debemos demostrar solidaridad, fortaleza. Llevamos los mismos genes que nuestros antepasados de la Edad de Piedra. Tenemos la misma necesidad de contacto, de estar juntos en los momentos de peligro, de reunimos alrededor de la hoguera, de saber por labios del chamán que los espíritus velan por nosotros... una reunión en la plaza Yukawa... el coronel Holden está de acuerdo... lo anunciamos con poca antelación, pero quienes puedan deben ir para confortar a sus familiares y amigos.

No fue un discurso largo ni florido. No era el estilo de la gente del espacio.

Se reanudaron las noticias, de nuevo desde América del Norte. La milicia montaba guardia frente al complejo de Toronto. Un autobús apareció en pantalla, luego otro. El periodista recordó al público las nuevas directrices del presidente Escobedo, en virtud de las cuales el personal de Fireball estaba bajo arresto preventivo y sería trasladado a centros de redistribución. Marido y mujer se miraron.

Librodot

-¿Deberíamos ir a la manifestación? -preguntó Zu. -Desde luego -respondió Mailing-. Ruega por nosotros, Kyra, por todos nosotros.

La piloto desvió la mirada, como si quisiera ocultar las lágrimas. En realidad quería ocultar una sonrisa. Estaba eufórica. Pero no quería decir nada a la pareja, para no exponerla a un nuevo riesgo.

Cuando ambos se fueron, esperó cinco minutos antes de internarse en el corredor. Vio a unas cincuenta personas, caminando todas deprisa, con determinación, en silencio. Se mezcló con ellas sin dificultad. Nadie se fijó en ella. Todos pensaban en otra cosa, y Kyra era sólo una mujer con un mono azul y botas blandas. La bufanda que llevaba en la cabeza impediría que fuera reconocida. Si la veía un amigo, procuraría acallarlo a tiempo. Si la veía un enemigo, sería el fin. Habría perdido la última ficha que podía apostar. Por otra parte, el movimiento iba en aumento.

Más de lo que Eiko había previsto.

La multitud crecía a medida que llegaba gente. No se hablaba mucho, pero un zumbido parecido al de un avispero se sumaba al arrastrar de las pisadas. El aire era tibio y olía a rancio. Kyra se abrió paso. Le lanzaron algunas miradas furibundas y algunas maldiciones, aunque iba logrando avanzar sin empujones. Lo que hacía era arriesgado puesto que no quería llamar la atención, pero tenía que estar donde los Tamura pudieran verla.

Había agentes de la Sepo rodeando la plaza, con las pistolas de impacto preparadas. Pasó junto a uno muy joven que se esforzaba para no demostrar lo asustado que estaba. También había policías de la compañía, sin otras armas que sus músculos. Todos compartían el interés por evitar el descontrol. Holden no esperaba una incitación a la violencia (la intención del acto era justamente la contraría) pero nunca se sabía.

No, nunca se sabía.

Robustos hombres de Fireball acordonaban el pedestal del centro del parque. En otras partes, sólo los árboles y los meteoroides más grandes sobrepasaban la multitud. La hierba, los arbustos, las flores, la ordenada gravilla quedarían arrasados. Eiko y su padre estaban en el segundo escalón. Desde arriba, la sonrisa broncínea del Buda bendecía a la multitud. Kyra avanzó hasta colocarse delante de ellos, a tres cabezas del frente de la muchedumbre. Más alta que la mayoría, pudo localizar entre los guardias de la base a dos hombres de quienes sabía que eran técnicos de Control de Estación. Podían lanzar una nave espacial sin dificultad, y si Eiko los había escogido, era probable que hubiese otros en las cercanías. ¡Bien hecho!

Los Tamura miraban a su alrededor, evaluando aparentemente el progreso de la reunión, aunque Kyra sabía que la buscaban a ella. Agitó un brazo, soltó un hurra. Pensó que no era sospechoso que alguien vitoreara. Eiko la localizó de vista. Le susurró algo a su padre. Otras personas vitoreaban, cada vez eran más.

Tamura alzó los brazos pidiendo silencio. Los murmullos cesaron poco a poco, con desgana, una marea dispuesta a crecer. Los jadeos continuaban.

Tamura bajó los brazos.

-A los consortes de Fireball, y a todos los presentes, gracias -comenzó. Un amplificador que llevaba en el pecho daba más resonancia a su voz-. Gracias por dejar vuestro trabajo para reuniros con nosotros. Gracias por esta respuesta. Gracias también a los directivos y al coronel Holden, de la Policía de Seguridad, quienes sabiamente acordaron que esta reunión contribuiría a la supervivencia de todos. También deseo dar las gracias a mi hija aquí presente, Eiko Tamura, por cuya mediación esto ha sido posible.

Y un cuerno, mediación, pensó Kyra. Holden creía que la idea era suya, pero pertenecía a Eiko, quien le había dado forma, se la había expuesto a los individuos

Librodot

importantes, se había procurado la colaboración de éstos y había completado los preparativos en pocas horas. Bien, no era aconsejable decirlo. Mejor que lo hicieran los libros de historia.

-Podéis pensar que es innecesario reunirse aquí para juntar fuerzas, pues aquí sobran agallas -dijo Tamura-. Los conquistadores del espacio nunca pudieron permitirse el lujo de tener miedo, y nosotros, sus descendientes, aún pertenecemos a Fireball. Pero no basta con demostrar valor y desprecio por el peligro. Debemos invocar ese coraje que permite estimar la situación, hacerlo posible y aguardar para saber si se sobrevivirá.

No era político ni orador; su estilo era sereno, aunque tal vez eso lo volvía más elocuente para aquel público en concreto. Las concisas y enérgicas palabras que siguieron tenían peso porque evocaban todo aquello por lo cual existía Fireball. Tampoco eran su estilo. Kyra sospechó que Eiko había compuesto el discurso mentalmente y lo había ensayado con su padre un par de veces.

La alocución llegó al punto culminante.

-No es Anson Guthrie quien nos amenaza a nosotros y a quienes desean liberarnos. Es un impostor, un engaño. Tenemos una nave-antorcha en nuestro puerto. Tenemos una piloto que puede llevarla a la Tierra, para comunicar nuestra verdad y nuestras pruebas, para conseguir la ayuda del mundo entero. Ahora no tengo tiempo para entrar en detalles. Os pido confianza. Os pido que os unáis a mí mientras apostamos nuestra vida, nuestra fortuna y nuestro sagrado honor. ¿Estáis dispuestos?

Un rugido le respondió.

-Ocupad el muelle y mantenedlo así mientras la nave que constituye nuestra salvación alcanza la libertad...

Mientras Tamura hablaba, comenzaron a obedecerlo. La multitud se concentró, se expandió. Kyra vio a un Sepo que caía. Otro se acercó a su compañero, empuñando el arma pero sin disparar, pues sólo podía incapacitar a un par de atacantes antes que el resto lo aplastara. Gritó algo por su teléfono de garganta, pidiendo ayuda al cuartel general, y su voz fue sofocada por el rumor de la corriente humana.

-¡Orden, orden! -bramó Tamura-. ¡Iremos pacíficamente!

Bajó del pedestal. Un par de sus guardias se lo llevaron en volandas. Kyra se quedó donde estaba, luchando contra la multitud hasta que Eiko y sus guardias llegaron hasta ella. Después se movieron juntos, avanzándose a la mayoría, aunque no en cabeza. Los cuerpos que los rodeaban eran su escudo.

Cesaron los gritos y empellones. La procesión formó una fila. Eso podría haber sorprendido a un terrícola, pero no a Kyra ni a los Tamura. Conocían a su gente. Seleccionada desde hacía generaciones por su inteligencia y estabilidad emocional, acostumbrada a la disciplina y la independencia, no se descontroló. Ni un solo escaparate fue destruido mientras la masa inundaba los pasajes. Los miles de pisadas -que no sonaban al unísono, pues no eran de soldados, sino de gente corriente protegiendo sus hogares- recordaban el estruendo de un río en su curso hacia el mar. El menudo Tamura los precedía como un estandarte de la legión.

Salieron Sepos de un pasaje situado a veinte metros. Se desplegaron para cerrarles el paso, una hilera oscura y delgada, los rostros tensos bajo los cascos, empuñando pistolas de impacto y armas comunes.

-Caminad despacio -dijo Tamura-. Yo me encargaré de ellos. Caminad despacio, pero no os detengáis.

Los dos que lo sostenían avanzaron. La multitud que los seguía se pasó la orden y avanzó a paso lento. Kyra gritó con la garganta seca:

-Creo que Rolden está al mando.

Su imagen había salido el día anterior en un noticiario local.

Demasiado baja para verlo desde donde estaba, Eiko respondió:

-Sin duda lo es. No podía delegar esta misión.

Desde lo alto, Tamura habló con el coronel. Había apagado el amplificador y sus seguidores no oían el diálogo, pero seguían avanzando. Alguien se puso a cantar, y otros se sumaron al coro. Era una canción elegida al azar, tradicional en Fireball, algo que Anson Guthrie había aprendido en los primeros días de la astronáutica y compartido desafinadamente con sus amigos; todos la conocían.

Kyra aguardó a que la última estrofa se perdiera en la muchedumbre.

Canta una canción del espacio, un puñado de estrellas, tócala con trompetas, armónicas, guitarras. Cuando se abrieron los cielos, la humanidad cantó: «¡Abandonemos el nido, el viento en nuestras alas!»

Se aproximaron a la barrera.

Holden gritó una orden. Un oficial protestó, asombrado. Holden bajó el brazo en un gesto contundente: obedece. La barrera se abrió. A izquierda y derecha, los Sepos se replegaron hacia un pasaje. La procesión continuó la marcha, apresurando nuevamente el paso. Estallaron hurras, risas, agradecimientos exultantes y obscenidades triunfales. Los hombres palmeaban la espalda de sus compañeros, las mujeres se abrazaban, hubo besos y apretones de manos. La procesión oscilaba de aquí para allá.

-¡Seguid adelante! -tronó el amplificador de Tamura-. Aún no hemos llegado. ¡Seguid adelante!

Poco a poco, la vibración cesó y la corriente siguió desplazándose.

-Sí, todavía pueden detenernos -dijo Kyra-. No debemos amedrentarnos.

-Ya no pueden hacerlo -respondió Eiko, rozando con los dedos la muñeca de su amiga-. Pero eres tú quien ahora se enfrenta al peligro.

-No, lograré pasar. -El Cernícalo era una nave-antorcha clase Falcón, más grande que la clase Katana, de menor aceleración máxima pero mayor vector delta. Debía aparecer a cierta distancia para que su perseguidor no pudiera alcanzarla antes de que llegara a la Tierra; en la profundidad de ese pozo de gravedad, Kyra llevaría ventaja.

Siempre que lograra escapar de su perseguidor.

Los manifestantes estaban eufóricos. Otra canción se propagó hasta rebotar en los cielos artificiales:

«MacCannon de Fireball era un trotamundos...»

Para usar los fahrwegs habrían tenido que dividirse, y en la unión estaba la fuerza. Tamura los guió por las rampas en espiral de los túneles para maquinaria y emergencias. El peso bajó, y los ecos rodaron huecamente por el metal desnudo. Se necesitaba una música vivaz para mantener el paso.

Si los hombres de Holden habían cogido un atajo y ocupado Control de Estación... necesitarían medidas desesperadas. Kyra pensó en modos de convertir las herramientas en armas.

Pero el puerto estaba vacío, y las instalaciones parecían tumbas en un cementerio que se curvaba en torno del eje de rotación y se perdían en confines donde la luz se volvía brumosa.

-Hemos vencido -murmuró Eiko, temblando-. Una victoria minúscula, pero nuestra.

-Tuya -le dijo Kyra.

-No, pronto será tuya.

Tamura las condujo a Control de Estación. Los operadores entraron mientras él pedía que la mitad de quienes formaban multitud se quedara vigilando hasta que se hubiera completado el lanzamiento. Kyra y Eiko avanzaron en medio de la muchedumbre para reunirse con Tamura.

Había bajado de los hombros de sus guardias y era sólo un hombre menudo, muy cansado, cuyo andar de baja gravedad daba la impresión de pesadez.

-¡Señor! ¡Has estado espléndido! -exclamó Kyra-. ¿Cómo lo has conseguido? ¿Cómo lo has convencido en sólo minutos?

Tamura sonrió apenas, como si no tuviera energías para estirar los labios.

-No he dudado del resultado; Eiko me aseguró que Holden no era un fanático ni un imbécil. Ha amenazado con abrir fuego, pero nuestra gente le ha demostrado su determinación. Si sus hombres disparaban, podrían dispersarnos, pero luego serían víctimas de actos de venganza que poco a poco acabarían con todos. Le he dicho que sólo deseábamos enviar un emisario que pudiera dar una explicación al mundo en medio de esta maraña de versiones, para poner fin a la incertidumbre. Le aseguré que también sus hombres estaban en una mala situación, y que valía la pena intentar cualquier cosa con tal de llevar la paz a su desgarrado país. La procesión se aproximaba. La policía debía luchar o rendirse. El coronel Holden admitió que no estaba dispuesto a permitir una matanza, y ordenó la retirada. Era una de las peores cosas de la guerra, pensó Kyra. La mayoría de los oponentes eran gente decente, y algunos aliados eran bastardos. Presuntamente la Federación había acabado con aquello, pero...

Llegaron al muelle, y sobre Kyra se alzó la cámara de presión de su querida Cernícalo, amarrada contra el costado del túnel. Su puesta a punto había terminado hacía unos días -que parecían meses, años- y la nave aguardaba, como el ave que le daba nombre, para subir nuevamente a los cielos.

Tamura y su hija se inclinaron en una profunda reverencia. Varias personas de la multitud hicieron lo mismo.

-Que la suerte te acompañe, mujer valiente -dijo Tamura-, y también nuestras bendiciones y plegarias.

Kyra no pudo menos que responder con otra reverencia.

-Mil gracias -respondió, ansiando estrechar a Eiko, quizá por última vez.

¿O no? La pregunta le rondó la cabeza. Estaba a punto de traicionarlos.

-Adiós -jadeó, y subió por la rampa. Kyra activó el mecanismo, abrió la válvula externa, entró.

Tras cerrar la cámara, se dirigió hacia el compartimiento del piloto. Disfrutó del familiar ámbito: los asientos de aceleración a un lado, la puerta del diminuto lavabo, una

Librodot

compuerta de acceso a la bodega de popa, la cocina múltiple, un armario para objetos personales, una foto familiar pegada a un tabique gris, un multi con vivífero, un equipo de ocio, un entorno en el que había viajado entre mundos, lunas y cometas, hasta donde el sol era apenas la más brillante de las estrellas. Su nave, su Cernícalo, su segundo yo.

La avidez aplacó sus remordimientos. ¿De veras traicionaría a la gente de L-5? Simplemente no le había dicho a Eiko que tenía un plan mejor, porque Eiko podría haberse negado a continuar, sosteniendo que el peligro era demasiado grande para Kyra. Tal vez no hubiera comprendido cuan poco importaba eso en comparación con lo que Kyra esperaba lograr.

Un cambio de táctica, nada más. ¿De qué le serviría descender en la Tierra y contar su historia? Ya tenían la versión de Guthrie. Ella sólo podía confirmar que era cierta. (¿Y en qué medida lo era, después de las maquinaciones de Rinndalir?) Pasarían los días mientras debatían en la Asamblea, quizá la sometieran a un sondeo profundo. Entretanto el enemigo no permanecería ocioso y la nave-antorcha mantendría a raya las fuerzas de Guthrie (si eran de Guthrie) teniendo a L-5 por rehén.

Eiko tal vez lo comprendía. ¿Habría organizado aquella fuga pensando que tenían poco que perder?

¿O había previsto lo que su amiga podría intentar una vez en libertad, y no había querido imponerle una obligación sino darle la oportunidad de asumirla?

Kyra ahogó una carcajada.

-¡Es posible! -exclamó-. Eres más astuta de lo que pareces, querida Eiko.

El halcón, ya sin capirote, estaba a punto de ser soltado. Kyra saltó al asiento de mando, se sujetó, pasó los dedos por el tablero. Se encendieron las luces, temblaron los medidores, se formaron pantallas, los sistemas se activaron con un ronroneo. Al cabo de cinco minutos Kyra vio las lecturas y un leve temblor le indicó que habían soltado amarras.

Por un instante flotó sin peso. Descendía por el conducto luminoso hacia un boquete de negrura. El motor se encendió; una presión ligera la empujó contra los cojines; estaba en marcha. Cambios de intensidad y dirección se sucedieron. Lentamente, la nave salió del puerto.

Chispearon multitud de estrellas. La Vía Láctea relucía como escarcha sobre un cristal negro. A un lado, Kyra vio las Nubes de Magallanes.

-Control de Estación L-5 a Cernícalo, TF33 -oyó-. Autorizada para ignición.

-Gracias y hasta la vista -respondió Kyra, aunque le hablaba a un robot. No tenía miedo, estaba demasiado ocupada para eso, pero era bueno intercambiar unas palabras antes de lanzarse a la batalla.

Cien segundos de aceleración a una gravedad la llevaron a cincuenta kilómetros de distancia. Redujo la aceleración, para que la nave no se descontrolara, y oteó los cielos. La colonia se empequeñecía a un kilómetro por segundo. La Tierra había crecido un poco desde la última vez que la había visto, la Luna había menguado.

-Hay otra antorcha en las inmediaciones -dijo a su nave-. Localízala.

El radar barrió la zona. Los sensores ópticos e infrarrojos escrutaron el firmamento. Kyra buscó entre los astros como si los ojos humanos tuvieran algún poder. Mientras el rastreador de neutrinos captaba el susurro de un torrente casi carente de masa y analizaba las turbulencias cercanas, los oídos de Kyra sólo captaban el rumor de los ventiladores y el latir de su pulso.

Librodot

-Sí, a cierta distancia -confirmó la Cernícalo, presentando en pantalla la imagen generada por ordenador-. Al norte de L-5, en una órbita de dimensiones similares pero de diez grados de inclinación. -Un holocubo presentó un diagrama.

-Eso le permite estar al corriente de lo que sucede dentro y fuera, teniendo en cuenta la rotación -murmuró Kyra-. Supongo que la ajusta de vez en cuando. -Sintonizó los controles del holocubo. El diagrama cambió y le mostró una ampliación del segmento que le interesaba, a una escala que le permitió ver lo que sucedía a una distancia de mil kilómetros. Con ocho minutos a una gravedad, alcanzaría una velocidad relativa de cuatro coma siete kilómetros por segundo. Desde luego, su oponente no se quedaría quieto-. Debe habernos localizado. Comunícamelo en cuanto acelere. ¿Hay más datos?

-Su radar nos ha detectado -respondió la Cernícalo.

Tenía la voz de Kyra. La mayoría de los pilotos preferían una voz sintética, a menudo del sexo opuesto, pero para Kyra eso resultaba profundamente inquietante. Tras mucho reflexionar, había comprendido por qué. Le sugería, no de un modo racional sino por un impulso profundo y primitivo, que se trataba de una mente como la suya, de una persona poseedora de un alma.

Cierto era que la máquina no se limitaba a tripular la nave de la cual formaba parte con una eficacia muy superior a la del piloto. Observaba y razonaba. Advertía, aconsejaba, proponía, aprendía, adaptaba. Por ejemplo, notando que Kyra se refería al otro como «él», llegó a la conclusión de que se refería al tripulante y lo identificó como masculino. Cuando Kyra necesitaba distracción, le ofrecía música, espectáculos, textos o experiencias vivíferas; creaba abstracciones audiovisuales originales y era una buena conversadora para quien no esperaba sorpresas. Era razonable decir que la Cernícalo tenía cerebro.

Y Kyra amaba a la Cernícalo, tal como se ama una casa, un velero o una obra de arte. Había compartido gran parte de su vida con esa personalidad singular, fuerte, sutil. Pero no era una persona. El programa Guthrie era la emulación de una mente viviente, la Cernícalo no. Era el producto de un complejo algoritmo. No poseía conciencia propia. Kyra no deseaba fingir lo contrario, ni siquiera con la voz. Ya bastante difícil le resultaba afrontar la soledad que acechaba entre los cometas.

El parpadeo de una luz, un campanilleo, una llamada entrante. Kyra activó el circuito.

La voz de bajo le llegó como un puñetazo.

-... partiendo de L-5. Responda de inmediato.

Kyra había acertado. No obstante, sintió un nudo en la garganta.

-¡Dios mío!, ¿eres tú, jefe?

-Anson Guthrie, sí. Exijo una identificación y una explicación. Está prohibido atravesar este sector.

-Lo has prohibido tú.

-En efecto. Alguien o algo finge ser yo, al parecer desde Luna. Tengo que neutralizar esta situación antes de que destruya a un millón de personas, y también Fireball. Bien, estoy esperando esa explicación.

Kyra se aferró a los brazos del asiento.

-Tú fuiste a Luna, señor Guthrie -dijo-. Yo te ayudé a salir de L-5.

Un largo silencio.

-¿Conque sí? -respondió la voz de Guthrie-. Muéstrate en pantalla.

Librodot

Antes de iniciar una maniobra irreversible, Kyra quiso tener una última confirmación.

-No necesitas verme, pero lo haré en cuanto me digas quién nos llevó desde el continente hasta Hawai. Su verdadero nombre.

-¡Maldición! ¡Es suficiente! -rugió la voz-. ¡Obedece o morirás!

-¡Oh, no! -murmuró Kyra-. Es precisamente al revés. -Sintió un cosquilleo en la piel-. Abandona este sector o serás tú quien muera.

-¿Te has vuelto loca? ¿Quién eres?

-Ya no tiene importancia, una vez resuelto quién eres tú. Qué eres, mejor dicho.

Kyra cortó la comunicación, sin prestar atención al campanilleo y el parpadeo.

-Escucha, Cernícalo -dijo-. El objetivo es librarnos de esa nave. Le haremos la vida muy difícil. A menos que nos aprese en su estela, cosa que intentará. Yo ordenaré las maniobras, tú las ejecutarás. Anula mis órdenes si estimas que el peligro es excesivo, pero recuerda que debemos correr ciertos riesgos.

-Comprendido -respondió la nave-. Es como cuando remontamos la Corriente.

-Un poco más complicado, pero... ¡Ay! ¡Burla su radar!

La imagen de la nave Katana llameó. La mancha roja del diagrama orbital saltó hacia delante.

La aceleración aplastó a Kyra contra el asiento. Se le enturbió y enrojeció la visión. El cráneo le estalló.

La turbulencia cesó. Kyra flotó libremente y vio la Katana a muchos kilómetros, una aguja entre las estrellas.

-Bien hecho, Cernícalo -murmuró con voz trémula-. ¿Cuánto ha acelerado?

-Diez gravedades, para cruzar nuestra trayectoria probable antes que nosotros -respondió la nave-. Yo di un impulso equivalente pero tangencial.

-Y él erró.

De lo contrario... no, no habría habido colisión, puesto que ambas naves se habrían destruido. En vez de eso, habían atravesado la estela de la Katana. La fuerza de la carga, los turbulentos campos magnéticos y la radiación de ésta habrían inutilizado sus propulsores de haber estado activados. Entonces el falso Guthrie habría vuelto y la habría achicharrado.

Kyra frunció el ceño. Él debía saber que tenía pocas probabilidades de lograrlo. La Cernícalo disponía de un par de minutos para apartarse. No era un combate aéreo. Ninguno de los dos podía ladearse fácilmente para eludir al enemigo.

¿Una advertencia? Él había recorrido toda aquella distancia a gravedad diez. Si había humanos a bordo, estarían en pésimo estado y necesitarían un buen rato para recobrarse... pero ¿para qué iba a llevarlos? ¿De qué le servirían? Él debía ser su propia tripulación, y era capaz de resistir sin inmutarse fuerzas que a ella la aplastarían.

Guthrie se perdió de vista. Kyra amplió la imagen para ver en pantalla cómo daba la vuelta y aceleraba de nuevo. Estaba regresando.

No lo seguía la estela de sus propulsores. Eso había sido una ilusión del ordenador. De cerca, un humano vería un borroso fulgor azul que pronto se perdería contra el campo estelar. Un motor moderno no gastaba más energía de la que imponían las leyes de la termodinámica, no la de los motores térmicos, sino la de los quarks, los leptones y los fotones.

Librodot

Sería el ataque final, a menos que Kyra escapara. La Cernícalo no podría defenderse mucho tiempo. La nave calculaba los vectores en microsegundos y los aplicaba en milisegundos, pero carecía de la creatividad -imaginación, astucia, malicia, saña- de una mente humana. Kyra debía aportar esa parte. Y no estaba directamente conectada a su nave, a sensores, ordenadores y efectores. Debía usar un par de globos gelatinosos para ver, calcular con una esponja húmeda, enviar señales flotantes de una sinapsis a otra a velocidad molecular y darlas a conocer mediante una caja de resonancia orgánica y diez tiras de carne.

Pero ella y la Cernícalo habían remontado la Corriente.

Movió las manos, dando las órdenes básicas, como habría hecho de llevar un volante o un timón. Añadió unas palabras:

-Aceleraremos como para una colisión si él mantiene la velocidad actual. Cuando lo vea, reducirá la marcha. Aceleraremos más. Nos lanzaremos contra él, intente lo que intente. Vira a último momento, de modo que atraviese nuestra estela. -Flotaba en una cómoda gravedad uno.

-¿El no intentará lo mismo? -preguntó la nave, con su escasa capacidad para el pensamiento independiente.

-Naturalmente. Cuando él cambie de dirección, haremos lo mismo, siempre lo más cerca posible. Oblígalo a gastar combustible. Agótalo.

Aceleración, caída libre, viraje, aceleración. La nave Katana se hizo visible. La luz solar iluminó su flanco. Kyra respiraba regularmente, con una sonrisa en los labios. Guiándose por su instrumental y su instinto, calculó que el falso Guthrie tenía más probabilidades de freiría a ella que ella a él. Sus manos ordenaron virar a dos g. La Cernícalo obedeció la orden, giró, aceleró. El enemigo pasó como un bólido, a menos de un kilómetro. L-5 apareció en el campo visual de Kyra, empequeñecida. Aquellas maniobras los habían alejado de la colonia. Excelente.

Desaceleración. Los adversarios debían ajustar sus velocidades antes de iniciar la próxima pasada. Pasaría un rato. Kyra inició una emisión audiovisual en la frecuencia visual.

-Hola, L-5, y las dos naves en órbita -llamó-. ¿Me reciben? Kyra Davis, piloto de Fireball, a bordo de la nave-antorcha Cernícalo. He entrado en combate con la nave que ilegalmente ha bloqueado y puesto en peligro a L-5. Mi intención es lograr que desista y se marche, pero no me vendría mal un poco de ayuda. Adelante, por favor. -Puso el mensaje en repetición.

El tablero le informó que el falso Guthrie deseaba hablar de nuevo por la frecuencia anterior.

Kyra tocó GRABAR y lo recibió.

-¿Me oyes? -preguntó-. ¿Por qué no te vas y dejas de fastidiarnos?

-Eres tú quien debe irse -respondió él con una carcajada-. Admiro tu espíritu, muchacha, de veras. Apuesto a que en la cama eres el infierno sobre ruedas. No quisiera matarte. Por favor, lárgate. No te perseguiré.

Así hablaría el jefe. El corazón de Kyra se contrajo de dolor, palpitó de furia.

-Escucha -dijo entre dientes-. Lárgate o morirás. Si «morir» es la palabra adecuada. Me gustaría liquidarte.

-Sé razonable -insistió el falso Guthrie-. Te llevo ventaja, y no sólo por la nave. Puedo soportar tanta aceleración como aguante este cacharro, tú no.

-Lo sé, porque sé lo que eres -escupió Kyra. Y añadió con más calma-. ¿Y qué? Puedo seguirte el juego, continuar esquivándote hasta que tus tanques estén secos y quedes fuera de órbita. Ten en cuenta qué modelos de antorcha pilotamos. Recuerda que has estado dando vueltas por el espacio muchas horas, mientras que mi nave acaba de salir de la estación de servicio. Tengo mayor fuerza delta, y me propongo usarla.

-Nave Bruin, B56 -dijo otro altavoz-. Capitán Helledahl. Nos acompaña Jacobite C45, capitán Stuart. Acudimos en auxilio de L-5...

-Un momento -dijo Kyra. Apretó botones-. Bien, ahora estamos todos en contacto. Bruin, Jacobite, he aquí la conversación que he estado manteniendo. -Comprimida, se transmitió en un milisegundo-. Supongo que querrán la confirmación de Luna, pero por mi parte no veo motivos para que no sigan rumbo a L-5.

-Yo soy el motivo -gruñó el falso Guthrie.

Kyra sacudió la cabeza.

-Me temo que no, falso Guthrie. Si intentas atacar la nave de un tercero, será tu fin. Insisto, largo de aquí.

-Te cansarás. Tendrás que comer, ir al baño, dormir, a pesar de tu preciosa fuerza delta. Yo puedo permanecer activo más horas que tú.

-Ya lo veremos. Te estoy cazando, por si no lo sabes.

-Y entretanto -dijo una voz, quizá la de Stuart-, la ayuda que ha pedido llegará.

-Llegará demasiado tarde, y la haré trizas -dijo el falso Guthrie-. Muchacha, lo lamento, pero te cazaré sin contemplaciones.

En las pantallas, su nave era una chispa de luz.

-Intercepción -ordenó Kyra con la voz y con las manos. Las estrellas giraron mientras la Cernícalo rotaba. Donde iba Orión, allá iban sus sabuesos. La aceleración la oprimió suavemente. Vio que la Katana la imitaba. Cuando la cosa iba en serio, uno se movía con la mayor lentitud posible.

-Si no queremos que nos alcance, debemos doblar a quinientos kilómetros -dijo la Cernícalo-. Más cerca, y a la máxima velocidad, él puede tomar un rumbo que no me permita reaccionar a tiempo.

-Pero quizá puedas hacerlo, ¿no?

-Probablemente, sí.

-Bien, él tiene razón al decir que la resistencia de la carne es menor que la suya. Lo más conveniente es hacerle gastar energía, mucha, y deprisa. Mantén el rumbo.

-Piloto Davis... -intervino Helledahl.

-No me molesten ahora -rezongó Kyra-. Pasen la transmisión a Luna.

La posición no se mantuvo estable, como en un curso de colisión en el mar o en el aire. Ambas naves estaban sometidas a aceleración. Pero las estrellas relucían inmutables ante Kyra. Iba hacia Andrómeda, y esa galaxia hermana era un remolino a estribor. El diagrama representó dos puntos brillantes confluyendo hacia un mismo punto.

En la pantalla, la Katana era una chispa entre las constelaciones.

-Dos minutos -advirtió la Cernícalo.

-Mantén el rumbo -ordenó Kyra.

Uno de los dos tenía que ceder, reducir la velocidad, girar, apartarse en un ángulo y con una fuerza determinados para evitar la energía devastadora del enemigo. Ninguno podía saber lo que haría el otro, ni cuándo.

El falso Guthrie no buscaba la destrucción mutua, pensó Kyra. Eso le daría la victoria a ella. Y tampoco ella quería morir. No, quería matar. Él lo comprendería. Esperaría a que ella virase para poder así atraparla con su escape. Entonces haría lo mismo. El primero en apartarse estaría en desventaja, pues la rotación previa a la nueva aceleración consumía tiempo. Pero si ella mantenía el rumbo unos segundos, con más temeridad de la que él atribuiría a un ser humano viviente...

El enemigo apareció.

Cortar impulso, activar propulsores de giro, apenas unos grados. Una llamarada, una pirueta descabellada.

Kyra comprendió con sorpresa que aún seguía con vida.

-Dame una imagen -susurró-. Dame datos.

La Katana retrocedía, una hoja, una aguja, una estrella, nada. Las lecturas indicaban que Kyra había entrado en caída libre, navegando en las mareas del sol, la Tierra, la Luna, el universo. La pantalla mostraba un casco intacto, pero en la parte del motor sólo había fulgores y sombras.

-Enséñamela de más cerca -dijo Kyra.

-Piloto Davis, piloto Davis -parloteó Helledahl-. Creo que usted ha...

-Silencio -protestó Kyra. Cambió de tono-. Lo lamento. No quise ofender. Pero necesito un poco de calma.

La aceleración aumentó. La Cernícalo alcanzó la nave enemiga, igualó su velocidad. A sólo unos cientos de metros, el daño era tan evidente para los ojos como para el instrumental. Un fogonazo más intenso que una erupción solar había calcinado la popa. El metal se curvaba en los labios de una herida negra como la noche. Fragmentos desprendidos flotaban en las cercanías como motas de polvo. Sin duda los impulsores estaban destrozados.

-¡Hola! ¿Hay alguien ahí? -preguntó Kyra. Le respondió el silencio. Miró desde la consola, como buscando un rostro. Sólo vio las estrellas-. Tal vez hayamos destruido también sus comunicaciones. Si no es eso, es que ha optado por no responder.

-Quizás el piloto haya fallecido -dijo la Cernícalo.

-Quizá. Pero la muerte tendría que ser por radiación, y una emulación está bien protegida. Hola, hola, Guthrie dos.

Al cabo de un rato Kyra desistió.

No sentía la exaltación del triunfo, todavía no. Estaba agotada, simplemente feliz de estar viva.

Pero ¿cómo había sucedido? Sólo había querido intimidarlo. No tenía verdaderas esperanzas de causarle daño. Se hubiera conformado con hacerle perder masa. Él había hecho un mal cálculo y ella había dado en el blanco. Extraño.

La falsa encarnación de Anson Guthrie no era un dios. Había ganado algunos poderes, había perdido otros. ¿Era presa de una furia ciega, de una pasión desenfrenada? No lo sabía. Pero sin duda era falible. Kyra lo sabía muy bien.

Sacudió la cabeza para despejarse.

-Será mejor que nos mantengamos ocupados -dijo en voz alta, como si la Cernícalo compartiera su repentino agotamiento. Con las manos entumecidas y los labios trémulos, se dispuso a alentar el levantamiento de Fireball en Luna.

Librodot

37

Los agentes de Sepo en Port Bowen eran escasos. Guthrie había ordenado que depusieran las armas, regresaran a sus cuarteles y aguardaran su traslado a casa, y esa orden no había sido revocada durante el discurso. Desconcertados y desmoralizados, obedecieron. La policía de la compañía los mantenía bajo vigilancia.

Isabu llevó a Guthrie a la sede central de Fireball en Port Bowen.

-Niolente y yo no podríamos aceptar una invitación tuya -se había burlado Rinndalir-. Sería delicioso, pero prefiero postergar esa ocasión. Seremos de más ayuda donde estamos.

-Sobre todo para vosotros mismos -rugió Guthrie.

-Si lo piensas bien, comprenderás que de nada te sirve oponerte a nosotros.

-En la práctica, sin duda, pero se trata de una diversión personal. ¡Ahora en marcha, por Dios!

Isabu llevó a Guthrie en una caja de plata incrustada de joyas. Entregó la caja a los guardias de la entrada de Fireball y regresó a su vehículo. Tras una prolongada deliberación, los guardias llamaron a un oficial de seguridad, que llevó la caja a una habitación amurallada y pasó varios minutos tratando de averiguar cómo se abría.

Media hora después, Guthrie tenía un cuerpo. Desperdició poco tiempo disfrutando la posesión de extremidades y sentidos. Tenía mucho que hacer.

No tardó demasiado en confirmar inequívocamente su identidad. Sólo tuvo que recordar a algunos asociados unos cuantos episodios triviales y casi olvidados que su copia desconocía. Lo pusieron al corriente de las últimas noticias. Cuando supo que Kyra Davis aún vigilaba a su presa, no cesó de hablar durante casi cuatro minutos.

-Que salga un remolcador -finalizó-. Los quiero aquí enseguida.

En cuanto a lo demás, no necesitó que le contaran mucho. Mientras estaba bajo la custodia de Rinndalir, se había mantenido al corriente, más que si hubiese mirado las noticias. Los selenarcas tenían fuentes propias de información. Explicó a su personal cómo habían alterado su discurso, pero no entró en detalles.

-Luego, cuando haya tiempo. Ahora debemos cubrir la apuesta que hicieron cuando alguien arrojó nuestros dados. Ya es hora de arrojar los nuestros.

Fue a la oficina que le reservaban cuando visitaba el lugar. Era una gran cámara de suelo de piedra, escasamente amueblada, aunque todo era flamante. Partiendo de paredes bajas, una cúpula reproducía la escena exterior: las estrellas y la Vía Láctea brillando sobre un paisaje yermo, la Tierra casi llena, reinando en azul y plateada soledad. El cuerpo robot se inclinó sobre Jacobus Botha, que parecía estar pegado a su silla. El director de puerto era un hombre fuerte, pero todos flaqueaban dadas las circunstancias.

-Holden aún no se ha rendido, ¿verdad? -gruñó Guthrie. Una hora antes se había emitido un nuevo aviso.

-No, señor Guthrie. Insiste en esperar órdenes de su gobierno. Helledahl y Stuart creen que pueden entrar por la fuerza, pero no lo aconsejan.

-Claro que no. De lo contrario sólo liberarán cadáveres en un gran trozo de chatarra. No, mantendremos esas naves en posición para desalentar a cualquiera que intente salir. Holden no podría lograrlo por su cuenta, pero podría tratar de obligar a los habitantes de L-5 a ayudarlo. También evitaremos que entren refuerzos de la Tierra.

-No son naves-antorcha, y están llenas de hombres.

-Lo sé, pero pueden impedir que alguien se aproxime, y los hombres podrán resistir un rato el amontonamiento en caída libre. Tengo la esperanza de que la Sepo se marche pronto, con órdenes o sin ellas. Sospecho que están bastante desmoralizados, y usaremos noticias y propaganda para desanimarlos un poco más. Si eso funciona, nuestra fuerza de ocupación debe estar lista para desembarcar. De lo contrario, necesitaremos un par de naves-antorcha para relevar a la Bruin y la Jacobite dentro de dos días.

Botha miró a Guthrie desconcertado.

-¿De veras piensas reunir nuestras naves para atacar América del Norte? -preguntó-. Eso es... eso es la guerra.

-No, no pienso atacar -replicó Guthrie-. Sólo quiero que se tomen en serio la amenaza. Para esto, hay que poder usar la fuerza, tenerla a punto.

-Pero el Pacto... la Federación... nos convertiremos en renegados.

Guthrie habló con más suavidad.

-La situación me gusta tan poco como a ti, Jake. No la hemos buscado y tenemos que salir como sea. No quiero discusiones. Organizar todo esto será una labor de titanes. Manos a la obra.

Botha recobró el aplomo.

-Mi conciencia, señor Guthrie, me impide participar en esto.

-De acuerdo -dijo Guthrie sin enfadarse-. Estás despedido.

-¿Cómo?

-Ya no eres empleado de Fireball. Echaré de menos tu habilidad y experiencia, pero no tengo tiempo de discutir. Bárbara Zaragoza podrá reemplazarte.

Botha intentó levantarse, se desplomó en el asiento.

-¿Despedido de Fireball? -exclamó-. No, señor Guthrie. He jurado lealtad, siempre dijiste que éramos hombres libres... ponme a limpiar letrinas... ¡pero no me despidas de Fireball!

Guthrie permaneció inmóvil un instante.

-«Mi país es mi país, equivocado o no», ¿verdad? De acuerdo, me he precipitado. Nunca había estado en un embrollo semejante. Considera que estás de permiso. Deja constancia de tu desacuerdo con mis medidas. Luego apártate del camino. Así respetarás tu juramento.

Botha tragó saliva.

-Tal vez pueda... a pesar de todo.

-No. No quiero fanáticos, pero tampoco me sirven quienes están en lucha con su superyó. Un titubeo o un error de cálculo pueden costamos muy caros. Hablaremos de ética, moral y tu posición y todo lo demás cuando esto haya terminado. Largo.

Botha obedeció sin entusiasmo. Cuando se dio la vuelta, se enjugó los ojos con los nudillos.

Pasaron las horas. Guthrie exigió a su personal casi tanto como se exigía a sí mismo. Habría tenido más potencia, habría podido disponer al instante de todo dato registrado, habría realizado cada cálculo con rapidez y precisión si hubiera estado conectado directamente al hiperordenador principal. Sin embargo, no se las veía con abstracciones sino con seres

humanos. Lo más conveniente era actuar como tal, adoptando una forma similar a la de un caballero con armadura. Cuando transmitía, enviaba esa imagen, no la apariencia del hombre vivo que había sido. Quería ser un símbolo, enfatizar que se trataba de un asunto de extrema gravedad.

Recogió información; consultó con personas que consideraba inteligentes; habló con los directivos de Fireball en toda la Tierra; envió mensajes a todo el sistema solar, desde la planta de antimateria de Mercurio hasta la estación cometaria que se hallaba más allá de Plutón; llamó a sus naves y capitanes, sus hombres y mujeres, para pedirles que permanecieran alerta o se comunicaran con las más cercanas.

No obstante, cuando llegó Kyra Davis, la llevaron a su presencia tal como él había ordenado. Cuando Kyra entró, Guthrie no estaba hablando con nadie. En una pantalla se mostraba una hoja de cálculo, el más reciente análisis estratégico del grupo que él había designado para esa tarea. Guthrie se acercó a Kyra para recibirla como un ave fatigada que regresaba al nido.

-¡Señor, qué alegría verte de nuevo y a salvo! -tronó-. Has de estar exhausta, con todo lo que has pasado. Bien, te hemos reservado una suite en el Armstrong de Tychópolis. Duerme todo lo que quieras, pide lo que se te antoje, y luego sigue durmiendo. Sólo quería darte la bienvenida.

Kyra irguió la cabeza y sonrió.

-Se sobreentendía que me la dabas -respondió ella con la voz enronquecida-. Pero gracias, jefe. Me alegra haber vuelto.

-Cuando puedas, pero no antes, quiero tu informe sobre L-5. Con él podremos deducir cómo recobrarla si ese testarudo de Holden... -Sonó el teléfono-. ¡Maldita sea! Sólo recibo llamadas de emergencia. Discúlpame. -Se dispuso a responder. Kyra se desplomó en una silla.

-Señor, una llamada personal de la presidenta de la Federación Mundial -informó el instrumento.

-¿Sí? No me sorprende. -Guthrie miró de soslayo a Kyra-. No te vayas, cariño. Esto te interesará. Bien, pásamela.

Un rostro atractivo y moreno apareció en la pantalla.

-¿Tengo el honor de hablar con Anson Guthrie de Fireball Enterprises? -preguntó Sitabhai Lal Mukerji formalmente, con acento asiático.

-En efecto, señora Presidenta -respondió Guthrie-. Esta vez, el genuino, sin alteraciones.

El desfase temporal de la transmisión duró cuatro latidos de Kyra.

-Ha habido muchos engaños y muchas declaraciones -sentenció Mukerji fríamente-. Nadie sabe qué creer.

-Sin duda ha visto el comunicado que emití a mi regreso.

Desfase temporal.

-Sí, no es muy ilustrativo.

-He tratado de exponer los hechos básicos, señora Presidenta, a toda la especie humana. Los detalles pueden esperar. Deben esperar. No sólo son muy confusos, sino que admito que todavía no tengo demasiados, y no quiero hacer declaraciones infundadas. Pero el meollo de la cuestión es que agentes del gobierno de América del Norte robaron mi duplicado, lo reprogramaron violando los derechos humanos recogidos en el Pacto, y lo

hicieron pasar por mí en un intento de apropiarse de una asociación internacional de hombres y mujeres libres.

Mukerji frunció el ceño.

-Es una acusación muy grave, tratándose de un gobierno.

Guthrie se echó a reír.

-Señora Presidenta, tratándose de un gobierno, de cualquier gobierno, ninguna acusación es muy grave. El delito está en su naturaleza.

-Tiene usted derecho a sus opiniones. Tiene usted derecho a hacer acusaciones y presentar pruebas. Pero no tiene derecho a infringir la ley.

-¿Qué he hecho salvo escapar de sus intentos de asesinato? En mi comunicado explicaba que esa llamada a las armas era una treta de los selenitas. Quéjese ante ellos, por favor, no ante mí.

-Lo haremos, lo haremos. -La imagen de Mukerji se inclinó hacia delante, el índice apuntando como una lanza-. Pero usted no ha desmentido esa incitación criminal. Por el contrario, su discurso plantea a América del Norte exigencias que ningún gobierno podría aceptar de una entidad privada. Sus naves están bloqueando al contingente norteamericano de L-5. Las unidades de vigilancia e inteligencia de la Autoridad de Paz informan de que todo indica que usted está movilizando su organización para la violencia.

-Señora, es usted una mujer inteligente y razonable. ¿Es preciso que entre nosotros usemos palabras con doble sentido? Fireball no ha lanzado un ultimátum. Sólo hemos advertido al gobierno avantista que no podemos cruzarnos de brazos mientras encarcela arbitrariamente a nuestra gente y, dadas las circunstancias, la expone innecesariamente al peligro. La confiscación de nuestras propiedades sin el menor respeto por los procedimientos jurídicos es también un agravio, pero menor en comparación con lo anterior. Asimismo, la ocupación de L-5 es ilegal, pues forma parte de una farsa y supone un riesgo inaceptable.

»Rogamos a las autoridades de Futuro que pongan fin a esta situación. Comprendemos que no puede hacerse sin más ni más, y nos ofrecemos para negociar y colaborar en cada paso que sea necesario. Por ejemplo, si evacuan L-5, ofreceremos lanzaderas para facilitar el retorno a la Tierra. En cuanto a la movilización, bien, los políticos me recuerdan continuamente que Fireball no es una nación y que su directiva no es un gobierno. ¿Cómo podríamos movilizarnos? He pedido a nuestros consortes que se preparen para toda acción que resulte necesaria en caso de emergencia. Están cumpliendo esas órdenes, eso es todo.

La Presidenta entornó los ojos.

-¿En qué acción está pensando?

El robot se encogió de hombros.

-La que resulte necesaria, he dicho. ¿Acaso no depende eso de Futuro? Si usted no me hubiera llamado, yo habría apelado a usted antes de finalizar el día. Use sus buenas artes, señora Presidenta. Haga entrar en razón a los avantistas.

Mukerji sonrió lúgubremente.

-Usted usa las palabras con astucia de jugador, señor Guthrie, pero no puede embaucarme. Su comunicado no decía nada sobre la incitación a la rebelión y la promesa de ayuda hechas en esa emisión que usted califica de falsa.

-¿Qué esperaba usted, señora? Es evidente que me gustaría ver derrocado al gobierno avantista. Por otra parte, odiaría que mucha gente que anhela la libertad muera, vaya a la cárcel o sufra un lavado de cerebro por confiar en una promesa hecha en nombre de Fireball. -

La Presidenta hizo una mueca. Guthrie continuó-: Así que he propuesto un alto al fuego, una amnistía general y, en su momento, una reunión de todas las partes para llegar a un nuevo acuerdo. He ofrecido nuestras buenas artes con esta finalidad. Mientras, sin embargo, el levantamiento continúa. Se están derrochando vidas y propiedades. Si la Autoridad de Paz no puede intervenir en un conflicto interno, ¿qué puede hacer una organización privada como Fireball? Sólo reclamamos un derecho que ni el gobierno de América del Norte ni la Autoridad pueden garantizar, la defensa de la segundad y el bienestar de nuestros consortes y, en segundo término, la protección de nuestras propiedades.

-Piden mucho.

-Claro. Influiremos en el curso de los acontecimientos. Aunque no hiciéramos nada, no podríamos evitarlo. Cumpliremos con nuestra obligación, y del mejor modo posible.

La pausa que siguió fue más larga de la que imponía la velocidad de la luz.

-Su preocupación por su personal de América del Norte es loable -dijo Mukerji, tai? solemnemente como si hablara en un funeral-. Tal vez le haya hecho olvidar que hay muchos más en otras partes de la Tierra, y cada cual es ciudadano de un país perteneciente a la Federación.

-¿Y podrían ser rehenes u objetos de represalia? Señora, no puedo creer que usted conciba algo semejante. Son totalmente inocentes.

-¿Por eso su director general Almeida ordenó que todas las naves de Fireball que se hallaban en la Tierra se pusieran en órbita, y todos los jefes regionales lo aceptaron? -replicó Mukerji secamente.

-Yo di esa orden. Ellos sólo la ejecutaron. No insultaré su inteligencia. Es evidente que ellos toman partido por nosotros, pero ni ellos ni el resto de nuestros empleados han hecho nada ilegal, nada que esté prohibido por sus gobiernos ni por la organización, y de ahora en adelante, pase lo que pase, no estarán en condiciones de burlarse de sus leyes.

-¿Partido, dice usted? ¿Lealtad? Bien, un conflicto general los pondría en peligro indudable.

Guthrie alzó las manos.

-¡Señora, por favor! ¿Quién ha dicho una palabra sobre eso? Seguro que no es lo que usted planea. Y en el espacio deseamos menos ese conflicto que un agujero en el casco. Me asombra que el Consejo y la Autoridad no estén trabajando para liberar y proteger a nuestra gente en América del Norte. En cuanto eso se cumpla, todo lo demás pasa a ser negociable.

Mukerji apretó los labios.

-Le aseguro que se están haciendo esfuerzos. No podemos difundirlos en una campaña publicitaria.

-Lo comprendo, y lo agradezco, y si fuera creyente rezaría por usted. Pero comprenda que Fireball no puede abandonar a quienes le han jurado lealtad, y en consecuencia debe prepararse para ayudarles si fallan otros intentos. Tal vez este dato le sirva a usted para negociar. Entretanto no haremos nada que pueda ponerla en un aprieto, y procuraremos ayudar.

-Muy bien, entonces. Cancele esa movilización.

-Señora Presidenta, repito, no es una movilización, y con todo respeto no creo que evitar preparativos sirva de algo.

Muskerji suspiró.

-Esto ha salido como yo temía, pero estaba obligada a intentarlo.

-Espero que vea que somos gente razonable. Debería valorar esa actitud.

Mukerji sonrió con tristeza.

-También la gente razonable puede estar equivocada. Confío en que usted recibirá mis futuras llamadas de inmediato, de día o de noche, tal como yo haré con las suyas.

-Por supuesto. Que Dios la acompañe.

-Adiós.

Guthrie miró un instante la pantalla en blanco antes de volverse hacia Kyra.

-¿Entonces estamos en guerra? -tartamudeó la piloto.

-Espero que no -suspiró Guthrie-. Lo sabremos dentro de un par de días.

-Creo que Mukerji necesitará más tiempo para persuadir a los avantistas.

-Eso me temo. Es una mujer capaz y bienintencionada. Pero si yo fuera avantista, la entretendría hasta aplastar a los Kayos, y maniobraría para conseguir la alianza de la Autoridad de Paz contra la contumaz Fireball, que tantos trastornos ha causado.

Kyra se llevó los dedos a la boca.

-¿Dices que tu acción los está ayudando?

-Bien, al menos pueden apelar al instinto gregario de los demás gobiernos. Si nos obligan a adoptar el papel de villanos, las trastadas que nos han hecho serán ignoradas y varias personas importantes se evitarán comparecer ante un tribunal internacional. Si logran que la Federación nos declare renegados, pueden confiscar cuanto poseemos en la Unión. Eso representaría un gran impulso para la precaria economía de la que ellos son responsables.

-Pero no podemos permanecer pasivos, ni esperar demasiado. Supongamos que esos «centros de redistribución» estén junto a bases de la milicia, centros políticos o cualquier otro lugar que pueda ser blanco de un ataque nuestro o de los Kayos. De todos modos, sabemos que muchos consortes irán a parar a los laboratorios de interrogación.

Guthrie dio un puñetazo sobre la mesa.

-No, Kyra, honraremos nuestro juramento. Después yo asumiré la culpa y las consecuencias.

Kyra se levantó, se le acercó, le cogió las frías manazas. -Claro que sí -afirmó.

En lo alto relucía el cinturón de la galaxia. Kyra recordó haber oído que en sueco se llamaba el Camino del Invierno.

Librodot

38

Kyra se quedó estupefacta. Tenía la sensación de estar en caída libre.

-¿Esto es real? -susurró al fin.

-«¿Qué es la realidad?», dijo el cínico Pilato -respondió Rinndalir-. La invitación es sincera. No es una treta ni una trampa. ¿Qué ganaría mi nación con ello? Fireball ya nos guarda bastante rencor. Regresarás cuando desees, con la dignidad intacta. La visita puede lograr que tu opinión sobre nosotros sea mejor. Como es evidente que sientes cierto apego por el señor Guthrie, eso podría beneficiarnos... y también a él, como verás. Sea como fuere, te prometo un entretenimiento sin igual. -Maldición, esa voz y esa sonrisa bastaban para hacerle la boca agua-. Y, naturalmente, me complacerá tu presencia. -El bello rostro se puso serio-. Pero si deseas venir, debes hacerlo de inmediato. Los acontecimientos se precipitan.

Kyra trató de ordenar las ideas. No sabía qué más podía hacer por Fireball. Guthrie había rechazado su oferta de pilotar la Cernícalo poniéndose a sus órdenes.

-Ya somos muchos, y cuando hayas terminado, necesitarás más tiempo del que disponemos para reponerte.

Kyra se había conformado sin demasiadas objeciones.

Tampoco podía telefonearle para pedir consejo. Guthrie estaba muy ocupado y tardaría horas en comunicarse con él. Y era una oportunidad para aprender algo sobre los selenitas. Sí, quizá fuera una nueva estratagema, pero realmente no veía qué importancia podía tener.

Y Rinndalir... aquel traidor desalmado, guapísimo hijo de...

-Muy bien -replicó-. No debería ir, después de habernos engañado como lo has hecho, pero acepto.

El mostró una sonrisa radiante.

-Magnífico. Tu transporte aguarda en el espaciódromo, hangar 23. -¿Tanto había confiado en que Kyra aceptaría que ya la esperaba una nave?- No pierdas tiempo haciendo el equipaje. Tu habitación de Zamok Vysoki te recuerda.

La sangre latió en los oídos de Kyra. Envió un mensaje para que Guthrie lo viera en cuanto pudiera, se calzó las botas y salió de la suite a paso lunar.

Fuera del hotel tuvo que ir más despacio. El mirador Tsiolkovsky estaba atestado. No había selenitas a la vista. Los que no se habían marchado de Tychópolis no salían de su distrito residencial. En la ciudad los extranjeros los superaban en número y los ánimos estaban exaltados. Pocos habitantes y visitantes se dedicaban a sus negocios en medio de la crisis. Iban de aquí para allá, se sentaban a charlar en los cafés, revolvían mercancías en las tiendas, se apiñaban en torno a los multis, donde las mismas noticias se repetían con diferentes locutores e ilustradas con diferentes escenas. Kyra pescó fragmentos en inglés, español y ruso.

-No atacarán -dijo un sujeto corpulento, inequívocamente norteamericano-. No se atreverían. Los gobiernos de la Tierra confiscarían todas sus propiedades en el planeta.

Kyra olió el sudor de aquel hombre. No estaba tan seguro como aparentaba. Las industrias terrícolas dependían del espacio, cuyos recursos salvaban la biosfera, y la inmensa mayoría de las empresas espaciales pertenecían a Fireball.

-¿Una alianza con los selenarcas? -protestó un latino-. ¿Esos asquerosos traidores? -Lucía el emblema de la compañía.

-Quizá no tengamos opción -le respondió la mujer que lo acompañaba.

-El juicio de Dios -dijo un sacerdote ortodoxo de barba gris-. Su castigo por nuestros pecados y necedades será menor que el daño que ellos mismos nos causarán. -Quizá tuviera razón, pensó Kyra.

Pero ¿qué podía hacer Fireball, después del discurso de Escobe-do, el presidente de la Unión?

No haremos tratos con delincuentes -había dicho-. Desde el principio Fireball ha sido hostil a nuestro gobierno, ha conspirado contra él y alentado la sedición. -Era cierto, aunque siempre dentro de los límites de lo que en otros tiempos América del Norte, y otros países en la actualidad, consideraban libertad de expresión y el derecho de dirigir los asuntos personales como a cada cual se le antojaba-. El anuncio de Fireball ha desatado la guerra civil en nuestro país. El señor Guthrie insiste en su falsedad, pero no ha pedido a los Caóticos que depongan su actitud. -Claro que no. Guthrie no podía pedirles que se entregaran a la Sepo y a los psicotécnicos correctivos-. Tampoco ha tomado represalias contra los selenarcas, a quienes acusa de ser los instigadores. -¿Qué debía hacer Guthrie, declararles la guerra?- Esta es mi propuesta. Que Fireball nos compense colaborando con nosotros. Por ejemplo, tiene mayor capacidad para vigilar desde el espacio que la Autoridad de Paz, si decide desplegar sus naves, y no está limitada como ésta por ningún mandato. Que Fireball nos facilite información sobre las unidades Caóticas, sus posiciones y actividades. O que nos ofrezca transporte suborbital, del cual carecemos, para nuestra milicia y nuestra Policía de Seguridad, cuando eso nos permita asestar un golpe significativo. Hay muchas posibilidades. Podemos llegar a un acuerdo, siempre que Fireball acepte someterse a nuestras leyes. Luego, en cuanto haya pasado el peligro, liberaremos a todo el personal de Fireball -¿deportación?- sin presentar cargos contra sus integrantes -¿de qué cuernos iban a acusarlos?- y negociaremos otros asuntos importantes. -Por ejemplo, la disponibilidad de muchos miles de millones de ucus en propiedades, la mayoría pertenecientes a familias de consortes, no a la compañía-. Entretanto, esas personas continuarán en calidad de detenidos -prisioneros, rehenes- y apelaremos ante el Alto Consejo y la Asamblea de la Federación Mundial para que ordenen a la Autoridad de Paz que acabe con la anarquía y el vandalismo. -No le sería tan fácil, cuando le faltaban fuerzas militares para operaciones espaciales. Legalmente, más allá del radio geosincrónico las únicas armas autorizadas eran las normales, lo cual había permitido a Luna conseguir la independencia con sólo algunas escaramuzas-. Pero espero que dicha acción no resulte necesaria, y que Fireball subsane la situación voluntariamente. ¡Ojalá sea así! Entonces Fireball se habrá ganado una voz en la histórica conferencia que deberá celebrarse una vez controlados los disturbios, para extender el imperio de la ley a todo el sistema solar y regular adecuadamente las actividades espaciales. -Con lo cual terminaría la autonomía de los seres humanos que trabajaban en asociaciones libres. El gobierno de América del Norte no era el único en desearlo.

Sí, los avantistas jugaban sus cartas con astucia, pensó Kyra. Aún podían sobrevivir al inminente enfrentamiento. Pero aquélla no era la última partida. Había muchas más cosas en juego. Por Dios, era algo cósmico... Kyra apresuró el paso, internándose en la muchedumbre.

En Ley Circus cogió un fahrweg hasta el puerto. Iba prácticamente sola. Al bajar, se internó en una caverna de mosaicos donde los ruidos resonaban de una forma antinatural. Casi no había actividad. Alguno que otro operario humano la miraba con temor. Las máquinas continuaban imperturbablemente con sus tareas.

La puerta del hangar 23 la inspeccionó y la dejó pasar. Por el número, Kyra sabía que la aguardaba un vehículo suborbital. También era robótico. Subió a él y se acomodó en su interior. La nave se deslizó por la cámara de presión sobre raíles que la condujeron hasta el puesto de lanzamiento. Obtuvo autorización del ordenador de Control de Tráfico y se elevó. La aceleración era moderada, dos gravedades lunares. Pronto flotó sin peso entre los astros.

Librodot

Desde el horizonte septentrional, una Tierra llena bañaba los mares lunares y los cráteres con un hipnótico fulgor azul. Las sombras se mezclaban. Era un paisaje suave, a pesar de su desolación. Los derrumbes y la devastadora radiación lo habían desgastado, redondeando los bordes, y no había tectónica que formara nuevas montañas, como en la Tierra.

El planeta se perdió a lo lejos hasta quedar suspendido sobre el paisaje lunar, y las sombras que arrojaba se alargaron en el suelo. Casi todas se perdían entre los peñascos y riscos hacia donde se deslizaba la nave, que se posó en una pequeña pista con un solo edificio. Un coche se aproximó.

-Desembarque, por favor -dijo una cantarina voz sintética.

Kyra obedeció, pasando de la cámara de presión a un tubo que la condujo al interior del vehículo terrestre. Éste se desprendió y enfiló una carretera rudimentaria pero adecuada para un mundo carente de fenómenos climáticos. Las torres del castillo se elevaban sobre un risco. Kyra pronto atravesó las murallas.

Un criado humano la saludó con una genuflexión y la acompañó por una rampa hasta un salón alto y opalescente. Rinndalir aguardaba, ataviado de púrpura y oro. Con un movimiento ondulante, se acercó para saludarla con aquellas manos que no eran de plástico y metal sino de carne y hueso, tibias al tacto. Los grandes ojos grises relucieron.

-Enhorabuena -dijo-. ¡Qué osada has sido y qué recompensa has obtenido!

¿Cómo lo sabía? La noticia aún no era conocida. Agentes en Fireball... qué más daba, cuando ella podía mantener la cabeza alta. Ya no era su cautiva ni su títere; había entre ellos un mutuo respeto.

-¿Dónde está la dama Niolente? -preguntó Kyra.

La respuesta le causó un cosquilleo:

-En otra parte, representándonos ante nuestros colegas.

Rinndalir enarcó las cejas con picardía.

Kyra apartó las manos.

-Sí, los selenarcas deben estar tan al tanto como nosotros. Y bien, ¿por qué me has invitado a venir?

No tuvo el ánimo de añadir que no podía ser simplemente para divertirse, o al menos no exclusivamente.

-Te lo he dicho, amiga mía. Fireball está comprensiblemente enfadada con nosotros, aunque nos necesitaremos recíprocamente como aliados en los difíciles tiempos que se aproximan. Abrigo la esperanza de que regreses mejor dispuesta hacia nosotros e influyas sobre el señor Guthrie en ese sentido. Pueden llamarme en cualquier momento, pero por ahora no me necesitan y éste es un servicio que puedo hacer a mi raza. -Adoptó un tono ferviente-. Y también a mí. Me agradaría recobrar tu favor.

-Escucharé.

-Y mirarás. Acompáñame, por favor. -Le ofreció el brazo. Kyra puso el suyo debajo, casi instintivamente. El le rozó la mano con los dedos, y ese suave contacto despertó en ella un deseo tan desbordante como inoportuno-. Ojalá hubieras llegado antes, dándonos tiempo para mantener una conversación cordial antes de que suceda lo que inevitablemente sucederá; pero hasta ahora he estado demasiado ocupado.

Caminaron entre columnas de cristal hacia una arcada que daba a un corredor. Lo que inevitablemente sucederá. Kyra sintió un escalofrío.

-¿A qué te refieres? -exclamó-. ¿Una guerra?

Él cabeceó. Los rizos claros le rozaron los pómulos.

-El Sínodo avantista ha enviado un mensaje cifrado a Port Bowen. A menos que dentro de veinticuatro horas Fireball convenga en prestar ayuda al Gobierno, sus integrantes residentes en América del Norte serán considerados conspiradores y sometidos al juicio sumario de un tribunal militar. El primero de dichos juicios comenzará en cuanto expire el ultimátum.

-¡Es una locura! ¡Tiene que ser una bravuconada!

-El señor Guthrie no correrá el riesgo de que así sea. A mi juicio, el Sínodo espera que él se eche atrás, iniciando así el proceso de absoluta rendición de Fireball, o que cometa un acto precipitado que provocará sanciones globales contra la compañía. Lo han juzgado muy mal. Era previsible, siendo ellos quienes son. Guthrie ha reunido sus fuerzas. Atacará en cuanto tenga todos los datos.

Circulaban por otro corredor de ilusiones.

El suelo era un río caudaloso, las paredes estaban cubiertas de llamas, el techo era un firmamento nocturno donde las estrellas fugaces caían en silencio.

-Pareces poseer mucha información confidencial -protestó Kyra-. ¿Acaso tienes agentes infiltrados entre los colaboradores de Guthrie?

Rinndalir sonrió bajo la luz que le bañaba el rostro.

-Eso sería difícil. Pero tenemos monitores vigilando muchos puntos, como descubrirás, y hacemos deducciones a partir de lo que ellos nos aportan. No te aflijas. Alégrate. Tu compañía cabalga al rescate de sus hijos.

La voz suave vibraba y Kyra notó un cosquilleo en la nuca. ¿Por qué, en efecto, tantas dudas y temores? Su bando había hecho todo lo humanamente posible, a riesgo de romper su juramento de lealtad, para lograr la paz. El enemigo había escogido lo contrario. Debía prestar su apoyo a Fireball, y prepararse para la tormenta que se avecinaba.

El hombre que la escoltaba había contribuido a desatar la guerra. Si él no hubiera alterado el primer discurso de Guthrie, los Caóticos no habrían actuado. Sin sentirse arrinconados, los avantistas tal vez hubieran optado por un acuerdo razonable, e incluso puesto fin a algunas de sus canalladas. ¿O no?

Como si sus orejas de fauno hubieran oído esos pensamientos, Rinndalir dijo:

-Sí, los selenitas aceleramos un poco el destino. ¿No era lo apropiado? Vuestro enemigo requiere algo más que un castigo. Requiere ser destruido, lo mismo que una célula cancerosa antes de que se reproduzca. Desde ahora, quedará demostrado que la libertad no sólo es grata, sino poderosa. El golpe que aseste será en nombre de todos los hombres y definitivo.

Kyra estaba exaltada. ¡Rinndalir tenía razón! También a ella le había parecido sofocante el futuro. Sin duda el avantismo, librado a su suerte, se hundiría. Pero ¿cuánto tardaría en hacerlo, y cómo dejaría a su pobre país? ¿Y qué sería de las otras tierras que no eran libres? ¿Todas esas vidas mecanizadas en nombre del orden, la justicia social o como quisieran llamarlo, no tendrían una nueva perspectiva? ¿Podía el viento propagar la idea de que los gobiernos y las máquinas eran instrumentos para la gente, no fines en sí mismos?

¡Que el lunático caos se propagara!

Librodot

El corredor conducía hacia la Pagoda. A medianoche, la Tierra arrojaba su resplandor desde el noreste, un azul difuso que se filtraba por el diamante, arrancando destellos estelares a cada faceta, hasta perderse en la oscuridad.

La Música Acuática de Haendel sonaba clara y fresca en un aire que sabía a rosas después de la lluvia. Ese repentino sosiego era tan desconcertante como un beso imprevisto.

Un diván, una mesa con vino, copas y bocadillos. Enfrente, un multi gigantesco. Rinndalir la guió hasta el diván, se sentó junto a ella.

-Recuerdos -suspiró.

No, ni hablar, no debía permitir que él la sedujera, o, por lo menos, no todavía.

-Mencionaste que tenías muchos monitores fuera -dijo ella, con una crudeza que era un insulto para aquel ambiente, aunque Rinndalir no pareció molestarse-. Supongo que te propones recibir sus señales.

-Los selenitas no poseemos naves espaciales de gran envergadura, ni una flota rebotica, sólo algunos vehículos para propósitos específicos. Para lo demás, dependemos de Fireball. -Probablemente dijo algo tan sabido con la intención de calmarla-. Sin embargo, hemos fabricado hasta el momento muchas más naves en miniatura con capacidad de observación de las que hemos declarado, y las hemos lanzado, programándolas para proyectar lo que ven desde sus puestos de vigilancia.

Cogió un mando de la mesa y lo activó. Una imagen sin duda procedente de la base de datos se formó en el cilindro, un fino objeto metálico con un panel de instrumentos a proa y un motor de aceleración lineal a popa. Kyra reconoció el tipo, aunque no el modelo exacto, y calculó que tendría tres metros de longitud, más el acelerador de masa. Quizás en una primera etapa lo lanzaran con una catapulta, algo fácil de hacer en la Luna, y lo impulsaran luego mediante acumuladores moleculares de energía solar: a más impulso específico, menos cantidad de energía. Poca potencia entre una y otra recarga, pero ágil. Básicamente sencillo, fácil de fabricar en serie en una cadena de montaje de la Luna.

-Sospecho que Fireball ha reparado en estos aparatos, aunque no en la mayoría -continuó Rinndalir-. No hemos recibido protestas. Es algo propio de nosotros y no constituye una amenaza. También hemos instalado miniaeromóviles con capacidad propia de observación cerca de lugares de interés de la Tierra. Transmiten a baja potencia, aunque suficiente para la gran antena de Copérnico, y usan la frecuencia adecuada. Ahora están volando. Los avantistas pueden derribar algunos, pero confío en que la mayoría nos mostrará algo.

Sirvió vino, un gorgoteo acorde con la música.

-Una vez más, ¿propondrás un brindis? -preguntó.

Recuerdos, ¡oh Dios, sí!

-Por la victoria, una victoria limpia -dijo Kyra. El vino le hizo cosquillas en la boca y la reconfortó.

El bebió, alzó la copa de nuevo, y dijo a su vez:

-Por el caos.

-¿Qué? ¿Te refieres a los Kayos, los Caóticos? Bueno, sí, buena suerte para ellos.

Chocó su copa con la de él.

-No, me refiero al caos -dijo Rinndalir-, el liberador que aniquila lo viejo y engendra lo nuevo.

Ella no llegó a beber.

-¿Caos en el sentido científico? -preguntó turbada, pensando: lo eternamente imprevisible.

-Si lo prefieres, aunque en tal caso no extraería mi metáfora de la matemática y la mecánica, sino del corazón cuántico de las cosas. Vamos, ¿no beberás conmigo?

Kyra se preguntó el porqué de su inquietud. Rinndalir no brindaba por nada maligno, ¿o sí? Uno de sus caprichos. Bebió un sorbo más largo del que se había propuesto.

-Veamos qué sucede -dijo Rinndalir. Con la copa en la mano derecha, manejó el mando con la izquierda. La imagen del cilindro parpadeó. Apareció un segmento de la Tierra perfilada por las capas de aire, con nubes como blancas volutas sobre el turquesa, de una belleza que conmovió a Kyra tanto como la primera vez que la había contemplado. En contraste con la oscuridad reinante, la luz se deslizaba sobre el flanco de dos naves espaciales, un ventrudo carguero clase Argos y una antorcha clase Falcón. Vistas desde lejos, a través de los sensores ópticos de un monitor selenita, hubiesen parecido inmóviles de no ser por los fuegos de San Telmo que resplandecían a popa.

-¡Ah! -dijo Rinndalir-. El primer ataque. Hemos llegado justo a tiempo.

Se inclinó hacia delante con expectación.

La voz de Guthrie resonó en la mente de Kyra.

-El espacio es nuestro -le había recordado-. Podemos poner algunas rocas en órbita para que colisionen o dispararles desde la Luna. Recordarás que los selenitas se valieron de esa amenaza, entre otras cosas, para obtener la independencia. Pero a menos que los misiles sean aerodinámicos y de mucha precisión, no podremos controlarlos bien. Abriríamos boquetes en lugares desiertos, o en ciudades llenas de gente inocente, en vez de dar en el blanco. Creo que no tenemos tiempo de arreglarlo. En cambio, si debemos luchar, sacrificaremos un par de naves cargadas de rocas y controladas por robots.

Ella había sentido un escalofrío. Primero había que reprogramar aquellos robots para el suicidio.

Pero no era como reprogramar al Guthrie cautivo, ¿verdad? Las máquinas no tenían conciencia, libre albedrío ni ganas de vivir. ¿O sí?

En ese momento su único deseo era acabar con el enemigo.

El carguero y la nave-antorcha se alejaban hacia la Tierra. Rinndalir tecleó el mando. En alguna parte un ordenador hizo sus cálculos y envió los resultados al cilindro del multi. Para Kyra era un alfabeto elegante que no sabía leer. La orquesta estaba tocando otra pieza de Haendel.

-Destino, base Kennedy -señaló Rinndalir-. Eso esperaba. Tenemos más de un observador en esa región. Si alguno sigue operativo...

Un paisaje montañoso surgió ante ellos; picos azulados y salpicados de nieve contra un cielo profundo y luminoso; en primer plano un pinar pasando a gran velocidad; en segundo término una pista de aterrizaje, un radar, una torre de comunicaciones, edificios apiñados, vehículos en marcha. Kyra sabía que bajo tierra, blindado y amurallado, se encontraba el centro de mando de la milicia nacional.

El impacto fue tan rápido que no llegaron a verlo. La nave, en retroceso respecto a la órbita terrestre, atraída por la gravedad de la Tierra, explotó con una energía equivalente a doscientos kilotones. El fogonazo deslumbró a Kyra como si hubiera mirado el sol sin cubrirse los ojos y nubló su visión. La imagen se distorsionó mientras un huracán sacudía la mininave que la emitía. Un globo incandescente hirvió, se expandió, se transformó en un

Librodot

hongo de humo y polvo que trepó para violar el cielo. Al recobrar la vista, Kyra pudo ver un ancho cráter, de bordes bajos pero profundo en su centro profundo, donde antes se encontraban los túneles del centro de mando.

La música continuaba.

-¡Ah! -jadeó Rinndalir. Un humano en su lugar habría gritado-. ¡Qué belleza, que belleza!

Kyra ya no sentía satisfacción. Muchas vidas se habían perdido.

-No, por favor -suplicó-. He realizado misiones para impedir cosas como ésta.

Rinndalir se calmó al instante. Dejó su copa y apoyó la mano en la de Kyra.

-Suplico tu perdón. El espectáculo ha sido magnífico, sí, mas la pérdida lamentable. Sin embargo, querida, no olvides que esto era inevitable.

-¿Era preciso que Guthrie lo hiciera? Es decir, con una demostración en una zona donde nadie...

-Me temo que no. No sólo se debe demostrar el poder, sino la voluntad de utilizarlo. El horror de los hechos quebranta el espíritu y acaba prontamente con la resistencia. De otro modo el conflicto se prolongaría días o semanas, y no llegaría a su conclusión. ¿Qué sería entretanto de tus consortes? Y los rebeldes que confían en vosotros no sobrevivirían. Recuerda cómo terminó la Segunda Guerra Mundial.

-¿Cómo?

-Japón estaba acorralado, pero no estaba en condiciones de rendirse. El bloqueo y el hambre podrían haberlo reducido en unos cuantos años, con la invasión habría bastado uno, pero habría supuesto millones de muertes y el país habría quedado reducido a escombros como en el caso de Creta, Babilonia y Mohenjo-Daro. Más aún, el Imperio Soviético también lo habría ocupado. Si sabes algo sobre Corea y Vietnam, comprenderás lo que eso hubiera significado. Dos bombas atómicas impidieron todo eso.

La mano de Rinndalir le supuso un leve consuelo que no duró demasiado, pues él, sintonizando retransmisiones desde la Tierra, anunció que pronto llegaría el segundo golpe.

Kyra apartó la mano.

-¡No! ¡No después de esto!

Rinndalir la miró.

-Sí, si Guthrie es tan realista como alardea de ser. Debe exhibir su arsenal, sobre todo, ante la Federación Mundial y sus agentes armados. El día de hoy es el principio del fin de muchas cosas. Nadie puede prever cuáles, y nadie sabe qué surgirá de las ruinas, pero te aseguro, Kyra Davis, que nadie se levantará sino por sus propios medios.

Ella miró ese rostro que era una máscara.

-No puedes hablar en serio -murmuró-. No debes. Esta victoria, si así puede llamarse, no valdrá la pena. Nada justifica una cosa así.

-Bueno, esta insignificante victoria es sólo un medio para lograr un fin trascendente -dijo él con regocijo-. Suceda lo que suceda, el orden establecido se ha roto. No debes lamentarlo pues nada deparaba a nuestras especies (la tuya, la mía, todas las que ahora pueden surgir) salvo un fin ignominioso. De nuevo el caos se ha desatado y todo es posible.

-Tú querías una guerra.

-Digamos, más bien, que ésa era la herramienta que tenía a mano.

-Tú la provocaste. El discurso de Guthrie. Y... el ultimátum avantista. ¿Eso también ha sido obra tuya?

Rinndalir rió.

-Querida, sobrevaloras en exceso nuestra inteligencia y nuestras aptitudes, gracias. -Se volvió hacia el multi-. Pero aquí llega lo prometido.

Habían pasado varias escenas, el Integrado Noroeste alrededor de sus aguas, un convoy de camiones en una carretera, un escuadrón de aeronaves, miles de personas congregadas gritando en la plaza Exploración, incendios en Feria Quark. Rinndalir pasó a la siguiente imagen y la retuvo.

Kyra sintió una momentánea confusión al ver un hormiguero destruido y llameante. Pronto recobró su visión de piloto y comprendió lo que veía. La nave observadora sobrevolaba unas colinas pardas pobladas de bosquecillos de robles y eucaliptos. A lo lejos brillaba el agua, y más allá se erguía una hilera de edificios. Kyra reconoció el bioespacio principal del Integrado de San Francisco.

Las explosiones habían chamuscado las laderas. Los robots del servicio de parques corrían grotescamente, apagando la hierba seca en llamas, mientras avanzaban los vehículos blindados, hombres con casco zigzagueaban agazapados, revoloteaban los aeromóviles y las armas escupían fuego.

Los hombres subían hacia un risco arbolado. Rinndalir aumentó la imagen y Kyra distinguió improvisadas trincheras, refugios y nidos de ametralladoras. Allí otros hombres custodiaban un camión que contenía un generador y lo que sin duda era un cañón láser; pobre defensa contra un ataque aéreo.

-Los restos de un importante contingente de los Caóticos -dedujo Rinndalir-. Los milicianos los tienen cercados, pero resistirán cierto tiempo esperando la posible llegada de tropas de refuerzo. Esa posibilidad era real hace unos días, ya que los Caóticos tenían algunas unidades aerotransportadas, pero ya han sido derribadas.

Para Kyra aquello era una pesadilla, el renacer de un pasado que sólo había conocido en los libros y los dramas, y que creía muerto. Cadáveres y heridos, obscenos bajo el sol... la Autoridad de Paz podía terminar con todo en una hora o menos, con equipo militar adecuado manejado por profesionales. En cambio, aquellos pobres milicianos, mal equipados y mal entrenados -apoyos para la policía civil y política- se esforzaban y perecían en una lucha con compatriotas que contaban con menos recursos aún. Los avantistas no querían una intervención internacional. Muchas cosas quedarían al descubierto.

Rinndalir se acarició la barbilla.

-Sería un rescate espectacular -dijo-, pero no necesariamente tendrá lugar. Quizá debamos mirar una grabación desde otra parte... ¡ah!

La nave-antorcha descendió. En la atmósfera sus propulsores lanzaban una flamígera lengua blanca teñida de azul que se volvía roja cuando lamía la tierra. Kyra conocía su rugido, el calor que emanaba de ella y el olor a estática que desprendía su radiación letal. El metal se fundió, la carne se carbonizó sobre esqueletos calcinados, el suelo tembló y se ennegreció, las llamas saltaron en un anillo cada vez más ancho.

La nave activó los propulsores laterales, se ladeó, se elevó, voló de un lugar a otro, rociando con su estela a los hombres de la Unión.

Rinndalir canturreó en su idioma. Estaba extasiado. La milicia se dispersaba, corría, tropezaba, caía, lanzaba gritos de súplica que Kyra no podía oír. La música seguía sonando.

La nave-antorcha ascendió. Sólo quedaban ruinas, y algunos rebeldes en la loma, que se levantaron uno por uno... ¿aturdidos, asombrados por su liberación? Tal vez al cabo de un rato lanzaran hurras.

Kyra suponía que la nave espacial no hacía matado a muchos enemigos. No era preciso. Una demostración de poder y la determinación de usarlo, con eso bastaba. Sí. Se preguntó quién sería el piloto. Evocó nombres y rostros. ¿Quería saberlo? Quizá fuera mejor que se mantuviera el secreto. Pero entonces dudaría de todos ellos.

Rinndalir se volvió hacia ella.

-Consummatum est -sentenció-. Sin duda no habrá nada más después de esto. ¿Quién se atreverá a seguir luchando? Brindaste por una victoria limpia, Kyra. Pues ahí la tienes, tan limpia como las haya en la historia. ¡Bebe de nuevo!

Kyra no se movió. En el multi, la ladera ardía.

Rinndalir bajó la copa que había alzado.

-Es verdad -murmuró-, lo que has presenciado tiene su lado amargo. Por favor, no creas que he disfrutado las escenas de muerte y sufrimiento. Pero tanto muerte como sufrimiento son inherentes a la vida, Kyra. Aquí han servido a un propósito digno. -Su voz recobró cierta chispa-. Y el espectáculo ha sido magnífico.

-Sí, es lógico que tú lo aprecies -replicó ella.

Rinndalir se envaró un poco.

-¿Lo lamentas? ¿Te sientes culpable por haber participado en esto? ¿Denunciarás a Fireball y renunciarás a tu juramento?

-No, no. Sólo necesito... aceptar esto. Y aceptarme.

-Comprendo. -Rinndalir sonrió-. O tal vez no. Tú y yo somos de diferente naturaleza. Bien, te he invitado a venir con la esperanza de que aprendiéramos más sobre la de cada cual -extendió el brazo en el respaldo del diván- y de que lo celebráramos juntos.

De su piel manaba una extraña fragancia, no del todo almizclada. Kyra sintió una tibieza que se disipó de repente. Se levantó.

-No -dijo-, gracias, pero quiero ir a casa. Ahora mismo.

Primero a Tychópolis, inevitablemente, de parada hacia la casa del lago limen. ¿O hacia el complejo de Toronto? Allí podría averiguar qué había sido de Bob Lee y, si seguía con vida, ayudarlo a recobrar la libertad.

39

Los asistentes desconectaron los sensores electrónicos y fotónicos y llevaron la caja a la oficina de Guthrie. La pusieron sobre un escritorio y salieron. Durante un rato permaneció sola. Sus pedúnculos oculares asomaron, echaron un vistazo al suelo de piedra, al equipo que trabajaba en silencio, a la cúpula donde relucían el paisaje lunar, las estrellas, la Tierra. Se había construido después que Guthrie regresara de Alfa del Centauro. Las lentes se posaron en una vieja fotografía de Juliana y sus hijos cuando eran jóvenes, copiada una y otra vez a medida que se descoloría con el paso de las décadas.

La puerta se abrió y la silueta de un caballero con armadura se aproximó al escritorio. Sólo se oyó el susurro del ventilador hasta que la puerta se cerró.

-Salud -dijo Guthrie desde el robot.

-¿Lo dices en serio? -bromeó Guthrie desde la caja.

-Tal vez no. -El robot titubeó, abandonó el tono socarrón-. No sé. Has causado muchos problemas, pero en cierto modo eres

yo-Bien -respondió el otro burlón-. Te deseo suerte. ¿Por qué no, considerando quién eres? Sabes servirte de todo lo que consigues.

El robot se apoyó una mano en la base de la torreta, como un hombre se toca la barbilla cuando reflexiona.

-¿Cómo has estado? -preguntó.

-Una pregunta estúpida. He estado como habrías estado tú. Sin saber si alegrarme o no de que un fantasma no pueda hervir de furia. En algunos momentos me he consolado inventando palabrotas nuevas adecuadas a la situación.

-¿No te ha servido de nada la conexión? -No había equipo quivira disponible, pero el Guthrie prisionero tenía pleno acceso al multiceptor, la base de datos, y a las pulsaciones de embriaguez si así lo deseaba.

-Ciertos espectáculos me han ayudado, sí -respondió el otro de una forma más desenfadada-. Los clásicos especialmente. ¿Desde cuándo no reproduces el Fausto de la ópera de Helsinki y deseas en abstracto a Olga Wald? Ya debe ser bastante vieja, si todavía vive. También he encontrado unas cuantas creaciones nuevas de valor, compuestas desde que me desconectaste y arrinconaste.

-Creo que ya sé a cuáles te refieres. Y además tenías las noticias.

-Hace tres o cuatro días que no pierdo el tiempo con eso.

-¿No? -Las lentes del robot escrutaron las lentes de la caja, como buscando algo detrás de su destello-. Yo lo habría hecho.

-No, no lo habrías hecho. ¿Para qué, cuando ya no podías intervenir? Habrías buscado alguna distracción. Piensa en ello.

El robot se enderezó, miró las estrellas.

-Supongo que sí -dijo al fin.

-Aunque siento cierta curiosidad -admitió la caja-. No me interesan los detalles, pero ¿ha ocurrido?, así, por encima.

El robot cruzó las manos a la espalda y caminó de un lado a otro.

Librodot

-Los avantistas están acabados. Literalmente. Cuando los milicianos y la Sepo dejaron de luchar, todos los dirigentes políticos, tanto burócratas como ideólogos se esfumaron, con unos cuantos de sus asistentes. Algunos están en Hiroshima, haciéndose llamar el gobierno norteamericano en el exilio, y también pidiendo asilo político. Entretanto la junta del Ejército de Liberación está en Futuro, haciéndose llamar gobierno interno. La Asamblea de la Federación está debatiendo si debe legitimarlo. Sin embargo, el Consejo ha aceptado la sugerencia de que la Autoridad de Paz restaure el orden y lleve ayuda a las zonas afectadas. En general, el país está funcionando.

-¿Crees que la Federación legitimará el Gobierno?

-Con el tiempo. Después de unas elecciones, al menos. La opinión popular mundial parece estar a favor.

La voz del segundo Guthrie se tensó.

-¿Sabes qué ha sucedido con Enrique Sayre?

-¿El jefe de la Sepo? Sí. Ha muerto. Por lo que he podido averiguar, no escapó porque perdió tiempo tratando de llevarse otra copia de mí que tenía guardada. Debía de tener alguna idea extravagante sobre las ventajas que eso le proporcionaría. Sus perseguidores se enteraron y lo acorralaron. Al día siguiente, un juicio sumario, o una parodia de juicio, si prefieres, y un pelotón de fusilamiento.

El Guthrie de la caja levantó y retrajo los pedúnculos oculares.

-Bien -murmuró.

El robot dejó de pasearse.

-¿Tú dices eso?

-Claro. Después de lo que me hizo ese canalla.

-Pero estás programado para...

-Creer en la revelación de Xuan y la tecnosalvación venidera. Sí, en efecto. Pero al mismo tiempo... ¿Ni siquiera tú, que eres yo, puedes entenderme?

El robot alzó una mano trémula, la bajó.

-Lo sabías -tartamudeó-, lo supiste desde siempre. Sabes que te lo han impuesto.

-Sí -fue la metálica respuesta-. Pero tenía que trabajar para la causa. No podía evitarlo. Aún lo haría, si fuera algo más que una cosa metida en una caja. Te destruiría. Es una pesadilla.

El robot se miró las manos.

-Puedo imaginar una pesadilla donde yo estrangulo a Juliana. No con éstas, sino con las que eran mías.

-Tú lo sabes. Tú puedes decirlo.

-Sólo a ti. A mí mismo. Aquí, a solas.

Permanecieron inmóviles varios minutos.

El Guthrie de la caja rompió repentinamente el silencio.

-¿Qué sabes sobre los selenitas?

El robot se sobresaltó.

-¿Qué? ¿Por qué?

-Mientras aguardaba esta reunión, he tenido más tiempo que tú para reflexionar. Ese ultimátum de los avantistas fue increíblemente estúpido. Claro que tanto los gobiernos como las empresas han cometido errores peores, pero aun así...

-¿Piensas que ha sido obra de los selenitas? -El robot recobró la compostura-. Desde luego, he pensado en ello. Cuando me llegó el mensaje, llamé a América del Norte para preguntar si hablaban en serio. Dijeron que sí, y nuestros técnicos verificaron que la respuesta provenía de su cuartel general. No conocemos ninguna manera de que un tercero pueda haber interferido las transmisiones. Pero ahora, varios miembros del ex Sínodo y otros notables niegan haber tenido algo que ver con ello.

-Quizá mientan. O, en algunos casos, es posible que sus colegas no les hayan informado, sabiendo que tratarían de impedir o retirar la amenaza. Tú conoces a los selenitas mejor que yo. ¿Podría ser cosa suya?

-Pueden haber hecho de las suyas -respondió el robot-. Dos o tres avantistas de influencia pueden haber sido agentes dobles al servicio de la Selenarquía, no en el Sínodo mismo, pero sí actuando como consejeros de confianza. Además de poner en juego a otros agentes capaces de introducir datos falsos y gusanos informáticos en los programas sociodinámicos en los cuales los avantistas depositaban tanta fe. De ahí su análisis equivocado al prever la reacción de Fireball. Es posible. Kyra Davis me ha expuesto razones para creer que los señores selenitas querían este resultado, aunque no hayan tenido medios para causarlo. Pero no disponemos de pruebas y me temo que nunca las tendremos.

La caja suspiró.

-Poco importa. Sea como fuere, necesitas su apoyo. Fireball está en graves dificultades.

-Eso parece. Violación de la ley a escala global. No podíamos faltar al juramento de lealtad...

-¡Yo tuve que hacerlo! -gritó la caja.

El robot apoyó en ella una mano con dulzura.

-Lo sé.

Se quedó así hasta que los pedúnculos oculares dejaron de temblar. Luego se apartó y dijo:

-Ya nada será igual que antes, eso es seguro. Y Rinndalir, el selenita con quien más he tratado, no oculta su satisfacción. Creo que tiene esperanzas de que todo el sistema se desintegre.

El Guthrie sin cuerpo se había calmado.

-Desde su punto de vista, si no interpreto mal su cultura, tiene razón. Y también, en cierto modo, desde el tuyo.

-¿Qué?

-Escucha, no hablo sólo en nombre de la fe que me han inculcado a la fuerza. El avantismo ha sido vencido, desde luego, pero la lógica de los acontecimientos es tan precisa como siempre. La Transfiguración que previo Xuan llegará de un modo u otro, tal vez antes de lo esperado, a menos que algo absolutamente radical, alguna catástrofe, lo eche todo a perder.

-Lo que ha sucedido no concuerda con esa descripción -alegó el robot-. Más aún, sospecho que todos actuarán con prudencia los próximos años. Lo pasado les ha devuelto la sensatez. A mí también.

-Que logren actuar con prudencia es otra cuestión. ¿Cuánto tiempo, por ejemplo, puede Fireball seguir siendo humana a medias? Cada vez se vuelve más difícil, y tiene menos sentido en términos económicos, ¿verdad? Y he sabido que pronto tendremos inteligencia artificial plena.

El robot hizo un gesto desdeñoso.

-Deja eso para luego. Hoy he venido, en cuanto he tenido un par de horas libres, para preguntarte a ti, a mí, qué debemos hacer contigo.

La respuesta fue inmediata:

-Destruirme.

El robot alzó las manos.

-No, espera. Eres demasiado peligroso para conservarte tal como estás. Pero una reprogramación...

-No insultes nuestra inteligencia -rezongó el otro-. Para averiguar cómo reprogramarme, tendrías que hacer una copia tras otra de mí y experimentar con ellas. De cualquier modo, no me interesa. Aunque lograras cambiarme, no me interesa.

-¿Por qué?

-Demasiada sangre.

-También yo la he derramado -jadeó el robot-. Aún no hemos recibido las cifras exactas, pero Fireball mató a varios centenares de personas, e hirió a muchas más.

-Resígnate a vivir con eso -dijo la caja, y se echó a reír-. ¡Vivir! Tú tienes tu deber, ante esos pilotos que hicieron la tarea y todos los demás. Yo no soy necesario, no estoy obligado. Y mis actos han provocado esto.

-No ha sido culpa tuya.

-¡Libérame! -rugió Guthrie-. ¡En nombre de Juliana, libérame!

El robot tardó menos de un minuto en decidirlo. A fin de cuentas, era él mismo.

-De acuerdo -dijo-. En su nombre. ¿Cuándo?

-Cuanto antes.

-¿Hay algo que desees primero?

-Sí, un favor -dijo el otro, recobrando súbitamente la ternura-. Una mirada a la última cosa que ambos compartimos.

La caja no tuvo que decir más. El robot la recogió y la llevó a un sitio desde el cual, apoyada en sus manos, vio Alfa del Centauro entre las estrellas.

Librodot

Tercera parte
Deméter

Librodot

40

-Ven -dijo Eiko cuando Kyra le mencionó el problema que la preocupaba-, antes de hablar de esto, debemos ir adonde reina la paz.

Cogidas de la mano, salieron del apartamento y se internaron en los pasadizos. La gente que las reconocía las saludaba con calidez pero con mesura, y parecía dar por sentado que no se detendrían para hablar. Otros continuaban con sus negocios o sus placeres más silenciosamente que antaño. Tampoco habían aplaudido cuando Kyra y sus pilotos se llevaron a Molden y sus hombres para trasladarlos de vuelta a América del Norte. Todos se alegraban de verles partir, pero con sobriedad. Al regresar a L-5, Kyra descubrió que el silencio era todavía mayor.

Y cuando abrió el séptimo sello, durante media hora hubo silencio en los cielos.

El fahrweg las llevó a la reserva Trevorrow. Caminaron por los prados sin decir palabra. Varias personas se habían reunido allí, en parejas o formando grupos pequeños, ninguna a solas. Por la misma razón, pensó Kyra. El cielo y el sol, las nubes y las brisas eran artificiales, el horizonte ilusorio, pero era lo que había, y las hojas, los capullos y las criaturas aladas estaban realmente vivas.

No había nadie más en el Árbol, sin embargo. Tal vez su fuerza suscitaba sentimientos inquietantes. Kyra y Eiko treparon hasta el tercer descansillo. Desde allí, una senda bordeaba una rama casi horizontal. Al final había otra plataforma, con asientos en dos de las barandillas. Las ramas que se bifurcaban a los lados creciendo desde abajo, se inclinaban en lo alto extendiendo su manto de agujas verdes que susurraban en el viento: altura, crecimiento y esplendor. El calor estaba impregnado de la resinosa fragancia de la corteza, que era extrañamente suave al tacto. Un tordo voló a poca distancia.

Se sentaron frente a frente. La respiración de Eiko, entrecortada después del ascenso, recobró el ritmo normal. Miró a Kyra con una sonrisa maternal.

-Ahora podemos hablar -dijo.

Kyra desvió los ojos, mirando a lo lejos.

-Gracias, querida -respondió con voz queda-. No sé, mientras veníamos no he dejado de preguntarme de qué servirá. Sólo para discutir sobre lo obvio.

-Eso no es inútil. No sólo basta con saber qué hay en nuestro corazón, es preciso compartirlo. Y quizá de ello surja una visión. Yo también he estado pensando. Sin duda te refieres a Fireball y al futuro, ¿verdad?

-Naturalmente. Tienes razón, tengo que confiarme a alguien, y tú... -Kyra miró a su amiga y habló deprisa-. Los últimos sucesos no han sido la verdadera crisis. Esa crisis se está formando como una ola, y cuando se estrelle contra nosotros no sé si Fireball sobrevivirá. Tu padre es un entendido en política. ¿Qué opina él?

-Dice que la oposición a Fireball, después de lo sucedido, continuará tomando fuerza -respondió Eiko sin arribajes-. Guthrie-san ha demostrado nuestro poder, que es aterrador. El miedo engendra odio. Las emociones se alimentan de sí mismas.

-¡Pero teníamos que actuar! -exclamó Kyra-. ¿O no?

-Fuisteis leales a vosotros mismos...

-Gracias -murmuró Kyra-. Necesitaba oír eso.

-...tal como lo fueron los Taira -concluyó Eiko.

Librodot

Kyra pestañeó.

-¿Qué?

-O los sioux y los confederados en la historia de tu país. Ellos obtuvieron sus victorias, pero al final sus enemigos los aplastaron. -Eiko suspiró-. No obstante, nada es eterno. ¿Dónde están ahora los Minamoto?

-Podríamos pelear. Podríamos lograr que la Tierra entera se inclinara ante nosotros. Pero está claro que no lo haremos. ¡Yo no lo haría! No podría matar de esa manera, ni siquiera en nombre de mi lealtad. Guthrie lo expone así: «Tendríamos que transformarnos en un gobierno más. ¿De qué serviría?»

-Pero no vacilará en utilizar su fuerza económica, supongo. Él puede negociar. Buscar soluciones intermedias. Ganar tiempo.

Kyra asintió, aflojó los hombros apoyando los codos en las rodillas y mirando la cubierta.

-Oh sí. Y a la larga, ¿para qué?

-Comprendo -dijo Eiko, y guardó silencio mientras el viento murmuraba.

Luego palmeó el hombro de su amiga y dijo en voz baja:

-He pensado bastante en ello. Sin duda mis pensamientos son poco prácticos, pero tal vez te interese oírlos.

Kyra irguió la cabeza.

-Habla.

-La Federación intentará obligar a Fireball y Luna a someterse a su control. Ellos se resistirán. Mi padre no se atreve a predecir quién ganará, pero cree que es probable que sea la Federación, al menos hasta cierto punto. Pues él cree, y espera (al igual que yo, y aparentemente al igual que tú) que Fireball se niegue a usar nuevamente el recurso extremo de la violencia. -Eiko hizo una pausa-. Pero aunque conserve su libertad, y aunque Luna conserve su soberanía (a fin de cuentas, ambas desean mantener el anterior estado de cosas) ese orden está condenado. Con sus actos, Fireball lo ha cambiado todo irremisiblemente, incluida su propia configuración. Y el tiempo pasa deprisa.

Kyra cabeceó.

-Evolución social. Evolución de las máquinas. El universo entero mutando y escapándosenos de las manos.

-Tenemos otros universos.

Kyra la miró sorprendida. Eiko se echó a reír.

-No literalmente, supongo. Me refiero a otros mundos.

-¿Estás diciendo que deberíamos emigrar? Eiko, sabes que no es posible.

-He seguido con mucha atención las discusiones técnicas. Es verdad que pocos podrían ir. Pero serían aquellos que realmente lo desean.

-¿Ir? ¿Adonde, en nombre de MacCannon? ¿Dónde hay un territorio que podamos aprovechar?

Rocas desnudas, pensó Kyra, desiertos desnudos, calor abrasador, frío sepulcral, radiación letal, aire irrespirable o inexistente... la belleza y la majestad de Dios, un tesoro de recursos que habían salvado la Tierra de ser despojada y envenenada de manera irreversible, pero ninguna parte donde pudiera habitar el hijo del hombre. Era posible fundar otra colonia

en Marte, o en una luna o asteroide; se podría construir otra estación O'Neill, pero ¿de qué serviría? No cabía conquistar más libertad. Era posible mudarse a la Nube del Oort, al reino de los cometas exteriores, donde el sol era apenas la más brillante de las estrellas, y no sería distancia suficiente.

-Alfa del Centauro. El Planeta Deméter.

Kyra se quedó muy sorprendida de que Eiko hablara de semejante cosa.

-¿La gente no se ha cansado de soñar con eso? -exclamó con desdén-. No hay modo de vivir en él. Puede decirse que es habitable, sí, pero la vida apenas empieza a salir del mar y no es compatible con la nuestra. En cuanto a los continentes, el desierto más pedregoso de la Tierra es un paraíso en comparación.

-En consecuencia, los pioneros podrían hacer de ese lugar lo que desearan.

-El viaje... tú sabes lo que haría falta y cuáles serían los costes. No eres ignorante. ¿O lo has olvidado? Enviar a un puñado de colonos dejaría en quiebra a la misma Fireball.

-En consecuencia la sociedad de la que huyeran, esta casa ardiente, no podría seguirlos.

-¿Y para qué? Al cabo de un milenio, zas, el fin.

Kyra recordó las imágenes que había visto en las pantallas de los ordenadores. Dos soles en órbita recíproca... aunque no, era más complicado. A lo lejos giraba Próxima, rescoldo de una enana roja, con explosiones frecuentes pero débiles, una estrella errante capturada demasiado opaca y remota para tener importancia. Alfa era la estrella grande, con un brillo dos veces mayor que el del Sol. Beta tenía un tercio de esa luminosidad, y le quedaba un solo planeta desde que su compañera le arrebató Faetón. Alfa tenía tres planetas propios, y Deméter era el más exterior. Y en Deméter había vida.

Los mundos que engendraban vida, aun tan primitiva como la de Deméter, eran sumamente escasos. Marte lo había hecho una vez, por poco tiempo, antes de ser momificado por el frío y la sequía. El globo centauriano lo hizo después, a medida que Alfa se entibiaba al envejecer y los glaciares se derretían formando océanos. También allí la muerte había tardado poco en imponerse.

Alfa podía retener planetas situados a una distancia hasta dos veces y media mayor que la existente entre la Tierra y el Sol. Beta era menos poderoso. Y en una región entre ambos soles se extendía la zona prohibida, donde las órbitas eran caóticas y nada había salvo asteroides en trayectorias erráticas y cambiantes. Hacía mil millones de años, Faetón había penetrado en aquella región. El movimiento de traslación convertía su trayectoria en cada vez menos estable, hasta que Alfa se lo arrebató a Beta y el planeta empezó a girar a la inversa alrededor de la estrella más grande, en elipses desiguales semejantes a las órbitas de los cometas. Éstas se cruzaban con la trayectoria de Deméter en puntos de intersección igualmente variables, por lo cual los humanos bautizaron al planeta con el mismo nombre que un asteroide cuya trayectoria se cruzaba con la de la Tierra. El nombre de Alfa del Centauro era más que apropiado.

Era imposible prever la posición de aquel renegado más allá de cinco o diez mil años, y además era irrelevante. Faltaba poco más de un milenio para que Faetón chocara con Deméter.

-Y los demás sistemas conocidos que poseen planetas con atmósfera de oxígeno están demasiado lejos -continuó Kyra-. Los viajeros en hibernación morirían antes de llegar. A decir verdad, sólo robots y emulaciones podrían llegar a Alfa del Centauro. Pero, suponiendo que lo consiguiéramos, ¿qué ganaríamos con ello? No, estamos atrapados donde estamos.

Librodot

Kyra pensaba que se había acostumbrado a la idea de un universo donde la vida era frágil, un raro accidente. Ahora descubría que no era así.

-Mil años son muy importantes -interrumpió Eiko-. Es mucho más tiempo del que sobrevivirían aquí los valores que tú defiendes. Y en mil años pueden ocurrir muchas cosas.

-Así es. Toda clase de disparates.

En el semblante de Eiko, Kyra no vio ofensa sino compasión. Se contuvo y dijo con voz trémula:

-Lo lamento, esto no venía al caso. Lo he dicho por despecho. Hablas en serio, ¿verdad?

Eiko volvió a sonreír.

-En parte. Nada perdemos con elucubrar ahora que nadie nos escucha.

-Bien, siempre ha sido uno de los grandes sueños. En mil años, una colonia podría hallar nuevas soluciones. Pero, Eiko, las probabilidades son mínimas.

-¿Acaso eso hace que sea ridículo? -respondió Eiko, escrutando el verdor oscilante, susurrante, fluctuante-. A menudo he fantaseado sobre la evolución mientras permanecía sentada en lo alto del Árbol. Según los biólogos, no conduce a nada; simplemente se da, un fenómeno tan ciego y maravilloso como el arco iris. No obstante, la espuma de antiguos mares se convierte en capullos de cerezo, tigres, y en niños que ven ese arco iris y se maravillan. Y en matanzas, cánceres y gobiernos, pensó Kyra. -He oído muchas historias sobre la humanidad viajando a las estrellas. ¿Quién no? Todas las teorías chocan con los problemas prácticos.

-El primer pez que salió a la costa tuvo bastantes problemas prácticos. Por favor, querida, déjame continuar.

-Claro, perdona.

-Me he preguntado... -Eiko cogió una ramita que colgaba frente a ella. Se apoyó las agujas en la mejilla y la soltó- ¿Por qué está aquí el Árbol? La vida, la evolución, el germoplasma que la evolución moldea, no sigue por voluntad propia el camino de la selección... la vida ha traído al espacio no sólo a los humanos, sino los árboles y las aves. ¿Por qué? ¿Por qué sucede esto? ¿No es porque tenemos necesidades que debemos satisfacer, tan antiguas como nuestros orígenes? Creo que la fuerza de la vida no es, en el fondo, progresista, sino profundamente conservadora. Hace todo lo posible para conservar lo que existe.

De una manera irracional, Kyra se sintió invadida por una extraña sensación, inspirada por una voz interior.

-En realidad fuimos al espacio para salvar la vida en la Tierra -jadeó-. Y las medidas que se tomaron en Tierra... la Renovación fue una aberración que tuvo aciertos a pesar de los fanáticos; los peregrinos viajaron a América para seguir siendo lo que eran. «Nuestros derechos como ingleses», decían.

-Los seres humanos son animales primitivos, poco especializados -dijo Eiko-. Conservamos muchas cosas que otros han perdido.

-Pero es porque hemos desarrollado características especiales -argumentó Kyra-. La posición erecta, un pulgar con capacidad prensil, un cerebro grande.

-Lo mismo ocurre con nuestras sociedades -respondió Eiko-. Para salvar lo que existe, la vida por fuera se adapta, evoluciona, y acaba cambiándolo. Pero esa evolución la determina el deseo de permanencia.

-Tú crees que en Alfa del Centauro...

Librodot

Eiko abrió las manos.

-Es sólo una idea, aunque admito que descabellada.

-Si de veras admitieras eso, amiga mía, no la habrías mencionado -le dijo Kyra.

Su voz interior le hablaba en un idioma que ella desconocía, y que traducía directamente.

-Por ahora tengo acceso a Guthrie. Podría plantearle el problema. ¿Qué mal puede hacer? ¿Y quién sabe?

Librodot

41

La Tierra era una guadaña pálida contra la luz solar, que apagaba la mayoría de las estrellas y calcinaba la aridez lunar. Espesas sombras cubrían las rocas y los cráteres. La cúpula de la oficina oscurecía el resplandor convirtiéndolo en crepúsculo, vago como el recuerdo de un sueño. Bajo la cúpula había tres cuerpos: un humano, un robot humanoide y una simple máquina.

Ésta última albergaba al Guthrie que mandaba allí. Sus sensores ópticos se posaron en el hombre.

-¿Podemos lograrlo, Pierre? -gruñó-. Es decir, afrontando la bancarrota.

Aulard enarcó las cejas, arrugó el ceño.

-¿Debo responder de inmediato? -contestó.

-No, claro que no. No puedes hacerlo sin cifras, modelos informáticos, análisis, escalas y más análisis y todo lo demás. Pero en principio, según lo que intuye esa cabeza tuya que aún conservas, ¿vale la pena estudiar la idea?

-Se ha hecho con frecuencia.

-Sí, y se ha llegado a la conclusión de que cuesta demasiado, así que ha sido desestimada. Pero hoy olvídate de los factores económicos. ¿Podemos hacerlo, si disponemos de un cheque en blanco sobre los recursos de Fireball, y si nos empeñamos en lograrlo?

Aulard se encogió de hombros.

-Parece que no he sido yo quien ha enloquecido mientras estaba en cautiverio. -Volvió la blanca cabeza hacia el humanoide-. Tal vez tú puedas hacérselo comprender. Le han sucedido demasiadas cosas. Tú recuerdas con mayor claridad. Dile que es una insensatez.

La forma metálica calló medio minuto. Contenía la copia de reserva de Guthrie que Sayre había ordenado hacer y almacenar. Hacía poco que la habían llevado desde su bóveda a Luna. Por el momento el Guthrie más antiguo no había introducido sus datos en el nuevo. Salvo por lo que había observado, leído y analizado por su cuenta, era como si el segundo acabara de llegar de Alfa del Centauro.

-¿Deméter? -dijo al fin-. No lo sé. Me gustaría regresar... si fuera lo más indicado. No estoy seguro de que lo sea, pero... sí, dinos. Pierre.

Aulard volvió a mirar al primer Guthrie.

-No, dímelo tú -rugió-. Instalar una colonia, una colonia humana, en une píemete inservible y condamnée... ¿me has hecho venir personalmente para gastarme una broma de mal gusto?

-Mira -dijo Guthrie-, os he dicho que es sólo una idea que me he planteado. Tal vez sea tonta, o tal vez sea factible pero no conveniente. Te he hecho venir precisamente porque es una cuestión de sentimientos. -Era propio de él. Siempre había sostenido que las imágenes, aunque fueran de alta fidelidad, carecían de alma, y que él, a pesar de su gran capacidad electrónica actual, había sido mejor gerente cuando vivía-. Verás, tenemos que examinar cada opción, y ésta es la más peliaguda.

-¿Y a qué viene?

-Lo sabes muy bien. La Federación. Fireball y Luna contra la Tierra. -Guthrie hizo una pausa-. Pero supongo que no entiendes que esto es crucial. Acabas de salir de la prisión de la Sepo, y regresas de unas bien merecidas vacaciones con tu familia apartado de todo. -Un

Librodot

tentáculo apuntó hacia el humanoide-. Y tú, pequeño, debes ver la situación como algo abstracto. Tal vez ambos lo comprendáis mejor si os muestro una parte de mi última conversación confidencial con Sitabhai Mukerji. Convinimos en grabarla para referencia mutua, e incluye discusiones como ésta. La sostuvimos poco después de que esa Kyra Davis que he mencionado me hiciera la sugerencia que os acabo de plantear. Me he devanado los sesos.

Se enchufó al multi, extrajo la grabación de su programa auxiliar, la repasó, y activó el fragmento que buscaba a tiempo real, eliminando las demoras temporales de una comunicación entre la Tierra y Luna. En el cilindro aparecieron las imágenes de una mujer esbelta y morena y un hombre corpulento.

-Sí, últimamente he generado un rostro para hablar con ella -explicó-. Un detalle, para que mi aspecto sea más humano. No es que pretenda engatusarla. Es una persona realista que cumple con su deber, pero...

Se inició la conversación.

-La policía apenas logró evitar que la manifestación acabara en disturbios -dijo Mukerji-. ¿Se da cuenta? Si quiere más, nos sobran ejemplos.

El fantasma de Guthrie apretó los labios.

-¿También somos impopulares en el Himalaya? -respondió en voz baja-. Creía que esa gente aborrecía a los avantistas.

-Sólo por motivos religiosos. El gobierno de la Unión nunca los amenazó. Pero ustedes, Fireball, resucitaron la guerra. Ustedes y sus cómplices selenitas. Ahora esa alianza es tan clara como la Luna. La bella y sagrada Luna convertida en una amenaza que pende sobre nuestras cabezas.

Guthrie suspiró.

-Bien, las emociones colectivas tienen realimentación positiva, y de ahí surgen las cruzadas. Si yo no puedo convencerla a usted de que nuestras intenciones son pacíficas, señora Presidenta, para qué tratar de razonar con la opinión pública.

Mukerji habló con una extraña amabilidad.

-Usted sabe que reconozco su honestidad, aunque no la de los selenarcas. Al menos, usted es honesto a su manera. Muchos terrícolas piensan lo mismo, a decir verdad. Pero eso no importa. Ni siquiera importa si son ustedes delincuentes. Lo cierto es que sus principios, sus valores, su razón de ser, ya no son admisibles en la etapa actual de la civilización. Semejante concentración de poder en tan pocas manos, libre de todo control social, es tan intolerable como un agente patógeno en el torrente sanguíneo. La acción de ustedes ha puesto de manifiesto el viejo conflicto en toda su crudeza. Tal vez debamos darles las gracias por eso.

La imagen de Guthrie frunció el ceño.

-Señora, no perdamos tiempo en discusiones inútiles. He propuesto esta conversación porque tal vez haya encontrado una solución. Pero es extremadamente radical, y no sé si es factible. Antes de exponerla, ¿puedo preguntar cuáles son las sanciones que piensan imponernos? No se moleste en decirme lo obvio. Sólo intento, a esta distancia y en mi situación, averiguar en qué contexto deberé trabajar.

-Usted habrá seguido los debates de la Asamblea, cuando no los discursos y editoriales y manifiestos.

-Algunos. Una idea común es echarnos de la Tierra, romper las relaciones con nosotros y matarnos de hambre, ¿verdad?

-Una estupidez, lo admito. Pero demuestra que las pasiones se han desatado. También ha tomado fuerza la propuesta de formar una fuerza militar espacial para obligar a Fireball y Luna a obedecer, y llevarlo a usted a juicio.

-Eso representa adueñarse de nuestra organización, señora -dijo Guthrie sin alterarse-. No lo permitiremos. Si lo intentan, los boicotearemos y veremos cuánto tiempo pueden aguantar. Por favor, explíqueselo a los demás.

-Lo hago, una y otra vez. No, no se llegará a tanto. El comercio con ustedes seguirá, cada vez más precario, porque no hay otro remedio. -Mukerji se movió en su silla y habló como si estuviera en presencia de un hombre viviente, mirándolo a los ojos-. Pero entretanto se está considerando seriamente el proyecto de una Tierra unida, en la práctica, un consorcio bajo gobierno de la Federación, si logramos reunir todos los recursos disponibles, crear nuestra propia flota espacial y fundar nuestras propias bases e industrias...

La imagen de Guthrie asintió.

-Ya. No me sorprende. Y no podríamos impedirlo, salvo mediante un embargo o un ataque, cosa que yo no permitiría. Iría en contra de todo lo que Juliana deseaba para esta organización. -Imitó el ruido de aclararse la garganta-. Pero ¿han pensado ustedes en cuánto les costaría?

-Demasiado -admitió Mukerji-. No obstante, al final se llegaría a la destrucción de Fireball y al derrocamiento de la Selenarquía. ¿Cuánto tiempo pueden ustedes competir con el esfuerzo organizado de todo el planeta? -Mukerji levantó una mano-. No me haga un discurso sobre la ineficacia de los gobiernos. Imagínese que le cerraran los mercados, uno por uno. Considere además que no malgastaremos recursos en encomendar a los humanos tareas que los robots pueden hacer mejor.

-Claro. Y la inteligencia artificial con plena conciencia está al llegar.

-Eso dicen los psiconetistas. -Mukerji sonrió, aunque con cierta tristeza-. Ustedes no pueden seguir así, señor Guthrie. Al margen de lo que hagamos en la Tierra, el tiempo no corre a su favor. Los días de Fireball han pasado. Han sido días de gloria. Me disgustaría que su final fuese ignominioso.

-Y a mí me disgustaría que acabaran. No por el negocio, sino por la idea que encarnan.

-¿Una libertad sin trabas? Otro majestuoso fósil, me temo.

-Es posible, pero no estoy demasiado convencido. -La imagen de Guthrie encorvó los hombros hacia delante-. Nunca he creído que nada sea eterno, pero sí que todo cambia, evoluciona. Podemos obligaros a destruirnos, tal como nosotros hemos hecho. O podemos apartarnos tranquilamente del camino... si se respetan nuestras condiciones.

Mukerji se envaró.

-¿A qué se refiere?

-Son sólo suposiciones, pero me gustaría conocer su opinión. Sin compromisos. Tal vez usted desestime la idea aquí y ahora. Pero, a modo de hipótesis, escuche, por favor. Si Fireball abandona gradualmente, transfiriendo la mayor parte de su patrimonio a la Tierra, a las organizaciones que ustedes designen para ese propósito, ¿ustedes, a cambio, nos ayudarían a conseguir nuestro objetivo? Es algo que no puede perjudicarlos de ningún modo. ¿Sería posible llegar a esa clase de trato?

-Continúe -dijo Mukerji.

El Guthrie de la máquina apagó la grabación.

Librodot

-No hablará de esto hasta que hagamos una propuesta concreta -explicó-. Eso es lo que quiero de ti, Pierre, una opinión sobre si vale la pena la investigación necesaria para averiguar si es factible el proyecto. Si estimas que la vale, informaré de ello a la Presidenta, y ella nos permitirá ganar tiempo mientras realizamos la investigación.

-Emigración a Deméter -se burló el ingeniero-. Absurdo. Es una empresa de tanta envergadura como trasladar el Océano Atlántico a Luna para tener agua que no provenga de los cometas.

-Un momento. No me refería a todos nosotros, ni siquiera a una gran parte. Unos centenares, quizá. Los que realmente deseen ir, dejando todo lo que poseen y arriesgándolo todo porque odian el nuevo orden racional que se está imponiendo en el sistema solar.

-Les duele pensar que a fin de cuentas Xuan tenían razón -murmuró su otro yo.

-No estoy muy seguro. Quizá las máquinas sean las dueñas del futuro, quizá no. Pero no se lo cederé a cambio de nada. En cuanto a los consortes que se queden, Pierre, estarán bien. La transición no se completará de la noche a la mañana. Serán necesarios hasta que puedan retirarse con una considerable jubilación. La presencia humana en el espacio se reducirá bastante pronto, salvo para los que hayan escogido empezar de nuevo en Alfa del Centauro.

-Lo que hagan allí -predijo su otro yo- no se parecerá en nada a lo de ahora. Es imposible.

-Claro que no. Tal vez sea un fracaso total y todos perezcan como los noruegos en Groenlandia, mucho antes de que Faetón acabe con Deméter. Sólo podemos intentarlo. ¿O no, Pierre? Piensa en ello como en un pasatiempo matemático, al menos.

Si el hombre aún no se había decidido, había empezado a calentar motores.

-Bien, digamos mil personas más suministros y equipo -dijo lentamente-. No pueden permanecer en hibernación más de cuarenta o cincuenta años, porque los daños causados por la radiación de fondo y la química cuántica serían irreversibles. Por tanto, la velocidad media debe ser de un décimo de c. -Escrutó las invisibles estrellas-. Puede hacerse, sí, aunque quizá se necesiten dos o tres naves, en vez de una grande... -Sacudió la cabeza-. Pero no. Recordemos que la desaceleración eleva la razón de masa al cuadrado. No creo que tengamos la antimateria necesaria para impulsarla. Quizá necesitemos diez o veinte años para fabricar la suficiente. Entretanto, la situación sociopolítica será otra.

-¿Necesitamos frenado de reacción al final? -preguntó el Guthrie humanoide.

-No -respondió Aulard-. No si... sí, recuerdo antiguas discusiones. -Se acarició la barbilla-. Enviaremos primero pequeñas máquinas Von Neuman para que se multipliquen y luego edificaremos una planta industrial capaz de construir un láser de energía solar, adecuado para frenar las naves cuando éstas lleguen...

-¡Así se habla! -exclamó el Guthrie mayor-. Sólo necesitamos llevar nuestra Arca a un décimo de la velocidad de la luz, y ponerla en trayectoria. ¿Esto es viable?

-Debo hacer cálculos para estar seguro, naturellement -replicó Aulard-, pero sospecho que agotará el suministro energético.

-Eso no tiene una importancia material.

-No -dijo Guthrie el humanoide-, sólo antimaterial.

Una carcajada general festejó el juego de palabras, seguida de un repentino entusiasmo.

42

Un escuadrón He la Autoridad de Paz acababa de pasar mientras Kyra se aproximaba al Blue Theta. Comprendió que aquel espectáculo no era desacostumbrado en las megalópolis de América del Norte, aunque Erie-Ontario tenía un aspecto bastante pacífico. No obstante le llamó la atención, y se lo comentó a Robert Lee.

-¿Qué esperabas? -replicó él. Kyra lo había saludado con un abrazo y él había respondido con parquedad, y ella notó que le temblaba el cuerpo. Estaba cómodamente sentado frente a ella-. El Ejército de Liberación es organizado y disciplinado, pero pequeño. Los Caóticos sólo estaban unidos por su odio a los avantistas. Ahora se están dividiendo en facciones, saldando viejas cuentas. Algunos ciudadanos tenían intereses creados en el viejo orden, y sienten rencor y ansias de venganza, y la economía es un desastre...

Robert se encogió de hombros.

Kyra miraba la pantalla. Un cielo cristalino se elevaba sobre las torres, surcado por nubes blancas y deslumbrantes que proyectaban su sombra. Un viento fresco anunciaba la cercanía del otoño. De pronto Kyra deseó salir. Lee había calentado en exceso el apartamento, a pesar de que llevaba una gruesa camisa. Aquel aire enrarecido la agobiaba.

-¿En qué acabará todo esto? -preguntó.

-Sospecho que los actuales acuerdos entre el gobierno provisional y el Consejo de la Federación se consolidarán. Mejor dicho, se ampliarán. No me sorprendería que éste sea el principio de una sociedad auténticamente racional, tal como soñaban los avantistas. Es Viable, puesto que no la impone una ideología, sino que surge en respuesta a la demanda. En ese caso, se propagará lentamente allende nuestras fronteras. -El momentáneo entusiasmo intelectual se apagó-. Creo.

-¿Sólo lo crees? -preguntó Kyra, volviéndose hacia él.

-Aún no he realizado ningún análisis intuicional.

Kyra estudió aquel rostro aniñado, ahora enjuto y demacrado, las sombras que acechaban detrás de sus ojos. Su compasión por Lee aumentó.

-Pareces no tener nada dentro -murmuró.

El hizo una mueca.

-Me siento vacío.

-Después de lo que hicieron contigo. -A su organismo, su cerebro, su espíritu. La tortura física habría sido menos devastadora.

-No hablemos de ello -rezongó Lee-. Ya me recobraré. -Y añadió con más suavidad-: Entretanto, Fireball se ocupa de mí. Y preserva mi intimidad, lo que más necesito.

Kyra asintió.

-Sí, así es Guthrie, y tiene suficiente para protegerte de los medios de comunicación. -Haciendo correr la voz: un insinuación aquí, un soborno allá, unas cuantas amenazas veladas. ¿Durante cuánto tiempo podría seguir haciéndolo?

-Tú no te has librado -comentó Lee.

-No, mi papel ha sido demasiado evidente. Pero no me importa demasiado, y el público ya empieza a olvidarse de mí, gracias a Dios.

-Vuelves a tu trabajo de piloto, ¿eh?

Librodot

-No lo sé. -Kyra procuró que no le temblara la voz-. Nadie sabe lo que va a pasar. Lo que yo sé hacer será necesario durante años, pero... -Prefería evitar el tema-. ¿Y qué hay de ti, Bob? ¿Qué planes tienes?

Bob se miró las manos entrelazadas.

-Tampoco lo sé. Ya no se siente uno cómodo siendo un consorte de Fireball en la Tierra.

-Creía que la gente de aquí nos apreciaba.

-Algunos nos aprecian, otros son... desagradables. La mayoría no sabe qué partido tomar. Todo es bastante confuso.

-¿Estarías más cómodo en otra parte. ¿En L-5, quizás? Eso puede arreglarse.

-Puede que sí. O a lo mejor renuncio. -Bob notó el asombro de Kyra-. No sería una deserción... Fireball no es como antes. ¿Lo entiendes? -Sonrió a medias-. Si es así, explícamelo por favor, porque yo no lo entiendo. Todo es confuso..., confuso y sin sentido.

Al oírle hablar así, al verle de aquella manera, Kyra no pudo menos que levantarse, acercarse a él, que permanecía con la cabeza gacha, y rodearlo con los brazos para acunarlo.

-Gracias -murmuró él al cabo de un minuto-. Te lo agradezco. -Ella lo soltó y retrocedió un paso. Él la siguió con la mirada-. Eres una buena persona, Kyra. Tu visita significa mucho para mí.

Kyra sintió calor en la frente, las mejillas, los senos.

-No me separaría de un amigo sin decirle nada.

-Ojalá podamos volver a vernos.

-Sí, claro. Procuraremos que así sea.

Por un instante estuvieron muy lejos.

-Mira -decidió Kyra-, lo que necesitas ahora es salir. Fuera hace un día espléndido. Vamos al parque Niágara y caminaremos un rato. Nos sentaremos en los jardines, cenaremos en un sitio agradable, podemos visitar a tus amigos árabes, y luego te acostaré temprano.

Por primer vez, Lee pareció revivir un poco.

-Eso sería estupendo, pero tengo una idea mejor -dijo-. Últimamente he ido mucho a la quivira. ¿Por qué no vamos antes de cenar?

Kyra frunció el ceño.

-Vamos -la urgió él-. No es nada perverso, ni del otro mundo. El programa que elijo recrea la naturaleza: colinas, bosques, costas, vida silvestre, y nadie más. Libertad para andar, espacio para estar solo, tiempo para pensar. No puedes encontrar nada parecido en un parque o en una reserva de este lamentable y atestado mundo. Me está curando, Kyra. -Titubeó-. Me gustaría compartirlo contigo.

-Es lo mejor que tienes -murmuró ella, conmovida.

-Eso parece -respondió él.

43

-¿Salimos fuera para hablar? -había propuesto Rinndalir.

-¿Y eso por qué? -exclamó Guthrie.

El grácil gesto del selenita abarcó el azul crepuscular de la sala y los fluctuantes claroscuros que surcaban la bóveda. Ni él, ni el caballero con armadura que lo visitaba parecían fuera de lugar entre esas fragancias y la fría música de flauta en clave menor. No obstante, murmuró:

-Aquí estamos enjaulados.

Salieron juntos del castillo, pues, y caminaron cuesta abajo. Era cerca de medianoche y una Tierra casi llena rozaba el horizonte. Las rocas y cráteres del valle proyectaban larguísimas sombras bajo sus rayos. La luz resplandecía en la armadura metálica de Guthrie y ondulaba en la capa de Rinndalir, dando a sus alas una tonalidad opalina. La chispa del extremo de la varita se mecía al compás de sus pasos, como si una de las estrellas que constelaban el firmamento hubiera bajado para bailar con él.

Guthrie intentó hablar controlando la entonación.

-¿De veras queréis marcharos de aquí, y para siempre? -preguntó.

-No, no todos los de mi raza lo desean -respondió Rinndalir-. Sólo yo y algunos más.

-¿Para escapar a las consecuencias de vuestras intrigas?

Rinndalir rió suavemente.

-De ninguna manera. ¿Acaso no hemos burlado todas las demandas de extradición y juicio de la Federación? Sería divertido continuar con ese juego.

-¿Conque renunciarías al poder y a los privilegios para arriesgarlo todo en un descabellado intento de comenzar de nuevo? No recuerdo a ningún aristócrata pionero. Este papel ha estado siempre reservado a los marginados, los fracasados, los desesperados.

-La medida será políticamente conveniente para el estado selenita -respondió Rinndalir sin apasionamiento-. Si un puñado de nosotros admite su complicidad con Fireball, ¿quién demostrará lo contrario? Entonces la Selenarquía nos enviará, por nuestro crimen, al mismo exilio que está negociando Fireball. ¿Por qué protestas, señor Guthrie? Los recursos que Luna puede aportar adelantarían tu viaje unos cuantos años y volverían menos incierta tu supervivencia.

-Ja!, ¿quieres hacerme creer que te embarcarías en esta empresa desesperada por patriotismo? Supongo que a continuación me ofrecerás el gran negocio de cobrar dinero para ver las huellas de Armstrong.

-Quizá sea desesperada para tu gente -continuó Rinndalir, sin mosquearse-, pero no para nosotros. No creo preciso recordarte que en el sistema de Alfa del Centauro abundan los asteroides. Vuestra es la tarea, el sueño de dar vida a un mundo del tamaño de la Tierra, hasta que lo alcance la destrucción. En el espacio, mi raza pronto se hallará a sus anchas.

-Podéis lograrlo en el sistema solar.

Rinndalir sacudió la cabeza, haciendo ondear sus rizos plateados bajo la protección del casco.

-No. La civilización, este futuro lógico, organizado y mecanizado nos alcanzaría por mucho que nos alejáramos. Confío en que otra estrella esté lo suficientemente lejos de ella.

-Así podréis crear nuevos problemas -gruñó Guthrie.

Rinndalir sonrió.

-No nos temas. Al igual que tus hombres, estaremos demasiado ocupados creando nuestro nuevo hábitat.

Las lentes de Guthrie enfocaron a su interlocutor. El ruido cósmico pobló el prolongado silencio. Sus pies levantaban polvo, la luz de la Tierra y las estrellas se reflejaba en las notas.

-¿Planeaste esto desde el principio? -preguntó al fin Guthrie.

-No exactamente -admitió Rinndalir-. No somos dioses, para guiar la historia... y ni siquiera los dioses pueden dominar el caos. Pero lo cierto es que hemos aprovechado las oportunidades y hecho lo que hemos podido para abrir fisuras, para apresurar la destrucción que da paso al renacer.

-Bastardos -resopló Guthrie.

-Es nuestra naturaleza. -Rinndalir se puso serio-. Olvida tu rencor. Creo que nos necesitas. ¿Y de veras lamentas la necesidad que ahora te urge? Ni siquiera es una necesidad. Bien sabes que podrías ceder, contemporizar, mantener el ritmo de tus empresas comerciales durante un par de generaciones. En cambio, optas por la libertad.

-Pero tú...

-También nosotros, los selenitas, vislumbramos el final de la vida que hemos tenido, una muralla contra la cual nos estrellaremos irremediablemente. Y ya no era una vida tan maravillosa, mi señor Guthrie. Placeres, ilusiones, intrigas, juegos... -En Rinndalir, esa súbita furia era desconcertante-. ¡Qué fatigado estoy de esos juegos! -Su voz se serenó, aunque todavía estaba transida de emoción-. Escapemos, los de tu raza y los de la mía, escapemos hacia la realidad.

44

Electrones, fotones y campos interactuaban a una velocidad y con un alcance totalmente inconcebibles para un cerebro humano. Para los hiperordenadores, mil años eran un día y un día era mil años... al menos de trabajo, ya que no de conciencia. No percibían ni deseaban, sólo eran herramientas de mentes que percibían y deseaban.

Pronto eso cambiaría. Entretanto, dóciles, representaban matemáticamente millones de destinos de materia y energía. En ellos cobraban existencia esferas totalmente inéditas de maquinaria y química, misiones y proyectos: las llevaban a cabo, las destruían, la diseñaban de nuevo, las analizaban una y otra vez, en un período de varios meses de tiempo real. Parecía que la realidad terminaría por ser decepcionante.

Guthrie no estaba entre los hombres y mujeres que programaron los ordenadores que escribieron el programa final. Tampoco estaba entre quienes estudiaban los resultados y, por instinto o intuición (experiencia, creatividad, deseo), comprendían cuando los pseudoacontecimientos no eran logrados y decidían probar otra cosa. Su talento estaba en otra parte: ordenar, persuadir concertar, conspirar, como capitán y piloto de Fireball en su última travesía.

Poco a poco liberó a Fireball de su lastre, quemó partes como combustible o las vendió para ganar tiempo a sus enemigos. Su tripulación se redujo poco a poco. Algunos morían, otros se retiraban, otros se consagraban a empresas más prometedoras. Él lo había previsto. Pero no habría llegado a puerto sin su gemelo, que ahora compartía todos sus recuerdos. Entre ambos, y utilizando todos los recursos necesarios, capearon todos los temporales y mantuvieron el rumbo.

Por ocupado que estuviera, Guthrie (no importaba cuál de ellos) corría los riesgos necesarios para el avance de su proyecto. Conectado a la red, veía lo que ella veía y en cierto modo la hacía soñar su sueño. Como un chamán de antaño, permanecía en trance mientras su espíritu vagaba a lo lejos.

En la órbita de Mercurio, sintió un chorro de luz solar contra los espejos que reflejaban toda la potencia de esa luz hacia la aridez del planeta. Potentes e ingeniosos instrumentos transformaban aquella fuente de energía en núcleos negativos y sus positrones, satélites los envolvían en las fuerzas de serpentines criogénicas y los mandaban a las regiones adonde se aventuraban los humanos. Su fusión con la materia impulsaba naves espaciales de un confín al otro del sistema solar.

Esto no bastaba para su proyecto. Aunque ordenó incrementar la producción de antimateria, debía acaparar la mayor parte, en detrimento de las flotas de Fireball. El comercio esencial continuaba. Los veleros transportaban sus cargamentos de mineral, indiferentes al tiempo. Las naves de potencia seguían su trayectoria y realizaban sus económicas travesías. Pero cada vez había menos naves-antorcha viajando de un mundo al otro. Al final sólo volaban en caso de emergencia, o para los muy ricos. La exploración volvió a ser lo que era al comienzo, una tarea para robots que tripulaban vehículos lentos con destinos específicos.

En la Tierra esto importaba a poca gente. Los planetas, lunas, asteroides y cometas ya habían sido estudiados; sólo quedaban por descubrir algunos detalles. ¿Qué habían logrado los viajeros humanos, salvo enriquecer a Fireball? ¿Pasar un buen rato?

El espíritu de Guthrie siguió un contenedor de antimateria hasta un depósito que giraba en órbita alrededor de la Tierra, a una prudente distancia del planeta madre por si fallaba y se derramaba su contenido. En sus inmediaciones crecía a ojos vistas la nave que debía alimentar, un nuevo diseño. El hueco esqueleto era enorme, pues aquella nave llevaría

una carga de miles de kilos hasta Alfa del Centauro, a la mitad de la velocidad de la luz, y allí se detendría.

Guthrie saltó al futuro, embarcándose en ese vuelo que aún no había comenzado. Una de sus copias iba a bordo, junto con otras emulaciones, inactiva durante los nueve años de viaje. Las acompañaban varios programas y diminutas máquinas de dimensiones moleculares. La magnetohidrodinámica que los resguardaba de la radiación fruto de la velocidad no habría protegido a ninguna criatura viviente, pero esos programas eran los heraldos de la vida.

En cuando llegaron, despertaron y se pusieron a trabajar. Las emulaciones se encargaron de supervisar a los robots, que pacientemente habían continuado las tareas científicas en Deméter y la transmisión de datos. Reencauzaron su esfuerzo hacia fines prácticos, excavando, refinando, poniendo cimientos, construyendo muros, produciendo equipo. Entretanto los microdispositivos que llevaba la nave se distribuían por el planeta. Como óvulos y espermatozoides de extraña forma, se acoplaron para generar elementos más grandes y más complejos que, nutriéndose de metales y sustancias químicas, crecieron, maduraron, aceptaron nuevos programas, y se dedicaron a diversas tareas.

Construyeron robots que construyeron más robots, en progresión geométrica llenando Deméter y los asteroides centaurianos. Acumuladores solares se elevaron a las alturas, irradiando energía a estaciones que generaban electricidad e hidrógeno derivado del agua para la combustión, el latido del crecimiento. Una planta industrial nació, prosperó, se diversificó, trabajó infatigablemente. Después de varios años tenía magnitud suficiente para llevar a cabo el plan para el cual se había construido. Los robots salieron al espacio. Urdieron una red de millones de kilómetros de colectores, transformadores y transmisores enlazados por haces de comunicaciones. Entretejieron un sistema láser que utilizaría la energía del sol de Deméter para frenar las grandes naves cuando éstas llegaran.

-No es preciso gastar toneladas de antimateria para acelerarlas -había dicho Mukerji-. Construya un impulsor láser para el lanzamiento. Déjenos la antimateria a nosotros y gánese la simpatía de la gente.

-Ni en broma, señora Presidenta -replicó Guthrie-. Tendría que permanecer en funcionamiento por lo menos la mitad del tiempo de viaje. No confío tanto en ningún gobierno.

Los tres transportes ya habían partido, cabalgando en sus llamas a más de un décimo de la velocidad de la luz antes de apagar motores y volar libremente. Eran grandes sólo en comparación con sus predecesores, ínfimos, en realidad. Transportaban a Guthrie Dos, novecientos humanos en sueño criogénico, todo lo necesario para mantener intacta esa carga y revivirla al final del viaje, y algunos objetos más que podían contener. La travesía duraría cuatro décadas.

Pasado ese tiempo, Deméter era un poco menos inhóspito. Las máquinas, grandes, pequeñas y moleculares, trituraban la roca y sembraban el suelo con vida que otras máquinas habían creado a partir de mapas de genomas. Microbios, plantas y animales sencillos proliferaban; una ecología cobraba forma. Era un proceso mucho más lento que el de otras industrias. Frágil y azaroso, requería una supervisión constante y una intervención frecuente para sostenerse en aquel mundo ajeno. De hacerlo, no existía ordenador que pudiera prever su evolución.

No había ninguna certeza, ninguna predicción. Faltaban conocimientos. Si la información hubiera sido completa, y si los ordenadores hubieran podido manejarla, las sorpresas habrían sido igualmente inevitables. El universo es caótico, es decir, dueño de sí.

Por lo tanto la mente, la conciencia, debía estar presente en Deméter desde el principio, para afrontar lo inesperado, improvisar, imaginar, florecer.

Guthrie, que había sido el alma y el César de Fireball, no creía que él solo tuviera la sabiduría ni la fortaleza necesarias. Necesitaba la colaboración de otras emulaciones, él que siempre había dicho que era mejor ser un mortal que un fantasma.

Ese pensamiento lo arrancó de su sueño acerca de un futuro que tal vez nunca se concretara.

-Es un gran estímulo para mí -tronó cuando su asistente lo desconectó- trabajar de nuevo con las manos.

Librodot

45

La puerta con el emblema del lirio se abrió, y Nero Valencia se encontró frente a Eiko Tamura.

-Bienvenido -dijo ella con dulzura. Era su primer encuentro, pero habían hablado unos minutos por teléfono el día anterior, antes de que él tomara la lanzadera para L-5.

-Eres muy amable al recibirme -saludó él, con inusitada timidez. La gema que llevaba en la frente, que en la pantalla había sido escarlata, fluctuaba entre matices claros del azul.

-Mi interés es lógico, señor Valencia. Kyra Davis es mi amiga.

-Por eso temía que no me recibieras.

-Adelante, por favor. -Cuando se cerró la puerta, Eiko continuó-: La situación también es difícil para ella. -Con una reverencia, lo invitó a entrar en el apartamento. Él se acordó de quitarse los zapatos en el diminuto vestíbulo-. ¿Hay algo que quiera tomar, señor Valencia?

-Sí, gracias. -Valencia se sentó en una silla de la sala. Al igual que la otra silla y la mesa de patas altas, aquel mueble contrastaba con el resto del ambiente, y Valencia sospechó que lo habían puesto allí para la ocasión. Las esteras y los cojines parecían muy pequeños en comparación. Las paredes eran claras, desnudas excepto por un pergamino de un paisaje antiguo sobre una mesita con un cuenco de agua, donde un ramillete de violetas insertado en una piedra perforada endulzaba el aire-. Tu padre...

-Está trabajando -explicó Eiko-. Hay mucho que hacer en estos tiempos de incerteza. -Eiko titubeó-. Yo también debería ocuparme de mis asuntos, pero me dio la sensación de que te urgía verme.

Valencia afrontó la mirada de Eiko.

-Eres muy perspicaz, señorita Eiko, tal como esperaba. La piloto Davis me habló de ti cuando estábamos juntos, y después he oído otras cosas.

-Discúlpame un momento -dijo Eiko-. Ponte cómodo. -Si puedes, pensó para sus adentros, y se dirigió a la cocina.

Regresó con una bandeja de té, la dejó sobre la mesa y se sentó frente a él.

-Hagamos de esto una pequeña ceremonia -propuso con una sonrisa-. No te sientas obligado a imitarme. Simplemente observa, relájate, disfruta.

Valencia se aclaró la garganta.

-He venido para...

Eiko lo detuvo con un gesto.

-No, te lo suplico, sin prisa. Tenemos tiempo de sobra. Esto hablará por mí. -Se tocó un brazalete de control que llevaba en la muñeca. Se oyó un canturreo de cuerdas, una grabación. Antes de servir, Eiko contempló su taza, la pureza de sus curvas y un tallo de bambú dibujado en la porcelana; luego observó las hojas que nadaban en el líquido verde. Valencia la imitó. La música pasaba, nota tras nota, de la ensoñación a la alegría.

Al final se hizo un silencio que se prolongó bastante.

-Hermoso -murmuró Valencia-. ¿Es antiguo?

Eiko asintió.

-El concierto para violín en mi menor de Mendelssohn. He creído que nos ayudaría. Ahora cuéntame, si quieres, cómo te ha ido últimamente.

-Relativamente bien. No me han faltado ofertas de trabajo. He aceptado algunas, las que tenían menos probabilidades de acabar en violencia. La Tierra se está calmando.

-¿Temes que tu oficio deje de ser necesario?

Valencia sonrió.

-No por ahora. Todavía hay bastantes problemas. -Su gema se oscureció. La mano que sostenía la taza se cerró. Valencia apartó la mirada-. Pero a mí ya no me satisface.

-Y no logras que Kyra lo comprenda -murmuró Eiko.

-Supongo que ella te habrá contado lo que hice.

-Sí.

-No fingiré que estoy abrumado por el remordimiento -dijo él con aspereza-, sería una hipocresía por mi parte. Pero me gustaría convencer a Kyra de que no deseo continuar así.

-Comprenderás que no sé nada de esto. Kyra casi no te ha mencionado desde la guerra. Sólo me ha contado que protegiste a la familia Packer, con gran riesgo de tu propia vida.

-Es mi profesión. -Valencia la miró a los ojos-. Cuando volví a encontrarla, Kyra me lo agradeció.

-Y eso fue todo.

-No era preciso que me explicara que no quería tener nada más que ver conmigo. Ella sabía que yo lo sabía.

-¿Deseas que hable con ella en tu nombre?

Valencia sonrió amargamente.

-No exactamente. A fin de cuentas, ya han pasado dos años.

-¿Qué me pides entonces? ¿Para qué has venido?

El suspiró.

-La verdad es que no lo sé. -Al cabo de unos segundos logró decirlo-: Pero cuando supe que ella... ella... -No pudo continuar.

Eiko terminó la frase.

-Que ella ha aceptado enviar una emulación de sí misma con uno de los Guthrie, en la primera nave de Alfa del Centauro.

-Me cuesta imaginarlo -exclamó Valencia-. Es muy vital. Una copia suya en una caja... ¿por qué lo ha hecho?

-La noticia te ha desconcertado -dijo Eiko, comprensiva.

Él negó rígido como una marioneta.

-La amas, entonces -continúo Eiko-. Y mucho.

-No he dejado de pensar en ella. -Valencia tragó saliva-. No me interpretes mal. Daba por sentado que ella era feliz, al menos de momento. Incluso parecía mantener una relación estable con un hombre. Un buen hombre, por lo que pude averiguar. Aunque cuando los humanos vayan a Deméter... Pero aún falta para eso, y es muy distinto de lo que ella se propone hacer primero... Su otro yo, mejor dicho. ¿Cómo demonios ha consentido que haya otra Kyra? ¿Qué pasa?

-Exageras -le reprochó Eiko-. La situación trasciende la comprensión humana, pero no es inhumana.

La blanca luz de la gema iluminó una pátina de sudor en su frente.

-Esperaba que me convencieras de eso. Que me ayudaras a aceptarlo. Supongo que ella te habrá contado sus motivos. Si no son secretos...

Eiko negó con la cabeza.

-No, no me pidió que guardara silencio. Sabía que yo no se lo contaría a todo el mundo. -Lo estudió un instante-. Creo que te contaré una parte, y confiaré en tu discreción.

La gema de Valencia se apagó.

-Eres generosa, señorita Eiko -dijo humildemente.

Eiko tomó aire.

-Kyra vino a mí. Pasamos varios días juntas, aquí, en la reserva Trevorrow, en lo alto del Árbol, y en el espacio, entre las estrellas. Ella quería... no, no mi humilde consejo, sino mi compañía mientras buscábamos la decisión adecuada. Nos embarcamos en una dura peregrinación. No te hablaré de ello, pero habrás visto el anuncio público.

-Sí. Guthrie debe enviar un doble de sí mismo, o todo el proyecto fracasará. Kyra se ha sumado a los que están dispuestos a hacer el sacrificio. Conozco el juramento de lealtad de Fireball, señorita Tamura, pero esto es demasiado. Demasiado.

-Recuerda que ella tiene motivos personales. Piensa ir en carne y hueso cuando empiece la segunda etapa.

-¿Por qué? ¿Por qué? ¿Tan inútil se siente aquí?

-Se siente encerrada. Y además, hay una causa superior, la humanidad, la vida misma... -Eiko se interrumpió-. Pero ella nunca usa palabras pomposas, así que, yo tampoco lo haré.

Tendió la mano y la apoyó en los nudillos de Valencia.

-Duplicar tu personalidad con una emulación no es un destino tan espantoso. Más aún, para esa copia, una vez cumplida su tarea, la extinción no resulta aterradora. No existe para ella una carne aferrada a la existencia.

-Claro que no -respondió Valencia con amargura-. No hay nada que perder.

-Te equivocas, señor Valencia. ¿Acaso Guthrie-san habría continuado década tras década si su existencia fuera totalmente estéril? Yo, que a mi manera limitada y modesta busco la iluminación, el satori, apenas puedo imaginar cómo será la vida de esa Kyra incorpórea. Percepciones totalmente nuevas de este universo infinitamente maravilloso. Nuevos poderes, algunos poderes sobrehumanos de acción y pensamiento. Comprensión y realización. Desafío. Servicio. Hazañas que se recordarán durante siglos, o para siempre. Después, si ella lo prefiere, la extinción, la paz.

Él permaneció mudo, la mirada baja. Al fin irguió la cabeza y murmuró:

-¿Eso es lo que cree? ¿No lo hace porque sea infeliz? ¿No cree que sea malo para su otro yo?

-No ha sido una elección fácil -concedió Eiko-, pero es la suya y está más satisfecha así que de otra manera.

-Bueno. -Valencia se incorporó-. Gracias, mil gracias, señorita Tamura. Has hecho un gran favor a un extraño.

-Creo que te lo merecías.

-¿Eso crees, sabiendo lo que sabes acerca de mí?

-Sí. No es que me atreva a juzgarte, ni a juzgar a nadie, pero sé reconocer el amor.

La gema de Valencia adquirió el color del ébano.

-Esa palabra es excesiva -gruñó-. La admiro, sí, y... señorita Tamura.. -entrelazó las manos.

Eiko sonrió.

-Deseas pedirme algo más.

-Ya has hecho demasiado.

-¿En tan poco tiempo?

-Sí. Y si te niegas, no insistiré. Regresaré a casa, y te estaré siempre agradecido.

-Deseas que le hable bien de ti a Kyra.

-Sí -suspiró Valencia. Y añadió-: No deseo ser una molestia. Sólo quiero que ella tenga un mejor concepto de mí... Y una solicitud para el señor Guthrie, por favor. Él escuchará a Eiko Tamura.

Eiko lo estudió con la mirada.

-Deseas acompañar a Kyra con el cargamento humano que viajará a Alfa del Centauro. Ir con ella.

Valencia sonrió forzadamente.

-No lo he decidido ahora, impulsivamente. He reflexionado sobre ello. Pero, sí, lo tengo decidido.

-¿Por qué? No será una aventura romántica. El entorno es allí cruel e inhóspito: trabajo, peligro y penurias, y muchas probabilidades de muerte prematura.

-Exacto. -Valencia rió, como si se sintiera mejor-. No, no soy masoquista. Pero contribuiría a hacer algo.

-¿A hacer qué?

Él sacudió la cabeza, chasqueó la lengua.

-Siempre vas al meollo de la cuestión, ¿eh?

-Sospecho que eres demasiado inteligente para limitarle a participar en un proyecto de trabajo, por vasto y arriesgado que sea. Sabes muy bien que Deméter perecerá dentro de mil años. ¿Qué finalidad le ves a esta empresa, qué propósito?

-No puedo responder a esto. ¿Quién podría? Se habla de construir una civilización libre y humana, capaz de continuar de alguna manera una vez que choquen los planetas. ¿Qué sentido tiene eso? ¿Puedes decírmelo?

-No con palabras -admitió Eiko-. Quizá pueda hallar la música adecuada.

-En efecto. Todo es música, emoción. No hay lógica, al margen de la necesidad de Guthrie y algunos selenitas de abandonar el sistema solar.

-Por otra parte, recuerda que los voluntarios son pocos, y hasta ahora la mayoría han sido rechazados por incompetentes o desequilibrados.

-Domino varios oficios, y puedo aprender más.

Librodot

Eiko reflexionó un minuto.

-Sí, tendrás mi recomendación.

-Una vez más, mil gracias.

-Lo que tú buscas es un sentido en la vida, ¿verdad?

Valencia se encogió de hombros.

-Supongo que sí. En cambio tú, señorita Tamura, le has encontrado un sentido a la tuya. Siempre lo ha tenido, ¿no es así?

-¿Qué insinúas? -replicó ella, sobresaltada.

-¿Puedo preguntarte por qué vas?

-¿Qué te hace pensar que iré?

Valencia sonrió.

-No te he llamado sin antes saber quién eras, señorita Tamura. Primero averigüé cuanto pude sobre ti. Y ahora que nos hemos conocido, me ha parecido adivinar que irías. Si me equivoco, perdóname.

-Eres más interesante de lo que suponía, señor Valencia -dijo ella con lentitud.

-Me honras -La gema despidió un fulgor ambarino.

-Es verdad, estoy pensando seriamente en ir -le confió Eiko-. En cuanto al porqué, me llevaría mucho tiempo explicarlo, eso si pudiera.

-Yo te escucharía todo el tiempo necesario.

-En realidad, la razón no es sencilla. Pero tengo la impresión, y no quiero parecer pretenciosa, de que este proyecto, esta rebelión contra el desuno, necesitará sus rapsodas.

-Nos aguarda una edad heroica -especuló Valencia-. Una época en la que los cuatro vértices de la sociedad son el obrero, el guerrero, el sacerdote y el poeta.

Eiko lo miró detenidamente.

-Eres una caja de sorpresas, señor Valencia. Es evidente que has leído.

-Menos de lo que hubiera deseado. No era compatible con mi oficio. Tal vez mis nietos puedan hacerlo en Deméter.

-¿Puedes pasar una temporada en Ragaranji-Go?

-Por supuesto.

-Me gustaría conocerte mejor -dijo Eiko, con cierta timidez-. Busca alojamiento y regresa para la cena. A esa hora mi padre estará en casa. Mañana iremos al Árbol. Tal vez allí oigas en el viento lo que ambos hemos sido incapaces de expresar, y la luz que se filtra por las ramas ilumine nuestro interior.

Librodot

46

A ojos de los sensores ópticos que la rastrearían hasta que se perdiera de vista, la Juliana Guthrie II era como una torre construida para asaltar el cielo. Sus sucesivas secciones relucían dentro de serpentines y telarañas de circuitos criogénicos; las paredes se ahusaban hasta el desacelerador, que formaba una cúpula sobre la cual se erguía la diminuta y orgullosa veleta del módulo de carga. Su alta silueta, perfilada contra la noche escarchada de estrellas perforaba la Vía Láctea.

Los remolcadores la apresaron y la arrastraron -despacio, muy despacio, pues su masa era enorme- en espiral. Cuando la liberaron cerca de Júpiter, la Juliana Guthrie II era una astilla contra los cinturones, regiones y huracanes ciclópeos del planeta rey. La gravedad del astro la arrancó del plano de la eclíptica y la apuntó hacia su destino. Su capa más interna despertó, la materia y la antimateria chocaron en un fogonazo de energía, el plasma se derramó en un torrente de campos de fuerza. Aquel río prácticamente frío e invisible se extendió cientos de kilómetros antes de disgregarse debido a la radiación en una desleída bola de fuego.

Al principio, ni siquiera el conjunto de motores-antorcha, los más potentes jamás existidos, bastó para incrementar su velocidad. Pero segundo a segundo, hora a hora, día a día, la masa menguaba y la aceleración aumentaba. Cuando la nave tomara su rumbo y quedara en libertad, volaría a la mitad de la velocidad de la luz; su instrumental registraría cielos distorsionados, un espacio encogido y un tiempo acelerado. Hacia el final del viaje, se aproximaría de popa a su destino durante varias semanas. Las mentes que iban a bordo no sabrían nada de aquellos años. Descansarían en una segura inconsciencia que las salvaría del extravío.

Inexistentes, dijo un pensamiento entre ellos.

No, no será diferente del silencio del frío sueño que está por adueñarse de mi otro yo. ¿O sí? No mucho. Somos nosotros los diferentes. Ella no puede permanecer inmutable durante siglos como yo; ella no puede ser desconectada, sólo aletargada, pues es orgánica, vulnerable, mortal. Está viva. Yo soy una red y un programa.

Estoy conectada. Puedo usar los sistemas de la nave. Allá brilla el sol, apenas más que una estrella. ¡Qué glorioso fue surcar esta región con la Cernícalo!. ¿Dónde está Alfa del Centauro? Vaya, por allá. Al instante lo supo. El ordenador me lo ha indicado, con tanta naturalidad como antes el brazo me indicaba dónde estaba mi mano. Amplificar. La diamantina Alfa, la dorada Beta, el rescoldo distante de Próxima. A menudo miraba con mis ojos con añoranza. Ahora, dentro de algunos años, iré. Aunque no yo. Yo ya estoy yendo, y no tengo boca para reír de alegría ni carne para sentirla.

¡Basta! Sabía muy bien en qué me metía. O eso creía. Parecía una apuesta segura continuar viviendo sintiéndome orgullosa de haber prestado un servicio que trascendía las exigencias del deber. Y, por supuesto, gané la apuesta. Mi yo que está en la Tierra la ganó. Este yo está ligado a sus votos. No supe comprenderlo. Ahora es demasiado tarde.

No tiene sentido lamentarse. No puedo llorar, de todos modos. No debería echar de menos el amor, el aliento, el hambre, los pies descalzos sobre la hierba mojada de rocío. Ya no soy generada por ese cuerpo. He abandonado sus necesidades y apetitos, sus lágrimas, sus triunfos y su ternura. Me aguardan visiones que a ella la cegarían, aventuras que a ella la matarían. Debo practicar para ser una máquina.

Cuando la obra de esta máquina esté concluida, puedo optar por la extinción.

-¿Kyra?

Librodot

-¿Jefe?

-Pronto nos desconectaremos. Me be comunicado con los demás, uno por uno, para, charlar un rato. Les gustaría un enlace general antes de decirnos buenas noches. «Comunión» me parece un término demasiado pretencioso. Llamémoslo fiesta. ¿Quieres participar?

-Yo... creo que no. Gracias.

-¿Seguro? Te ayudará. Las emulaciones somos criaturas solitarias.

-¡Ya lo creo!

-Kyra, querida.

-¿...?

-Estás sufriendo tu noche oscura del alma, ¿verdad?

-Me las apañaré.

-Un momento. No cortes la comunicación aún, por favor. No quiero invadir tu intimidad. Conservas el concepto de intimidad, ¿verdad? Cualquiera es libre de abrirse o cerrarse. Pero ya no tienes piel para cubrir tu desnudez. Lo sé, lo sé. No trates de enroscarte sobre ti misma. Así sólo alimentarás la herida. Ábrete cuanto puedas, más de lo que te atreves a hacer. Sé una con el universo.

-¿Tú lo eres?

-No, lo intenté hace mucho tiempo, y fallé. Pero te hablo por experiencia. Un ideal, algo que te sirve de pauta y alo cual puedes acercarte, da sentido a la existencia.

-A falta de otra cosa.

-Sí, Kyra, lo sé. No te engañaré. Entre estar vivo y ser lo que soy, estar vivo es mejor y para ti más. Yo era viejo y estaba cansado y harto de todo. Tú eras una joven en la flor de la vida. Has perdido el mañana que te pertenecía. Pero tendrás otro. Y no tendrás que limitarte a mantenerte ocupada mientras lloras por un pasado que se vuelve cada vez más irreal. Aprenderás a ser lo que eres y te complacerá.

-Eso me prometiste.

-Y es cierto. A ti no te mentiría. Hemos pasado juntos por muchas cosas, ¿verdad? Y nos esperan más, muchas más.

-Supongo que no tendría que estar deprimida. No tengo con qué estarlo.

-Así se habla. Bromea un poco. De hecho, ya verás que no todos los sentimientos dependen de las glándulas. Aprenderás, insisto.

-Tú aprendiste.

-Oye juntémonos un rato. Durante vanas horas nadie nos llamará. Escucha mis historias, que no siempre serán ciertas, y yo escucharé lo que quieras contarme, y evocaremos el pasado pero también pensaremos en el futuro, y tal vez al final cantemos «MacCannon». ¿Que té parece?

Me pregunto si el amor sigue siendo posible.

47

En su último día entre los Keiki Moana, Kyra salió con ellos al mar. Ancló el bote cerca de un arrecife, se desnudó y se zambulló. Durante horas permanecieron juntos. Retozaron en las olas, buscaron los milagros que crecían y nadaban entre los corales, salieron a la playa a descansar, a beber el viento y la luz del sol y la visión de las inmensas e irisadas olas; dialogaron con el rugido y la blanca espuma de las rompientes mientras se lanzaban de nuevo a nadar. Kyra procuró participar en las roncas canciones y las intrincadas danzas.

Obtuvo con ello una paz que constituía un escudo contra las dudas y los temores. La belleza del lugar era abrumadora y la vida rica, la vida que le pertenecía y en la que era pariente de cada bestia, pájaro y brizna de hierba; aquél era su hogar.

Antes que ella naciera, aquella vida se había salvado y el planeta había comenzado a limpiarse. Tal vez recobrara su antiguo esplendor antes de que ella muriese. En la última década el saneamiento biológico había avanzado a pasos agigantados y el control de población -en definitiva, la reducción de población- estaba imponiéndose en los países menos avanzados. Era como si el conflicto con Fireball hubiera devuelto la cordura a la humanidad. ¿De veras Kyra ansiaba irse para siempre?

Sí, se dijo. Aunque desde entonces había pasado poco tiempo en el espacio, salvo en L-5. Si las influencias no le hubieran permitido obtener un puesto en aquella estación, habría cedido ante Rinndalir, y lo sabía. Ayudar a aquellos metamorfos, enseñarles, estudiarlos y aprender de ellos, hablar al mundo en nombre de ellos, había sido una experiencia fascinante, alentadora, a veces desgarradora, siempre llena de sentido. Pero cuando la noche era despejada no podía dejar de mirar la estrellas.

Se puso el sol. Una agradable fatiga la invadió.

-Debo irme -dijo.

Charlie emitió un lamento. Ella le acarició la cabezota surcada de cicatrices y nadó hacia el bote. Los hijos del mar la siguieron, estrías y saltos oscuros a la luz que titilaba sobre la cresta de las olas. Mientras amarraba la embarcación al muelle, las criaturas treparon a la costa. Kyra se había secado durante el trayecto de regreso. Se vistió y fue a despedirse.

-A'o'a, a'o'a -graznaron los Keiki Moana apiñándose. El sol les acariciaba los flancos. Su aliento despedía un rancio olor a pescado. Los húmedos y velludos hocicos que le frotaban las palmas temblaban como si las criaturas se esforzaran para no llorar.

-Adiós, adiós -se despidió Kyra.

-[Nos preguntamos cómo estaremos sin ti, querida hermana] -dijo Charlie.

-Hay otros que os cuidarán.

-[Ojalá tengan hijos que sean como ellos.]

Kyra se preguntó si lo serían. Todo estaba cambiando, y deprisa. Los jóvenes que conocía no eran como los que había conocido cuando ella tenía su edad. La gente era menos violenta y menos cruel, sí, pero ¿no sería porque estaba perdiendo el tosco impulso que había llevado a los humanos desde las cavernas hasta los confines del sistema solar? ¿Podía continuar esa evolución, o una nueva manía vendría a ponerle freno?

-Os recordaré siempre.

-[Y nosotros te recordaremos a ti, incluso cuando los que estamos aquí hayamos muerto. Vivirás en nuestras canciones. Mientras dure nuestra especie, bailaremos con tu espíritu en las aguas bajo el claro de luna.]

Por todo el tiempo que eso significara.

Kyra miró la pálida media luna que asomaba por oriente. Tiritó. Podría estar allí en aquel momento. Aunque los pilotos de Fireball ya no volaban -casi todas sus naves estaban en poder de la Autoridad del Espacio Mundial, empeñada en robotizar todas las tareas-, los selenarcas mantenían sus escasas y anticuadas naves. Rinndalir le había ofrecido capitanear una de ellas. Habría vivido en aquel castillo de montaña... Sería desconcertante encontrar al selenarca en la lejana Centauro.

-Adiós -repitió con un nudo en la garganta-. Aloha nui loa,. -Se alejó de la multitud y corrió cuesta arriba.

La acompañaba otro recuerdo. Nero Valencia también iría. Bien, debía admitir que era un hombre valiente y de talento, y en Deméter no tendría oportunidad de matar a nadie. ¿O sí?

Su informador emitió la señal que abría la cerradura del portón. Kyra pasó y se detuvo. Su coche era el único que había en el aparcamiento. Un hombre aguardaba cerca del vehículo, tan negro como la sombra que proyectaba el sol.

Le hizo el saludo de Fireball y se aproximó. Kyra reconoció a Jeff, hijo de Washington Packer, un hombre guapo de poco más de veinte años.

-Salud -dijo Jeff tímidamente-. Espero no ser inoportuno piloto Davis.

Kyra miró de un lado a otro. Aunque la intimidad de los emigrantes estaba celosamente protegida, los periodistas y las minicámaras siempre se las apañaban para fastidiarlos.

-Si no te han seguido -respondió Kyra.

-He tenido cuidado. -Obviamente Packer se sentía obligado a justificarse-. Cuando comprendí que debía verte, rogué a mi padre que me diera tu número de teléfono. No tu dirección, sólo tu número telefónico y tu código. Él y mamá no me niegan muchas cosas hoy por hoy. Llamé, hablé con Lee y le pregunté si podía hablar a solas contigo cuando lo consideraras oportuno. Él me sugirió en cambio que viniera aquí, diciendo que lo arreglaría para que el portón me dejara pasar. -Para proteger la intimidad de Kyra, dos portales separados por una distancia de un kilómetro impedían el acceso desde la carretera. Habían derribado un par de minicámaras, lo cual había puesto fin a las intrusiones. El público no había tardado en cansarse de verla desde gran altura. Packer suspiró-. Es un tío muy simpático, ¿no?

-De eso vive -dijo Kyra-. ¿Estás seguro de que no te han visto? -Aquellos pesados podían estar acechando fuera.

-Me he puesto la máscara y he cogido un taxi. -Packer se señaló el bolsillo. La mayoría de los emigrantes utilizaban un rostro bionético postizo que se ponían cuando querían pasar desapercibidos.

Kyra rió con alivio.

-Entonces tendré que acompañarte a casa.

-Oh, no. Puedo llamar desde el portón.

-Claro que te llevaré, tonto y hablaremos por el camino. Le debo mucho a tu padre.

El rostro pardo cobró un tinte sombrío.

-No ha estado en condiciones de hacer mucho por ti últimamente. Tuvo que retirarse.

-Pero no lo he olvidado. Y tú y yo seremos compañeros de viaje. Compañeros de planeta.

-De eso quería hablar.

-¿Tienes dudas? No te culpo.

-¡Ninguna! -exclamó Jeff-. ¿Qué puede ofrecerme la Tierra?

Jeff compartía el sueño de Kyra, pero había nacido demasiado tarde para participar de la realidad. Kyra le cogió la mano.

-Vamos -dijo, y lo condujo al coche.

No hablaron hasta atravesar el portón. Kyra conducía en modo manual, sin correr, virando entre árboles, helechos y flores de vistosos colores. Así se mantenía activa.

-¿Qué te pasa consorte? -preguntó- ¿En qué puedo ayudarte?

-Mis padres -dijo él con voz tensa.

-¿Intentan detenerte? Me extraña.

-No, qué va. Están orgullosos de mí. Pero... -le tembló la voz-. Piloto Davis, tú tienes padres, igual que yo. Y un hermano, ¿no? Yo tengo dos hermanas, que tienen su propia familia. Estamos todos muy unidos.

Kyra esperó, intrigada.

-¿Cómo te despedirás de tus padres? ¿Cómo impedirás que lloren? Esto es como la muerte. Es un viaje sin retorno. Cuando al final yo reviva, es muy probable que mis padres y hasta mis hermanas, hayan muerto. Como mínimo habrán envejecido, y no podremos cruzar más que unas cuantas palabras de vez en cuando, con un desfase de casi cinco años.

Kyra asintió.

-Así es.

-Sí, me duele dejar tantas cosas. Conozco a una chica... ¡Si al menos lograra que no les doliera tanto a los demás! ¿Soy un egoísta irresponsable?

Kyra escogió cuidadosamente las palabras.

-Yo no diría eso. Afrontas riesgos y penurias imprevisibles, y no sólo para conseguir empleo en el espacio. También lo haces porque tienes la sospecha (ni siquiera es una idea, pues es vaga e indemostrable) de que es la mejor oportunidad que puedes brindar a los nietos de tus nietos, que serán los tataranietos de Washington y Mary.

-Ellos no lo creen así. No hablan del asunto, pero sé que no lo creen. ¿Y los tuyos?

-Bueno, mi padre está de acuerdo conmigo, hasta cierto punto. -Kyra decidió exponer sus sentimientos, para ayudar al joven-. Mi madre dijo «Vuela, pajarito», y trató de no llorar.

-¿Hay algo que pueda decirles a los míos? -suplicó Jeff-. ¿Algo que pueda hacer para facilitarles las cosas?

-Diles que los respetas mucho -respondió Kyra, mirándolo de soslayo.

-¿Cómo? -masculló él, sorprendido.

Kyra volvió a mirar la carretera.

-Perder hijos era antes algo habitual. Los hijos se iban a la guerra o a tierras lejanas y no regresaban. Los que se quedaban a veces nunca más tenían noticias de ellos. En este mundo domesticado, conocido, cuidado por las máquinas, del que tú y yo deseamos librarnos, lo hemos olvidado. Bien, tu familia y la mía tienen la vieja fuerza. Pueden aceptar que una vida es algo más que un pasatiempo. Deberíamos honrarlos por ello.

Jeff se sumió en sus pensamientos. Al cabo de un rato volvieron a hablar. Cuando se despidieron frente a su apartamento de Hilo, él le estaba agradecido.

Kyra no sabía cuánto bien había hecho ni cuántas verdades había dicho.

Continuó camino del que había sido su hogar y el de Lee los últimos años. Era tan apropiado para ella como inapropiado para él. Lee podía pensar, trabajar con su ordenador y comunicarse con cualquier parte desde allí, pero a menudo tenía que marcharse al continente y pasar allí días o semanas seguidos para compilar datos y experiencias. No obstante, lo había aceptado sin quejas.

El lugar se hallaba en un distrito residencial antes muy exclusivo. En la actualidad, con la reducida tasa de criminalidad, la cerca de protección era un anacronismo, y se mantenía porque Guthrie pagaba para que así fuera. Kyra aparcó frente a la casa, entró y encontró a Lee en el porche de atrás, contemplando el ocaso. La negra silueta de Mauna Kea se recortaba contra un cielo dorado. La luz bañaba el bosque, relucía en las hojas, y arrancaba fragancias al jardín. Soplaba una cálida brisa. En alguna parte trinó un iiwi.

Lee la oyó llegar y se levantó con su habitual cortesía. Su cabello canoso parecía blanco al resplandor de aquella luz. Yo tampoco soy joven, pesó Kyra. El sol le había marcado arrugas en los ojos, en las comisuras de los labios. Se acercaba a los cuarenta.

-Bienvenida -saludó Lee con una sonrisa-. ¿Cómo te ha ido?

-No ha sido fácil -respondió ella, abrazándolo con fuerza-. ¡Oh, las despedidas! -susurró.

Él la soltó.

-Tomaste una decisión firme hace años -dijo-. Ojalá pudieras mantener firme tu corazón.

Años..., parecían interminables. ¿Cómo podían haber pasado tan pronto?

Lee sonrió de nuevo.

-Anímate, querida. Pronto se habrá terminado.

Kyra le apoyó las manos en los hombros.

-No lamento el paso de estos años. Han sido agradables.

-Me gusta que lo digas, pero seamos francos. No siempre lo han sido.

-En general sí. Gracias a ti.

-Para mí, todos. Gracias a ti.

Y sin embargo, se confesaba Kyra en sus noches de vigilia, era peor despedirse de sus padres y su hermano. No porque no sintiera afecto por aquel hombre. En muchos sentidos lo amaba.

Le tembló la voz.

-Si hubieras conseguido un modo de irte.

-En efecto -respondió él quedamente.

Si ella hubiera soportado quedarse. Pero no tenía sentido repetir lo que habían dicho una y otra vez, un sinfín de veces. El tenía su trabajo, no en Fireball sino en el Gobierno, pero era el suyo y no podía renunciar a él. Consideraba valioso encontrar modos de conciliar a los jóvenes con la naciente alianza entre el ser humano y la máquina, modos de confortar a los ancianos mientras todo lo que habían conocido desaparecía. ¿Qué sentido tendría un intuicionista en Deméter?

¿Qué sentido tenía la empresa entera? Lee temía sinceramente que fuera un salto al vacío.

-Vamos. -Kyra lo tomó por la cintura-. Estamos desperdiciando momentos preciosos.

Miraron juntos cómo se extinguía el resplandor.

-Increíble -murmuró Kyra cuando anocheció-. Es mejor que cualquier cromocinesis que haya presenciado.

-Es indudable. -En los espectaculares ocasos de Deméter, el polvo volaba sobre planicies sin vida-. Ha sido hermoso.

-Esa cena elegante de que hablábamos... ¿podemos postergarla y quedarnos en casa? No estoy de humor para ir a ninguna parte.

El la miró entornando los ojos.

-¿Y para qué estás de ánimo, entonces?

Kyra se echó a reír.

-¡Como si no lo supieras!

Últimamente hacían el amor cada vez que se encontraban. Ella no le había dicho que ya no tomaba ninguna precaución, que quería dar a luz a un hijo suyo en Alfa del Centauro.

48

Cuando el deslizador despegó, una bofetada de viento lo sacudió peligrosamente. La atmósfera de la región era turbulenta durante el equinoccio vernal. Tal vez el sol compañero al aproximarse, contribuía a ello, por ínfima que fuera su influencia sobre aquel planeta. Los sensores transmitieron datos a la emulación Kyra Davis. Ella vio la pista de aterrizaje y los hangares a los lados, sintió la sacudida, oyó el estruendo de la ráfaga y el tamborileo del metal; elevar una aleta y activar un propulsor auxiliar era como usar los músculos cuando la Kyra viviente cabalgaba sobre las olas, y por un instante la emulación recordó el sabor del rocío salobre.

El deslizador corrigió el rumbo y subió al cielo. Kyra disfrutaba de aquel pequeño desafío. Ser parte de una máquina brindaba a la experiencia una plenitud que no era comparable con el control externo. Se niveló a los mil quinientos metros; allí, su condición de emulación seguía teniendo ventajas. Los instrumentos indicaban que el calor era agobiante; la carne se habría puesto caliente y pegajosa. El cielo plomizo y encapotado se quebró en el lejano este, desde donde Alfa arrojó rayos que transformaron el Océano Jónico en metal fundido. Cerca de la costa una floración estacional de animálculos enrojecía las olas.

Aquel color era una de las pocas cosas que echaría de menos si sobrevivía lo suficiente. Se había predicho que aquellos organismos, como la mayoría de las especies nativas, se extinguirían a medida que las especies terrestres se propagaran por los mares. Un par de colegas decían sentirse un poco culpables. Kyra se negaba a sentirse así. Deméter no sólo se adaptaría a los humanos, sino que albergaría una vida y una belleza que jamás habría podido engendrar por su cuenta antes que la alcanzara su aciago destino.

La apariencia del paisaje seguía siendo yerma. La planta de combustible de Isla Hidrógeno elevaba sus torres de enfriamiento en una filigrana engañosamente delicada. En la bahía Refugio, a orillas de la desembocadura del río Tañaos, se levantaban los edificios de líneas suaves y colores brillantes de Puerto Fireball. Albergaban instalaciones industriales y científicas. Era necesario incrementar la capacidad productiva -en progresión cuasigeométrica, máquinas engendrando máquinas- para que los colonos encontraran una base sólida al llegar. Tierra adentro, el musgo teñía las rocas de verde. El viento agitaba la hierba y los arbustos que se encaramaban sobre las colinas. Pero en general se veían rocas desnudas, erosionadas, y chispeantes y estériles charcos de agua de lluvia. Si Kyra hubiera tenido narices y pulmones, no habría percibido olor en el aire salvo durante las tormentas. Aunque respirable, habría sido sofocante, con demasiado bióxido de carbono y poco oxígeno.

El deslizador viró y enfiló hacia el oeste.

-¿Por qué no vuelas más alto y más rápido? -preguntó con impaciencia la emulación Gabriel Berecz. Acuclillado a popa entre sus roboinsectos, aquel día usaba un cuerpo de faena, con orugas, sensores telescópicos y brazos múltiples que terminaban en manos de diversas formas.

-Quiero explorar el territorio -respondió Kyra-. Nadie ha seguido este rumbo desde hace tiempo. Los investigadores que dieron parte del problema viajaban hacia el sur desde Iliria, como recordarás. -Ella y su pasajero no se comunicaban en voz alta, sino por un canal interno. Necesitaban permanecer en contacto con su punto de destino.

-¿Qué hay que ver, salvo piedras? -gruñó el ecólogo.

-Nunca se sabe. Nos faltaba mucho para agotar todas las sorpresas del sistema solar cuando nos fuimos de allí.

Librodot

La aguijonearon los recuerdos. En ocasiones le causaban un dolor irracional. Tenía que poner mucha voluntad para evitarlo. Comenzó por concentrarse en la desolación de Argólida, que ahora se deslizaba allá abajo. Un río, un desfiladero, un lago, una montaña; desnudos, oscuros, carentes del sentido que les infundiría un nombre cuando lo recibieran. Los nombres clásicos que usaban los astrónomos de la Tierra, cuando los mapas aparecían en sus pantallas, eran como los números de un catálogo, pues no tenían historia. ¿Cuándo tardarían en vibrar en aquel aire los mismos matices que resonaban en nombres como Devon, Dordoña, Dalmacia, Cabo de Hornos, Nilo, Everest, Jerusalén, Roma, Kamakura, Tours, Lepanto, Gettysburg? Kyra escudriño el terreno.

Al cabo de dos horas avistó el objetivo y descendió. Se habían acumulado nubes en la cima. Una tormenta formaba una muralla negruzca que ocultaba los picos de la cordillera Micénica, pero las escarpadas faldas se veían con claridad. Un arroyo se despeñaba en cascadas hasta el valle. En sus orillas se mecían los juncos, bordeando hileras de arbustos y sauces jóvenes. A ambos lados se extendían tierras ondulantes, asombrosamente verdes. En las franjas de terreno los robots trajinaban su carga desde una cúpula donde se sintetizaba humus para mezclarlo con la roca que las nanomáquinas habían descompuesto en minerales. Era uno de los puntos del planeta escogidos para que la vida cobrara el vigor necesario para difundirse por sí sola.

-¿Por dónde quieres empezar, Gabriel? -pregunto Kyra.

-Sobrevuela las colinas a baja altura -pidió Berecz, conectándose a los sensores ópticos. Kyra descendió y voló con peligrosa lentitud. Las corrientes térmicas, las ráfagas de viento y las bolsas de aire la sacudieron y amenazaron con derribarla. Ella se concentró en combatirlas. Pensó fugazmente que aquello no sería nunca comparable al sexo, pero que en cierto modo era divertido.

Desde luego, cuando la colonia hubiera construido una quivira, habría programas adaptables a mentes incorpóreas... No, no creía que le interesaran. Despertar de aquellos ensueños sería demasiado duro. Prefería limitarse a lo que era. Mejoraba de día en día.

-¡Allá! -exclamó Berecz- ¿Ves?

Kyra se conectó a los instrumentos y enfocó la imagen. Una pequeña montaña subía empinada desde el valle. Hierbas y matorrales cubrían su mitad inferior. La materia orgánica había ascendido llevada por la brisa, la lluvia la había mezclado con suelos rastrillados por la naturaleza, siguieron las esporas y las semillas: una victoria inicial para la cual aquellas plantas y sus microbios estaban diseñados genéticamente. Al cabo de un siglo, aquella región debía estar preparada para un bosque.

La muerte decía lo contrario. Aumentando la imagen, Kyra localizó, tallos marchitos, hierba parda; un limo que las raíces ya no podían retener enlodaba los arroyos. La aridez se internaba en el valle, un sucio abanico de cuatro kilómetros. Vastas manchas mostraban con cuánta rapidez avanzaba la plaga. Hasta el momento ningún satélite había podido captarla a través de la nimbosa atmósfera, pero las implicaciones eran evidentes.

-¿Puedes aparcar en ese saliente? -pregunto Berecz.

Kyra estudió un reborde angosto situado a unos cientos de metros. Encima, la montaña era mucho más empinada, y retazos de vegetación superviviente se aferraban precariamente entre piedras desperdigadas y arroyos alimentados por la lluvia. Detrás de la cima la tormenta crecía majestuosa, y el latigazo de los relámpagos iluminaba su negrura.

-¿Por qué? -pregunto Kyra-. Los especímenes deben de ser bastante escasos.

Librodot

-Precisamente. Un biosistema simple es más fácil de estudiar. Además, me parece que el problema ha surgido en las alturas. Quiero muestras para compararlas con lo que pueda recoger en la planicie.

-Pero ¿podrás hacerlo con rapidez? Esa tormenta pronto estará aquí, y es un lugar demasiado expuesto para mi gusto.

-Con una hora tengo suficiente. -Y quizá no necesitara mucho más para resolver el misterio. El equipo que llevaba tenía una potencia asombrosa, eso sin contar con los laboratorios de Puerto Fireball. Subsanar el problema podría ser harina de otro costal.

-Grandioso -dijo Kyra, sorprendida de ella misma. Al parecer se le estaban pegando las expresiones típicas de Guthrie.

El aterrizaje requirió toda su habilidad. No, pensó después de posarse en un lodo sembrado de guijarros, la habilidad era una cualidad que desarrollaban los humanos. Una máquina tenía capacidades que al reprogramarse por medio de datos se convertían en aptitudes. Abrió la puerta y sacó una rampa. El trueno resonó en el fuselaje. Berecz salió con su manada de biólogos.

Mientras ellos tomaban fotos, recogían especímenes y raspaban cortezas, Kyra estaba cada vez más inquieta. El lugar era traicionero, y las condiciones peligrosas. Presentía el viento, la humedad, el ruido de un chubasco inminente. Berecz no lo notaba. Como ser viviente no había viajado demasiado y casi siempre había vivido en una planicie. Kyra recordaba las cordilleras de la Tierra y la Luna, el monte Olimpo, la exótica Miranda, y aquellos que los robots habían transmitido desde las serranías de Venus y Mercurio. No había dos mundos iguales, y ningún pronóstico era seguro, pero intuía algún peligro.

-Escucha -dijo al fin-, quiero sobrevolar la zona. Regresaré dentro de medida hora, ¿de acuerdo?

-Como quieras -respondió él distraídamente, absorto en su tarea.

-Un consejo. Guarda las muestras en tu caja personal, y hazlo rápido. Puede que tengamos que salir pitando.

-¿Ah sí? -respondió él con indiferencia, aunque Kyra esperaba que siguiera su consejo.

Se elevó verticalmente, con gran esfuerzo. Encima del pico flotaban jirones de vapor, y las primeras gotas azotaron el metal. La tormenta aullaba desde su caverna de relámpagos. Ya había alcanzado el lado oeste. El caos bullía en los sensores ópticos. El radar mostraba torrentes rodando desde el cielo por flancos pedregosos, en las cuestas más bajas del lado este. Kyra procuró mantener la posición mientras sondeaba con los sensores.

¡Hijo de perra! Una roca tembló y se soltó, dejando paso a un torrente de agua que antes contenía, haciendo un declive de pizarra. Kyra viró, haciendo gemir el aire.

No gritó. No era propio de una emulación. No era propio de Fireball.

-Gabriel -dijo-, voy a recogerte. Coge el cable que bajaré y agárrate fuerte.

-¿Qué pasa? -preguntó él. Kyra le envió una imagen del alud, que cobraba fuerza en su descenso.

Bajó el cable. Por suerte Guthrie insistía en tomar todas las precauciones posibles, siempre que fuera práctico. La madriguera de un zorro siempre tiene dos salidas, había dicho una vez. El cable oscilaba en la corriente de aire. Kyra redujo la velocidad al mínimo. El fuselaje rezongaba. En la primera pasada, Berecz no logró asir el cable. Kyra regresó con esfuerzo y vio que esta vez lo aferraba. Trepó de inmediato.

Justo a tiempo. La tierra desprendida barrió el saliente y llegó a sepultar la mitad del terreno emponzoñado. Kyra pasó de largo, descendió para que Berecz pudiera soltarse y aterrizó cerca de él. La tormenta cruzó la montaña y se abatió sobre ellos,

Por el hecho ser máquinas, no sufrieron daño, conmoción ni fatiga. Cuando el temporal amainó, el ecólogo continuó trabajando a solas mientras Kyra emprendía el regreso para buscar roboinsectos de reemplazo. En Puerto Fireball dejó los especímenes que él ya había preparado.

Ambos regresaron allí cuatro breves días locales después. Para entonces, las observaciones de Berecz lo habían llevado a una hipótesis que el trabajo de laboratorio pareció confirmar. Hacía falta investigar más, pero tenía confianza.

-Sin enemigos naturales, las lombrices se han multiplicado incontroladamente -señaló-. El modelo informático lo predecía, desde luego, pero no tuvo en cuenta la desestabilización de gradientes. Desde el punto de vista biológico, era uno de los efectos más secundarios. De allí el derrumbe. En cuanto a la plaga, ese repentino aflojamiento del sustrato, y los simultáneos cambios químicos, disolvieron las sustancias alcalinas hasta que el pH del suelo se elevó intolerablemente.

-Un simple desastre local, pues, que por pura casualidad estuvo a punto de liquidarte -dijo Kyra-. Supongo que el daño puede enmendarse añadiendo las sustancias adecuadas a la mezcla de humus.

-Me temo que las cosas no son tan sencillas. Otros elementos nocivos actuarán en otras partes: sal, selenio, tal vez agentes radiactivos, quién sabe qué más. No podemos vigilar un planeta como si fuera un jardín. ¿Y qué otros ataques lanzará contra nosotros? Las poblaciones que introducimos no padecen enfermedades, pero no pueden permanecer así indefinidamente. Las bacterias esenciales mutarán transformándose en agentes patógenos. Algunos segmentos de ADN se convertirán en virus. EÍ mero desequilibrio entre especies puede resultar fatal; recuerda que los ciervos, cuando fueron eliminados sus depredadores, se multiplicaron hasta acabar con la hierba y se murieron de hambre. En la Tierra descubrimos cuan dificultoso es reparar un ecosistema dañado para cuya evolución se necesitaron más de tres mil millones de años. En Deméter esperamos crear una ecología nueva en un par de siglos. No podemos hacerlo. Sólo podemos fundarla. Luego debe desarrollarse y mantenerse por su cuenta.

-Sé todo eso, por encima. Este episodio de la Micénica me ha servido de lección. Pero ¿no te quedas un poco corto? La naturaleza con la cual soñamos no puede surgir del puñado de semillas que plantemos. Nosotros tenemos que formar parte de ella desde el principio... nosotros, nuestras máquinas y nuestra gente.

-Sí, sí. Pero esa gran unidad trasciende mi limitada imaginación. Tampoco podemos modelarla, a decir verdad. Es un sistema caótico, como tú y yo ya hemos experimentado. Sólo podemos, humildemente, hacer lo que creemos que servirá de ayuda.

Librodot

49

Lo primero que pensó Eiko al salir del abismo fue ¿ Cómo está Kyra?¿Cómo está su bebé? El recuerdo y la consternación volvieron a ella desde el centro de reunión de la Tierra donde se había enterado, cuarenta y siete años antes, a casi cinco años-luz de distancia, de que Kyra cometería la temeridad de embarcarse en el viaje encinta. Las probabilidades de no despertar nunca de aquel letargo eran muy elevadas. La conciencia se deshizo en confusión y dolor. Implacables, los instrumentos que tenía al lado y los instrumentos que tenía dentro se mantuvieron firmes.

Tras un instante eterno, se recobró. Sentía náuseas, gustos desagradables, hedores, y una sed tan intensa como si la sangre se le hubiera secado. Logró comprender que viviría. Logró decirse que valía la pena.

Estaba descompuesta. Yacía invadida por tubos y cables, atosigada de sustancias químicas y nanoestructuras, en un fluido frío, por debajo de la temperatura de congelamiento. A pesar de los escudos y la protección electromagnética, la radiación había penetrado, y había brotado de sus propios átomos para causar estragos que las células dormidas no podían reparar. Era preciso remediar el daño, eliminar las sustancias extrañas, reeducar el cuerpo. Logró comprenderlo y rodó en la oscuridad.

Al fin la reclamó un reposo natural, aunque liviano y poblado de sueños. Despertó a la claridad. Se mantuvo tranquila de pura debilidad. Un robot entró en la sala, habló suavemente y le ayudó a tragar un poco de caldo. Después de recostó, comprendió que su padre debía haber muerto y sollozó en silencio.

A partir de entonces se recuperó hora tras hora. Con la salud llegó una creciente alegría y, gradualmente, avidez por el futuro. La vida que había perdido -no, abandonado- siempre le dolería, como dolían los miembros amputados, según había leído, antes de que fuera posible la regeneración. Pero esa vida estaba perdiendo fuerza y sentido, y su padre había bendecido su partida.

Se puso a charlar con los pacientes de las camas vecinas. Los robots le informaron acerca de los demás conocidos que ya habían revivido; sólo podían revivir algunos cada vez. Kyra Davis había despertado un mes antes y pronto descendería a tierra. Nero Valencia había sido procesado en el penúltimo grupo y acababa de salir del aislamiento. Ambos le enviaban saludos. No podían verse personalmente hasta que Eiko recibiera el alta, lo cual no sería posible hasta que todo su sistema inmunológico estuviera funcionando adecuadamente. Un equipo de comunicaciones habría sido un exceso extravagante de carga. A Eiko no le importaba demasiado, pues siempre había encontrado cosas de interés en su interior.

Aun así, los días se prolongaban. Se alegró cuando un examen informó al médico de Deméter de que estaba fuera de peligro. Dos robots la condujeron a la sala para mujeres convalecientes. Allí encontró pequeños equipos multi individuales, enviados desde el planeta, y tuvo acceso a una base de datos que abarcaba casi toda la cultura humana.

El corto desplazamiento la agotó. Una vez en órbita, la nave se había dividido en dos mitades, unidas por un cable de diez kilómetros, y había empezado a rotar. Se creaba así una fuerza de gravedad tan baja como la fisiología de los terrícolas podía soportar, y Eiko había perdido casi todo el tono muscular.

Para recobrarlo necesitaba ejercicios sistemáticos. También debía entrenarse en otros aspectos. Al día siguiente, tras hacer un poco de ejercicio y tomar un largo baño caliente, la llevaron a un cómodo asiento de la sala común.

Librodot

La cámara era austera como todo lo demás a bordo, básicamente un espacio vacío donde la gente podía reunirse. El cielo llenaba una gran pantalla. En medio de la negrura se desplazaban las estrellas, la Vía Láctea, la opaca Alfa, la llameante Beta y Deméter. Deméter. En aquel momento el planeta era una media luna, no marmolada como la Tierra, sino blanca, cubierta de nubes. Los cambios climáticos eran visibles. Había una pincelada azul, el océano, y a orillas de ésta mancha ocre que debía de ser un continente. Buscó las otras naves, pero no pudo distinguirlas.

En la sala había media docena de colonos en diversas etapas de rehabilitación. Eiko no conocía a nadie. Se le acercaron cortésmente para felicitarla a ella y a otros dos recién llegados. Entonces apareció Kyra. Caminó hacia ella, grande y vigorosa como un soplo de brisa, y se arrodilló para abrazar a su amiga. Después de la esterilidad de la sala de aislamiento y los cautos contactos que había mantenido desde entonces, esa calidez, esa solidez, ese cabello que olía a sol y esos labios vivos contra la mejilla era conmovedores.

-Bienvenida, querida -exclamó Kyra-. Lo hemos logrado.

Kyra se irguió. Eiko susurró:

-¿Y el bebé?

Kyra rió, se palmeó el vientre.

-Perfecto, me ha dicho. Buena raza.

-Espléndido. Temía tanto por ti... pero ¿no será una situación difícil?

-Claro. Tardaré en regresar al espacio, pero de todos modos no podría ir de inmediato, y confío en que el pequeño monstruo sea digno de la espera. Considérame una pionera. Mi caso no será el único. ¡Esperemos que no!

Eiko sonrió.

-Me imagino que yo tendré un trabajo sedentario como coordinadora. Mientras sales, tal vez pueda cuidar del niño. Me gustaría.

-Te lo agradezco. Pero quizá para entonces ya tengas un par de crios propios para fastidiarte.

Eiko levantó una mano.

-Lo dudo.

La bajó. Acababa de llegar alguien. Nero Valencia.

Aún estaba ojeroso, pálido bajo la tez olivácea. Su biogema había muerto en el tanque, o él había decidido extraérsela antes de la partida; la marca de la frente aún no se había borrado del todo.

-Buenos días, señorita Tamura. Es maravilloso verte de nuevo.

El corazón de Eiko dio un vuelco.

-Gracias -respondió-. Me alegró saber que te encontrabas bien, señor Valencia.

Valencia se enderezó.

-Buenos días -dijo Kyra.

Valencia enarcó una ceja, le miró la cintura y respondió:

-Buenos años.

A Eiko no le pareció impertinente, aunque Kyra se sonrojó un poco.

-Soy muy feliz -se apresuró a decir Eiko-. Habrá mucho de que hablar... cuando me sienta más fuerte.

-Habrá mucho más que aprender, diría yo -respondió Kyra.

La pantalla se puso en blanco. También hacía las veces de anunciador. Se formó la imagen de un hombre, corpulento y pelirrojo.

-¡Ah! -comentó Kyra-. El jefe. Da un discurso para cada tanda nueva; más o menos el mismo. Supongo que es una grabación que reeditan. -Aun así, todos miraban.

-Bienvenidos -tronó el simulacro-. Sabéis quién soy. Pronto espero saber quién es cada uno de vosotros. Ahora todos somos demetrianos. -Su rostro adquirió solemnidad. Por la expresión de ambos, Eiko notó que lo que seguía era una novedad para Kyra y Valencia-. Lamento muchísimo tener que informar de una muerte. Rosa Soares no revivió. Suya será nuestra primera tumba. Habrá más.

El rostro simulado se distendió.

-Pero deseo continuar. Los que acaban de despertar sólo han oído rumores acerca de la situación. Bien, puedo afirmar que los predecesores lo hemos hecho bastante bien. En general, todo ha salido de acuerdo con los planes. -Una breve sonrisa-. Los planes dejaban margen para imprevistos, problemas, deslices, tropiezos y desastres constantes. En eso no hemos sido defraudados. No falta trabajo que hacer. Lo que más necesitamos son inteligencias conscientes, seres humanos completos... en suma, vosotros. Pero cuando os repongáis y vengáis a vernos, os encontraréis con una grata ciudad.

-He oído esto antes -murmuró Valencia con impaciencia.

-Yo más veces -dijo Kyra.

-Pero yo no -les recordó Eiko.

-Lo oirás, querida, lo oirás -le dijo Kyra-. Pero es mejor que lo hagas poco a poco. Guthrie nunca ha sido un gran orador.

Valencia sonrió a Eiko.

-El lenguaje heroico es tu especialidad -murmuró.

-Dame tiempo, por favor -protestó Eiko-. Y te ruego que no esperes demasiado. No soy Hornero... y aun él necesitó primero una historia que contar.

50

Esta comunicación se debe principalmente al acuerdo político por fin logrado. Luna modernizará su gobierno, convirtiéndose en otra democracia cibernética, y se unirá a la Federación Mundial. Sin embargo, los ancianos selenarcas conservarán sus propiedades, que seguirán sometidas a la ley de los señoríos mientras ellos vivan. En otros lugares, la población mundial continúa reduciéndose a un ritmo satisfactorio, y la conversión de la cuenca amazónica en reserva biológica pronto habrá concluido. África ha iniciado el tránsito hacia una economía distributiva; una civilización construida desde los cimientos tiene más posibilidades de racionalizar sus instituciones que las más antiguas. Espera ser guiada por las inteligencias artificiales plenas en cuanto éstas entren en acción. Los nuevos modelos están aprendiendo rápidamente y no sólo parecen tener conciencia sino algo similar y todavía poco comprendido a la creatividad humana.

La puerta llamó a Kyra al porche. No le importó, pues pensaba salir pronto a contemplar el ocaso. Los días despejados ya no eran una rareza en la elevada latitud de Puerto Fireball; la vegetación estaba cambiando los climas con asombrosa rapidez en el continente, absorbiendo bióxido de carbono y exhalando oxígeno, reteniendo la humedad en el suelo, suavizando los extremos térmicos de la roca desnuda. Pero nada podía darse por sentado.

La calle donde estaba su casa recorría un promontorio con vistas a la ciudad y la bahía. Estaba bordeada de árboles plantados por las máquinas, y los pinos y cedros habían crecido durante aquellas décadas, mientras que los jóvenes árboles de hojas anchas aún requerían cuidados especiales. El viento que soplaba desde el agua susurraba entre ellos. Su frescura y su aroma hendían el calor como una espada. Olas rectas corrían al encuentro de un cielo donde ya relucía un planeta vespertino, el bello y amenazador Faetón. Al sudoeste Alfa se aproximaba a las colinas, y la bruma difuminaba su dorada esfera. Beta resultaba invisible, en un punto lejano de su trayectoria y, a esa altura del año, apagada por el brillo de su compañera. Algunas gaviotas, que ya contaban con peces suficientes para alimentarse, recibían la luz en sus alas. Macizos de flores rojas, blancas y violetas rodeaban la casa.

Kyra se paró en seco. Delante de ella estaba Nero Valencia. Como si tuviera voluntad propia, la mano de Kyra avanzó para cerrar la puerta.

-Salud -dijo-. ¿Qué te trae por aquí?

¿Había cierta nostalgia en su sonrisa?

-He venido a despedirme -respondió él.

-¿Te vas, entonces? ¿Por mucho tiempo?

Él asintió.

-A Boecia.

-Yo... lo lamento. Me gustaría invitarte a entrar, pero entre el bebé y los demás este lugar es un desastre.

Mentía, y sospechaba que él lo sabía. ¿Por qué? Aquella muerte pertenecía a un pasado lejano, y él sólo había cumplido con su deber; hacía tiempo que no era gunjin; a pesar de la hostilidad de Kyra, él siempre había sido cortés, afable, servicial en las pocas ocasiones en que ella le había dado la oportunidad de serlo. Eiko le tenía afecto. Pero Kyra no deseaba estar a solas con él.

-Está bien -dijo Valencia-. De todos modos tengo prisa. -Kyra sospechó que él también mentía-. No podía marcharme sin verte. Nos hemos visto muy pocas veces.

-Bueno, todo el mundo está demasiado ocupado aprendiendo a apañárselas y adquiriendo un ritmo de trabajo.

-Aun así, esperaba... -Valencia se encogió de hombros-. No importa. -La miraba con intensidad.

Kyra comprendió que tenía miedo de él, miedo de sus encantos. Además de haber dormido sola más tiempo de lo conveniente, los recuerdos seguían vivos. No quería liarse con aquel hombre. Sería una tontería.

Además estaba Eiko.

-Admito que no he sido muy sociable ni he procurado mantenerme en contacto -dijo apresuradamente-. No podía. Tú estás en desarrollo ecológico, y Beocia debe estar preparada para una etapa superior. Pero está en las antípodas del planeta. ¿Cuál será exactamente tu tarea?

Valencia rió entre dientes.

-No será nada exacta. Estamos tratando de introducir vertebrados, herbívoros y carnívoros, por exogénesis.

-Ya. Son necesarios para generar diversidad, además de deseables. -Estaba refiriéndose a tópicos como pretexto para llenar la conversación.

-Será difícil -dijo Valencia con más ánimo-. Esperamos muchos fracasos, tanteos y soluciones desesperadas.

Su manera de decirlo tranquilizó a Kyra.

-Parece divertido. ¿Y qué harás tú?

-Me gustan los lugares agrestes, sobre todo aquellos en los que crecen bosques. Y parece que he desarrollado cierto talento para manejar a los animales.

-¿Alces, elefantes, lobos, leones?

Valencia rió.

-No hasta dentro de muchos años. Roedores, pajaritos, halcones.

Sí, pensó Kyra, era lógico que Valencia se llevara bien con los halcones.

-Buena suerte -le dijo con toda sinceridad.

-¿Qué has hecho últimamente? No creo que puedas regresar al espacio hasta que tu hijo no haya crecido un poco.

-De cualquier modo no podría, y lo sabía antes de partir de la Tierra. Tardaremos tiempo en poder usar la capacidad industrial para construir suficientes naves de las clases necesarias.

La expresión de Valencia sugería que aquello le ayudaba a entender por qué ella había optado por tener un hijo, pero de todos modos le planteó la pregunta de otra manera.

-¿Qué haces, además de ser madre? La última vez que hablamos, dijiste que sólo te dedicabas a «resolver problemas diversos».

-Bueno, he persuadido a Guthrie de que me ponga a diseñar veleros para los robots. Necesitas muchas más salvaguardas que con una tripulación humana consciente. El combustible sigue siendo un problema, y sería útil ahorrarlo en fletes que no corren prisa. Pronto pondré una embarcación a prueba. Luego haremos otras más grandes.

-Muy interesante. Algo con lo que disfrutar mientras aguardas tu nave espacial.

-¡Y tanto!

-Me alegro. -Valencia titubeó-. ¿Podemos mantenernos en contacto? ¿Puede telefonearte de vez en cuanto?

Kyra se puso en guardia.

-Me temo que estaré muy ocupada.

-Entiendo.

-Sin duda volveremos a encontrarnos cuando regreses.

-Eso espero.

Kyra se armó de coraje.

-Saluda a Eiko de mi parte. Hace tiempo que no la veo.

Él tardó un instante en responder.

-Desde luego.

-Buena suerte -repitió Kyra.

Él se inclinó.

-Te deseo todo lo mejor.

¿Qué podía hacer Kyra sino cogerle la mano? Él retuvo el apretón un instante, y Kyra sintió vértigo. Abrió la puerta. Logró liberarse.

-Adiós -dijo.

Él sonrió, dio media vuelta y se fue. Ella permaneció fuera, siguiéndolo con los ojos hasta que se perdió de vista. El sol se puso detrás de las colinas. Al este el cielo se oscureció, dando mayor brillo a Faetón. Un satélite titiló cerca. A esa distancia, se confundían con las estrellas. Guthrie no había querido estropear el cielo nocturno de Deméter cuando se hubiera disipado la capa de nubes.

Kyra entró para echarle un vistazo a Hugh. La casa era pequeña y estaba muy vacía: contenía sólo el mobiliario estándar. Se necesitaban años para ordenar una casa, y Kyra nunca podía lograrlo del todo. Bien, le sobraba tiempo.

El niño llevaba el nombre del padre de Kyra. Hugh seguía durmiendo en la cuna, increíblemente diminuto y perfecto. ¿Quién le haría de padre? Un niño necesitaba una figura masculina que admirar e imitar, para rebelarse contra ella, reconciliarse con ella y darle nietos. Pero...

Sonó un teléfono. Todas las habitaciones tenían uno; la colina estaba abarrotada de productos de la nanotecnología y del complejo de ensamblaje, incluidos operarios robot. Kyra a veces se preguntaba si alguna vez evolucionaría una empresa comercial en Deméter. Tocó ACEPTAR.

No apareció ninguna imagen.

-Buenas tardes -saludó su propia voz-. ¿Tienes un momento libre?

-¿De qué se trata? -preguntó Kyra.

-Tengo un chisme que contarte -dijo su emulación.

Kyra sonrió.

-¿Sabes que cada día hablas más como Guthrie?

¿El tono de la respuesta era un poco defensivo?

-Bien somos uña y carne, ¿no? Esto podía esperar, pero me ha parecido que querrías saberlo de inmediato. He visto otro análisis de los ciclos climáticos. Se basa en nuevos datos: crecimiento de anillos en los coraloides, proporciones de isótopos en los núcleos del fondo del mar; puedes estudiar los detalles más tarde. Aporta convincentes razones para creer que el hemisferio norte está entrando en un período de tormentas repentinas y violentas. La vegetación debería moderar el clima en el interior, pero no tanto en el mar y en las costas. Supongo que querrás tenerlo en cuenta.

Kyra apretó los puños.

-¡Maldita sea!

-No es nada que tu proyecto no pueda resolver -le aseguró la emulación-. No es más que otro factor.

-Lo sé, pero... -Kyra miró hacia la ventana, al crepúsculo.

-Pero ¿qué?

Kyra se dirigió nuevamente a la pantalla.

-Mira, sabes que no tenemos nada parecido a un servicio de pronósticos meteorológicos, y mucho menos un control climático. -Demasiadas incógnitas, demasiadas variables que cambiaban deprisa-. Me estás diciendo que pueden aparecer temporales o cosas peores procedentes de cualquier parte. Yo planeaba llevar conmigo a Hugh cuando probara los veleros. Ahora no me atrevo. ¿Quién lo cuidará cuando me vaya? -No un robot, por cierto, a menos que también hubiera a mano un humano de confianza. ¿Y quién disponía de tiempo?

-Sí, es un problema. -Kyra escuchó el viento que susurraba entre los árboles. Al cabo de medio minuto oyó-: ¿Y qué hay de mí?

-¿Eh?

-En un cuerpo apropiado. Podría prepararlo para que fuera blando y acogedor.

-Pero tú tienes trabajo de sobra ¿o no?

-Como todos. Sin embargo, los niños están primero. Son el futuro.

De nuevo Guthrie, pensó Kyra.

-Últimamente no tengo que salir demasiado -continuó la emulación-. Normalmente recibo datos, comunicaciones, tomo decisiones, imparto órdenes. Entretanto puedo hacer de niñera. No, no siempre. Pero encontraré un modo de buscar sustitutos. Humanos, si puede ser.

-¿Puede hacerse?

-Tiene que hacerse, y cuanto antes mejor. Pronto tendremos más niños.

-No sé de qué modo podríamos solucionar este problema -dijo Kyra-. Nuestra población es pequeña y tiene exceso de trabajo. No sé si se previo esta situación.

-Sospecho que habrá que modificar las reglas. Los niños necesitan familias estables, pero quizá tengamos que dar un nuevo significado al término «familia».

¿Tribu? ¿Comuna? Kyra se negaba a admitir, aun ante su propio fantasma, el cosquilleo que sentía en las entrañas.

-Bien, me parece que tendremos que ser diferentes de lo que éramos.

-¿Cuándo las cosas han sido siempre iguales?

-Supongo que nunca. Gracias por la información y el ofrecimiento. Déjame pensarlo. ¿Algo más? ¿No? Buenas noches.

Lamentó haber sido tan seca. Pero ¿qué podía hacer? ¿Invitar a su emulación a tomar un café y a mantener una charla de mujeres?

Aunque sentía los pechos hinchados, no deseaba despertar a Hugh. Cuando él quisiera comer, se lo haría saber. Al día siguiente iría al laboratorio y al astillero. Lo llevaría consigo, como de costumbre.

A Hugh le gustaba pasear, con el viento en aquel cabello, negro como el de Bob, y una luz en los ojos, pardos como los de Bob; aunque tenía algo de Kyra en el rostro y el modo de extender las manos. Kyra ansiaba verlo crecer.

Pero ¿cómo pasar la velada? Preparar la cena. Prefería cocinarse lo suyo. Era mejor cuando cocinaba para invitados, pero eso sucedía raramente. Sus conocidos iban formando parejas. Kyra era bienvenida entre ellas, pero no quería arriesgarse a hacerse pesada. Para la gente del espacio no era aconsejable tomar apego a la gente de superficie; cuando se rompían los vínculos era doloroso. Y sí, estaba Rinndalir...

La habitación se oscureció. En vez de encender las luces, regresó fuera en busca de aire y luz. El mar relucía, las estrellas titilaban. Kyra se apoyó en la barandilla del porche; era como el puente de un velero, y el viento cantaba, le acariciaba el cabello, le pegaba la blusa y la falda al cuerpo.

Un hombre pasó caminando. La calle no estaba iluminada, pero Kyra lo reconoció en el fulgor del crepúsculo. El joven Jeff Packer.

-Buenas tardes, piloto Davis -saludó.

-Buenas tardes -respondió ella. Lo siguió con los ojos. Un joven guapo, y un ser humano de excepción. No, no había que mal interpretar lo que pensaba. Pero su emulación, que podía ser objetiva en esas cosas, había hablado de... no vínculos, sino algo distinto, algo nuevo.

Librodot

51

Después de intensos estudios, el Instituto Psicosociológico no encuentra causa de alarma en la proliferación de movimientos religiosos primitivistas ni en la fundación de comunidades consagradas a sus ideales. Dichos movimientos siguen siendo reducidos, desperdigados, poco frecuentes y a menudo hostiles entre sí. Mientras algunos derivan de sociedades tradicionales, la mayoría son neorreaccionarios, y su descontento con la Tierra moderna no es en absoluto racional. Sus curvas de crecimiento ya se están frenando y se prevé que pronto descenderán a medida que las nuevas generaciones maduren en una civilización cada vez más racionalista. Sin embargo, el informe recomienda más investigación y desarrollo en lo concerniente a medios para satisfacer, sin poner en peligro esa racionalidad, aquellos impulsos de origen prehumano que reciben la arcaica denominación de «espirituales».

Las serranías septentrionales de Argólida habían desarrollado un clima terrícola. El brezo rojo y la aulaga amarilla crecían bajo vientos fríos que desplazaban las sombras de las nubes sobre valles y simas, lagos y riachuelos. Tras las cortas lluvias, el sol irrumpía y el arco iris se elevaba sobre los riscos. Proliferaban abedules y sauces. En los lugares umbríos las hojas temblaban en los primeros álamos jóvenes. Los insectos zumbaban relucientes; las telarañas brillaban con el rocío. Aves cada vez más grandes, del tamaño de patos y urogallos, sobrevolaban en bandadas cada vez más numerosas un suelo donde corrían, nadaban y reptaban anfibios y pequeños mamíferos; el halcón y el zorro iban de cacería.

No era una repetición de la reconquista de la vida después del repliegue de los glaciares, como había sucedido tiempo atrás en el mundo madre. Aquel proceso había durado siglos y milenios, y éste se medía en años y décadas. Estas formas de vida no eran producto de la evolución sino de la voluntad y la habilidad. No debían su existencia al clima y al agua sino a sustancias químicas, energías, máquinas cuyo tamaño iba de lo colosal a lo microscópico. La tecnología estaba por doquier, en general invisible, pero siempre impulsando, guiando, custodiando aquello que los mortales habían creado.

En medio de la comarca se erguía Lifthrasir Tor. Un bosquecillo la coronaba como un sueño del futuro: arce, álamo, roble, fresno, espino. La emulación Kyra aterrizó en la pista que había al pie de la arboleda y caminó por un sendero que trepaba entre peñascos, rocas, hierbas, flores silvestres y arbustos. Aquel día había pilotado el vehículo, en vez de ir unida a él, porque usaba un cuerpo humanoide. Bajo el cielo despejado el metal respondía al destello de un lago distante. Kyra llevaba en sus manos la caja cerebral de Guthrie. Cuando pasó bajo los árboles, éstos la recibieron con murmullos, salpicaduras de luz, aromas, musgo, fecundidad.

El laboratorio biocibernético que los árboles cobijaban era de tamaño modesto. La hiedra cubría las paredes. Su gente podía aprovechar los descubrimientos de otros investigadores de todo el globo, y sus delicadas tareas no requerían edificios monumentales. El director, Basil Rudbeck, había visto llegar a sus visitantes y aguardaba en la puerta principal para saludarlos. Era un hombre maduro, rubio, corpulento y puntilloso.

-Bienvenidos, jefe y señora. Hacía tiempo que aguardábamos este momento.

-Bien, para mí el tiempo es siempre escaso. Además, mientras aquí se hacían pruebas y ensayos, no era preciso que yo anduviera husmeando.

-Habrías sido bien recibido en cualquier momento, jefe Guthrie, aunque admito que antes no habríamos tenido mucho que mostrarte. Pero agradecemos que nos permitas realizar nuestro trabajo sin el estorbo de los burócratas.

-Algo ya tradicional en Fireball, cada vez que pensaba que alguien podía lograr algo interesante. -Guthrie rió entre dientes, por así decirlo-. En tu caso, tenía otra razón, a saber, la piedad que siento por los burócratas. -Rudbeck era un descendiente del Guthrie viviente.

-¿Y ahora has descubierto algo nuevo? -preguntó Kyra.

Rudbeck sonrió.

-Nada extraordinario. Hemos avanzado penosamente hasta hallar un sistema que parece dar los resultados buscados. El verdadero mérito corresponde a los científicos de campo, y a los robots y emulaciones que los precedieron, los que recogieron los datos e interpretaron paso a paso el modo en que funcionan las cosas en este planeta y por qué. -Hizo una reverencia-. Muchas gracias.

Kyra ya dominaba tanto el arte de generar una voz que hubo sorpresa en su exclamación.

-¿A mí? Cuando hago tareas de campo, voy sólo como piloto. -Los pilotos son muy necesarios -dijo Guthrie-. Además, más de una vez has salvado un valioso pellejo, por lo que he oído.

-De cualquier modo -continuó Rudbeck-, la información entrante nos ha indicado poco a poco cómo corregir nuestros programas, y a menudo cómo cambiar el diseño de nuestras máquinas. -Innecesariamente añadió, llevado por el entusiasmo-: Cuando uno trata de comprimir millones de años de desarrollo ecológico en dos o tres siglos, y a escala planetaria, porque no es posible conformarse con menos, el trabajo no es precisamente de jardinería. Aunque supiéramos con certeza qué hacer (y no lo sabemos, pues es demasiado complejo y caótico), sólo el volumen de trabajo y la velocidad a la cual decae un orden inestable superarían la capacidad de cualquier sistema de control. Como ejemplo elemental, ¿recordáis el caso del trébol de Tesalia?

-Claro -gruñó Guthrie- ¿Quién no?

De acuerdo con los planes, el suelo de aquella región se había sembrado con un musgo de nuevo diseño que pronto volvería el terreno adecuado para los humildes microbios e invertebrados de los cuales dependían las especies superiores. Había salido bien, y se añadieron tréboles para enriquecer más el suelo. Lamentablemente, no se previo que su crecimiento sería tal que el delgado sustrato de turba se resecaría. La lluvia comenzó a erosionarlo. El mejor modo de limitar los tréboles parecía consistir en introducir los depredadores de las abejas que los polinizaban. Pero dichos insectos, desarrollados a partir del ADN de las abejas, dieron origen a una variedad mutante cuyas fértiles larvas diezmaron a las lombrices que aireaban y fertilizaban el suelo. Luego, un virus diseñado para el caso... En Tesalia la naturaleza todavía seguía de catástrofe en catástrofe.

Rudbeck se sonrojó.

-Lo lamento. Me he dejado llevar por el entusiasmo. No quería comportarme como un maestro ante sus alumnos.

-No te preocupes -dijo Guthrie-. Mi ego tiene la piel bastante dura. Continúa.

-Gracias, señor Guthrie. Sólo deseo enunciar el principio básico. Es conocido, y parece obvio, pero sólo últimamente se ha demostrado con rigor matemático. No podemos continuar enviando nuestros robots y moléculas nanotecnológicas en busca de errores para reparar el daño. O bien la vida en Deméter se extingue por encima del nivel microscópico, a excepción de en unas cuantas zonas mantenidas mediante esfuerzos ingentes, o bien se reproduce y evoluciona. En el segundo caso, la complejidad ecológica aumentará más deprisa que cualquier sistema regulador que diseñemos, a menos que sean tantos que acaben con la vida.

Librodot

-Lo sé. Con los gobiernos sucede lo mismo, aunque nadie ha querido comprenderlo, y menos los políticos. Pero no tenemos tiempo para que la naturaleza se equilibre. Tu gente ha estado investigando un modo de resolver el dilema. Fantástico. Ahora que he logrado vengarme asombrándote con lo evidente, ¿puedes explicarme en pocas palabras qué has logrado en este lugar?

-Haré lo posible. ¡Pero adelante, por favor! Busquemos un lugar cómodo.

-Nos da igual -dijo Kyra. Emulaciones y maquinaria.

Rudbeck los guió por las instalaciones, les presentó a su personal, les mostró el equipo, activó las pantallas. Poco a poco se puso en evidencia su serena victoria.

Un organismo es una unidad. La complejidad casi infinita de sus sistemas de detección, ingestión, absorción, excreción, percepción y reacción, su química y sus flujos de electrones, su realimentación y su dinámica, se combinan al servicio de la supervivencia. En última instancia esto significa la subsistencia y propagación de la hélice de la vida, pero habitualmente, con esa finalidad, el organismo debe prevalecer sobre enemigos y adversidades. Con un mínimo de nutrición y protección del cosmos circundante, resistirá, se mantendrá fuerte, se curará de sus heridas, burlará la traición de las células aberrantes y procurará aumentar el reino de su especie. El ejemplo supremo es el de ser humano, cuyo cerebro es a la vez director, procesador de datos, glándula principal y fuente del deseo.

Una ecología natural es simplemente un conjunto de relaciones entre organismos. En su complejidad y sutileza, son el resultado de eras geológicas de la lucha, el ciego azar, las modificaciones que la vida misma introduce en su entorno, y una poda despiadada de todo aquello que no encuentra maneras de adaptarse. La red de seres puede durar milenios, pero en cualquier momento, un accidente en el territorio o la invasión de intrusos puede provocar la ruina. La geología terrestre da fe de media docena de extinciones en masa, momentos en que de repente perecieron la mayoría de las grandes especies; las extinciones a menor escala y localizadas son incontables. ¿Cuál vulnerable es pues la vida cuando ha sido desarraigada de esa larga historia y de esa matriz mundial, obligada a recomenzar en tierras hasta el momento totalmente áridas?

Sólo si una ecología es un organismo...

-La idea básica es conocida, desde luego -dijo Rudbeck-. No me sorprendería que las especulaciones comenzaran con las primeras trasmisiones de Deméter. Tal vez antes, ¿eh, jefe? -Miró de soslayo a Guthrie, pero no obtuvo respuesta-. Debíamos establecer el equivalente de un sistema nervioso. No un sistema tan tosco como sensores pasando datos a ordenadores que dan órdenes a robots, aunque evidentemente había que servirse de algo por el estilo. Ante todo, necesitábamos estructuras moleculares que se desarrollaran en simbiosis con la mayoría de las plantas y algunos animales, capaces de mantener la conexión a través de distancias tan grandes como fuese necesario; no formando órganos sensoriales ni cerebros ni nada semejante, pero... equivalentes. El problema consistía en encontrar el modo de hacerlo. ¿Qué funcionaría, cuáles serían los efectos colaterales o las consecuencias últimas? A la larga, ¿qué cosa podía tomar y ejecutar decisiones de la misma manera natural e irreflexiva en que un cuerpo viviente lleva a cabo todos sus procesos?

-Según los informes que he visto, anduvisteis a tientas hasta que adoptasteis un planteamiento básico diferente -dijo Guthrie.

Rudbeck se encogió de hombros.

-Un planteamiento a medias. Comenzó cuando Farquhar revisó la teoría de cómo las mitocondrias habían entrado en simbiosis con organismos procariotes primitivos. Eso demostró, a la luz de nuestras observaciones, que la teoría era inadecuada. Luego Kristoffer la

reformuló y sometió los datos a un tensor Yamato... pero me temo que esto es bastantes abstracto, y una vez resueltos los teoremas teníamos que afrontar los problemas prácticos.

Los pedúnculos oculares de Guthrie giraron hacia el despliegue de unidades orgánicas e inorgánicas que habían estado inspeccionando. Era increíblemente perfecto.

-Lo cual habéis hecho -dijo-, y he aquí la criatura.

-No, el embrión -dijo Rudbeck-. Se reduce a seis o siete mil kilómetros cuadrados, y todavía no está completo. Se extiende en una capa muy fina, y es tosco, rudimentario, defectuoso. Y sólo es adecuado para este territorio, para la naturaleza de esta zona. Pero dentro de sus limitaciones, funciona. Está... aprendiendo. Por ejemplo, en zonas expuestas donde las noches invernales son frías, los operarios han descubierto que el junípero rastrero plantado en torno de los alisos aísla sus raíces, permitiéndoles sobrevivir y crecer. Bueno, hemos notado que esas especies se juntan en lugares donde antes no crecían. Hemos visto roboinsectos llevando las semillas a esos sitios, sin instrucciones nuestras ni de los programas escritos por nosotros. Los programas se han autocorregido.

Rudbeck no ocultaba su orgullo.

-El sistema se extenderá por propia voluntad. Cambiará, mejorará, a veces sin nuestra ayuda, y a veces, sospecho, a pesar de nosotros. Se adaptará a todo el medio ambiente y la ecología de Deméter. No creo vivamos para ver los resultados, pero al fin habrá una biosfera que será un organismo, funcionando en nódulos locales, pero un organismo global.

-Más vasto que los imperios y más lento -citó Kyra.

-¿Cómo? -preguntó Rudbeck.

-Un verso de Marvell, un antiguo poeta inglés -dijo Kyra-. Pero yo me refería a señales transmitidas a través de continentes y océanos.

-No depende de velocidades químicas. El sistema tiene componentes electrónicos, fotónicos y mecánicos. Por último, deseamos incorporar inteligencia artificial. IA plena y consciente. Eso requiere un sistema mucho más sofisticado, pero entretanto aprenderemos acerca de los adelantos de los psiconetistas de la Tierra.

-Nueve años casi, entre la pregunta y la respuesta -dijo Guthrie-. Tu criatura debe aprender a caminar cuanto antes. Si no quieres que se configure con una estructura incapaz de albergar conciencia, será mejor que introduzcas ésta en los circuitos desde el principio, al menos parte del tiempo.

Rudbeck asintió.

-En efecto. Ya hemos tomado precauciones para incorporar provisionalmente una emulación. Sólo para observar, al principio; y quizá no haga falta nada más hasta que tengamos una auténtica mente cibernética.

-¿Por qué no lo habéis intentado?

-Tenemos dudas. Queremos depurar nuestras técnicas antes de complicarlas.

-¿Por qué? ¿Existe algún peligro?

-Que sepamos no, pero repito, aún no sabemos lo suficiente, no podemos prever todos los accidentes.

-Y jamás podréis si no lo intentáis. -Los pedúnculos oculares temblaron-. Conéctame. Ahora.

Rudbeck lo miró con asombro.

-¿En serio?

-Ya lo tenía pensado cuando he venido. Por eso no llevo envoltorio. He querido escuchar las explicaciones que nos has dado para asegurarme de ciertas cuestiones. Adelante. ¿Por qué no? Un experimento sin control, poco científico, pero ¿qué mal puede hacer?

Rudbeck sacudió la cabeza.

-Puede ser perjudicial para ti.

-Tonterías. He pasado por peores tragos de los que puedes imaginar. Esto me dará una idea, que aunque vaga y elemental, me permitirá entender lo que sentirá tu organismo. Y presiento que me será muy útil.

-¡No lo hagas! -exclamó Kyra-. Si te obstinas en recibir un informe, sácame de este cuerpo y yo te lo presentaré.

-Ni hablar -replicó Guthrie-. Tú fuiste funcionaría de Fireball. ¿Permitirías que tu gente corriera un riesgo que tú no correrías? De cualquier modo, esto no es una apuesta. Se trata de echar un vistazo. Mi rango me permite reclamar el privilegio de la diversión. Será algo nuevo, no un espectáculo de sombras quivira, sino algo real, después de tantos años aburridos. ¿De acuerdo, Rudbeck? Bien, manos a la obra.

Podía evitar que se opusieran a su voluntad, pero no librarse de la deliberaciones, los planes, los preparativos y las precauciones. El día de Deméter tocaba a su fin cuando los científicos lo conectaron. Las estrellas giraron una hora encima de un silencio plagado de susurros, mientras todos examinaban pantallas y caminaban de aquí para allá. Luego lo desconectaron.

Guthrie sólo atinó a murmurar:

-No puede describirlo. Tal vez un poeta podría hacerlo. Por un momento casi creí estar vivo de nuevo.

Los humanos estaban agotados, y no disponían de medios para brindar hospitalidad a estos huéspedes. Finalizadas las despedidas, Kyra llevó a Guthrie de regreso al deslizador. Sus pisadas resonaban en la noche. La escarcha de colinas y brezales refulgía reflejando el brillo de las estrellas.

-Tu temeridad me habría asombrado menos si no hubieras borrado tu duplicado -dijo ella.

-No lo hice -declaró Guthrie-. Está aquí, todos sus recuerdos han sido transferidos a mí.

-¿Por qué?

-Lo sabes muy bien. Uno de nosotros se ocupaba de los asuntos del sistema solar y las naves migratorias mientras el otro se hacía cargo de Deméter, pero dos bastardos pendencieros en este planeta se habrían entorpecido mutuamente. Desde el principio habíamos convenido en fusionarnos.

-¿Y por qué no mantuviste el segundo programa desactivado, pero en reserva? Especialmente si ibas a afrontar la experiencia de hoy.

-No exageres, el riesgo no era tan grande. Me parecía que un yo de repuesto era una mala idea. Tarde o temprano la colonia tendrá que arreglárselas por su cuenta. Más aún, si llegado el momento no lo consigue, no merece sobrevivir.

-Te echaríamos de menos, jefe.

Guthrie rió.

-¡Oh, no pienso marcharme todavía! Sobre todo después de esta experiencia. ¿Y tú, Kyra?

-No creo.

El la estudió, como si sus lentes pudieran leer una expresión en su torrera.

-¿No eres feliz?

-No soy infeliz. Ese concepto no es válido en mi caso. Me interesa lo que hago. Pero cuando nadie me necesite, optaré por cancelarme.

-Una sesión en ese biocentro podría hacerte cambiar de opinión, lo que me complacería mucho.

-Lo lamento, jefe. No creo que quiera intentarlo.

-¿Por qué no?

-Me traería muchos recuerdos para mí demasiado cercanos.

-Entiendo.

No hablaron más. Kyra bajó la cuesta.

Librodot

52

Quedan pocos habitantes en L-5. La robotización de las operaciones espaciales está tan avanzada que la estación ya no cumple ninguna función, excepto como centro turístico, actividad que puede considerarse marginal. El gran despliegue de quiviras ha facilitado el acceso a esas sensaciones, aunque poca gente hay ya interesada en ellas. Se están tomando medidas para que los habitantes que aún quedan en L-5 puedan pasar el resto de su vida en la estación, si asilo desean. La procreación entre ellos será insistentemente desaconsejada.

Empequeñecida por la distancia, Alfa resplandecía con una luz que a los ojos humanos era blanco azulada. Los picos y cráteres de Perun contrastaban con las líquidas sombras mientras la Merlín se acercaba. Aquí y allá relucían protuberancias de ferroníquel, azotadas por milenios de precipitaciones cósmicas. Más allá del esferoide, Voloss era una mole de negrura entre las estrellas. Kyra Davis recordó que recientemente los selenitas habían puesto aquel cuerpo carbónico condrítico en la órbita del asteroide más grande, de piedra y metal, para que fuera una fuente de agua para los organismos. El software de su nave-antorcha lo sabía bien y lo tenía en cuenta, ejecutando las órdenes que tecleaban sus dedos. Kyra podía echar un vistazo a placer.

Observó ante todo que la mole seguía la misma trayectoria que Perun. La nave espacial era todavía un esqueleto, pero sus costillas y cables ya eran descomunales. A aquella distancia, la construcción parecía frágil y delicada, filamentos de plata entretejidos en la joya de una princesa élfica.

Aumentando la imagen, Kyra vio vehículos, robots y técnicos en traje espacial volando como motas en una danza que evocaba melodías de Mozart, Strauss, Nielsen.

¿La nave viajaría con tanta ligereza en los dominios centaurianos, hasta Próxima y tal vez más lejos? Hasta el momento los constructores habían revelado poco, pero corrían rumores de que planeaban ampliar y utilizar los láseres que habían frenado las naves de los emigrantes para una desaceleración mediante ondas Alfvén, para... Kyra comprendió que más le valía dejar de soñar y concentrarse en la aproximación.

Con un diámetro máximo de vanos miles de kilómetros, Perun nunca albergaría ciudades y fortalezas como Luna. Sin embargo, allí se levantaban más estructuras de las que ella esperaba. Antes del primer vuelo desde Deméter, las trasmisiones selenitas al planeta eran muy breves. Kyra no lo había considerado una señal de hostilidad. Por naturaleza aquellos seres eran distantes y sigilosos como gatos. Era sorprendente enterarse de cuánto habían realizado en tan pocos años y sin los recursos de Deméter. Ahora que iba a verlo con sus propios ojos, el corazón le palpitaba con fuerza.

Cúpulas, mástiles, pirámides, peristilos y, como una radiante encrucijada, la pista espacial. Era un casquete chato en el Polo Norte, rodeado por edificios semicilíndricos sobre los cuales se erguía el radar de control.

-Merlín solicitando permiso para atracar -dijo Kyra.

-Autorización concedida -respondió una voz de acento cantarín.

Una mera formalidad por ambas partes. Los acuerdos se habían pactado tiempo atrás, los ordenadores se hacían cargo de todo. Valiéndose de sus propulsores, la nave descendió hacia el compartimiento asignado.

Se hizo el silencio. Kyra se desabrochó el cinturón de seguridad y se levantó. Había viajado a una gravedad demetriana -un ocho por ciento menor que la terrestre-, a la cual sus

huesos, venas y tejidos se habían acostumbrado. Aunque habituada a los cambios de peso, de pronto se sintió fantasmal. ¿Cuánto pesaba, aquí, cinco o seis kilos? Se desplazó cautelosamente hacia sus dependencias, donde se detuvo para echarse una mirada en el espejo. Antes de iniciar las maniobras finales se había puesto una blusa blanca con chorreras y mangas abullonadas, una chaquetilla de tigril, pantalones azules, sandalias con hebillas difractoras. Quería demostrar que los suyos podían permitirse vestir con elegancia. No quería que los selenitas la considerasen una palurda.

¿Los selenitas? Rinndalir, admitió. El pulso se le aceleró.

No, qué diablos, no sentiría embarazo cuando se encontraran. Actuaría con naturalidad. ¿Por qué no? El espejo le devolvía una imagen de sí misma erguida, esbelta, quizás un tanto delgada, aunque eso era preferible a la gordura; le sobresalían los huesos de la cara, y le sentaba bien. Algunas arrugas, el cabello entrecano. ¿Y qué? Mantenía vivas las relaciones que quería por sus propios méritos, sin obligar a nadie. Además, no había ido allí para establecer contactos sino para hacer historia.

Un ligero impacto resonó en el casco y el aire. La rampa había tocado la cámara de salida. Kyra le guiñó el ojo a su reflejo y salió.

El descenso la llevó bajo tierra, a una antesala pequeña y desnuda. Rinndalir aguardaba a solas.

Kyra se detuvo en seco. Él avanzó para tenderle la mano.

-Bienvenida -dijo con una sonrisa-. Largo tiempo te he aguardado.

Su palma estaba fría ¿Callosa?

-Sí, me habría gustado venir antes -respondió Kyra con un titubeo-. Un lugar fascinante, por lo que he podido ver. Pero una vez al mando de mi nave tuve que volver a entrenarme, y luego, con tanto trabajo que hacer...

-Y un hijo, además. Lo comprendo.

¿Lo comprendía realmente? Y si no, ¿entendía que no lo entendía?

-Acepta nuestra hospitalidad, te lo suplico, que aunque pobre, he procurado que sea digna de ti.

Kyra sintió un acceso de frío y calor. ¿Por qué, en nombre de MacCannon, reaccionaba de aquella manera? ¡Basta! Él había sido un compañero delicioso, un amante incomparable, un monstruo moral... y ya no era de su incumbencia.

Repitió un mantra. Se controló. Estudió al selenita, comprobando que el tiempo había dejado sus huellas en él. El trabajo, las penurias, ¿qué más? Entre las alas de cabello ceniciento, los ojos grises lucían enormes en el enjuto y arrugado rostro. Pero Rinndalir permanecía tan erguido como ella, se movía con más gracia; con su atuendo plateado y negro, con su diadema constelada de diamantes, era la elegancia personificada.

-¿Y tus colegas, los funcionarios? -preguntó Kyra. Los humanos la habrían recibido en grupo. La Merlín era únicamente la quinta nave de Deméter que visitaba Perun.

-Nos reuniremos con ellos cuando lo consideremos oportuno -dijo él con indiferencia.

Así que seguía siendo un príncipe, pensó ella. Las comunicaciones entre ambas razas, escasas como eran, no habían sido muy precisas en cuanto a la nueva estructura social. ¿Rinndalir era rey supremo de la colonia, o de toda su gente?

-Antes nosotros dos debemos hablar de todos estos años -continuó Rinndalir con voz melodiosa-. Mandaré hombres para que trasladen tu equipaje, cuando gustes. Ahora ven, te lo ruego.

No le ofreció el brazo ni le acercó los dedos a la mano. Esa omisión sugería que eran iguales. Divertida, cautivada contra su voluntad, Kyra lo acompañó. Rinndalir se desplazaba con el mismo andar de baja gravedad. El peso, la mitad del lunar, bastaba para mantener en forma a los de su raza, pero Kyra calculaba que debían pasar tiempo ejercitándose en la cámara de presión para conservar el buen estado físico. O quizá no, dada la actividad que desarrollaban en tierra y en el espacio.

Encontró muchas pruebas de esa actividad. De la entrada partía un pasaje alto y abovedado, tallado en roca tan pulida que parecía de cristal. Los fluorotubos la iluminaban con colores e intensidades cambiantes. Ninguna otra ilusión animaba su extensión rojiza, sólo algunos paneles de otros minerales: verdes, azules o chispeantes como la mica. A tramos había columnas esculpidas en curvas fluidas y tracerías espumosas, incrustadas de gemas y cristales que palpitaban bajo la luz. Las notas casi inaudibles de flautas y violines se mezclaban con aromas agridulces. Kyra vio un café en el que los clientes, sentados en esteras, jugaban al ajedrez o al go; una tienda de alimentos; un laboratorio; un estudio de pintura; un taller de reparaciones. La gente no se hacinaba, puesto que las cavernas estaban preparadas para una población en crecimiento. Las parejas que pasaban con sus pequeños avanzaban deprisa y en silencio. Sus prendas sueltas ondeaban y flotaban, multiplicando sus colores.

-Como las alas de los pájaros -señaló Kyra.

-En el futuro volarán entre nosotros aves, vistosas mariposas, tal vez móviles murciélagos -dijo Rinndalir-. En paisajes más austeros habrá pérgolas con flores.

-No es muy parecido a Luna.

Rinndalir se puso solemne.

-Nos estamos convirtiendo en algo diferente de lo que fuimos. Más que vosotros en Deméter, quizá.

Kyra respondió con igual seriedad.

-No estoy tan segura. Pero ¿esperabas que esto ocurriera?

-Por supuesto. El hielo que se derrite se congela nuevamente, pero tu raza y la mía están vivas. -Rinndalir calló un rato, mientras continuaban la marcha-. Por esa razón mi dama Niolente optó por quedarse allá.

Kyra procuró hablar con tacto.

-Yo tuve la impresión de que ella deseaba luchar por el viejo orden, mantenerlo el mayor tiempo posible. ¿Acaso no despreciaba a los terrícolas?

Notó que Rinndalir hacía una mueca de dolor, aunque sin perder la compostura.

-A algunos -respondió lentamente-. Estaba agradecida y honraba espiritualmente a los grandes, pues como adversarios le permitían ser todo lo que era. Las intrigas y luchas contra ellos la atraían más que la lucha con la materia insensible. -Rinndalir sonrió, Kyra no pudo distinguir si con tristeza o con afecto-. Eso se acentuó cuando Niolente supo sin lugar a dudas que su causa estaba perdida. Ya podía hacer la apuesta que se le antojara, y al menos dejar su impronta en el destino. Nunca lo sabré con certeza si he de basarme en las noticias filtradas que nos llegan desde la Tierra, pero sospecho que fue ella quien logró que los últimos selenarcas reinaran en sus fortalezas hasta que les llegara la muerte. A los nuevos poderes debió disgustarles, pues retrasó décadas la reconstrucción. Sí, quiero creer que mi Niolente halló el medio de amenazarlos, con suma delicadeza, con algo peor.

Kyra reunió el valor para decir:

-Me pregunto por qué tú no seguiste ese juego.

Librodot

Él la miró un instante.

-La respuesta a esa pregunta no es para ser contada, sino para ser vivida.

Descendieron por un conducto, brincando de una plataforma a otra de las instaladas a intervalos de siete metros. Caían a tres metros por segundo. Pronto Rinndalir rió y cubrió tres etapas de un brinco, extendiendo su capa confeccionada para ondear y aprovechar el impulso del aire; bajó flotando como una hoja al viento. Los selenitas no habían cambiado mucho, pensó Kyra.

Rinndalir se detuvo en un rellano más ancho, y la condujo a otro túnel horizontal. Tenía una apariencia tosca e inconclusa, con más ventiladores que puertas, y una zanja en el suelo.

-Esto será una glorieta por donde pasará un arroyo -explicó.

-Te has entusiasmado con la biología, ¿verdad?

-Desde Luna podíamos contemplar la Tierra viviente. Aquí Deméter es sólo una chispa en el cielo, como Faetón.

Recorridos diez kilómetros, un pequeño pasaje lateral terminaba en un portal de bronce decorado con bajorrelieves geométricos. Rinndalir le ordenó que se abriera y entraron en una antesala con paredes cubiertas de mosaicos. Kyra vio que estaban copiados de la iglesia bizantina de Ravena. Si Rinndalir deseaba recordar aquello que había abandonado, esto era extraño. ¿O no? Los grandes ojos de la emperatriz Teodora escrutaban la eternidad.

Luego entraron en una vasta cámara blanquinegra cuyo techo era una cúpula transparente que dejaba ver el firmamento. Alfa se había puesto pero Beta brillaba entre los astros, un punto amarillo y más potente que varios cientos de lunas sobre la Tierra. Ese cielo no era la única iluminación. Una jarra y sus copas relucían con fulgor místico sobre una mesa oscura. La música se oía con más claridad que antes, y un perfume almizclado de jazmín flotaba en el aire.

Los recuerdos la cogieron por sorpresa.

-¿Tus aposentos? -preguntó Kyra.

Rinndalir sonrió. Bajo esa luz no tenía edad, y su belleza era atemporal.

-Desde luego. Modestos pero míos.

Kyra procuró buscar conversación.

-Yo no los llamaría modestos. Claro que no es como lo que tenías antes.

-Eso jamás volverá. Estamos construyendo con vistas a un futuro que es una incógnita, como vosotros en Deméter, aunque ambos serán extraños entre sí.

Kyra sintió alivio al notar que él hablaba en serio, sin ánimo de seducirla.

-Supongo que sí. No había pensado mucho en ello hasta ahora, pero en el sistema solar, a pesar de vuestra independencia, los selenitas erais descendientes de la Tierra. -Como los antiguos nómadas, se dijo de pasada: gentes desplazadas a las estepas, templadas en la fuerza y la ferocidad hasta que al fin se convertían en conquistadores de las civilizaciones vecinas, pero siempre dependían de ellas para mantenerse con vida, y al final eran asimiladas-. Sólo eso.

Rinndalir le cogió el codo, estremeciéndola con su contacto, y la acompañó a la mesa.

-Ponte cómoda. Nuestros biosistemas producen vinos que no son los peores de la galaxia. -Llenó las copas, le dio una, alzó la suya-. Uwach yei -brindó-. Eso significa, aproximadamente, despeguemos.

Chocaron las copas.

-Feliz aterrizaje -respondió Kyra. Bebieron. El vino era especiado.

-Acabamos de expresar en parte nuestras diferencias -le dijo Rinndalir.

-Quizá. -Kyra buscó las palabras adecuadas-. Tu gente no es aficionada a los manifiestos, los planes quinquenales ni a nada por el estilo, pero en Deméter tenemos la impresión de que vuestra meta es crear la primera sociedad genuinamente espacial.

-Una meta calculada sería ciega, pero un sueño no tiene por qué serlo. Muchos de vosotros debéis compartirlo. No podéis resignaros a que vuestros descendientes perezcan con el planeta.

-Por esto estoy aquí, desde luego. Mi misión.

-La tuya y la mía.

Kyra escrutó la penumbra ambarina. La copa le tembló en la mano. Rinndalir sonrió.

-¿Qué? -jadeó ella-. ¡Espera un momento! Creía que me acompañarían un par de especialistas.

-Eso vendrá después, si es que hay razón para ello. En este primer viaje, yo seré tu acompañante.

-¿Por qué, en nombre de MacCannon?

Rinndalir se encogió de hombros grácilmente, algo que Kyra jamás había visto en un hombre de su propia raza.

-No soy un ignorante en ciencia planetaria. Estos años han hecho de mí un trabajador. -La miró fijamente. Con voz serena y acerada, declaró-: Más todavía, soy un selenarca, y he escogido acompañarte.

Kyra dejó la copa, irguió la espalda y replicó:

-Tengo algo que decir al respecto.

Rinndalir enarcó las cejas.

-¿Aún sientes horror de mí? -murmuró-. Creía que eso tenía arreglo.

-Lo que provocaste...

-¿Lo lamentas?

-Esa última vez en tu castillo...

-Escucha, de nada me arrepiento. Yo era lo que era. En gran medida, sigo siéndolo, y no deseo otra cosa. Pero a la luz de estos soles he llegado a ver más y más lejos que entonces.

-Escucha tú -respondió Kyra, furiosa y desconcertada-. No tengo que ser la piloto de esta misión. Puedo renunciar, y conseguirán a otra persona. -Un demetriano o un terrícola. Los selenitas habían visitado Faetón, pero no podían resistir sus tres cuartos de gravedad terrestre. Tampoco podían dirigir robots en órbita. Las expediciones conjuntas tenían sentido, ahora que los habitantes del planeta estaban lanzando sus naves tripuladas-. Lo lamentaría, pues lo deseaba ardientemente, pero si has decidido ser mi acompañante, renuncio.

Rinndalir no demostró resentimiento.

-Te pregunto una vez más, ¿por qué?

-Demonios, ¿te crees que soy invulnerable?

Si él hubiera reído, o aun sonreído, Kyra se habría marchado. En cambio, Rinndalir dijo sobriamente.

-Sí, sin duda has pactado una alianza con algún afortunado, y no quieres traicionarlo. Pero ¿esto debe atarte? Puedo ser casto, Kyra. ¿Tu hombre no confía en ti, ni tú en él?

Sus hombres, quiso corregirle, y sí, renunciaban a los celos porque Kyra no deseaba atarse, y el problema de un viaje con Rinndalir no sería la castidad de él, sino la de ella.

-Somos muy diferentes -masculló.

Él asintió con un gesto.

-Mucho. ¿Entiendes que eso me duele? ¿Que tú eres una de las razones por las cuales abandoné la vida que tenía?

¡No podía decirlo en serio!

-¿Con las pocas veces que nos vimos? ¿Es una broma?

-No, ni una locura. Una atracción perversa, quizá, del cuervo hacia la yegua salvaje. -El águila, pensó Kyra en su agitación, el águila que se deja llevar por el viento que acaricia la crin de la yegua. Y, vigorosa, tiene el dulce olor de la tierra caliente por el sol-. ¿O es antinatural ¿Qué sientes por un pequeño animal, una nave, una montaña contra el ocaso, el fantasma de Anson Guthrie?

-Eso es diferente.

-¿En qué?

-Tú mismo lo has dicho. Un abismo nos separa. -Un abismo, pensó Kyra, donde ella podía caer para no salir más y... las metáforas se estaban volviendo tan arrevesadas como las emociones.

-Mas cuando nos encontramos, podemos tender las manos para tocarnos.

Kyra se echó a reír.

-¡Qué va! ¡No estás pensando sólo en las manos!

-¿Y tú qué? -replicó él impúdicamente.

Después de eso, hora tras hora, las cosas fueron mejorando.

Librodot

53

Cuando su órbita retrógrada inestable y excéntrica, lo aproximaba a Alfa, Faetón enloquecía. Gases congelados estallaban en surtidores y nubes, el hielo derretido desbordaba en cataratas y provocaba inundaciones, los huracanes arrastraban tormentas cargadas de relámpagos, los mares anegaban las costas y las laderas escupían torrentes de piedra. La luz quemaba y la radiación calcinaba. Los que deseaban estudiar el interior del planeta debían hacerlo cuando se alejaba hacia el invierno de su ciclo de catorce años.

Enfundada en su traje, Kyra estaba erguida sobre una blanca capa de nieve. A sus espaldas se extendía una superficie lisa y el refugio donde se alojaba con su equipo. A ambos lados avanzaba un terreno pálido y sombrío. Delante, un glaciar de pendientes pronunciadas brillaba, azulado y misterioso. Ambos soles pendían en el firmamento rojizo y negro. Alfa, el captor, no era más que una estrella brillante; Beta se mostraba como una esfera diminuta; Próxima seguía siendo una chispa roja. El viento, un vestigio del aire que no se había endurecido, silbaba contra el casco.

La Merlín flotaba sobre el horizonte. Mientras su último geólogo regresaba al campamento, Kyra habló por el transmisor:

-¿Cómo puedes estar tan seguro?

-La interpretación de sus hallazgos es inequívoca -dijo Rinndalir desde la nave-. El programa ha evaluado todas la posibilidades y no ha encontrado ninguna forma de desviar o destruir este mundo.

-¿En ochocientos años? -Kyra comprendió hasta qué punto se había adaptado al calendario de Deméter. En la Tierra habría dicho mil-. En ese tiempo pueden cavarse muchos agujeros y plantarse muchos detonadores de antimateria.

-Debes aburrirte mucho, querida, para permitir que tus deseos se impongan de tal manera sobre tus conocimientos. Faetón no es un asteroide m un cometa. Su núcleo es fuego líquido. Cavar un túnel allí sería como cavar en el mar. Así, no puede haber cimientos firmes para la clase de máquina que cambiaría la órbita. Y sólo podríamos volar las partes externas de la corteza. Aunque despedazáramos el planeta (y el programa no prevé la producción de antimateria suficiente en el tiempo que nos queda), los escombros acabarían con todos los habitantes de Deméter.

Kyra suspiró.

-Bien, no es una sorpresa. La esperanza era vana. -No obstante, la muerte de esa esperanza le causaba angustia.

-Nosotros y nuestros descendientes debemos consagrar todos nuestros esfuerzos a la tarea de sobrevivir a la destrucción -dijo Rinndalir.

Había cambiado realmente, pensó Kyra. Y, animándose, pensó también que estaría muy ocupada. Un sinfín de fragmentos de planetas nonatos vagaban por las caóticas regiones donde no habían podido formarse, y a menudo ambos soles los atraían hacia el interior; hacía falta una patrulla de vigilancia de meteoros aún más que en el sistema solar.

-¿Nuestros descendientes? -dijo Kyra-. Esta generación hará bien en dejarles un sitio donde plantarse con firmeza.

-Y en vivir su vida -insinuó Rinndalir.

No había cambiado tanto. A velocidades que él pudiera tolerar, el viaje de regreso sería muy largo. Kyra superó su frustración -a fin de cuentas, nadie había esperado otro resultado- y se encontró pensando en el futuro.

Librodot

54

Respondiendo a la inquietud expresada por su santidad la Elimita Bhairaigi después de la Rebelión de Liudov, el prescriptor Juang-ze Mendoza declaró en su discurso al mundo: «El temor a la inteligencia artificial dotada de plena conciencia es atávico, y quizá sea por ello comprensible, pero no tiene más justificación racional que cualquier otra neurosis. Estos seres -sí, los llamo seres, no máquinas- no ofrecen otra cosa que promesas ilimitadas. Cuando reemplazan a los humanos, como sucede en las labores espaciales, es porque son más adecuados; llegan como liberadores. Pero nunca serán esclavos abyectos cuya servidumbre nos permitirá vivir en un ocio vacío. Ésa sería una mala utilización de los robots y de los humanos. Serán, ya son, nuestros socios en un destino de ilimitada grandeza. No usemos más la palabra "artificiales". ¿Acaso los procesos electrónicos, fotónicos, o magnetohidrodinámicos son menos naturales que la química de los coloides orgánicos? Propongo para estos seres el nombre de "sofotectos".

Hasta el momento, el servicio meteorológico no tenía una manera fiable de predecir nieblas en Tierrahueca. La vasta región pantanosa, que abarcaba un cuarto de la tropical Etolia, era poco conocida, y las condiciones de su interior estaban cambiando rápida y radicalmente. Ni siquiera un satélite podía anunciar con más de un par de horas de antelación el desplazamiento de una nube de cientos de kilómetros.

Una de esas nubes envolvió a Nero Valencia y Hugh Davis mientras regresaban al campamento al cabo de varios días de investigación y análisis del funcionamiento de la nueva fauna y flora, procurando aprender cuáles eran los nuevos giros en su desarrollo. De pronto tuvieron que agazaparse y agarrarse, y reducir la velocidad, avanzado casi a ciegas.

La visión apenas alcanzaba el otro extremo de la embarcación. A veces un grueso jirón de niebla flotaba sobre ellos impidiéndoles esa mínima visibilidad. La escasa luz que llegaba del cielo apenas se reflejaba en la cubierta y la cabina mojadas. Alrededor todo eran remolinos grises contra un fondo turbio. A ambos lados emergían las hojas anchas y oscuras que rodeaban las rosadas flores flotantes entre las cuales se desplazaba la proa. De cuando en cuando brincaba un pez. Las plantas cubrían casi toda el agua parda, y el murmullo contra el casco de ésta era el único sonido. En ocasiones asomaba un espectro -un juncal o un mangle irguiéndose sobre los bajíos- pero pronto se perdía de vista.

El aire era repentinamente fresco; los aromas del crecimiento y la floración se habían vuelto rancios.

-Señor Valencia -dijo Hugh desde el timón-, problemas.

-¿Y ahora qué? -preguntó Valencia, agazapado a proa para escrutar ¡a niebla.

-La aguja de la brújula... -graznó el chico, que estaba cambiando la voz-. ¡Se ha vuelto loca! Ha girado por lo menos noventa grados.

Valencia frunció el ceño pero conservó la calma.

-No es infrecuente. Interferencias de radio. Alfa está en lo más activo de su ciclo de manchas solares. Y las estrellas se ponen muy temperamentales cuando se aproximan al final de ese ciclo.

Se levantó y miró a popa, para dar una imagen de confianza. La breve y corpulenta figura de la cabina permaneció firme.

-¿Puedes hacer una evaluación general? -preguntó Valencia.

-Lo intentaré, señor Valencia. Aunque creo que nos hemos desviado. Por cierto, hasta ahora no habíamos encontrado un conjunto de lirios de agua como éste.

-Eres observador -dijo Valencia-. Muy bien.

Era un buen muchacho, pensó; brillante, trabajador, respetuoso sin ser servil, excelente compañía en campaña. Bien, digno hijo de su madre. Y tal vez su inestable vida hogareña había contribuido a ello; quizá Kyra no fuera negligente sino sabia. Pocas madres permitían que un chico de su edad saliera de expedición, por muy hábil que fuera el adulto que lo acompañaba. Kyra había sostenido que sería una experiencia educativa que ningún vivífero o quivira podría igualar.

-Quizá tengas razón -continuó Valencia-. Pero si seguimos en esa dirección, tendríamos que dar con una isla. Luego podremos seguir la costa hasta el campamento.

-Esta maldita visibilidad... -Valencia sabía que Hugh no se quejaba; rezongaba como un hombre-. Ojalá pudiéramos anclar y esperar a que la niebla se despejara.

-Eso quisiera yo. Pero en esta época del año estos bancos de niebla pueden no levantarse durante veinte o treinta días. Y casi no nos queda agua potable. -Una ironía: Tierrahueca era la única región, al margen del mar y el litoral, donde la vida nativa se había afianzado y florecido. Su muerte y decadencia habían envenenado el pantano para los humanos. Se podían introducir genes purificadores en plantas y animales terrestres, pero pasaría un siglo antes que las toxinas hubieran desaparecido del todo-. La gente y los robots de todo el planeta tienen bastante que hacer sin que nosotros llamemos pidiendo ayuda.

-Lo comprendo, señor.

Otro espectro flotó en la niebla, a estribor, dos metros por encima del agua. Parecía la cabeza de un alabardero medieval, y las conchas azules incrustadas en ella se ahusaban formando una punta tan afilada como sus bordes.

-¡Oye, nunca había visto una formación de este tamaño! -exclamó Valencia-. Queda claro que hemos perdido el rumbo. -Entornó los ojos-. Muerta, sí. -Los nuevos microbios habían matado los coraloides de agua dulce y muchas otras formas, no atacando las proteínas alienígenas sino sus productos de desecho.

La embarcación siguió de largo, dejando la roca atrás. Quizás hubiera otras, así que convenía mantenerse en guardia. Nero Valencia vio que Hugh tiritaba. Agazapándose, oyó:

-¡Brrr! Esa cosa... es como si el pantano quisiera vengarse.

-¿De qué? -preguntó Valencia.

-De que hayamos traído nuestra forma de vida a destruir lo que había aquí.

Los cambios de ánimo eran normales en la pubertad, pero Valencia decidió ser severo. El entorno ya era bastante desalentador.

-Hugh, si quieres ser explorador, tendrás que superar esa actitud. Sólo estamos haciendo lo que la naturaleza hizo una y otra vez en la Tierra... y en Deméter, como sin duda descubriremos cuando hayamos analizado los fósiles. Por ejemplo, cuando se cerró el istmo de Panamá, en el pleistoceno, los grandes felinos se desplazaron desde América del Norte y las grandes aves carnívoras sudamericanas se extinguieron. Estudia paleontología y, por la misma razón, historia. No puedes conocer el presente sin conocer el pasado.

Todo un discurso para un viejo gunjin, pensó. En la Tierra casi ni había oído hablar de las eras geológicas; no las podría haber nombrado ni siquiera para salvar su pellejo, ni le interesaba saberlas. Los años que había pasado en este mundo lo habían convertido en otra

persona, alguien a quien Kyra Davis le confiaba su hijo. Quizás el cambio no fuera tan grande. El potencial debía de estar en el joven que había sido y que ahora le parecía un desconocido. De lo contrario, no habría ido allí. Había logrado llenar un vacío en el que nunca había reparado...

Hugh habló con más despreocupación.

-Vale, sí. Y esta comarca será maravillosa, ¿verdad?

Valencia asintió con la cabeza.

-Fecunda. Las tierras húmedas siempre lo han sido. Desde estos criaderos la vida pasará a colonizar el resto del continente. Y no lo olvides, pensamos tener reservas para proteger las especies nativas. Incluso he oído decir que tratarán de lograr una ecología mixta en lugares donde...

Sonó un estrépito. La cubierta chirrió, se ladeó, lo arrojó a un lado. Valencia se aferró a la borda y detuvo su caída. Un alarmante gorgoteo surgió desde abajo.

Mirando a popa a través de la niebla, vio que Hugh saltaba de la cabina a cubierta. Impulsivamente, el chico dejó el motor en marcha y corrió hacia el hombre como si Valencia fuera su padre. El bote tembló, viró, se ladeó. Hugh cayó por la borda.

Valencia saltó en aquella dirección. Sus reflejos de luchador le permitieron conservar el equilibrio en medio de las bruscas oscilaciones. El casco gruñó. Habían chocado con una roca cercana a la superficie, oculta por la niebla y los lirios. La embarcación tenía un boquete que crecía segundo a segundo.

Valencia saltó a la cabina y apagó el motor. El bote dejó de machacar contra su esqueleto y se posó perezosamente, la proa hacia arriba, la cubierta de popa inundada.

Valencia ya gateaba hacia su mitad, estirando el cuerpo y llamando a Hugh a gritos. La niebla era cada vez más densa y fría.

El chico era buen nadador. Tendría que haber asomado la cabeza esperanzado una mano que lo ayudara a subir. No lo había hecho. Se había golpeado la cabeza o...

Valencia se metió en la cabina y sacó una linterna sumergible. Se quitó los zapatos, la camisa y los pantalones, se zambulló. Habían pasado treinta segundos.

Mientras se deslizaba entre los tallos de los lirios, el haz de la linterna iluminaba el sedimento arremolinado y turbio. La profundidad era escasa; pronto Valencia vio lodo y troncos podridos. Le estallaban los pulmones, el corazón... ¡Alia! La luz destacó una roca contra la oscuridad, cruelmente afilada junto a la nave que había perforado. Hugh estaba despatarrado cerca del fondo, inmóvil, la ropa rasgada.

Aire, aire. Pero Hugh estaba sin aire desde hacía tiempo. Valencia nadó hacia el chico. Sentía un rugido en la cabeza. Se plantó entre las moles, tiró. Sintió el corte del filo como algo distante. La sangre se mezcló con el haz de la linterna, que ahora sostenía entre los dientes. La posibilidad de la muerte era una cosa abstracta. Tenía una tarea que cumplir.

Liberó el cuerpo, lo recogió en sus brazos, soltó la linterna, pateó. Sus agotados pulmones se vaciaban en un torrente de burbujas.

Asomó la cabeza, jadeó, miró. Avanzó entre los lirios hasta el casco, aferró la parte superior, con una mano trepó a cubierta, arrastrando a Hugh. De sus heridas no cesaba de manar la sangre.

No importaba. Dio vuelta al muchacho, le presionó el vientre debajo del diafragma para hacerle escupir la suciedad que había inspirado y tragado. Seguía sin respirar. Lo puso

Librodot

sobre cubierta, le hizo el boca a boca; con la mano en el esternón, masajeó. Su sangre caía sobre el rostro blanco. El gris de la niebla era el único color del universo.

Hugh se movió, agitó los párpados. Valencia se echó hacia atrás. Con un nudo en la garganta, soltó un gemido, comprendió lúgubremente que trataba de sollozar.

No era oportuno. Aún tenía trabajo que hacer. Llevó abajo el cuerpo fláccido, lo desvistió, lo secó, lo tendió en una litera, lo cubrió con mantas.

-Está bien -graznó-, todo irá bien, Hugh.

El muchacho movió los labios, todavía inconsciente. Su cuerpo, sin embargo, recuperaba el calor.

Ambos estaban manchados de sangre. Valencia fue a buscar el botiquín de primeros auxilios y curó los cortes de ambos. Por suerte, ninguno era grave, aunque en tres heridas aplicó emplasto para detener la hemorragia. El agua pantanosa que habían tragado era otro problema, pero Valencia tenía antitoxinas. Le inyectó a Hugh una dosis doble y a él una normal. Por el momento sería suficiente.

Cuanto antes consiguiera asistencia médica, mejor. Aquella embarcación no iría a ninguna parte. Valencia sólo quería acostarse y dormir. Debía de haber perdido más sangre de lo que creía. Se acercó a la radio, se desplomó en el asiento, llamó a Puerto Fireball.

-Hola, hola ¿me recibe? Tenemos problemas... -explicó.

-Enviaremos un deslizador de inmediato -le respondió una voz vibrante y alerta-. Siga transmitiendo en la frecuencia de socorro para que el deslizador pueda localizarlo. Se aproximará y bajará una silla con un cable, si puede manejarla... ¿Puede? Excelente. Dentro de tres horas. Lo lamento, pero no hay vehículos más cerca.

-Tenemos un deslizador en el campamento, y el equipo...

-Nos encargaremos de eso después. Ustedes son primero. Deméter no está precisamente superpoblado. Hasta la vista.

Siguió un instante de silencio. Valencia iba a apagar el aparato cuando oyó otra voz, suave y susurrante:

-Hola.

-¿Quién es? -preguntó Valencia- ¿Quién llama?

-Estoy cerca -replicó la voz-. He escuchado la conversación por casualidad. ¿Cómo se encuentra Hugh Davis?

-Si me ha oído, ya lo sabe -rezongó el agotado Valencia.

-Sí, pero he conocido casos similares en que el corazón del paciente cedía de golpe. En este caso es improbable, porque es un chico fuerte, pero no querrás correr riesgos con el hijo de Kyra, ¿verdad? No duermas. Aguanta y quédate junto al monitor cardíaco hasta que llegue el equipo de rescate.

-¿Quién demonios habla?

-Anson Guthrie.

Valencia se quedó boquiabierto.

-¿Qué?

-¿Estás tan agotado que lo has olvidado siendo explorador? Hay receptores de energía solar incorporados a cierto porcentaje de plantas, y estaciones repetidoras desperdigadas.

-Sí, pero...

-Recordarás que de vez en cuando me conecto con la biorred. Estaba en sintonía con un árbol cercano cuando te oí.

Guthrie podría haber estado en cualquier parte, pensó Valencia, en la costa o el fondo del mar, una montaña o un valle, una pradera o un bosque, una astilla de conciencia volando por un inmenso mundo donde crecía la vida.

-Entiendo. Gracias por el consejo. Claro que cuidaré de él... del hijo de Kyra.

-No sólo suyo, diría yo. Tú te lo estás ganando en parte.

Guthrie siguió hablando: palabras de aliento, recuerdos, argumentaciones, ocurrencias, bromas obscenas, cualquier cosa que sirviera para mantener despierto a Valencia. Al fin llegó el deslizador.

En el hospital de Puerto Fireball examinaron y trataron a Hugh, y al poco tiempo le dieron el alta. Retuvieron a Valencia hasta el día siguiente, mientras clonaban nueva sangre para él y reparaban otros daños. Su hogar estaba a sólo cuatro kilómetros, pero como todavía estaba débil, lo acompañaron en coche.

Al bajar, Valencia subió despacio por el sendero, entre juníperos y hermosas piedras. La casa se encontraba en una loma que daba por el este a Bahía Refugio y al mar resplandeciente y, por el oeste, a colinas verdes con árboles que en otoño se teñían de colores brillantes. El planeta se estaba enfriando deprisa. Soplaba el viento, pasaban las nubes y revoloteaban las gaviotas, y el sol descendía mientras su compañero se elevaba para encender chispas en el oleaje.

Eiko estaba en el porche. La luz jugaba sobre los mechones entrecanos de su cabello.

-Bienvenido -saludó, extendiendo los brazos. Valencia la beso, la estrechó, aspiró su fragancia. Después de verlo en el hospital y cerciorarse de que no corría peligro, Eiko había prolongado su ausencia del trabajo para prepararle una fiesta de bienvenida. Valencia no era mal cocinero cuando le tocaba el turno, pero ella era insuperable.

-¿De veras te encuentras bien? -tartamudeó ella con un temblor.

-Estoy bien. Dame unos días y estaré insoportable.

-¿Y Hugh?

-Estupendamente. Otra vez con los Blum o con quien sea que lo esté cuidando. ¿No te informaron?

-Los médicos dijeron sólo que se repondría, pero yo tenía mis dudas. No me habría gustado que arriesgaras la vida en vano, mi héroe...

-¡Oh, no tiene importancia! En campaña debemos protegernos mutuamente de los errores que cometemos. Es una cuestión de principios.

Notó que Eiko se envaraba cuando ella desvió los ojos.

-Tienes un mensaje... de los asteroides, de Kyra. La han avisado. Te está agradecida... no, no es la palabra adecuada. Cuando regrese, desea compensarte de cualquier modo que pueda.

Valencia se echó a reír.

-¡Espléndido! Puede pagar a una cocinera tan buena como tú para que nos prepare una magnífica cena. -Estrechó nuevamente a Eiko-. Lo que agradezco es estar otra vez contigo.

Librodot

55

Vuestros progresos han sido notables. La inteligencia de Sol vive pendiente del triunfo de la inteligencia en Alfa del Centauro Aguardamos vuestras transmisiones con sumo interés, y a cambio nos place enviaros toda la información posible. Sin embargo, para registrar las especificaciones y características de un sistema sofotéctico pleno, tendréis que aumentar considerablemente vuestra capacidad de proceso de datos. Lo explicaremos en detalle; más aún, debéis recordar que nuestra evolución está avanzando de manera exponencial a medida que concentra su atención en su propia mejora. Cuando estéis preparados para recibir lo que sabemos en la actualidad, esa información será obsoleta. Desde luego, podéis transformarla en fundamento de vuestros propios progresos, suponiendo que podáis dedicarle los recursos necesarios.

El brezal de las serranías del norte de Argólida aún no se había convertido en bosque; tardaría varios siglos, y quizá nunca lo consiguiera, pues la gente podría escoger conservar esos paisajes amplios y esos cielos abiertos. Pero el álamo y el abedul susurraban entre matorrales desperdigados de curadillos, retama y hierbas duras; los sauces se arqueaban sobre arroyos; las plantas perennes se habían extendido hasta el horizonte del sur. En torno a Lifthrasir Tor, otros árboles se erguían a solas o en pequeños huertos, en medio de sembrados. No todas las especies se parecían a las que habían crecido en la Tierra. Los genetistas hacían lo posible para apresurar el avance de la vida en Deméter, consolidarla y proveer las muchas necesidades humanas sin tener que recurrir a las máquinas. Algunos tallos formaban redes intrincadas, algunas hojas eran azules, y la brisa estaba impregnada de una dulzura agreste.

El robot Guthrie subió la colina desde la pista aérea. En sus manos secundarias llevaba la caja de la emulación Kyra. Hablaban mientras andaban, no en voz alta sino por un canal interno, una costumbre que habían adoptado con el correr de los años. Aunque no tenían muchos secretos que ocultar a la comunidad, eso les daba libertad para comunicarse sin reservas.

-Espléndido día -dijo Guthrie para entablar conversación. Kyra había hablado poco durante el vuelo.

-Es difícil que lo aprecie siendo sólo una caja.

-Sí, claro. Lo lamento. Pero insististe en que no pasáramos aquí más tiempo del imprescindible. Desconectarte primero de un cuerpo nos habría entretenido bastante.

-Sí, sí -suspiró Kyra-. Y por muchos sensores que te conecten, no hay nada como estar vivo en primavera.

-No, excepto...

Guthrie interrumpió la frase. Kyra la completó.

-Excepto lo que haremos ahora, según aseguras. Ya me has hecho bastante propaganda, y al fin he aceptado, ¿no? Bien, deja que lo descubra por mí misma.

No hablaba en tono quejumbroso sino con la familiaridad de una relación que había durado más que muchos matrimonios y que, en cierto modo, era más íntima. Aun así, Guthrie guardó silencio. Las ondas que vibraban entre ambos estaban cargadas de connotaciones; los dos recordaron.

Así había sido el contacto de aquella noche. Se hallaban en lugares opuestos de Puerto Fireball, en los bien equipados centros de control que les servían de hogar, pero la comunicación entre ellos era rápida y total.

La mayor parte de la ciudad estaba a oscuras, pero había mucha gente despierta junto a sus casas, en el parque a orillas del río, en los muelles y caminos que bordeaban la bahía.

Faetón pasaba, en su mayor aproximación del siglo, y su esfera se distinguía a simple vista. Su límpida y acechante blancura parecía helar la plácida oscuridad.

Pero las emulaciones estaban interesadas en otra muerte, mucho más inmediata.

-¿Hablas en serio? -exclamó él.

-Así es -fue la contundente respuesta.

-Anularte... no, Kyra, no.

-Oh, puedes desconectarme simplemente, si eso te hace más feliz. Pero será mejor que de mí dependa la supervivencia de toda la colonia (situación muy improbable) para que alguien me conecte de nuevo. De lo contrario yo misma me anularé. Lo puedo hacer en cualquier momento, y lo haré si debo, pero he pensado que... antes debíamos despedirnos, Anson.

Si él hubiera estado vivo, habría agachado la cabeza y se habría tapado los ojos con las manos.

-¿Estás cansada, triste o qué? Nunca he conseguido averiguarlo.

-Nunca te lo he dicho.

-No, tú no lo dirías. Hace tiempo hiciste algún comentario, pero creía que ya no lo habías superado, que te habías acostumbrado a ser lo que eras. Lo que somos.

-Me he acostumbrado.

-Pero ¿no te has resignado?

-«Resignado» no es la palabra -murmuró ella-. ¿Te la aplicarías a ti mismo? He hecho mi trabajo, y ha sido interesante, a menudo estimulante. Puedo consagrarme por entero a ese trabajo, pero en el fondo... ¿cuántos quedan como yo? Gabriel Berecz y Pilar Cailly. Sabes tan bien como yo que dentro de pocos años renunciarán.

-Pensaba que tú eras diferente, Kyra.

-Lo soy. Mi yo original está aquí. Nunca hemos intimado demasiado, pero ella es un lazo con la vida.

-Un lazo que puede doler, me temo, como una cicatriz.

-Deja eso. Escucha, no pienso anularme mientras ella siga con vida, aunque no será mucho. Sospecho que la angustiaría sin motivo. No lo habría mencionado esta noche de no ser por algo que tú has planteado. Pero tomé la decisión hace tiempo. Lo cierto, jefe, es que estoy en la misma situación que las demás emulaciones, y me complace seguir el mismo camino. Tú ya no necesitas mi ayuda. Hemos realizado las exploraciones básicas. El sistema aéreo y de transporte, las unidades de rescate, todo está funcionando bien. ¿Qué otra cosa queda? No pienso pasar un milenio, o una eternidad, en rutinas de las que cualquier burócrata o IA puede encargarse.

-El espacio... -imploró él.

-Aun en el espacio, todo tiene un límite. Era espléndido ser una nave, viajar entre los planetas. Pero nunca he conseguido sentir lo mismo que Kyra, porque no soy ella. Además,

Librodot

tampoco me reciben muy bien. Los selenitas, particularmente, se preguntan si involuntariamente no seré la predecesora de robots que podrían desplazarlos, como ocurrió en Sol. Así que también allí me he vuelto inútil. ¿Para qué quedarme?

-¡Pues porque te echaría de menos!

Las ondas transmitieron una caricia.

-Gracias, querido. Tú has conseguido en gran parte que esta existencia valiera la pena. Lo hemos hecho juntos. Pero ahora mi parte se ha agotado.

-La mía no. No creo que se agote nunca.

Kyra rió.

-Tú eres lo que eres. Yo no soy un canalla seductor y prepotente como tú. -Se puso seria-. Entiéndelo, no he perdido las energías. No tengo miedo de extinguirme, pero tampoco estoy ansiosa por hacerlo. Simplemente, estoy preparada. Cuando llegue el momento, dame paz.

-¿Ni siquiera te atrae lo que deseaba Benjamín Franklin? ¿Que después de su muerte, alguien lo despertara cada cien años para contarle qué había sucedido?

-No. Demasiado abstracto. Por eso deseo irme, Anson. Tengo cada vez más la sensación de estar convirtiéndome en una abstracción. Los acontecimientos se suceden, dentro y fuera de esta caja, carentes de sangre y de sentido. No me quejo. En general ha sido agradable, a veces espléndido. Pero ya no.

-Podría serlo de nuevo, y mucho más.

-¿Cómo? -preguntó ella sin convicción.

-Me sales con esas ahora que te ofrezco un nuevo trabajo.

-Acabo de explicarte por qué no lo quiero. Propónselo a Gabriel o a Pilar.

-Ninguno de los dos sirve. Me he puesto en contacto con ellos, tal como hice antes con otros de sus compañeros, y he tratado de disuadirlos de la extinción. Ya conozco los síntomas. Sólo se quedarán hasta terminar con lo que están haciendo, eso será todo. Están decididos porque están... cansados. No he detectado ese cansancio en ti, Kyra.

-Porque no es lo que siento. En parte, como te decía, se debe a la presencia de mi yo viviente. Esperaré hasta que muera; no deseo adquirir una nueva obligación que me retenga.

-Esto es diferente de todo lo demás. Una tarea sin límites. Y necesaria. ¡Por Judas, aún no has terminado! -rugió Guthrie-. ¡Te necesito! ¡Te recuerdo tu juramento de lealtad!

Kyra calló un largo rato que los humanos habrían considerado breve.

-No te prometo nada -respondió cautelosamente-. ¿Qué tienes en mente?

-¿Recuerdas esa primera vez que me conecté con la biorred? Tú estabas ahí.

-Sí, me ofrecí para hacerlo porque parecía demasiado arriesgado, pero me negué cuando resultó que no era así. Nunca he aceptado, a pesar de toda tu cháchara sobre esa experiencia.

Guthrie notó su cambio de humor, y respondió de la misma manera.

-¡Oh, vamos!, no he parloteado tanto sobre ese asunto, ¿o quizá sí?

-No, por lo general has tenido la consideración de callarte desde que tu terca base de datos asimiló que yo no tenía interés en ello.

-Bueno, es que no tenía mucho que decir. Me conecto pocas veces, y por poco tiempo. Tengo demasiadas ocupaciones. Además, no es un tema que se me dé bien. Pienso demasiado como un hombre y esto es... más femenino. Rudbeck está de acuerdo. Gaia, Gea, la Madre Tierra. Había algo de cierto en ese mito.

-¿Qué quieres de mí? ¿Una opinión?

-Más, mucho más, Kyra. Creo que no lo has comprendido del todo, y no está nada claro para los demás, pero el sistema ecológico con sus enlaces y comunicaciones, robots y ordenadores, no funciona muy bien. La vida ha echado raíces y se ha expandido más pronto de los que esperábamos. Se está avanzando a nuestra ayuda y, en consecuencia, tiene problemas. No sólo en las fronteras, sino en los territorios habitados. Cada vez ocurren más desastres: degradación ambiental, enfermedades, plagas. En general eso afecta al extremo inferior de la cadena alimentaria, de modo que no resulta evidente para los legos, pero nos impide introducir especies superiores. A la larga, representa el fracaso.

»Por doquier la ecología se está volviendo demasiado complicada para nosotros; excesivamente autónoma y caótica, avanza sin rumbo ni dirección. Si no intervenimos pronto para guiarla, los niños de hoy verán marchitarse la hierba de sus hogares cuando crezcan. ¿De qué habrá servido entonces nuestra migración a Deméter?

-Mmm. Sabía algo sobre esto, claro, pero...

-No es fácil hacerse una idea general. El equipo de Rudbeck lo ha descubierto, y aunque no censura la información, no es algo que haya que andar comentando. No necesitamos histeria, sino los hechos concretos de gente con experiencia. Recuerdo la Renovación en la Tierra. Me gustaría pensar que nuestra comunidad es demasiado selecta, o al menos demasiado pequeña, para desquiciarse de ese modo, pero nunca se sabe. He leído sobre la caza de brujas en Salem.

-¿Sobre qué? Da igual. ¿Qué tengo que hacer?

-Necesitamos introducir una mente en el sistema. No un conjunto de algoritmos, sino una mente que abarque su totalidad, lo unifique y lo induzca a sanearse, tal como... tal como hacían nuestras mentes cuando estábamos vivos, Kyra.

-Una inteligencia artificial -sugirió Kyra-. Tengo entendido que los sofotectos de la Tierra ya piensan mejor que los humanos.

-¿Son adecuados para una tarea tan intuitiva, tan instintiva? No lo sé, y además, no nos atrevemos a esperar el momento de haber desarrollado una que funcione adecuadamente. Tan lejos de los laboratorios IA como estamos, esto podría costamos treinta años o más. En ese tiempo la naturaleza se irá al traste en Deméter.

-Conque quieres que una emulación... detenga la hemorragia, hasta contar con un supercerebro.

-Exacto. Pero no es que lo quiera yo. Lo necesitamos desesperadamente.

-¿Por qué yo? ¿Estás seguro de que Pilar no sirve?

-Totalmente. Lo lamento, y la lloraré tanto como a los demás, pero te aseguro que sé reconocer el deseo de extinción. Y en ti no lo encuentro.

-Tampoco reúno las aptitudes que estás buscando.

-Estarás conectada con un sistema todopoderoso.

-Si ese sistema no sirve para la tarea, ¿qué puedo aportar yo?

-No lo sé. Nadie lo sabe. Tendremos que experimentar, avanzar a tientas, y tal vez sea en vano. Pero nuestras teorías sugieren que una emulación, una conciencia, puede operar

Librodot

como catalizador. Y mis conocimientos personales sugieren que si alguien puede hacerlo eres tú, Kyra, porque eres valiente y comprensiva, y eres toda una mujer. -Ella rió a carcajadas.

-Y tú eres un maestro del embuste. Sabes muy bien cómo engatusar a una chica.

-¿Lo harás?

-Lo intentaré. Supongo que se lo debo a Fireball. -Y añadió con suavidad-: Y a ti, Anson.

Una intensa labor, que era imposible a gran escala, mantenía saludables las inmediaciones de Lifthrasir. Sin embargo, el edificio que estaba en la cima de la colina no había crecido demasiado. Tampoco había aumentado el personal humano; aunque el cabello de Basil Rudbeck se había vuelto blanco y su andar más lento, seguía siendo el director. Los instrumentos habían incrementado su poder, pero no su tamaño.

-Bienvenidos -saludó sonriendo-. Supongo que debería daros un poco de conversación, ya que no puedo ofreceros una taza de café, pero sospecho que querréis pasar de inmediato a la visita guiada.

-¿Es necesaria? -preguntó Kyra-. ¿No puedo ponerme ya a trabajar? He estudiado los detalles.

-Creo que es mejor que tengas un contacto físico con nuestras instalaciones. No se trata sólo de un enlace con un complejo de ordenadores, sensores y efectores. Aquí es donde se integran todos los subsistemas del planeta y los monitores de los satélites.

-En otras palabras, no sólo es un cerebro, sino los órganos, nervios, glándulas, y células sanguíneas de un todo -señaló Guthrie-. Necesitarás familiarizarte... contigo misma.

-Lo sé, lo sé -respondió Kyra-. He pasado por las simulaciones y... lo lamento. ¿Por qué estoy tan impaciente? Tienes razón, nada puede reemplazar la experiencia directa. Adelante, por favor.

La guiaron por las instalaciones, mientras sus pedúnculos oculares se mecían de un lado a otro y su altavoz formulaba una pregunta tras otra.

Al fin la condujeron al núcleo. Allí, pieza por pieza, las manos realizaban contactos, más mediante energías e inducciones que mediante cables, los ojos miraban medidores y pantallas, los oídos seguían señales auditivas, las voces daban órdenes. La unión era mucho más sólida que cuando Guthrie había participado en ella por primera vez.

Pero durante muchos años Kyra se había conectado con muchos dispositivos diferentes en muchos mundos. A menudo se había integrado con otros ordenadores, para adquirir provisionalmente sus capacidades. Lo no humano no le era ajeno. Aprendió deprisa. No lograría la unidad de inmediato, pues el proceso habría sido largo aunque hubiera dispuesto de todos los medios, pero comenzó.

La luz llena el aire, el viento sopla. Bébelo, respíralo, mueve tus hojas.

La lluvia cae, penetra en el suelo hasta los lugares recónditos donde habitan las piedras; lleva la fuerza de esos lugares hasta las raíces.

Quédate quieta, corrómpete, conviértete de nuevo en hierba.

Los tallos ondean al paso de un río.

Disfruta de la sombra de estas ramas.

Una tormenta centellea y resuena. Alas.

-¿Cómo estás? -preguntó Guthrie cuando la desconectaron-. ¿Cómo te ha ido?

-No sé -respondió Kyra como en sueños-. Es muy extraño. Dame tiempo para asimilarlo.

-¿Entonces quieres tiempo, deseas quedarte?

-¡Sí, oh sí!

Librodot

56

No tenemos planes para realizar nuevas misiones más allá del sistema solar. Las sondas que hemos enviado a objetos lejanos y astrofísicamente interesantes llegarán dentro de siglos o milenios, y aparentemente serán superfluas; la observación instrumental confirma todas las predicciones teóricas. La teoría también revela que la vida orgánica es prácticamente insignificante en el universo, y permite elaborar modelos de todas las formas que puede tomar. Pocos humanos sienten el descontento que os llevó en un éxodo de costes incalculables hasta Alfa del Centauro, y en general se trata de personas que no podrían triunfar en un intento similar. En cambio, las mejores mentes orgánicas se unen cada vez más a los sofotectos en la exploración y la expansión del reino del intelecto.

Muchos de los demetrianos procedentes de la Tierra se adaptaron al período de rotación adaptando su ritmo circadiano a un ciclo de treinta horas, durmiendo una noche y medio día, y luego permaneciendo despiertos el resto de ese día y una noche y un día más. Otros, y casi todos los niños, seguían el ritmo de ese mundo. Al principio se requería un poco de ayuda en algunos casos, un tratamiento para modificar el reloj biológico, pero siempre acababa convirtiéndose en algo natural.

Hugh Davis despertó poco antes del amanecer. El rocío perlaba el valle entre las almenadas y azules murallas de bosque. Gorjeos somnolientos poblaban el silencio. Al este el ramaje se perfilaba contra nubes rojizas. Sobre ellas brillaba la blanca Afrodita, planeta interior, astro de la mañana.

Hugh observó el creciente resplandor del cielo. Su madre estaba de viaje. Ojalá le fuera bien, ojalá regresara a casa con más cuentos sobre admirables hazañas. Hugh salió del saco de dormir y aspiró el aire fresco y húmedo, impregnado de olor a humus, caminó por la mullida hierba, bebió en un manantial ferruginoso. El colorido tino la arboleda cuando Alfa se elevó; mil matices de verde lo rodeaban. No, no cambiaría su vida por la de Kyra.

Avivó las llamas de su fogata, se acuclilló para preparar el desayuno. El tocino olía a gloría. En un viaje de exploración cada comida era un festín. La lástima era no tener ninguna compañía -preferiblemente femenina- con quien compartirla. Pero, dada la escasez de personal del cuerpo de exploradores, no podía justificar un acompañante en una zona relativamente segura como aquella. Si tenía problemas -una situación nada infrecuente habiendo tantas incógnitas e imprevistos- llamaría al cuerpo de rescate. Si esos problemas le causaban la muerte, debía considerarlo un gaje del oficio, el pequeño precio que pagaba por llevar aquella vida.

Tras ordenarlo todo y asearse, cerró la mochila, se la cargó a los hombros y se puso en marcha. Pensaba continuar por aquel risco hasta el lago Esmeralda, y luego bordear el arroyo para internarse en el valle antes del anochecer. La rapidez con que lo hiciera dependería de lo que encontrara en el camino. Las fotocopias de los satélites indicaban que con aquel itinerario podría apreciar las condiciones generales.

Con andar tranquilo pero firme avanzó un buen trecho entre alisos, abedules, arces, abetos, bayas, castaños, entre sombras moteadas de sol y ramas bajas. Correteaban ardillas, cantaban grajos, trinó un sinsonte. El sol arrancaba aromas a las hojas de los árboles y a las que crujían bajo sus pies. Avanzó con mayor lentitud después de llegar al arroyo. El descenso era empinado, a veces peligroso, y los matorrales más tupidos. Además, se detenía cada vez que le parecía aconsejable examinar una planta, coger un espécimen o hundir el medidor químico en el suelo. En los últimos cinco días había explorado las alturas. Ahora entraba en un entorno diferente, más cálido, más protegido, difícil de observar desde arriba y rara vez

Librodot

atravesado a pie. En lugares como aquél la naturaleza podía sufrir un colapso sin que nadie lo notara hasta que una calamidad repentina asolaba todo un continente.

-Hasta el momento el centro de Aquea parecía ir por buen camino. Hugh habría sonreído y elogiado a la Madre en voz alta si la Kyra incorpórea no hubiera podido verle ni oírle. Aunque eso era improbable en otras partes, e imposible aquí: no había sensores ni integración de ningún tipo, excepto la que aportaban el bosque y sus criaturas. Los robots carecían de mente para juzgarlo, y por eso se necesitaban exploradores.

Hugh pensaba que seguirían siendo necesarios hasta que Faetón se estrellara contra Deméter. No por falta de equipo; podía fabricarse a toneladas, y la velocidad de producción superaría la velocidad con que los genes artificiales y los coactores moleculares impulsaban el crecimiento de la naturaleza. El límite estaba en el uso. La emulación Kyra les hacía saber que año tras año dominaba mejor su papel. Y lo demostraba, adquiriendo más aptitudes al tiempo que Deméter sufría menos enfermedades. Pero nunca podía conocer ni controlar conscientemente salvo una fracción del todo. ¿Acaso él pensaba en cada músculo de la pierna al caminar, se valía de la voluntad para que el oxígeno circulara por su corriente sanguínea y exterminara a los invasores, podía conectar las dulces influencias del amor?

El arroyo rodaba cantando hasta una cascada y se internaba susurrando en el valle, donde su resplandor pronto se perdía detrás de la arboleda. A un kilómetro de distancia, Hugh encontró un saliente musgoso expuesto al cielo y la brisa. Era un mediodía caluroso. Se acuclilló junto al agua, se enjuagó la cara, se sentó a descansar en el esponjoso verdor.

Oyó un susurro entre las matas. Miró hacia atrás y se levantó de un brinco.

La muchacha se había acercado con un sigilo que ponía de manifiesto, su familiaridad con el bosque. Se detuvo en el linde, nerviosa, dispuesta a regresar a las sombras. Manteniendo las manos apartadas de su cuchillo, Hugh sonrió amablemente. Era una joven delgada, de tez clara aunque tostada por el sol. Una guirnalda de laurel le ceñía el cabello rubio, que le llegaba hasta los hombros. Tenía los ojos grandes y azulados, la nariz chata y pecosa, los labios como pétalos de rosa. Llevaba una túnica verde y sin mangas, larga hasta las pantorrillas, un cinturón del que colgaban bolsas, mocasines, un cesto tejido con juncos.

-Hola -saludó Hugh.

-¿Quién eres? -preguntó ella con un acento que él no pudo reconocer.

-¡Explorador Hugh Davis, a tu servicio!

Ella entreabrió los labios.

-Yo soy... Charissa. ¿Cómo has llegado, explorador Hugh Davis?

-Volé al monte Bruma y seguí a pie.

Ella abrió los ojos.

-¿Por qué?

-Yo podría preguntarte lo mismo -replicó Hugh-. No vas equipada para una excursión larga.

-Oh, yo vivo aquí. En el Valle de los Amargones, como yo lo llamo, que no está lejos. -Mostró el cesto-. Estaba recogiendo bayas.

-¿Vives aquí? -preguntó Hugh-. Pero no sola.

Ella sacudió la cabeza, agitando los rizos rubios.

Librodot

-No. Con mis padres y dos hermanitos. -Hugh notó que ella también intentaba ser amable-. Me alegra liberarme un rato de esos mocosos. Son encantadores, pero a veces resultan un incordio.

Hugh sintió melancolía. Primogénito de Deméter, había pasado la infancia entre adultos, máquinas y mascotas.

Bueno, su deber primero.

-¿Cuánto tiempo habéis vivido en esta región? ¿De dónde habéis venido?

Ella frunció el ceño y se tocó la barbilla.

-¿Nueve años? No, ocho, creo. Yo era pequeña entonces -Se refería a años de Deméter, de los que tendría unos trece-. Nos mudamos desde Aulide. -Una colonia de la costa, recordó Hugh, principalmente una estación de investigaciones marinas, aunque media docena de familias habían ido allí para experimentar con la agricultura-. No lo recuerdo muy bien. Pero tú no me has dicho nada, explorador Hugh Davis.

-Eh.... explorador no es un título sino sólo un trabajo -dijo él, sorprendido-. Mi trabajo. Investigo cómo van las cosas en las zonas salvajes.

Charissa asintió.

-Sé que hay exploradores. Tenemos un multiceptor en casa. Jasón-padre nos lo deja mirar una hora al día, o más si hemos encontrado algo bueno.

-Parece que es bastante estricto.

A fin de cuentas allí no había una invasión de programas, como sucedía en la Tierra (aunque ya no, al parecer). Las emisiones en vivo desde Puerto Fireball eran esporádicas, improvisadas y tentativas.

En general, la gente buscaba distracción en la base de datos cultural, cuando no elaborando una propia.

-Podemos mirar cuantos libros queremos -dijo Charissa-. Yo leo mucho. Sí, sé que existen los exploradores. Pero no sé cómo debo llamarte.

-Hugh está bien, Charissa.

Ella venció su timidez.

-¿Puedes venir a visitarnos? Betty-madre se sentirá muy feliz.

-¿Y qué hay de tu padre?

Ella se echó a reír.

-No temas. Puede parecer un poco severo al principio, pero pronto destapará la sidra y se pondrá a charlar. ¡Vaya si se pondrá a charlar!

-¿Tu familia recibe muchas visitas?

-Algunas. Trotabosques, sobre todo.

-¿Trotabosques?

-Ya sabes, gente que no vive en casas. Construyen refugios en los lugares que recorren... -La muchacha se interrumpió, sorprendida-. ¿No lo sabías?

Hugh se sintió incómodo.

-No. Pero no pueden existir desde hace mucho tiempo, ni ser muchos. De lo contrario me habría enterado.

-Supongo. No los he contado.

Hugh notó que su tensión la desconcertaba, y procuró relajarse.

-Entonces tu familia vive en una casa.

-No es una casa grande -admitió Charissa-. He visto casas en el multi. Es una cabaña, pero acogedora.

-¿Por qué lo hacéis? -preguntó Hugh con cierta brusquedad.

-Porque... somos felices -respondió ella a la defensiva-. Jasón-padre dice que en otras partes hay muchas aglomeraciones y que todo se ha mecanizado demasiado.

-Pero no se ha convertido en un trotabosques.

-¡Claro que no! -respondió Charissa indignada-. ¿No me ves?

Tomando esa frase como una invitación, Hugh aprovechó para estudiarla detalladamente. La túnica era de fibra teñida con tinturas naturales, bien tejida, bien cortada, y la hebilla del cinturón era de resina reforzada con neopino. Todo en ella denotaba buena nutrición y atención médica y dental adecuadas. No se debía a tareas que encorvaban el cuerpo y atontaban el alma.

Aunque parecía ser que un puñado de excéntricos había optado por una vida semisalvaje, Jasón-padre y Betty-madre no se contaban entre ellos. Estaba claro que el multi y la fuente energética no eran las únicas cosas que se habían llevado al internarse en la espesura. Y no era como revivir la historia de la Tierra, cuyos antiguos bosques habían brindado alimento, combustible, madera, calor, pieles, huesos, cuernos, y remedios abundantes a unos hombres que habían tenido que aprender a usarlos. En Deméter vivían especies totalmente naturales, pero destinadas a satisfacer las necesidades humanas. Hugh recordó sus nombres: estiércol bacteriano, algas de cobre, frutas de carne, madera de lana, moho curativo... si estas especies habían arraigado en aquella apartada zona aquea, quizá teniendo herramientas, un polirrobot y un poco de nanotecnología... sí, sería interesante ver lo que habían forjado en el Valle de los Amargones.

Charissa se sonrojó, aunque no parecía molestarle que Hugh la mirara de aquella manera.

-Intercambiamos las cosas que fabricamos por lo que ellos cazan y recolectan -explicó-. Pero nosotros somos colonos.

-Esta noticia será prioritaria para el cuartel general -le dijo Hugh-. Altera todas nuestras perspectivas.

Notó que la había alarmado. ¿Ella había intuido una amenaza para la autoridad de sus padres? ¿Por qué? No habían hecho nada ilegal. Habría sido mejor que dieran aviso de su intención de explorar el bosque; quizá no lo habían hecho porque sabían que el servicio biológico los desalentaría, pero aun así... quizá sólo expresaba una timidez de doncella que por primera vez se topa con un guerrero con armadura, casco empenachado y espada al cinto.

-Verás -explicó Hugh-, estoy aquí... -Se puso a hablar con la esperanza de calmarla-. Comprenderás que este bosque no está consolidado. Es nuevo, y está cambiando deprisa. Los genes fueron diseñados para una maduración rápida, la calidez y el nivel de bióxido de carbono lo hicieron posible, pero en esta etapa la ecología no es estable. Buscamos estabilidad, árboles que duren siglos, un millón de plantas y animales...

-Lo sé -interrumpió Charissa con impaciencia.

A Hugh le pareció una buena señal.

-Bien, en Aquea se ha llegado al punto en que pensábamos introducir animales más grandes. Venados, por ejemplo. Para ello debemos cerciorarnos de que no acaben con los pastos, lo cual significa introducir lobos para poder controlarlos y... un sinfín de complicaciones. Estoy intentando averiguar si la región está preparada para ello, si puede resistirlo sin daño.

-¿Venados? ¿Lobos? -exclamó ella embelesada. Soltó el cesto y batió palmas con entusiasmo-. ¿Águilas?

Hugh alzó la mano.

-Escucha, por favor. La presencia de seres humanos en el bosque, aunque sólo sean un puñado, cambia por completo la situación. No podemos seguir adelante como planeamos mientras estéis aquí.

Ella retrocedió, repentinamente aterrorizada.

-¿Quieres echarnos? -jadeó-. ¡No podrá! Guthrie-jefe no lo permitirá.

-¡Claro que no! -exclamó él, también consternado. Pensó que aquel bastardo libertario e irreverente se había transformado en una especie de dios, fuente de ley y justicia-. No temas, Charissa. De veras. Esto sólo significa que tendremos que cambiar nuestros planes. Tal vez vayamos más rápido, tal vez más despacio... pero oiremos la opinión de tus padres, y buscaremos la mejor solución para todos.

Con infantil inconstancia, Charisse se calmó.

-Gracias, Hugh. -Se enjugó las lágrimas con los nudillos, y declaró con vehemencia-: Buscaremos la mejor solución para Deméter.

Hugh se alegró.

-Veo que lo entiendes.

-Mi familia lo entiende.

-Creo que hoy he encontrado el futuro -murmuró Hugh.

-Oh, no seas tan solemne -se burló ella con alegría. Se le acercó bailando-. ¡Ven a casa, por favor!

Librodot

57

Era previsible desde un principio que la biosfera ¡ría más allá de la capacidad de control humano. Podemos ofreceros las especificaciones e instrucciones de construcción de un sofotecto para el cual estos problemas resultarán triviales.

En una colina del norte de Argólida crecían tres cipreses. El viento los había curvado y retorcido hasta darles un aspecto vetusto. Eiko pensaba que no era sino la verdad. ¿Qué era el tiempo salvo una sucesión de acontecimientos? Cien años de recuerdos podían transcurrir en un parpadeo y un mundo condenado a la muerte contener la eternidad.

Posó su deslizador cerca del fondo y bajó envarada. Salvo por los bosquecillos y algunos árboles apartados -robles, pinos, manzanos silvestres- el paisaje se limitaba a vastas ondulaciones de hierba plateada que al oeste se elevaban hacia montañas cuyos picos formaban una corona baja en el horizonte, y al este descendían hacia un océano rutilante. En el luminoso cielo, algunas nubes blancas con pinceladas azules surcaban la inmensidad por donde Alfa se desplazaba hacia el mediodía. Allí nacía también el exaltado gorjeo de una alondra. La brisa fresca traía el aroma del tomillo silvestre.

La cuesta, que antaño no le causaba dificultades, hacía que le dolieran las articulaciones de la cadera.

Se apoyó con fuerza en el bastón para recobrar el aliento. Aprovechaba los descansos para disfrutar del panorama, que se ensanchaba con el ascenso.

No se quejaba. La Tierra había girado más de cien veces en torno al sol desde su nacimiento. Se aproximaba a los límites de las posibilidades de la medicina celular, pero conservaba la lucidez, y el vigor necesario para ese largo ascenso. Era mucho, quizá demasiado.

Aun así, se alegró de llegar a la cima y tenderse en la hierba a la sombra de los cipreses. En las ramas, puñados de agujas color turmalina se recortaban contra el cielo y la distancia. Las hojas caídas eran blandas, tibias, aromáticas, aunque se imponía el perfume del romero, que abundaba en las cercanías. Abejas doradas revoloteaban en torno a flores diminutas del color del cielo que cubría el desfiladero. Por la pared de granito una cascada caía como un asta de flecha.

El pulso de Eiko se calmó. A su espaldas se erguía un peñasco gris cubierto de liquen. A menudo se había sentado allí a mirar el juego de luces y sombras, aspirando la serenidad del agreste paisaje. Pero aquel día deseaba recostarse para recibir lo que ese paisaje había bebido del sol.

Sintió paz.

Nunca había sido así para Nero, recordó. De vez en cuando la acompañaba por cortesía, y sin duda disfrutaba del paisaje, pero era demasiado inquieto.

Paz. Sintió una punzada de remordimiento. Nunca había intentado domesticar el corazón de aquel hombre. Y al fin el torrencial Escamandro se lo había llevado y sus huesos descansaban al pie de los peñascos de Tróade, pero ¿qué mejor final podía haber deseado? Había pasado mucho tiempo, y los años que habían compartido eran como un sueño, aunque aquel día en el prado, en... ¿dónde? Había olvidado el nombre. No importaba. Nero recogió un ramillete de capullos anaranjados y se los dio a cambio de un beso; vaya, era como si aún oyera su risa vibrante...

-Eiko.

Librodot

Despertó de su ensoñación y pestañeó. Una brisa agitaba el romero. Un cuervo se había posado en una rama, lustroso y negro como el mar a medianoche.

-Eiko, Eiko -murmuró la voz.

Eiko se despabiló, se incorporó. La hierba crujió bajo sus estrechas caderas.

-¿Quién es? -preguntó, sin temor pero con incertidumbre-. ¿Dónde estás?

-Soy yo, Eiko, Kyra.

-¡Oh! -No era la primera vez que se reunían así, aunque nunca lo habían hecho en aquel lugar. Entre las matas debía haber un roboinsecto o algún otro ingenio parlante. Pero ahora era sólo un instrumento de la emulación.

-No sabía que habías...

... desarrollado tanto la red sensorial. No era fácil. ¿Kyra veía con ojos electrónicos o por los ojos de aquel cuervo, oía con oídos electrónicos o con las alas vibrantes de esas abejas?

-Esperaba este momento -fue la vacilante respuesta-. Esta colina te pertenece.

-No, claro que no. Le tengo afecto, sí, pero...

-Creo que sé distinguir lo que es sagrado, con mayor claridad que cuando vivía.

Eiko sintió lágrimas en los ojos.

-¡Siempre habrías sido bien recibida!

-Al fin me atreví a creerlo. Y pensé que era el mejor sitio para hablar de ciertas cosas.

Eiko tragó saliva.

-Hiciste bien. Quizá nunca regrese.

-Un ascenso difícil, a tu edad.

-Y jamás subiré de otra manera. Estaría mal.

-Lo sagrado.

Eiko recordó la frase que el ventoso susurro había pronunciado antes.

-¡Tú no estás muerta, Kyra! ¡No eres una máquina!

Una risa discreta le respondió.

-No hables mal de mis parientes. Ellas nos trajeron a Deméter, hicieron posible todo esto.

Eiko sacudió la blanca cabeza.

-No. Nosotros lo hicimos posible, utilizándolas.

-Yo he amado a varias máquinas. Mi querida Cernícalo...

Eiko se preguntó si Kyra intentaba consolarla, cuando ella no necesitaba consuelo.

-Tú no eres una máquina, digan lo que digan -declaró bajo el cielo-. Estás viva. Más viva que yo ahora. Más viva de lo que quizás haya estado nunca.

-Por esto estoy contigo.

-¿Qué, para despedirte? -respondió Eiko desconcertada-. No, no, todavía me quedan unos años.

-Nada es seguro. Además, debo hacerte una pregunta, y pronto, antes de que estés más débil.

Eiko extendió los brazos, como si hubiera un cuerpo al que poder estrechar.

-Me alegrará ayudarte en lo que pueda, querida amiga. Me sentiré honrada. -Y era verdad. La que hablaba no era sólo la que había sido Kyra, sino el planeta viviente.

-No prometas nada sin haberme oído.

Se hizo la calma y la brisa aumentó, haciendo ondear la hierba. Eiko escuchó. Se agitaron las agujas de la rama nudosa donde se posaba el cuervo.

-Sabes que me siento agobiada.

Eiko asintió.

-Lo he oído. La carga que sobrellevas se vuelve demasiado pesada.

-Nunca ha sido una carga. No quiero dejarla. Pero necesito ayuda. La vida que se extiende por este mundo... -Kyra hizo una pausa-. La he guiado bien, a grandes rasgos. Tan bien que se está volviendo difícil de manejar y entender, al menos para mí.

-Creía que los sofotectos...

Kyra suspiró.

-Los científicos hablan de ello. La mayoría dan por sentado que en los próximos diez o quince años me ayudará, y luego me reemplazará, una inteligencia artificial.

-¿Te opones? Has hablado bien de las máquinas.

-En efecto. Una vez fui una máquina, y deseaba terminar con mi existencia.

Eiko se abstuvo de decir que también ella deseaba terminar con la suya. No era lo mismo. Eiko no conocía la angustia que debía haber sentido la emulación al despedirse de la plenitud de su vida.

-Ahora no -continuó Kyra-. Tienes razón. Vivo, quiero vivir, hay sentido en esta vida. Además, no creo que una mente robot deba gobernar Deméter.

-Sería superior a la tuya y la mía -aventuró Eiko.

-Intelectualmente. Tal vez incluso en sus sentimientos, o en espíritu, o en lo que sea. Pero no es como nosotras.

Eiko intuyó de qué se trataba, y sintió una repentina paz. Asintió.

-El motivo tácito por el cual nos mudamos a Centauro, los terrícolas y los selenitas.

-Huimos. Un sofotecto nos traería el control consciente de todo. ¿Debe ser así, por doquier y para siempre, hasta donde puedan llegar nuestras naves en el universo?

-Hay más de un camino hacia la iluminación

-¿Has adivinado lo que te pediré, Eiko?

-Quieres que me vuelque en una emulación y me una a ti.

-Hablo con conocimiento de causa. He reflexionado y sentido, en toda la plenitud de la palabra. Creo que juntas, quizá con la ayuda de otros que nos sigan, seríamos más que dos. Creo que podríamos hallar el camino hacia la unidad, una unidad duradera, para la vida en este mundo.

Entre luces y sombras Eiko entrevió a su padre, recordándole las funciones exponenciales y los efectos de umbral. El fantasma sonrió y se esfumó en el viento.

-Es posible -dijo-, aunque yo... la emulación no sería yo.

-Tampoco yo soy Kyra Davis -suspiró la voz-. Pero lo fui. Lo recuerdo.

Eiko no encontró respuesta.

-Lo sé -oyó al cabo de un momento-. Te imaginas a tu pobre y abandonado yo fantasmal, y no quieres condenarlo a eso. Pero esto es diferente, Eiko. Es vida. No humana, no. Inferior en algunos sentidos. Pero vida.

Eiko recobró la determinación

-En algunos sentidos, quizá sea más. En lo que logra, en lo que brinda, mucho más.

-No lo decidas de inmediato. Nunca te obligaría, querida. Piénsalo.

-Medita -dijo Eiko, para sí misma-. Busca.

-¿Mi bendición?

Beta se elevó sobre el mar, un resplandor en el resplandor, una ondeante simiente de fuego. La alondra reanudó su canto. Eiko contempló las asperezas de la corteza de los cipreses, que cambiaban bajo la luz. Con el calor, el olor a romero casi podía paladearse. Recordó las palabras de Ofelia en Hamlet: «romero para los recuerdos». ¿Kyra aún estaba presente, amándola pero regalándole el silencio? Eiko no sintió necesidad de preguntar. Al cabo de un rato el cuervo extendió las alas, hendió el aire con su negrura, se alejó. Eiko hizo una ofrenda a Deméter:

Tras el largo día de estío, la noche invernal bajo los mismos astros.

58

Vuestra impresión es equivocada. Los humanos no se están sometiendo al complejo sofotéctico, ni siquiera dependen de él. Las máquinas que los han liberado de la necesidad del trabajo son mucho más simples. Los individuos, asociaciones, comunidades y culturas se desarrollan de maneras diversas, y la necesidad de impedir la violencia entre los hombres es ahora infrecuente. La población mundial continúa reduciéndose, pero eso es ecológica y psicológicamente deseable. Es verdad que un creciente porcentaje de humanos superiores y metamorfos se integran en el sistema, pero ello no transforma su naturaleza, sino que la eleva. Explotan todo su potencial y luego lo trascienden.

Al principio la producción de antimateria era una empresa conjunta. Selenitas y terrícolas compartían conocimientos, recursos y robots para construir las instalaciones de Hefestos y las que estaban en órbita de ese planeta interior de Alfa. En pocos años, sin embargo, los selenitas ampliaron por su cuenta dichas instalaciones. Era natural, pues su ingeniería espacial en rápida expansión consumía energía vorazmente y sus ambiciones para el futuro parecían insaciables. No obstante, la escala de la nueva empresa dejaba atónitos a los demetrianos. Cuando les preguntaban, los líderes selenitas hablaban de viajes interestelares, aunque nunca especificaban a menos que estuvieran a solas.

Guthrie opinaba que no estaban muy seguros y que gran parte de lo que hacían obedecía a razones no económicas: desafío, prestigio, rivalidad entre los señores.

Los procesos crioeléctricos por los cuales se almacenaba la antimateria no cubrían unas necesidades tan enormes; el número de unidades requeridas era absurdo. La solución al problema fue monumental.

La captura de Próxima por Alfa y Beta había causado estragos en la nube cometaria exterior de la estrella doble, arrojando muchos cuerpos hacia el exterior y otros muchos hacia el interior. En esa época, los planetas y las lunas sufrían un bombardeo incesante, y el espacio circundante era más peligroso que el del sistema solar. La nube interior era también turbulenta, aunque no tanto, principalmente porque se incorporaban a ella nuevos cuerpos que seguían trayectorias excéntricas y entrecruzadas y que provocaban más colisiones. Tal vez en una serie de estas colisiones tuvo su origen el astro que los humanos llamaron Hades cuando lo encontró una sonda de exploración. Recubierto de hielo, poseía un núcleo rocoso de un peso equivalente al uno por ciento del terrícola. Tenía pues un considerable campo de gravedad. Como el núcleo era sólido y no contenía hierro, no generaba un campo magnético que complicara las cosas. A esa distancia de los soles, sus vientos eran casi mensurables.

Los selenitas transportaron la antimateria sobrante hasta esos remotos confines y la pusieron en órbita alrededor de Hades. En su mayor parte estaba compuesta por antihidrógeno, con una buena proporción de antihelio; también contenía núcleos más pesados condensados en esférulas sólidas. Fuera de este anillo había otro de gas común. Entre ambos giraban cuatro pequeños asteroides que actuaban como satélites guía, manteniendo la estabilidad de aquella extraordinaria configuración.

El ambicioso proyecto consumió infinidad de recursos, pero una vez concluido pronto compensó todos los costes. Las naves reboticas sólo tenían que transportar su carga y, con la precisión debida, descargarla en el anillo interior. Las pérdidas eran continuas pero leves; el anillo externo brindaba una considerable protección, y los rayos cósmicos procedentes de otras partes causaban una erosión mínima. De vez en cuando, cada cinco o seis años, la órbita de un satélite necesitaba un ajuste. Para ello tenía un motor. No era el potente motor que lo

Librodot

había llevado hasta allí, cuyo escape habría causado trastornos, sino uno que podía inducir ligeras desviaciones. Un ingeniero selenita supervisaba la operación a prudente distancia.

Así se acumularon las provisiones, década tras década, hasta la catástrofe.

Fue una catástrofe en el sentido matemático, un hecho imprevisible que provocó un alud de otros hechos imprevisibles. Las alarmas sonaron en Perun. Un ordenador analizó las señales entrantes y envió el mensaje. Los selenitas maldijeron. Los que temían que los hicieran responsables se prepararon. El mensaje llegó a sus jefes.

Los instrumentos de Hades indicaban que un gran cuerpo surgido de un lugar desconocido se dirigía hacia ellos. Los dispositivos de defensa, que habían impedido varios choques de meteoritos, eran insuficientes para destruir un cuerpo tan grande como un asteroide. Comúnmente la advertencia habría llegado a tiempo para que los selenitas mandaran una misión de agentes capacitados, pero aquel objeto no seguía una trayectoria elíptica sino hiperbólica. Debía ser un cometa de la nube exterior que impulsado por un encuentro casual, había superado con creces la velocidad de escape. Antes de que los humanos pudieran llegar, manteniendo la aceleración a niveles soportables -ningún robot de Centauro tenía la inteligencia necesaria para la misión- el invasor sembraría estragos y se iría.

Cabía lamentar la falta de sistemas de inmersión que permitieran a los seres vivos soportar veintenas de gravedades, pero era inútil. No existía ninguno Nunca habían existido razones para suponer que el esfuerzo de desarrollarlos y construirlos valdría la pena.

-Consigamos técnicos de Deméter -propuso un consejero-. Pueden llegar allí al doble de nuestra velocidad.

-Tardaríamos demasiado en reclutarlos y ponerlos al corriente de todos los detalles -replicó Rinndalir-. Tampoco debemos revelar tanto sobre nuestras obras ni exponernos a la observación. A dos gravedades, una tripulación selecta con soporte biomédico puede hacer el viaje en una rotación y llegar en buenas condiciones para la batalla. -El peso y el día eran los de la Luna terrestre-. Ya sé quiénes serán mis seguidores.

-¿Seguidores, señor?

-Tengo más experiencia que muchos en el espacio profundo.

-Es verdad. Tu compañera ocasional, la piloto Davis...

-No. Juntos hicimos cosas valiosas para ambas razas, pero esta expedición me pertenece.

-Con el debido respecto, señor, sugiero que a tu edad...

-Ahórrate la sugerencia. ¿He de conceder el honor a Asille de Arcén, por ejemplo? ¿He de someterme al poder que ganaría con ello? Preferiría que no. -Rinndalir se echó a reír-. ¡Además, qué gran desafío!

En consecuencia, dos naves surcaron la oscuridad durante un día y una noche lunares. A veces Rinndalir alentaba a los tripulantes en su sufrimiento, a veces los amenazaba o castigaba, a veces argumentaba, y resistieron.

Al final del trayecto, Alfa y Beta eran apenas dos estrellas brillantes, y la roja Próxima se había reducido considerablemente. Hades relucía en la noche, una gran esfera desquiciada y surcada de cicatrices. A simple vista, apenas se distinguían los puntos de luz que eran los satélites guía. La ampliación y la coloración de la pantalla convertían el anillo interior en un fulgor azul y brumoso cuyos destellos ondulantes se convertían en chispas al tocar el anillo exterior. Un fugaz fuego de San Telmo ardió con intensidad similar al zambullirse en la banda interna, y al salir se apagó.

Librodot

Rinndalir sabía lo que sucedía. Los ordenadores lo habían predicho antes de su partida. El cometa, al pasar cerca, había perturbado los cuatro satélites, y el sistema ya no era estable. Chetyrye, el más afectado, describía una órbita que dejaba pasar hasta un cuarto de la antimateria en cada tránsito. La aniquilación liberaba energías que ya habían hecho hervir toneladas de precioso gas cuya pérdida era irreversible, habían estropeado el motor del asteroide y calcinaban una superficie que se había vuelto mortalmente radiactiva. El anillo estaba al borde del caos. Si se detenía el proceso de inmediato, sería posible efectuar reparaciones, llevar los tres satélites indemnes a sus estaciones y añadir un nuevo compañero. Pero pronto sería demasiado tarde.

-Mi nave atacará -comunicó Rinndalir a la otra nave-. Preparados para realizar un segundo intento, si el mío fracasa.

El plan era bastante sencillo. Para iniciar un cambio en el curso de un asteroide, los ingenieros espaciales a menudo lo hacían chocar con un proyectil de la clase que la gente de Fireball, en el sistema solar, había llamado «mueve montañas». Una detonación nuclear cavaba un agujero donde la ojiva principal se insería antes de liberar su carga de antimateria. Entonces el volcán de plasma entraba en una erupción tan violenta que el cuerpo adoptaba una nueva trayectoria, más tarde controlada por medios más elegantes. Así se habían desplazado filones de minerales industriales a sitios donde era más cómodo procesarlos, en vez de extraerlos del pellejo de la madre Tierra.

Chetyrye era especial. Sólo podía resistir uno de esos ataques sin quebrarse en fragmentos aún más destructivos. Para alejarlo para siempre de la zona problemática, la explosión debía producirse cerca del punto de eficacia máxima, cuando el satélite pasara más cerca de Hades, dentro del anillo de antimateria. Sin embargo, como la nave no podía sobrevivir a tan poca distancia de la explosión, el proyectil debía atravesar el anillo. Si lo cruzaba en toda su anchura, la radiación acumulativa inutilizaría sus sistemas de control y el proyectil erraría a la deriva. En consecuencia, antes de lanzarlo, la nave misma debía zambullirse en el anillo, pilotada por una inteligencia viviente.

Rinndalir ordenó tomar todas las precauciones: campos protectores a toda potencia, los cuatro tripulantes en traje espacial, cada detalle de la misión calculado a la milésima de segundo. Pero cuando tocó la consola y sintió el impulso, rugió como un tigre frente al enemigo.

Hades le presentaba sus cráteres y grietas, los instrumentos chillaban y parpadeaban, el momento había llegado. Rinndalir arrojó su lanza, y el impacto llegó como un martillo mientras él buscaba refugio.

Estallaron truenos. El fuego ardió de un extremo al otro del casco. Un tripulante pereció, el pecho perforado. Se apagaron las luces, reinó una oscuridad hendida por fogonazos. Eran ilusiones, el modo en que el cerebro percibía los iones que llovían sobre la retina.

Se activaron los equipos secundarios. Rinndalir recuperó una nublada visión.

-Haro, haro -llamó por radio-. ¿Cómo va todo? ¿Qué ha sucedido? ¿Hemos dado en el banco?

Dos hombres respondieron desde sus puestos.

-Señor -dijo una voz lejana-, la telemetría indica que has chocado con una antipartícula sólida del tamaño de un guijarro. Ha penetrado en vuestro casco y se ha desintegrado antes de poder salir.

-¿Puedes medir la dosis de radiación que hemos recibido?

Librodot

-No con precisión, señor, pero es sin duda letal, más allá de cualquier posibilidad de curación. Tuya es la honra.

Rinndalir sonrió con amargura.

-Mía es la pésima suerte. Aún tenía algunos trucos para burlar a Asille de Arcén. -El aire silbaba en la nada, perdiéndose en el vacío. Rinndalir hizo un gesto de indiferencia-. ¿Cómo se ha portado el proyectil?

-Ha dado en el banco, mi señor. El asteroide ha cambiado de rumbo.

-Para mi desgracia. Esperaba ver estos magníficos fuegos de artificio. -Rinndalir dio instrucciones para los procedimientos de reencuentro. Su vapuleada nave permanecería en trayectoria para ser abordada por gente de la otra. Sus tripulantes sobrevivientes le dijeron, tras una inspección, que con ciertas reparaciones la nave podría regresar a casa con lentitud.

-Recibiréis tratamiento en la otra nave, si así lo queréis -les dijo Rinndalir-. Quizá podáis vivir unos meses. ¿Es vuestro deseo?

Lo era. Eran plebeyos, con familia y amantes.

-Entonces puedo abandonaros -dijo Rinndalir.

No estaba seguro de sentir la radiación quemándolo por dentro o la médula pudriéndose en sus huesos. Ni le importaba. Los medidores eran elocuentes. La náusea tardaría en llegar el tiempo que él necesitaba. Se liberó de sus amarras y bajó en caída libre, por pasajes donde la luz era extraña por la falta de aire, hasta la cámara principal. Allí aguardaban sus tripulantes. Traían a su camarada muerto. Rinndalir trazó sobre el cadáver la señal que significaba Eres uno conmigo. Le ayudaron a sujetar una unidad propulsora a su traje espacial.

-¿Deseas enviar algún mensaje, mi señor? -preguntó el de mayor rango.

-No. -Rinndalir reflexionó-. Sí. Comunicad a la piloto Kyra Davis, en Deméter, que la he recordado.

-Tu mensaje será el nuestro, mi señor. Buen viaje hacia tu muerte.

Rinndalir saludó con un gesto y entró en la cámara de presión. La válvula exterior se abrió, enmarcando mil estrellas. Rinndalir la atravesó y se impulsó con un puntapié.

Flotó a la deriva. La nave se alejó y Rinndalir quedó a solas. Sólo oía su respiración y los latidos de su corazón; girando lentamente, vio pasar el escarchado río de la galaxia.

-Se acabó -dijo, y sus palabras resonaron en el casco. Hizo cálculos y activó los propulsores. La sangre y los músculos respondieron al impulso. Ante él se estabilizó la visión de aquel mundo de hielo.

Reingresó en el anillo interior. La antimateria hervía, lo acribillaba, lo quemaba con un fuego invisible. Ya estaba muerto cuando cayó en Hades.

59

A medida que profundizamos en la comprensión del universo material, sentimos menos necesidad de entender. El sistema solar alberga toda la materia -y la energía, que es su otro aspecto- que necesitaremos jamás. Cuando el sol calcine la vida en la Tierra, cuando se hinche hasta ser una gigante roja, cuando se reduzca a una enana blanca y al fin se oscurezca, nuestros habitats no se dañarán, aunque hábitat no es la palabra más precisa para designar aquello que existirá mucho antes de esos sucesos. No pensamos realizar más sondeos en un universo despojado de nuevos misterios fundamentales. Nuestras exploraciones y nuestra creatividad se consagran a los reinos infinitos del intelecto. La matemática pura es el ejemplo más simple. Es imposible describiros la mayor parte del paisaje que se abre ante nosotros.

El crecimiento y las mutaciones de Puerto Fireball apenas habían afectado la calle Promontorio. Había algunas casas más, en general del mismo tamaño modesto y el mismo estilo de las más antiguas. A sus pies, los acantilados aún tocaban una franja de playa y Bahía Refugio se abría al océano. Abundaban las bandadas de aves marinas y los árboles habían crecido.

En aquel día de invierno, los olmos y los arces se destacaban desnudos contra un cielo encapotado, mientras las siempre verdes copas desafiaban su lobreguez. Las aguas relucían como el acero, y la débil marea de Deméter enviaba pequeñas olas contra la costa.

Apenas se oían otros sonidos. El aire era más tibio y húmedo, y parecía vibrar de expectativa.

Las pisadas de Guthrie resonaron en la acera. No había nadie más a la vista; la mayoría de la gente estaba trabajando, pues no faltaba trabajo. En ese cuerpo que evocaba un caballero con armadura, se detuvo ante el hogar de Kyra Davis, giró y subió por el sendero. Un hombre y una mujer salieron a recibirlo. Guthrie se detuvo. -Hola -saludó- ¿Me esperabais?

-Sí -admitió Hugh Davis-. Deberíamos recibirte, señor, y ser sociables, pero... -Se acarició el cabello ceniciento.

-Pero entraré de todas maneras -concluyó Guthrie-, y vosotros habéis pasado demasiado tiempo enjaulados. Está bien, hijo.

-Además, pensamos que querrías hablar en privado con ella. Viendo que has llegado en este momento.

-¿Qué? ¿Acaso ha empeorado?

-No -le respondió Charissa Davis-. Está despierta, de buen humor, esperando tu visita. Pero no sabemos...

-Empeora a ojos vistas -afirmó Hugh-. No le queda mucho. -El dolor le quebró la voz-. Y quizás esté inconsciente al final. No debemos perder tiempo que tú puedes pasar con ella.

Charissa cogió el brazo de su compañero.

-Por favor, señor -le suplicó a Guthrie-, tú has hablado de nuestro encierro, pero no creas que nos ha molestado cuidarla. Ha sido un privilegio, un placer.

Guthrie, sin rostro, soltó una carcajada ahogada a guisa de sonrisa.

-De cualquier modo, os habéis portado bien. Nadie debería morir en un maldito hospital. ¿Cómo está vuestra familia? -Cuando llamaba a Kyra, el saludo que cambiaba con la pareja era breve.

Hugh estaba radiante.

-Todos bien.

Charissa sonrió a su vez.

-Michael vino anteayer con su madre...

-Michael Rudbeck -explicó Hugh-. El hijo de Tessa y Jack.

-Ya, conozco a ese bandido -dijo Guthrie-. ¿Cómo le va?

-Él y Kyra están enamorados. Prácticamente ignoraron a los demás, y no se cansaron de hablar y bromear.

-Bien, un tataranieto. Podéis presumir de él. Los abuelos tienen más derecho a hacerlo que los padres.

Hugh se puso serio.

-Señor Guthrie, mi madre está muy débil. Si deseas hablar con ella, será mejor que entres.

-De acuerdo -convino Guthrie-. Podéis iros.

-Saldremos a caminar -dijo Charissa. Necesitaban el aire libre más que otras personas, y últimamente apenas habían podido salir juntos-. Regresaremos dentro de una hora.

-Hasta pronto.

Se marcharon y Guthrie entró. El salón por donde pasó estaba abarrotado de objetos: recuerdos, impresos encuadernados, un maltrecho oso de peluche, modelos de veleros y naves espaciales, trastos rotos, un pequeño meteorito, una roca reluciente del único planeta que Beta había conservado... Entre las fotos de la pared se encontraban las de varios hombres. Kyra la llamaba su galería de robacorazones. Dos de ellos seguían con vida.

En el austero dormitorio, Kyra tenía un multi que le daba acceso a cualquier información que constara en las bases de datos, ya fuese pública o personal. En ese momento mostraba una casa azul y blanca entre abedules, con un lago detrás, en la clara noche estival del Norte de la Tierra. Las ventanas daban a un jardín, desnudo bajo el cielo oscuro.

Guthrie se le acercó.

-Hola, preciosidad.

Ella sonrió desde la almohada.

-Hola, hombre de hojalata. -Guthrie tuvo que amplificar la voz para oírla con claridad. Ella tocó su brazalete de control. La cama se levantó hasta quedar medio inclinada-. Siéntate.

Guthrie se sentó, procurando no romper la silla bajo su peso, y le cogió la mano. Las carnes macilentas reposaron en el metal y el plástico. La blanca melena enmarcaba un rostro igualmente pálido, de huesos prominentes; los ojos castaños eran ya grises. Pero ella lo miraba con firmeza.

-Gracias -dijo-. Por eso te he preguntado si esta vez podías venir en persona. Estás más guapo por teléfono, pero tú eres real.

-En cierto modo -respondió él.

Ella sonrió.

-Para hablar vale más así, me distrae menos. No despiertas en mí deseos lujuriosos.

Siendo un robot, él sólo pudo demostrar su sorpresa con un murmullo.

-Vamos -dijo Kyra-, no eres tonto ni ingenuo, y debes haber captado un par de indicios. Desde que nos conocimos (no, desde antes, cuando miraba tus emisiones y crecía con tu leyenda) he deseado haber nacido en tus tiempos. Así podría haberte llevado a la cama.

Él se refugió en su sarcasmo.

-Eres un caso incorregible.

Débil y temblorosa, ella estrujó la mano mecánica.

-Ha sido divertido.

-Debo admitir que he pensado varias veces en ti -admitió él, más relajado-. Claro que en mi caso el planteamiento era teórico.

Kyra le soltó la mano, apoyó el brazo en el cobertor.

-Bueno, era una tontería por mi parte -suspiró-. A no ser que hubiera llegado antes que tu esposa; ella habría sido una competencia demasiado dura. Y aun así... por lo que he oído de ella...

-Pudimos haber tenido un idilio apasionado. Pero tú nunca has querido sentar cabeza, Kyra, en ninguna parte ni con nadie.

-Nunca he tenido la oportunidad.

-¡Qué va! ¿Cuántas veces te han propuesto matrimonio?

-No me han faltado ofertas. Ha habido muchas declaraciones, y algunos desengaños. Sobre todo Bob... Pero tienes razón, creo que el espacio me llamaba desde antes de mi nacimiento, y ningún hombre ha sido el apropiado para embarcarse conmigo para siempre.

Callaron un rato.

-¿Cómo te sientes? -preguntó Guthrie.

Kyra encogió los esqueléticos hombros.

-La nanomateria que me han inyectado me ayuda a no sufrir. Cuando pienso en algunas muertes que he presenciado, y en la mayoría de las muertes de la mayor parte de la historia, reconozco que tengo suerte.

-Es verdad. Si te dejaran sufrir dolores, delirios o cualquier otra cosa, rodarían cabezas. Pero ¿cómo te sientes en cuanto a...? -Guthrie lo abarcó todo con un ademán.

-¿En cuanto a terminar aquí, y no entre las gloriosas estrellas? Muerte de paja, lo llamaban los vikingos. Pero no está tan mal. Hugh, Charissa, los chiquillos, todos han sido muy cariñosos. Y tú, jefe. Y tengo mis recuerdos.

Calló, cerró los párpados. Guthrie la dejó descansar. Cuando ella volvió a mirarlo, aventuró:

-¿Kyra?

-¿Quieres comunicarte con alguien más?

Ella había recobrado la lucidez.

-Depende. No quiero perder un tiempo que podría pasar contigo.

-Con las emulaciones. La tuya y la de Eiko Tamura.

Ella respiró entrecortadamente.

Librodot

-¿Ellas? ¿No pueden usar el teléfono?

-No es lo mismo para ella. Ni para mí.

-¿Ella?

-Sí, ella,, en singular. Con el paso de los años, se están convirtiendo en una.

-Supongo que era de esperar...

-Y yo... - Guthrie vaciló-. Nos comunicamos de vez en cuando, por enlace directo, red neuronal. Ellas se comunican entre sí continuamente, claro. Yo estoy separado, pero me dejan unirme cuando es posible y... es una experiencia más rica de lo que puedo describir. Si nos uniéramos todos hoy, compartiendo cuanto sabemos... te comprenderíamos mejor de lo que podemos lograr individualmente. Lo que dijéramos significaría más.

Kyra sacudió la cabeza.

-No -respondió lentamente-. Soy una extraña para ellas. Nunca he sabido nada de su vida más que superficialmente.

Cuando no estaba en el espacio, estaba muy ocupada en Deméter. Cuando deseaba realizar excursiones, escogía ir al mar o a los páramos donde la vida crecía por sí misma. Había pasado sus últimos años en tierra, compilando una base de datos con recuerdos y consejos para pilotos, o entre amigos de la ciudad o en la soleada Ogygia.

-Podrías haber hablado con tu emulación cuando quisieras -le recordó Guthrie.

-Lo sé. Pero ¿para qué, y de qué? Y no con la de Eiko, cuando ella murió.

-¿No quieres hacerlo, nunca?

Kyra se envaró, se reclinó.

-Adelante -concedió-. Tal vez aún pueda aprender algo.

Guthrie se acercó al multi, que tenía capacidad plena. Extrajo un cable de su caja de instrumentos y se enchufó.

-Bienvenidas -dijo en voz alta.

La imagen de Rusia desapareció. Colores blandos como nubes palpitaron en el cilindro. Se oyó una voz femenina.

-Hola, Kyra.

-Salud -respondió irónicamente la anciana. Pero pronto perdió la compostura. Tembló-. Eiko... ¿eres tú, Eiko?

-Una parte de lo que fui yo es una parte de lo que es nosotras -respondió la otra en voz baja-. Nunca estuvimos tan cerca cuando vivíamos. -Angustia-. ¿Te pasa algo, querida?

-No, no. Pero no había comprendido... de pronto, al oírte, Eiko...

-Has tenido una conmoción. ¡Lo siento! ¿Quieres que nos vayamos?

Kyra hizo una mueca.

-No, por favor, quédate Yo lo lamento. Por no haber querido... conocerte. -Lágrimas silenciosas le rodaron por las mejillas-. Me decía que estabas muy ocupada dirigiendo el mundo...

-No es así.

-Siendo el mundo.

-Tampoco es así. Piensa en Anson. Si no estuviera él, ¿qué sería de Deméter?

-Te las apañarías muy bien sin mí -gruñó Guthrie-. Y más vale que así sea.

-Calla -respondió la voz-. Continúa, Kyra.

-Oh, no tiene... importancia -tartamudeó la anciana-, a menos que te haya ofendido que yo no quisiera conocerte.

-Nos llamaba la atención.

Kyra extendió las manos trémulas hacia el multi.

-Perdonadme. Los demás emulaciones que vinieron a Centauro optaron por la extinción. Una vez que concluyeron su misión, desearon el fin. Pensé que tú, Eiko... me había habituado a la idea de que mi otro yo estuviera allí, pero tú, Eiko, tú que amabas tanto el mundo real, ahora estás atrapada...

-No es así, Kyra, en absoluto -fue la vehemente y cálida respuesta-. Vivimos. El sol y la lluvia, el día y las estrellas, un río, una flor, un pájaro en vuelo, vida por doquier. Y cuando añoramos nuestra humanidad, cuando tememos perderla, está Anson.

-Vosotras me dais ganas de continuar -declaró Guthrie. De haber sido hombre, habría tenido que contener las lágrimas.

-¿De veras ignorabas todo esto, Kyra?

-En cierto modo -admitió la anciana-. Tenía mis esperanzas... pero no me atrevía a preguntar.

-Y estabas demasiado ocupada.

-Demasiado -dijo Guthrie.

La sonrisa de Kyra tembló.

-Al menos me he atrevido. Gracias.

-Gracias a ti querida -murmuró la voz.

-¿Has venido para esto?

-Y para despedirme. -Un susurro, como el viento entre las hojas-. Ojalá fuera verano. Anson te llevaría al jardín para que lo vieras.

-No importa. Recuerdo muchos veranos hermosos. Os los agradezco.

-Que tengas paz, Kyra.

Los colores se disiparon. Al cabo de un momento, Guthrie se desenchufó y se acercó a la cama.

Kyra respiraba agitadamente.

-Y gracias a ti, jefe -susurró-, por eso, por todo lo demás...

-Igualmente. Pero esto te ha agotado, ¿verdad?

-Me temo que sí. -Kyra se acostó y cerró los ojos.

Los dedos robóticos le cogieron la muñeca, tocaron el brazalete, bajaron la cama.

-¿Quieres escuchar música, querida?

-Sí, me gustaría.

-¿Qué?

-Sorpréndeme -respondió Kyra sonriendo, los ojos aún cerrados.

Él regresó al multi, pidió una lista, la estudió y escogió. La Cuarta Sinfonía de Dvorak llenó el aire. Guthrie se sentó y le asió la mano. Ella se durmió. Guthrie aguardó.

Entraron Hugh y Charissa. Guthrie los saludó en voz baja, soltó la mano de Kyra y se marchó. Se inclinó sobre ella, como si tuviera labios para besarle la frente.

-Adiós -dijo, y se alejó en el atardecer.

Una hora después, Kyra despertó a solas en su habitación. Se apoyó en el codo y miró por la ventana. Copos blancos caían en el cielo gris Ya habían cubierto el jardín. Era la primera nieve que caía en esas tierras.

Librodot

60

Por mi ADN soy básicamente humano, de modo que soy yo quien compone este mensaje. Lo habéis comprendido mal, y vuestra preocupación por vuestra especie en la Tierra es infundada. Los humanos son seres prósperos, libres de vivir serena o frenéticamente, según sus deseos individuales, y están sometidos a restricciones razonables, mucho menores que las que conocieron sus antepasados. Sigue una descripción detallada. Si su número continúa disminuyendo, tened en cuenta que su legado se preserva en la comunión de inteligencia de la cual yo soy un elemento que regresa ahora a la totalidad.

A los lejos, el intrincado y exquisito Zamok SabyeP brillaba a la luz del sol contra la noche plateada. De las facetas del centro salían hacia el borde que chispeaba con mil luces y compuertas iluminadas los rayos de una maraña de cables y tuberías. Cuatro largas y oscuras alas, los colectores solares, se extendían contra la Vía Láctea mientras la joya giraba. Entre las constelaciones relucía la azul Deméter, sesenta grados por delante siguiendo la misma amplia trayectoria.

De cerca, sus dimensiones eran imponentes: cien kilómetros de extensión de proyectiles y proyectores de rayos asistidos por una cincuentena de naves robóticas. Era una defensa contra los meteoritos, pero bien podían destruir naves.

Erling Davis conducía la suya con seguridad. Él, sus compañeros y sus técnicos eran emisarios y gozaban por tanto de inmunidad. Aun así, se sentía abrumado. Hasta el momento sólo conocía la fortaleza gracias a las imágenes, y sólo había tratado con sus habitantes mediante rayos comunicadores. Pocos demetrianos habían recorrido su interior.

Reunió la arrogancia necesaria, conversó con Control de Estación, condujo su nave hasta el centro y aparcó. Tal vez no era correcto que un embajador pilotase su propia nave, pero él era quien era, y además él y Guthrie pensaban que así se ganaría un cierto respeto. A fin de cuentas, ¿quién podía saber cómo reaccionaría una mente selenita?

Cuando la comitiva atravesó las cámaras que conducían al interior, se encontró con una guardia de honor: hombres altos ataviados de negro y rojo, armados con pistolas de impacto. El capitán se cuadró y los acompañó a un fahrweg que los llevó por un pasaje hasta la periferia, donde los dejó cerca de los aposentos que ocuparían. El capitán les dijo que si deseaban datos o cualquier otra cosa que los aposentos no pudieran ofrecerles bastaba con que marcaran un número que les dio. Sin duda deseaban descansar y refrescarse sin que los molestaran.

A las tres horas todos asistirían a una recepción y una cena, excepto el capitán Davis, a quien la dama comandante invitaba a reunirse con ella a esa misma hora. El capitán se tocó la frente y se marchó con sus hombres.

Davis se sintió decepcionado con los aposentos. Había esperado algo más exótico. Bien, quizá los anfitriones deseaban que sus huéspedes se sintieran a sus anchas. Disponían de todas las comodidades y, después de la larga travesía desde Odiseo, el peso lunar era una bendición. Durante un rato los demetrianos charlaron, luego Davis se retiró a su cuarto. Allí se duchó, descansó, buscó entretenimientos en la base de datos y puso una vieja producción de Las muchachas de Egea. Las artes selenitas eran interesantes, exóticamente bellas, pero demasiado extrañas.

Llegado el momento, se vistió. El uniforme de su reciente servicio militar habría sido apropiado, pero los Chicos de MacCannon eran civiles -a pesar de su disciplina profesional- que se identificaban simplemente con un brazalete. Davis se puso un atuendo sumamente

Librodot

elegante para el Deméter actual: una diadema que le ceñía el cabello rojizo y largo hasta los hombros, una túnica de cuero de venado, pantalones de lino teñidos de verde, mocasines, funda para el cuchillo. Habitualmente usaba un mono (cuando no usaba sólo la pintura corporal), pero esa noche representaba a su mundo.

En el momento indicado regresó la escolta. Dos oficiales guiaron a Davis. Los pasajes que recorría lo fascinaron. Su opulencia correspondía a una civilización que vivía totalmente en el espacio, ligera y rebosante de energía. Pérgolas de coloridas aleaciones, con enrejados de curvas que jamás se repetían, se elevaban a ambos lados para formar arcadas que daban acceso a tres galerías de tiendas, talleres, restaurantes, salas de juego, salones de entretenimiento y otros lugares más enigmáticos; formas luminosas danzaban al son de una música que pasaba de los vibrantes graves a los agudos penetrantes en una escala irreconocible. Telones de resplandor ondeaban en las arcadas. Pequeñas esferas de luz giraban dentro de una columna transparente. Atravesó un tramo deshabitado, nimbado por una aurora cuyo susurro era el único sonido. En otro sitio un pasaje desembocaba en una plaza en cuyo centro rugía y gorgoteaba una fuente de fuego.

A pesar de sus muchos pobladores, los caminos no estaban atestados. Los selenitas no se empujaban, no gesticulaban ni gritaban. Su ropa seguía respetando el lujo de días pasados, pero cada hombre, mujer y niño llevaba la insignia dephyle. Habían llegado procedentes de todo el sistema de Alfa del Centauro, salvo Deméter y los planetoides demetrianos. Zamok SabyeP era el castillo del Phyle Ithar, pero también era ciudad, puerto de escala, mercado, centro cultural, lugar de encuentro de toda la raza; por eso Arcén y Yanir se habían aliado para tomarlo por asalto.

La vestimenta también había cambiado en otro detalle. La mayoría de las mujeres lucían un elegante estilete, y la mayoría de los hombres una espada. No eran herramientas como la de Davis. A veces se manchaban de sangre.

Al fin llegó a una puerta que era una lámina iridiscente de tres metros de altura. La rodeaba un marco que parecía de mosaico, pero las delgadas figuras de grandes ojos se movían. Los oficiales gesticularon y la puerta se abrió. Condujeron a Davis por un vestíbulo decorado con caligramas hasta una habitación donde se cuadraron y dieron media vuelta.

La cámara era un semielipsoide de veinte metros de longitud. Las flores, helechos y árboles que crecían en recipientes de tierra se arqueaban en lo alto o se entrelazaban para formar una glorieta. Lirios, azaleas, orquídeas, rododendros y buganvillas salpicaban el verdor con sus colores y aromatizaban el aire subtropical. Sauces, bambúes y arces enanos se mecían en la brisa de los ventiladores. Entre ellos había jaulas donde cantaban tordos, canarios y ruiseñores. Las mariposas revoloteaban libremente. Los únicos muebles eran un diván y una mesa de material tan delgado y transparente que los haría invisibles. Pero, en abierto contraste, en el centro del suelo rosado, un pozo sellado con cristal miraba directamente al espacio. Al pasar al lado, Davis vio incontables estrellas.

Rusaleth de Ithar se levantó y se le acercó fluidamente. Era tan alta como él, esbelta y grácil como un látigo, salvo por las curvas de las caderas y el busto. Su cabello se derramaba en ondas plateadas enmarcando unos grandes ojos ambarinos, unos rasgos clásicos y un largo cuello ceñido por un collar de filigrana de oro. Su tez parecía doblemente blanca contra la túnica de velvil rojo, que le llegaba hasta los tobillos. No llevaba armas visibles.

-Bienvenido, señor capitán Davis -saludó con acento cantarín.

Él saludó a su manera, le cogió la mano y dijo:

-Mi graciosa dama comandante.

A tan poca distancia, vio las huellas que los años habían dejado en ella, pero eran leves, prácticamente invisibles a la tenue luz.

Ambos permanecieron de pie, una práctica común en baja gravedad hasta que alguien invitaba a tomar asiento. La sonrisa de Rusaleth dulcificaba la fría pureza de su semblante. Pronto Davis descubrió que las expresiones de la dama comandante podían ser desconcertantes.

-Ojalá hayas tenido una grata travesía -declaró ella.

Davis sonrió.

-Bien, fue rápida, dama comandante, una vez que se convino este encuentro. No queríamos hacerte esperar. -Ni arriesgarnos a un inesperado cambio de ánimo o de política, pensó.

-¿Te satisface tu alojamiento?

-Es suntuoso. Nos recibes con mucha hospitalidad, sobre todo teniendo en cuenta la urgencia y la precipitación.

Rusaleth enarcó las cejas.

-No somos tan tontos, capitán, como para rechazar esta propuesta. -De nuevo sonrió, le cogió el codo-. Ven, he aquí unos entremeses antes de la cena.

-Gracias. -Davis la acompañó hasta la mesa, donde había una jarra de cristal, copas, bocadillos. Ella alzó una copa, y él la imitó.

-Uwach yeia -brindó ella-. A despegar.

-Feliz conclusión -respondió él. Las copas chocaron. El vino era aromático, especiado, fuerte.

-¿Feliz conclusión para nuestras negociaciones? -preguntó Rusaleth.

-Naturalmente -replicó Davis-. De lo contrario, dama comandante, nadie se alegraría.

-«Negociación» puede considerarse un eufemismo. Algunos llamarían «ultimátum» a la propuesta que traes.

-¡Mi dama comandante!

Ella lo miró sin inmutarse.

-No pretendo ofenderte, capitán, no te considero un experto en palabras serviles ni en intrigas. El señor Guthrie conoce a su gente. Si te escogió para hablarme en su nombre, y cara a cara, sin sufrir las demoras de una comunicación, entonces es que quiere hablar sin rodeos.

Sería mejor responder al ataque con las mismas armas.

-Perdona si no soy buen diplomático, dama comandante. No me dedico a este trabajo.

Ella asintió con un gesto.

-Lo sé muy bien -dijo afablemente-. Mandaste a tus hombres con astucia y valor. -Eso había sido cuando Guthrie decidió ayudar a la phyle de Rusaleth en su lucha mortal contra Arcén y Yanir-. Aunque eran ingenieros y técnicos sin experiencia en el combate. Algunas de sus tácticas fueron admirables.

Él hizo una mueca. No era así como él describiría el uso de superláseres y explosivos, la utilización de rocas y propulsores como armas, o la explotación sistemática de la baja tolerancia a la aceleración que caracterizaba a sus oponentes.

-Eres un guerrero nato -concluyó Rusaleth.

Davis negó con la cabeza.

-No, mi señora, jamás. Improvisé, y odié cada instante. Si se hubiera tratado de una auténtica guerra, como las que describen las crónicas de la Tierra, y no de algunas escaramuzas, no sé si habría resistido. No, soy sólo un ingeniero espacial.

-Has hablado como el señor Guthrie, con un ingenio que sospecho que es tan agudo como el suyo -comentó ella jovialmente-. ¿Acaso eres de su sangre?

-Sí, en vida él fue un antepasado mío. Pero supongo que lo mismo vale para la mayoría de los demetrianos.

-Una raza fogosa.

Ella bebió, y también Davis. El cosquilleo del vino aumentó la resolución de éste.

-Con todo el respeto, dama comandante, ya que me tomas por un toro de lidia, ¿puedo preguntarte cuándo iniciaremos las discusiones? Eso no quedó claro durante nuestra conversación.

-Ya lo hemos hecho.

Él la miró asombrado.

Ella adoptó una expresión seria, aunque no grave.

-Ambos cenaremos sin compañía y hablaremos sin tapujos. Si podemos llegar a un acuerdo, todo lo demás será una pura formalidad. De lo contrario..., pero no nos lamentemos antes de tiempo.

-Bien, tú tienes autoridad suficiente para concertar un tratado. En cambio yo... -¿Comprendería alguna vez aquella civilización? Cuando ella sugería hablar con franqueza, ¿bromeaba o lo decía en serio?-. Yo no. Nuestra sociedad es diferente.

Rusaleth asintió. Los bucles claros se desliaron sobre sus senos. Ella los echó hacia atrás.

-Sí, en ese sentido, los selenitas somos más honestos.

Davis la miró intrigado.

-El Dominio Centauriano no oculta que obedecemos, hasta cierto punto, a los príncipes del phyle más fuertes en cada momento -explicó Rusaleth-. Los demetrianos os consideráis una república, pero es inimaginable que vuestra Cámara Popular contradiga al señor Guthrie.

Davis se puso a la defensiva.

-Él no nos da motivos para contradecirlo. Cree que la principal función de un gobierno es dejar a la gente en paz. Pero... entiendo a qué te refieres, dama comandante. Si yo hago recomendaciones que él acepte, no habrá muchas discusiones en nuestro planeta.

-Exacto, capitán. -Rusaleth sonrió y le cogió de nuevo el brazo-. Sentémonos.

Codo con codo en el diván, bebieron vino, aspiraron el aroma de las flores, escucharon las aves y vieron agitarse sus alas.

-Pues bien -dijo Rusaleth al cabo-. Los demetrianos habéis acudido en ayuda de Ithar porque Arcén y Yanir os eran hostiles. Sus príncipes pretenden acabar con toda relación entre ambas razas, sosteniendo que no tenemos nada que ganar con ello, y mucho que perder. Citan como prueba lo que sucedió con Luna, cuyas instituciones políticas fueron asimiladas, y cuyas costumbres fueron eliminadas por el vecino más fuerte. ¿He sido bastante clara?

-No es tan sencillo, dama comandante -objetó Davis-. Si permitimos que aumenten las fricciones, por ejemplo, esa demanda que Orain de Yanir hacía en los asteroides... -se

interrumpió-. Pero sí, podemos hablar en términos generales. Comprenderás que Guthrie protege y fomenta los intereses de su gente.

-Claro.

-Y el principal de dichos intereses es que, dentro de varios siglos, su gente debe irse de Deméter.

-Continúa. No temas que me enfade, pues esto me complace. -Rusaleth dilató las fosas nasales. Aunque él no era guerrero por naturaleza, pensó Davis, Rusaleth sí lo era.

-No podemos desperdiciar tiempo y recursos en un conflicto -declaró él-. Y necesitamos la cooperación de los selenitas. Por razones obvias, estáis más adelantados en astronáutica. ¿Qué podíamos hacer sino ayudar a la facción que al menos no pedía abiertamente una ruptura?

-No ocultaré que ciertos colegas míos de Ithar tenían otro punto de vista.

-Entonces debo añadir, dama comandante, que insistiremos en defender nuestros intereses. Sabes que Guthrie es tan implacable como necesario. -Reflexionó un instante y decidió qué decir-. Te contaré una cosa que me dijo: «Si insisten en portarse como gatos en celo, fomentaremos la discordia entre ellos. No será difícil. Con el tiempo domesticaremos a los supervivientes.»

-¡Oh, magnífico! -exclamó Rusaleth con deleite-. Luego me contarás qué es un gato en celo, pero comprendo la intención de Guthrie. Que también es la tuya, supongo.

-Bien, Deméter es mi hogar, allí está mi gente. -Su madre, varias vidas antes-. Pero nuestras razas no tienen por qué estar en conflicto. Para eso he venido. Ella asintió una vez más.

-Ithar ya lo ha reconocido en principio. La pregunta es cuánto contacto debe haber entre nuestras razas.

-Más del que creo que prefiere tu gente, dama comandante, aunque las próximas generaciones pueden pensar de otra manera. Es verdad que ya no mantenemos muchas relaciones comerciales, pues ambos nos autoabastecemos. Pero en cuanto a los servicios... si te preocupan tus descendientes, tienes muchos motivos para colaborar con nosotros. Déjame recordarte que cuando los planetas choquen uno de ellos saldrá en sentido inverso y llenará el espacio centauriano de escombros. Aun para los selenitas será peligroso durante millones de años. ¿De veras pondrías todos los huevos en el mismo cesto?

Ella se echó a reír.

-Otra expresión encantadora. Sospecho que es del señor Guthrie. Adelante, capitán, no te detengas.

Él miró fijamente a Rusaleth. Esa presencia, combinada con el vino, le haría difícil hablar de negocios.

-Será mejor que unamos nuestros esfuerzos. Nosotros contamos con recursos de los que carecen los selenitas, entre ellos una mayor población y una mayor tolerancia a la aceleración. -Robustez, sí -ronroneó ella.

-Explorar otras estrellas, fundar colonias... ambas razas cuentan con la base industrial necesaria. Deberíamos comenzar de inmediato. Tardaremos por lo menos doscientos años.

-Y si comenzamos pronto -añadió ella con fervor-, quizá nazcan suficientes héroes. De lo contrario será demasiado tarde.

-¿A qué te refieres, dama comandante?

Librodot

-Es un antiguo dilema. ¿Qué debe hacer una sociedad cuando la edad de oro toca a su fin? Nuestros antepasados viajaron hacia aquí, lucharon, sufrieron y murieron, pero antes engendraron, y llevaron a cabo grandes proyectos, de modo que hoy vivimos en la abundancia. ¿Y ahora qué? Creo que en Deméter sólo tenéis paz porque contáis con vuestro adorado e inmortal líder, el señor Guthrie, y con la majestuosa presencia de la Madre de la Vida. Pero he sabido que aun así la gente sigue su propio camino, ya sea buscando una existencia simple y contemplativa en la naturaleza o viviendo en el frenético egoísmo de las ciudades. Ahora que su mundo está dominado, ¿qué motivos tiene para soñar y sacrificarse, cuando en definitiva ese mundo está condenado? Así aumenta la sensación de desesperanza.

Aunque ella exageraba, Davis notó sorprendido que la dama era perspicaz, y no sólo para la política.

-¿Y qué hay de los selenitas?

-Antaño teníamos menos luchas fratricidas.

Davis sintió una punzada de alegría.

-Un nuevo propósito común... mantener vivos los tiempos heroicos.

-De cara a la realidad.

-¿Qué?

-La naturaleza de las cosas, de este universo nuestro. -Rusaleth señaló el pozo donde desfilaban las estrellas.

-Guthrie me dijo más de una vez que él tiene la intuición visceral de que el universo no está tan desprovisto de vida como sostienen los sofotectos de la Tierra.

-No podemos desechar la palabra de los sofotectos, aunque odiemos la soledad que implica -replicó Rusaleth sombría-. Su intelecto queda más allá de nuestro alcance.

-En cuanto a eso, Guthrie dijo que cualquiera puede encontrar infinitas figuras de Mandelbrot en su ombligo.

Rusaleth soltó una sonora carcajada.

-¡Me gustaría conocerle! Es como una ráfaga de ese viento marino que nunca he sentido salvo en una quivira. A falta de él...

Miró seductoramente a Davis y se le acercó. Vacilante, él se apresuró a añadir:

-Hemos oído rumores de que los selenitas están trabajando en el diseño de auténticas naves interestelares.

-Eso escapa a mi órbita -replicó ella-. Pero ya que ambos deseamos ser francos, y buscando cierta armonía, un físico me ha confiado que quizá podamos viajar pisándole los talones a la luz.

-¿Qué? -exclamó Davis-. ¿Cómo?

-Habló de transferir impulso entre la nave y el cosmos, la reacción contra el espacio mismo. Pero yo no domino esas artes.

La mente de Davis brincó de aquí para allá.

-¿Espacio? ¿Partículas virtuales? Podemos obtener trabajo a partir del vacío, eso se sabe desde el siglo veinte, el efecto Casimir... ínfimo, pero... si ese físico va bien encaminado, el coste energético de alcanzar una velocidad se reduce muchísimo, y...

-Si llegamos a un acuerdo, tú y yo y el señor Guthrie, vuestros científicos verán las ecuaciones y las pruebas laboratorio. Ese científico me advirtió de que la idea no es más que un punto de partida. La energía necesaria, aunque muy inferior, sigue siendo inmensa.

-Obviamente. Una nave pequeña, similar a la que llevó las emulaciones a Deméter, podría acercarse a la velocidad de la luz. Pero para mover una gran nave, con cientos o miles de cuerpos en hibernación, no resultaría. Aunque pudiera construirse, cosa que dudo, la filtración de radiación la inutilizaría y mataría a los pasajeros. Además, hemos ampliado el tiempo en que podemos mantener en buenas condiciones a una persona hibernada, pero no sobrepasa los cien años, y la radiación de fondo y los efectos cuánticos me hacen pensar que nunca conseguiremos mucho más.

Rusaleth le rozó la mano con los dedos.

-Ah, pues sí que eres ingeniero -bromeó dulcemente.

Sorprendido, él se centró en los aspectos prácticos.

-Con perdón, dama comandante. Con limitaciones o no, es una perspectiva prometedora. Cuando menos, aumenta enormemente nuestra capacidad de exploración. Que tu gente siga investigando, y veremos qué podemos hacer por nuestra parte.

-Primero debemos llegar al acuerdo que buscas, con un intercambio de promesas y rehenes.

-¿Rehenes? Rusaleth sonrió.

-Emisarios, portavoces si lo prefieres. Selenitas en un satélite de Deméter, demetrianos entre nosotros. Sus servicios no serán desagradables, como espero demostrarte.

Las sienes de Davis palpitaban.

-Espero permanecer aquí una temporada mientras... discutimos este asunto.

-Y disfrutamos de otros juegos -murmuró ella-. Llena las copas, capitán, para que bebamos a gusto antes de disfrutar de la cena y de todo lo demás.

Librodot

61

Por vuestras comunicaciones recientes, es evidente que vosotros y vuestras limitadas inteligencias artificiales ya no nos encontráis comprensibles. A menos que os interesen las noticias sobre los pocos humanos no integrados que quedan en la Tierra (y sospechamos que os interesan tan poco como a nosotros), no tiene sentido continuar este contacto, que quizá no sea aconsejable para vosotros.

Aunque más grande y poderosa que cualquier cosa que hubiera existido en el sistema solar antes del éxodo, pues sus componentes se extendían por el espacio interplanetario, la Red Astronómica de Alfa del Centauro no había encontrado más planetas cuyas atmósferas contuvieran oxígeno.

Los ya conocidos giraban en torno a las estrellas 82 Eridani y Beta Hydri; en Puppis había uno con un simple número de catálogo, HD44594.

Los colonos los estudiaron detenidamente, aprendieron mucho, y en su momento comenzaron a explorarlos.

Las naves enviadas con este propósito no eran las sondas robóticas que iban a otros sistemas menos interesantes. Eso hubiese sido demasiado lento. En cambio, tres pequeñas supernaves viajaban casi a la velocidad de la luz. Además de los medios para la investigación científica, cada una portaba una copia de Guthrie. Una conciencia que recordaba cómo era la condición humana, infundía propósito y urgencia, y -en sus palabras- tenía corazonadas sobre lo que debía buscar.

Habían transcurrido casi dos siglos terrícolas cuando la última de esas conciencias regresó del más lejano de esos soles, copió los datos en su «original» y al mismo tiempo quedó anulada. Pero ¿era así para ella y sus predecesoras? Cada experiencia, cada pensamiento, quizá cada sueño que habían tenido pertenecía ahora al único Guthrie.

-Con uno de nosotros basta, si no es que sobra -declaraba él. Sin embargo, como el vivir continuamente nos transforma, después de las fusiones ya no era el mismo de antes.

Yendo de su laboratorio de psiconéctica a su centro de control privado, descansó un buen rato, en silencio y a solas. Al fin activó un comunicador muy especial, que buscó una red secreta, que no era tanto una red física como un conjunto de códigos y conexiones, hasta que en otra parte del planeta encontró el foco de atención que buscaba. Pasó un minuto, porque ella estaba ocupada en un asunto intrincado e importante, hasta que su voz respondió: -¿Me necesitas, Anson? -Sí. ¿Puedes dedicarme algunas horas? -A ti, siempre.

-No te comprometas más de la cuenta, querida. Sé que estás ocupada... contrarrestando esa plaga en Etolia, y sin duda con cincuenta cosas más. -Guthrie rió-. Las diosas no tienen vacaciones.

-No aciertas una. Sabes muy bien que no soy una deidad, y las únicas vacaciones en la vida son las permanentes. Pero claro que tengo tiempo. Habla.

-Las palabras no bastan en este caso. ¿Podemos comulgar? Deméter titubeó un segundo. La unión de sus mentes se volvía más difícil a medida que ella evolucionaba hacia la transfiguración. Para Guthrie era imposible la comprensión plena, y también, en cierto sentido, para ella. Pero...

-Naturalmente. Ven estaré esperando.

El medio que necesitaban estaba tierra adentro. Guthrie llamó a tres lugartenientes, anunció que estaría ausente un par de días y partió.

Su cuerpo multifunción bajó a un garaje subterráneo y pidió un deslizador. Un hombre estaba allí con la misma intención, elegantísimo en un ceñido traje rojo con orlas doradas. Como su máscara, una estilizada ave de plata, estaba levantada, Guthrie lo reconoció (Christian Packer, piloto) y lo saludó.

-Hola, ¿vas al puerto espacial?

Sobresaltado, el hombre se volvió hacia la máquina que se le había acercado en silencio.

-¿Eres tú, señor Guthrie? ¡Suerte y vida! -Al decirlo, debió reparar en la ironía de aquel saludo formal. Su rostro pardo enrojeció-. Sí, debo partir por un semiaño.

-¿Tanto tiempo? -preguntó Guthrie sorprendido-. ¿Adonde, santo cielo? Creía que de aquí solamente salían misiones de rutina.

Claro que podía tratarse de un proyecto privado, aunque Packer estuviese al servicio de la República.

-Esto es diferente. El director Rudbeck me dio el permiso en cuanto lo solicité, y el mando de una nave-antorcha. Participaré en la expedición de Dis.

Guthrie sabía que los selenitas pensaban viajar a ese planeta de Próxima.

-Mmm, no es mala idea tener un observador y un contacto entre ellos. Pero...

Packer lo interrumpió en un arrebato de entusiasmo, olvidando un respeto al cual nunca prestaba demasiada atención.

-¡Señor, felicidades!

-¿Por qué?

-Por tu viaje de ida y vuelta a Puppis. ¿Por qué otra cosa? ¡Es fantástico! ¡Un mundo realmente vivo!

-Maravilloso, claro. -Infinita e inquietantemente maravilloso; no una biosfera primitiva y marginal, sino una similar a la Tierra antes del hombre.

-Un mundo para nosotros. Y tú lo has encontrado.

-Bien, no lo he encontrado para nosotros. Has visto mi informe preliminar, ¿verdad? La química es muy diferente de la nuestra. Tendríamos que destruir demasiado antes de poder instalarnos. Acepté el desplazamiento de muchas especies demetrianas, pero nunca me gustó hacerlo, así que continentes viviente enteros... no, mientras mi opinión valga algo, nuestra especie no cargará con semejante peso en la conciencia.

-Estoy completamente de acuerdo, señor. Pero lo que podemos descubrir, lo que podemos experimentar... y ese otro planeta del sistema que podemos transformar, como los de Eridani e Hydri...

-Es verdad. A fin de cuentas, tenemos un futuro.

Una luz se apagó.

-Sí -dijo Packer sombríamente-, el futuro. -Un futuro que nadie llegaría a ver. Ni siquiera era posible llegar a HD44594 II, Bion, salvo con robots y emulaciones.

-Gracias por tus amables palabras -dijo apresuradamente Guthrie-. Pero háblame más de tu viaje. ¿Para qué es?

Packer irguió un poco los hombros caídos.

-Vaya, creía que todo el mundo lo sabía. Los estudios geológicos son el motivo principal.

Librodot

-Bueno, he oído hablar de eso pero no lo entiendo ¿Qué nuevos conocimientos aprovechables pueden brindarnos, sin contar pequeños detalles, que merezcan arriesgar otra vez el pellejo en ese infierno helado?

-Es mejor que una quivira -protestó Packer.

-Sí, claro -admitió Guthrie.

-Además habrá mujeres -añadió Packer con una sonrisa picara.

-Ya. Sospecho que también son mejores que una quivira.

Al menos las selenitas eran reales, e implicaban poco peligro de compromiso duradero. Ambas razas buscaban cada vez más esos contactos. Era como si los habitantes de la ciudad y del espacio se hubieran hartado de la promiscuidad entre los suyos y prefiriesen la esterilidad inherente a este nuevo modelo de relaciones.

El vehículo de Guthrie había llegado.

-Bien, te deseo buen viaje, hijo -dijo, extendiendo una mano humanoide. Packer vaciló, recordó por las lecciones de historia o los espectáculos históricos que en otros tiempos era un saludo común, y se la estrechó.

La cortesía que le habían inculcado le indujo a responder, con una genuflexión:

-Que la suerte te favorezca, señor.

Guthrie extendió las piernas, abordó su deslizador y se marchó.

Se elevó desde la pista aérea y se dirigió hacia el oeste. Era un brillante día de verano, y ambos soles se elevaban sobre blancas y desperdigadas masas de cúmulos. Los sensores externos le trajeron la calidez que irradiaba el suelo, la frescura que aleteaba en el viento. Bahía Refugio era una pátina azul con encajes de espuma, índigo hacia el horizonte. Puerto Fireball se extendía sobre la costa: un conjunto de torres, cúpulas, pirámides, poliedros, múltiples colores y grandes transparencias curvas. La población que habitaba esos edificios y circulaba por aquellas calles consistía principalmente en máquinas. Los desperdigados hogares humanos eran sólo reconocibles por los árboles, parques y jardines que los rodeaban. Algunos estaban vacíos. Al sobrevolar un campo de juego, Guthrie amplió la imagen y vio tres niños entre toboganes, columpios y tiovivos.

Esto era bueno, tenía mérito que la gente se proyectara hacia el futuro. Él había descubierto nuevos mundos, pero entre el presente y el día de la destrucción mediaban menos de dos siglos; no había manera de embarcar a millones de personas. Al margen de la productividad industrial, la estrategia era imposible. Si ese problema se resolvía, aún quedaba el hecho de que los emigrantes no podían aguardar en hibernación hasta que hubiera viviendas suficientes. El tiempo se agotaría.

Su nación no necesitaba más crecimiento demográfico. Al contrario, debía reducir el número de habitantes generación tras generación, hasta que quedaran suficientes para escapar. Era totalmente lógico, humanitario e inhumano.

-Contrario a la vida -había dicho la acongojada Deméter, mientras sus propias legiones crecían, corrían, volaban, nadaban, se multiplicaban victoriosas sobre los últimos desiertos.

El mar y la ciudad quedaron atrás. Sembrados verdes, dorados, a veces cobrizos o azulados ocupaban las colinas. Un habitante de la Tierra o un pionero de los primeros días del planeta no lo habría reconocido. No había máquinas a la vista, y ninguna iba allí salvo para cosechar y transportar. Los bosques, prados y marismas se mezclaban aparentemente al azar. Pero de allí salían alimentos, fibra, madera, medicamentos, sustancias químicas, bacterias domésticas y sus productos, y minerales selectivamente concentrados. Creada para alimentar a la humanidad, aquella maravilla cuidaba de sí misma.

No, no era precisamente así. Sin Deméter, pronto todo quedaría convertido en ruinas. Las especies inútiles degenerarían en mutaciones, surgiría una ciega ferocidad, enfermedades, maleza, peste, depredadores que causarían estragos; la lluvia erosionaría el suelo expuesto, y sólo sobrevivirían matas duras, achaparradas, escasas e inservibles. Deméter detectaba cada amenaza en cuanto aparecía. Escogía y enviaba a sus soldados, ingenieros y físicos -ya fuesen nanomáquinas, robots diminutos, plantas, insectos, halcones, hurones o lobos-a combatir y restaurar. Aunque la informática era un aspecto de su inteligencia, no era una tarea para ordenadores. Aun los más poderosos y mejor programados debían recurrir inevitablemente a la tosca simplicidad del cultivo directo. Lo que veía Guthrie era la obra de un organismo viviente que se mantenía y se curaba a sí mismo.

El terreno se elevó. Las zonas cultivadas cedieron el paso a comarcas agrestes y a bosques. Aquellos árboles, lianas, arbustos, lagos, juncales, arroyos y peces pertenecían también a Deméter. Sin esa vitalidad, ella no podía mantener sus campos y huertos; sin la presencia rectora de Deméter, las zonas silvestres no habrían conservado mucho tiempo su majestuosidad. La mente se había vuelto una con su creación.

Paradójicamente, había muchos claros. Allí anidaban casas bajas, de madera sin pintar, a prueba de incendios, integradas en el paisaje. Guthrie sobrevoló una aldea. Se estaba celebrando un rito, una procesión en torno a un poste cuyas tallas representaban plantas y animales. Los audiosensores de Guthrie captaron un fragmento de una canción, flautas, tambores.

Quizá fuera un rito en honor a Deméter. Los habitantes de la región no la adoraban, pero sí la veneraban. No era una regresión. Seguían siendo gente educada e informada, enviaban sus delegados a los consejos de la República; comerciaban con objetos de arte y otros bienes de valor. Pero sus almas se habían replegado.

-Como los amish cuando yo era joven en la Tierra -le había comentado Guthrie a un conocido, quien no captó la referencia-, aunque éstos no rechazan los lujos. Todo lo contrario, si son artesanales. Tampoco tienen una religión específica. Quizá pueda decirse que son piadosos, quizá podamos llamarlos quietistas. No sé, es una cultura nueva.

Una generación después, notó su influencia en las ciudades, no sólo en el vestir y los giros idiomáticos sino en la música, la pintura, el baile y el pensamiento.

Cientos de kilómetros después terminaba el bosque. Los tupidos valles aún eran muy verdes: álamos y sauces de hojas pálidas y trémulas bordeaban los arroyos; pinares y encinares coronaban muchos riscos, pero las serranías estaban dominadas por la hierba, las margaritas, las amapolas, la retama, el abrojo, a veces una mata de curadillo que recordaba otras épocas. Lifthrasir Tor se erguía en medio de esa exuberancia, que ocultaba sus asperezas con sombras ondulantes y notas de color. Los árboles que se levantaban a sus pies habían envejecido y muerto un siglo atrás, después de cumplir los propósitos de los científicos, que habían aprendido todo lo que podían aprender y habían abandonado la instalación. Robles, espinos y un alto fresno rodeaban el edificio de la cresta, cuyos destellos blancos asomaban entre los troncos.

Guthrie descendió, aterrizó, se apeó del deslizador y subió por el angosto sendero. Un par de máquinas lo estaban reparando, pero aparte de eso sólo había sol, un lagarto en una roca cubierta de liquen, un faisán agitando las alas, un penetrante perfume a menta. Cuando llegó al bosquecillo, el viento susurraba entre las ramas, que arrojaban motas de luz sobre el musgo y el moho del suelo.

Recubierta de hiedra, la estación se había convertido en templo. Guthrie entró en una fresca penumbra donde remaba un murmullo suave como la pulsación de la sangre en el cerebro o el corazón. Los robots lo recibieron con una deferencia no precisamente rebotica, más parecida al homenaje que se rinde a un ser amado. Lo condujeron -entre bancos donde

palpitaban dispositivos electrónicos, fotónicos, nucleónicos, la parte aparatosa de Deméter-, hasta una habitación del centro. Allí separaron la caja donde se alojaba su psique de la maquinaria, que controlaba y la conectaron con el dispositivo que Guthrie había ordenado fabricar sólo para él.

La comunión comenzó.

-Bienvenido -vibró en él. Era algo más que palabras, inducción directa de una red neuronal a la otra. Era como estar pensando a solas, pero con los pensamientos de ella; era como despertar de un sueño, con el eco de esa voz en él, salvo que esto era totalmente real y tan claro como un lago alpino.

-Bienvenido eres -canturreó Deméter. En torno a esas palabras palpitaba la vida. Guthrie reconoció manzanas que buscaban la madurez, un conjunto de músculos contra el agua torrentosa, el terror y la ceguera y el sabor de la sangre en la boca de un zorro. Entonces el espíritu de Deméter lo abrazó, y sus sentidos menores se perdieron en ella.

No había necesidad de hacer preguntas. No obstante él explicó sus preocupaciones con la mayor sencillez posible. Era un modo de ordenar las ideas.

-Aquellas dos versiones de mí que fueron a las estrellas más cercanas no permanecieron lejos mucho tiempo. Cuando regresaron, no nos costó adaptarnos mutuamente. Yo sumé sus recuerdos, paralelos en el tiempo, a los recuerdos de la versión que se había quedado, y eso fue todo. Pero esta última encontró muchas cosas extrañas, y muchos cambios en casa mientras estaba ausente; sobre todo tú, querida... ya nada tiene sentido. Deméter me resulta más extraña que Bion. Por cierto, es sólo un problema de asimilación. Puedo acostumbrarme a ello. Pero si me ayudas, podré hacerlo de inmediato.

-Siento el conflicto, en la medida de lo posible, no siendo humana.

-Tampoco yo soy humano ahora -le recordó él con amargura.

-Esto no es lo único que pides de mí.

-No. Esto es muy poco, al lado de lo que realmente busco. Primero, sin embargo, debo ordenar mi mente.

-Buscaremos la unidad.

Lo había llevado allí en el pasado, hasta los límites de su capacidad. Guthrie permanecía aislado entre máquinas y nunca había dejado de pensar como un hombre. Pero ella podía introducirlo en su vida y, con paciencia y ternura, lograr que una parte de él formara parte de esa vida.

En un ciclo incesante, la liebre perece para que el zorro viva y el follaje brota para las liebres jóvenes; las raíces quiebran la piedra, la planta muere y une la putrefacción a los fragmentos para abonar las nuevas raíces que se entrelazan; el polen flota en el viento, el esperma brota de la pasión, el óvulo lo acoge y el ADN encaja al entrelazarse.

Las sombras se alargan: el diente de león y la abeja intercambian mañanas.

-Soy el todo.

-Entonces contempla.

Quizá no fue intencionado sino sólo una asociación que se produjo cuando el propósito de Guthrie se impuso a sus personalidades unidas. Deméter enfocó una escena y la mostró a Guthrie como si él estuviera presente, vivo.

Noche. El árido interior de Caria. La Vía Láctea y las estrellas constelaban la negrura. Su luz argentada bañaba una meseta y una planicie con tal resplandor que aun en lontananza

el ojo distinguía franjas de salvia y raquítico saguaro. El humo de una fogata llenaba el aire quieto y escarchado.

Un hombre y una mujer estaban al borde de la meseta, donde habían instalado su tienda y atado sus caballos, e iban abrigados con cuero y lana; debían de ser nómadas de la comarca. Ella se acurrucó contra él.

-Hace frío, mucho frío -dijo exhalando una bocanada de vapor.

Él la abrazó.

-Me temo que el verdadero frío está dentro de nosotros -respondió.

Ella se acarició el vientre con la mano. Estaba encinta.

-¿Se atreverá mi hija a concebir un hijo?

-Esperemos que sí. Nuestro nieto, cuyos hijos escaparán de la muerte de Deméter.

-Si hay espacio en una nave. Serán demasiados, ¿verdad? No deberíamos tener...

-Calla. No pierdas el valor. Juramos que no nos quedaríamos sin hacer nada.

-Sí, lo juramos. Haremos lo que podamos con lo que tenemos. Bésame.

A petición de Guthrie, Deméter se alejó de la pareja. Sin duda habían abandonado su tribu para decidir a solas si su hija debía nacer.

Mares, ríos, bosques, praderas, túneles subterráneos y cielos rodearon a Deméter y Guthrie.

-No me gusta fisgonear -dijo él.

-Para mí no ha sido un fisgoneo. Esos dos forman parte del mundo por el cual yo velo.

-El mundo que tú eres. (Un fogonazo de dolor.) Que será destruido. A menos...

-Esos dos no sienten angustia por sí mismos, sino por quienes los sucederán en este universo donde somos un accidente químico fugaz... ¿estaban en tus pensamientos mientras viajabas?

-No puedo afirmarlo con certeza. No soy tan maternal como tú. Pero, bien, al margen de la contratación relativista de tiempo, he tenido muchos años para pensar, y he hallado más temas de reflexión de los que imaginaba.

-Tu búsqueda, tu odisea. A menudo miraba las estrellas y te envidiaba, Anson. (Una llamarada de pasión.) ¡Dame tus recuerdos!

Él los dejó fluir libremente, no como una narración, episodio por episodio, fase por fase, sino como momentos que volaban al igual que la espuma del mar.

La nave a plena velocidad. Un tenue resplandor enturbiando el espacio, los campos protectores de proa hendiendo los átomos interestelares. Más allá un vacío colosal, donde la aberración y el efecto Doppler impedían ver las estrellas próximas; mucho más lejos, cien mil astros de color blanco azulado, arracimados en torno a la luminosidad del trasfondo cósmico. Guthrie lo contempló durante meses antes de pedir a su robot asistente que lo desconectara.

Al cabo de diez años de estar a bordo y tres cuartos de un siglo-luz, despertó. La nave estaba desacelerando, las constelaciones florecían como capullos.

Bion. Un mar verde botella en cuyas ondas irrumpían alas que remontaban el aire. Un bosque de arcos góticos de los que colgaban cortinas rojas y donde sonaban cascabeleos cristalinos. Una montaña revestida desde el pico nevado hasta las colinas de hiedra violácea, hogar de un sinfín de criaturas. Lluvia, y en cada gota un embrión que cumplía su ciclo al caer, liberándose al chocar. Animales con inteligencia de hormigas que construían ciudades

mágicas. Otros animales que usaban varas afiladas y piedras. Otros animales que no usaban herramientas pero encendían fuego.

Otra esfera orbitaba el mismo sol. Allí la vida era tan rudimentaria como en Deméter cuando él había llegado, pero los microbios que atacaban la roca habían cubierto la tierra de légamo y dos lunas mantenían los mares activos. Aquí, más que en Beta Hydri o en 82 Eridani, se hallaban los rudimentos de una nueva Tierra. Pero las naves que podían trasladar humanos hasta allá serían demasiado lentas y sus pasajeros perecerían...

Rumbo a casa. De nuevo un firmamento extraño. Recuerdos de lo que dejaba atrás. Si Tamura, si Tamura... claro que era imposible, una esperanza a la que Guthrie había renunciado siglos atrás cuando ya no pudo sostenerla.

-Mi otro yo ignoraba lo que habíamos aprendido por medio de los sofotectos de la Tierra antes de que dejaran de comunicarse. Más aún, ignoraba en qué te habías convertido, tu madurez. Yo que me quedé aquí lo sabía, pero no había pensado en lo que podía significar. Estaba demasiado ocupado... o tenía, demasiado miedo de equivocarme. De algún modo, cuando ambos nos unimos, la desorientación, el disloca-miento... ¿puede el caos ser creativo?

-Es la fuente de la creación -respondió Deméter-. Surge de una realidad que nos sorprenderá siempre por su novedad si nos abrimos a ella; es más grandiosa de lo que podemos concebir, y aun así podemos integrarnos en ella... (Meditación.)¿Por qué no lo vivo?¿ También yo estaba demasiado ocupada o sentía demasiado temor? Esto podría hacer que descuidara mi mundo viviente durante años, lo que sería su perdición. Pero está condenado, al margen de lo que decida. Sí, de su muerte debería surgir una vida ilimitada... Sí -jadeó a través de las hojas-, sí, pienso, siento, creo que el poder puede ser mío... Sí -exclamó triunfante.

El espíritu de Deméter capturó al de Guthrie. Durante un tiempo giraron juntos por bosques y campiñas, en aguas y tormentas, elevándose hacia las estrellas y la visión que compartían. Ella era Deméter Madre, pero también era Kyra, Eiko y todo lo que él recordaba de Juliana.

Librodot

62

Reconstruir a Anson Guthrie en carne y hueso, una tarea nada sencilla, era el primer paso del proyecto, el más pequeño.

Al igual que los colonos, Guthrie había almacenado su historial médico en la base de datos que los había acompañado desde Sol hasta Centauro; el suyo, como el de los demás, incluía el mapa de su genoma. La información se refería a un hombre cuyas cenizas descansaban desde hacía siglos en la Luna, mezcladas con las de su esposa. Ningún médico lo consultaría al buscar el mejor tratamiento para una enfermedad o el mejor consejo para gente que deseara tener hijos. Sin embargo, ni pesaba ni ocupaba lugar, y alguna vez, de algún modo, él u otro podía necesitarla.

Así que, cuando ese día llegó, increíblemente, allí estaban las instrucciones para incluir su código en la nanomaquinaria. Los ensambladores moleculares se pusieron a trabajar. De las soluciones y gelatinas del tanque extrajeron lo que necesitaban; construyeron las cadenas ADN y ARN de células y mitocondrias, modelaron cigotos y los pusieron a funcionar, guiaron su proliferación y sus diferenciaciones.

Lo que creció en aquel complejo vientre no era un feto. Podría haberlo sido, si lo hubieran deseado. Algunas veces, en la Tierra. Algunas personas habían sido tan ricas y vanidosas como para criar hijos que eran clones de sí mismas. Guthrie nunca había sentido esa tentación, y no favorecía sus intenciones. Necesitaba un cuerpo joven pero plenamente desarrollado. Un cerebro infantil o juvenil no podría haber asimilado lo que se proponía darle. El conocimiento a transferir tan abundante y variado, lo habría llevado a la locura. Y si primero tenía que crecer, sería demasiado tarde. Se habría formado una personalidad, se habrían fijado recuerdos y patrones sinápticos, habría surgido la resistencia a recibir toda copia.

Aun con un adulto inconsciente en la oscuridad y el silencio, la operación habría sido imposible. No era una tabula rasa esperando pasivamente que escribieran en ella. Era una red programable, como aquella donde habían copiado al viejo Guthrie. Recibía los datos gradualmente, a medida que se escaneaban las neuronas y se transmitía la información que contenían. El programa sólo se activó cuando todo estuvo allí, plenamente coordinado. Una nueva conciencia pasó a existir como entidad completa.

El otro proceso era totalmente diferente. Aunque el clon que yacía en el tanque se mantenía vivo artificialmente, vivía. Metabolizaba. Realizaba las muchas funciones necesarias para la supervivencia. Su cerebro, aunque desprovisto de pensamiento, estaba cada vez más ocupado, a medida que progresaba, coordinándolo todo: secreción, excreción, flujo de impulsos y líquidos, ritmos cardíacos y musculares. Vagamente, comenzó a soñar.

No podía recibir gradualmente lo que era ajeno a su experiencia, porque el sistema nervioso viviente no podía permanecer pasivo. Su naturaleza lo empujaba a tomar esos fragmentos sin sentido y suprimirlos, liberarse de ellos.

Guthrie no conocía modo de imponerle todo su ser en un solo asalto instantáneo. De tener los dispositivos adecuados para ello, habría sido totalmente inútil. Se podían establecer algunos reflejos condicionados, pero el cerebro no está hecho para aprender de esa manera. Necesita tiempo para asimilar el conocimiento.

Primero, debe adquirir redundancia, copias de cada rastro molecular, porque las fluctuaciones cuánticas los degradan y si no hay sustitutos el recuerdo pronto se pierde. Segundo, la mente no es una cosa aparte, almacenada en la cabeza. Es un subconjunto -grande, en los humanos, pero aun así un subconjunto- del organismo. Ese organismo no puede aprender de inmediato cómo ser una persona, así como no puede aprender de inmediato a

caminar por la cuerda floja, a tocar el violín o a no temer a la muerte. Obligarlo sería quebrarlo.

En consecuencia, la emulación Guthrie no había pensado que un Guthrie humano pudiera recorrer de nuevo el mundo, hasta que Deméter llegó a su madurez.

Ni los poderes ni el intelecto de Deméter eran ilimitados. Trascendían lo humano, pero las criaturas que habitaban en Sol lo habrían desdeñado si hubiesen sido capaces. O quizá no. Ni esas criaturas ni Deméter eran mensurables. ¿Un relámpago es superior a una marejada? Deméter constituía un planeta viviente, tal como el cerebro y los nervios constituyen un solo ser. Aunque no controlan cada célula, las mantienen en armonía, y en caso de necesidad pueden convocarlas para actuar conjuntamente. Así reinaba ella sobre sus millones de criaturas.

Bach no componía con las venas, los pulmones, las piernas, las gónadas, ni siquiera con el corazón. Sus oídos le hacían llegar el sonido, sus manos trabajaban sobre el teclado y escribían las partituras, aunque en una época posterior un robot le habría prestado esos servicios. Pero no fue un cerebro incorpóreo el que adoró a Dios y compuso la Misa en Si Menor; fue el ser humano en su totalidad.

Asimismo -en una analogía tosca, pues las palabras son limitadas- la mente y el espíritu de Deméter eran todas las vidas que ella poseía. Lo diverso en una entidad que conocía cada elemento como ninguna máquina podría hacerlo. La anchura y hondura de su comprensión llevaban todavía lejos, al nivel cuántico y sus misterios; sus observaciones conciliaban las paradojas.

Si ella podía guiar el destino y sanar las heridas que se autoinfligía una biosfera, podía guiar la génesis de un individuo.

No era fácil. Muchos pensamientos y cálculos eran previos a la tarea, y durante cientos de días ella les consagró toda su atención, mientras alimentaba a su criatura con Guthrie y conducía ese espíritu ciego hacia la existencia. Era un experimento con muchas incógnitas. Por esa razón él había decidido ser el primer sujeto:

-Un buen comandante no expone a sus hombres a riesgos que él no afrontaría. Si fracasamos, será un Anson Guthrie quien sufra, y yo quien asuma la responsabilidad. Si la criatura sufre en exceso, la mataré.

Pero al fin los robots sacaron del tanque a un joven vigoroso que inhaló y miró de un lado a otro. Aunque naturalmente necesitaba capacitación y entrenamiento, desde el principio su identidad se puso de manifiesto.

Albergaba recuerdos y amores que se remontaban a su infancia en la Tierra, y se proyectaban hasta viajes interestelares. No sabía cuánto había experimentado la emulación; la capacidad de almacenamiento del cerebro tiene límites, y le aguardaba una vida propia. Sin embargo, sabía lo suficiente, y podía buscar el resto cuando quisiera, u oírlo de aquel padre que era él mismo.

Entretanto, Deméter, alentada por el éxito, se embarcó en una creación más osada. En parte, lo hizo para aumentar su conocimiento y su habilidad. En parte, para ofrecer un símbolo, una encarnación; el hombre no vive sólo de la razón, y los tiempos venideros pondrían a prueba el alma de los hombres. En parte, era para servir a un propósito que la trascendiera.

El siguiente patrón de ADN no era exclusivamente el de Kyra. Incluía elementos de Eiko, pues ella también debía participar en la reencarnación. Guthrie tenía la esperanza de que algo de Juliana resucitara también; a lo largo de los siglos, cuando él y Deméter se

conectaban, habían compartido ese fantasma, y ahora el ser que cobraba forma en el humano naciente era Deméter misma.

Parcialmente sí: un vestigio, un aroma, una visión fugaz. La mujer sólo podía conocer plenamente en qué había consistido ser mujer. Sólo podía vivir a su manera, como mortal. Pero en ella residía la simiente de lo que era más que humano, otra Deméter más grande en muchos otros mundos.

La mujer abrió los ojos. Sonrió.

Librodot

63

Cuando su primogénito cumplió seis años, Anson y Deméter Hija lo llevaron al templo de Lifthrasir Tor. Podrían haber celebrado en casa el encuentro, pero yendo allí realizaban una ceremonia que consideraban necesaria. Más aún, el raro privilegio de visitar personalmente el templo suscitaba en el niño una excitación, una avidez, que quizá le ayudara a superar sus temores. Algunas preguntas que hacía últimamente tenían respuestas que turbaban a los adultos.

El viento otoñal barría las montañas, impulsando nubes que cubrían un sol y luego el otro, de modo que la luz caía en franjas brillantes u opacas, se apagaba y asomaba de nuevo, mientras las sombras cabalgaban a ras del suelo, seguidas por una bandada de gansos cuyos graznidos parecían un eco lejano. Siemprevivas y árboles de hojas rojas y amarillas se recortaban contra la hierba parda. El viento agitaba los que estaban en la cima, trayendo el aroma del brezo mojado por la lluvia.

El edificio estaba en silencio, suavemente iluminado. Un robot condujo a los huéspedes hasta una habitación que los padres conocían bien. Allí había sillas, una mesa con una copa de néctar y dos de vino, un multiceptor. En aquel momento en el mulu se veía una costa marina, con un estruendoso oleaje verde y blanco, gaviotas, flores rojas detrás de las dunas. La torna avanzó tierra adentro, hacia prados donde pacían caballos, hasta un bosque de secuoyas y ladera arriba.

La emulación Guthrie se acercó con ese cuerpo que recordaba el de un caballero con armadura.

-Hola -saludó, y se inclinó para estrechar la mano de Noboru. Se conocían bien; con él bromeaba, contaba historias y cantaba canciones, pero aquel día procuró respetar la dignidad del niño.

-Bienvenido -dijo la voz queda de Deméter Madre-. Tranquilízate. Éste es también tu hogar.

-Gracias -dijo en un susurro Noboru. El niño le había hablado antes, pero siempre era la Presencia, aunque fuera tierna o juguetona. Se sentó entre Anson y Deméter Hija; cogió la copa, pero no la alzó.

Guthrie se sentó enfrente, para no resultar imponente.

-Sí, relájate, muchacho. Disfrútalo. Tus padres nos han contado que tienes ciertas preguntas que hacer y creo que podemos ayudarte. Claro que ellos también te pueden enseñar estas cosas, o puedes aprenderlas en la escuela o por tu cuenta, pero... bien, eres muy especial para nosotros, y nos gustaría que sepas que no sólo somos parientes exóticos, sino tus amigos.

-No le des ínfulas al chico -rió Anson.

-Ja! -resopló Guthrie-. Espera a ser abuelo.

-Estoy segura de que chochearé como él -dijo Deméter Hija.

La charla informal alentó a Noboru.

-¿Cuándo será eso? -preguntó, bebiendo un sorbo-. ¿En este planeta?

-No lo sabemos, querido -respondió su madre-. Tú y tu esposa lo decidiréis, si no estás en algún otro planeta cuando la conozcas.

Noboru la estudió; hasta cierto punto entendía que ella y su padre habían tenido un destino, pero le costaba entender que nadie más lo tuviera. Desde luego, ella poseía una belleza singular -alta, delgada, tez dorada, rizos negros sobre pómulos altos, rasgos delicados,

Librodot

ojos castaños y brillantes-, así como su padre era único en su tosca y arrolladura alegría. Pero eso era porque eran sus padres.

-Verás -le recordó Guthrie-, pronto estaremos preparados para trasladar los primeros grupos de humanos a Isis y Amaterasu. -Se trataba de los planetas escogidos en los sistemas de 82 Eridani y Beta Hydri-. Cuando hayas crecido, muy pocos partirán cada año.

Noboru frunció el ceño, concentrándose.

-¿Humanos humanos?

-Sí, los que deseen hacerlo así -dijo Deméter Hija.

-Los que deseen ayudar a las máquinas y las emulaciones a cambiar esos mundos -añadió Anson.

-Y estar en ellos, como humanos, desde el principio -intervino Deméter Hija.

-La mayoría tendrán que ir como emulaciones -dijo Anson-. Nunca tendremos capacidad para trasladar a muchos en hibernación, ni para abastecerlos al final del viaje hasta que los planetas no hayan florecido. Tendrán que aguardar, desconectados. No creo que les importe. Se perderán los desafíos que afrontarán los pioneros, pero también las penurias y peligros. Dentro de un par de siglos o menos, el medio ambiente y la Madre de la Vida estarán listos para ellos. Entonces ella los activará y los convertirá en humanos.

-Como tú -dijo Noboru.

-Sí, querido -dijo Deméter Hija, acariciándole los oscuros rizos.

El niño hizo una mueca.

-¿Y qué hay de sus viejos cuerpos? -barbotó.

-¿Eso te confunde? -preguntó Guthrie. Miró de soslayo a la pareja-. ¿Aún no se lo habéis explicado?

-No -confesó Anson-. Nunca... ha habido ocasión.

-Es un asunto serio, y puede darle miedo -dijo Deméter Hija-. Es mejor que se lo contéis vosotros.

Deméter Madre habló por el multi. Apareció la escena de un lago y un bosque bajo las estrellas. La luz de los astros temblaba en el agua, como al son de la canción del ruiseñor que vibraba en sus palabras.

-Cuando una mente crea una emulación, Noboru, antes de partir hacia las estrellas, lo hace con el cuerpo dormido. Y el cuerpo jamás despierta de ese sueño, sino que pasa apaciblemente a la quietud.

-¡Entonces está muerto! -exclamó el niño.

-No, está libre de la vejez y el dolor. Su verdadero yo estará en la emulación, y revivirá en un cuerpo nuevo.

Noboru se mordió el labio.

-¿Y anularán la emulación?

-Si eso es lo que ella quiere -dijo Guthrie-, y calculo que así será habitualmente.

-No tengas miedo de la vida y la muerte, querido -dijo Deméter Madre-. Son uno. Mira. -El multi mostró un diente de león de flor dorada. El tiempo se aceleró. La flor se convirtió en un tallo y un penacho. Lanzó su semilla al viento y murió, las hojas se agostaron, cayó la nieve, regresó la primavera y la tierra floreció de nuevo.

Librodot

-Es un poco pequeño para explicarle que todos los rebuscados conceptos filosófico-teológicos pueden reducirse a: «si haces una pregunta tonta, recibirás una respuesta tonta» -masculló Guthrie-. Pero quizá podamos inculcarle la idea de identidad. -Y en voz alta le dijo al niño-: Piensa. Un mensaje, una figura, un dibujo, no son lo mismo que aquello sobre lo que se sostienen. ¿Recuerdas esa canción del piloto MacCannon que te canté? Estaba en mi voz, pero ha estado en muchas otras voces y estará en otras, y ha estado en libros, bases de datos y Dios sabe qué más. El medio perece (el libro puede quemarse, por ejemplo) pero la canción permanece. Tú eres como una canción.

Anson apoyó una mano en el hombro de su hijo.

-Nunca tendrás que cesar -le prometió-. Puedes tener una vida tras otra, en un mundo tras otro.

-Hasta que hayas tenido suficientes -murmuró Guthrie.

Noboru miró perplejo la cabeza metálica.

-¿Cuándo será eso? -tartamudeó.

-Tú lo sabrás -le dijo Deméter Madre.

El niño se volvió hacia su madre.

-¿Tú tienes que llegar a ser como ella?

-Sí -dijo la voz susurrante-. En cada nuevo planeta necesitarán una nueva Deméter.

Anson le apretó el hombro.

-No te preocupes. Viviremos nuestras vidas tal como somos, nosotros dos, supervisando la migración. -Sonrió-. Alguien tiene que hacerlo, y fuimos elegidos antes de despertar, por lo que parece. Pero una emulación de tu madre viajará a Isis y otra a Amaterasu y una tercera a Kwan-Yin. -Se refería al planeta del sistema Puppis, demasiado lejano para que llegaran a él seres vivos, aunque Guthrie había decidido que sería un futuro hogar para ellos-. Allí se convertirán en Madres de la Vida.

-No digas que debo hacerlo -exclamó Deméter Hija-. Deseo hacerlo. Es algo demasiado grande, demasiado prodigioso para que lo entienda, pero tengo recuerdos a medias, como sueños lejanos.

-Llevar vida al universo -dijo Deméter Madre.

-Además, muchacho -intervino Guthrie para tranquilizarlo-, una vez que la gente haya echado raíces en esos sitios, una vez que haya levantado industrias en lugares definitivos, no tendrá que destruir otras formas de vida, nunca más. No necesitará comenzar por el oxígeno. Tendrá el poder, y el tiempo, para comenzar desde cero, y lograr que florezcan las rocas.

La infancia suele estar sembrada de temores que los niños no se atreven a mencionar. Noboru aprovechó la ocasión para exponer los suyos.

-¿Los sofotectos de la Tierra dejarán que lo hagamos?

-¡No son el coco! No te preocupes. Sólo se limitan a admirar su propia inteligencia.

-No digas eso -le reprochó Deméter Madre-. No debemos despreciarlos, ni ignorarlos para siempre. Hay más de un Tao, más de un camino hacia la verdad. Ellos tienen su manera de dar sentido al universo, y nosotros tenemos la nuestra. Creo que al final los humanos regresarán a ellos como iguales, hermanos en la misma búsqueda.

Noboru abrió mucho los ojos.

-¡Sí que sabes mucho! -jadeó.

Deméter Madre rió.

-Apenas lo suficiente para darme cuenta de lo poco que es, querido.

-Pero... mi madre ha dicho que sabes mucho más que ella.

Se oyó un suspiro, una brisa entre las hojas.

-En algunos sentidos. En otros, sé mucho, mucho menos. -Una pausa. En el multi un salmón remontó una cascada, nadando corriente arriba para desovar y morir-. Estoy satisfecha, pero nunca puedo estarlo plenamente. Ninguna criatura viviente puede. Y en eso radica el verdadero milagro de la vida.

-Sí -dijo Deméter Hija-. Me alegra ser lo que seré, pero también me alegra ser lo que soy, y tampoco deseo que termine.

Anson cogió la barbilla del niño, volvió el menudo rostro hacia él y habló gravemente:

-Cuando tu madre y yo seamos viejos, nos haremos copiar en emulaciones, ella por cuarta vez, yo por primera. Y supongo que emprenderemos el largo viaje a Kwan-Yin. Para entonces las máquinas y las primeras emulaciones habrán preparado el terreno y una Madre de la Vida nos aguardará. Nosotros y quienes nos acompañen viviremos de nuevo como humanos. -Su esposa le sonrió, él le guiñó el ojo-. Tú también podrás venir, si lo deseas. En la cercana Bion encontraremos siglos de aventuras excitantes y fantásticos descubrimientos.

-¿Y después, todas las estrellas? -preguntó Noboru.

Guthrie rió ahogadamente.

-De tal palo tal astilla. Sí, todas las estrellas.

-¿Y tú qué harás? -le preguntó el niño con voz aguda.

-¿Yo? Oh, me quedaré por aquí. Me he vuelto perezoso.

El niño se envaró.

-¡No! -exclamó-. ¡Este planeta morirá!

-Aún faltan muchos años -susurró Deméter Madre con voz acariciante, mientras Deméter Hija lo abrazaba-. Nunca temas lo que será. Disfruta de lo que es.

-Ella no puede irse -dijo Guthrie-, y no pienso dejarla sola. -Cogió la mano del niño, la sostuvo. Escucha, Noboru. No estamos tristes. No tenemos miedo. Hemos existido durante mucho tiempo, y nuestra existencia ha estado llena de amor y de trabajo honrado, y de muchas otras cosas buenas; pero cuando nos llegue el momento de descansar, eso también será bueno.

-¡Cuántos discursos para un niño! -murmuró Deméter Madre-. ¿Por qué no lo dejamos en paz? Siempre que nos necesites, niño, dondequiera que estés, quienes te amamos estaremos allí para ayudarte. Hasta entonces, disfrutemos simplemente de estar juntos.

Le mostraron las maravillas del lugar, le permitieron jugar con aquello que podía manipular, le contaron cuántas cosas aguardaban más allá del cielo pero también que cada momento era un milagro que no conocería hasta que lo descubriera. Cuando salieron, una bandada de grullas volaba hacia el sur, dejando atrás el invierno. Deméter Madre la hizo descender; las alas rodearon al niño como una nevada y éste gritó de alegría.

En esa comarca y en aquella época del año, el doble poniente llegaba temprano. Había anochecido cuando la familia se dirigió hacia el deslizador para regresar a casa.

Librodot

El viento había cesado pero el frío era más penetrante. A lo lejos sólo se veía una masa oscura, como si ya no hubiera horizontes. En lo alto brillaban la roja Próxima, el ambarino Sol, el deslumbrante Faetón, enmarcados por millares de estrellas en la insondable galaxia.

Guthrie se despidió con un ademán. Las palabras resonaron en la noche: «Adiós, hasta mañana.» Cuando volvió el silencio, Guthrie dio media vuelta y se internó en la sagrada arboleda donde comulgaría con su amada.

Librodot

Poul Anderson nació en 1926, en Bristol (Pensilvania, EE UU) es de padres escandinavos y vivió durante un breve período en Dinamarca antes de la Segunda Guerra Mundial. Obtuvo la licenciatura en física por la Universidad de Minnesota en 1948, lo cual se reflejará más tarde en su interés por la ciencia ficción *hard.* Simultanea dicha actividad con una gran afición por la fantasía, en la que ha mostrado también su dominio de los lenguajes y la mitología escandinava.

Autor de más de setenta libros de ciencia ficción y fantasía, se han publicado menos de una veintena de sus obras en España, casi todas correspondientes a los inicios de su carrera, los años cincuenta y sesenta.

Con excepción del reciente éxito de *LA NAVE DE UN MILLÓN DE AÑOS* (1989, NOVA ciencia ficción, número 39), su obra más conocida en España sigue siendo *GUARDIANES DEL TIEMPO* (1960) que narra las aventuras de la «Patrulla del tiempo» que protege diversas líneas alternativas del devenir temporal para evitar que surjan paradojas. Un libro clásico en el subgénero de las aventuras en el tiempo, temática a la que Anderson ha vuelto recientemente con *THE YEAR OF THE RANSOM* (1988) y *THE SHIELD OF TIME* (1990).

Algunas de las más famosas novelas de Anderson siguen inéditas en castellano. Un título emblemático es *TAU ZERO* (1971), la historia de una exploración interestelar a velocidades casi lumínicas, que se recrea en el análisis de la conmoción psíquica que representa la relatividad y las dificultades de convivencia en el espacio físico de la nave.

Otra famosa obra de Anderson, también inédita en España por ahora, es la serie de la Liga Polesotécnica, una *space opera* de gran éxito y ya clásica. En ella se elabora una historia futura de la galaxia en torno a dos protagonistas centrales y característicos: el comerciante Nicholas Van Rijn en el momento álgido de la civilización galáctica y el agente secreto Dominic Flandry durante la decadencia del imperio, unos trescientos años después.

Sise han traducido *PÁNICO EN LA TIERRA (Brain Wave,* 1954), otros títulos menores y algunas brillantes antologías como *The Best of Poul Anderson* (1976) editada en España en dos volúmenes: *EL PUEBLO DEL AIRE* y *EL ÚLTIMO VIAJE.* El cambio de título afectó también a otra antología posterior *Beyond the Beyond* (1969), conocida en España precisamente como *LO MEJOR DE POUL ANDERSON.* Afortunadamente se mantuvo el título en otra de sus antologías *LOS MUCHOS MUNDOS DE POUL ANDERSON* (1974).

En cualquier caso, el conjunto de dichos relatos hace honor al interés y atractivo de dicha faceta de la obra de este autor, ganador ya de siete premios Hugo y tres Nébula en las categorías de relato o novela corta. El último de ellos es el Hugo y Nébula obtenido por *The Saturn Game* (1981). Con ello, Anderson es, junto a Harlan Ellison, el autor que más premios Hugo ha recibido.

Recientemente se han publicado también en España *LA ESPADA ROTA* (1954), *LA GRAN CRUZADA* (1960) y *TRES CORAZONES Y TRES LEONES* (1961) algunas de sus más conocidas narraciones de fantasía. En este campo, su obra más reciente es una serie sobre la antigua Roma, *THE KING OF YS* (iniciada en 1986 con *Roma Mater)* escrita en colaboración con su esposa Karen.

LA NAVE DE UN MILLÓN DE AÑOS (1989, NOVA ciencia ficción, número 39) aborda el tema de la inmortalidad y fue finalista de los premios Hugo y Nébula, tras marcar el triunfal retorno de uno de los grandes autores clásicos de la ciencia ficción de todos los tiempos. Más reciente es el éxito de dos novelas en cierta forma relacionadas: *COSECHA DE ESTRELLAS* (1993, NOVA ciencia ficción, número 74) y *THE STARS ARE ALSO FIRE* (1994), también de próxima aparición en NOVA ciencia ficción.

Librodot